EL REHEN DEL DIABLO

Casos de posesión y exorcismo de personas aún vivas

MALACHI MARTIN

XIANA

EL REHEN DEL DIABLO

Malachi Martin

El famoso libro **El exorcista**, de Blatty, y otras obras que han tratado el tema de la posesión diabólica en una u otra forma, han concentrado su atención en la persona poseída, en los poderes de Satán o en los fenómenos de la posesión misma.

Malachi Martin vuelve la mirada en estas páginas hacia otro personaje de importancia decisiva en estos casos: el exorcista, el que tiene que hacer frente a la situación, luchar a brazo partido y de poder a poder con el Maligno. Lo que la obra **El exorcista** dejó entrever es lo que constituye el tema de EL REHEN DEL DIABLO.

Algo que hace de este libro un relato mucho más escalofriante que todos los anteriores y un estudio mucho más profundo es el hecho de que aquí no hay ficción. Se trata de hechos concretos, casos reales con todas sus circunstancias. La riqueza de este libro la constituye la profundidad del análisis sicológico y la solidez filosófica y teológica del examen de los hechos.

Quienes hablan en estas páginas son los protagonistas mismos de los acontecimientos, a través de una pluma seria y sobria, cuya descripción impresiona, sobre todo cuando se piensa que se trata de hechos acaecidos entre 1965 y 1974.

Los detalles de cada exorcismo, minuto a minuto, han sido tomados de grabaciones efectuadas durante el acto. De esta manera, la eterna lucha del bien contra el mal es un drama viviente de fuerza aterradora e imponente majestad. Se explican los "síntomas" de la posesión y la delicada tarea de verificar su autenticidad. En una luz sobrecogedora aparece la función generosa del exorcista, que con gran peligro se ofrece como rehén al demonio, para libertar al poseso en el momento supremo de la elección entre la esclavitud y la salvación.

El libro concluye con un manual de posesión, una breve pero brillante exposición teológica de las realidades del bien y el mal en el mundo actual.

Acerca del Autor

Malachi Martin, quien fuera profesor jesuita del Instituto Bíblico Pontificio en Roma, estudió teología en Lovaina, habiéndose especializado en los Rollos del Mar Muerto y en los estudios intertestamentarios. Recibió su doctorado en lenguas semíticas, arqueología e historia oriental. Subsecuentemente estudió en Oxford y en la Universidad Hebrea, concentrándose en el conocimiento de Jesús tal como ha sido trasmitido en las fuentes judías e islámicas. Entre los muchos exorcistas de su personal conocimiento se cuenta al notable padre Conors, quien tiene importante participación en el primer caso relatado en este libro. El doctor Martin es autor de, El nuevo castillo, Jesús hoy en día (*Editorial Diana*), Tres Papas y el Cardenal, El encuentro, El carácter escribico de los Rollos del Mar Muerto y El peregrino, *así como muchos artículos para revistas y periódicos; está encargado de la sección religiosa de* The National Review.

PRIMERA EDICIÓN, AGOSTO DE 1977

Todas las personas, hombres y mujeres, involucrados en los cinco casos que aquí se tratan, son conocidos míos; me han prestado su más amplia cooperación, a condición de que su identidad y la de sus familiares y amigos permaneciera secreta. Esta condición, por necesidad, ha debido hacerse extensiva al editor, quien, por tanto, se abstuvo de verificar el contenido del libro, habiéndose fiado exclusivamente de las seguridades que le dio el autor y de las verificaciones del editor, de fuentes independientes, en el sentido de que los exorcismos se han realizado y continúan realizándose hoy día en Estados Unidos. Todos los nombres y lugares y cualesquier otros elementos que pudieran llevar a la posible identificación de las personas involucradas en los casos aquí relatados hubieron de ser cambiados. Toda semejanza entre los casos aquí expuestos y cualesquier otros que pudieran haber ocurrido, es completamente accidental y mera coincidencia.

Título original: HOSTAGE TO THE DEVIL — Traductora: Margarita Álvarez F. — DERECHOS RESERVADOS © — Copyright ©, 1976, by Malachi Martin — Copyright ©, 1977, por EDITORIAL DIANA, S. A. — Roberto Gayol 1219, Esq. Tlacoquemécatl, México 12, D. F. — *Impreso en México — Printed in Mexico.*

Prohibida la reproducción total o parcial
sin autorización por escrito de la casa editora

Contenido

EL DESTINO DE UN EXORCISTA

Michael Strong. Parte I 11

Breve manual de exorcismo 17

LOS CASOS

El amigo de Zio y el Sonriente 41

El padre Huesos y mister Natch 105

El sacerdote virgen y el Desvirgador 213

El tío Ponto y el Cocinero de Sopa de Hongos 307

El gallo y la tortuga 395

MANUAL DE POSESIÓN

El bien, el mal y la mente moderna 501

El espíritu humano y Lucifer 505

El espíritu humano y Jesús 521

El proceso de la posesión 531

EL FINAL DE UN EXORCISTA

Michael Strong. Conclusión 543

Apéndice uno: El rito romano de exorcismo 557

Apéndice dos: Oraciones que suelen emplearse en los exnrcismos 579

Michael Strong. Parte 1

Cuando el grupo que andaba a la búsqueda llegó a la abandonada tienda de granos conocida en el pueblo como *Puh-chi* (Una Ventana), el bombardeo de Nanking había llegado a su paroxismo. El cielo nocturno estaba iluminado con las hogueras y lleno de explosiones. Las bombas incendiarias japonesas sembraban el caos en los edificios de Nanking, que eran de madera. Era el 11 de diciembre de 1937, la hora era cerca de las diez de la noche. El delta del Yang-tse, a todo lo largo, hasta el mar, había caído en manos de los japoneses. Desde Shanghai, en la costa, hasta unos tres kilómetros de Nanking, era una área completamente devastada en la que la muerte se había instalado como una atmósfera permanente. Nanking venía después en la lista de los invasores. Indefensa, el 13 de diciembre habría de ser el día de su muerte.

Durante una semana la policía del distrito del sur de Nanking, venía buscando a Thomas Wu. El cargo: asesinato de cuando menos cinco mujeres y dos hombres, en las más horribles circunstancias: según se decía, Thomas Wu había matado a sus víctimas y se había comido sus cuerpos. Al final de una semana de inútiles pesquisas, el padre Michael Strong, misionero del distrito, quien había bautizado a Thomas Wu, envió inesperadamente recado de que lo había encontrado en *Puh-chi*, que propiamente era una especie de granero. Sin embargo, el capitán de policía no comprendió muy bien el mensaje que le enviara el padre

Michael: "Estoy llevando a cabo un exorcismo. Por favor, déme algún tiempo".*

La puerta principal de *Puh-chi* estaba abierta de par en par cuando llegó el jefe de policía. Un pequeño grupo de hombres y mujeres estaba ahí, mirando. Podían ver al padre Michael de pie, en medio de la habitación. En un rincón había otra figura, un joven desnudo, repentinamente agobiado por los estragos de un aspecto completamente antinatural de vejez, en las manos un largo cuchillo. En los estantes que rodeaban las paredes de la tienda había hileras e hileras de cadáveres desnudos en diversos estados de mutilación y putrefacción.

—¡¡TÚ!! —el hombre desnudo estaba gritando cuando el capitán de policía se abrió paso a codazos hasta la puerta—, ¡TÚ quieres conocer MI NOMBRE!

Las palabras *tú* y *mi* hirieron al capitán como dos puñetazos propinados en los oídos. Vio que el sacerdote vacilaba visiblemente y se inclinaba hacia atrás. Pero aun así, fue la voz lo que hizo que el capitán se sintiera consternado.

Conocía muy bien a Thomas Wu. Jamás lo había oído hablar con aquella voz.

—En el nombre de Jesús —empezó Michael con débil voz— se te ordena...

—¡Lárgate! ¡Lárgate de aquí ya, sucio eunuco!

—¡Espíritu malvado, dejarás libre a Thomas Wu! Y...

—Me lo llevo conmigo, ¡enano! —se oyó decir a la voz que hablaba desde el cuerpo de Thomas Wu—, me lo llevo conmigo. Y no hay fuerza en ninguna parte, en ninguna parte, lo oyes, que pueda detenernos. Somos tan fuertes como la muerte. Nadie hay más fuerte. Y él quiere venir. ¿Lo oyes? ¡Quiere venir!

—Dime tu nombre...

El sacerdote fue interrumpido por un repentino rugido. Nadie de los presentes pudo decir más tarde cómo se inició el fuego. ¿Un incendiario? ¿Una chispa llevada por el viento desde la incendiada Nanking? Fue todo como una emboscada repentina, ruidosa, que estalló mediante una señal muda. En un instante el fuego cobró fuerza, y una especie de enredadera roja,

* Se trata del único exorcismo incluido en este libro del que no existe trascripción alguna, ni tampoco testigos presenciales del acto. Mi sola fuente de información fue el padre Michael mismo, quien me relató los acontecimientos y me permitió leer su diario.

llena de vida, corrió alrededor de las paredes del almacén, por el techo curvado, a lo largo del piso y los muros.

El capitán de policía estaba ya adentro y, tomando al padre Michael del brazo, lo jalaba hacia la salida.

La voz de Wu los persiguió por encima del ruido:

—Todo es uno. ¡Imbécil! Todos somos el mismo. Siempre lo fuimos. ¡Siempre!

Michael y el capitán estaban ya fuera y se volvieron para escuchar.

—¡Solamente hay uno! ¡Uno...! —el resto de la frase fue ahogado por un repentino estallido de madera incendiada.

Ahora, el rectángulo de vidrio de la única ventana empezaba a oscurecerse con el humo y el hollín. En unos cuantos minutos sería imposible ver nada. Michael se empinó y se asomó. Contra la ventana pudo ver el aplanado rostro de Thomas que se debatía en un instante de agonía fija y gesticulante. Era un cuadro horrible, una pesadilla de Jerónimo Bosch que había cobrado vida.

Las lenguas de fuego largas, con rápidos latigazos, lamían las sienes, el cuello, el cabello de Thomas. Por entre el silbido y los crujidos del fuego, Michael podía oír a Thomas reír, pero muy apagadamente, con un sonido que casi no se percibía. Y entre las flamas podía ver los estantes con su carga de grisáceos cadáveres. Algunos se derretían. Otros ardían. Salían ojos de las órbitas, como huevos reventados. Los cabellos ardían en pequeños mechones. Primero los dedos, luego los dedos de los pies, las narices, los oídos, luego miembros y torsos completos se derretían y ennegrecían. Y el olor... ¡Señor! ¡Aquel olor!

Luego, la fijeza del gesto de Thomas cesó; su rostro pareció ser sustituido por otro rostro con un gesto similar. Con la velocidad de un caleidoscopio, una sucesión de rostros venía y se iba, uno tras el otro. Todos ellos tenían esa sonrisa fija. Todos ellos con "el pulgar de Caín en la barba" —como Michael describiera la marca que habría de perseguirlo por el resto de su vida— y cada par de labios estaba formado en un gesto sonriente de la última palabra pronunciada por Thomas, "¡Uno!" Rostros y expresiones que Michael jamás había conocido. Algunos que se imaginaba conocer, otros que sabía que eran imaginarios. Algunos los había visto en libros de historia, en pinturas, en iglesias, en periódicos y en pesadillas. Japoneses, chinos, birma-

nos, coreanos, ingleses, eslavos. Viejos, jóvenes, barbados, sin pelo de barba, blancos, negros, amarillos. Masculinos, femeninos. ¡Y más rápidos! ¡Más rápidos! Todos sonriendo con ese mismo gesto fijo. Más y más y más. Michael se sentía girar y caer en aquella línea eterna de rostros, de décadas y centurias y milenios que pasaban a su lado, hasta que la velocidad se fue disminuyendo, y por fin apareció un último rostro sonriente, bañado de odio, su barba un simple pulgar gigantesco.

Ahora la ventana se había ennegrecido por completo. Michael ya no podía ver nada.

—Caín... —empezó a decirse débilmente a sí mismo.

Pero una idea que fue como una puñalada detuvo la palabra en su garganta, como si alguien hubiera silbado en un oído interno:

—¡Otra vez te equivocas, estúpido! ¡El padre de Caín! ¡Yo! ¡El cósmico Padre de las Mentiras y el Señor Cósmico de la Muerte! Desde el principio del principio. Yo... yo... yo... yo... yo...

Michael sintió un agudo dolor en el pecho. Una mano fuerte rodeaba su corazón deteniendo su movimiento, y un peso insoportable pesaba sobre su pecho, haciéndolo doblarse. Escuchó la sangre golpear en su cabeza y luego una especie de viento huracanado, rugiente. Un cegador rayo de luz brilló ante sus ojos. Cayó al suelo.

Manos fuertes arrancaron a Michael de la ventana justo a tiempo. El almacén era ahora un infierno. Con un crujido lamentoso, el techo se sumió. Las llamas se elevaron triunfantes y lamieron las paredes exteriores quemando y consumiendo con verdadera voracidad.

—¡Hay que sacar al viejo de aquí! —gritó el capitán por entre el humo y la pestilencia.

Todos ellos voltearon. Michael, echado sobre el hombro de un hombre, balbucía y sollozaba incoherencias. El capitán apenas si podía entender lo que decía:

—Fracasé... fracasé... tengo que regresar. Por favor... por favor... tengo que regresar... no después... por favor...

Cuando llevaron a Michael al hospital, su estado era crítico. Aparte de las quemaduras y de haber inhalado humo, había sufrido un ataque cardiaco menor. Y hasta la siguiente noche, continuó el delirio.

Antes de la caída de Nanking, fue sacado de contrabando por el fiel capitán de policía y algunos de sus feligreses. Todos ellos se dirigieron al noroeste, escapando apenas de la red nipona que se cerraba sobre la ciudad.

El 14 de diciembre, el alto comando japonés dejó caer sobre la ciudad a cincuenta mil de sus soldados con órdenes de matar a toda persona viva. La ciudad se convirtió en un matadero. Grupos de hombres y mujeres eran utilizados para prácticas de bayoneta y ametralladora. Otros fueron quemados vivos o lentamente cortados en pedazos. Filas de niños fueron decapitados por los oficiales samuráis que competían para ver quién cortaba más cabezas de un solo tajo. Las mujeres eran violadas por escuadrones y luego muertas. Los fetos eran arrancados vivos de los vientres de sus madres, descuartizados y echados a los perros.

En total, asesinaron a más de 42 000 personas. La muerte se posesionó de Nanking como lo había hecho de todo el delta del Yang-tse. Animales y cosechas murieron y se pudrían en los campos.

Fue como si el espíritu con el que Michael se había enredado en ese microcosmos que constituía el osario de Thomas Wu, en los suburbios de Nanking —"El Señor Cósmico de la Muerte"— hubiera quedado suelto sobre toda la tierra. En los sucesos que sacudieron al mundo durante la guerra, andaba libre cierta crueldad especial que había dejado su impronta en centenares de miles con el aguijón de una autoridad absoluta e irresistible. La muerte era el arma más poderosa. Resolvía todas las disputas acerca de la supremacía y, llegado el caso, reclamaba a todas sus víctimas, poniéndolas a todas en el mismo plano. En la guerra, en la cual la muerte era el vencedor, uno trataba de tenerla siempre de su lado.

En Hong Kong, a donde Michael fue llevado finalmente en las postrimerías del verano de 1938 después de un gran rodeo, quienes se apegaban a la realidad sabían que era cuestión de tiempo el que los japoneses se apoderaron de todo. El día de Navidad de 1941, Hong Kong se convirtió en posesión nipona. Durante los años de ocupación, Michael vivió calladamente en Kowloon, enseñando un poco en las escuelas, realizando un poco de trabajo pastoral. Se recuperaba lentamente.

Durante esa época, todo mundo vivía en tensión. Escaseaban los alimentos. Las penalidades impuestas por los ocupantes japo-

neses eran extremadas. Todos vivían con el seguro conocimiento de que, salvo que ocurriera un milagro, si los nipones tenían que evacuar la ciudad, sacrificarían a todos los habitantes; y si permanecían en ella, finalmente matarían a todo aquel que no pudieran esclavizar.

Sin embargo, Michael aceptó todas las penalidades materiales con mucho mayor facilidad que quienes lo rodeaban. Padeció otros dos ataques cardiacos durante la ocupación japonesa, pero en ninguna forma disminuyeron su espíritu. No sentía, como ocurría con sus colegas, la intolerable incertidumbre, la tensión de aguardar la muerte a manos de los japoneses o la liberación por los Aliados. Como podían observar sus conocidos, sus sufrimientos no eran tanto físicos, cuanto mentales o imaginarios. Había llegado del interior de China quebrantado en forma tal, que ni el descanso ni el alimento ni los afectuosos cuidados lo podían remediar.

Para los pocos que conocían su historia, era obvio que había pagado apenas parte de su precio como exorcista. Él hablaba francamente de ese precio, y de su fracaso. Tanto ellos como él comprendían que tendría que liquidar su deuda más tarde o más temprano.

Michael se sentía fascinado por su acreedor, quien siempre ocupaba su mente. Por ejemplo, hacia el final de la ocupación japonesa de Hong Kong, él y un amigo estaban observando el vuelo de los bombarderos norteamericanos que avanzaban, imperturbables, como aves encantadas, en medio de una lluvia de fuego antiaéreo japonés. Depositaron sus cargas de bombas y luego se perdieron, intactos, en el horizonte. A medida que las explosiones y los incendios continuaban en la bahía, Michael murmuró:

—¿Por qué será que la muerte produce el ruido más fuerte y el fuego más brillante?

Algunas semanas más tarde, una luz artificial más brillante que el Sol se elevó sobre Hiroshima, formando un hongo. Una nueva marca había sido alcanzada por los hombres. Esta sola acción humana mató y lisió a más gente que cualquier otra en la historia del hombre.

Aún habrían de trascurrir algunos años antes de que yo conociera a Michael... o el especial precio que día a día hubo de pagar, hasta su muerte, por la derrota sufrida en aquel extraño exorcismo en *Puh-chi*.

Breve manual de exorcismo

La vasta publicidad recientemente hecha acerca del exorcismo ha puesto de manifiesto el sufrimiento del poseso como un nuevo género de películas de horror. La esencia del mal se pierde en los efectos cinematográficos. Y el exorcista, que arriesga más que cualquiera en el exorcismo, pasa por la pantalla como algo necesario, pero, en fin de cuentas, ni siquiera tan interesante como los efectos de sonido.

La verdad es que los tres —el poseso, el espíritu que lo posee y el exorcista— tienen una estrecha relación con la realidad de la vida y con su significado, según lo experimentamos todos cada día de nuestra vida.

La posesión no es un proceso mágico. El espíritu es real; de hecho, el espíritu es la base de toda realidad. "La realidad" no sólo sería aburrida sin el espíritu; carecería en lo absoluto de significado. Ninguna película de horror puede ni siquiera captar el horror de semejante visión: un mundo sin espíritu.

El espíritu del mal es personal, y es inteligente. Es preternatural en el sentido de que no es de este mundo material, pero está en este mundo material. El espíritu del mal, al igual que el bien, avanza a lo largo de nuestra vida diaria. De todas las maneras comunes y corrientes, el espíritu influye en nuestros pensamientos diarios, nuestras acciones y nuestras costumbres, desde luego, y en todo aquello que conforma la fábrica de la vida en todo momento o lugar. Y la vida contemporánea no es la excepción.

Comparar el espíritu con los elementos de nuestra vida y nuestro mundo material, que puede y de hecho suele manipular para sus propios fines es un error fatal, pero un error que se comete con frecuencia. Hay sonidos extraños que suelen ser producidos por el espíritu... pero el espíritu no es en sí esos sonidos. Los objetos pueden ser llevados por el aire en una habitación, pero la telecinesia no es más espíritu que el objeto material que hizo mover. Un individuo, cuya historia se relata en este libro, cometió el error de pensar de otra manera y casi pagó con su vida cuando hubo de enfrentarse con el error cometido.

El exorcista es la pieza central de todo exorcismo. De él depende todo. No tiene absolutamente nada que ganar. Pero en cada exorcismo literalmente arriesga todo lo que para él tiene valor. El caso de Michael Strong es un ejemplo extremo del destino que aguarda al exorcista. Pero todo exorcista debe participar en una confrontación personal y amarga con el mal puro. Y una vez iniciada la confrontación no es posible detener el exorcismo. Tiene que haber y habrá siempre un vencedor y un vencido y, no importa cuál sea el resultado, el contacto es una parte fatal para el exorcista. Debe consentir en un despojo espantoso e irreparable de su ser más profundo. Hay algo que muere en él. Una parte de su humanidad se marchitará después de ese estrecho contacto con el opuesto de toda humanidad: la esencia del mal; y rara vez llega a ser revitalizado. Jamás recibirá compensación alguna por su pérdida.

Y este es el precio mínimo que paga el exorcista. Si pierde la lucha con el espíritu del mal, tiene un castigo adicional. Quizá nunca vuelva a realizar el rito del exorcismo, pero en última instancia deberá enfrentarse y vencer a ese mal espíritu que lo rechazó.

La investigación que puede llevar a un exorcismo se inicia generalmente porque alguna persona, hombre o mujer —ocasionalmente una criaturita— es objeto de la atención de las autoridades eclesiásticas, a instancias de su familia o amigos. Muy rara vez acude espontáneamente la persona poseída.

Las historias que se cuentan de estas ocasiones son dramáticas y penosas. Extraños padecimientos físicos en el poseso, notable degeneración mental; una clara repugnancia a todas las señales, símbolos, mención y vista de objetos, lugares, personas y ceremonias de carácter religioso.

Con frecuencia, familiares o amigos informan que la presencia de la persona en cuestión está marcada por los llamados fenómenos síquicos: objetos que vuelan por las habitaciones; el papel de las paredes se arranca solo; los muebles se rompen; también se rompe la loza; se oyen ruidos extraños, silbidos y otros sonidos que no tienen origen aparente. Con frecuencia, en la habitación donde está el poseso la temperatura desciende de manera notable. Y con más frecuencia, dicha persona suele emanar un olor acre y desagradable.

También violentas trasformaciones corporales parecen marcar o convertir la vida de los posesos en una especie de infierno en la tierra. Sus procesos normales de secreción y eliminación están saturados de inexplicables despojos y exageración. Su conciencia parece estar totalmente coloreada por la violenta sepia de la repulsión; algunas veces sus reflejos se vuelven esporádicos o anormales y en ocasiones desaparecen por completo. Pueden cesar de respirar por periodos bastante prolongados. Los latidos cardiacos son difíciles de percibir. El rostro se deforma extrañamente, y en ocasiones también se vuelve anormalmente tenso y liso, sin la más mínima arruga o marca.

Cuando un caso de este tipo es puesto ante ellas, el problema primero y capital que debe siempre ser resuelto por las autoridades eclesiásticas es el siguiente: ¿se trata en realidad de un poseso?

Henri Gesland, sacerdote y exorcista francés, quien trabaja hoy en París, manifestó en 1974 que, de tres mil consultas habidas desde 1968, "sólo había habido cuatro casos que yo creo eran de posesión demoniaca". T. K. Osterreich, por otra parte, manifiesta que "la posesión ha sido un fenómeno extremadamente común, y casos de ella abundan en la historia de la religión". La verdad es que el censo oficial o escolástico de los casos de posesión jamás se ha realizado.

Desde luego, muchos que afirman estar posesos o de quienes otros dicen que lo están, no son sino víctimas de alguna enfermedad mental u orgánica. Cuando uno lee los registros de las épocas en que la ciencia médica y sicológica no existían o estaban muy poco desarrolladas, resulta claro que se cometieron graves errores. A la víctima de una esclerosis generalizada, por ejemplo, se le consideraba como posesa por sus sacudidas espásticas y sus resbalones, y la agonía tremenda que sufría en la

columna dorsal y en las articulaciones. Hasta hace muy poco, las víctimas del síndrome de Tourette eran el blanco perfecto para la acusación de "¡poseso!": torrentes de blasfemias y obscenidades, gruñidos, ladridos, maldiciones, gritos, toda clase de tics, pataleos, contorsiones faciales, todo ello surge de repente y con igual prontitud cesa. Hoy día, el síndrome de Tourette responde al tratamiento medicamentoso, y parece deberse a una enfermedad neurológica que implica una anormalidad química del cerebro.

Muchas personas sufren de enfermedades, hoy muy conocidas para nosotros, como paranoia, la corea de Huntington, la dislexia, la enfermedad de Parkinson, o incluso simples enfermedades de la piel (psoriasis, herpe I, por ejemplo), que hacían que la gente que las padecía fuera calificada de posesa o por lo menos, de "tocada" por el Diablo.

Hoy día, las autoridades eclesiásticas competentes insisten siempre en un reconocimiento médico completo de la persona que les es llevada para exorcizar, reconocimiento que debe ser realizado por doctores y siquiatras reconocidos.

Cuando algún sacerdote notifica a las autoridades diocesanas de un caso de posesión, el exorcista de la diócesis entra en escena. Si la diócesis no tiene un exorcista, se nombra a una persona o se la llama de fuera de la diócesis.

Con frecuencia, el sacerdote que solicita el exorcismo probablemente habrá pasado por pruebas médicas y siquiátricas, a fin de allanar el escepticismo que habrá de encontrar en la mitra cuando presente su problema. Cuando el exorcista oficial se ocupa del caso, lo común es que ordene los exámenes y reconocimientos más completos realizados por peritos que conoce y de cuyo criterio sabe que puede fiarse.

En los tiempos antiguos, un sacerdote solía ser encargado de la función de exorcista en cada diócesis de la Iglesia. Hoy día, esta práctica ha caído en desuso en algunas diócesis, debido mayormente a que el número de casos de posesión de que se tiene noticia ha disminuido en los últimos cien años. Pero en la mayoría de las principales diócesis sigue habiendo un sacerdote a cargo de dicha función... aun cuando quizá muy rara vez o quizá nunca la ponga en ejercicio. En algunas diócesis existe un acuerdo privado entre el obispo y alguno de sus sacerdotes a quien conoce y en quien confía.

El cargo de exorcista no es un cargo públicamente conferido. En algunas diócesis, "el obispo sabe muy poco acerca de ello y quiere saber todavía menos"... como sucedió en uno de los casos registrados en este libro. Sin embargo, cuando llega a ocupar el cargo, el exorcista debe tener la sanción de la Iglesia, puesto que actúa con carácter oficial y todo poder recibido del Espíritu Santo puede venir sólo de aquellos miembros de la jerarquía que pertenecen a la sustancia de la Iglesia de Jesucristo, ya sea la Iglesia Católica Romana, la Iglesia Ortodoxa Oriental o las distintas denominaciones protestantes. En ocasiones, un sacerdote diocesano se ocupará del exorcismo sin consultar con su obispo, pero casi todos los casos de este tipo han fracasado, por lo menos hasta donde yo tengo noticia.

Tanto durante los reconocimientos previos como durante el exorcismo propiamente dicho, suele tenerse en cuenta que no existe ninguna aberración o anormalidad ya sea física o síquica en la persona poseída que no podamos explicar por medio de una causa conocida o posible de tipo orgánico. Y, aparte de las pruebas médicas y sicológicas usuales, existen otras posibles fuentes de diagnóstico. Por débiles y preliminares que sean los hallazgos de la parasicología, por ejemplo, podemos buscar en sus teorías de la telepatía y de la telecinesia una explicación de algunos de los indicios de posesión. La sugestión y la sugestibilidad, según las nombran los modernos sicoterapeutas, pueden explicar muchos más.

Sin embargo, teniendo en mano los diagnósticos y opiniones de médicos y sicólogos, suele descubrirse con frecuencia que aún quedan márgenes de fluctuación. Siquiatras competentes diferirán violentamente entre sí; y en sicología y medicina, la ignorancia de las causas suele oscurecerse mediante nombres técnicos y jerga especial, que no son más que términos descriptivos.

No obstante, los informes médicos y sicológicos se evalúan cuidadosamente y suelen tener fuerte influencia en la decisión final de si se debe o no proceder a un exorcismo. Si de acuerdo con dichos informes existe una enfermedad definitiva que pueda explicar de manera adecuada el comportamiento y síntomas del sujeto, se elimina el exorcismo o por lo menos se demora, a fin de permitir el tratamiento médico o siquiátrico.

Por último, con todos los informes y con todas las pruebas a la mano, las autoridades de la Iglesia juzgan la situación desde

otro punto de vista muy especial, formado de acuerdo con su propio concepto profesional.

Ellos creen que existe una fuerza invisible, un espíritu del mal; que este espíritu puede, por razones oscuras, posesionarse de un ser humano; que el espíritu del mal puede y debe ser expelido —exorcizado— de la persona poseída; y que el exorcismo sólo puede hacerse en el nombre y por la autoridad y poder de Jesús de Nazaret. La prueba, desde el punto de vista de la Iglesia, es tan rigurosa en su búsqueda como cualquier reconocimiento médico o sicológico.

En los anales de los exorcismos cristianos que datan desde la época de Jesús mismo, se observa una peculiar repulsión a los símbolos y verdades de la religión y esta es, sin excepción y en todos los casos, una marca de la persona poseída. En la verificación de un caso de posesión por las autoridades eclesiásticas, este "síntoma" de repulsión es triangulado con otros fenómenos físicos frecuentemente relacionados con la posesión: un hedor inexplicable; temperatura helada; poderes telepáticos acerca de puras cuestiones religiosas y morales; la piel, que tiene una calidad peculiar absolutamente libre de arrugas o completamente lisa o distendida, o una deformación poco común del rostro, u otras trasformaciones físicas o de la conducta; "la gravedad del poseso" (la persona se vuelve físicamente inamovible, o bien, quienes están a su alrededor se sienten abrumados por una presión sofocante); la levitación (el poseso se eleva y flota por encima del suelo, la silla o el lecho; no existe un apoyo material discernible); violento chocar de muebles, constante abrirse y cerrarse de puertas; desgarramiento de telas en las cercanías del poseso sin que mano alguna las toque; y así por el estilo.

Cuando se hace la triangulación de los diversos síntomas que pueden ocurrir en un caso dado, y los diagnósticos médicos y siquiátricos son insuficientes para abarcar toda la situación, generalmente se tomará la decisión de proceder e intentar el exorcismo.

Jamás ha habido, que yo sepa, un censo oficial de exorcistas que dé sus biografías y rasgos característicos, de manera que no podemos satisfacer nuestro moderno afán del esbozo personal, de lo que llamaríamos "el exorcista típico". Podemos, sin embargo, dar una definición bastante clara del tipo de hombre a quien suele confiarse el exorcismo de un poseso. Por lo general, es

una persona que trabaja activamente en las labores de párroco. Muy rara vez se trata de un tipo erudito dedicado a la enseñanza o a la investigación. Muy de vez en cuando se trata de un sacerdote recién ordenado. Si existe una edad media para los exorcistas, probablemente fluctúe entre los 50 y los 65 años. Tampoco es un rasgo típico de ellos el ser sanos y robustos, ni se ha demostrado que sean de gran brillantez intelectual, que posean doctorados, ni siquiera en sicología o en filosofía, o una cultura personal muy desarrollada y amplia. En lo que a la experiencia de quien esto escribe toca, los quince exorcistas que ha conocido carecían singularmente de cualquier cosa que pudiera semejarse a una imaginación muy viva o a una preparación humanística rica. Se trataba en todos los casos de personas sensibles, de mente sólida más que brillante. Aunque, desde luego, hay muchas excepciones, la razón usual para que se elija a un sacerdote son sus cualidades de criterio moral, conducta personal y su fe religiosa: cualidades que no son ni refinadas ni adquiridas por laboriosa dedicación, sino que de alguna manera parecen siempre ser una parte fácil y natural de dicha persona. En términos religiosos, son virtudes que suelen relacionarse con la especial gracia de Dios.

Tampoco se da al exorcista un adiestramiento especial. Antes de que un sacerdote practique el exorcismo, se ha encontrado que es conveniente, aunque no siempre posible ni práctico, que asista a exorcismos realizados por algún sacerdote de mayor edad y ya con experiencia.

Una vez que el caso de posesión ha sido comprobado a satisfacción del exorcista, él toma las restantes decisiones y se ocupa de todos los preparativos necesarios. En algunas diócesis, es él quien elige al sacerdote que ha de asistirlo. La elección de los ayudantes laicos y del tiempo y lugar del exorcismo, se deja también a su criterio.

Por lo común, el lugar del exorcismo es el hogar del poseso, pues generalmente son sólo parientes o los amigos más íntimos los que le prestarán los cuidados y el afecto que las terribles circunstancias asociadas con su estado requieren. La habitación que se elige suele ser con gran frecuencia la que ha tenido especial significación para la persona poseída, y que casi siempre es su alcoba o el lugar donde pasa sus ratos. A este respecto, se manifiesta un aspecto de la posesión y del espíritu: la estrecha relación entre el espíritu y la situación material. La incógnita

de espíritu y lugar se deja sentir de muchas maneras y se hace evidente durante todo el exorcismo. Existe una explicación teológica para esto; pero debemos considerar como un hecho absolutamente cierto que existe cierta relación entre el espíritu y el lugar.

Una vez elegida, la habitación donde el exorcismo se va a practicar es vaciada, hasta donde sea posible, de todo aquello que pueda moverse. En el curso del exorcismo, cierta forma de violencia puede hacer y, de hecho, hace con frecuencia que los objetos ligeros o pesados se muevan, patinen o vuelen por la habitación, provoquen ruidos, golpeen al sacerdote o al poseso o a los asistentes. No es extraño que las personas salgan de un exorcismo con serias lesiones corporales. Alfombras, tapetes, cuadros, cortinas, mesas, sillas, cajas, baúles, ropas de cama, mesitas de noche, candelabros, todo debe retirarse.

Con frecuencia las puertas se abrirán y cerrarán con gran estrépito y sin control posible; pero dado que el exorcismo puede prolongarse durante días, es imposible clavetear o cerrar las puertas para asegurarlas debidamente. Por otro lado, es necesario cubrir el hueco de la puerta. De otra manera, como lo ha demostrado la experiencia, la fuerza física a la que se da rienda suelta dentro de la habitación donde se practica el exorcismo, afectará la vecindad inmediata fuera de la puerta.

Las ventanas deben ser perfectamente aseguradas; en ocasiones quizá deban cubrirse con tablones, a fin de evitar que los objetos voladores se estrellen y vayan a provocar más accidentes (algunas veces los posesos realizan intentos desenfrenados; y hay veces en que las fuerzas físicas empujan a los asistentes o al exorcista hacia las ventanas).

Suele dejarse una cama o una otomana en la habitación (o se coloca ahí si es necesario), en la que se acuesta al poseso. Se necesita una pequeña mesa. En ella se colocan un crucifijo con un candelero a cada lado, agua bendita y el libro de oraciones. Algunas veces también se tendrá una reliquia de un santo o una estampa que se considere es especialmente querida o importante para el poseso. En años recientes en Estados Unidos y cada vez más en el extranjero suele usarse una grabadora de cinta, que se coloca en el suelo, dentro de un cajón o algunas veces, si no es demasiado pesada, se cuelga del cuello de algún asistente.

El colega del exorcista, por lo general un sacerdote más joven, suele ser nombrado por las autoridades diocesanas. Está ahí para adiestrarse como exorcista. Seguirá las palabras y actos del exorcista, le advertirá si está cometiendo algún error, le ayudará si su organismo se debilita, y lo sustituirá si acaso muere, sufre un colapso, sale huyendo o recibe una zarandeada física o emocional superior a lo que pueda soportar. Todo lo cual ha ocurrido en el curso de los exorcismos.

Los restantes ayudantes son laicos. Con frecuencia está presente un médico, puesto que todos los participantes están en peligro de tensión, choque emocional o daño corporal. El número de los asistentes laicos dependerá del grado de violencia que el exorcista espere; generalmente, es de cuatro. Desde luego, en las regiones remotas, o bien, en las misiones cristianas aisladas e incluso algunas veces en las grandes ciudades, no hay manera de conseguir ayudantes. Simplemente no hay ninguno disponible, o no hay tiempo para echarse a buscarlo. El exorcista deberá realizar solo la labor.

El exorcista aprende por experiencia lo que puede esperar en cuanto a conducta violenta; y, por su propia seguridad, los posesos suelen tener que estar sujetos durante partes del exorcismo. Los asistentes deberán por tanto ser personas de gran fuerza física. Además, puede tenerse a mano una camisa de fuerza, aunque por lo general se usan correas o cuerdas.

Corresponde, además, al exorcista asegurarse de que sus ayudantes no tengan conciencia de algún pecado personal en el momento del exorcismo, porque ellos también pueden esperar ser atacados por el espíritu del mal, aunque no tan directa y constantemente como el exorcista mismo. Cualquier pecado oculto servirá de arma.

El exorcista deberá asegurarse hasta donde sea posible, y de antemano, de que sus ayudantes no se debilitarán ni se sentirán abrumados por la obscenidad del comportamiento o la vileza del lenguaje, que alcanza un grado más allá de todo lo imaginado; no pueden palidecer a la vista de la sangre, el excremento, la orina; deben ser capaces de soportar los peores insultos y estar dispuestos a que se saquen a relucir delante de todos los presentes sus más oscuros secretos. Todo esto es común en los exorcismos.

Se da a los asistentes tres reglas cardinales: deberán obedecer al exorcista de manera inmediata y sin vacilar, por absurdas o

crueles que puedan parecerles sus órdenes en el momento; no deberán tomar absolutamente ninguna iniciativa, salvo que se les ordene; y no deberán hablar a la persona poseída, ni siquiera en forma de exclamación.

No importa que se tenga todo el cuidado del mundo, no hay forma de que el exorcista pueda preparar plenamente a sus ayudantes para lo que les espera. Aun cuando no se vean sujetos a ataque tan directo e ininterrumpido como el que sufrirá el sacerdote, no es raro que los asistentes se marchen —o tengan que ser sacados— a mitad del exorcismo. Un exorcista con práctica llegará incluso al grado de hacer algunos ensayos con apego a la vieja teoría de que hombre prevenido vale por dos... al menos hasta cierto punto.

La fecha y momento del exorcismo suelen ser dictados por las circunstancias. Por lo general, hay un sentimiento de urgencia, de que hay que empezar lo antes posible. Todas las personas involucradas deberán disponer de todo su tiempo: es muy raro que un exorcismo dure menos de varias horas... con frecuencia no menos de diez o doce. En ocasiones se prolonga hasta dos o tres días, y se ha dado el caso de que dure varias semanas.

Una vez iniciado, y salvo las más raras ocasiones, no hay interrupciones, aun cuando una u otra de las personas presentes puedan salir de la habitación algunos instantes, a fin de tomar algún alimento, descansar brevemente o ir al baño (en este libro se describe un exorcismo muy extraño en el que sí hubo una interrupción; el sacerdote involucrado hubiera preferido cien veces seguir adelante en vez de sufrir la loca violencia que fue causa de la demora).

La única persona en el exorcismo que se viste de manera especial es el exorcista, así como su asistente eclesiástico. Cada uno viste una larga sotana negra que los cubre desde el cuello hasta los pies. Sobre ella se ponen una sobrepelliz blanca que les tapa únicamente hasta el talle. Una estola estrecha de color púrpura pende del cuello y cuelga suelta a lo largo del torso.

Por lo común, el sacerdote asistente y los ayudantes laicos preparan la habitación de acuerdo con las instrucciones del exorcista. Tanto ellos como la persona exorcizada deberán ya estar en la habitación cuando el exorcista entra, al último y solo.

No hay un léxico del exorcismo; tampoco hay una guía o un conjunto de reglas fijas; no hay una Guía Bedecker del espíritu

del mal que pueda seguirse. La Iglesia proporciona un texto oficial para el exorcismo, pero es un simple marco. Puede ser leído en voz alta en veinte minutos. Simplemente proporciona una fórmula completa de ciertas palabras junto con determinadas oraciones y actos rituales, de manera que el exorcista tenga una estructura ya fija para dirigirse al espíritu maligno. De hecho, la realización del exorcismo se deja mucho a la iniciativa del exorcista.

Sin embargo, todo exorcista con quien yo he hablado conviene en que existe un progreso general a través de etapas discernibles del exorcismo, por largo que este pueda ser.

Uno de los exorcistas más experimentados que he conocido, y que de hecho fue mentor del exorcista que figuró en el primer caso relatado en este libro, dio nombre a las varias etapas generales del exorcismo. Estos nombres reflejan el significado o efecto general o intento de lo que está sucediendo, pero no los medios concretos utilizados por el espíritu del mal ni por el exorcista. Connor, como voy a llamarlo, hablaba de *Presencia, Fingimiento, Quebrantamiento, Voz, Choque* y *Expulsión*. Los sucesos y etapas que estos nombres significan ocurren en nueve de cada diez exorcismos.

Desde el momento en que el exorcista entra en la habitación, un singular sentimiento parece cernirse en el aire mismo que se respira. Desde ese momento, en todo exorcismo genuino y en adelante, a lo largo de toda su duración, las personas que están en la habitación se percatan de una *Presencia* extraña. Esta indudable señal de posesión es tan inexplicable e inconfundible como inevitable. Todos los indicios de posesión, por patentes y grotescos, por sutiles y debatibles, parecen palidecer y ser eliminados ante esta *Presencia*.

No existe un indicio material de la *Presencia*, pero todos la sienten. Tiene uno que experimentarlo para saber de lo que se trata; no se le puede localizar en tal o cual punto del espacio... a un lado o arriba, o dentro del poseso, o allá, en un rincón, o debajo de la cama, o flotando en el aire.

En un sentido, la *Presencia* no está en ninguna parte y esto hace que se incremente el terror que produce, porque *existe* una presencia y *otro* está presente. No es un "él", ni una "ella", ni un "ello". En ocasiones creería uno que lo que está presente es singular, en otras, que es plural. Cuando habla, a medida que

el exorcismo progresa, en ocasiones se referirá a sí misma como "yo", en ocasiones como "nosotros" usará "mi" y también "nuestro".

Invisible e intangible, la *Presencia* se agarra a la humanidad de quienes están en la habitación. Uno puede hacer uso de la lógica y expulsar toda imagen mental de ella, puede uno decirse: "Sólo me lo estoy imaginando. ¡Cuidado! ¡No hay que dejarse dominar por el pánico!", y puede producirse un alivio momentáneo. Pero, luego, después de unos cuantos segundos, la *Presencia* vuelve como un silbido inaudible que se siente en el cerebro, como una amenaza sin palabras al ser que somos nosotros. Su nombre y esencia parecen componerse de amenazas, de ser única y exclusivamente nefasta, concentrarse en el odio por el odio mismo y la destrucción por la destrucción misma.

En las primeras etapas de un exorcismo, el espíritu del mal hará los mayores esfuerzos por "ocultarse" tras el poseso, por así decir: para aparecer que es una y la misma persona y personalidad de su víctima. Tal es el *Fingimiento*.

La primera tarea del sacerdote es deshacer ese *Fingimiento*, obligar al espíritu a revelarse abiertamente, a separarse del poseso... y a dar su nombre, porque todos los espíritus que se posesionan tienen un nombre que generalmente (aunque no siempre) tiene que ver con la forma en que el espíritu trabaja dentro de su víctima.

Cuando el exorcista pone manos a la obra, el espíritu maligno puede permanecer callado por completo, o bien, puede hablar con la voz del poseso y emplear experiencias pasadas y recuerdos del poseso. Esto suele hacerse con gran habilidad, recurriendo a detalles que nadie sino el poseso podría conocer; puede ser realmente una actitud que desarme e incluso provoque lástima. Puede hacer que todos, incluyendo al sacerdote, sientan que es el sacerdote el villano que sujeta a una persona inocente a terribles martirios. Incluso los gestos y rasgos del poseso son empleados por el espíritu para ocultarse.

En ocasiones, el exorcista no puede quebrantar el *Fingimiento* durante días, pero hasta que lo haga, no podrá llevar el asunto por buen camino. Si no logra quebrantarlo en lo absoluto, habrá perdido. Quizá otro exorcista que lo remplace tenga éxito. Pero él mismo ha sido vencido.

Todo exorcista aprende en el curso del *Fingimiento* que está tratando con alguna fuerza o poder que en ocasiones es intensamente astuto, en otras de suprema inteligencia y, en otras, capaz de la más grande estupidez (lo que nos hace preguntarnos acerca del problema del singular y del plural); y es tan peligroso como terriblemente vulnerable.

Caso extraño, mientras este espíritu o poder o fuerza conoce algunos de los más secretos e íntimos detalles de la existencia de todos los presentes en la habitación, al mismo tiempo demuestra lagunas enormes en el conocimiento de las cosas que pueden estar ocurriendo ahí mismo en un momento dado.

Pero el sacerdote no debe dejarse engañar por pequeñas victorias ni correr riesgos en la esperanza de que se cometan estupideces. Debe estar dispuesto a aceptar que se hagan públicos sus propios pecados, errores y debilidades, que serán gritados de la manera más repugnante para que todos se enteren. No deberá tratar de excusar el pasado, ni dejarse acoquinar al ver que incluso sus más bellas memorias son manoseadas, arrastradas por el fango, objeto de desprecio; no debe dejarse distraer en forma alguna de su intención primordial de librar a la persona poseída que tiene ante sí. Y a toda costa deberá evitar intercambiar insultos o entablar argumentos lógicos con el poseso. La tentación de hacer esto es más frecuente de lo que pudiera creerse, y debe ser considerada como una trampa posiblemente fatal que puede acabar no sólo con el exorcismo, sino literalmente con el exorcista mismo.

En consecuencia, a medida que el *Fingimiento* empieza a desmoronarse, el comportamiento del poseso se incrementa en violencia y repugnancia. Es como si una trampa invisible se abriera y por ella brotaran riadas de lo inmencionablemente humano y lo humanamente inaceptable. Una corriente de suciedad, de insultos irrestrictos, acompañada frecuentemente por violencia corporal: el poseso se retuerce, rechina los dientes, salta y, en ocasiones, ataca de hecho al exorcista.

Los procedimientos entran en una nueva etapa a medida que se acerca el *Quebrantamiento*, y nos lleva a uno de los más sutiles sufrimientos que el exorcista deberá soportar: la confusión. Una confusión total y espantosa. Raro es el exorcista que no flaquea siquiera por un instante, entregado a un dolor peculiar de aparente contradicción de todos los sentidos.

Sus oídos parecen oler malas palabras. Sus ojos parecen oír ruidos ofensivos y alaridos obscenos, su nariz parece gustar una cacofonía de altos decibeles. Todos y cada uno de los sentidos parecen estar registrando lo que debería registrar cualquier otro de ellos. Todos y cada uno de los nervios de los epectadores y participantes se tensan, y ellos luchan por controlarlos. El pánico, el temor de disolverse en la locura, se deja sentir en rápidas puñaladas asestadas a todos los que están ahí. Todos los presentes experimentan este asalto violento, cada vez más duro. Pero el exorcista es el que debe soportar la tormenta. Él es blanco directo de toda esta actividad.

El *Quebrantamiento* se logra en el momento en que el *Fingimiento* se desmorona por completo. La voz del poseso ya no es utilizada por el espíritu, si bien la nueva voz extraña puede o no salir de la boca de la víctima. En el caso de Thomas Wu, la voz extraña era emitida por la boca del poseso: esa era la razón de que el capitán de policía se mostrara tan sorprendido. Con frecuencia, el sonido producido no se parece ni siquiera a un sonido humano.

Durante el *Quebrantamiento,* por vez primera, el espíritu habla del poseso en tercera persona, como un ente distinto. Por vez primera, el espíritu que lo posee actúa por cuenta propia y habla de "yo" o "nosotros", expresiones que suele usar indistintamente, y de "mío" y "nuestro".

Otra señal muy frecuente de que el *Quebrantamiento* ha sido logrado es la aparición de lo que el padre Connor llamó la *Voz.*

La *Voz* es una babel increíblemente perturbadora y humanamente desconcertante. Las primeras sílabas parecen ser las de alguna palabra pronunciada en forma lenta, con lengua estropajosa: algo así como una cinta grabada que se pasa a otra velocidad. Está uno tratando de captar la palabra, y una capa de frío temor se ha apoderado ya de uno: sabemos que este sonido es extraño. Pero nuestra concentración se ve sacudida y frustrada por una inmediata gama de ecos, de voces pequeñas, agudas, que repiten cada sílaba a gritos, en suspiros, con risas, con burla, con quejidos, tan luego como es pronunciada. Todo ello golpea nuestro oído en tanto que la voz extraña procede, sin apresuramiento, a pronunciar la siguiente sílaba, que entonces deberemos tratar de captar mientras adivinamos qué decía la primera que se nos escapó. Para entonces, las minúsculas y penetrantes voces

ya han alcanzado a la segunda sílaba, y la voz ha procedido a pronunciar la tercera sílaba... y así sucesivamente.

Si el exorcismo ha de proseguir, es necesario silenciar la *Voz*. Y se requiere un enorme esfuerzo de voluntad por parte del exorcista, en directa confrontación con la voluntad extraña del mal, para acallarla. El sacerdote debe controlarse a sí mismo y conminar al espíritu, primero a que se calle, y luego a que se identifique de manera clara.

Como en todas las cosas que tienen relación con el Exorcismo de un Espíritu Maligno, el sacerdote da esta orden por su propia voluntad, pero siempre en nombre y con la autoridad de Jesús y de la Iglesia. Hacerlo en su propio nombre o valiéndose de una supuesta autoridad propia, sería invitar al desastre personal. El poder puramente humano, sin adornos y sin ayuda, no puede enfrentarse a lo preternatural. (Conviene recordar que cuando hablamos de lo preternatural, no estamos hablando de los llamados espíritus chocarreros).

Por lo común, cuando llegamos a este punto y la *Voz* muere, el exorcista se siente afectado por una tremenda presión de carácter francamente oscuro, desconocido. Es la primera manifestación exterior de una colisión directa y personal con la "voluntad del Reino", el *Chaque*.

Todos sabemos por experiencia personal que no puede haber una lucha de voluntades sin que exista un contacto sentido e intuitivo entre dos personas. Existe una comunicación en dos sentidos que es tan real como una conversación en palabras. El *Choque* es la médula de una comunicación especial y terrible, el núcleo de esta singular batalla de voluntades entre el exorcista y el Espíritu del Mal.

Por doloroso que pueda ser para él, el sacerdote debe buscar el *Choque*, debe provocarlo. Si no puede enfrentar su voluntad con esa cosa perversa y forzarla a enfrentar su propia voluntad en contra de la suya, entonces el exorcista habrá quedado derrotado.

La cuestión entre los dos, entre el exorcista y el espíritu poseedor de aquella persona, es muy sencilla. ¿Logrará el total antihumano invadirlo y posesionarse de todo? ¿Logrará esa cosa ruidosa, inmisericorde, saltar por sobre ese estrecho borde donde el exorcista mantiene su terreno y se lo tragará también a él? O bien, contra toda su voluntad y protestando, sujeto por una

voluntad mayor que la suya, unidireccional, ¿se detendrá, se identificará, cederá, se retirará, desaparecerá para volatilizarse en ese foso desconocido del ser al que no hay ninguna persona que desee ir?

A pesar de toda la presión a la que se ve sujeto, y de la magnitud de su humana agonía, si el exorcista ha llegado hasta aquí, debe presionar para alcanzar el fin perseguido. Ha ganado un punto en su ventaja. Ya ha logrado que el Espíritu del Mal se salga del cuerpo que lo albergaba, y que se manifieste por su propia cuenta. Si hasta ese momento no lo ha logrado, deberá finalmente obligarlo a dar su nombre. Y entonces, según creen algunos exorcistas, el exorcista debe buscar la mayor información que pueda obtener. Porque de algún modo, según se han percatado los exorcistas, mientras más se vea obligado a revelar el Espíritu del Mal durante el *Choque* y su secuela, más segura y fácil será la *Expulsión* llegado el momento. Forzar una identificación tan completa como sea posible es quizá señal de dominio de una voluntad sobre otra.

Es de capital interés especular acerca de la violencia provocada por el Exorcismo: luchas corporales y mentales tan extremas, que pueden ocasionar la muerte. ¿Por qué ha de luchar así el espíritu? ¿Por qué no marcharse e, invisible, introducirse en alguna otra persona o en algún otro lugar? Porque el espíritu mismo parece sufrir en estas batallas.

Una y otra vez, en todos los exorcismos, ocurre una cosa muy curiosa relacionada con el *espíritu* y el *lugar*, ese extraño problemas mencionado anteriormente en relación con la habitación elegida para el exorcismo. Cuando Jesús expulsaba a los espíritus inmundos, esos espíritus mostraban preocupación por el sitio a donde podrían ir. En caso tras caso, así como en los varios exorcismos relatados en este libro, los espíritus se lamentan y preguntan con voz dolorida:

—¿A dónde iremos? También nosotros hemos de poseer nuestra habitación. Incluso el Ungido nos dio un lugar en los cerdos. Aquí... no podemos permanecer más tiempo.

El Mal Espíritu, habiendo encontrado un albergue en quien consintió en alojarlo, no parece estar dispuesto a ceder su sitio tan fácilmente. Se agarra a él y lucha y engaña e incluso corre el riesgo de matar a ese alojamiento antes que consentir en ser expulsado. Lo violento de la lucha probablemente depende de

muchas cosas; la inteligencia del espíritu de que se trata y el grado de posesión logrado en la víctima son quizá dos factores sobre los que cabría especular.

Pero sea lo que sea lo que determine el grado de la violencia, una vez que el exorcista ha obligado al espíritu invasor a identificarse, y que ha sostenido el primer encuentro mudo del *Choque* y luego ha invocado la condenación y expulsión formales prescritas por el rito del exorcismo, el resultado inmediato suele ser una lucha tortuosa, más allá de todo lo que podemos imaginar, una franca violencia que deja de lado toda sutileza.

Llegado este momento, la persona poseída se da cuenta de una u otra manera de lo que la poseía. Con frecuencia se convierte en un auténtico campo de batalla por el resto del exorcismo, y soporta castigo y tensión increíbles.

En ocasiones puede ser que el exorcista se dirija directamente al poseso, conminándolo a usar la parte de su propia voluntad aún libre de la influencia y dominio del espíritu, para participar directamente en la lucha, ayudando al exorcista. En esos momentos no hay animal que, indefenso, clavado en el suelo, luche más patéticamente contra lo que chupa la vida de su sangre con una crueldad superior y voraz. El carácter nauseabundo que tiene el aspecto de la persona poseída y su mismo comportamiento parecen ser un indicio de su deseo de liberación, una señal desesperada de lucha, prueba de una revuelta donde antes hubo consentimiento.

En grado creciente, aquello que lo poseía se ve forzado a salir a lo abierto, protestando siempre contra la revuelta de su víctima y contra su propia expulsión. La violencia de las contorsiones y la desfiguración corporal del poseso pueden alcanzar un grado tal que uno no podría creerle capaz de soportar.

También el exorcista está ahora expuesto a un ataque total. Tal parece que, una vez arrinconado, el mal espíritu tiene la capacidad de recurrir a una inteligencia superior, y tratará de engañar al exorcista, de atraerlo a un campo minado con situaciones de las cuales ningún ser humano puede liberarse en forma alguna.

Cualquier debilidad en la fe religiosa, única cosa que sostiene al exorcista, o cualquier fatiga que sienta, permitirán que su mente se vea inundada por una terrible luz de la que no puede defenderse, una luz que puede quemar hasta las raíces mismas

de su razón y convertirlo emocionalmente en el más servil de los esclavos, desesperado por librarse de toda vida corporal.

Tales son apenas algunos de los peligros y trampas a que se enfrenta todo exorcista. Su dolor es tanto corporal como emocional y mental. Tiene que enfrentarse a algo que es misterioso, pero no subyugante; a algo que es torcido, pero que lo es con inteligencia; con una cualidad que está cabeza abajo y con lo de adentro para afuera, pero de manera que tiene significado. Están ahí los mordientes rasgos de una pesadilla en plenitud, pero no se trata de un sueño, y no hay posibilidad de despertar para librarse de ella.

Se ve atacado por un hedor tan poderoso que muchos exorcistas empiezan a vomitar sin poderse contener. Se le obliga a soportar dolores corporales, y siente una angustia que pesa en su alma misma. Se le obliga a saber que está tocando lo que es absolutamente sucio, lo que es totalmente antihumano.

Todo sentido puede convertirse de repente en una necedad. La desesperanza es confirmada como la única esperanza, la muerte, la crueldad y el desprecio se convierten en algo normal. Todo lo que sea grato o bello es una pura ilusión. Nada, según parece, fue alguna vez justo en el mundo de los hombres. Se encuentra en una atmósfera más estrafalaria que la de cualquier manicomio.

Si, a pesar de sus emociones y sus imaginaciones y de su cuerpo —todos ellos atrapados aún en medio del dolor y la angustia—, sí, repito, a pesar de todo esto, la voluntad del exorcista se mantiene firme durante el *Choque*, lo que hace es acercarse a su función final en esta situación, como testigo humano autorizado de Jesús, porque no es por mérito ni fuerza alguna suya, ni por privilegios propios que finalmente conmina al espíritu malvado a desistir, a ser desposeído, a marcharse y dejar en paz a la persona poseída.

Y, si el exorcismo tiene éxito, es esto lo que sucede. Cesa la posesión. Todos los presentes se dan cuenta de un cambio producido a su alrededor. La sensación de una *Presencia* cesa repentina y totalmente. Algunas veces se escuchan voces que se alejan u otros ruidos; en ocasiones, sólo un silencio absoluto. Puede ocurrir que la persona que estuviera poseída se encuentre al final de sus fuerzas; otras veces despertará como de un sueño, de una pesadilla o de un estado de coma. Hay

también veces en que la víctima recordará mucho de todo aquello por lo que ha pasado, pero también se dan casos en que no recuerda absolutamente nada.

Pero no es este el caso del exorcista, ni durante ni después de su espeluznante trabajo. Lleva consigo dudas que lo martirizan, conflictos amargos que no puede confiar a familiares, amigos, superior o terapeuta. Sus heridas personales están más allá del alcance de las palabras de consuelo y mucho más hondas de lo que puede alcanzar cualquier idea consoladora. No comparte su castigo más que con Dios. Pero incluso esto tiene la mácula de una singular dificultad. Porque es una comunicación que se realiza por medio de la fe y no mediante un encuentro cara a cara.

Es sólo en esta forma que tales hombres, al parecer personas comunes y corrientes, logran perseverar en el curso de los días de quieto horror y las noches de insomnio y vigilia que pasan durante años después, como precio de su éxito, como recordatorio constante de que, en una época, otro ser humano fue rescatado porque ellos voluntariamente incurrieron en el enojo directo del odio vivo.

Los siguientes casos son auténticos. La vida de las personas involucradas se relata con base en amplias entrevistas a todos los principales participantes, a muchas de sus amistades y parientes y a muchas otras personas involucradas directa o indirectamente en menor grado. Todas las entrevistas han sido independientemente comprobadas en busca de la mayor exactitud posible por lo que hace a los hechos. Los exorcismos mismos se han reproducido de las cintas grabadas en el momento y de las trascripciones de dichas cintas. Por necesidad, los exorcismos han tenido que abreviarse, pues son demasiado largos; todos los exorcismos registrados aquí tardaron más de 12 horas.

He elegido estos cinco casos de entre un número mucho mayor de que tuve conocimiento y que se puso a mi disposición, porque tanto singularmente como en conjunto son ilustraciones dramáticas de la forma en que un mal personal e inteligente se mueve astutamente a lo largo de las modas e intereses contemporáneos, y dentro de los límites usuales de la experiencia de personas ordinarias, tanto hombres como mujeres. A pesar de todo su atractivo romántico, ningún caso de los siglos XIV, XV o XVI tendría importancia para nosotros. Por el contrario, seguiría siendo cuestión de desechar tales casos

como fábulas elaboradas para satisfacer los temores o fantasías de un pueblo "más ignorante" o de una época "menos civilizada". Cada uno de los casos aquí presentados incluye como elemento importante alguna actitud o actitudes básicas populares en nuestra propia sociedad. En la persona poseída se lleva a un extremo unilateral y alarmante.

En el primer caso, *El amigo de Zio y el Sonriente,* se insiste en que no existe una diferencia esencial entre el bien y el mal, y en que, en última instancia, no hay diferencia entre el ser y el no ser; que todos los valores están sujetos sólo a las preferencias personales.

En *El padre Huesos y mister Natch,* la idea apremiante que fue captada por el espíritu del mal parece ser la de que todos los misterios pueden ser y son resueltos por explicaciones "naturales" (es decir, racionales o científicas o cuantificables); que no puede haber para la persona moderna nada que no pueda ser comprendido racionalmente; y que no hay verdad alguna importante para el hombre más allá de lo que es racional.

En *El sacerdote virgen y el Desvirgador de Muchachas,* la batalla concernía a algunos de los grandes, profundos y misteriosos "dones" de nuestra naturaleza misma y de nuestra sociedad: en este caso, el género y el amor humanos. El sacerdote que realizó este exorcismo me comentó algunos meses antes de morir, en una de las más profundas conversaciones que he sostenido en mi vida:

—El ave no vuela porque tiene alas. Tiene alas porque vuela.

Nos desentenderemos de esta misteriosa verdad en su aplicación a nuestra sexualidad y a nuestro género, sólo con gran peligro de nuestra parte, según creo yo.

En *El tío Ponto y el Cocinero de Sopa de Hongos,* tenemos un ejemplo de lo que puede estar ocurriendo a muchas personas en nuestra sociedad moderna... sin que se percaten de ello y sin que quienes las rodean tengan conocimiento de lo que ocurre. Porque tal parece que existe un individualismo, una interpretación puramente personalista de la vida humana hoy día, que excede con mucho los límites de lo que solía conocerse como egoísmo. Esto ha producido en miles de personas una conducta aberrante, idiosincrásica, en verdad destructiva.

En *El Gallo y la Tortuga,* la confusión fatal (y en este caso literalmente casi fue fatal) se produjo entre el espíritu y la

sique; entre aquellas partes y atributos nuestros que son cuantificables y a través de los cuales, sin embargo, el espíritu se da a conocer más fácilmente. Si todo lo que tomamos como perteneciente al espíritu puede ser representado como un producto de la sique humana y nada más, sin significado ni importancia más allá de su realidad, entonces podemos hacer que el amor parezca apenas una acción recíproca química, y matar así el paradigma del amor.

En cada uno de estos casos, un signo básico de la posesión es la confusión. Se confunde sexo con género, el espíritu se confunde con la sique, el valor moral se confunde con la ausencia de todo valor. El misterio se confunde con la mentira. Y, en todos los casos, se emplean argumentos racionales, no para aclarar sino para fomentar la confusión y para nutrirla como una arma importante contra el exorcista. Al parecer, la confusión es una de las principales armas de que se vale el mal.

Es mucho más lo que puede observarse y decirse acerca del significado de la posesión. No todo puede ser abarcado en un solo volumen. Pero posesión y exorcismo no son meras modas carentes de interés, más allá de un hecho exótico y decididamente asustador. Son expresiones tangibles de la realidad que envuelven la diaria vida de la gente del común. Ningún estudio de casos de posesión y exorcismo dentro de la óptica cristiana podría ser adecuado sin un mínimo de explicación —desde el punto de vista cristiano— acerca de esa realidad: qué es lo que ocurre en la posesión, y de qué manera el proceso de degradación se desarrolla en una persona determinada. Dicha explicación ocupa la parte final del libro.

Este estudio no intenta resolver el misterio último de la posesión: por qué esta persona, más que aquella, se convierte en objeto del ataque diabólico que puede concluir en una posesión parcial o perfecta. La respuesta ciertamente no radica en sondeos sicológicos, en la herencia ni en fenómenos sociales. La respuesta final incluiría, como ingredientes primordiales, la libre elección personal que cada individuo hace y el misterio de la predestinación humana. Acerca de la libre elección conocemos lo esencial: yo puedo elegir el mal sin más razón o motivo que el que yo lo elijo. Hay personas que al parecer lo hacen. En cuanto a la predestinación, es muy poco o nada lo que sabemos. El misterio permanece sin resolver.

Todos los hombres y mujeres que han figurado en los cinco casos aquí relatados son personas a las que yo conozco, que me brindaron su absoluta cooperación, a condición de que su identidad y la de sus familiares y amigos no fuera revelada. Por tanto, todos los nombres y lugares han sido alterados, así como otros posibles indicios, a fin de oscurecer la identidad. Toda semejanza entre los casos aquí relatados y cualesquier otros que pudieran haber ocurrido, es accidental y una mera coincidencia.

Los casos

El amigo de Zio y el Sonriente

Peter aspiró un poco más de aire fresco. Sentía renuencia a cerrar la ventana, a enmudecer el ruido de la calle 125, quince pisos más abajo. Era la primera vez en la historia que un papa era llevado por las calles de Nueva York en un vehículo, y el aire mismo vibraba de excitación. La cabalgata de automóviles que seguían al Santo Padre había ya pasado por el puente de la Avenida Willis, hacia el Bronx, en su camino al Yankee Stadium. Las multitudes todavía se arremolinaban en los alrededores. Algunas monjas se escurrían como pingüinos asustados, sonando sus silbatos y alineando a las escolapias. Los vendedores de comestibles gritaban los precios de sus artículos. Una joven chillonamente vestida y su hijito vendían pequeños papas hechos de plástico. Dos policías estaban retirando las barreras hechas de madera. El camión de la basura rugía y tocaba el claxon para abrirse camino entre aquel tráfico. El padre Peter cerró la ventana por fin, corrió las cortinas y se dirigió nuevamente a la cama.

La habitación había quedado otra vez quieta, salvo por la respiración irregular de Marianne, joven de veintiséis años. Yacía echada sobre una manta gris arrojada encima del colchón, completamente al aire. Con sus desteñidos pantalones de mezclilla, una camiseta amarilla, su pelo castaño rojizo revuelto sobre la frente, la palidez de sus mejillas y el color blanco ya sucio de las paredes que la rodeaban, parecía formar parte de un pastel trágicamente desteñido. Salvo por un curioso gesto de sus labios, el rostro carecía de expresión.

A la izquierda de Peter, de espaldas a la pared, estaban dos hombres de gran estatura y muy musculosos. Uno de ellos era un ex policía y amigo de la familia, veterano con treinta y dos años en la Fuerza, donde, según creía, había visto todo lo que puede verse. Estaba a punto de descubrir su error. En la sesentena, ya un poco calvo, vistiendo también pantalones de mezclilla, los brazos cruzados sobre el pecho, su rostro era el vivo retrato de la extrañeza. El otro hombre, el amigo más cercano del padre de Marianne, a quien los niños llamaban tío, era el gerente del banco, un abuelo de cincuenta y tantos años, hombre de rostro rubicundo y barba prominente, que vestía un traje azul. Sus brazos colgaban a lo largo de sus costados, tenía los ojos fijos en el rostro de Marianne, con una expresión de indefenso temor. Ambos hombres, atléticos y musculosos, habían sido invitados a ayudar en el exorcismo de Marianne, a fin de impedir cualquier violencia física, cualquier daño que pudiera intentar. El padre de Marianne, un hombre de escasos cabellos blancos, con los ojos enrojecidos y el rostro demacrado, estaba al lado del médico de la familia. Rezaba en silencio. Peter siempre insistía en que algún miembro de la familia estuviera presente en el exorcismo. Y como si pretendiera hacer un contraste con los otros, el joven médico, un siquiatra, mostraba una mirada concentrada, casi estudiada, mientras tomaba el pulso a la joven.

El colega de Peter, el padre James, un sacerdote de treinta y tantos años, se mantenía de pie, al pie de la cama. De pelo negro, rostro lleno, juvenil, preocupado, sus ropajes negro, blanco y púrpura eran el uniforme del caso. Sobre Peter, con su desordenado cabello gris y sus mejillas hundidas, los mismos colores se fundían en una unidad un tanto velada.

James estaba vestido para la ocasión. Peter, el soldado, siempre había estado ahí.

En una mesita de noche al lado de James, ardían dos velas. Entre ellas estaba un crucifijo. En un rincón de la habitación había una cómoda. "Deberían haberla sacado antes de empezar", pensó Peter. La cómoda, que se había dejado ahí inicialmente a fin de colocar en ella una grabadora de cinta, se había convertido en un verdadero estorbo. Quizá continuaría siéndolo hasta que todo hubiera terminado, pensó Peter. Pero sabía que, una vez iniciado el exorcismo, ya no era el momento de ponerse a trastear con los objetos de la habitación.

Eran las 8:15 p.m. de un lunes, y la decimoséptima hora del tercer exorcismo realizado por Peter en 30 años. Era también su último exorcismo, aunque él no podía saberlo. Peter estaba seguro de que había llegado al punto del Quebrantamiento en el rito.

En los pocos segundos que le tomó cruzar de la ventana a la cama, el rostro de Marianne se había estado contorsionando en una masa de líneas entrecruzadas. Su boca se torció todavía más hasta formar una S. El cuello estaba tenso, y mostraba cada vena y cada arteria. La nuez parecía un nudo en una cuerda.

El ex policía y el tío de la joven avanzaron para detenerla. Pero su voz los hizo retroceder momentáneamente, como si fuera un latigazo:

—¡Viejos libidinosos! ¡Cada uno de ustedes se ha acostado con la mujer del otro! ¡No me toquen con sus sucias manos!

—¡Manténganla inmóvil! —ordenó Peter con voz perentoria; cuatro pares de manos la clavaron contra la cama. "Jesús ten piedad de mi hija", murmuró el padre. Los ojos del ex policía se le salían de las órbitas.

—¡TÚ! —gritó Marianne al verse clavada contra la cama, los ojos abiertos y echando llamaradas de ira—. ¡TÚ! Peter el Goloso. Cómete mi carne, dijo ella. Chúpame la sangre... y tú lo hiciste, ¡Peter el Goloso! Te vas a venir con nosotros, ¡hipócrita! Vas a lamerme el culo y te va a gustar, Peeeeeetrrr —y su voz se ahogó convirtiéndose en una especie de sonido animal.

Algo empezó a dolerle a Peter en el cerebro. Se quedó sin respiración, lleno de pánico, porque no podía inhalar. Se detuvo y esperó, meciéndose sobre los pies, vacilante. Luego exhaló, con un sentimiento de gratitud. Al sacerdote más joven le pareció algo frágil y vulnerable. El padre James entregó a Peter su libro de oraciones y ambos se volvieron para mirar a Marianne.

PETER

Casi un año después, en 1966, el día en que Peter fue enterrado en el Cementerio del Calvario, el padre James, su joven colega, conversó conmigo después del servicio fúnebre.

—Lo que el doctor dijo carece de importancia [según el informe oficial, la causa de la muerte había sido una trombosis coronaria]. En realidad, estaba ya muerto, definitivamente, des-

pués de su última actuación. Era solo cuestión de tiempo... y le advierto: no es que le faltaran valor ni devoción. En verdad fue un hombre de Dios, antes y después de todo aquello. Pero se necesitó de ese último exorcismo para hacerlo comprender que la vida deja vacía a cualquier persona decente.

Al parecer, Peter nunca salió de una cierta somnolencia después del exorcismo de Marianne; y siempre habló como si estuviera hablando para beneficio de alguien más que estuviera presente. Era tan exasperante como escuchar a alguien que habla con otra persona por teléfono.

—Jamás volvió a ser el mismo —comentó James—. Una parte de sí mismo pasó al Gran Más Allá durante el *Choque* final, como ustedes lo llaman —luego, después de una pausa y hablando casi para sí mismo, prosiguió—: ¿Puede usted comprender eso? Nació en Lisdoonvarna* 62 años atrás, pero se crió en Killarney, y vino aquí tres veces sólo para encontrarse con que a la tercera le tocaba morir; y cómo y dónde. Nos hace pensar en lo que es realmente la vida. Jamás sabemos cómo va a terminar. Peter jamás se naturalizó norteamericano. Y recorrer todo ese camino... sólo para morir como Dios lo había decidido.

Peter fue uno de siete hijos, todos varones. Su padre se mudó del condado Clare a Listowel, en el condado de Kerry, donde prosperó como comerciante en vinos. La familia vivía en una amplia casa de dos pisos que miraba al río Feale. Su situación económica era buena y se les respetaba. Su catolicismo era del tipo del cristianismo muscular que los irlandeses llegados de todas las naciones occidentales habían originado como su contribución personal a la religión.

Peter pasó su juventud en la relativa paz de los viejos días británicos, antes de que la Hermandad de la República Irlandesa (progenitora del IRA), los voluntarios irlandeses y la rebelión de 1916 lanzaron a la moderna Irlanda en esa tormentosa carrera de lucha por la "terrible belleza" que hechizó a Patrick Pearce, James Connolly, Eamonn de Valera y los otros líderes, en esa trampa mortal de derramamiento de sangre, en la que cincuenta años más tarde, cuando ya la vida de Peter declinaba, se seguía derramando sangre.

La escuela llenaba tres cuartos de cada año de su vida; los veranos se pasaban en Beal Strand, en Ballybunion a la orilla

* Una ciudad del condado de Clare, en Irlanda.

del mar, o bien, cosechando en la granja de su abuelo, en Newtownsands.

Uno de esos veranos, cuando tenía dieciséis años, Peter tuvo su único contacto con el otro sexo. Había estado echado durante horas entre las dunas de arena del Beal Strand con Mae, una chica de Listowel a quien conocía desde hacía unos tres años. Esa día, sus familias se marcharon a las carreras de Listowel.

El coqueteo inocente desembocó en un sencillo juego amoroso y por último en un ferviente intercambio de besos y caricias hasta que ambos se encontraron yaciendo desnudos y maravillosamente felices bajo las primeras estrellas de la noche, en una calidez que ondulaba y brillaba dulcemente a través de sus cuerpos mientras se abrazaban estrechamente. Después, juguetona, Mae lo llamó Peter el Goloso. Para calmar sus temores, añadió:

—No temas, nadie sabrá que me hiciste el amor, sólo yo.

Durante cerca de un año después de aquello, se sintió interesado en las chicas, y sobre todo en Mae. Luego, a poco de cumplir los dieciocho años, empezó a pensar en el sacerdocio. Para la época en que concluyó la escuela, se había decidido. Peter me dijo en alguna ocasión:

—Cuando nos dijimos adiós, ese verano de 1922, Mae se burló un poco de mí; me dijo que si alguna vez dejaba el seminario y no me casaba con ella, les diría a todos mi sobrenombre. Jamás se lo dijo a alma humana alguna. Pero desde luego ellos lo sabían.

Los únicos verdaderos enemigos de Peter eran los oscuros habitantes de "El Reino", a los que vagamente llamaba "ellos", y me miró de manera característica y miró hacia atrás por encima de mi cabeza. Mae murió en 1929, de un apéndice supurado.

Peter inició sus estudios en el seminario de Killarney y los terminó en Nungret, con los jesuitas. No brilló como estudiante, pero logró excelentes calificaciones en Derecho Canónico y en hebreo, idioma que pronunciaba con fuerte acento irlandés ("mi abuelo pertenecía a una de las tribus perdidas", solía decir), adquirió la reputación de poseer un juicio sano y justo en problemas morales, y también gozaba de renombre local porque podía patear una pelota de futbol y tumbar la pipa de un fumador situado a cerca de treinta metros, sin siquiera rozarle el rostro.

Ordenado sacerdote a los veinticinco años, trabajó durante seis en Kerry. Luego, durante tres años estuvo en una parroquia neoyorkina. Asistió a dos exorcismos como ayudante. En una

tercera ocasión, en que estaba presente sólo como un ayudante extra, tuvo que hacerse cargo del exorcismo, porque el exorcista, un hombre ya anciano, sufrió un colapso y murió de un ataque cardiaco en el curso del rito.

Dos semanas antes de marcharse a Irlanda para sus primeras vacaciones en tres años, las autoridades le asignaron su primer exorcismo.

—Usted es joven, padre. ¡Ojalá tuviera más experiencia! —fue lo que recordaba mejor de las instrucciones que le dio el obispo—. Pero el Viejo Satanás no tendrá mucho contra usted o sobre usted. Así que proceda.

Había durado trece horas ("y en Hoboken, nada menos", solía decir con cierta sorna), y lo dejó como cegado y muy a disgusto. Jamás olvidó el ataque asesino que le lanzara el hombre al que había exorcizado. En medio de espumarajos y con los dientes apretados, y el olor de un cuerpo que no se ha lavado en dos años, el hombre había lanzado:

—Estás destruyendo el Reino en mí, ¡cerdo irlandés con cara de mierda! ¿Y tú crees que te vas a escapar? No temas. Volverás a buscar más. Y más. Ustedes siempre vienen por más. Y yo te voy a quemar el alma. Te la voy a quemar. ¡Y vas a oler igual que nosotros! ¡La tercera es la vencida, cerdo, recuérdalo siempre!

Y Peter lo recordaba. Pero una vacación de dos semanas en el condado de Clare le devolvió toda su energía y verba.

—¡Dios mío! Los panecillos mojados en mantequilla salada, el té caliente, el tocino de Limerick, la lluvia que cae suavemente... ¡y aquella paz! ¡Era magnífico!

En su mayor parte, las heridas sufridas por Peter no le fueron infligidas por la dura realidad del mundo que lo rodeaba, pero dentro de él se abrían como una respuesta al mal que a veces percibía en la diaria existencia.

Quienes aún lo recordaban en 1972 hubieron de convenir en que Peter no había tenido genio ni santidad. De cabello negro, ojos azules, huesos muy marcados, era un hombre de poca imaginación, muy leal, que reía con gran gusto, de apetito gigantesco para el tocino y las papas, una constitución de hierro y la absoluta incapacidad de odiar o de guardar rencor, y en un estado de constante diferencia de opinión con su obispo (un hombrecito minúsculo al que sus sacerdotes solían llamar "Packy"). Peter era algo perezoso, inocentemente vanidoso de su gran estatura y

adicto a las novelas detectivescas de Edgar Wallace, afición que conservó toda su vida.

—Tenía una cualidad distintiva —comentó uno de sus amigos—. Uno sentía que tenía un espíritu gigantesco mezclado con sentido común y limpio de cualquier mezquindad.

—Si se hubiera encontrado al Demonio en el extremo superior de una escalera cualquier mañana y hubiera visto a nuestro señor Jesucristo al pie de la escalera —añadió otro—, no le hubiera vuelto la espalda al uno en su prisa por bajar hacia el otro. Hubiera bajado de espaldas, por si acaso.

En circunstancias normales, Peter hubiera permanecido en Irlanda después de sus vacaciones de panecillos y lluvia suave, hubiera trabajado en algunas parroquias durante algunos años; después, habría adquirido su propia parroquia. Pero había algo más que jalaba su corazón, y alguna otra cosa escrita para él en las estrellas. Cuando salió para Nueva York, al iniciarse la guerra de Corea, a fin de remplazar a un capellán que había sido llamado, recordó el exorcismo de Hoboken. "La tercera es la vencida, ¡cerdo! ¡Recuérdalo!"

—Todavía no es la tercera —le comentó en broma a un amigo asustado que conocía toda la historia.

En enero de 1952 se le pidió que hiciera su segundo exorcismo. El buen resultado que obtuvo en el primero y la elasticidad de que dio muestras hicieron que las autoridades pensaran en él. El segundo exorcismo lo realizó en Jersey City. Y, a pesar de su duración (la mayor parte de tres días y tres noches), no le exigió mayor esfuerzo físico ni mental. Espiritualmente, tuvo para él una importancia especial.

—Fue una especie de calentamiento para la salida de 1965 —me dijo en 1966—. La ceremonia duró demasiado para mi gusto, y todo el tiempo fue cuestión de martillo y tenazas... casi acabó con nosotros. Pero no hubo una excesiva tensión aquí dentro —se señaló el pecho. Y añadió con una intención que entonces no pude percibir—: Jesús tuvo un precursor en el Bautista. Supongo que las fuerzas de la oscuridad tienen el suyo.

Mirando desde aquí su función de exorcista, hoy puedo percatarme de que los dos primeros exorcismos lo prepararon para su tercero y último. Fueron tres *rounds* contra el mismo enemigo.

El exorcizado en ese mes de enero, fue un jovencito de dieciséis años, de origen hispano, quien había sido tratado de epilepsia durante un periodo de varios años; acababan de declararlo

libre de toda epilepsia y físicamente sano, lo que hizo un grupo de médicos del hospital presbiteriano Columbia. Sin embargo, de regreso a casa, todas las horribles perturbaciones se iniciaron de nuevo y de manera mucho más aguda, de manera que los padres acudieron a su párroco.

—Me dicen que tiene usted un... una especie de manera para tratar al Diablo, padre —le dijo el rubicundo monseñor, sonriendo torpemente cuando le concedió el permiso y las instrucciones necesarias. Luego, agitándose en su asiento añadió, amargamente, una especie de mal chiste católico—: Pero no lo traiga aquí con usted. Deshágase de él o de ella, o de quienquiera que sea ese diablo. Ya tenemos bastantes aquí que nos molestan.

Todo había salido bien. El chico se convirtió en devoto amigo de Peter. Más adelante marchó a Vietnam y murió en una emboscada, ya muy avanzada cierta noche, en las afueras de Saigón. Su comandante escribió, adjuntando un sobre con el nombre de Peter que el muerto había dejado y que contenía un trozo de lino ensangrentado y una breve nota. Más de diez años atrás, poco antes de verse libre de esa posesión, en el paroxismo final de la revuelta había clavado las uñas en la mano de Peter, cuya sangre cayó sobre el puño de su camisa. La nota decía: "Padre, he conservado siempre esto como una prueba de mi salvación. Ruegue por mí. Lo recordaré cuando esté con Jesús".

Peter tenía entonces cuarenta y ocho años y estaba en la flor de su vida como sacerdote. Sin embargo, dentro de sí mismo sufría de un creciente sentimiento de incapacidad y falta de todo valer. Sentía que, en comparación con muchos de sus colegas que habían obtenido grados universitarios, toda clase de habilidades, que ocupaban altos puestos en la jerarquía y que tenían conocimientos realmente muy extensos, él había hecho poco en lo que se refiere a logros. "Carezco de riquezas dentro de mí", escribió a uno de sus hermanos. "Solamente una negra pobreza. Algunas veces también ennegrece mi alma". Cuando le llegó el turno de recibir una parroquia, se le hizo de lado (Packy ya había muerto; pero, según algunos, el difunto obispo había dejado constancia en sus anales de que a Peter no debería dársele parroquia alguna).

De hecho, Peter era una especie de disidente. Los sacerdotes comunes y corrientes lo consideraban inferior en lo que hace a trato social, pero superior en lo que hace a juicio; carente de conocimientos eclesiásticos y de ambiciones, pero muy satisfecho

con su trabajo. Algunas veces sus protestas de ser "pobre por dentro" o de "carecer de conocimientos superiores" sonaba a hueco cuando se comparaban con sus actitudes tan tercas y decididas. En cualquier caso, el obispo común y corriente echaba un vistazo a su mirada tan directa y llegaba a la conclusión de que su propia autoridad estaba en entredicho. Porque la mirada de Peter no era insolente, aunque tampoco vacilaba; aceptaba las demandas del valer, pero estaba limpia de toda lambisconería. Esa mirada decía: "Te respeto por lo que representas. Lo que seas ya es otra cosa". Un hombre semejante resultaba un tanto inquietante para la mente absolutista y amenazador para la tendencia autoritaria de casi todos los eclesiásticos.

Más allá de la ocasional broma de que "mientras más alto suben más negros se ven sus traseros", Peter jamás demostró descontento ni ansiedad. Su falta de confianza en sí mismo lo salvaba de revelarse o de disgustarse. Y soportaba todo con buen humor.

—Pues bien, padre Peter —le dijo cierta vez un obispo, cuando salió a realizar un trabajo de tres meses en una parroquia londinense—, ya va usted camino del infierno o de la gloria.

—En un caso o en otro, señor, los obispos tienen prioridad —dijo Peter riendo.

Si hubiera elevado protestas y recurrido a amigos influyentes, de los que no carecía, es indudable que se hubiera retirado, a buen tiempo, al reposo rural de una pacífica parroquia en Kerry, con la extraordinaria autonomía de un párroco (desde papas a obispos, todos trataban con miramiento a los párrocos. Sólo su ama de llaves podía asaltar de frente la autonomía de la parroquia. Además, las amas de llaves irlandesas eran una raza muy especial).

Tal como Peter era, y tal como optó por seguir siendo estrictamente sujeto a los caprichos de los eclesiásticos y jamás interesado en lograr una posición fija, estaba disponible para ser enviado durante una visita temporal a Roma... y para un encuentro accidental que lo cambió profundamente.

Después de su segundo exorcismo, trascurrieron otros diez años en que dio "ayuda" en varias diócesis, prácticamente siempre con carácter temporal, como sustituto de otros sacerdotes. Y luego, durante un desayuno al que asistió a finales de septiembre de 1962, la casualidad lo puso en contacto con un obispo de la costa occidental quien, de camino a la apertura del Concilio

Vaticano Segundo, en Roma, permaneció unos cuantos días en Nueva York. El obispo era muy conocido por su simpatía por los disidentes y por recibir con gusto a los "casos difíciles". Como todos los obispos que fueron al Concilio, necesitaba uno o dos peritos en teología para que le sirvieran de asesores en Roma. Especialmente necesitaba un consejero teológico experimentado en asuntos pastorales.

Al día siguiente, Peter iba a bordo de un avión de la TWA, en compañía del obispo, camino de la Ciudad Eterna. De no ser por aquel viaje, probablemente no se hubiera encontrado al lado de Marianne tres años más tarde. Y ciertamente jamás hubiera conocido a los dos hombres que tuvieron una influencia repentina y profunda en él durante el resto de su vida. En Roma, Peter desempeñó sus deberes de consejero durante las diez semanas de estancia ahí. Pero lo que importaba mucho más para él, en lo personal, y lo que lo afectó más profundamente, fueron sus experiencias con el padre Conor y con Paulo VI entonces Monseñor Montini.

El padre Conor era un diminuto franciscano irlandés calvo, de aguda mirada y muy voluble, que enseñaba teología en una universidad romana. Usaba lentes sin aros, trotaba en vez de andar y hablaba con un acento irlandés tan marcado que sus lecciones en latín eran poco menos que ininteligibles.

Solían tener un cortejo de estudiantes, profesores, visitantes extranjeros, funcionarios y amigos en su celda del monasterio, después de la hora de la siesta, tres o cuatro días a la semana. Ahí, cuanto chisme corriera por Roma, se podía aprender, probar y catalogar según su valor. Porque la mitad de Roma se alimenta siempre de rumores acerca de la otra mitad. Y la especulación es la vara que continuamente agita el pozo de los rumores.

—Me dicen, amigo mío que... —era la manera más frecuente de abrir una conversación con Conor.

Conor pasaba sus veranos pescando por los alrededores de Loughcorrib, en Irlanda, era un perito en cristal Waterford y lo dominaba una fascinación por la política, civil y eclesiástica, fascinación que hacía que para Conor el Concilio Vaticano Segundo fuera lo máximo. Había estudiado demonología ("Casi todo es puro cuento", solía decir), brujería ("Basura, te lo digo si me preguntas"), exorcismo ("Una cosa de locura") y posesión ("El talón de Aquiles del diablo"). Actuaba como consultor de una oficina romana que se ocupaba de casos de posesión y en ca-

torce ocasiones había practicado exorcismo (aunque siempre protestaba que "no estaba dispuesto a tocar uno, ni siquiera con una vara larga, a menos que se lo ordenaran"). Según un chiste que acerca de Conor corría, y que lo enfurecía, solía inducir a los demonios a abandonar a los posesos amenazándolos con enviarlos "de regreso a Irlanda".

Fuera de los círculos clericales de Roma, las actividades de Conor como exorcista eran relativamente desconocidas. A decir verdad, sus compañeros clérigos de Irlanda lo consideraban como una lombriz de libros y sus amigos laicos como "un hombrecito de gran espíritu, sencillo, un poco chiflado por la Edad Media".

Peter y Conor eran más o menos de la misma edad, compartían su amor por Irlanda y su pasión por las ruinas romanas, y Conor percibió en Peter una mente jamás maculada por las ambiciones bajas que veía carcomer a aquellos que en Roma giraban a su alrededor en la rueda de la política. También se percató del sentimiento que Peter tenía de su propia carencia de valer.

Encontraba las experiencias de Peter en materia de exorcismo enormemente interesante. Pues Peter tenía "el toque", según decía él, una habilidad natural para capear las tormentas del exorcismo. Por otra parte, Peter halló en Conor un amigo de experiencia práctica y de buen consejo. Recorriendo los alrededores de Roma, sentados en los *cortile* del monasterio de Conor o bien mientras visitaban los lugares históricos de la ciudad, o bebían café en la Piazza Nabona, asumieron gradualmente los papeles de maestro y discípulo. Peter planteaba preguntas; Conor las contestaba. Le explicaba, exponía teorías, instruía, advertía, corregía y alentaba.

En el campo del exorcismo, Conor había reducido las cosas a un patrón de comportamiento que podía reconocerse: cómo se comportaba el poseso, cómo actuaba el espíritu que lo poseía y cómo debería reaccionar el exorcista y conducir el exorcismo. Durante las largas caminatas y conversaciones con Conor, Peter cristalizó sus primeras impresiones y aprendió algunas valiosas directrices.

Jamás se había percatado de la radical diferencia que existe entre los posesos perfectos y los que se rebelan. Ni tampoco había comprendido a los que se rebelan como víctimas de la posesión; como seres que, en parte debido a su propia connivencia, seguramente, se habían convertido en huéspedes del mal

espíritu y ahora trataban, por una parte, de dar alguna señal, de pedir ayuda, pero en esa lucha también se convertían en víctimas de una violenta protesta contra esa posible ayuda: protesta elevada por el mal espíritu que los poseía.

Peter pudo así ajustar y corregir sus técnicas inmediatamente, incluso sin llevar a cabo otros exorcismos, una vez que Conor le explicó que la mayor parte de todo exorcismo consistía en lograr quebrantar el fingimiento, eliminar una cortina de humo; que el periodo más peligroso estaba en el quebrantamiento de ese fingimiento, y en el choque de voluntades que seguía entre el exorcista y la cosa que torturaba al poseso; y que "el Gran Potentado", epíteto con el que Conor se refería al Diablo, sólo intervenía rara vez.

En opinión de Conor, el mundo de los malos espíritus era como una organización autócrata. "Pepe Stalin solía mandar a Molotov a hacer las porquerías; pues bien, otro tanto ocurre con el Gran Potentado y sus servidores".

Conor enseñó a Peter una serie de trucos y recursos: le dio etiquetas —fases, palabras, números, conceptos—, para clasificar las fases peligrosas, los momentos capitales y los sucesos más importantes de un exorcismo. Puso a disposición de Peter algunos de sus propios sistemas: el uso de "textos irritantes", por ejemplo. En ciertos momentos difíciles del exorcismo, no había manera de luchar cara a cara con el poseso, ni con aquello que lo poseía. El espíritu literalmente se ocultaba tras la identidad del poseso. Había que sacarlo a la fuerza a campo abierto. Conor tenía el hábito de leer ciertos textos elegidos de los Evangelios, hasta el momento en que el espíritu cometiera errores o lleno de arrogancia arrojara a un lado su disfraz.

El consejo de Conor era siempre concreto y claro, y en todas las ocasiones la mente de Peter respondía con calor, con frescura en ese acento irlandés que ambos compartían como un trozo de tierra común; traducido a nuestro lenguaje decía: "La cosa está más allá de nuestra mente. Es un espíritu contra el tuyo. El camuflaje empieza dentro de ti mismo, y te convierte en una vil garra, salvo que Jesús esté contigo".

Pero, por encima de todo, Conor reconcilió a Peter con el inevitable desgaste del exorcista. Le explicó en las palabras más sencillas las heridas que recibiría como exorcista, cuáles heridas debería evitar y cuáles eran incurables, una vez infligidas. Todas estas heridas eran "internas" hechas al espíritu, a la mente, a la

memoria, a la voluntad. Peter había recibido ya algunas menores. Ahora comprendió lo que tendría que soportar todavía.

Conor refinó la primitiva idea que Peter tenía del "Diablo" o de los "Demonios", expresando en los términos más sencillos aquello que para la mayoría de los modernos es un enigma, cuando no una soberana tontería: cómo eso que no tiene cuerpo puede ser una persona, tener una personalidad. Y se ocupó brevemente de los sicoanalistas: "Están un poco atrasados, pero van a descubrir que todo aquello es totalmente distinto de lo que creen; y entonces pondrán a Sigmundito y compañía en el anaquel, como soberanos mentecatos históricos, igual que a Galeno en el caso de los huesos o a Aristóteles en el de las plantas".

Pero no fue Conor quien libró a Peter de su falta de confianza en sí mismo. Jamás logró dar a Peter una razón por la que pudiera fiarse de su propio criterio. Fue el hombre que al cabo de dos años se convertiría en Paulo VI quien operó en él ese cambio.

Peter jamás intercambió una palabra con Giovanni Battista Montini, entonces arzobispo de Milán. Montini había sido relegado del Vaticano al desierto político de Milán por el papa Pío XII; había sobrevivido a la prueba y ahora estaba de nuevo en Roma... "Oyendo todavía a las voces que le hablaban" (según describían los bromistas romanos esa mirada etérea de Montini y la impresión que daba de tener sobre los ojos unas celosías que ocultaban una luz interior), y estaba hondamente involucrado en el Concilio Vaticano.

Uno de los asesores teológicos de Montini se impresionó con los argumentos de Peter durante una comida vespertina. Después se encontraron en diversas ocasiones durante la estancia de este en Roma. En cierta ocasión, fueron junto con Conor a una reunión de teólogos que discutían cuestiones que eran objeto de acalorado debate en los foros del Concilio. Dichas reuniones eran frecuentes en aquellos días; el arzobispo Montini era el huésped de honor durante esa especial reunión.

En el momento en que Montini llegó y caminó hacia su asiento, Conor murmuró quedamente al oído de Peter:

—Me dice mi amigo que Johnny (entonces el papa Juan XXIII) no va a durar mucho —luego, con un gesto que indicaba a Montini—: Ahí está su sucesor.

A Peter no le interesaban los papas futuros como tales. Por una razón inexplicable, Montini lo había fascinado. Todo lo que

veía de ese hombre, su persona, su manera de halar y sus escritos tenían un significado especial para Peter.

—Parece caminar con una gran visión que nadie más tiene —le comentó a Conor.

Se dedicó a conocer todo lo que pudiera acerca de él, para lo cual hablaba con quienes conocían al arzobispo, leía sus sermones, frecuentaba a sus familiares y empleados. Incluso llegó a la etapa de hablar de Montini como Zio, nombre usado cariñosamente por quienes rodeaban al prelado.

Peter llegó a compartir el mordaz punto de vista que Conor tenía acerca de los papas recientes:

—Pacelli (Pío XII) era como una laja de hielo servida en un coctel de arcángeles en el banquete celestial —le confió Conor mientras caminaban a casa cierta noche—, austero, aristocrático, algunas veces con una mirada que te veía hasta el fondo. Johnny (Juan XXIII) desde luego está a lo suyo, y es un espíritu alegre. Pero este hombre (Montini) tiene un aire de tragedia.

Peter se propuso ir a escuchar a Montini dondequiera que tenía que hablar en público. Y en una de esas ocasiones tuvo su "experiencia Montini". Junto con otros presentes, se hincó para recibir la bendición del arzobispo, al final del discurso. En el momento en que Montini levantó la mano derecha para hacer la señal de la cruz, Peter levantó los ojos, que se encontraron con los de Montini en una coyuntura de la cruz que el arzobispo trazaba en el aire. Y al mirar, las "celosías" que cubrían los ojos de Montini se abrieron por un instante. La mirada de Montini fue momentáneamente de una brillantez casi cegadora, de caluroso sentimiento comunicativo. Luego, las "celosías" volvieron a cerrarse al moverse los ojos de Montini por sobre las cabezas de las otras personas que estaban sentadas alrededor de Peter.

Más tarde, Peter supo que ese vacío sentimiento de timidez lo había abandonado. Por primera vez en su vida se vio libre de temores.

Esto ocurrió a mediados de noviembre de 1962. Al comenzar diciembre lo liberaron de sus obligaciones en Nueva York y le dijeron que podía marcharse a Irlanda para la Navidad. Después de las vacaciones de Navidad en su ciudad natal, trabajó en Irlanda de enero de 1963 a agosto de 1965.

Estaba pasando sus vacaciones de verano en julio de 1965, y se preparaba para volver a trabajar en Kerry, cuando recibió una breve nota procedente de Nueva York, en la que se le ha-

blaba de Marianne K., una joven que, al parecer, era un caso genuino de posesión. La nota era urgente, las autoridades consideraban que él era la persona más indicada para ocuparse de ese asunto. ¿Podría marchar inmediatamente?

A mediados de agosto llegó a Nueva York.

MARIANNE K.

Hacia la primavera de 1964, y a miles de kilómetros de la calma y frescura del campo de Kerry, donde Peter vivía entonces, los *habitues* del parque Bryant, en la ciudad de Nueva York, empezaron a observar a una joven muy flaca, de estatura media, vestida siempre con pantalones de mezclilla, sandalias y una blusa, con una gabardina echada sobre los hombros. Sus visitas eran irregulares; permanecía por periodos impredecibles, algunas veces durante horas, otras veces diez o quince minutos y en una ocasión, dos días. El tiempo no tenía nada que ver con la duración de su estadía; el que hiciera sol, lloviera, nevara o hiciera frío, no implicaba diferencia alguna. Su aspecto era limpio, pero quienes pasaban a su lado percibían un olor a rancio, como de cabello y piel que no se lavan. Jamás hablaba con nadie, y jamás permanecía o se sentaba exactamente en el mismo lugar más de una vez. Tenía siempre una expresión fija. Una especie de sonrisa congelada que solamente se percibía en la boca; sus ojos estaban como quien dice en blanco; las mejillas carecían de líneas y estaban tensas; los dientes jamás eran visibles a través de la fija sonrisa de sus labios. Su cabello rubio solía estar casi siempre despeinado. Quienes la veían frecuentemente la llamaban la Sonriente. Marianne K.

Su comportamiento no hacía mal a nadie, aunque era un poco voluble, sobre todo al principio. En ocasiones llegaba, se sentaba o permanecía de pie, sin moverse ni hacer intento de hablar con nadie. Luego se marchaba repentinamente, como si obedeciera a una señal. En otras ocasiones, llegaba, miraba a su alrededor sin ver a nadie, buscando en todos los rincones, y luego se marchaba precipitadamente. Aun había otras ocasiones en que llegaba con algunos palitos que ceremoniosamente colocaba en la tierra, atados con hilachos y un solo nudo en la base. "Eran como pequeñas cruces cabeza abajo", fue la descripción que se dio posteriormente. Sólo una vez, en los primeros tiempos, causó alguna conmoción; llegó al parque Bryant una mañana,

se sentó durante un momento, luego se puso de pie erecta e inmóvil, mirando hacia el Sur, con lo que hubiera podido tomarse como un brillo beatífico en la mirada. Alguien pasó junto a ella llevando un radio que sonaba a todo volumen. Cuando el radio llegó cerca de ella, repentinamente se tapó las orejas con las manos dando gritos y empezó a girar como si fuera un trompo y cayó sobre el rostro, mientras su cuerpo se encogía. Un grupo de personas se reunió a su alrededor. Un policía se acercó a ver qué sucedía, con la proverbial calma de los policías neoyorquinos.

—Apaga tu radio, muchacho —le dijo al propietario del aparato.

Casi inmediatamente, un hombre de elevada estatura apareció al lado del policía.

—Es Marianne... Yo me ocuparé de ella —su voz tenía un dejo de autoridad y era muy inteligible.

—¿Es usted su pariente? —preguntó el policía mirando hacia arriba, pues se encontraba en cuclillas, al lado de Marianne.

—Soy lo único que tiene en este mundo.

El policía recuerda que el hombre tocó a Marianne en la muñeca izquierda y le habló tranquilamente. En algunos segundos ella despertó, se levantó rápidamente, aunque vacilante. En su rostro estaba fija todavía la sonrisa. Juntos, ella y el hombre alto se marcharon lentamente, en dirección a la Quinta Avenida.

—No necesita usted dar un informe, oficial.

El policía oyó las palabras, dichas sin ninguna entonación, llenas de confianza, por encima del hombro del individuo.

—Yo estaba seguro de que eran padre e hija —comentó posteriormente al hablar del incidente—. Se veía lo suficientemente viejo; y ambos sonreían exactamente de la misma manera.

Nada que pudiera ser de carácter público volvió a suceder en el caso de Marianne, aun cuando estaba ya en poder de un espíritu maligno.

Tampoco hubo señales de esa posesión, inequívoca en sí misma, que fueran visibles en ella desde su infancia, hasta muy entrado el año que siguió al incidente del parque Bryant.

Marianne creció junto con un hermano, un año menor que ella. Sus primeros años los pasaron en Filadelfia. La familia pertenecía a la clase media, aunque tenían ingresos bastante modestos. Eran fervientes católicos y muy unidos. Sus padres, ambos

de origen polaco, aunque norteamericanos de segunda generación, no tenían parientes vivos en Estados Unidos. Sus amigos íntimos eran muy pocos. Ninguno de ellos había concluido la secundaria y jamás tuvieron tiempo para ocuparse de la cultura ni para gozar de las cosas gratas de la vida. La madre era una mujer firme, de hablar mesurado, que trabajaba y continuamente se preocupaba por las cuentas. El padre era un hombre que no se hacía ilusiones, una persona práctica que creció en la época de la Depresión y se casó ya tarde; le era siempre fiel a su esposa, jamás se hacía la vida pesada por razón de las dificultades y, fuera de sus horas de trabajo, lo pasaba siempre en casa.

La disciplina no era muy rígida y había siempre bastante diversión y alegría. Ambos niños fueron educados para llevar una existencia ordenada. La religión ocupaba un renglón prominente de su vida. Las oraciones en común se recitaban en las mañanas y en las noches. El amor familiar y la lealtad estaban basados en la religión misma. El párroco polaco era la autoridad última.

En aquellos años primeros había tanta semejanza entre Marianne y George, su hermano menor, que con frecuencia se les tomaba por gemelos. Cuando su madre o su padre los llamaban, cualquiera de ellos podía responder imitando perfectamente la voz del otro. Tenían señales especiales y palabras de su propia invención, una especie de lenguaje privado que solían emplear. Marianne tenía en su hermano un gran apoyo. Era zurda, y empezó a hablar normalmente hasta la edad de seis años; además, era muy tímida y obstinada.

Esa estrecha relación entre los dos chicos se vio interrumpida cuando, estando Marianne por cumplir ocho años, la familia se marchó a Nueva York, a donde el padre había sido enviado por la compañía para la cual trabajaba. Su nueva posición permitió a la familia vivir con más desahogo y gozar de más comodidades. La madre de Marianne ya no tenía que trabajar fuera de la casa. Su hermano progresaba en la escuela. Hizo muchos amigos fácilmente, era un buen atleta y de carácter muy alegre y bromista. En Nueva York, gradualmente empezó a buscar la compañía de sus iguales y a pasar cada vez menos tiempo con su hermana.

Marianne hizo algunas amigas y se sentía a gusto sólo en la casa. Jamás pareció preferir a alguno de sus padres. Después

de concluir la secundaria, pasó dos años en el Manhattanville College, donde sus intereses eran la física y la filosofía. Pero su permanencia ahí fue tormentosa y desdichada. Quería "la verdad total, saberlo todo", según dijera a sus maestras en el primer arranque de entusiasmo. Pero con el tiempo, pareció volverse cínica y decepcionada, y daba la impresión de creer que se evadían los problemas reales y se le ocultaba la verdad plena.

Le resultaba especialmente difícil llevarse con la maestra de Metafísica, cierta madre Virgilius, mujer de edad mediana, miope, de voz chillona, exigente, amante de la disciplina y miembro de la "vieja escuela". La madre Virgilius enseñaba filosofía escolástica. Se mofaba de los filósofos modernos y de sus teorías. Sus discusiones con Marianne fueron desde el principio amargas e inconclusas. La chica estaba constantemente picando a la vieja con preguntas, dudando constantemente de cualquier afirmación que la madre Virgilius pudiera hacer, llevándola nuevamente hacia atrás, paso a paso, hasta que la monja se tenía que apoyar desesperada en las ideas básicas que había aceptado pero que jamás había puesto en duda. Y Marianne era demasiado inteligente y demasiado tenaz para ella, pues saltaba ágilmente de objeción en objeción y arrojaba dificultades "para hacerla tropezar".

Pero era obvio que lo que Marianne buscaba parecía más bien ser una trampa de tipo un poco extraño en la que pudiera hacer caer a la monja. No parecía poseer realmente el deseo de encontrar lo verdadero ni de profundizar sus conocimientos, sino sólo un cruel afán de inquietar, una actitud de astucia de rostro de piedra, en la que palabras y argumentos alternaban con silencios sardónicos y una satisfacción burlona, todo ello encaminado a producir confusión y un desprecio curiosamente amargo.

La madre Virgilius se percataba de esto pero no llegaba a identificarlo. Simplemente se apoyaba en su dignidad. Pero semejante cosa no era útil para ninguna de las dos.

Todo acabó una tarde. La lección se refería al principio de contradicción.

—Si algo existe, si algo es, entonces no puede sino existir. No puede *no* ser al mismo tiempo y bajo el mismo respecto —concluyó la madre Virgilius en su aguda voz—. La mesa está aquí. Mientras *esté* aquí, no puede *no* estar aquí. Ser y no ser no pueden identificarse.

Cuando terminó, Marianne levantó la mano.

—¿Por qué no pueden identificarse?

Habían ya discutido sobre esto de manera interminable. La monja ya no tenía respuestas ni tampoco paciencia.

—Esto lo trataremos más tarde, Marianne.

—Eso lo dice porque no puede demostrarlo; lo supone.

—Los primeros principios no pueden ser demostrados. Sucede que...

—¿Por qué no puedo yo tener otro primer principio? Digamos: ser y no ser son inseparables. La mesa está aquí porque no está aquí. Dios existe porque no existe al mismo tiempo.

En la clase sonó una risa.

Marianne se volvió a sus compañeras:

—¡No es una broma! ¡Existimos y no existimos!

La general diversión se vio sustituida por la hostilidad y una sensación molesta. Nadie en el aula, incluyendo a la madre Virgilius, se percataba, según Marianne reflexiona ahora, de que por algún impulso interior, su mente corría en pequeñas y torcidas rondas de confusión. No estaba guiada por ideas claras, no estaba comentando con base en un rico acervo de reflexión y experiencia, sino que se veía impulsada por una peculiar fascinación con lo negativo. Muchas mentes más grandes que la suya han caído de un oscuro desfiladero a lo largo de este mismo camino, o se han empalado en alguna aguda roca de la desesperación.

La madre Virgilius, que ya se sentía cansada y humillada, se mostró muy enojada.

—Ya le dije a usted, señorita, que hablaremos...

Pero antes de que terminara la frase, Marianne se había puesto de pie, había tomado sus libros mirando a todas con rabia, y se había marchado.

Marianne se rehusó a volver a Manhattanville. A todas las preguntas que se le hacían acerca del porqué, a todos los ruegos de que le dieran otra oportunidad, repetía constantemente:

—Están tratando de esclavizar mi inteligencia. Quiero ser libre, conocer la realidad, ser real.

No tenía sino desprecio para sus antiguos maestros. Pero ninguno de ellos podía adivinar cuán lejos había llegado en ese desprecio.

Tal como ella lo recuerda ahora, su nuevo camino se inició cuando decidió que sus maestros —entre ellos la madre Virgilius—

no eran sino títeres que se concretaban a repetir lo que se les había enseñado. No había en esto nada anormal. Hasta cierto grado, Marianne tenía una reacción emocional bastante normal en los adolescentes. Pero la llevó adelante con una lógica que no era normal para sus años. Y además se aislaba de manera deliberada: no se comunicaba con sus compañeras, ni tampoco discutía con sus padres. Estaba decidida a resolverlo todo por sí misma.

Poco a poco, extendió la misma premisa ("todas las autoridades en mi vida son marionetas, porque se limitan a repetir lo que se les ha dicho y jamás lo han puesto en tela de juicio") a sus padres, a los sacerdotes de la iglesia de la localidad, a las enseñanzas religiosas que se le habían dado, a los hábitos y costumbres de la vida diaria. A todo.

Sus padres no sabían nada de filosofía. Y cuando Marianne hablaba oscuramente de "cuán bueno es ver todos los noes, al lado de todos los síes" o de la "mugre en la nariz de la Venus de Milo", o de "el asesinato como un acto de belleza, tan real como es componer una sonata", se sentían confusos. Solo sabían que la querían; pero las manifestaciones de ese afecto eran tomadas por Marianne como cadenas con que se trataba de paralizarla.

—Si pudieras odiarme mamá, tan sólo por cinco minutos, nos llevaríamos muy bien —dijo en una ocasión a su madre.

—¿Por qué mi padre no me viola o me rompe la nariz de un puñetazo? —dijo otra vez—. Entonces podría ver yo mi propia belleza. Y él podría ser un ser real para mí.

Al final, después de muchas discusiones y consultas, se decidió enviar a Marianne al Hunter College, para el semestre del otoño de 1954. Quizá una escuela secular con buenas normas satisfaría lo que sus padres sólo podían tomar como el afán de Marianne de adquirir conocimiento.

Desde el punto de vista de los estudios, Marianne jamás tuvo dificultad durante sus tres años en el Hunter. Pero el ritmo de la vida familiar cambió en aquella época. Su carácter tomó un giro verdaderamente inesperado. Su hermano George se había marchado el año anterior para estudiar oceanografía. Era él el único ser humano con el que se comunicaba con intimidad. Su padre se pasaba el tiempo fuera de la ciudad, pues viajaba con gran frecuencia, por cuenta de su compañía. La madre, que había vuelto a trabajar en una agencia de publicidad, perdió

todo contacto real con Marianne al finalizar el primer año de estudios en el Hunter.

Sus contemporáneos en la escuela la recuerdan como una chica más bien regordeta, de rostro grave, que rara vez reía y que no sonreía fácilmente, hablaba en voz baja, tenía pocos amigos y jamás salía con muchachos. Daba la impresión de ser muy terca siempre que se suscitaba una discusión y (hasta donde ellos sabían) era una "chica casera". Pero ni ellos ni la familia sabían nada acerca del primer encuentro de Marianne con el Hombre.

Durante sus dos primeros años en el College, Marianne solía ir al centro y sentarse en el parque Washington Square, a leer sus libros de texto y tomar notas. Cierta tarde de 1956, mientras leía las *Variedades de experiencias religiosas*, de William James, sintió repentinamente, aunque sin una impresión de desagrado, que alguien estaba inclinado sobre su hombro y miraba las páginas de su libro. Miró a su alrededor. Se trataba de un tipo bastante alto, cuyo rostro y ropa jamás se grabaron en su memoria. Su mano izquierda descansaba en el respaldo de la banca del parque. Su único recuerdo claro es su boca y la regularidad de sus dientes que alcanzó a ver tras los labios, mientras leía repetidamente de una página de su libro abierto las palabras: "Cuando encuentras a un hombre que vive en el desgarrado filo de su conciencia...", repitiendo todas las palabras como una frase una y otra vez, sin pausa y sin detenerse. La boca repetía y repetía constantemente: "...en la orilla desgarrada de su conciencia, en la orilla desgarrada de su conciencia en la orilla desgarrada de su conciencia en la..." todo ello lo decía suavemente, sin apresurarse, sin énfasis. Hasta que las palabras se convirtieron en una especie de remolino que giraba lentamente en sus oídos, y su mente empezó a moverse en círculos, chocando contra todos lados. Rompió a llorar.

La boca dijo todavía suavemente:

—Te están empujando contra esa orilla desgarrada. ¿Quieres librarte de ello?

Recuerda algunas cosas. En medio de sus lágrimas dijo:

—No quiero que me ayuden. Déjeme sola.

El hombre estuvo sentado a su lado cerca de una hora, su mano izquierda permanecía visible en su memoria, y también la boca. No recuerda nada más de él, salvo sus instrucciones que le dio:

—¡No dejes que ningún hombre te toque! ¡Tienes muy poco tiempo para llegar a tu propio ser! ¡Ven a verte conmigo regularmente!

Y luego unas instrucciones muy peculiares:

—Busca a los que son del Reino, ellos te conocerán, tú los conocerás.

Fue a partir de este momento que su familia y amistades observaron cambios definitivos en Marianne. Desaparecía de su casa durante largas mañanas y largas tardes, incluso cuando no había lecciones ni trabajos de laboratorio en la Universidad. Rara vez hablaba con sus padres. Cada vez comía menos en su casa. Sus compañeras del Hunter College observaron que se volvió más introspectiva, más temerosa de los extraños, más reticente con quienes la conocían, y extremadamente tímida.

La madre empezó a sentir temor. Después de mucha persuasión indujo a Marianne para que viera a un siquiatra. Pero después de un par de sesiones el médico la despachó; a sus padres les dijo que si bien ciertamente necesitaba más alimentación (había perdido peso) y mucho afecto, no podía observar nada extraño ni peligroso en su sicología. Simplemente deseaba ser libre; y esto, según dijo, era propio de la nueva generación. En todo caso, les aconsejó que pensaran en su actitud como propia de su edad, que la rebelión y la independencia eran algo normal para las chicas de su generación.

El padre se quedó satisfecho, pero la madre seguía sintiendo un hondo temor.

—Para cuando se percataron de que yo verdaderamente había cambiado —dice Marianne—, ya había aceptado la autoridad del Hombre en mi vida. Yo cambié profundamente, quiero decir, mi condición interior se alteró bajo su influencia.

Marianne siempre se refiere a esta figura como "el Hombre"; pero ahora le es imposible determinar si se trató de una alucinación, de una invención deliberada o bien de una persona auténtica, o simplemente de una metáfora y símbolo de su revuelta inicial. Ciertamente en el recuerdo que Marianne tiene de los nueve años transcurridos desde ese primer encuentro con el Hombre hasta el exorcismo, en 1965, el Hombre siempre aparece y reaparece. Pero de la mayoría del tiempo, sobre todo de los últimos cuatro años, no tiene recuerdo alguno. Únicamente unas cuantas de las más dolorosas experiencias le han quedado grabadas.

Habiendo concluido sus estudios en el Hunter, Marianne decidió realizar estudios de postgrado en Física en la Universidad de Nueva York. Ahora su aislamiento era completo. Después de poco más de un año en la Universidad de Nueva York, se salió, tomó un apartamento en East Village y empezó a trabajar como vendedora en una tienda de Union Square. Su comportamiento, de acuerdo con las normas católicas conservadoras de sus padres, no tenía nada de ortodoxo. Marianne ya no iba nunca a la iglesia. Vivió esporádicamente con diversos hombres, no se cuidaba de su apariencia exterior y hablaba en términos despectivos —a veces rudos y con malas palabras— de todo lo que sus padres estimaban. Jamás les permitía que la molestaran.

Por su parte, sus padres estaban grandemente preocupados, pero, siguiendo las indicaciones del siquiatra, aún pensaban que todo ello era una fase temporal de rebelión. Les preocupaba en particular el estado de su salud: de sesenta kilogramos que pesaba, bajó a cuarenta y tres en cuestión de meses. Pero, presa de angustia y confusión, la madre cesó de dejar paquetes de comida a la puerta del apartamento de Marianne después de que el primero le fue devuelto apestando y escurriendo. Marianne había mezclado excremento y orina con la fruta y los sandwiches.

Ahora, en sus recuerdos, el siguiente paso importante en el cambio de su "condición interior", según ella lo describe, se refiere a las actividades religiosas y a las creencias. Dio este paso conscientemente, con el Hombre a su lado, y en dos ocasiones especiales.

Una de ellas fue el Domingo de Ramos. Por la tarde, al pasar por la iglesia, vio que se estaban celebrando los servicios. Algo en las luces de esta iglesia despertó su interés: "Algo así como un reto", recuerda. Entró y se mezcló con la gente en la parte posterior de la iglesia. Repentinamente, sintió el mismo sentimiento de rechazo que había ya experimentado hacia sus padres y maestros. Se volvió para marcharse, y el Hombre, a su lado, también se volvió. Había estado ahí, pero ella no lo había visto.

—¿Tuviste ya bastante, amiga mía? —le dijo en voz baja, con cierta sorna.

Ella vio su sonrisa en la semioscuridad y también le sonrió.

—La sonrisa del Reino es ahora tuya —le dijo el hombre; luego, cuando salieron, prosiguió—: Si no te gusta, no tienes por qué tragarlo, ¿sabes?

Ambos sonrieron. Eso fue todo.

La siguiente ocasión ocurrió a la semana siguiente, en ocasión de la Pascua. Una cruz iluminada brillaba sobre el General Building, en Park Avenue. Ella la veía desde la esquina de la calle 56 y Park Avenue, cuando escuchó al Hombre cerca de ella:

—Parece estar chueca. ¿No crees que también deberían ponerla cabeza abajo? ¿Siquiera para equilibrar las posibilidades? La misma cosa, en realidad, sólo que en perfecto equilibrio.

—Y el Hombre sonrió.

—Para mí —comenta ahora Marianne—, su sonrisa era perfecta. No era necesario equilibrarla con un gesto de enojo. En aquel entonces me parecía perfecta.

Esa noche, en su casa, se sorprendió de repente dibujando cruces invertidas, al lado de otras que estaban en posición normal. Pero no podía obligarse a dibujar la figura del Crucificado en ninguno de los dos tipos de cruz. Siempre que trataba de hacerlo, "el lápiz corría formando eses, zetas y equis". A partir de ese momento, se inició en realidad lo que ella recuerda ahora como "un nuevo color y una nueva forma en mi manera de ser interior". Sus descripciones de aquello son confusas y están marcadas por expresiones que son difíciles de comprender. Pero el significado en general de lo que ella dice es en verdad escalofriante. El proceso total fue la adquisición de una "luz desnuda" y de su "unión con la nada", expresiones que aprendió del Hombre.

"Empecé a vivir exactamente de acuerdo con *mi* creencia. Quiero decir, dentro de *mi*, de *mis* pensamientos, sentimientos, recuerdos, y toda actividad mental se movía en consonancia. Reaccionaba a todas las cosas (personas y cosas y hechos) como si fueran apenas un lado de la verdadera moneda. Y rápidamente descubrí que toda la gente tenía en sí una poderosa fuerza... como humanos. Gente, cosas, hechos, todos nos retan a responder. Y la *manera como respondemos* da a las cosas a que respondemos una calidad especial. En un sentido, las convertimos en lo que resultan ser para nosotros.

"Le voy a dar un ejemplo que también le permitirá comprender a qué grado perseguía yo mi idea. Fuera de la biblioteca pública, en la calle 42, durante una tarde asoleada, una mujer bien vestida pasó del brazo de un hombre. Yo estaba sentada en los escalones, y ella me sonrió. Yo me sorprendí correspondiéndole la sonrisa y con mi sonrisa le decía (porque yo me sentía así por dentro): «Me ves con simpatía y yo te veo a ti con

simpatía, me odias y yo te odio! ¿Ves? ¡Todo es lo mismo!» Ella debe haberse percatado de aquello, porque la sonrisa se congeló en su rostro, pero siguió adelante sonriendo... igual que yo.

"En otra ocasión, ligué a un joven en la Tercera Avenida. Fuimos a mi departamento y nos acostamos. Él era amable; pero cuando hube terminado con él estaba muy asustado. Supongo que le mostré un aspecto de su carácter que jamás había sospechado que existiese. Yo podía ver por su rostro que estaba asustado. Insistí en preparar café. Mientras bebíamos el café, desnudos, le dije a qué grado lo detestaba y el grado en que él me destestaba a mí, en realidad, y que mientras más nos amábamos mayor era el odio que nos prefesábamos. Todavía puedo ver cómo palideció y el temor que se reflejaba en sus ojos. Era obvio que temía alguna dificultad. Cuando murmuró algo acerca de Hyde y Jekill, le respondí: ¡No, hombre! Pon los dos en una palabra, sin intercambiarlos hacia adelante y hacia atrás y lo tendrás tal cual: Jekill-Hyde. Así resulta perfecto. ¿Ves?"

A partir de entonces, según recuerda, el desarrollo de Marianne prosiguió en dos rápidas etapas. La primera fue muy acelerada. Consistió en una total independencia. Excepto en la medida en que necesitaba de ellos para sobrevivir o para tener algún placer, jamás se volvió a molestar por nada ni por nadie; ya no tenía que luchar por decidir acerca de lo que era bueno o malo moralmente; no tenía que preocuparse sobre si la vida era buena o mala, si valía la pena dejarla o continuar viviendo; si algo le gustaba o le disgustaba, si la gente la veía con simpatía o con antipatía; si cumplía sus obligaciones o las eludía.

La segunda etapa fue más difícil y prosiguió con interrupciones. Y se inició con una casi adoración de sí misma. Concluyó con su "unión con la nada" y la plenitud de la "luz desnuda". Durante el exorcismo realizado algunos años después, se puso de manifiesto que estos términos describían su total sujeción a un espíritu del mal.

Empezó a vigilar sus percepciones estrecha y escrupulosamente. Al principio se sentía fascinada por esas percepciones; llegaban con una frescura sorprendente y parecían ser perfectamente originales en sus fuentes: su propio yo. A sus propios ojos se convirtió en un genio con una visión única. Encontró que la compañía de otros era exasperante y destructiva; hablar con otros mellaba el agudo filo de su percepción; el hacer cualquier cosa con otros significaba cubrirse con falsas vestiduras y no ser ella

misma en plenitud; sentir algo en compañía de otro significaba que sólo podía sentir relativamente, pues tenía que tomar en cuenta a los demás. Idealmente, según ella creía, uno debería sentir de manera absoluta todo aquello que sintiera; cualquier cosa que uno pensara debería pensarla completamente; cualquier cosa que uno deseara debería desearla absolutamente. Ninguna concentración en el propio yo podría ser mayor.

Antes de lograr el absoluto aislamiento, tan pronto como salía de una conversación o de comer en compañía de otros, e incluso después de escuchar una lección o de trabajar en el laboratorio, le resultaba muy difícil recuperar "el espacio interior de una visión única" que había poseído antes de esos contactos. Se quedaba con una "doble visión", se sentía borrosa, confusa y confundida en sí misma. Tenía que pasar días "haciendo lo suyo" —es decir, caminando en el parque (ahora hacía esto casi cada día), quedándose en su apartamento, escribiendo página tras página que inmediatamente rompía y que jamás leía; sentándose o parándose, o quedándose quieta durante horas— hasta que se sentía plenamente absorta en su propio yo, que se había estado ocultando. Entonces, repentinamente, cesaban todos los clamores. En presencia de ese yo interno, todo volvía a quedar desnudo. Y absoluto. Y seguro. Ya no se sentía interrumpida ni desquiciada por "la mala influencia" de otros.

A medida que alcanzaba un dominio cada vez más permanente de su aislamiento, empezó a percatarse de que ese yo que ella buscaba estaba "más allá" y "debajo" y "atrás" (para emplear sus propias expresiones) del mundo de sus acciones sicológicas y reacciones. Fuera del alcance del ritmo infinito de respuestas, de registros de la memoria, de la cháchara de sus compañeras, de los ruidosos monólogos de tales o cuales individuos. Poco a poco aumentó su sensibilidad y la expectación de que iba a encontrar a ese yo que buscaba envuelto en sombras semitrasparentes. Aquello era independiente, según ella pensaba, del mundo exterior que sólo la distraía y de su teatro síquico interno, que siempre estaba a merced de ese mundo exterior y que tan fácilmente se desquiciaba. La inquietud de los detalles no tenía sitio dentro de ese yo. Llegó a creer que si pudiese evitar la "mala influencia" de otros podría lograr "la perfección de la persona".

"Uno de mis grandes descubrimientos fue que en todo comercio con otros (una conversación, el trabajar con ellos, incluso

el estar en su presencia mientras actuaban y hablaban con terceros) había dos niveles de «flujo» de comunicación".

Uno, el "exterior", era, según Marianne lo percibía, el que oía, tocaba, probaba, olía, recordaba en imágenes, conceptualizaba y verbalizaba. Todas estas funciones podían ser duplicadas por una máquina hábilmente construida, una computadora por ejemplo. Mucho de ello podía encontrarse en los animales inteligentes. Pero en los seres humanos no se podía tener este nivel "exterior" de comunicación sin también contar con el segundo nivel.

El segundo nivel de comunicación era, según creía Marianne, un "flujo" o "influencia" que iba de una persona a la otra. Y cada vez que dos seres humanos se comunicaban, lo hacían simultáneamente en los dos niveles. Y esto ocurría incluso si ellos no lo sabían, o no querían reconocerlo.

Marianne tenía ideas muy concretas acerca de la *fuente* del segundo nivel de comunicación. Su preparación universitaria y sus ávidas lecturas le habían dado un carácter muy avanzado a su punto de vista:

"La fuente no era el subconsciente, ni un sexto sentido, ni la telepatía ni ninguna de esas tonterías", según lo expresa. La fuente, según creía, era el yo de cada quien. De acuerdo con ella: "El yo tiene un medio de comunicación que no necesita de imágenes ni de pensamientos ni de lógica ni de partícula alguna de materia". Sicólogos y fisiólogos, como sabía, identificaban ese yo con los circuitos cerebrales y las coyunturas sinápticas y los mecanismos de sensación. Aquello era como decir que el violín era la fuente de la música que tocaba el violinista. Los devotos fanáticos y espiritualistas identificaban el yo con el "alma" o el "espíritu"... incluso con Dios o con un dios. Y tanto sicólogos como fanáticos insistían en que uno debería hacer su elección. Y así, en la mayoría de la gente, esa fuente y su "flujo" se veían divididos en una especie de condición en "blanco y negro". La mayoría de la gente estaba siempre eligiendo, respondiendo, aceptando la responsabilidad de sus actos, diciendo sí o no y, por tanto, "fisionando la unidad viva del yo".

Rara vez encontraba Marianne a nadie cuyo "flujo" entrara y la dejara sin tratar de dividir ese ser que ella había encontrado dentro de sí misma. Recuerda que el "flujo" del Hombre era perfectamente adecuado, e incluso la ayudaba a encontrar "el lugar de las sombras semitrasparentes". En otras ocasiones, en

el tren subterráneo, en la calle, en los aparadores de las tiendas, solía recibir influencia saludable de algún transeúnte. Pero jamás logró descubrir exactamente de quién procedía. Su vida diaria se convirtió en una serie de esfuerzos para resistir el "flujo" de todos, salvo el de aquellos que, según su ideal, tenían el "flujo perfecto" y el "perfecto equilibrio", que tenían "la nada dentro de ellos".

Guarda vagos recuerdos de haber continuado en la instrucción por el Hombre, de sus regulares encuentros, de escuchar sus palabras y obedecer algunos dictados que le daba. Pero no es posible lograr ningún detalle preciso de las instrucciones recibidas por Marianne. Incluso los esfuerzos que hoy hace para recordar tales instrucciones del Hombre le producen un pánico repentino y temores que temporalmente paralizan su mente. Es como si, todavía hoy, restos de la influencia del hombre quedaran en algún profundo escondrijo de su ser interior, y cualquier esfuerzo para recordar aquellos días de su estado de posesa es como arrancar la costra de una herida que empieza a sanar.

El final de su lucha se produjo cierto día en el parque Bryant. Había entrado cautelosamente, sintiendo el "flujo" de todos los presentes, y dispuesta a salir huyendo si se produjera cualquier alteración en su camino. Él estaba sentado lánguidamente en una banca, sin hacer nada en particular, mirando hacia el espacio sin expresión alguna.

Marianne, habiéndose sentado en el otro extremo de la banca, también miraba vacíamente la escena que se producía ahí, a la luz del sol, bajo un cielo limpio, con una ligera brisa. El tráfico zumbaba con la activa decisión de otros seres humanos que marchaban a su trabajo. Los escolapios y los empleados pasaban frente a ella en distintas direcciones. Los pichones comían. No podía tratarse de una escena más tranquila.

Luego, instantáneamente, una presión tremenda pareció caer alrededor de Marianne y enredarla de pies a cabeza en una red. Tembló. Y entonces una mano invisible pareció haber jalado una cuerda que se apretaba más y más, de manera que la red se deslizó a través de cada poro de su cuerpo y de su ser exterior, estrechándolo y estrechándolo. "A medida que la red se contraía en tamaño, pasando a través de mi persona exterior, recogía y oprimía cada partícula de mi yo". Marianne ya no vio ni sintió ninguna sensación de sol o de viento. El mundo exterior se había convertido en un cuadro plano pintado, que no

tenía ni frescura ni calor ni frío. Y los movimientos de la gente y animales y objetos eran trazos angulares carentes de perspectiva y sin sonidos coherentes. Todo significado había sido vaciado de la escena.

El único movimiento se producía dentro de ella. Poco a poco "la red, ahora como una mano aguda que todo lo abarcaba, estrechaba, apretando y apretando mi conciencia toda". En ese mismo instante, bajo tal presión, "abrí todas las partes secretas de mi yo diciendo Sí, Sí, Sí, a una fuerza que no estaba dispuesta a aceptar un No como respuesta".

Nadie de los que la vieron, una joven desgarbada, inmóvil en la banca a la luz del sol, podrían imaginar que Marianne se estaba convirtiendo en un bastión del espíritu maligno.

Sin advertencia alguna cesó la presión. La red había sido cerrada. La tenían agarrada, bien asegurada. Entonces comprendió, como si despertara de un sueño, que cierta clase de niebla, de humo, se elevaba de su conciencia permitiéndole una nueva sensación. Ahora sabía que toda su vida había estado cerca "del crepúsculo, de una oscuridad que la acompañaba". Incluso cuando volvió a fijarse en el pasto, en los árboles, en los hombres, en las mujeres, en los niños, en los animales, en el Sol, el cielo, los edificios, con su indiferencia e inocencia en la mirada, vio por todas partes ese mismo crepúsculo.

Ese ambiente crepuscular se coló dentro de ella, como una víbora que se desliza sinuosa y perezosa en su agujero favorito, produciendo con su acción susurros crepusculares de "trasparencias tan humosas", de "luz tan opaca", y de "sombras tan brillantes" que un estremecimiento desgarró de través todo su ser.

Lo que la había penetrado parecía ser "personal", tener una identidad individual, pero de tan seductora repulsividad que el estremecimiento que sintió la hirió con una especie de "dolor y placer" que jamás había creído posibles. Sintió "todo su ser aquietándose, consciente de sí mismo, disolviendo todas las telarañas". Fue como enamorarse de un lagarto con las quijadas abiertas. Cada gota de su saliva, cada uno de sus dientes, cada hueco de a su boca, "era animal, sólo animal y personal".

Mientras tanto, ella proseguía diciendo "sí", silenciosamente, como si respondiera a una petición de matrimonio o una demanda de rendición. El tiempo pareció detenerse, "como un bestiario de sonidos animales y olores y presencias", inundando gradualmente su conciencia y mezclándose ahí con los sonidos de las risas

de los niños, los tonos de los trabajadores que cerca de ella se contaban chistes, o los trozos de conversación de las parejas que pasaban por el sendero. Todos los sonidos que habían llenado de vida la mañana cuando entrara en el parque Bryant, ahora rezumaban "un nuevo olor a viejo y a cosas que se corrompen, un olor de corrupción". El fresco correr del viento y el sonido del tráfico estaban marinados en un fluido de "gruñidos, rugidos, silbidos, alaridos, balidos indefensos". El azul del cielo, las brillantes fachadas de los rascacielos, el verde del pasto, todos los colores a su alrededor estaban, según lo recuerda, impregnados de guirnaldas de negros, cafés y rojos.

Era el "equilibrio" que había buscado. "Finalmente he llegado al templo de mi ser", reflexionó. Siempre había estado ahí, desde luego. La maravilla y la extrañeza de todo consistía precisamente en ello. Y la médula de esa maravilla, era "encontrar que no estaba en parte alguna en una habitación con una silla vacía que no existía, las paredes pelonas y reducidas a la nada", y ella misma "vista por fin como una ilusión final, disipada y aniquilada en una unidad nula".

Se puso de pie, llena de gozo con su recién descubierto "estremecimiento de equilibrio", pero se vio atacada por la clamorosa e indeseable sensación de música que emitía un radio portátil en el brazo de un paseante. La víbora que descansaba en su interior se había enroscado repentinamente como una cuerda y estaba azotándola ante el intento de penetración de cualquier objeto bello o de cualquier gracia. Se sintió caer y girar. Fue como si dentro de su cabeza una pequeña redecilla hubiera quedado suelta y estuviera girando con un alarido de tremenda agudeza y a una velocidad cada vez mayor. El suelo vino hacia ella y la golpeó en la frente. Pero el dolor verdadero era mucho más interno. "Jamás había yo conocido semejante tristeza y dolor", ha dicho.

"Cuando me marché con la ayuda del Hombre, él habló poco. Sus palabras se grabaron a fuego en mi memoria: «No temas. Ahora te has unido a la nada y eres del Reino». Yo comprendí todo aquello sin comprender nada de ello con mi intelecto o mi razón. Sólo dije: «¡Sí, sí!, ahora todo mi ser me pertenece».

"Nada volvió a ser como antes, hasta después de mi exorcismo".

No era tanto lo que Marianne había aprendido. Era más bien aquello en que se había convertido. "No es que fuera yo otra persona. Era la misma. Sólo que estaba convencida de haberme hecho totalmente independiente por aquello que había entrado en mí y había tomado residencia en mi interior".

Sólo para confirmarse en su convicción, "en un momento dado, más o menos unos doce meses antes del exorcismo, fui a ver a un siquiatra... en realidad para percatarme de qué tan lejos había yo llegado del concepto ordinario del ser normal. Cuando habló, yo comprendí que todo lo que dijo, la terminología y conceptos que empleó, las teorías en que se basaba, eran una pura faramalla; todo aquello era apenas la mitad de lo que yo había logrado. Me trataba como si fuera yo un animal humano enfermo... concentrándose en la parte *animal* de mi ser. Pero no sabía nada acerca del espíritu; y supe que no podía comprender la parte de mí que era espíritu, que no podía comprenderme. Me llenó de palabras y de métodos, incluso intentó hipnotizarme. Y terminó hablando más acerca de sí mismo que de mí.

"Un segundo siquiatra me dijo que necesitaba viajar, alejarme de todo... pero esto fue al final de una larga sesión. También en este caso, encontré que nada de la terapeuta, en esta ocasión se trataba de una mujer, nada de lo que hizo de acuerdo con los métodos sicoanalíticos aceptados (discusiones, monólogos en un sofá, hipnosis, farmacopea, etcétera) logró llegar más allá del nivel más superficial de mis actos síquicos y de mi conciencia. Siempre veía a la terapeuta como si anduviera tanteándome alrededor, fascinada por imágenes, superficies y terminología, y yo veía a mi ser síquico, este mecanismo insignificante y parcial dentro de mí, que le respondía. Y todo el tiempo, mi verdadero yo, mi auténtico ser que no se ocupa de imágenes ni de palabras en absoluto, permanecía intacto. Su campo jamás fue penetrado por la terapeuta. Ningún siquiatra podía caber por aquella puerta, debido a la carga de imágenes y emociones y conceptos que llevaba con él. Solamente el yo desnudo entra y vive ahí".

A partir de entonces, y por lo que cualquier observador hubiera podido apreciar, el curso de Marianne fue de degeneración. Después de su "unión con la nada" en el parque Bryant, parecieron soltarse algunas amarras.

Fomentó toda clase de comercio sexual con hombres y mujeres, pero jamás halló a nadie dispuesto a "lograr todo lo posi-

ble". Generalmente las lesbianas se mantenían en la superficie, deseosas de obtener placer y satisfacción sin necesidad de recurrir a un varón. Los hombres con los que tuvo coito anal se mostraban repentinamente horrorizados, y en general impotentes, cuando ella procedía a actuar en el coito anal "en toda su extensión", como ella dice. En su opinión, simplemente buscaban una experiencia nueva, pero no estaban dispuestos "a alcanzar una completa bestialidad". Solo podían aceptar "un poquito de la bestia". Pero no captaban "la delicia de la belleza bestializada y de la bestia hermoseada".

Las pocas personas del vecindario que la veían con alguna frecuencia empezaron a pensar que había en ella algo raro. Pocas veces hablaba. En las tiendas se limitaba a señalar lo que deseaba comprar o a entregárselo al tendero con un gruñido. Jamás los miraba a los ojos. Todos tenían un vago sentimiento de amenaza, de peligro, cierta sensación indefinible de que en ella ardía un fuego desconocido, mientras permanecía cerca de ellos.

Sus padres trataron de verla en diversas ocasiones, pero sólo podían hablarle a través de la puerta cerrada de su apartamento. Y el lenguaje que usaba con ellos estaba saturado de obscenidades.

En alguna ocasión los vecinos escucharon golpes sordos y sonidos de algo que se estrellaba durante cuatro o cinco horas. Por último, superando la renuencia de los habitantes de un edificio de departamentos de East Village a meterse con cualquiera, llamaron a la policía. Fue necesario forzar la puerta. El olor que reinaba en la habitación revolvía el estómago. No pudieron comprender esa temperatura helada, mientras que afuera, en Nueva York, reinaba esa fétida humedad de pleno verano.

La habitación era un caos. En el suelo, alrededor de la cama y de la mesa, en los closets, en el baño, en la cocinilla, había miles de hojas de papel rotas, cubiertas con garabatos indescifrables. Marianne yacía atravesada en el lecho, una pierna debajo de su cuerpo, mientras que de la comisura de sus labios caían algunas gotas de sangre y sus ojos abiertos parecían carecer de vista. Respiraba con regularidad.

Una ambulancia llamada por alguien llegó precisamente cuando Marianne despertó y se sentó en la cama. Abarcó la escena de un golpe. Rápidamente su rostro cambió; habló con voz normal y les aseguró que todo estaba bien. Dijo que se había caído de una silla mientras colgaba las cortinas. "La policía no

quiere dificultades", comenta al recordar el incidente, "y de cualquier manera, yo irradiaba demasiada fuerza y confianza en mí misma. Lo único que yo quería era gritarles obscenidades en la cara: ¡Se lo perdieron todo! ¡Acabo de ayuntarme con una araña panzuda! Pero no tenía sentido decirles aquello". Por fin se marcharon y la dejaron sola.

Durante todo este tiempo, Marianne despedía un olor muy desagradable y parecía estar siempre llena de cortadas y arañazos en las espinillas y en el dorso de las manos. Jamás mostraba emoción alguna, salvo cuando se veía frente a un crucifijo o alguien que hacía la señal de la cruz; cuando escuchaba el sonido de las campanas de la iglesia o percibía el olor del incienso que salía de la puerta de un templo, o bien, la vista de una monja o de un sacerdote, o la mención del nombre de Jesús (incluso cuando lo utilizaban como interjección o en algún chiste). Su hermano George, quien posteriormente fue a visitar los sitios que ella frecuentaba, fue informado por muchas personas de que en tales momentos parecía encogerse dentro de sí misma, como alguien bajo una lluvia de golpes, y a través de la ranura de su horrible y constante sonrisa podían escuchar gruñidos de resentimiento.

La violencia contra otros era rara. En una ocasión una escolapia que llevaba un cepillo de colecta para la iglesia de la localidad sacudió el cepillo en su rostro pidiéndole un óbolo. Marianne lanzó un grito entre los dientes, cayó en un paroxismo de llanto, se cubrió los ojos con las manos y pateó violentamente las espinillas de la chiquilla. En la parte anterior del cepillo, según recuerda todavía, estaba la figura del crucificado junto con el nombre de Jesús.

Por otra parte, repelía fácilmente la violencia que la amenazaba. En la oscuridad de una noche de octubre, en la esquina de la calle Leroy, se vio abordada por un asaltante. Recuerda claramente que hizo el primer movimiento hacia ella desde atrás. Ella volvió el rostro deliberadamente para verlo, desplegando en toda su fuerza su torcida sonrisa.

—Y dime, hermano, ¿qué quieres?

El hombre se quedó paralizado como si hubiera tropezado con un muro de ladrillo y se quedó mirándola fijamente; de súbito parecía como si hubiera sufrido un golpe doloroso. Luego, con una mirada de temor, echó a correr.

Por mayo de 1965 las cosas llegaron a una crisis. El hermano de Marianne volvió a Nueva York para una visita prolongada. George se había casado y era padre de dos niños. No era fácil arreglar visitas al hogar de sus padres, pero la madre lo había mantenido informado por carta de la ruptura de Marianne con sus padres. Sin embargo, jamás le había dado una idea del grado en que Marianne había cambiado.

Ahora escuchó todo el relato. Habló con los últimos patrones de su hermana y con las pocas personas que habían estado en contacto con ella: el casero, el tendero y unos cuantos más. Incluso fue a la estación de policía. En todas partes escuchó malas noticias. Nadie tenía nada bueno que decir de su hermana. George no podía creer las historias que le decían acerca de la pequeña Marianne con la que tan unido había estado. Algunos hablaban despectivamente de ella, en forma tal, que le hería profundamente. Otros manifestaban gran temor y aprensión. Un sargento de policía llegó bastante lejos:

—Si yo no supiera lo contrario, diría que es usted un embustero y no un hermano de esa tipa. La mujer es mala, mala ¡pero mala! Y, además, hay algo torcido en ella. Ni siquiera tiene el aspecto de un muchacho decente, como usted.

Por fin George decidió ir personalmente a ver a su hermana. Su madre lo llevó a la cocina y habló con él antes de su marcha. George recuerda ahora que le advirtió: "Lo que afecta a nuestra niñita es algo malo, realmente malo. No es cosa del cuerpo, tampoco de la mente. Es que se ha dejado dominar por el mal... eso es... por el mal".

George tomó todo esto y mucho más del mismo tenor con cierto escepticismo: era que su supersticiosa y querida madre hablaba de su hijita. Le dio un crucifijo y le dijo que lo dejara oculto en la habitación de Marianne.

—Verás, hijo mío —le dijo—. No lo soportará, ya lo verás.

Para complacerla, George tomó el crucifijo, lo echó en su bolsillo y lo olvidó por completo mientras iba al centro a ver a Marianne.

Era la primera vez que George y Marianne se veían en casi ocho años, y fue también el primer familiar cercano al que consintiera ver en cerca de seis años. Marianne se sentía visiblemente encantada de recibirlo en su apartamento de una sola habitación. Sin embargo, George, sentado y oyéndola hablar lentamente en una voz suave y de corta respiración, pronto se percató

de que en verdad había algo que andaba muy mal y que se había producido en ella un cambio muy profundo.

Todavía se le podía reconocer como su hermana. Los gestos que había observado en sus tiempos de infancia aún eran visibles. E incluso tenía el "aire de familia" que había compartido con él. Pero, según lo manifestó George, parecía "haber visto algo que constantemente llenaba su mente, incluso mientras hablaba conmigo. Ella estaba hablando para beneficio de alguien más, repitiendo lo que ese alguien más le decía". Él tenía una curiosa sensación que le estaba haciendo parecer como un tonto ante sí mismo: la sensación de que ella no estaba sola y de que él lo sabía. Pero no podía captar todo el sentido de aquello. No solamente se sentía extrañado por su comportamiento, sino por el efecto que producía en él: le causaba temor. George no era persona que se atemorizara fácilmente, y jamás había sentido temor ante ninguno de sus familiares.

Se sintió un poco mejor cuando, en diversas ocasiones durante la conversación, vio destellos de la personalidad que había conocido en su infancia, cuando eran compañeros inseparables. Pero en aquellos momentos ella parecía estar pidiendo ayuda o tratando de superar algún obstáculo que le era imposible definir y que ella no le explicaba. Entonces la oleada de temor volvía a asaltarlo. Y recordaba la voz de su madre cuando le dijera aquel mismo día: "Lo vas a ver, no lo soportará". En parte por curiosidad, y en parte para satisfacer la petición de su madre, decidió ocultar el crucifijo en la habitación como aquélla le había pedido.

Cuando Marianne fue al baño, George colocó el pequeño crucifijo bajo el colchón. No bien volvió Marianne y se sentó en la orilla de la cama, cuando se puso blanca como un gis y calló al suelo rígidamente y ahí permaneció agitando la pelvis hacia atrás y hacia adelante como si sufriera de un terrible dolor. En cuestión de segundos la expresión de su rostro había cambiado de soñadora a casi animal; arrojaba espuma por la boca y mostraba los dientes en un gesto de dolor e ira.

George corrió afuera y llamó a sus padres desde un teléfono público. Llegaron al cabo de tres cuartos de hora, trayendo consigo al médico de la familia. Aquella noche se llevaron a Marianne a su antigua casa, en la sección alta de Manhattan.

Siguieron semanas que fueron una verdadera pesadilla para sus padres y para George. Ahora todos podían acercarse a ella.

Yacía en lo que el doctor describe como un estado de coma. Sin embargo, podía despertar regularmente, tomar algo de alimento, caer en paroxismos, gruñendo y escupiendo; siempre estaba incontinente y había que lavarla de manera constante. Por último volvió a caer en ese extraño estado comatoso.

En ocasiones le encontraban rondando alrededor de la habitación a mitad de la noche, tropezando con los muebles en la oscuridad, el rostro congelado en una horrible sonrisa. Se eliminaron las drogas y el alcohol como causas de su estado. También se pensó en hospitalizarla, pero por fin optaron por no hacerlo. Aun cuando estaba subalimentada, el doctor y un colega suyo no pudieron hallar ningún mal orgánico ni indicio alguno de enfermedad o lesión física.

Desde el principio, el padre insistió en que el párroco viniera a la casa donde yacía Marianne, pero cada visita era catastrófica. Era como si conociera de antemano que venía el sacerdote. La atacaban terribles accesos de rabia y violencia. Despertaba, trataba de atacar al padre, arrojaba un sarta de obscenidades, se laceraba ella misma, trataba de saltar por la ventana de la habitación, que estaba en un decimoquinto piso, o comenzaba a golpearse la cabeza contra la pared.

Se producían constantes fenómenos. La puerta de su habitación jamás se mantenía cerrada ni abierta; siempre estaba golpeando. Cuadros, estatuas, mesas, en fin, todo lo que estaba ahí golpeaba y se rompía. Por último, fue todo esto, más el constante e insoportable hedor, lo que impulsó a la madre y al hermano a acudir a las autoridades eclesiásticas. No importaba que se le lavara y se le aplicaran desodorantes, que la habitación fuera aseada, siempre estaba presente ese repugnante olor a podrido, pero se trataba de una especie de putrefacción que les era desconocida. Todo esto, junto con la extremada violencia de Marianne cuando se le acercaba a los labios un rosario o un crucifijo, convencieron por último a su familia que su enfermedad era algo más que un mal físico o mental.

Cuando Peter llegó a Nueva York, a mediados de agosto, se le hizo una breve exposirión del caso. Insistió en realizar dos visitas y reconocimientos preliminares; en el curso de ellos, caso sorprendente, no se produjo ninguna violencia. Primero, acompañado de dos médicos elegidos por él, visitó a Marianne. Ella cooperó plenamente con todos. En la segunda visita se hizo acom-

pañar por un experimentado siquiatra. Este perito prolongó su examen por dos o tres semanas, tomando copiosas notas, grabando en cinta las conversaciones, comentando el caso con colegas e interrogando a los padres y amigos. Su conclusión fue que no podía ayudarla. Recomendó a otro amigo suyo, pero después de una sesión de hipnosis, de conversaciones más prolongadas con Marianne y después de recurrir a la terapia medicamentosa, el colega anunció que Marianne era una persona normal en lo que toca a la definición que de esto hace cualquier prueba o teoría sicológica.

Eran ya los principios de octubre, antes de que Peter considerara que tenía la seguridad moral de que se trataba de un genuino caso de posesión y de que podía proceder al exorcismo. Su proyecto era empezar un lunes por la mañana. De antemano, eligió a sus ayudantes, y luego pasó muchas horas instruyéndolos acerca de cómo debían actuar, qué deberían hacer y qué no deberían hacer durante el rito del exorcismo. La principal función de ellos era frenar la actuación de Marianne. Peter llevó a un sacerdote más joven como su principal ayudante; éste tendría que seguir todos los actos de Peter, advertirlo si se le escapaba el dominio de la situación, corregir cualquier error que pudiera cometer y, según las palabras del mismo Peter, "espolearme y ponerme en mi lugar si cometía algún error". Todos los ayudantes recibieron una advertencia absoluta: jamás deberían decir nada en respuesta directa a los que Marianne dijera.

Ya tarde, en la noche del domingo que precedía a la mañana del lunes fijado para el exorcismo, y mientras Peter estaba sentado, conversando después de la cena con algunos amigos, recibió un angustioso llamado de George, que pedía ayuda. La condición de Marianne era peor que nunca. Andaba como loca por todo el departamento gritando el nombre de Peter. Se había producido una serie de fenómenos en la casa que aun continuaban cabales, y empezaban a producirse fuera del departamento de la familia. No sólo se quejaban los vecinos; sus padres ya habían sido víctimas de algunos accidentes; la situación se les escapaba de las manos.

Peter salió en seguida y llegó al departamento pasada la medianoche. Inmediatamente inició los preparativos para comenzar sin más tardanza el exorcismo. Sus ayudantes ya habían llegado. No se acercó a la habitación de Marianne. De acuerdo con sus instrucciones, los otros entraron y quitaron todas las

ropas de la cama, colocando a Marianne sobre una manta arrojada sobre el colchón. Ella no ofreció resistencia, sino que echada de espaldas con los ojos cerrados se quejaba y gruñía de tiempo en tiempo. Quitaron la alfombra del piso, sacaron todos los muebles, salvo dos piezas. Peter necesitaba una pequeña mesa de noche para los candeleros, el crucifijo, el agua bendita y el libro de oraciones. La grabadora se colocó en la cómoda. Las ventanas se cerraron herméticamente y se corrieron las persianas. Eran después de las tres y media de la mañana cuando por fin quedó todo listo para el exorcismo.

Los cuatro ayudantes se reunieron alrededor de la cama de Marianne, en la pequeña habitación. La única luz era la que producían las velas en la mesa de noche. A su alrededor emanaba el desagradable olor que marcaba la presencia de Marianne; incluso las pequeñas bolas de algodón mojadas en solución de amoniaco que habían colocado en sus fosas nasales no alcanzaban a matar aquel hedor. Ocasionalmente, el claxonazo de algún auto o la sirena de la policía sonaban en sus oídos desde la calle, quince pisos más abajo. Ninguno se sentía a gusto. El personaje central de esta escena, Marianne, yacía inmóvil en la cama.

Cuando Peter entró vestido con la negra sotana, la sobrepelliz blanca y la estola púrpura, Marianne trató de volverse de donde él estaba, al pie de la cama, pero dos de los ayudantes la mantuvieron en su lugar. No hubo violencia hasta que levantó el crucifijo y la asperjó con agua bendita y dijo con voz tranquila:

—Marianne, criatura de Dios, en el nombre de Dios, que te creó, y de Jesús, que te salvó, te ordeno que escuches mi voz y la voz de Jesús y la voz de la Iglesia de Jesús y obedezcas mis órdenes.

Ni siquiera él y desde luego no sus ayudantes estaban preparados para la explosión que siguió. Habiéndolos tomado desprevenidos, Marianne se liberó y se sentó en la cama y, abriendo la boca en una estrecha rendija, lanzó un prolongado aullido que pareció continuar sin pausa ni respiración y con toda su fuerza por casi un minuto. Todos se sintieron arrojados atrás por la fuerza de ese grito. No era un grito conmovedor, ni tampoco de dolor o de socorro. Era más bien como se imaginaban que aullaría un lobo o un tigre si los "agarraran y los destriparan poco a poco" según describió el ex policía. Era la expresión sonora de desafío y de dolor infinitos. Los confundía y los in-

quietaba. El padre de Marianne se echó a llorar, mordiéndose los labios para ahogar su propia voz, pues deseaba contestarle. "En un momento nos producía temor", comenta el joven colega de Peter cuando recuerda ese momento. "En otro instante nos hacía llorar. Y luego nos producía una sensación de repugnancia. Y así continuó. Nos *confundía*".

Para el momento en que guardó silencio, se habían recuperado y la habían vuelto a tender en la cama manteniéndola inmóvil. No ofreció resistencia. Había vuelto la sonrisa a su rostro, torciendo sus labios en forma de sacacorchos. Quienes la tocaban se percataban de que estaba muy fría. Su cuerpo se mantenía quieto, relajado. Las primeras palabras que salieron de sus labios eran tranquilas:

—¿Quién eres? ¿Vienes a conturbarme? Tú no perteneces al Reino. Sin embargo, estás protegido. ¿Quién eres?

EL SONRIENTE

El padre Peter miró por encima del texto del exorcismo. "Qué gracioso", pensó, "debería estar sudando". Sus palmas estaban secas y su boca también. Miró a la muchacha. Tenía los ojos cerrados, pero los globos de los ojos obviamente se movían debajo de los párpados como si estuviera en una animada conversación. Y la sonrisa seguía en sus labios como un látigo enrollado. La cabeza se había vuelto ahora ligeramente a un lado, como si escuchara.

—¡Marianne! —dijo medio en murmullo, todavía incapaz de encontrar su voz. No hubo respuesta. Silencio unos diez segundos, luego, esta vez enérgicamente—. ¡Marianne!

—Para qué maldecir tu blando corazón— las palabras de Marianne fueron pronunciadas suavemente—, ahora pertenezco al Reino. ¿No lo sabías? —una pausa— Así que, por favor, lárgate —otra pausa—. Vete con el pequeño Zio —una risita, luego—. ¡Apuesto a que él no sabe cómo jorobar, amigo!

El filo de sus dientes se percibía como una blanca curva tras sus labios. Las patas de gallo desaparecieron de sus ojos. Toda su expresión se endureció.

—A no ser que... a no ser que... a no ser que quieras hacerla de enchufe para mi marrrrtilloooo... —sus palabras salieron estropajosas, y en una sola respiración, pero sin que sus labios se movieron mayormente.

Peter alcanzó a percibir el final de esa pulmonada de aire, a medida que la última letra se iba apagando como un eco que cayera en la nada.

Los cuatro asistentes se agitaron y se miraron unos a otros. El gerente de banco, que ahora sudaba copiosamente, buscó los tapones de cera que había puesto en sus oídos para asegurarse de que aún seguían ahí. James, el joven sacerdote, contuvo la respiración y estaba a punto de hablar cuando Marianne volvió a hacerlo, esta vez con una voz ronca.

—Lo siento, Peter.

Parecía una amante que ha besado un poco violentamente, que lo siente, pero que mordería de nuevo si la decepcionaran.

—¡Marianne! —esta vez con insistencia.

El nombre actuaba como la cuerda que jalara unos alambres invisibles. Su cuerpo se puso rígido. La cabeza descansaba sobre la cama, mirando al techo. Los globos de los ojos se volvieron hacia arriba tras los párpados, estaban inmóviles; la piel, marmolizada y totalmente lisa, aparentaba diez años menos. Para todo el mundo, se trataba de una estudiante adolescente que escucha atentamente a su maestro... pero estaba la sonrisa aquella.

—*Lechah venichretha verith** —las palabras hebreas salieron de sus labios con bastante claridad para que Peter las entendiera—. Un trato —continuó—, solo tú y yo Peter, Peter el Goloso —una ventana se abrió en los recuerdos de Peter, dejando escapar un pequeño y agudo sentimiento de pánico. Fue como si un murciélago zigzagueara hacia él escapado de la noche de sus recuerdos. Y como un grano de arena que le arrojaran en el ojo y que lo hiciera llorar. "No temas. Nadie lo sabrá. Sólo yo".

El rostro de Mae y su voz volvieron por un instante ante él, desde aquella lejana noche veraniega. ¡Eran algo tan querido allá, en sus recuerdos! Pero la voz de Marianne convirtió en cenizas esos recuerdos.

—¡Un trato, Peter! Vamos a hablar del Altísimo. Aleph, Bet Yimel, Daleth, Shin. ¿Olvidas tu hebreo en medio de todos esos pelos y piel?

—El tono era plano, gutural, ni masculino ni femenino, burlón. Ese granito de pánico de Peter se había convertido ahora en un pedrusco que lo empujaba contra las barras de su mente,

* "¡Anda! ¡Hagamos un trato!".

en su intento de refugiarse ahí. Recordó la clara trampa y las palabras del viejo Conor: "Jamás discutas, hijo. Pingo es un máximo maestro en discusiones. Acabará haciéndote correr con el rabo entre las piernas".

Peter realizó un nuevo esfuerzo de control mental. Con pánico retrocedió.

—¡Marianne!

Pero el fingimiento continuaba.

—Vamos, vamos, Peter, ¿qué significa un poco de hebreo entre tú y yo?

La voz era menos gutural ahora, incluso suplicante.

—En el nombre de Jesús te ordeno, Marianne, que me respondas.

—¿Por qué no podemos olvidar el pasado? Tú lo olvidas. Yo lo olvido. Y todos felices, Peter.

—Marianne, tú perteneces al Altísimo.

—¡Olvídalo, Peter! —otra vez esa nota de dureza—. No seas tan pesado. Esta *es, es, es* Marianne. La verdadera Marianne...

—Marianne, todos te queremos y todos te conocemos. Jesús te conoce. Dios te conoce. Respóndeme en el nombre de Jesús, tu salvador.

—Si tú crees que una jovencita con hoyuelos, sin pechos y con anteojos gruesos y su cruz de plata y sus rodillas callosas...

—Sólo el amor puede salvar y curar, Marianne.

Peter sabía que estaban evitando la confrontación y que seguía la voz del Fingimiento.

—...y su no-mamá-sí-mamá-no-papá-sí-papá-acúsome-padre-que-he-pecado. Olvídalo, Peter, olvídalo.

Su tono gutural había vuelto; pero había un sedoso gruñido mezclado de desprecio y, según Peter sintió, también con algo de amenaza.

A los oídos de Peter llegó un sonido. El padre de Marianne temblaba y miraba la cómoda. Durante las últimas siete horas, esa cómoda jamás se había estado quieta en el mismo lugar. Semejante movimiento no había sido todavía demasiado molesto, pero ahora se movía hacia adelante y hacia atrás a intervalos regulares, las manijas de bronce trepidaban.

—Echen un poco de agua bendita a ese mueble —susurró Peter a su colega. Y escuchó el sonido sibilante cuando las gotas de agua cayeron en la cómoda, como si hubieran caído en una estufa caliente.

Pero, incluso en ese pequeñísimo instante, la iniciativa había sido robada de las manos de Peter, que se había dejado distraer por la reacción del padre y por su propia orden.

—¿Peter? ¿Estás bien? —en su tono había una burlona solicitud. Había cesado el ruido—. Ahora, cerca de Aquel, ¿cuál es la diferencia?

Peter apretó los dientes y decidió mostrarse enérgico.

—El Santísimo —dijo tranquilamente— es uno.

—¡Ah! Pero para ser completo el antisantísimo lo acompaña.

—La suciedad no va con la limpieza.

—Sin oscuridad no hay luz, Peter, no hay luz.

—El Santísimo no puede ir con el antisantísimo.

—Te equivocas, Peter, te equivocas.

La concentración mental de Peter flaqueó por un instante, al sentir que las garras del argumento se cerraban sobre su mente. Fatalmente su lógica se elevó. Las advertencias de Conor se perdieron en una especie de grito de batalla intelectual y balbuceó:

—Imposible...

—Ahora ya estamos en la danza —la voz de Marianne se elevó, interrumpiéndolo triunfante—. Conozco tu tan cacareado principio medieval de la contradicción. Esse et non-esse non possunt identificari.* ¡Si hasta lo sé en latín! Pero eso es por el momento, Peter, ¿lo ves? sólo por el momento. Puede ser diferente. Peter se obligó a eludir el argumento.

—¡Marianne!

—No, Peter...

—En el nombre...

—Del antisantísimo y si tú quieres del Santísimo. No hay objeción —luego la terrible risa—. Algún día pronto tu esse y tu non-esse irán juntos como...

—De Jesús, Marianne...

... lo de él en lo de ella... como una mano en un guante. Yo hago... hice haré...

Repentinamente vibró en un agudo grito, agitando hombros, caderas, muslos, pies, manos, y todo ello golpeando, luchando contra las manos que la sujetaban al lecho, como una mujer enloquecida por las caricias, pero a la que se ha impedido alcanzar el orgasmo: "que alguien me coja, Peter. Saca el *esse* de mi... cógeme... cógeme, y concluyó con un alarido de angustia.

* "El ser y el no ser no pueden ser una y la misma cosa".

El tío de Marianne apenas podía respirar, como si se sintiera ahogado por un golpe en la garganta. A Peter los tímpanos le dolían como si hubieran sido golpeados por aquel alarido. Inmediatamente sintió las cálidas lágrimas del padre, quien ahora lloraba silenciosamente, mordiéndose los labios mientras sujetaba a su hija, inmovilizándola.

Peter lo sabía: el Fingimiento estaba agotándose; algo tenía que ceder. Pero aún no estaba ni siquiera acercándose al Quebrantamiento.

Repentinamente Marianne se quedó inmóvil, laxa, desmayada. Los hombres aflojaron su presión y se echaron un poco para atrás. Sus mejillas se colorearon vivamente. La voz que salía de su garganta era ahora juvenil, llena de interés, tranquila, como si recitase una lección, y fluía en suaves sílabas. A medida que hablaba, su cabeza se movía de un lado para otro con los ojos cerrados. La sonrisa de látigo era ahora una especie de gatito que jugaba en las comisuras de sus labios.

—Me he dedicado a una sencilla investigación, no hago daño a nadie. Ni siquiera a mí misma. Lo único que yo quería era poner fin a esos dolorosos momentos de elección. Mamá y papá no podían ayudarme, y tampoco mis profesoras, ni mis amigos. ¡Todos ellos estaban divididos con tantas decisiones! Todos ellos torturados por sus decisiones. Asustados. Sí. ¿Ves? Tenían miedo. Tenían temores. Como perros que corrieran tras sus talones. ¿Es eso justo? ¿Es esto la felicidad? ¿Es esto posible? ¿Es esto imposible? Miles y miles de perros que ladraban preguntas. Yo sabía que si encontraba mi verdadero ser ya no habría necesidad de responder a las elecciones y, por tanto, me vería libre de temores y errores. No más culpas.

Peter comprendió que no había manera ni esperanza de frenar este flujo de palabras. Ahora trataba de eludirlo recurriendo a la estratagema de una exposición lógica en la que él no podría participar sin que se cerraran las quijadas de acero que estaban alrededor de su mente. Y todo habría terminado. Y de manera fatal. La única manera de "irritarla" y hacerla salir de esta peligrosa etapa del Fingimiento era mediante un flujo igualmente sostenido de palabras en directa contradicción con el sentido de lo que ella decía.

Durante largos minutos y en diferentes etapas, Peter y Marianne respondieron como si cantaran salmos antifonales tomando el uno la palabra donde el otro la había dejado. Pero no había

secuencia ni conexión lógica de lo que cada uno decía. El único punto en que trataba de ponerse a tono con ella era en la manera de hablar. Cuando ella cuchicheaba, él cuchicheaba. Si ella gritaba, también él gritaba. Cuando ella murmuraba, lo mismo hacía él. Cuando se interrumpía ella, él se interrumpía. Cuando ella permanecía en silencio, él permanecía callado. Si alguien hubiera podido visualizar su lucha en esta fase, hubiera sido como una lucha olímpica en cámara lenta, en la cual los contendientes se lían con la sombra del otro, en tanto que todos los colores y acciones se pierden en una borrosa semioscuridad y los puntos son llevados por un réferi al que nunca se ve ni se oye, pero cuya presencia fantasmal se siente claramente.

—Posible e imposible —arrulló Marianne— hacen que todos los acontecimientos humanos imposibles sean imposibles, crean distinciones supurantes y asociaciones oportunas y periodos superficiales...

—Si alguien me ama —leyó Peter— será leal a mi palabra estaba arremetiendo contra la confusión, contra el adormecedor uso de palabras que arrullaban la mente hacia la nada—. Y entonces amará a mi Padre; y ambos vendremos a él y haremos nuestra morada dentro de él...

—...entre nosotros y entre nuestra otra mitad —interrumpió Marianne—. Y dirá al Yin que hay en mí: no tendrás tu Yang. Y dirá al Yang que está dentro de ti: no tendrás tu Yin...

Peter interrumpió de nuevo a Marianne.

—La rama que no vive en la viña no puede producir fruto por sí sola —la simplicidad misma de las palabras dio a Peter nueva vida. Su voz era tranquila—. No más que vosotros...

—...y hará del hombre el esclavo de sus colgantes glándulas —gritó Marianne violentamente— y a una hembra la cama de su clítoris y de los coágulos que hay en su...

—si no vivís en mí —gritó Peter con toda su voz—. Yo soy la viña. Vosotros sus sarmientos; si un hombre no vive en mí y yo en él, entonces...

—...vientre sepulcral —ahora Marianne rezongaba las palabras en un ronco alarido—. Él afuera, ella adentro. Y nunca los dos se encontrarán salvo en sudor y quejidos. ¡Puaf! Porque fuera es fuera...

Luego Marianne arrojó un golpe de aire a las velas que en la mesita de noche estaban al pie de la cama. El joven sacerdote las cubrió con las palmas de las manos.

Peter no quería distraerse. Prosiguió aún tirando palos de ciego en medio de aquella confusión, de esa verborrea, de la pestilencia que llenaba la habitación, utilizando las palabras que le permitían mantenerse libre.

—...rendiréis abundante fruto; pero separados de mí carecéis de todo poder para...

—...y dentro es dentro —le interrumpió Marianne—. Este asunto de cosas claras y distintas empezó hace mucho, con toda aquella palabrería acerca de amo y esclavo, creatura y creador, Dios y hombre. Pura palabrería, puro incesto...

—...para nada... —continuó Peter, imperturbable, con su texto—. Si un hombre no vive en mí, sólo podrá...

—...juego de ganadores y perdedores —hizo una ligera pausa como si escuchara—. El tipo con ese vestido blanco, con la puta que lo sigue y toda su vaselina. Y luego para nosotros... —se interrumpió. Sus ojos se abrieron y se sentó de golpe en la cama. El ex policía y el gerente de banco, temerosos de un acto de violencia, le sujetaron los brazos, pero no ocurrió nada. El padre James pensó en una vieja litografía de Jesús y María Magdalena que colgaba en la casa parroquial.

—Sí, mi joven eunuco, eso son él y ella —dijo Marianne riendo y viendo a James con una mirada pícara y conspiradora.

Sin embargo, la voz de Peter trajo al aturdido James a la realidad.

—será como la rama que es arrojada y se marchita. Y esa rama es...

—La madre María Solterona Virgilius anunció que lo imposible no puede ser posible —Marianne estaba echada de espaldas una vez más—. Tú *nos* dices, y todas le hacíamos coro...

Peter percibió el tono sardónico. Su voz se endureció y la interrumpió.

—...inútil y arrojada al fuego para arder ahí. Yo pido por aquellos que van a encontrar la fe en mí a través de vuestra palabra; que puedan ser todos uno; que también ellos puedan ser uno en nosotros, como tú, Padre, eres uno en mí y yo...

—... de imbéciles marchitos y recordando su vientre caído y su cutis pastoso que se ponía cenizo cada mes —la voz de Marianne había vuelto a un agudo tono de falsete—. ¡Y si sólo hubiera usted podido saber, querida madre!, lo imposible no es...

Marianne reía entre dientes. Peter conservó el tono de dureza en su voz al interrumpirla y proseguir:

...en ti; para que el mundo pueda creer que eres tú quien me ha enviado.

Sin dejar de hablar, Marianne se volvió de lado, laxa. Mientras hablaba, el médico le tomó el pulso, como se suponía que debería hacer cada 15 minutos, cuando sus movimientos no hicieran esta tarea demasiado difícil.

—...posible salvo que lo imposible sea real. De otra forma, lo imposible sería imposible. Tiene que ser realmente imposible, sin embargo. *Ciertamente* —ahora su tono era de confidencia—. Para que lo posible sea posible, quiero decir, tienen que ser ambos, tienen...

La voz de Peter bajó de tono y se hizo vibrante:

—Este es mi mandamiento, que debéis amaros los unos a los otros, como yo os he amado. Este es el mayor... —todos se pusieron alerta: el cuerpo de Marianne se había puesto rígido como una tabla.

—...ambos —Marianne seguía hablando.

Ahora sus palabras corrían por delante de él. Miró hacia arriba, escuchando y tratando de percibir alguna señal de que se acercaba el quebrantamiento. Ella seguía febril.

—Lo real es real gracias a lo irreal. Lo limpio, limpio debido a lo sucio. Lo pleno es pleno gracias a lo vacío. El perfume es perfume gracias a la pestilencia. Lo santo es santo gracias a lo no santo —luego, en un intenso borbollón de palabras entremezcladas y gruñidos, destinados a hacer penetrar contradicciones, en una vil búsqueda de todo lo que pudiera ser confuso y confundir el pensamiento humano y abrir la negrura en la mente prosiguió—: lo dulce dulce-hum-amargo. Lo que es-hum-lo que no es. La vida-hum-muerte —cada gruñido precedía a un opuesto y sonaba como si Marianne estuviera siendo golpeada en el estómago en cada ocasión—. El placer placer-ay-pena. Lo caliente caliente-ah-frío —luego, en una cadena de palabras emitidas sin pausa alguna en un verdadero alarido—: *Arribaabajo gordoflacoaltobajoduroblandolargocortooscuridadluzfondocimadentrofueratodoscadatodoscadatodoscadadadadadadadada...*

Esa voz pituda se perdió en una larga y coagulada mezcolanza en la que se ahogaba la respiración. El esfuerzo había sido tan violento que Marianne pareció casi arrancada de la cama,

y cada fibra de su cuerpo que yacía en el colchón se estiraba hacia arriba.

Peter reanudó su lectura tranquilamente.

—No tengo ya mucho tiempo para hablar con vosotros. Pero viene uno, quien tiene poder sobre el mundo, pero que no tiene poder sobre mí. Ahora es el tiempo en que el Príncipe de este mundo habrá de ser arrojado... —se detuvo en mitad de la frase y miró a Marianne.

Ella permanecía echada rígida, las piernas apartadas, las manos en la entrepierna. Un gruñido bajo, más bien cuchicheado, se inició en su garganta y salió de sus labios abriéndolos. Peter empezó también a cuchichear:

—Sí, si sólo yo soy elevado de este mundo atraeré a todos los hombres hacia mí —se detuvo, pues el gruñido había cesado.

El cuerpo de Marianne se relajó. Se dio la vuelta agitada hacia el otro lado. Con una voz infantil pareciendo apartarse instantáneamente en una nueva dirección, habló así:

Los binarios, los necesitamos, ¿sabía usted? Sí, señor. La cibernética los tiene. Antes y después. Más o menos. Pares y nones. Negativo y positivo. Siempre estarán con nosotros. Pero solamente hasta ahí: con nosotros. No nos van a dividir.

Peter no estaba dispuesto a dejarse distraer ni a tratar de buscar sentido alguno en las palabras de Marianne. Era la misma trampa, esa constante y fácil invitación a la derrota. Así que reanudó su lectura:

—Aquel que reina en este mundo ya ha sido sentenciado. El espíritu me honrará porque es de mí...

—El que no está conmigo —prosiguió Marianne interrumpiéndole en un tono terriblemente burlón— está contra mí, dice el Señor. Ningún hombre puede servir a dos amos, dice el Señor. —Y bajando la voz— ¿Alguna vez vieron dos penes en el coño y en el ano de una mujerzuela mientras ella bombeaba sirviendo a dos amos?

El padre volvió el rostro hacia otro lado y se recargó en el hombro del policía.

Luego en el mismo tono de falsete:

—¿Quién dicen los hombres que soy?, dice él. Negro y blanco dice él —ahora el tono de falsete se elevó hasta convertirse en un alarido que penetraba en los oídos de Peter y de los otros, obligándolos a parpadear y a fruncir el rostro—: Tú estás dentro

dice él tú estás fuera dice él. El Señor Dios de los fantasmas. Borregos y cabras, dice él. Palomas y demonios dice él. Nubes doradas y rojas sangrientas. Clavando un clavo en el corazón. Abriendo una herida en mi unidad —luego, alzando la pelvis y bajándola rítmicamente y gritando a todo volumen—. ¡Jeeebum! ¡Jeeebum! ¡Jeeebum! ¡Jeeebum!

—...el Padre me pertenece a mí —dijo Peter tranquilamente, terminando la oración interrumpida. Marianne se detuvo cuando Peter dijo esas palabras. Ahora estaba parado junto a la ventana, pero miraba hacia la habitación, y no dejaba de mirar a Marianne, tendida en la cama. Ella lloriqueó con voz lastimosa:

—Todo lo que quiero es que dejen de hacerme preguntas. No quiero más desafíos. No quiero más elecciones, más síes ni más noes. Ni siquiera quizás. Ni tampoco no deberás esto no deberás lo otro. En el Reino... —luego, con un hondo ahogo, como un hombre que no necesita aire pero que habla a través de mucha agua—... en el Reino en el Reino en el Reino...

Todos sus instintos le decían a Peter que debería presionarla. Sentía que el Fingimiento estaba casi por terminar, que la revuelta de Marianne *contra* la posesión se haría patente ahora, y que el mal que se señoreaba de ella tendría que salir a luchar abiertamente para mantener su sitio.

Peter avanzó calladamente al lado de Marianne, sin dejar de mirarla, buscando en su rostro señales de lo que ocurría. Si estuviera cerca el Quebrantamiento, entonces debería haber absoluta falta de expresión; y debería haber una serie de líneas extrañas y de un carácter completamente antinatural. Y, en verdad, el rostro era una máscara helada, cruzada por profundas líneas. Silencio.

—¿Padre, cree usted que salga de esto? —era el padre de Marianne.

Peter se desentendió de la pregunta y procedió a hacer presión, pues su instinto le dijo ¡ahora! ¡rápido!

—Jesús, Marianne. El nombre es...

—¡Jebum! ¡Jesusass! ¡Jebum! ¡Jesusass! ¡Jebum!

Ahora estaba gritando de nuevo. Peter deseaba con desesperación taparse los oídos contra esas cuchilladas de dolor que penetraban en su cerebro.

—¡Cuidado! —gritó a sus ayudantes cuando vio que dos dedos de ella se introducían en sus fosas nasales y empezaban a hurgarlas. De un salto se puso a su lado—. ¡Manténgala quieta!

Cuatro pares de manos la sujetaron firmemente. Y no la dejaron mover. Cada quien tenía su propio recuerdo de algún animal salvaje: un tigre enjaulado, una hiena que se cebaba en otra hiena, una puerca luchando en el matadero. Las comisuras de los labios de Marianne se distendieron hacia atrás, parecía que su gesto las llevaba de oreja a oreja, dejando al descubierto dientes, encías, lengua. Una espuma grisácea burbujeaba y escurría por su labio inferior y por su barbilla. Tenía los ojos abiertos, pero echados hacia atrás, de manera que sólo se veía lo blanco, jaspeado de rojo fresco. Dos hombres sujetaban sus brazos a la cama, uno la tenía oprimida por el vientre y otro le mantenía quietas las piernas.

Parecía imposible que ser humano cualquiera pudiera sobrevivir una experiencia como aquella por la que Marianne pasaba ahora. El doctor cerró los ojos pues por el sudor le ardían.

—Manténgala firme, por amor de Dios —dijo Peter.

Un ahogado "zheeeeeeeee" que silbaba de entre sus dientes murió, hasta convertirse en nada. Cerró los ojos.

—Firmes —murmuró el ex policía—, está tiesa.

El doctor alzó uno de los párpados de Marianne y lo dejó caer de nuevo.

Peter había ganado. El Fingimiento había fracasado. Pero habían transcurrido muchas horas desde que comenzaran, y sólo estaban al final del primer round. Recitó la segunda parte del ritual del exorcismo, mientras sus ayudantes se mantenían alertas.

Como en todos los casos anteriores, el Quebrantamiento se produjo en el momento en que menos lo esperaba Peter. Se inició como un ruido difícil de describir. Como si un caballo se quejara, como si un perro estuviera llorando, como si un hombre maullara. Era el sonido mismo del dolor. De una naturaleza violada por la antinaturaleza. De una profunda agonía. De protesta. De desamparo.

"Si supusiéramos que un cadáver, después de los estertores de la muerte y después del gesto que queda cuando se ha exhalado el último aliento, empezara a gritar pidiendo ayuda, ¿cómo se imagina usted que sonaría ese grito?", preguntó Peter posteriormente, en un esfuerzo por describir ese sonido indescriptible. "O bien, suponiendo que cuando usted cierra los ojos de un muerto con un pulgar y su dedo índice", e hizo el gesto con los dedos "y suponiendo que usted haya dejado de cerrar un ojo, y que este lo mire a usted todavía con la opacidad de la muerte.

ya usted sabe cuál es su aspecto, y empezara a llenarse de auténticas lágrimas. Eso es precisamente el sentimiento que se produce. Algo que trata de salir de entre todos aquellos gusanos de la carne podrida y de esa agua apestosa que inunda el cuerpo, esa silenciosa movilidad de la muerte que nos dice: «Estoy vivo, sáquenme. Por amor de Dios, sálvenme». Tal era Marianne cuando se inició el Quebrantamiento. La lucha a muerte por su alma casi me partió en dos".

Ahora, Peter pensó que podía apelar directamente a Marianne y ayudarla. Comenzó a leer lentamente la primera parte de otro "texto irritante".

—Marianne, tú fuiste bautizada en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Perteneces a Jesús. Fue el sacrificio de su vida lo que hizo posible que tú pertenecieras a Dios. Todo lo que hay de bello, todo lo que hay de amor, de bondad, de dulzura, todo ello hay en ti... todo procede de Jesús. Él te conoce, conoce cada fibra de tu ser, es algo más que un amigo, está más cerca de ti que tu madre, te ama más que cualquier amante, te es más fiel que tú misma puedes serte fiel a ti misma. ¡Habla! ¡Habla! ¡Habla! Y dime qué es lo que oyes. Habla y dime que deseas ser salvada en el nombre de Jesús, quien te salvó, y en el nombre de Dios, quien te creó! ¡Habla!

Mirando por sobre las tapas del libro, podía ver que las manos de ella se relajaban y tocaban los costados de sus ayudantes. Que el gesto de oreja a oreja se borraba. Sus ojos estaban abiertos, pero todavía vueltos hacia arriba, de modo que parecía que estuviera mirando dentro de sus propias órbitas. El blanco de los ojos brillaba. Hubo un silencio total. El doctor le tomó el pulso.

—Está como de hielo.

—Bien, bien —respondió Peter al doctor, con un movimiento de cabeza, sin quitar los ojos de Marianne.

El cuerpo entero de Marianne estaba ahora como desmayado, se veía pesado, acabado de fatiga. Una coloración ligeramente azul daba una apariencia fantasmal a sus manos, brazos, pies, cuello y rostro. Todo permanecía en silencio. Él escuchaba la respiración, la suya propia, la de sus ayudantes... la de Marianne no era perceptible. El doctor informó que el pulso era muy débil.

—Está muy débil, Peter —dijo.

Peter levantó la mano para detener cualquier comentario. Los momentos trascurrían. El padre se aclaró la garganta y se talló los ojos.

—¿Ya terminó, padre?

Peter lo calló con un movimiento rápido de cabeza casi rudo. Seguía vigilante, esperando el más ligero cambio.

—Si va a suceder, tiene que ser ahora —se dijo a sí mismo medio hablando—: manténgase alerta.

Pero con la intolerante presión del silencio, sentía que los músculos de sus pantorrillas, de su espalda y de sus brazos se relajaban. El libro se le cayó de las manos. Su cabeza comenzó a enderezarse. El joven sacerdote descruzó los brazos. En algún departamento de abajo se oyó el ruido escandaloso de una radio. Poco a poco, el silencio los cubrió a todos, como una agradable manta que se envolviera alrededor de sus oídos y cubriera toda la habitación. Producía la desasosegadora sensación de encontrarse perdido en este silencio, después de tantos gritos y discordancias y del letal sonido de la gorgoteante voz que Marianne había empleado. El dolor comenzó a menguar en la mente de Peter. Sin apartar la mirada del rostro de Marianne, pensó en Conor allá en Roma, en Zio —ahora Pablo VI—, en Nueva York. Y pensó en dormir. Miró su reloj. Eran las 9:25 p.m., la misa en el Yankee Stadium tenía que haber concluido ya o estaría por concluir. Su ordalía en esta habitación también debería concluir pronto. Cabía esperar que pronto, muy pronto, pudiera irse a su casa a dormir... dormir... dormir.

¿Dormir? A través de la neblina tranquilizadora de su fatiga, el pensamiento despertó en Peter un recuerdo. ¿No le había prevenido Conor de que el sueño, la sensación de cansancio, el deseo de descansar venía algunas veces como la última trampa, que solía preceder al último asalto de la Presencia?

Sin embargo, había perdido preciosos instantes. Cuando las palabras de Conor se encendieron en su mente como una señal de alarma: "¡Mucho ojo con el sueño, hermano! ¡Mucho cuidado! Mientrasss no hayas terminado lo que estássss haciendo... ¡olvídate del sueño!", ya éste se había echado sobre él.

Fue algo repentino. Y, no obstante, tal parecía que la Presencia hubiera estado en cuclillas desde todos los tiempos, dispuesta a saltar sobre él, ya se había apoderado de las partes vitales de su ser. Su cuerpo se estremeció cuando susurró:

—¡Jesús... Jesús!

Los demás solo percibieron un quejido que salía de sus labios y pensaron que había tratado de decir algo, sin aclararse la garganta.

—¿Se siente usted bien, padre? —preguntó el médico.

Peter hizo con la mano un desmayado ademán. Aquella lucha tenía que librarla él solo. Los otros serían meros testigos ignorantes.

La Presencia estaba en todas partes y en ninguna. Peter luchaba contra el instinto de dar un paso atrás o de mirar a su alrededor o, sobre todo, de huir, huir lo más lejos y lo más de prisa que pudiera.

—¡Congela tu mente —había sido el consejo de Conor—. ¡Congélalalala en el amor. Plántate ahí, hermanoooo del alma, y no te muevas...!

Pero, ¡Jesús santísimo!... ¿cómo? La Presencia estaba a todo su alrededor, dentro de él, fuera de él. Aquella era una trampa de cuerdas que se estrechaban, pero que él no podía ver. No escuchaba palabra alguna, no veía visión alguna, no percibía ningún olor. Pero su piel no era ya la cubierta que protegía su mortalidad. *¡Su piel no funcionaba!* Se había convertido en una membrana porosa que dejaba penetrar la invisible suciedad de la supurante Presencia. Y lo peor de todo era el silencio de aquello. Era insonoro. En un instante había sido atacado y capturado; y sabía que su adversario era superior, que carecía de piedad, que había invadido su ser hasta lo más profundo, aquella parte de sí mismo que siempre había ocultado de los demás, que, esperaba, sólo Dios conocía, y Él jamás lo pondría en evidencia hasta que tuviera la fuerza suficiente para soportar su vista.

No alcanzaba a discernir dónde ocurría la lucha. La confusión de su mente era como si un chorro de melaza cayera sobre arañas, paralizando todo esfuerzo de dominio, todo movimiento natural. Había momentos en que su voluntad parecía ser de goma, y se volvía hacia acá y hacia allá, rebotando con crueldad contra su mente, como si una toalla mojada le golpeara el rostro. En otro instante, su mente era como un colador por el que pasaban quemantes partículas, cada una etiquetada con una palabra de burla: ¡Desesperación! ¡Suciedad! ¡Hedor! ¡Mísero! ¡Sensiblero! ¡Dolor! ¡Burla! ¡Odio! ¡Bestia! ¡Vergüenza!... Aquello no tenía fin. Luego, en otro momento se percató de que su mente y su voluntad no eran sino desagües, cloacas; y su imaginación era el recipiente de lo que vomitaban. De ellas brotaban las formas de la verdadera lucha que se libraba en una dimensión distinta de su ser. ¿Allá, en lo profundo? ¿Quizá en lo alto? ¿En el consciente? ¿En el inconsciente? ¿En el subconsciente? No lo

sabía. Pero, desde luego, en las honduras del ser que él era. Todos los ocultos valles de ese ser habían enrojecido con su agonía. Cada uno de sus altos picos era como un agudo declive de agitada confusión. Cada planicie, cada rincón estaban atestados de presión y de peso y de dolor. Ahora, su imaginación era una letrina llena, llena hasta derramarse, de millares de imágenes repulsivas y de torcidos temores.

"Estoy solo!", pensó y, durante un instante, se cubrió el rostro con las manos.

Y la respuesta le llegó como una burla silenciosa:

—¡Sí!, ¡solo! ¡solo! ¡solo! ¡solo!

Le parecía que era él mismo, contestándose a sí mismo con una blasfemia tan primordial como el grito del primer hombre que asesinó a otro hombre, y tan actual como el gruñido del último facineroso que esa misma noche de octubre estuviera hundiendo su puñal en la espalda de su víctima, allá, en la Avenida Lenox.

—¡Dios mío! ¡Jesús mío! —exclamó Peter en su interior—. ¡Señor mío! ¡Jesús mío! Estoy acabado...

Y entonces, tan repentinamente como había llegado, y sin que él alcanzase a discernir la razón, la Presencia se retiró de él; pero no lo liberó del todo. Peter sintió como si, a regañadientes, garras extendidas se soltaran de su carne y de su mente.

Sin que Peter se hubiera percatado de ello, un pequeño ventarrón de consternación, pálida copia de su propia agonía, había azotado a sus ayudantes durante todo aquel tiempo, en tanto que vigilaban, preocupados, a Marianne.

Pequeñas manchitas de alivio salpicaron la conciencia de Peter. Sus ojos se enfocaron de nuevo. Por entre sus lágrimas, podía verla. Su cuerpo todo era la encarnación del estremecimiento. Parecía como si debajo de su piel y de sus cabellos y de su ropa todo se moviera con antinatural agitación, sin ritmo, no obstante lo cual su exterior permanecía, en cierto modo, estático. Su boca se entreabrió, sus labios se movieron, pero no articularon palabra alguna.

Y entonces, por tercera vez en su vida, Peter escuchó la Voz.

No venía de parte alguna. Simplemente, sonaba; era audible para Peter y para todos los presentes, pero era imposible discernir de dónde venía. Llenaba toda la habitación, pero no estaba en especial en sitio alguno. Carecía de matices, era lenta, sin traza alguna de respiración o pausa. No era aguda. No era pro-

funda. No era gangosa. Ni pequeña ni nasal. No era masculina. Tampoco femenina. Sin acento. Controlada. En cierta ocasión, Peter vio una película acerca de un robot que hablaba; cuando lo hacía, cada sílaba, al ser pronunciada, era seguida por remolinos de gorgoteantes ecos de sí misma. Esos ecos oscurecían la siguiente sílaba; y así ocurría con cada sílaba de cada palabra de cada oración.

La Voz era algo por ese estilo, pero *a la inversa*: los remolineantes ecos de cada sílaba precedían a la sílaba misma Para el que escuchaba, era un tormento tratar de entender aquello, pero no lo podía borrar. Era enloquecedor, aturdía. Producía el efecto de un millón de voces que apuñalearan los tímpanos con un clamor y una confusión insensatos, que eran el eco anticipado de cada sílaba. Si trataba uno de elegir una de las voces, cuando ya casi estaba a punto de lograrlo, venía otra que se encimaba; luego, uno intentaba captar otra, pero la primera volvía. Y así sucesivamente; veintenas de voces que te exasperaban, te confundían... te derrotaban. Luego, la Voz pronunciaba la sílaba; y a la confusión se sumaba la frustración, pues sílaba y palabra quedaban ahogadas en aquella babel.

Como la mayoría de las personas, Peter había adquirido la capacidad de "leer" las voces. Todos desarrollamos ese instinto y tenemos nuestra propia clasificación para voces agradables o desagradables, tensas o tranquilas, masculinas o femeninas, jóvenes o viejas, fuertes o débiles, y así por el estilo. La Voz no cabía en ninguna categoría que a Peter se le pudiera ocurrir. "Antihumana es quizá como podría llamársele", comentó más tarde. "Pero era la misma que escuché en Hoboken y en Jersey City. Con el toque adicional, desde luego".

El "toque adicional" era su manera de referirse al peculiar timbre de la Voz en cada exorcismo. En Hoboken, al igual que en Jersey City, el timbre parecía expresar una emoción violenta y paralizadora que despertaba temor. Pero el timbre de la Voz en aquella noche de octubre era diferente. "¡Por vida mía!", comentó Peter, "era como si el mismísimo Gran Potentado en persona estuviera hablando, y todos sus servidores pronunciaran cada sílaba antes que él. Sus precursores, si así se prefiere llamarlos".

El timbre, el "toque adicional", trasmitía un único mensaje: una superioridad absoluta e indivisa. No afectaba las emociones, sino la mente, que se congelaba al percatarse de que *no* había

posibilidad alguna, ni jamás la habría, de superarla; de que su propietario lo sabía, y de que él sabía que uno lo sabía; y de que esa superioridad no estaba ni dulcificada por la compasión ni suavizada por un gramo de amor ni disminuida por un ápice de condescendencia ni restringida por un átomo de benignidad hacia alguien de menor categoría. "Si el sonido puede ser perverso, sin pizca de bondad humana en él", dijo Peter, "eso era aquello". Lo llevó al frágil borde de la nada, frente a frente con el *anus mundi*, la excreción última del pecado de la soberbia.

Luego, aquel manicomio, aquella confusión de la Voz se perdió, como si hubiera recorrido cierta distancia.

Los cuatro asistentes levantaron la cabeza cuando se escuchó la voz de Marianne que hablaba con ponderada deliberación, casi con serenidad, en comparación con el tumulto que reinara.

—Nadie que sea mortal tiene poder en el Reino. Cualquiera puede pertenecer a él —una breve pausa—. Muchos pertenecen a él.

Cada palabra había brotado pulida, precisa, con fuerza, y clara como una moneda de oro recién acuñada y arrojada sobre el mostrador de la cantina.

Peter pensó que había llegado el momento de la reafirmación final. El último disparo. La carta del triunfo de todo exorcismo: el poder de Jesús y su autoridad.

—Con la autoridad de la Iglesia y en el nombre de Jesús, te ordeno que me digas cómo he de llamarte.

Peter lanzó el reto con voz serena. Todas sus esperanzas estaban puestas en la aceptación de su desafío. Si fuera rechazado, el reto sólo podía resultar en mayores distorsiones para Marianne. Y ya para entonces Peter sabía que la muchacha no podría soportar mucho más. Pero ya no era posible volverse atrás. Detenerse significaría la derrota total. Podía percibir el nerviosismo de sus asistentes: todos y todo lo que había en la habitación mostraban la tensión del momento. Peter sabía... todos sabían que había lanzado el último desafío.

—¡Tú me ordenas! —Ahora la voz de Marianne parecía divertida, como si Peter hubiese contado un chiste. Él recordaba una vez y otra que no era Marianne quien hablaba, sino el espíritu que usaba su voz. A pesar de todo, su ánimo decayó un poco—. Yo soy nosotros —la oyó decir—. Nosotros somos yo. ¿Es no es? ¿Son no son? Nuestro nombre es algo que está más allá de la mente humana.

¡Nosotros! Peter se sintió electrizado por esa palabra clave. Sólo aquéllos del Reino la empleaban. Comprendió al instante que ya casi había llegado, y no tenía intención de permitir que la Presencia se identificara de nuevo con Marianne, así que interrumpió, bruscamente.

—No hay inmunidad para ti ni para los de tu clase en el universo del ser.

La calculada y fría crueldad, una nueva nota en la voz de Peter al interrumpir, hizo que el ex policía se enderezase, alerta. Años de experiencia le habían dado un sexto sentido para percibir la amenaza y el ataque letales, el odio y el franco desprecio. Había escuchado a más de un policía hablar en ese tono a los asesinos arrestados y a muchos asesinos que tras las rejas hablaban de su odio con una voz tan dueña de sí como lo era la de Peter en ese momento. Miró su rostro. Había cambiado. Se había aposentado allí algo sutilmente despiadado.

—Tú, todos ustedes son... —prosiguió Peter.

—*Tú,* tú, tú no tienes una especial inmunidad, amigo mío —el énfasis de Marianne cuando lo interrumpió tenía gran precisión, estaba perfectamente calculado, lo bastante duro para inquietar... demasiado ligero para traicionar cualquier indicio de disgusto o temor.

Una vaga inquietud estremeció a los ayudantes de Peter; espontáneamente, se acercaron a él. La Presencia empezaba a dejarse sentir para ellos. A pesar de todas las instrucciones que les diera antes de iniciar el exorcismo, Peter sabía que no había manera de prepararlos para la impresión, el temor, el asalto.

El cuerpo de Marianne estaba totalmente inmóvil; su rostro, de un blanco terroso, los labios, apenas entreabiertos. Después de una pausa, su voz prosiguió, con un dejo apenas perceptible de dureza:

—Quizá te hayas gastado las rodillas en el confesionario —esto, con una inflexión de burla— pero no lo lamentaste, mi amigo. Por lo menos, no siempre. ¿Dónde está, pues, tu arrepentimiento? ¿Y tengo yo que decirte, sacerdote, que sin arrepentimiento siguen allí tus pecados? ¡Y tú! ¿Tú das órdenes en el Reino?

La memoria le trajo a Peter las palabras de Conor, su advertencia: "Lo que sucedió ya es historiaaaa antigua: está hecho. Queda asssentado en las actas... para siempreeee. Como una piedra en el campo, a la vista de todossss. Para que todos lo

veannn... incluyendo al Gran Potentado. No, no lo nieguessss. Sopórtalo con huuumildad".

—¿Cómo hemos de llamarte? —insistió Peter.

—¿Hemos? —con tranquilo sarcasmo.

—En nombre de...

—¡Cierra tu miserable boca...! —de pronto, era un animal el que gruñía las palabras— ¡Ciérrala! ¡Cállala! ¡Muérdela!

—...Jesús, dinos: ¿cómo hemos de llamarte?

De los labios de Marianne salió un prolongado alarido. Todos los presentes contuvieron la respiración a medida que la voz gorgoteaba, permitiéndoles comprender sus palabras con dificultad:

—¡Pero me cobraré! ¡Me llevaré nuestro kilo de carne! ¡Sus 71 kilos! ¡Me lo llevaré conmigo, con nosotros, conmigo! —silencio absoluto. Luego, la voz de Marianne—. Sonriente. Yo sólo sonrío.

Peter miró el rostro de la joven. El nombre era obvio, ahora que lo sabía. La torcida sonrisa había vuelto a sus labios. Comprendió que ahora se las había con uno de los más antiguos tentadores y enemigos del hombre: el que te odia y te engaña con una sonrisa, un chiste, una promesa.

¡Qué astucia! ¿Cómo abrigar sospechas, cómo atacar a alguien que se llama Sonriente? Y si se limitan a sonreír, hagamos lo que hagamos, ¿qué *podemos* hacer? Todo —Dios, el cielo, la tierra, Jesús, la santidad, el bien, el mal —se convierte en una pura farsa, y debido a la perversa alquimia de esa farsa, todo se convierte en un chiste repugnante, un chiste cósmico acerca de hombrecitos que, a su vez, son míseros chistecillos. Y, y, y... la absoluta trivialidad de toda existencia, el deseo de la nada.

Libró su mente, con un esfuerzo, de ese sudario de depresión y se concentró de nuevo. Era el momento de reunirse con Marianne.

—Tú, Sonriente, tú te irás, tú *dejarás* a esta criatura de Dios...

—Este engorroso asunto se ha prolongado ya lo suficiente —las palabras tenían un dejo de afectación no exenta de pomposidad—. Marianne ha hecho su elección —la reacción de Peter, allá en su interior, fue: Ya casi hemos llegado. La voz de Marianne prosiguió—: Tú comprendes mejor todo este hatajo de bestias. Después de todo...

—...porque el amor es todo lo que se necesita... —continuó Peter.

—...su vida es breve, como la tuya. Ella toma lo que puede, como tú...

—Porque el amor es todo lo que se necesita —Peter se repitió. Sin embargo, el monólogo del Sonriente prosiguió, ininterrumpido.

—...lo tomas con tu arrogancia.

—Y tú, Sonriente, tú rechazaste el amor —se produjo una repentina interrupción en este intercambio. Peter aguardó, una fracción de segundo—. Nuestro origen fue el amor —empezó de nuevo... y ya no pudo seguir.

—¡¡¡AMOR!!! —La palabra le fue lanzada como un tiro de pistola.

Los ayudantes se inclinaron hacia Marianne, pues pensaban que ese alarido era heraldo de alguna violencia. Peter se irguió, no con temor, no como si esperase algo más. Conor le había aconsejado que se abstuviera de intercambiar gritos, que dejase que los exabruptos siguieran su curso.

Pero no hubo más gritos. Fue la violencia del desprecio que se percibía en la voz de Marianne lo que a Peter le produría un dolor, incluso físico, a medida que proseguía estudiadamente, serenamente:

—Sí... —una pausa, como si rumiase las palabras. Luego—: ¡Ajá! Sesenta y nueve. ¿Cierto? ¡Valiente imagen!

Peter parpadeó, movido por el tono y el cuadro mental. El recuerdo marchitaba su esfuerzo, y oró.

Pero Marianne prosiguió con despiadada calma, como si leyese un informe técnico:

—Primero la lengua, su ápice como un húmedo ojo color de rosa con un iris blanco, explora: desliza su dorso por cada ingle, por cada célula epitelial tomando nota de las ondulaciones del musculus gracilis, siguiendo el tensado adductor longus, humedeciéndose de saliva para abrirse camino hacia la ennegrecida montaña, el mons veneris. Y ella siente que su safena mayor se agita y cosquillea con la sangre, que corre más aprisa.

Peter estuvo a punto de replicar, pero se contuvo.

Luego —continuó Marianne—, en el os pubis, se detiene, todas sus pupilas hambrientas, tensas, húmedas. Filiforme ladra a fungiforme, fungiforme a circumvallatae, circumvallatae a foliatae: "¡Avante, hermanos, avante!"

El médico silbó entre dientes y miró a Peter. Pero éste se encontraba peligrosamente abstraído en la escena. Podía escu-

char el suspiro de Mae aquel lejano día a la luz del sol, a leguas y décadas de este perverso encuentro; podía verla, tendida en el declive de la duna, sentir la mano que se apoyaba apenas sobre su propio vientre. Y luego la vio tendida en su ataúd, instantes antes de que lo cerraran para siempre.

El relato prosiguió, inexorable.

—Entre los gemidos de él y los suspiros de ella, el cosquilleo de su sacro (¡ah! ¡el Hueso de la Resurrección! ¡Aquellos rabinos sabían cómo llamarlo!) que corría por sus muslos; el corpus cavernosum se llena de espesa sangre de un negro rojizo. La lengua se clava dentro, como un puñal, y ella se cierra rodeándola, reteniéndola.

Ahora, el Sonriente hablaba con la voz de Marianne en un tono suave, indiferente. Hubo una breve pausa.. unos segundos. Luego, en un fiero estallido de desprecio:

—¡La está gozando! ¡Cebándose en ella como una hiena con una gacela muerta! —la voz se convirtió en alarido—. Empieza por el anus, y ella, como la víbora madre, se traga a su hijo. ¿¿¿¿¿AMOR????? —alarido agudo, penetrante. La voz se convirtió en un algo despectivo—. ¡Cuni-cuni-lingüe-lingüe! Peter el Goloso —luego, como si tal cosa—. Y dinos, Peter, ¿lo lamentas? ¿Te hace falta?

El padre de Marianne había ocultado el rostro entre las manos; sus hombros eran agitados por los sollozos. El ex policía y el banquero miraban fijamente a Peter, ruborizados. El sacerdote joven, cenizo el rostro, se apoyaba en la mesa de noche. La diatriba, igual que una lona que se fuera extendiendo, había arrojado sobre todos una masa de pensamientos y sentimientos que eran como chillantes colores y trazos sin sentido.

El doctor fue el primero en reaccionar.

—Peter, ¿podríamos hacer una pausa?

Le atemorizaba el rostro de Peter, pálido, sin sangre, y el aturdimiento que expresaba su mirada. Peter no respondió. El Sonriente, el bufón cósmico, que todo lo enloda y lo desgarra —pensaba Peter mientras rumiaba y buscaba a tientas su siguiente paso. El sonriente, el que convierte los recuerdos en suciedad y te los arroja a la cara. Pero, carece de sutileza... de talento. Lo que Peter pensó, fue: O bien, nos está tendiendo una trampa, o ya hemos atrapado al Sonriente. ¿Qué?

Y se dio cuenta de que reaccionaba, por puro instinto:

—¡Silencio, Sonriente! ¡Silencio, en el nombre de Jesús! ¡Te ordeno que desistas, que la dejes! ¡Dime que obedecerás, que la dejarás! ¡Habla!

Los otros miraron a Peter, sorprendidos ante la fuerza de su voz. El asalto verbal los había dejado exhaustos, avergonzados de algo vago, con el sentimiento de haber sido mancillados, y habían supuesto que Peter estaría deshecho, aplastado. Incluso habían estado dispuestos a perder toda esperanza.

Ahora, en cambio, parecía que Peter les había trasmitido algo. Percibieron, instintivamente, lo que él sabía, lo vieron en su rostro... casi fue como si les hubiera dicho: "¡Quizá la escaramuza haya sido humillante para mí. Pero también participa en ella el Sonriente... y no tiene escapatoria! ¡Aguanten!"

El Sonriente habló, pero como si Peter no hubiese dicho nada:

—¡Increíble! ¡Jamás se había visto en el Reino cosa semejante! —de nuevo, la voz, hablaba con serenidad— Una gotita de agua de mar arrastra consigo una minúscula membrana, y durante un millón de años se pudre en una antigua playa olvidada, y de ella brotan minúsculos nervios, del que le hacen crecer pelo, y míseros mecanismos terrestres, y se endereza sobre un par de flacos miembros y luego, un día, dice: "Soy un hombre" y alza el hocico al cielo y habla de nuevo: "Soy tan hermoso..."

—¡Silencio! ¡Desiste!

—¡Tú, cerdo inmundo! ¡Maloliente bestezuela...!

—Y deja que el alma de Marianne vuelva a ser bella con la gracia de...

—¿Hermosa? —Por vez primera, la voz se elevó casi una octava— ¿Hermosa? —Ahora era un grito tembloroso muy agudo, doloroso, de burlona duda—. Pobre perrillo, indefenso, que llora, que vomita, que lame, que se rebaja, que suda, que caga. Perro apaleado, cesta de mierda. Tú remedo de ser. Pedazo de orina y excremento y mugre y lodo nacido en una cama en medio de sábanas ensangrentadas, que sacaste la cabeza entre las piernas apestosas de una mujer, que largaste un alarido cuando te golpearon las nalgas y te reíste al ver tus miserables testículos —la agudísima retahíla de invectivas cesó de súbito, seguida por tres sílabas pronunciadas tranquilamente con repugnancia y desprecio— ¡Creatura!

—Y lo mismo tú. Creatura —Peter se sorprendió a sí mismo al percatarse de su dominio propio: su adversario había cometido un error, y Peter lo sabía. También le sorprendió el percibir el desprecio que se dejaba sentir en la voz con que respondió a la andanada del espíritu.

"Salido de la nada. Luego hermoso. Lo más hermoso de todo lo creado por Dios —el amargo dejo que había en la voz de Peter hizo que todas las cabezas, con excepción de la de Marianne, se volvieran hacia él. Y procedió fustigando y provocando—. Después horrible por el orgullo. Luego conquistado. Luego arrojado de las alturas como una antorcha que se apaga— un profundo rugido salió de la boca de Marianne. Peter prosiguió sin amilanarse; tenía a su adversario exactamente donde quería tenerlo—. Y arrojado y degradado, condenado y privado para siempre y derrotado por toda, toda la eternidad —el cuerpo de Marianne tembló, se agitó—. ¡Manténgala bien sujeta! —murmuró a sus ayudantes. Justo a tiempo. Temblaba violentamente. El rugido era ahora como el alarido de un cerdo al que con una navaja le cortan la yugular entre borbotones de sangre.

"Tú también creatura de Dios, mas no salvada por la sangre de Jesús.

De nuevo ese alarido espantoso.

Cuando este ruido se apagó, el cuerpo todo de Peter estaba electrizado de temor.

En ese instante la Presencia volvió a lanzar todo su odio. Como una cosa material lo atacó. Arrojó contra su mente y su voluntad quemantes proyectiles, que ahondaban en las raíces de su determinación en alguna delicada y sensible parte de su ser, donde vivía todo el dolor y donde vivía también todo el placer.

Se trataba del Choque, que Conor había analizado tan bien para provecho de su discípulo. Era el clímax de esta lucha cuerpo a cuerpo. Peter hizo la señal de la cruz. Sabía muy bien que ahora uno de los dos tendría que rendirse; que sólo uno de ellos saldría victorioso. Tenía que mantenerse firme. Tenía que rechazar la desesperación. Rechazar la falta de fe. Rechazar la condenación. Rechazar el temor. Rechazar. Rechazar. Rechazar. Mantenerse firme. Estas palabras venían a él automáticamente como si fueran órdenes que procedieran de lo más profundo de su ser.

Su primer impulso de desesperación fue el de concentrar su mente en cualquier línea de salvación, en cualquier cosa bella o verdadera que hubiera conocido y experimentado: el grito de las gaviotas en Dooahcarrig, en Kerry; en el rítmico dibujo de los ágiles pies en las danzas invernales; en la sonrisa de Mac; en la seguridad de la casa paterna; en las tranquilas tardes de verano que había pasado en la costa de la isla de Aran, mirando hacia las montañas de Connemara, detrás de la ciudad de Galway... masas purpúreas que se elevaban en una cúpula de oro que brillaba entre la bruma.

Pero tan pronto como una imagen surgía, se marchitaba como una gota de agua que cayera en una flama. Todas sus imágenes internas de lealtad, autoridad, esperanza, legitimidad, interés, dulzura, se agostaban y desaparecían. Su imaginación ardía con una desesperación caliente al rojo vivo, y su mente no le ayudaba. Sólo su voluntad tenía encadenadas a mente e imaginación en una inmovilidad que le producía dolor y una auténtica agonía.

Para entonces la Presencia se volvió, silenciosa, contra aquella voluntad, en un latigazo de cruda adversidad. Los demás presentes no tenían mucho que los guiara: no se oía sonido alguno, salvo la pesada respiración de Peter y el movimiento de sus pies mientras trataba de conservar el equilibrio y mantener sujeta a Marianne contra la cama; ninguna otra sensación más allá de la tensión que percibían en el cuerpo de Marianne, que tenían sujeto con las manos.

El ataque contra Peter era el de una furia que golpeaba con agudos granizos sobre un techo de lámina, llenando su conciencia toda con un incesante ruido de temores que paralizaban su voluntad y su mente. Si sólo pudiera respirar con más facilidad, pensó. O si solamente pudiera tener penetración en ese desprecio.

Vagamente vio que las velas chisporroteaban sobre la mesa de noche e iluminaban en la cruz la figura del Crucificado.

"Recuerda su orgullo, muchacho, ese es su talón de Aquiles Su orgullo. Agárralo por su orgullo".

Con la voz de Conor en su memoria, Peter lanzó sin tino:

—Has sido vencido, Sonriente, vencido por alguien que no temió rebajarse, que no temió a la muerte. ¡Márchate, Sonriente! ¡Márchate! Has sido vencido por una férrea voluntad. ¡Embustero! ¡Jesús es tu amo...!

El resto de los presentes lo escuchó graznar las palabras mientras sostenía a Marianne contra la cama. Se desencadenó una babel; todos sintieron el efecto. La cómoda empezó a mecerse ruidosamente y las agarraderas golpeaban con ruido discordante. La puerta de la habitación se abría y se cerraba golpeando, se cerraba y se abría y golpeaba. La camisa de dormir de Marianne se rasgó hasta la mitad, dejando descubiertos sus pechos y su estómago. Sus pantalones se desgarraron en las costuras, su voz se elevó más y más alta, en una serie de gritos profundos, entrecortados. Aparecieron en su torso verdugones, así como en sus ingles y en las piernas y en el rostro, como si un látigo invisible la golpeara sin piedad. Ella luchaba, pateaba, se agitaba y escupía. Luego le vino la incontinencia, y empezó a orinar y a dejar salir el excremento por toda la cama, llenando las narices de los presentes con un olor acre.

—Él te venció. Él te venció. Él te venció... —Peter seguía murmurando. Pero el dolor de su voluntad que luchaba contra esa otra voluntad comenzó a adormecerlo; su garganta estaba seca. Sus ojos, enrojecidos. Sus tímpanos, a punto de estallar. Sintió que lo poseía una suciedad de la que era imposible llegar a limpiarse alguna vez. Se dormía, dormía, dormía.

"¡Jesús! ¡María!... ¡Conor!", suspiró al sentir que sus rodillas cedían, "todo está perdido. No puedo más, Jesús mío..."

A más de 11 000 kilómetros de distancia a través del océano y el continente, en Roma, el doctor hizo un gesto de asentimiento a la enfermera cuando salió de la habitación del padre Conor. Informó al superior que no tenía ningún sentido llamar una ambulancia, el daño era demasiado grande en esta ocasión. Era cuestión de horas, probablemente.

Se trataba del tercer infarto sufrido por el padre Conor. Se había sentido bien toda aquella noche. Luego, en las primeras horas de la madrugada, llamó a su superior por el teléfono interno desde su celda. "Padre, me temo que lo voy a molestar de nuevo". Cuando llegaron a donde él estaba, lo encontraron caído sobre la mesa, la mano derecha agarrando un crucifijo.

—Padre, todo está bien. Soy yo, ya pasó todo —el joven colega de Peter le ayudó a ponerse de pie. Peter había caído

de rodillas e inclinándose hasta tocar el suelo con la frente. Muy cerca de la cama, Peter vio al doctor que escuchaba los latidos del corazón de Marianne con un estetoscopio. El padre le acariciaba la mano y le hablaba entre lágrimas: "Ya estás bien, niñita mía, todo ha pasado. Ya estás salvada. ¡Salvada, hijita! Ahora todo está bien".

El gerente del banco se había marchado para hablar con la madre y el hermano de Marianne. Marianne, tranquila, respiraba con regularidad. La cama era un desastre. El ex policía abrió la ventana y los ruidos del tráfico penetraron en la habitación. Eran más o menos las 10:15 de la noche.

—Tengo que llamar a Conor temprano —dijo Peter a sus colegas, y luego—; ¿me pregunto qué otra cosa habrá sucedido ahora? —y mirando por encima de Marianne, concluyó—. La visita de Zio no puede ser lo único.

El padre James lo miró con ojos atontados, incapaz de captar el hilo de sus pensamientos. Le pareció que jamás comprendería a los exorcistas.

¿Es acaso quizá porque el amor es uno solo en todo el mundo y el odio es uno solo en todo el mundo? —continuó Peter. No dirigía estas preguntas tan vagas a nadie en particular.

El joven sacerdote volvió el rostro cuando vio el dolor que se reflejaba en la cara de Peter; era más de lo que podía soportar en este preciso momento: —Le voy a traer un poco de café, padre —dijo bruscamente, sintiendo que las lágrimas quemantes pugnaban por salir de sus ojos.

Pero Peter miraba por la ventana el cielo nocturno. Su mente estaba muy lejos, sus sentidos casi dormidos por la fatiga.

Allá, bajo la ventana de Marianne, las multitudes regresaban del Yankee Stadium. En ese momento, Zio, de pie en una oscura galería del Pabellón Vaticano de la Feria Mundial de Nueva York, contemplaba La Piedad, de Miguel Ángel: "Cristo muerto en los brazos de su madre". Las cámaras de televisión llevaron su voz a millones de personas esa noche: "Nos os bendecimos a todos e invocamos sobre vosotros una abundancia de celestiales bendiciones y gracia".

El padre Huesos y mister Natch

La boda se iba a celebrar a las 8 de la mañana, en la playa de Massepiq, a la vueltecita de Deutchman's Point, en Nueva Inglaterra. Eran ya las siete y media de una brillante y asoleada mañana de marzo, cuando llegaron los primeros invitados. Una brisa que soplaba hacia tierra, como la respiración del Sol que salía en el Este, se dejó sentir entre las masas de blancas nubes que cruzaban el cielo matinal y jugó con las ondas del agua. La marea, que estaba casi plena y a punto de empezar a retirarse, era como un gigante que exhalaba e inhalaba. Enviaba ola tras ola en un flujo ininterrumpido hacia la larga playa. Cada una de ellas rompía ahí con un agudo golpe sobre la arena, se extendía formando un tapete de agua espumante con un suspiro juguetón, y luego era sorbida hacia atrás, y también era arrastrada por entre la arena y las minúsculas piedras.

Esta música de las aguas y el delgado silbido del viento era un ritmo quieto pero poderoso que se retiraba y fluía, sin que ningún otro sonido lo interrumpiera. A medida que iban llegando, los invitados caían bajo la magia de todo aquello. Era la voz de un mundo primordial que siempre había existido, que siempre se había movido y que ahora parecía dirigirse a ellos, a esos intrusos, para decirles: "Este es mi mundo al que habéis entrado, pero, puesto que esta es la mañana del hombre y la mujer, hijos míos, me detendré un instante. Se trata de un nuevo comienzo".

Y de hecho, era exactamente el tipo de mañana que el padre Jonathan había esperado tener. Todo era perfectamente natural. No había más perfume que el aire ligeramente frío, fresco salinoso, con una luz vivificante. El único santuario era la playa con sus dunas al fondo y el mar en el frente; su techo, la amplia cúpula del cielo. El único altar estaba formado por el novio y la novia que descalzos estaban frente al lugar donde las aguas se extendían y constantemente renovaban una alfombra de espuma que remolineaba a sus pies. No había más música que el sonido del mar y de la brisa. El único misterio era este comienzo emprendido por dos seres humanos frente a un futuro imprevisible.

El padre Jonathan fue el último en llegar. Puntualmente a las ocho inició la ceremonia. Descalzo al igual que los novios, vestido con una camisa blanca sin mangas, sobre unos pantalones de mezclilla y con una estola dorada que le colgaba alrededor del cuello; se irguió en la orilla de la marea, teniendo el mar a la derecha y la tierra a la izquierda. De pie ante él, estaban Hilda y Jerome, el joven y la chica que se iban a casar, ambos de poco más de 20 años. Ella vestía un traje blanco que le llegaba a los tobillos, sujeto alrededor de la cintura por una banda hecha de hierbas, el cabello partido en el centro, cayendo sobre sus hombros. Él vestía una camisa blanca sobre unos cortos pantalones azules. Sus rostros estaban serenos y tranquilos, libres de toda inquietud.

Hilda y Jerome tenían los ojos fijos en los de Jonathan a medida que él empezó a hablar en una voz alta y alegre que, como una campana, llevaba a los oídos de las cuarenta y tantas personas que de pie unos metros atrás, en la orilla de las dunas, presenciaban la ceremonia. "Aquí, sobre la arena, a la orilla del mar, aquí, donde todas las grandes cosas humanas han empezado siempre, estamos para presenciar otro gran comienzo. Hilda y Jerome están a punto de prometerse el uno al otro, en el más grande de todos los comienzos humanos".

Un agradable sentimiento de expectación corrió por el auditorio. Atlético, bronceado, grácil, consciente de sus movimientos, más alto que cualquiera de los dos jóvenes de pie ante él, con el dorado cabello que le tocaba los hombros, Jonathan estaba en total dominio de la situación, en un grado casi dramático.

Sus ojos tenían ese peculiar brillo azul que no nos parece natural hasta que lo vemos. Un fuego azul parecía arder en ellos, irradiando un brillo hipnótico. Carecían de ese cálido sentimiento de los ojos castaños. Pero una pátina bruñida impedía que se leyera nada en ellos, y en esto radicaba su misterio.

Sólo una cosa maculaba la presencia de Jonathan. Al hacer un grandioso ademán y elevar la mano para una bendición inicial, algunos de los presentes se percataron de ello: el dedo índice de su mano derecha estaba torcido, no podía enderezarlo. Pero era algo insignificante que se perdía en la mañana de oro y azul, en el brillo de los ojos de Jonathan y en el rítmico movimiento del mar.

Al elevarse la voz de Jonathan y mientras que la naturaleza mantenía su ritmo infinito en perfecta armonía, solamente una persona resultaba discordante. Se trataba de un hombre que estaba parado atrás, a un lado de los invitados, y que miraba fijamente a través de unos lentes polaroid al joven y a la chica que se casaban. Era flaco, vestía suéter y unos pantalones sueltos, y tenía las manos metidas en los bolsillos de los pantalones; era el único que llevaba sombrero, un sombrero negro.

—Vaya un tipo curioso. *¿Quién* puede ser? —Le había murmurado el padre de Jerome a la esposa. Pero los padres se olvidaron de él momentáneamente, y nadie más parecía haberse fijado en una persona hasta que el sermón del padre Jonathan alcanzó su clímax, antes de proceder a la real promesa de fidelidad.

"...ambos están entrando en este misterio. Y ambos son espejo de la plenitud de la naturaleza —su vientre, su fertilidad, su leche nutricia, su semilla poderosa, su éxtasis supremo, su sueño abrigador, su misterio de unidad y el enorme misterio de la inmortalidad que ello sólo confiere —si somos uno con la naturaleza y participantes en este sacramento de la vida y de la muerte. Como lo fue Jesús, el hombre perfecto y nuestro modelo".

El hombre de negro se había agitado, inquieto, inclinándose hacia adelante para captar todos los detalles sin dejar de mirar fijamente a los novios.

El padre Jonathan arrojó una quemante mirada sobre los invitados que estaban a su izquierda. "Muchos han tratado de robarle a él, nuestro ejemplo supremo, su valor humano para

nosotros". Su voz temblaba, llena de profunda emoción. "Para rematar su gloriosa vida con un final deslucido y vulgar. ¿Qué son todos esos horribles embustes de su supuesta resurrección sino un engaño? Si murió, murió. Completamente. Realmente. ¿Qué clase de sacrificio importante, qué clase de amor por nosotros podía haber si murió para volver a vivir? Entonces, robar el sacrificio de su verdadero valor, de su verdadera gloria y robarlo a él y a nosotros de la verdadera nobleza humana... ¿No es una broma cruel ese final feliz que han agregado a su muerte heroica? ¿Él, el héroe supremo? Han convertido la historia más grande que jamás se ha escuchado en un cuento de hadas.

"Ustedes Jerome e Hilda", y luego volviendo a mirarlos con orgullo "ustedes amarán su misterio de unidad humana; y, con el tiempo, igual que él, se enfrentarán a la muerte como él lo hizo, humano noble, y volverán a la naturaleza, para ser cimentados en su eterna unidad, a donde Jesús fue con la cabeza inclinada, pero triunfante". Ya para ahora el hombre del sombrero negro se había puesto adelante del pequeño grupo de invitados.

Jonathan inició ahora la ceremonia del matrimonio propiamente dicho: "Véanlo ustedes mismos, Hilda y Jerome: toda la naturaleza va a detenerse por un instante para presenciar vuestros votos". Un gesto abarcó toda la escena, el dedo índice curiosamente torcido cortaba el aire de una manera extraña. "Todas las cosas, el viento, el Sol, el mar, la Tierra, todo se detendrá en su movimiento..." Jonathan se interrumpió. Parecía tener dificultad para respirar. Tragó. Su rostro se enrojeció con el esfuerzo que hizo para continuar. Luego se las arregló para reanudar la ceremonia dictando palabra por palabra a Hilda lo que tenía que decir.

"Con todo mi corazón yo te tomo..."

"Con todo mi corazón yo te tomo", repitió Hilda en tonos confiados y claros.

"Como mi esposo amante..."

"Como mi esposo amante..."

"Dentro del misterio de la naturaleza..."

"Dentro del misterio de la naturaleza..."

"Para tenernos y sostenernos..."

"Para tenernos y sostenernos..."

"En la vida y en la muerte..."

"En la vida y en la muerte..."
"Como el vientre y la alegría de Dios..."
"Como el vientre y la alegría de Dios..."
"Por la gloria de nuestra humanidad..."
"Por la gloria de nuestra humanidad..."
"Como Jesús antes de nosotros..."
"Como Jesús antes de nosotros..."
"Mundo de los vivos y de los muertos..."
"Mundo de los vivos y de los muertos..."
"Amén"
"Amén".

Hilda colocó el anillo en el dedo de Jerome. Los invitados se agitaron. Se había producido una tensión inexplicable y no podían separar sus ojos de Jonathan. Después, alguien comentó que fue como si algo que lo desfiguraba hubiera empezado a percibirse a través de él.

El hombre del sombrero negro, ahora enfrente de las dunas y apartado de la multitud, seguía vigilando intensamente.

Jerome miró a Jonathan y esperó las palabras de sus votos para Hilda. Hilda tenía los ojos puestos en Jerome. Ciertamente toda la naturaleza parecía haberse detenido para ella. Por primera vez se sintió a una con la vida, con el mundo, con su propio cuerpo.

Jonathan parecía volverse a luchar contra algún impedimento. Su cuerpo estaba tirante. Su pecho se hinchaba. Por fin logró llenar los pulmones y empezó a dictar a Jerome las palabras que debía decir.

"Con este anillo..."
"Con este anillo..." repitió Jerome.
"Yo te tomo..."
"Yo te tomo..."
"Como mi amadísima esposa..."
"Como mi amadísima esposa..."
"Así como tú me has dado..."
"Así como tú me has dado..."
"La maravilla del misterio..."
"La maravilla del misterio..."

Jerome esperó la siguiente línea, pero Jonathan se puso purpúreo con el repentino esfuerzo. Sus ojos azules saltaban ahora mostrando el blanco, grandes, llenos de terror. Sus manos, que habían estado cruzadas solemnemente sobre su pecho, ahora se

tensaban a sus costados, abriéndose y cerrándose convulsivamente. Abrió la boca y carraspeó: "De ser uno con la naturaleza..."

"De ser uno con la naturaleza..." repitió Jerome.

"Y... y... y..." tartamudeó Jonathan.

La cabeza de Hilda se había vuelto hacia él, alarmada. La voz de Jonathan se elevaba con cada sílaba como si estuviera al punto de la histeria. Parecía que todo otro ruido había muerto, que todo estaba pendiente de las palabras de Jonathan.

"Y de seeer uno con Je-ess-Jessús" la voz de Jonathan se quebró en un crescendo chillante que cortó el aire. "¡JESÚS!" El nombre sonó como una maldición en todos los oídos. Su rostro se torció en una máscara de horror y de fealdad que dejó helada de terror a Hilda. Como un rayo, Jonathan se echó encima de Hilda, los brazos extendidos, cogiéndola por debajo de los brazos. Ahora, en un impulso rapidísimo, la había levantado y la llevaba dentro del agua, gruñendo y murmurando locamente para sí mismo. Le empujó la cabeza hacia abajo, manteniendo su rostro bajo la superficie y montado sobre su cuerpo mientras ella pataleaba y luchaba por liberarse. La increíble rapidez del acto de Jonathan y su loca incongruencia dejó a todos paralizados. Durante una fracción de segundo nadie logró comprender lo que sucedía. Luego, una mujer gritó con el inconfundible tono agudo que indica peligro de muerte.

En cuestión de segundos, media docena de hombres corrieron y arrancaron las manos de Jonathan del cuerpo de ella, lo golpearon en el cuello, lo levantaron de encima de ella, lo arrojaron a todo lo largo de la playa. Ahí permaneció revolviéndose y pataleando por un instante, para luego quedar inmóvil.

Jerome y el padre de Hilda levantaron a la joven sacándola del agua; se ahogaba, tratando de coger aire, y sollozaba; su largo vestido escurría chorros de arena y agua. La recostaron en el terreno alto entre las dunas, la cabeza recargada en el regazo de su madre. Poco a poco recuperó el aliento, pero lloraba sin poderse controlar. Jerome, de rodillas a su lado, aturdido, la boca abierta, el rostro blanco, era incapaz de decir una palabra.

Allá en la playa, Jonathan yacía echado sobre la arena. Se agitó y gruñó, volviéndose de costado. Luego, enderezándose sobre un codo, lenta y penosamente se puso de pie y se quedó vacilante. Espalda y costado estaban llenos de arena. El agua

aún escurría de sus largos cabellos y sus vestidos. Los ojos estaban inyectados. Tenía la cabeza baja. Parpadeaba ante la luz del sol y ante las fijas miradas de los invitados que lo rodeaban. Estaba acorralado.

Al principio nadie dijo nada. Luego, se escuchó una voz aguda metálica.

—Si usted me permite señor —dirigiéndose al padre de Hilda—, ahora yo me hago cargo del asunto —la autoridad y confianza que había en aquella voz atrajeron todas las miradas hacia la persona que hablaba. Se trataba del individuo aquel, tan extraño, que ahora se había quitado el sombrero negro, revelando un rostro delgado, no muy juvenil, lleno de arrugas, bajo una cabeza de buena forma, cubierta de cabellos grises que agitaba el viento. Se quitó las gafas de sol y, cojeando ligeramente, se acercó a Jonathan a quien miraba fijamente. Luego, con tono tranquilo le dijo:

—Usted y yo tenemos una importante cita, padre Jonathan —hizo una pausa; luego, con un nuevo tono de voz— y mientras más pronto mejor —el sombrero negro estaba otra vez en su cabeza. Extendió la mano hacia Jonathan.

Nadie hablaba. Nadie objetó nada. Quizá todos se sentían aliviados de que alguien se hiciera cargo.

Volvió a hablar el hombre:

—El sol estará muy alto en un par de horas. Tenemos que hacer un trabajo que no admite demora. ¡Vamos!

Jonathan parpadeó un instante. Luego, tembloroso, puso su mano con el dedo torcido en la palma abierta de la mano de quien se la tendía. Luego volvieron la espalda al mar. Y de la mano, Jonathan tropezando y vacilante, el otro hombre con su cojera, caminaron, caminaron hacia las dunas y cruzaron el sendero de grava donde estaban los coches de los invitados, para detenerse ante una camioneta.

Permanecieron ahí por un instante. Los invitados podían ver al hombre que hablaba a Jonathan. Jonathan, medio inclinado y recargado en la puerta de la camioneta, escuchaba, la cabeza inclinada. Asintió violentamente. Luego abordaron el vehículo.

Cuando el automóvil se hubo alejado y el ruido que hacía se apagó, alguien habló por primera vez:

—¿Quién era ese?

El padre de Hilda, con los ojos empañados de lágrimas, miraba la camioneta que desaparecía por el camino:

—Es el padre David M. —murmuró—. El padre David M. Ahora todo quedará como debe ser —agitó la cabeza, como si librara su mente de una idea desagradable—. Después de todo, tenía razón.

EL PADRE DAVID

Cuando se llevó a Jonathan, quien se alejó a tropezones de la frustrada boda playera, en 1970, el padre David M. (Huesos, como solían llamarlo sus estudiantes) era un sacerdote de 48 años, miembro de una diócesis de la costa oriental, profesor de antropología en un seminario mayor y exorcista oficial de su diócesis. Ya había realizado cuatro exorcismos y había asistido como ayudante a otros cinco. El primero lo realizó en París, donde había fungido como ayudante de un anciano sacerdote; los restantes habían ocurrido en su diócesis.

Cuando David M. inició su vida profesional como antropólogo, en 1956, no podía soñar que al cabo de diez años sus conocimientos de antropología y su entusiasmo por la prehistoria serían las principales razones de su función como exorcista y posteriormente de su participación en el increíble caso del padre Jonathan. Ni tampoco podía haber soñado, incluso en marzo de 1970, al iniciar el exorcismo, que lo llevaría, primero, a la mayor crisis personal de toda su existencia y, por último, a abandonar el estudio de la antropología como profesión.

Cuando David nació en Coos, el condado más septentrional de New Hampshire, en 1922, dicho estado, con una población de cerca de medio millón de personas, era todavía una comunidad rural y rústica, muy alejada de los cosmopolitas centros al Sur, en Boston y Nueva York. El condado de Coos, en particular, aún estaba saturado de las tradiciones yanquis de trabajo duro, ahorro, sobriedad; y prestaba atención a lo que se decía acerca de los males del alcohol, la sabiduría de comprar al contado y la confianza propia, la responsabilidad personal y —como un cimiento de roca para una vida recta— la guía infalible, suficiente e iluminadora de la Biblia. Todavía hoy, cuando las fajas central y sur del estado se han visto atacadas por la malicia del cambio, el país mismo sigue llevando en su mente esa atmósfera de un reino antiguo e incólume. En montañas, lagos,

barrancos y bosques hay un reposo tan abrumador como el peso desnudo de los Himalayas y el rostro volcánico del Sinaí.

David M. fue el hijo único de un acomodado matrimonio de padres católicos. Pasó sus primeros años en la granja de su padre, realizando visitas ocasionales al pueblo más cercano y, de vez en cuando, iba hasta Portsmouth con sus padres, para unas breves vacaciones.

Las imágenes más persistentes que David tiene del mundo de su juventud y de su infancia son los lagos, las montañas, los bosques, los farallones, las formaciones rocosas, los valles sombreados por árboles y grietas y las largas extensiones de tierra que rodeaban su hogar. Sus oídos aún conservaban las armonías que prevalecían en los nombres de aquel lugar: Ammonoosuc River, Saco River, la cadena de Franconia, el valle Merrymack y la persistente magia del lago Winnipesaukee, cuyos 33 kilómetros de extensión estaban cubiertos de follaje y de cuyas 274 islas llegó a aprenderse los nombres de memoria.

El catolicismo de sus padres era de tipo conservador y parte muy íntima de la diaria existencia. Ambos habían ido a la universidad; su padre había estudiado en Cambridge, Inglaterra. Ambos habían viajado por Europa, y su hogar giraba alrededor de la biblioteca y de su amplia chimenea, frente a la cual se reunían después de las comidas; allí solía pasar David varias horas curioseando los libros de sus padres.

Muchos de los parientes de David vivían en los alrededores. Sus compañeros de juego solían ser generalmente sus primos. Sus memorias más tempranas de despertar intelectual van hasta la influencia de un tío quien, habiendo enseñado historia en Boston por 37 años, decidió retirarse por último, para vivir en la granja con su hermano y su cuñada, que eran los padres de David.

El Viejo Edward, como lo llamaban, era para David la personificación de la estabilidad y permanencia de su hogar; e influyó profundamente en el desarrollo de la inteligencia del muchacho. Edward pasaba la mayor parte de sus días leyendo. Salía de la casa infaliblemente dos veces al día; una por la mañana, para caminar alrededor de la granja... lloviera, tronara o relampagueara; la segunda, después de la cena; y en esa ocasión caminaba arriba y abajo a la sombra de un pequeño bosquecillo que se alzaba en el extremo oriental de la granja, fumando su pipa y hablando consigo mismo.

David recuerda haber ido con el Viejo Edward una y otra vez para contemplar el gran rostro de piedra. "El Viejo Hombre de la Montaña" muy alto, allá en su altura, sobre el Paso de Franconia. "Nadie sabe cómo llegó, hijo mío", solía comentar Edward; "simplemente ocurrió. Un hombre que ha brotado de la naturaleza virgen". Para la inteligencia de David se convirtió en un símbolo, en una premonición de cómo llegaría más tarde a pensar de los orígenes del hombre.

Cada vez que David y su tío Edward visitaban el Gran Rostro de Piedra, se repetía siempre el mismo ritual. Una vez a la vista del "Viejo" se sentaban y comían su almuerzo junto al fuego. Luego, Edward encendía su pipa y, con la vista fija en el cacarizo perfil, empezaba la misma conversación.

—¡Veamos, muchacho! ¿Quién crees tú que lo hizo?

—Pues parece que brotó solo de la tierra y las rocas, señor —solía ser la respuesta de David.

Ocasionalmente Edward llevaba consigo alguna obra de su autor favorito, Nathaniel Hawthorne. Después de leer a David un episodio, procedía a comentarlo con su sobrino. *La carta escarlata* era el texto más favorecido.

—¿Por qué murió Arthur en el cadalso, hijo, y con la sonrisa en los labios? —preguntaba.

Al cabo de un tiempo, David sabía ya cuál era la respuesta que se esperaba:

—Pues, señor, él sabía que tenía que pagar sus pecados.

Y luego:

—¿Y por qué pecó, hijo?

—Debido al pecado original de Adán, señor —era la respuesta de David.

En una ocasión David se aventuró a plantear él mismo una pregunta:

—¿Por qué puso Hester la carta escarlata de nuevo en el bolsillo de su vestido, si se trataba de una carta mala, señor?

La respuesta le llegó con auténtico gusto:

—Porque quería comportarse de manera romántica. Así es como ellos lo llamaban —fue la primera noticia que David tuvo del romanticismo, cuestión que tomó una forma muy tangible y dolorosa para él posteriormente. El mal espíritu que exorcizó en Jonathan se había apoderado del sacerdote bajo el disfraz del romanticismo puro.

Cuando tenía 14 años, asistió a la escuela preparatoria en Nueva Inglaterra; vacacionaba en la granja familiar, en el condado de Coos. Su tío seguía viviendo ahí, y juntos hicieron diversos viajes a Nueva York, Filadelfia, Chicago y Montreal.

Sin embargo, fue un viaje a Salem, en Massachusetts, realizado a petición suya, el que adquirió más importancia en la mente de David. Tenía entonces 16 años; su tío quería que visitara la casa de John Turner, quien había sido inmortalizado por Hawthorne en *La casa de los siete tejados*. Pero David había estado hojeando un ejemplar de *La historia eclesiástica de la Nueva Inglaterra*, de Cotton Mather, que encontrara entre los libros de la biblioteca de su padre, y tenía muchísimo más interés en gente como Elizabeth Knapp, Anne Hibbins, Ann Cole y otras "brujas" y "hechiceros" de la Salem del siglo XVII. Así que, una vez visitado el museo Peabody y la casa de Turner, pasaron una hora y media en la "casa de las brujas" donde el juez Colwin había juzgado a los diecinueve hombres y mujeres condenados y ejecutados por brujería en 1692.

David se percató posteriormente de que su estancia en la casa y sus alrededores había tenido una significación especial. En el curso de su recorrido dentro y fuera de la casa, su tío le hizo un relato de los juicios celebrados en 1692.

Pero todo ese tiempo, David tuvo la notable, aunque no incómoda sensación —o quizá fuera un instinto— de que "ojos invisibles", como entonces lo dijo a su tío, o "espíritus", como lo expresa ahora, estaban presentes y en comunicación con él, de una manera extraña. Parecían estar pidiendo algo, era como si una parte de su mente escuchara y registrara los comentarios de su tío y todo lo que veían, mientras que otra parte estaba ocupada con otras "palabras" y "visiones" intangibles.

Por notable que fuera la experiencia en aquella ocasión, en modo alguno lo obsesionó en los años que siguieron. A decir verdad, jamás recordó vívidamente esta experiencia de Salem, sino hasta 32 años después, a raíz de la muerte del Viejo Edward, y de nuevo durante el exorcismo del padre Jonathan.

Nadie en el círculo de su familia y amigos hubo de sorprenderse cuando decidió entrar al seminario, en 1940. A su padre le hubiese gustado más que entrara al ejército; su madre había abrigado la secreta esperanza de que le daría nietos. Pero David estaba decidido.

Después de siete años, a raíz de su ordenación en 1947, cuando tenía 25, el obispo le preguntó si estaría dispuesto a estudiar algunos años más. La diócesis necesitaba un profesor de antropología y de historia antigua; si él estuviera de acuerdo, primero recibiría su doctorado en teología: las autoridades católicas romanas se mostraban renuentes a permitir que los jóvenes recién ordenados quedaran sueltos en los campos de la ciencia, sin contar con bases muy sólidas en doctrina. Quizá no fuera fácil ni agradable, porque Roma no tenía muy buen concepto de los cursos de teología norteamericanos. El programa completo requeriría siete años más de dedicación.

A pesar de las posibles dificultades, David consintió. El siguiente otoño empezó sus cursos de teología en Roma. Después, en el otoño de 1950, se marchó a la Sorbona, en París.

Como muchos otros de aquella época, había oído hablar ampliamente de un jesuita francés llamado Pierre Teilhard de Chardin, pero jamás había trabado conocimiento con sus ideas. En París cayó bajo la influencia directa de las ideas generadas por Teilhard. Para los intelectuales católicos de postguerra, Teilhard era algo así como un fenómeno; y a partir de la parte media de la década de 1950 en adelante, pasó a gozar de la reputación de un Tomás de Aquino del siglo xx, y evocaba ese tipo de devoción que solamente han inspirado San Buenaventura y Ramón Llull en centurias anteriores.

Francés de lo más francés, intelectual, ascético, héroe de la primera Guerra Mundial, talentoso estudiante, maestro innovador, místico, descubridor del Hombre de Pekín (sinántropo), uno de los primeros excavadores en Sinkiang, en el desierto del Gobi, Birmania, Java, Cachemira y África del Sur, Teilhard se propuso hacer intelectualmente posibles para los cristianos el aceptar las teorías darwinianas de la evolución, sin por ello perder su fe religiosa.

Toda materia, decía Chardin, está y ha estado siempre trasfundida de "conciencia", por primitiva que sea. En el trascurso de los billones de años y a través de todas las formas de sustancias químicas, plantas animales y, finalmente, la vida humana, esta "conciencia" ha florecido siempre. Y sigue floreciendo; y ahora, en su etapa final de desarrollo, está a punto de estallar en su culminación final: el Punto Omega, en el que todos los humanos y toda la materia se verán elevados a una unidad

sólo soñada por los visionarios y los santos del pasado. El punto clave del Punto Omega será Jesús, según afirmaba Teilhard. Y así todo se verá reunido dentro de todo, y todo será uno en el amor y esencia permanente de la salvación realizada.

Para 1950, cuando David llegó a París, Teilhard y sus doctrinas habían resultado demasiado para las autoridades de Roma, dotadas de tan larga memoria. Los ojos críticos de Teilhard, su gran facilidad de palabra, su lógica gala, su constante habilidad para responder las cuestiones más inquisitivas con un flujo de detalles profesionales y técnicos, su renuencia a vender su intelectualidad y su mismo y audaz intento de sintetizar la ciencia moderna con una fe antigua: todo esto atemorizaba las mentes eclesiásticas. No era sólo la aquilina nariz de Teilhard lo que hacía pensar a estas autoridades en su predecesor del siglo XVIII, Cartesio, cuyas ideas todavía se consideran como anatema. Era también, y muy principalmente, el intento de Teilhard de racionalizar los misterios de la fe católica, de "cientificar" lo divino y hacer de las verdades de la revelación algo totalmente explicable en términos de tubos de ensayo y restos fósiles.

Teilhard: dedicado a las "ideas claras y distintas" de Cartesio, el padre de todo razonamiento científico moderno; iluminado interiormente por los ideales personales de Ignacio, padre no sólo de todos los jesuitas, sino de todos los solitarios y los valientes; atraído por la mística oscuridad de la sabiduría cantada por su autor favorito, san Juan de la Cruz, cuyos dolores compartía, pero cuyos éxtasis siempre eludía; pulido y refinado en su intelecto por la mejor preparación científica de sus días, Teilhard era la respuesta hecha a la medida para los intelectuales católicos de este siglo, que estaban en quiebra, y para los miles de protestantes cogidos en la trampa por las crueles garras de esa razón inmisericorde que habían celebrado como la gloria del hombre durante los cuatro siglos anteriores. Teilhard era su guía y su héroe mártir. Para los agotados y perseguidos franceses y belgas, produjo brillantes consignas con que cantar un nuevo motivo de orgullo. Atizó las brasas de las frías cenizas que lentamente ardían en el cerebro de holandeses y alemanes, hambrientos de innovación. Nutrió el sentimentalismo siempre latente de los eclesiásticos anglicanos, quienes para entonces ya se habían liberado de las cadenas de la tradición.

Su nueva terminología (fue el autor de muchos neologismos corrientes), la audacia de sus conceptos, su preparación cienti-

fica, su reputación internacional, su negativa a rebelarse cuando se vio obligado a callar, sus prolongadas vigilias y lo oscuro de su muerte y, finalmente, la maravilla de su fama póstuma y la publicación también póstuma de sus obras, todo esto confirió a su nombre y a sus ideas la eficacia de que alguna vez gozaran una Juana de Arco, un Francisco Javier y una Simone Weil. Aunque Roma nunca llegaría a canonizarlo, él fue canonizado por una nueva "voz del pueblo". Fue una maravillosa fuente de palabras esotéricas y de pensamientos intrincados para los teólogos populares norteamericanos.

Muy pocos se percataron de que la visión de Teilhard había cesado mucho antes de su muerte. Había proporcionado a los cristianos la única pauta de alivio entre el largo otoño del siglo XIX y el invierno que todo lo cubría en las primeras décadas del siglo XX. Teilhard no fue ni un alimento fuerte para satisfacer la verdadera hambre, ni el maná celestial de un nuevo Pentecostés. Fue simplemente una copa de vino embriagador.

Bajo Pío XII, la Iglesia Católica Romana de la postguerra segunda se veía constantemente purgada de "ideas peligrosas". Y Teilhard se concitó la enemistad de los censores. Fue silenciado y exiliado. Se le prohibió publicar y dar conferencias. Sin embargo, sus ideas corrieron a través de los ambientes intelectuales de Europa y América con la rapidez del mercurio. David, junto con muchos otros, bebió hasta saciarse de este vino de ideas y creyó que estaba en camino de una nueva aurora.

Desde luego, David sabía desde el principio que se le había destinado para dedicarse más tarde a la antropología. Por consiguiente, en Roma se concentró en aquellas cuestiones teológicas que tenían relación directa con la antropología. Especialmente estudió la creación divina del mundo material y del hombre, la doctrina de Adán y Eva y del pecado original. Encontró que las enseñanzas de la Iglesia eran explícitas. Dios había creado el mundo, si no exactamente en siete días, cuando menos directamente y sacado de la nada. Hubo un primer hombre, Adán, y una primera mujer, Eva. Ambos pecaron. Y debido a su pecado, el resto de los hombres y de las mujeres —porque todos los hombres y todas las mujeres que han existido descienden de Adán y Eva— se vieron privados de una virtud divina llamada gracia. Nacieron con la mácula del pecado original, y esta condición sólo puede ser cambiada por el sacramento del bautismo.

David se sentía inquieto porque las doctrinas así expuestas, aun incluyendo todos los refinamientos y modificaciones pertinentes, eran extremadamente difíciles de explicar a la luz de las teorías de la paleontología corrientes en esa época. Y mientras mayor era el impacto de la ciencia en la mente, mucho más tremenda la dificultad.

Cuando todo el peso de los estudios antropológicos y de culturas cruzadas llegaba a pesar sobre la cuestión de los orígenes de la humanidad, el ser humano parecía tener una ascendencia remota durante la cual no sólo su cuerpo se formó, sino que aquello que llamamos su mente y sus instintos superiores fueron conformados. Y, desde luego, una vez que se admiten estas creencias y supuestos de la teoría "científica" en calidad de "hechos" e incluso como de algo muy probable, la idea de que Dios ha creado la condición humana y envió a su hijo Jesús para salvarla de su terrible problema, este tema central en toda la cristiandad tenía que ser sacado a remate y vendido al mejor postor.

El genio de Teilhard radica en que su postura fue tan alta como la de cualquiera persona en ese campo que no fuera ni católica ni cristiana, a fin de construir un puente que cruzara ese abismo impasable e imposible. Y fue en vista de esta promesa que David, junto con toda una generación de hombres y mujeres, aceptó las teorías de Teilhard.

Pero había una error fatal, rápido y seguro. El Dios creador de los cristianos ya no se tomaba como algo divino. Se convertía en parte interna del mundo, de manera misteriosa y esencial. Jesús, como salvador, ya no era el héroe que conquista irrumpiendo en el universo humano y sosteniendo la historia sobre su cabeza. Quedaba reducido a un exponente superior de esa evolución del universo, un elemento tan natural de él como los aminoácidos. El impulso que, finalmente, habría de traer a Jesús ante la vista de todos los hombres, no era sino un accidente de la evolución, una especie de broma cósmica, que se inició más de cinco mil millones de años atrás en medio de una nube de gases de helio e hidrógeno y aminoácidos en el espacio proteico.

Dicho impulso no tenía más remedio que seguir empujando, hasta que dio vida a esa flor refinada, culminación de "la plena conciencia humana" de los "últimos días". Al igual que en el Gran Rostro de Piedra allá en Franconia, que David recordaba con tanta claridad por haberlo visitado con su tío, ahora resultaba

que Jesús emergía de la naturaleza, que era el Punto Omega. Sólo que esto sería la hora última de gloria, el Último Día.

Ni David ni muchos otros que hablaban de la "máxima aventura biológica de todos los tiempos" —refiriéndose a la historia de la humanidad— fueron advertidos del hecho de que, una vez que las antiguas creencias del cristianismo se interpretaran en esta forma, sólo era cuestión de tiempo para que otras cuestiones fundamentales también resultaran afectadas y sería necesario sacar conclusiones muy forzadas. Pero la euforia del presente con frecuencia oculta problemas posteriores. La libertad intelectual tiene sus propias cadenas, su propio tipo de miopía, un triunfo de la mera lógica siempre parece llevar consigo el descuido tanto de lo humano como de la esencia del espíritu.

Fue en este fermento intelectual que maduró la mente de David.

De aquellos días dedicados a los estudios del doctorado, David conservaba los recuerdos personales. Ambos se referían a hechos ocurridos en ocasión de la muerte de su tío Edward. David cursaba el segundo año en la Sorbona cuando el anciano, que por entonces andaba en los ochenta y tantos años, empezó a morir. David acababa de llegar a París de un viaje de estudio por el sur de Francia cuando recibió un telegrama de su padre: Al Viejo Edward no le quedaba mucho tiempo y constantemente preguntaba por David.

David tomó un avión esa misma norhe. Para la siguiente, ya estaba de nuevo en el condado de Coos, en la granja familiar. Edward se hundía lentamente, saliendo de un estado semicomatoso para volver a caer en él.

Hacia la medianoche del segundo día que pasaba David en la casa, estaba sentado en la habitación de Edward, leyendo. La familia se había retirado para pasar la noche. La única luz que había en la habitación venía de la lámpara con la que David leía y que estaba colocada sobre una mesa. Afuera todo estaba tranquilo. El viento nocturno suspiraba suavemente entre los árboles. Alguna que otra vez, se escuchaba un grito distante que encontraba eco en el campo que lo rodeaba.

En cierto momento, David levantó la cabeza y miró a su tío. Le pareció haber oído el sonido de una voz. Pero el anciano yacía quieto, respirando con dificultad. David se acercó, humedeció una toallita en un recipiente con agua y limpió el sudor

que corría por la frente del moribundo. Se disponía a volver a su silla, cuando escuchó de nuevo, o creyó escuchar una voz —o voces—, no estaba muy seguro. Miró a su tío: permanecía sin cambio alguno. Entonces levantó la cabeza y escuchó.

Si no le hubiera constado lo contrario, podría haber jurado que había cerca de media docena de personas hablando en voz baja en la habitación contigua. Pero sabía que, salvo sus padres y una criada, se hallaba solo en la casa con Edward.

Su tío se agitó inquieto y respiró agitado unas cuantas veces. Sus párpados aletearon por un instante. Los abrió lentamente. Su mirada recorrió el techo, hasta fijarse en el rincón más lejano de la habitación, y luego otra vez en David.

—¿Puedo hacer algo por usted, señor? —preguntó David. Jamás se había dirigido a Edward de otra manera. Edward movió negativamente la cabeza con su gesto tan típico y que David recordaba tan bien.

Casi inmediatamente, Edward entró en una breve agonía inhalando el aire larga y profundamente y exhalándolo con trabajo, alzando y encogiendo el pecho y quejándose. David oprimió el timbre para llamar a sus padres, se hincó al lado de la cabecera de la cama y empezó a orar en voz muy baja. Pero un movimiento del dedo del anciano lo detuvo. Edward trataba de decirle algo. David acercó su oído a la boca del moribundo y apenas si alcanzó a percibir algunas sílabas dichas en un suspiro:

—... oré por ellos... yo oré por ellos ... vienen para llevarme a casa... tú no... muchacho... casa... tú no... casa...

Las voces, pensó David, esas voces. Hombres y mujeres. ¿Cuándo habían estado él y Edward y esos otros? ¿Cuándo había orado Edward por esos otros y en cambio él no lo había hecho? ¿Por qué necesitaban oraciones? No podía sacarse de la cabeza la idea de que Edward había hablado acerca de su visita a Salem. No veía ninguna relación. Pero no podía librarse de aquella idea.

Edward exhaló un largo suspiro. Sus labios se movieron y se torcieron ligeramente. David escuchó un débil estertor en su garganta. Luego se encontró solo en esa quietud prolongada, mortecina, ininterrumpida, que se produce cuando alguien ha muerto. Los ojos de Ewdard se abrieron con esa vidriosa ceguera que tiene la mirada de un muerto.

Después del entierro del Viejo Edward, David permaneció en casa un par de días, luego se marchó a Nueva York. Tenía ahí que hacer uno o dos encargos, y tuvo oportunidad de conocer a Teilhard de Chardin. Llevó consigo un ejemplar de su obra *Le Milieu Divin,* con la esperanza de que se lo autografiara.

Su encuentro con el jesuita francés fue breve y conmovedor para David. Un amigo mutuo, que había arreglado la visita, le advirtió cuando se dirigían a conocer a Teilhard que el viejo no había estado muy bien últimamente.

—Hemos de procurar que la visita sea breve. ¿Estamos?

Teilhard era mucho más delgado de lo que David había esperado. Lo saludó con afabilidad pero secamente, en francés, conversó unos cuantos minutos acerca de la carrera de David como antropólogo, luego tomó el ejemplar de su libro que David tenía en las manos y se le quedó mirando, pensativo, y, como si se hiciera el ánimo en el instante mismo, sacó una pluma de su bolsillo y escribió algunas palabras en la página en blanco, cerró el libro y lo entregó de nuevo, mirando a David. Los labios de Teilhard estaban fuertemente cerrados en un gesto ya muy suyo, y su cabeza ligeramente inclinada a un lado y hacia adelante.

David observó el fuerte corte de su barbilla. Pero, más todavía, fue la expresión de sus ojos lo que quedó grabado en su memoria. David había esperado ver la mirada larga, profunda, del hombre que ha viajado mucho y pensado de manera tan audaz acerca de las cuestiones más profundas de la vida. Por el contrario, a través de la curva prolongada de la aquilina nariz, los ojos de Teilhard estaban completamente abiertos, no se veía en ellos ni la más mínima huella de memorias o reflexiones, ni el más mínimo resto de las propias tormentas que había padecido en su interior. No había el menor indicio de una inteligencia brillante. El viejo paleontólogo estaba total y absolutamente con David, presente ahí para él, evaluando la mirada misma de David con una expresión amable y una simplicidad tan directa que casi lo avergonzaron. Tras algunos segundos, Teilhard habló:

—Usted será sincero. Usted será sincero, padre. Busque el espíritu. Pero, aun cuando todo lo demás pasa, dé esperanza. Esperanza —sus miradas se encontraron un instante más. Luego se despidieron.

De regreso al centro de la ciudad, David comentó a su amigo, que iba manejando:

—¿Por qué es que en fin de cuentas o cómo es que en fin de cuentas todo resultó tan fácil para él? —el amigo no tuvo ninguna respuesta que darle.

Repentinamente David recordó: ¿Qué era lo que Teilhard había escrito en la página de su libro? Lo abrió. La dedicatoria de Teilhard decía así: "Han dicho que abrí la caja de Pandora con este libro, pero no han observado que la esperanza aún se oculta en uno de sus rincones".

Durante varias semanas después de este encuentro, David se sintió inquieto por la persistente idea de que la esperanza había resultado difícil de encontrar para el septuagenario jesuita. Pero después de su regreso a París para terminar sus estudios en la Sorbona, la agudeza del incidente se perdió temporalmente en los escondrijos de su memoria.

Para cuando David volvió a Estados Unidos en junio de 1955, Teilhard tenía más de dos meses de muerto.

Cuando volvió a Estados Unidos, pocos de los antiguos amigos y conocidos de David podían reconocer a ese nuevo hombre de aspecto intelectual en que se había convertido. Tenía entonces ya 34 años, su condición física era robusta; con sus 1.80 m de estatura, era esbelto y musculoso. Sus amigas observaron que encanecía prematuramente y que alrededor de su boca había ciertas líneas, apenas perceptibles pero definidas, de madurez; había desaparecido de su rostro aquella bulliciosa juventud que había sido su hábito cinco años atrás, cuando se dirigiera a Europa.

Otra mirada había remplazado a aquella de alegría; era una cierta "definitividad", como lo describiera un amigo. Los ojos de David estaban más llenos de significado. Hablaba con tanto agrado como antes, pero con menos espontaneidad y con un énfasis que daba más significado a lo que decía que nunca antes. Cuando hablaba de cuestiones profundas, quienes estaban a su alrededor sentían que lo que pensaba y decía provenía de un profundo acervo de experiencia y recursos reunidos cuidadosamente, ordenados en la debida armonía y conservados brillantes y listos para su uso. Tenía el aspecto de la persona "refinada". Y más de uno de sus colegas de mayor edad hubo de comentar: "Algún día será obispo".

Antes de iniciar sus clases en el seminario, David pasó un año más dedicado a estudios privados, a visitar museos, a viajar a diversas partes del mundo en las que los paleontólogos traba-

jaban en el campo. Este año fue para él de un valor inapreciable; tuvo tiempo para reflexionar en la condición de las investigaciones, para ponerse al día en sus lecturas, para conocer personalmente a los colegas que trabajan en el campo y para examinar personalmente las diversas excavaciones. Luego, a mediados de septiembre de 1956, llegó a su casa del condado Coos para unas vacaciones de dos semanas en la granja de sus padres. El siguiente mes de octubre empezó a dar sus primeros cursos en el seminario.

Los siguientes nueve años de su vida pasaron tranquilos, sin ningún acontecimiento extraordinario. Desde el principio fue muy popular y apreciado. Los estudiantes le adjudicaron el sobrenombre de "Padre Huesos" debido a los huesos de fósiles que solía guardar en cajas de cristal en su estudio.

En mayo de 1965, estaba de nuevo en París, pues asistía a una convención internacional. Durante las tres semanas de su estancia ahí, cierta noche un viejo amigo, párroco de una diócesis del norte de Francia, le pidió que ayudara como asistente sustituto en el exorcismo de un hombre de 50 años. David no sabía gran cosa de exorcismo. A decir verdad, y como resultado de sus estudios de antropología, se inclinaba a considerar el exorcismo como resto de pasadas supersticiones e ignorancia. Al igual que todos los antropólogos bien adoctrinados, era capaz de establecer un paralelo entre el exorcismo de la Iglesia Católica con veintenas de ritos semejantes practicados en África u Oceanía y en toda Asia.

—No, padre David —le respondió el párroco en tono amistoso cuando David le manifestó su opinión acerca del exorcismo y la posesión satánica como cosas que pertenecían al mundo inventado de los mitos y las fábulas—. No, padre. Le aseguro que no es así. Los mitos jamás son inventados; nacen a través de incontables generaciones. Encierran en sí un instinto, una profunda comunidad de sentimientos. Las fábulas se elaboran como recipientes, tallados por las personas con toda deliberación para mantener las lecciones que han aprendido. Pero esto —la posesión satánica, el exorcismo— ¡vamos! venga usted a ver por sí mismo. En todo caso, ayúdeme.

En este exorcismo David actuaba como sustituto de un joven sacerdote que se había enfermado en el curso del rito. El exorcismo ya llevaba 30 horas.

—Un par de horas más y hemos terminado —dijo el viejo párroco antes de empezar.

A decir verdad, para cuando David entró a participar en el caso, ya había pasado lo peor. Después de sólo dos horas y media, el párroco estaba ya a punto de completar el exorcismo y expulsar el mal espíritu. Pidió a David que le pasara el agua bendita y el crucifijo.

En ese punto, y sin advertencia alguna, el poseso se puso rígido. Empezó a gritar y a reír:

—Si los tomas de sus manos, sacerdote, no tendremos que irnos. Tiene demasiados enemigos. ¡No tenemos que irnos! No los ayudó cuando se lo pidieron. ¡No nos saldremos! ¡No necesitamos irnos! —Luego, una risa repugnante escandalosa los dejó a todos atontados. El poseso señalaba a David con el dedo—. ¡Ja, ja! Ardieron. Y no rezó por ellos... ¡padre de desesperanza! ¡Ja, ja, ja!

Los nervios de David quedaron destrozados. El párroco tomó con su propia mano crucifijo y agua bendita y concluyó con éxito el exorcismo. Después, tuvo una breve conversación con David. Calmó al joven, pero agregó:

—Usted tiene un problema. Yo no conozco su vida. Pero estoy seguro de que Dios lo resolverá para usted allá en su casa.

De regreso a su diósesis, David tuvo una conversación muy franca con su obispo, quien señaló y observó un cambio en David: ya no se mostraba tan confiado en sí mismo e incluso altivo, ya no era aquel intelectual casi siempre inaccesible. Ahora, David cuestionaba, buscando un sitio interno, tratando de resolver un problema que no podía expresar en palabras, pero que sentía que lo estaba enredando.

David habló y contó al obispo lo ocurrido en el exorcismo de París, así como su encuentro con Teilhard, años atrás.

—Pues bien, ¿tiene usted serias dudas acerca de su ortodoxia como antropólogo? —preguntó el obispo al cabo de un tiempo—. O quizá debería yo expresar mi pregunta de otra manera. ¿Cree usted que esa experiencia del exorcismo ha abierto en usted algo, quizá una deficiencia de su antropología o su intelectualismo sólo estaban endureciéndose y convirtiéndose en algo permanente?

—Honradamente, no lo sé —respondió David—. Está, por ejemplo, el caso de la muerte del Viejo Edward. ¿Por qué tomé tan en serio sus últimas palabras? Yo sé que significaban algo personal para mí. Pero no sé exactamente qué.

—Mire, David —le dijo el obispo, por último—, lo voy a poner en contacto con el padre G., el exorcista diocesano. Tiene

muy poco trabajo, gracias a Dios. Pero puede ayudarle a usted de una u otra forma... cuando menos en lo que al misterio de ese exorcismo se refiere.

El padre G. resultó ser un hombre simpático, lleno de pequeñas y agudas frases, de movimientos rápidos y bruscos.

—Bien, bien, padre David —fue su comentario al relato que le hizo David—. Usted tiene un problema indudablemente. Yo no tengo solución para los problemas, salvo la de actuar. No soy ningún intelectual. A decir verdad, fracasé en todos los exámenes que me dieron, pero en la diócesis necesitaban sacerdotes, así que me dejaron ordenarme. Y puedo decir una misa tan válida y de todas maneras bautizar nenes, aunque mi latín sea espantoso. Y soy un buen exorcista. La siguiente vez que tengamos algún caso de posesión, lo voy a incluir a usted en el cuadro. Solamente una participación concreta en este asunto le servirá de ayuda.

Fiel a su palabra, el padre G. llevó consigo a David como ayudante en los dos casos de posesión que surgieron el año siguiente. Ambos fueron relativamente tranquilos; en todo caso, en ninguno de ellos ocurrió nada que afectara en lo personal a David. Él, sin embargo, registró un cambio ininterrumpido dentro de sí mismo en el curso de los dos años siguientes. Su experiencia con el poseso de París y con los dos exorcismos presenciados en su patria lo convencieron de que, sea lo que sea lo que estuviera en juego en los casos de posesión y exorcismo, no se trataba ni de mitos ni de fábulas ni de enfermedades mentales. Además, tenía que seguir luchando para hallar sentido a su propia historia. Siguió ordenando los pocos hechos y tratando de hallarles algún sentido.

Estaba, primero que nada, la conversación de su tío Edward, ya moribundo, acerca de haber orado por "ellos" y de que se iban a su "casa", y el hecho de que David no había rezado por "ellos". Luego estaba el consejo de Teilhard de "dar esperanza" y las palabras escritas en la página del libro. Y, por último, estaban las hirientes palabras de aquel hombre, en París. A decir verdad, no podía comprender ninguna de tales cosas y al parecer no había mayor relación entre ellas. Sin embargo, David estaba convencido de que existía esa relación y sólo le faltaba descubrirla.

Durante algunas vacaciones pasadas en la granja, solía caminar al cementerio donde estaba enterrado Edward. Se sentaba

en la habitación del viejo. Hacía largas caminatas para pararse en el mismo sitio que él y Edward habían visitado con tanta frecuencia y desde donde podía ver perfectamente al "viejo" del Paso de Franconia. Una o dos veces, después de cenar, se fue al bosquecillo que estaba en el extremo oeste de la granja, caminó arriba y abajo entre los árboles pensando en su tío. Casi siempre se sentía tranquilo y en paz en ese bosquecillo, aunque no alcanzaba a comprender la razón.

La madre de David, que siempre había estado muy cerca de su hijo y que conocía su temperamento, le dijo cuando ya se marchaba para el seminario, después de una de estas visitas:

—David, hay cosas que necesitan tiempo. Tiempo. Sólo el tiempo puede ayudar. Sé paciente... contigo mismo, quiero decir. Y con lo que te esté inquietando, sea ello lo que sea. Recuerda cuántos años necesitó Edward para alcanzar la paz.

David agradeció estas palabras de su madre, y sintió consuelo. Era una especie de mensaje muy particular para él. También en este caso estaba el carácter misterioso de ese mensaje: el consuelo y el carácter del "mensaje" de su madre no tenían una explicación racional. Al igual que el efecto que le producía estar en el bosquecillo, o la importancia de las palabras de su tío Edward cuando estaba por morir, o aquello que el poseso de París había tratado de trasmitirle, o la extrañeza que descubriera en Teilhard. La cuestión es que nada de lo que él sabía, ninguno de sus conocimientos ni de sus títulos, parecían serle de utilidad alguna en este caso. El significado de esta serie de incidentes parecía provenir de alguna fuente que no estaba en su intelecto; era algo extraño a su conocimiento y a su cultura. Este hecho lo turbaba.

Sus estudiantes empezaron a percibir que su tono y, hasta cierto punto el contenido de sus lecciones, cambiaba. Seguía siendo tan estricto como siempre en sus sondeos de las doctrinas tradicionales a la luz de los hallazgos científicos modernos y en modo alguno eludía la exposición tradicional de doctrinas acerca de la creación y el Pecado Original.

Pero había un nuevo elemento que captaba la atención de sus oyentes. "Huesos" volvía una vez y otra a los datos de la antropología y la paleontología con frases que antes jamás le habían escuchado.

—En tanto que midamos exclusivamente con nuestras reglas y nuestro razonamiento lógico, no hallaremos causa alguna de

esperanza —solía decir, por ejemplo. O bien—. Además del ojo del científico y de las sutilezas del teólogo, debemos también tener el ojo puesto para encontrar el espíritu.

En cierta ocasión concluyó una lección acerca de los cultos que se siguen en África para enterrar a los muertos, y dijo al efecto:

—Pero incluso si analizamos todos estos datos teológica y racionalmente, hemos de proceder con cuidado. Quizá lo hagamos todo movidos por la fe y, sin embargo, pasemos ciegamente por la sola traza de espiritualidad presente en dicha situación. —Y en su tono parecía haber un dejo de tristeza.

Muy pocas personas, y esto incluía a sus estudiantes, quienes generalmente solían conocer a sus maestros de la manera más íntima, pocos repito, sabían que para aquella época David había sido ya nombrado exorcista diocesano. El padre G. había quedado gravemente herido en un accidente automovilístico, y jamás podría volver a caminar.

David no tomó a la ligera el nuevo puesto. En la entrevista con el obispo, a raíz de su aceptación, trató de trasmitir a su superior una extraña premonición.

—Estoy cambiando —le dijo—. Quiero decir que lentamente estoy llegando a una profunda comprensión acerca de lo que he llegado a ser en el curso de los años. No es que tenga yo problemas abrumadores, antes bien, sucede como si hubiera yo descuidado algo vital en todo ese tiempo y ahora llegara el momento en que deberé hacerle frente. Los exorcismos tienen el efecto de hacer más aguda esta necesidad —dijo al obispo.

—Usted, padre David, jamás podrá dejar de ser útil a la diócesis —fue el comentario del prelado.

—Claro que no. Es decir, así lo espero. Sin embargo... —David se interrumpió y miró más allá del obispo. Tenía una vaga premonición. Si sólo pudiera expresarla en palabras—. Quizá suceda, monseñor, que al cabo de un par de años... —se interrumpió de nuevo y miró hacia afuera, por la ventana; vagamente percibió el rostro de las dos alternativas que se le presentaban. Sin embargo, no tenía sentido para él. Volviéndose miró de nuevo al obispo—. Quizá ocurra que renuncie yo a dar clases en el seminario.

—Tendremos que correr el riesgo —respondió de buen humor el obispo, lleno de confianza.

JONATHAN

Durante tres semanas, en noviembre de 1967, David pidió permiso para ausentarse del seminario. Marchó a Nueva York, para tratar el extraño caso de unos de sus propios discípulos, el padre Jonathan, nacido en Manchester, Nueva Hampshire, y cuyo nombre era Yves L. Para cuando la Iglesia Católica Romana lo excomulgó, Yves ya había cambiado su nombre. Era catorce años más joven que el padre David. Al igual que él, procedía de una familia acomodada y, de hecho, era hijo único.

Su padre, Romain, era un francocanadiense católico, oriundo de Montreal. Su madre, Sybil, católica conversa, era de padres suecos. Su primer matrimonio, del cual no tuvo hijos, terminó cuando ella tenía 27 años, con el suicidio de su marido.

Sybil tenía más de 40 años, y Romain 52, cuando nació Yves. Tenía un medio hermano, Pierre, habido por su padre en un matrimonio anterior allá en Canadá. La madre de Pierre había muerto al darlo a luz. Cuando Yves nació, Pierre, de 28 años, estaba casado y tenía sus propios hijos y vivía en Nueva Jersey.

Antes de su primer matrimonio, Sybil había enseñado en una escuela particular de Suiza. Ella se había educado en la universidad de Heidelberg, en Alemania, y ostentaba un doctorado en filosofía. Emigró a Canadá con sus padres al iniciarse la década de 1930. La buena presencia de Yves, sin lugar a dudas, era heredada de su ascendencia sueca, en especial, de la belleza nórdica de su madre.

Tuvo una infancia feliz. Parientes y amigos que los conocieron a los tres, los recordaban siempre como una familia muy unida, si bien algunos recuerdan que en la casa reinaba un ambiente excesivamente adulto e intelectual para un pequeño. Bajo la influencia de su madre, sobre todo, a la edad de nueve años Yves leía con voracidad. Siete años más tarde, al concluir los exámenes finales, sorprendió a todos los maestros por su detallado conocimiento de las literaturas inglesa y norteamericana.

La madre de Yves tenía una personalidad avasalladora; siempre daba la impresión de llevar dentro de sí experiencias profundas y sombrías. Y, como sucede con muchos conversos, era mucho más católica que los católicos de nacimiento.

La religión de su padre era de un tipo más popular e instintivo. Había pasado su juventud en el noroeste de Canadá. Más

tarde, David había de descubrir que las imágenes más tempranas que el padre de Yves tenía eran más o menos como las suyas propias; de una naturaleza abrupta, de cielos, montañas y agua de proporciones gigantescas y de fuerzas imbatibles, y con frecuencia crueles, en la nieve, la tormenta, el viento y el suelo inhóspito.

Los padres de Yves siempre se mantuvieron fieles y amantes, pero las expresiones sexuales de ese amor cesaron cuando Sybil hubo de sujetarse a una histerectomía, a raíz del nacimiento de su hijo. Al parecer, se apoderó de ella un profundo sentimiento de haber sido herida, de deficiencia en su femineidad.

Romain, por su parte, entró en una crisis religiosa de agudo dolor durante el embarazo de su esposa. En parte porque dicho embarazo ponía en peligro la vida de ella y también debido a un pasajero enredo que tuviera en esa época, desarrolló el constante temor de que debido a sus pecados anteriores y al enredo amoroso durante el embarazo de su esposa podía perder la fe y morir como hereje y sufrir la pérdida de la salvación eterna.

Yves jamás percibió ninguna señal de la angustiosa escrupulosidad paterna, ni tampoco se percató, sino hasta mucho más tarde en su vida, de que el amor marital de sus padres se había enfriado desde su más tierna infancia. En apariencia, ambos padres se mostraban muy amantes en todos los sentidos.

Para cuando Yves llegó a la adolescencia, Sybil se había convertido en una mujer amable, inteligente y sana. Si bien ya no tenía apego a lo que ella llamaba los mecanismos de la sexualidad, estaba perfectamente consciente de su amor y de su sensualidad, tenía una gracia especial en su modo de ser; poseía talento creador, pero carecía de ambiciones. Romain era un médico conocido por su devoción y habilidad, así como por su sentido de deber hacia sus conciudadanos. El padre y la madre tenían un pacto no escrito de estrecha camaradería e íntimo cuidado mutuo. Todo ello creaba un mundo personal de absoluta confianza y paz jamás perturbada.

En conjunto, la atmósfera en que Yves creció y en la que se sentía seguro era un ambiente adulto, penetrado de valores que sentía más que comprendía. La vida de hogar se inspiraba en sentimientos que percibía y reproducía, pero que no expresaban hondamente sus propios gustos e inclinaciones. La vida al lado de Sybil y Romain gravitaba alrededor de cosas no vistas, que

el inmaduro Yves conocía más bien por intuición pero que no podía identificar. Estaba la integridad de la persona y el gracioso estilo de su existencia. Tenía ahí la fuerza del amor y la solidez de criterio. Pero el punto de vista era estrecho... sumamente estrecho.

En el seno de su familia, los valores y los lazos personales —sus padres, la escuela, el ambiente de la parroquia, sus amigos— estaban sujetos a su lugar por sólidas amarras. Asistió a escuelas parroquiales hasta que tuvo dieciocho años. Mirando hacia atrás, y hasta donde podía recordar, jamás había habido diferencia alguna entre él y los demás chicos de su amistad. Destacaba en los deportes y era un excelente bailarín; solía salir con las chicas del vecindario y trabajó con otro chico en los ratos libres, hasta que reunieron lo suficiente para comprar entre ambos un coche de segunda mano.

Había tenido unas cuantas dificultades bastante serias con las autoridades escolares. Jamás fue por cuestiones de estudio; por lo que a eso se refiere, jamás tuvieron que hacerle el menor reproche. Pero de vez en cuando Yves se volvía contra alguno de sus maestros frente a toda la clase y, presa de una ira incontrolable, los insultaba.

Posteriormente presentaba disculpas y la sinceridad de su arrepentimiento y su simpática sonrisa solían tener efecto; las autoridades escolares lo perdonaban con facilidad. Probablemente no lo perjudicaba el que su padre fuera un ciudadano prominente y el que su madre fuera miembro activo de la parroquia y el que Yves hubiera ganado cada año el premio por el ensayo en inglés, con lo que daba honor a la escuela. Tenía talento para las palabras y cierto toque de poeta que pasaba de lo ordinario. Esto le ayudaba tanto en sus estudios como en sus diabluras.

Cuando andaba por los dieciséis años, Yves se reveló como pintor aficionado, escribía poemas para conmemorar los sucesos de la escuela y del hogar y fue elegido para pronunciar el discurso de despedida de su clase, amén de tener un sincero amor a la literatura. Pero cuando llegó a los diecisiete años ya estaba decidido a convertirse en sacerdote.

Un ensayo final para la escuela escrito por Yves en su último año resulta ahora una terrible predicción. En un precoz estudio de Shelley, Yves escribió: "Pues con toda esta belleza, nadie puede decir lo que hubiera hecho al poeta y al hombre

si hubiera vivido más allá de los treinta años. Shelley fue precursor de una nueva idea de la divinidad. Pero quizá (y esto nunca lo sabremos) hubiera podido caer en una trampa (colocada por el Satán de Job o por el Diablo de Dante)". Yves llevó consigo el ensayo durante muchos años, porque consideraba que al escribirlo había percibido algo de gran profundidad.

La decisión de convertirse en sacerdote se debió en gran medida a la influencia de sus padres. El sacerdocio había sido la ambición primera de la vida de su padre, y trasmitió a su hijo este deseo frustrado... no como una orden ni como una obligación, sino como un ideal. Desde que tuvo siete años, Yves supo que a ojos de su padre el sacerdocio era la profesión más elevada y más honorable. Fue esto lo que su padre comunicó por medio de sus miradas, sus palabras y su actitud. La influencia de su madre no fue tan positiva. Significaba más; al mirar con cierto desdén cualquier otra ocupación, dio al sacerdocio el brillo de un ideal y de una meta.

El seminario al que asistió Yves era el mismo al que dos años más tarde fue destinado el padre David M. Yves era uno de tantos seminaristas, y no despertó un especial interés en David. Sus estudios, como de costumbre, eran excelentes. Tenía una magnífica voz para el canto gregoriano. Su figura en traje ceremonial era verdaderamente impresionante. Medía más de 1.90, tenía pelo rubio y ojos azules; sus manos, varoniles como hermosas. Se destacaba por una gracia y simetría de movimientos que le ganaban simpatías; y, sobre todo, poseía un par de ojos que irradiaban una notable luminosidad y que ejercían un efecto hipnótico en la gente que lo rodeaba.

Por todas estas razones, Yves era el actor ideal en el manual litúrgico y el tipo para el que se habían escrito todos los manuales del predicador. Su conocimiento del inglés y su buen estilo literario le ayudaban en los sermones de práctica que escribía y leía en el seminario.

En vista de todos estos talentos, se le perdonaba su interés por el arte y la poesía. En la atmósfera de cualquier seminario, allá por los años cincuentas, se veía con gran suspicacia a cualquiera que se interesara en la pintura y la literatura, particularmente en la poesía. El catolicismo romano de aquella época consideraba tales cosas como "peligrosas". La Iglesia siempre había tenido dificultad para gobernar a poetas y pintores; en

ocasiones resultaban ser profetas mal recibidos y comentadores molestos.

Pero Yves hacía buen uso de sus dones. Se mantenía dentro de la mentalidad del seminario. Y era cuidadoso, siempre se mostraba cuidadoso.

Hubo cierto incidente en sus años de seminarista que conturbó por algún tiempo a las autoridades. Fue en 1961. Como sucedía siempre con él, lo superó rápidamente. La ocasión del incidente fueron los exámenes finales de teología a que había de someterse Yves, los orales, realizados por tres de sus profesores y presididos por un cuarto, que en caso necesario arbitraría cualquier disputa o daría el voto decisivo al asignarse las calificaciones. Generalmente, el moderador —como cuarto miembro del tribunal de examen— no tenía parte en los exámenes y dedicaba el tiempo a leer algún libro o a poner al corriente su correspondencia.

En esta ocasión el moderador era David. Llegó un momento en el examen oral de Yves en que se desató una acalorada disputa entre él y uno de los examinadores, el padre Herlihy El padre Herlihy preguntaba a Yves acerca de la naturaleza de los siete sacramentos (bautismo, confirmación, matrimonio, etcétera), y a David le pareció que se mostraba enojado. Pero fue Yves quien llamó mucho más su atención: el hermoso rostro estaba pálido y desencajado, la boca cerrada firmemente en un gesto de obstinación, la frente perlada de sudor, los ojos vacíos de su acostumbrada expresión de simpatía. El cambio, tan completo, tan rápido, alarmó a David y le produjo temor. No podía percibir el acostumbrado brillo en los ojos de Yves, sino un amargo resentimiento.

Por último, Yves alcanzó a farfullar alguna respuesta a las preguntas del padre Herlihy y salió corriendo de la sala de exámenes en cuanto terminó el tiempo.

En su preocupación, después del examen David fue al estudio del padre Herlihy para examinar en mayor detalle qué era lo que había sucedido entre él e Yves.

Al parecer, el seminarista había insistido, llegado a cierto punto, en que los sacramentos todos no eran sino expresiones de la unidad natural del hombre con el mundo que lo rodeaba. De acuerdo con la doctrina aceptada, esto es una herejía. Se cree que los sacramentos son los medios supremos de unión con Dios. Las palabras de Yves habían implicado que, después de su muerte,

Jesús había vuelto a la naturaleza; por tanto, los sacramentos eran nuestra manera de ser uno con Jesús en la tierra, el cielo, el mar y el amplio universo.

Con su acostumbrada atención a los detalles, David insistió en saber cuál era la impresión exacta que las palabras de Yves habían producido en el padre Herlihy.

—Esa es la parte más extraña —respondió el padre Herlihy. Y David jamás olvidó sus siguientes palabras—. Lo que *dijo* era una mera tontería; pero estaba ese peculiar *sentido* que me comunicó; me parecía estar escuchando algo que no era del todo humano... yo sé bien que esto suena a tontería.

Posteriormente, David sintió serias dudas acerca de toda esta cuestión. En parte, se culpaba a sí mismo: pensaba que sus lecciones acerca de la creación y el origen del hombre tenían algo que ver con la reacción de Yves. El seminarista podría haber mal interpretado las doctrinas de Teilhard que David enseñaba. Con una línea muy tenue y frágil entre el concepto de Teilhard y la total negación de la divinidad de Jesús, los conceptos teilhardianos eran deliciosos juegos mentales que podían —David lo veía claramente por vez primera— utilizarse para exaltar al hombre como un animal, para convertir su mundo en un zoológico dorado, para reducir a Jesús a la estatura de un héroe cristiano, tan grandemente noble y tan lastimosamente mortal como el Prometeo de los griegos, y retratar a Dios meramente como las entrañas mismas de la tierra y del cielo y de las distancias espaciales del universo con todas sus galaxias en expansión.

Aquello continuó perturbando a David. Durante el incidente con el padre Herlihy, Yves había expresado, tan solo con su mirada, una especie de barbarie interna, de odio, que David sintió estaba completamente fuera de tono con su comportamiento normal. David tenía instintiva suspicacia para captar cambios súbitos y notorios en los patrones normales de comportamiento. Quizá sólo se tratara de un mal momento... y todos lo tenemos. Pero de no ser así, entonces ese exterior atrayente, ese comportamiento compatible que Yves solía ostentar ordinariamente, tenía que ocultar algo, una condición interna del espíritu y una inclinación de su intelecto que ninguna cantidad de enseñanza en el seminario había llegado a tocar.

Sin embargo, la cosa no pasó de ahí. Estaba muy cerca la conclusión del año escolar. Tres semanas más tarde, junto con

otros once seminaristas, Yves fue ordenado sacerdote. El mismo David tuvo que salir de vacaciones a la granja familiar, y luego se marchó a la ciudad de México para asistir a una conferencia internacional de antropólogos. El incidente quedó rápidamente olvidado, al menos por el momento.

Trascurrido el verano, Yves fue asignado como vicario de una parroquia de las afueras de Manchester. Estaba cerca de su ciudad natal y a corta distancia de sus padres. Para su madre, este nombramiento fue providencial. Apenas iniciado el nuevo año, Romain, el padre de Yves, murió repentinamente de un ataque cardiaco. Para ella, la soledad hubiera sido muy grande si Yves no hubiera estado en Manchester.

El recuerdo que Yves tiene del espacio trascurrido entre septiembre de 1960 y enero de 1967 es perfectamente claro y lleno de detalles. Sus recuerdos de 1967 son incompletos, pero todavía permiten reconstruir lo que le ocurrió. De abril de 1968, cuando David hizo el primer intento de exorcizar el mal espíritu que se había apoderado de Yves, hasta marzo de 1970, cuando concluyó el exorcismo, los recuerdos de Yves presentan grandes lagunas. Pero sus recuerdos, las notas y memorias de David, así como la trascripción del exorcismo, contribuyen poderosamente a crear un cuadro bastante completo, un fotomontaje de cómo se inició la posesión satánica en una persona, cómo ganó terreno y progresó continuamente y, por último, cómo llegó a ser tan total y completa como puede llegar a serlo. La posesión por un espíritu del mal procede a lo largo de la estructura de la vida diaria. En el caso de Yves, se valió de la estructura sacerdotal de su vida y se manifestó antes que nada en la forma como administraba el sacramento del matrimonio, luego en su estilo de decir la misa y, por último, en todas sus actividades sacerdotales.

En el sacramento de la ordenación, es el hombre todo el que es "sacerdotizado". No es tan solo que adquiera una función extra. No se le dota meramente de una nueva facultad ni se le concede un singular permiso. Al contrario, se trata de una nueva dimensión del espíritu que necesariamente afecta todo lo que hace tanto corporal como mentalmente. Cualquier deformación de esa dimensión por la introducción de algún elemento antagónico o del todo extraño, significa perturbaciones y dificultades. La dimensión del sacerdocio no puede ser removida ni remplazada; puede ser degradada, descuidada y deformada.

Yves aceptó sus obligaciones en la parroquia de St. Declan con aparente gusto. El trabajo no era agotador. Disfrutaba de suficiente tiempo para sus propias ocupaciones. La parroquia estaba muy cerca del campo; tenía una vista del Sureste desde la ventana de su estudio y la vista del Este desde otra ventana. Muy pronto se convirtió en popular predicador de la parroquia; también alcanzó popularidad como consejero de los jóvenes, y era visitante siempre bienvenido en los hogares de sus feligreses. Nadie puso jamás en duda su probidad. No lo movía el deseo de acumular riquezas; rara vez tomaba alguna bebida alcohólica; y quienes lo conocieron han afirmado siempre que jamás hubo ni la más ligera desviación de su voto de castidad. "Un excelente sacerdote este joven" eran la opinión y la impresión generales.

Luego, trascurridos algunos meses, cuando ya hubo establecido una rutina diaria y confirmado el tiempo que necesitaba para desempeñar sus trabajos oficiales como vicario, reinició el cultivo de sus dos principales aficiones: la pintura y la literatura inglesa. En cierta ocasión, viajó a Nueva York para tratar lo relativo a un estudio del poeta Gerard Manly Hopkins, y regresó a su casa lleno de entusiasmo pensando en dicho plan.

Fue hacia las postrimerías de 1961, poco más de un año después de su llegada a St. Declan, que se hicieron evidentes en él las primeras señales del cambio.

En general, Yves realizaba y participaba en ceremonias matrimoniales de tres a cinco veces al mes. Parecía añadir una nota especial de solemnidad, de alegría y de celebración con su sola presencia. En dichas ocasiones, sus sermones eran muy bellos y todos se sentían emocionados al ver a este hermoso y agraciado joven sacerdote celebrando el amor de los recién casados dentro de las inmediaciones de la santidad de la Iglesia y la pureza del Señor y el reinado de Jesús. Porque eran los temas de que Yves solía hablar una y otra vez, en tonos bien modulados y lenguaje poético.

Sin embargo, con el tiempo, Yves se empezó a sentir cada vez más insatisfecho con el ceremonial que para el matrimonio prescribe el *Ritual romano*, el manual oficial para los sacerdotes, que contiene instrucciones detalladas acerca de cómo deberán celebrar los diversos sacramentos. Consideraba que las palabras y gestos asignados al sacerdote en la ceremonia del matrimonio no solamente eran anticuados, sino que no expresaban lo que

los hombres y mujeres modernos pensaban y sentían acerca del matrimonio.

Sobre todo, Yves hubo de encontrar que las palabras de los votos matrimoniales resultaban cada vez más repulsivas y faltas de pertinencia. Aquí estaba él, frente a dos jóvenes a punto de embarcarse en la maravilla de una unión y una vida juntos; y como representante oficial de la Iglesia, todo lo que podía decirles y todo lo que podía hacer en nombre de la Iglesia y de la religión era que "deberían aguantar la parada", estar siempre juntos no importa lo que ocurriera, hasta que la muerte los separase. ¿Era eso precisamente lo que las partes contrayentes se prometían mutuamente? Esta pregunta se la hacía siempre.

Al principio no hizo cambio alguno en las palabras de los votos. Pero en su sermón, en cada matrimonio, empezó a delinear aquello que los contrayentes en realidad se prometían mutuamente.

En los primeros sermones insistió en que los contrayentes se daban uno a otro aquello que Jesús había dado a su Iglesia. Jesús era el modelo supremo. Luego, a medida que fue desenvolviendo este tema, empezó a decir de manera más explícita qué era aquello que Jesús había dado a su Iglesia.

Ahora conscientemente, Yves recurría a lo que escuchara al padre Huesos decir en el seminario y lo que él había pensado después de leer por cuenta propia las doctrinas de Teilhard de Chardin. Mezcladas con todo lo que decía, había frases poéticas acerca de Jesús, que aplicaba al novio y a la novia.

En estos sermones Yves representaba a Jesús como el ápice del desarrollo humano; el gran Punto Omega. Hacía de toda la naturaleza algo hermoso, incluyendo los cuerpos y el amor de la pareja contrayente. Jesús estaba tan dedicado a perfeccionar el mundo material que Él mismo iba surgiendo como la perfección máxima de ese mundo. De la misma manera total en que Jesús se había dado a su mundo humano, incluso al punto de morir como todo elemento vivo de ese mundo, así los contrayentes deberían, según señalaba Yves, adaptarse a este mundo. Encontrarían la perfección primordialmente el uno en el otro, después en la gente que los rodeaba, luego en la naturaleza, en la vida y, finalmente, en el acto de morir y en la muerte.

Pero el cambio en las creencias de Yves no era lo más extraño ni lo más dramático acerca de esta temprana "etapa inicial" de posesión. Lo notable, lo más saliente, es que Yves constante-

mente encontraba que sus pensamientos y palabras "le venían". En ocasiones, habiendo hablado a los feligreses congregados en la iglesia, despertaba al hecho de que había dicho esto o pensado aquello sin haberlo deseado e incluso sin haber tenido conciencia de haberlo hecho. No era que su mente estuviera distraída, era una especie de "control remoto".

De hecho, la primera clara idea que Yves tuvo de lo que estaba sucediendo con él no se debió a que sus colegas de la parroquia y algunos pocos feligreses objetaran a ciertas de las ideas y expresiones que le escuchaban. Lo hicieron, pero esto en sí no molestó mucho a Yves: aún confiaba en su encanto personal y en sus palabras para salir de cualquier dificultad que hubiera.

Ese "control remoto" que había de acrecentarse en él hasta convertirse en lo más importante de su vida, fue el primer signo que tuvo de que algo extraño habitaba dentro de él. Al principio se hizo patente en el curso de sus horas libres.

En su tiempo libre, cuando no tenía ninguna labor que desempeñar en la iglesia o si ya había terminado sus deberes parroquiales, Yves se dedicaba a escribir y a pintar como cualquier otro artista. A veces se sentía con el ánimo de pintar o de componer versos. Tenía ciertas percepciones del color, de la línea, de la forma, de las dimensiones espaciales. Las percepciones ardían en su imaginación y en su sensibilidad más profunda por cierto tiempo. Entonces se sentaba a pintar, por ejemplo, mientras esa inspiración ardía en imágenes, imaginaciones, vuelos de la fantasía y paisajes interiores.

Mientras trazaba los primeros esbozos sobre la tela o sobre el papel, movido por esa actividad nada desusada de su imaginación, normalmente experimentaba una cierta y especial conciencia interna que siempre le producía un gran placer. Era tener, según dice Yves, su mente y su voluntad que se reunían y gozaban de los frutos de su imaginación. Entonces vaciaba en esa inventiva las formas recién bruñidas de lo que originalmente había entrado a través de sus sentidos.

Eran estas formas bruñidas las que él trataba de pintar en el lienzo o de expresar en sus poemas. Pero aun cuando pintaba o escribía encontraba que sus recuerdos lejanos revivían y se encendían como un tablero, derramando asonancias y matices en su imaginación. Y de pronto su producción general se agrandaba y se enriquecía mientras trataba de reproducir la nueva forma que su experiencia había tomado.

Fue precisamente durante este periodo rutinario normal de la imaginación creadora que empezó a tener un extraño viraje; y siempre ocurría en estricta relación con algún problema o dificultad exterior de Yves como sacerdote.

La ocasión más importante de la que tiene un claro recuerdo se ligaba con un ligero desacuerdo que tuvo con el primer vicario de la parroquia. A finales de septiembre de 1962, había predicado en un matrimonio. Luego, más tarde, el primer vicario de la parroquia, que estuviera presente en la ceremonia, amonestó a Yves por su sermón.

—Hace usted del matrimonio un acto puramente humano —argulló—. Se trata de un Sacramento, de un medio para alcanzar la gracia sobrenatural. Nuestro Señor Jesucristo no va a brotar de la tierra o del vientre de una mujer ni de los gases que están allá arriba en la estratosfera.

La reprimenda era seria pero Yves salió del paso como de costumbre; el primer vicario era un hombre muy firme, pero tenía simpatía por Yves, como todos los demás; por su parte, Yves no quería tener problemas. Estaba demasiado contento en ese puesto. Sin embargo, posteriormente, sintió brotar en él un hondo resentimiento por todo lo ocurrido.

El día siguiente era su día libre. Por la mañana, mientras pintaba, el incidente seguía molestándolo y tenía lugar preferente en sus pensamientos. Pero también había cierta peculiaridad que percibió rápidamente y que al parecer no podía evitar: sentía que había dos partes de él o dos funciones que se realizaban al mismo tiempo dentro de él, cada una de ellas *trabajando en direcciones distintas.*

Continuó pintando, el pincel en la mano, escogiendo colores, mojando el pincel, haciendo trazos, retirándose y volviendo al caballete y así por el estilo. Mientras tanto, el ritmo normal de su hombre interior estaba trabajando: imaginación, memoria, mente, voluntad.

Pero también durante todo ese tiempo se producía otro proceso paralelo. Su imaginación estaba recibiendo datos —imágenes, impresiones, formas— de una fuente que no era el mundo exterior. Lo sabía porque no se parecían a nada que hubiese visto, oído o pensado con anterioridad. Luego, tenía también la impresión de que aquellas imágenes no eran asimiladas por su mente ni por su voluntad. Antes bien, parecían paralizar mente

y voluntad, congelarlas, de manera que, pedazo a pedazo, parecían quedar inactivas. Toda una idea —no podía ni siquiera percibir sus contornos ni sus detalles— estaba siendo "empujada" en su mente, forzada en su voluntad para que la aceptara.

Resistía ese "empuje" de la idea; pero, al cabo de un tiempo, invadía su mente y su voluntad a través de su imaginación. Por último, hasta donde él podía darse cuenta se rendía. Entonces, esa idea excesivamente extraña volvía a inundar su imaginación con todas sus partes, razones y lógica para cubrirse allí de nuevas imágenes. Su mente llegaba incluso a proporcionar palabras para esas imágenes y, a veces, llegó a sorprenderse a sí mismo pronunciando aquellas palabras en oraciones completas.

Al cabo de una hora, más o menos, en la primera vívida y misteriosa ocasión de ese tipo, se quedó estupefacto cuando vio que había estado pintando de una manera extraña y totalmente ajena a su estilo. La tela se había convertido en un baturrillo de sus primeros trazos, con los que había pretendido retratar una escena callejera. Sobre ellos, había un loco tejido de formas y figuras: árboles sombreados, ríos, formas irregulares que tenían piernas, cuadrados con orejas, lazos que morían en numerales.

Cuando resistía ese "presionar" interno de ideas procedentes de aquella fuente desconocida, su pintura seguía el curso normal. Pero en cuanto se rendía, la mezcolanza empezaba de nuevo. Parecía haberse convertido en el medio de traducir en imágenes pictóricas algún mensaje o instrucciones o pensamientos que le eran comunicados a la fuerza y no por su propia voluntad.

Yves se sentía solo y vulnerable. Estaba sumamente turbado. Movido por un impulso, decidió visitar a unos amigos que vivían en el campo. Pero no logró escabullirse. Ya en la carretera, comprendió que ya no podía concentrarse en el manejo del automóvil, tan grande y perturbadora era la fuerza que ahora lo invadía. Tuvo que detener el auto a un lado del camino. Se quedó sentado y trató de conservar su mente y su voluntad libres de todas aquellas imágenes y formas que llamaban a ellas desde algún punto de origen que no lograba identificar.

Pero a medida que intensificaba su esfuerzo, un nuevo elemento surgió en primer plano: el resentimiento que le producía la discusión de la víspera con el principal vicario de la parroquia. Cuando Yves se rendía a la "presión" de la idea que estaba siendo "metida" en su mente, ello traía consigo una peculiar satisfacción causada por ese resentimiento. Cuando se resistía, el

resentimiento ardía allí, y le hacía daño. En las breves pausas entre estas alteraciones interiores, la mente de Yves se había fijado en lo que dijera durante el sermón, para elaborar más ampliamente aquellas ideas. Esto le daba intensa satisfacción.

Y al cabo de un rato de estar allí a la orilla del camino, olvidada la intención de visitar a aquellos amigos, se encontró cediendo de buen grado a la "presión" de la idea. Y en el momento de hacerlo, sintió un alivio inmediato de la presión interior y la profunda convicción de que su resentimiento contra el vicario era justificado: Yves había estado siempre en lo justo. Sabía lo que ocurría. Además, halló que su imaginación y sus sentimientos estaban ahogados, materialmente, por una lluvia de inspiración que, de seguro, habría de volcarse en sus sermones, en su pintura, en sus poemas.

Yves señala dicha experiencia como el momento en que el "control remoto" se convirtió en un elemento constante de su vida, porque en aquel instante lo aceptó voluntariamente. Fue, por así decirlo, la "consagración" de su posesión.

Una vez habiendo aceptado aquello voluntariamente —y él insiste en que tenía clara conciencia de estar aceptando algún dominio o control "remoto" o "ajeno"— se sintió de súbito inundado. Seguía en su automóvil, del que no se había movido. Todo a su alrededor era un campo de suave voz. Pero sus cinco sentidos —ojos, oídos, gusto, olfato, tacto— estaban saturados de un discordante flujo y reflujo de experiencias. Sobre él se vertía una verdadera batahola de sonidos, colores, olores, sabores, sensaciones de la piel. Alcanzaba a distinguir, entre toda aquella confusión, un rítmico golpeteo. Pero carecía de dominio, y le era imposible sacudirse aquellas percepciones. Durante todo ese tiempo, experimentaba una especie de reverente temor, como si fuera objeto de algún privilegio, sentía un secreto orgullo. Luego, la tormenta que afectaba sus sentidos se concentró en algún punto de su interior, absorbiendo totalmente su imaginación y su memoria. Ahora sentía como si ideas que ondulaban y se retorcían como serpientes tocaran los más recónditos confines de su mente, como si unos finísimos tentáculos se enroscaran en cada fibra de su voluntad.

Poco a poco, empezó a recuperar la conciencia del mundo que lo rodeaba. Lo ocurrido había sido cuestión apenas de unos instantes, pero en aquellos instantes se había abstraído totalmente, se había encerrado en sí mismo como tras una alta muralla.

Ahora, sonidos, luz y forma se colaron nuevamente por entre la celosía de sus sentidos, convirtiéndolo en un observador de nuevo consciente del mundo. Volvió a escuchar el canto de los pájaros; a sentir en el rostro la luz del sol. La frescura del viento y el limpio olor mañanero del pasto y de las flores cobraron vida para él. Pero ahora, cada retículo de sensación estaba lleno de alguna presencia serpenteante que se entretejía lenta, posesiva, a sus anchas, gozando, perezosa, de un lugar de reposo adquirido en los sombreados rincones de su ser.

Por un breve instante, hubo en él como un eco de resistencia. Una antigua voz protestó en tonos apagados. Luego, cesó. Yves "se soltó", y toda tensión desapareció. Por primera vez en muchos años, se sentía en paz. Y se sentía renovado. Había un repentino sosiego en todo su cuerpo y una calma casi fiera, sin duda irresistible, que inundaba sus pensamientos.

Jamás tuvo tan clara conciencia de haber sido "visitado". Y a su memoria llegaron, atropellándose, las imágenes que se había formado de aquellos que habían sido "visitados" por "otro": Moisés ante la zarza ardiente; Isaías y su visión de los serafines llameantes en el templo de Yahveh; María, la Virgen de Nazareth, inclinándose ante Gabriel, el mensajero; Jesús transfigurado, en el Monte Tabor, en compañía de Moisés y Elías, y conversando con Dios; san Juan en la caverna de Patmos, contemplando al Cordero Pascual en toda su gloria; Constantino, galvanizado por la Cruz que vio entre las nubes; Juana de Arco, que en su prisión, en medio de sus dolores, escuchaba, llorosa, las "voces"; Juan de la Cruz, que en la celda de su prisión penetraba la Noche Oscura y abrazaba al Amado; Teilhard que tocaba los huesos del sinántropo y veía a Jesús, el Punto Omega, prefigurado en aquellos patéticos fragmentos. Yves tenía la clara sensación de haber sido predestinado, como todos aquéllos, para ser objeto de una revelación especial.

Todo esto pasó por él como un relámpago y se esfumó en el instante en que levantó los ojos y miró de nuevo los campos, los árboles, el cielo. Ahora todo se movía en una nueva visión, animado por una vida que había soñado, pero que jamás había conocido. Ahora lo sabía: todo era un sacramento, una hilera de sacramentos engarzados como un hermoso collar que rodeaba al universo del hombre. Y su mente, su voluntad y sus sentidos interiores fueron permeados por un nuevo y extraño incienso

que lo consagraba —como jamás podrían hacerlo las manos de obispo alguno— al sacerdocio de un nuevo ser. Lo sabía: había estado siempre tan cerca de él y, sin embargo, ¡tan lejos! "¡Belleza, siempre antigua, siempre nueva! ¡Te he encontrado demasiado tarde!", dijo, repitiendo en un murmullo el lamento de Agustín.

Había un temor reverente ante lo inesperado de todo aquello, un sentimiento de humildad por no haberlo visto antes. Y, dominándolo todo, un entusiasmo ebrio de pasión. La presencia serpenteante se agitó en él; Yves empezó a soñar despierto.

—¡Vaya, padre! ¿Alguna dificultad? —Aquella voz fuerte sobresaltó a Yves. Era el oficial de la patrulla de caminos del rumbo, que se había detenido al lado de su auto, y le hablaba desde su vehículo. Yves volvió bruscamente la cabeza, los ojos llameantes, enojado por la interrupción. Pero la amable sonrisa del policía le dio ánimo. Se conocían bien.

—¡Nada, Pat! Simplemente, pasaba unos minutos en paz —replicó; y, reponiéndose, encendió el motor—. ¡Saluda de mi parte a Jane y a los niños!

Con un ademán de despedida, reanudó el camino a casa de sus amigos.

A partir de ese día, Yves se volvió sumamente cauto. Fue como si lo hubiesen puesto en guardia. Sabía siempre, con una previsión casi sobrenatural cuándo se le iban a presentar dificultades. En ocasiones, se le prevenía acerca de determinada persona. "Alguien" le avisaba. Otras veces, la advertencia se refería a sus actividades: la petición de celebrar un matrimonio, de escuchar confesiones, una invitación a comer en casa de algún feligrés o con los otros sacerdotes de la parroquia; o bien, podía tratarse de un libro o del artículo publicado en alguna revista o una carta. La advertencia era silenciosa, pero clara y concisa: "¡Evítalo!" o "¡No lo recibas!" o "¡No lo hagas!" Y salvo por ocasionales adornos en algún sermón, sus colegas no volvieron a tener motivos para cavilar acerca de sus ideas.

Pero cuando conversaba en privado con los feligreses, con alguna pareja comprometida para casarse, por ejemplo, su actitud era distinta. Les hablaba de su unión en términos tan llenos de poesía y hacía hincapié con tanta visión en la función tan singularmente terrena de Jesús que solían marcharse encantados con sus consejos.

Ahora, Yves mismo explica en qué forma habían cambiado —totalmente— para él el propósito, significado y razón del matrimonio como Sacramento. A sus ojos, se había convertido en un Sacramento de la naturaleza. Había perdido su dimensión como medio para recibir la gracia sobrenatural, tal y como le advirtiera en aquella ocasión el vicario principal. Era algo que unía a la gente con el universo natural. Y esto significaba que la fe misma de Yves había sido dañada profundamente.

Con el correr del tiempo, Yves introdujo ese mismo y oscuro elemento en los otros sacramentos y su propia condición se volvió mucho más extrema... incluso él mismo comenzó a percibir con mayor claridad el significado de su voluntaria entrega a una fuerza que ahora estaba fuera de su dominio. El momento de oponer resistencia había pasado ya.

En 1963 la situación de Yves alcanzó proporciones críticas. Sus misas fueron el primer ejemplo. Monaguillos y feligreses empezaron a observar que cada vez le tomaba más tiempo decir la misa. Cosa curiosa, era sólo una parte de la misa la que se prolongaba más de la cuenta. Se trataba de la sección más solemne que precede a la consagración y que se inicia cuando el sacerdote extiende las manos, con las palmas hacia abajo, los dedos juntos, sobre el cáliz y el pan. El rito exige absoluto silencio, roto solamente por el tintinear de la campanilla. Pues bien, Yves permanecía momentos anormalmente largos con las manos extendidas... al principio, tres minutos apenas, luego, diez, después quince, y, en una ocasión, treinta angustiosos minutos, mientras feligreses y monaguillos aguardaban y miraban. Luego, se tomaba un tiempo también anormalmente largo para pronunciar las palabras de la consagración. A ritmo natural, todas estas acciones ceremoniales no toman más de tres a cinco minutos.

Sus colegas supusieron que pasaba por un período "místico", o que sufría de "escrúpulos religiosos", que se tomaba con demasiada seriedad cada una de las prescripciones oficiales acerca del ritual y las palabras de la misa. Hay sacerdotes que pasan por tales fases. Saben que la más mínima desviación puede resultar en pecado venial, e incluso mortal, y se torturan a sí mismos tratando de asegurarse de que observan todas las reglas; empiezan una vez y otra, repitiendo actos y palabras para asegurarse de que conscientemente hacen todo como es debido.

Pero Yves no era místico ni se encontraba paralizado por escrúpulos religiosos. Pasaba por lo que ahora describe como la más angustiosa sesión de azotes y latigazos de su ser interior. Aquello empezó un día cuando, según él lo expresa, desde el momento en que extendió las manos sobre el cáliz y el pan, hasta pasada la consagración, el "control remoto" cambió su grado de fuerza y el contenido de su "mensaje".

"Luché cada milímetro del camino", recuerda, y "perdí cada milímetro de aquella lucha".

En lugar de las palabras prescritas por el ritual para la misa y de los conceptos expresados en esas palabras. Yves encontraba ahora conceptos y palabras diferentes. Y siempre eran única y exclusivamente las palabras clave las que se cambiaban. Por ejemplo, cada vez que el ritual prescribía las palabras "salvadora" o "salvación", sólo podía pensar en "ganadora" y "triunfo". Las palabras "salvadora" y "salvación" le parecían garabatos escritos en pedazos de papel clavados en un muro, fuera de su alcance. El sentirse impotente para alcanzarlas era fuente de intensísima agonía y de un dolor lacerante.

Y lo mismo ocurría con "amor" (que se había convertido en "orgullo"), "murió" y "muerte" (ahora, "retornó a la muerte, su casa" y "nada"), "sacrificio" (ahora, "desafío"), "pecados", (ahora, "mitos y fábulas"), "pan" y "vino" (ahora, "deseo" y "placer"). Y así por el estilo.

Luego, una nueva agonía se producía cada vez que el ritual ordenaba que se hiciera la señal de la cruz, pues Yves encontraba que sólo el índice de su mano derecha podía moverse, y apenas era capaz de trazar una línea vertical ascendente.

En general, su memoria y sus reflejos lo impulsaban a actuar de acuerdo con el ritual. Las palabras e ideas sustitutas le llovían, por así decir. Se percató de inmediato de que el sentido e intención de toda la ceremonia eran totalmente alterados por aquellas palabras y pensamientos. Luchaba con voluntad y mente para respetar el ritual, pero cada vez ocurría lo mismo: mientras luchaba, allá, en su interior, parecía empezar a formarse y dilatarse un bulto duro... no en su cuerpo, ni en su cerebro, sino en su conciencia viviente. "Era algo así como recordar la pesadilla de la noche anterior y percatarse de que esta realidad era lo que entonces nos asustó". Al crecer este bulto empezó a reducirse en forma siniestra el área de su propio yo.

Cuando este dolor interno alcanzaba su estrujante límite, comenzaba a producir repercusiones orgánicas y sicológicas: la sangre rugía en sus oídos y se iniciaban singulares dolores: el cabello, las pestañas, las uñas de los dedos de los pies le dolían en grado intolerable. Podía sentir que estaba a punto de lanzar un grito que, si hubiese llegado a salir de su garganta, hubiera dicho: "¡Me ahogo! ¡Me muero! ¡Sálvenme!"

Pero jamás llegó a salir. Cesaba de luchar, y su agonía cesaba como por ensalmo y se sentía lleno de una maravillosa alegría ...no exenta de alivio. Aquel alivio era casi doloroso por contraste con el dolor que lo precedía.

Aquella agonía llegó a su culmen cierto día, cuando comenzó a pronunciar las palabras de la consagración. En vez de decir "Este es mi Cuerpo" y "Esta es mi Sangre", otras palabras hicieron eco en su propia voz: "Esta es mi Tumba" y "Esta es mi Sexualidad". Cuando pronunció estas palabras inclinado sobre el altar, como prescribía el ritual, toda intención de consagrar verdaderamente huyó de él. Su dedo índice se torció como un garfio y se introdujo en el vino y luego arañó la hostia, dejando en ella una roja línea vertical.

En aquel momento, Yves no pudo enderezarse. Sus oídos estaban saturados de dos diferentes sonidos. Estaba seguro de oírlos: una hiriente carcajada que el eco repetía, repetía. Luego, como si procedieran de aquel "control remoto", escuchó las palabras: "Ahora, Jesús es Jonathan", y "Jonathan es Yves" y "Ahora, Yves es Jonathan y Jesús". Por último, "Todo ello reunido en Mr. Natural".

Pasó algún tiempo hasta que Yves se percató de que sólo él había escuchado aquellas blasfemias. Pero, hubieran escuchado aquellas palabras o no, fue el aspecto de Yves después de aquellos momentos, penosamente largos, de batalla interior lo que alarmó a quienes lo miraban. Cuando, por último, se volvió para repartir la comunión, su cara estaba terriblemente demacrada, del color del yeso. Su pelo, que entonces llevaba muy corto, parecía estar parado de punta. Sus ojos, siempre tan maravillosamente claros y atrayentes, asomaban apenas entre dos rendijas; y murmuraba algo, con los dientes apretados. Todo su aspecto era rígido y falto de vida.

Concluyó la misa en medio de violenta tensión interior. Hasta después de unos momentos de soledad se sintió bañado de nuevo en aquella extraña sensación de paz y alegría. Por último, cuan-

tlo se hubo recuperado en la soledad de la sacristía, salió sonriente, sereno, con su aspecto de siempre.

El haberse rendido al "control" en misa produjo efectos inmediatos y de enorme alcance. Cuando bautizaba a algún pequeño, cambiaba las palabras latinas, ininteligibles para los padres y demás presentes. Cuando se suponía que debía decir: "Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo", decía: "Yo te bautizo en el nombre del Cielo, la Tierra y el Agua".

Pero el cambio más fundamental en su celebración tanto del bautismo como de los otros sacramentos (extremaunción, confesión) alteraba aquellas partes que hablaban de "Satán" o del "Diablo" o de "malos espíritus".

Durante el bautismo, en vez de decir (en latin) "Aléjate, espíritu inmundo", o "Renunciar a Satanás, a sus pompas y a sus obras", o "Convertirse en criatura de Dios", lo que decía era: "Aléjate, espíritu de odio por el Ángel de la Luz", y "Renunciar a todo exilio del Príncipe Lucifer", y "Conviértete en un miembro del Reino".

En el sacramento de la confesión, en vez de decir "Yo te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo", decía lo siguiente: "Yo te confirmo en tus deseos naturales, en el nombre del Cielo, de la Tierra y del Agua". Y cuando administraba el sacramento de los agonizantes ("Extremaunción" era su antiguo nombre) encomendaba al moribundo a la merced y paz de la "Hermana Tierra" y a la eternidad de la "Madre Naturaleza".

Cada vez que sentía un conato de repugnancia de aceptar lo que le "dictaba" ese "control remoto", la horrible sensación se dejaba sentir; Yves se convertía en un ente de pena absoluta. Así que se apresuraba a obedecer y entonces era recompensado, siempre, por una loca exaltación. El sol era más brillante, el azul del cielo, más profundo, el café que bebía jamás le había sabido tan bien. La sangre corría vigorosamente por sus venas y su cabeza jamás se sintiera más despejada.

Para finales de 1964, los colegas de Yves hubieron de percatarse de que algo malo le sucedía, algo que no era posible explicar aduciendo su temperamento artístico, su ascendencia canadiense y sueca, un periodo místico de su vida o escrúpulos religiosos. Aquello resultaba demasiado peculiar. A algunos les

producía temor y a otros repugnancia. Incluso había quienes se sentían indignados. Pero todos quedaban con la pavorosa sensación de que algo absolutamente extraño y ajeno había en Yves. Y para coronarlo todo, empezó a llamarse a sí mismo el "padre Jonathan".

Sin embargo se trataba siempre de casos aislados, y jamás a nadie se le había ocurrido reunirlos todos en una estructura concreta. Cuando se volvía de cara al pueblo durante la misa (cosa que el sacerdote solía hacer cuatro o cinco veces) para decir *"Dominus vobiscum"* ("El Señor esté con vosotros") uno de sus compañeros juraba haberle oído decir *"Dominus Lucis vobiscum"* ("El Señor de la Luz esté con vosotros"). Los demás no escucharon ese añadido, pero el opaco brillo que se veía en sus ojos les produjo un choque momentáneo. En cierta ocasión, cuando tocó la frente de un nene al que estaba bautizando, la criaturita sufrió un violento ataque de histeria, al grado de que hubo de ser llevado inmediatamente al hospital.

Todos estos incidentes tomados aisladamtnte eran susceptibles de explicaciones perfectamente racionales. Pero su visita a un jovencito moribundo que padecía de cáncer de los huesos fue lo que en última instancia le indujo a abandonar su puesto.

Fue a fines de 1966. El chico, un pelirrojo de 14 años, hijo de inmigrantes irlandeses, tenía que ser ungido: su muerte era cierta e inminente. Antes de que llegara el sacerdote, es decir, el padre Yves, el chico pidió a su madre que le lavase la cara y las manos y le ayudara a ponerse su camisa y su corbata favoritas. También pidió a su padre que volviera el lecho de cara a la puerta, porque, según dijo, había una cosa oscura en el rincón de la habitación.

Cuando Yves llegó todo prosiguió normalmente hasta que trató de recolocar la cama e hizo que el chico diera la cara al rincón "oscurecido". El muchacho empezó a gritar:

—¡No, padre! ¡No! ¡Por favor, mamá! —Luego, cuando su madre entró corriendo e Yves, habiendo ubicado el lecho, estaba mirando hacia ese rincón, el chico comenzó a llorar sin poderse dominar.

Yves no recuerda todo lo que el muchacho dijo, pero sí tiene presentes ciertas palabras y frases: "Oscuridad", "Están sonriéndose uno a otro", "Él odia a Jesús", "Sálvenme" "No quiero irme con ellos".

Por último, el padre del chico pidió con mucha pena a Yves que se marchara y que volviese al día siguiente. Sin embargo, la madre telefoneó al superior del sacerdote, y el párroco en persona llegó una hora más tarde, ungió al jovencito los santos óleos y esperó hasta el final, que se produjo rápidamente.

El incidente fue la última gota. Y ahora todo aquello que se había sabido y observado acerca del padre Yves durante los últimos tres años empezó a reunirse hasta formar un cuadro.

El párroco y su principal vicario no dijeron nada a Yves, pero dedicaron cerca de tres meses a reunir información y a vigilarlo estrechamente. Además de las peculiaridades ya mencionadas, recibieron una extraña información de la que no podían hacer ni pies ni cabeza. Un individuo que respondía a la descripción de Yves solía vivir periódicamente en una buhardilla, en Greenwich Village, en Nueva York. Sus apariciones ahí coincidían siempre con las vacaciones que tenía Yves y con los días libres en los que se ausentaba de la parroquia.

Descubrieron que el citado local era conocido como el Santuario del Nuevo Ser, que el hombre se hacía llamar el padre Jonathan y que celebraba servicios para todos y de todo tipo: decía la misa, celebraba matrimonios, escuchaba confesiones, ordenaba a hombres y mujeres como sacerdotes del Santuario, bautizaba criaturas y adultos, visitaba las casas y hospitales donde estaban los moribundos; y tenía también otro rito muy especial, al que él llamaba Portación de la Luz. Los miembros iniciados en dicho rito eran denominados los Luciferarios. Pero no se tenían detalles acerca de los miembros ni de los ritos celebrados.

Precisamente en el momento en que se había reunido un informe escrito muy completo y ya estaba listo para ser enviado al obispo, Yves pareció haber recibido algún aviso —aunque con algún retardo— de las intenciones de sus compañeros. Ocurrió que durante dos meses su comportamiento, hasta donde era posible juzgarlo, fue absolutamente normal. Jamás se volvió a presentar en Greenwich Village y trabajaba con gran dedicación.

Luego, a mediados de junio de 1967, cuando todos los interesados estaban a punto de descartar todo aquello como una interpretación exagerada e incongruente, Yves sufrió el primer terrible ataque. Como cabría esperar, ocurrió durante la misa.

Cuando Yves extendió las manos con las palmas hacia abajo, sobre el cáliz, repentinamente comenzó a llorar y a quejarse y a

mecerse de un lado a otro. Una de sus manos agarró rudamente el cáliz. La otra cayó con gran ruido sobre la blanca hostia. Los monaguillos llamaron al párroco. Éste, junto con otros dos de sus vicarios, trató inútilmente de aflojar las manos de Yves, o de retirar el cáliz o de detener su llanto y sus quejidos. Él, el cáliz y la hostia estaban materialmente atornillados a sus respectivos lugares, como si los hubieran clavado. Y le vino un ataque de incontinencia ahí mismo, ante el altar.

Para cuando esto sucedió, el párroco ya había vaciado el recinto y cerrado las puertas. Estaban a punto de llamar a un médico cuando repentinamente Yves soltó el cáliz y la hostia, pareció haber sido arrojado hacia atrás y, trastabillando en los tres escalones del altar, cayó pesadamente sobre el suelo de mármol del santuario. Cuando sus compañeros llegaron a su lado, estaba inconsciente.

Despertó como una hora más tarde. Cuando el párroco le habló, Yves le manifestó que su madre había sido epiléptica y le suplicó que no lo pusiera públicamente en vergüenza. Se marcharía, a fin de descansar, seguiría los consejos del médico después de un reconocimiento y todo volvería al cauce normal.

Pero para ahora el párroco ya tenía los más terribles temores. A sus ojos, el padre Yves tenía que estar poseído del demonio. La conclusión del párroco no tenía más fundamento que una profunda convicción basada en sus reacciones personales, pero, así y todo, se trataba de una cuestión muy grave que no podía darse de lado ni posponerse nuevamente hasta que se asegurara de una u otra manera. Una discreta investigación puso de manifiesto que Sybil, la madre de Yves, no era epiléptica. Durante una larga mañana dominguera, en que se entrevistó con el obispo, le relató toda la historia, incluyendo los temores que abrigaba. Esto ocurrió en junio en el seminario a donde el obispo había acudido para ordenar a varios nuevos sacerdotes.

El obispo llamó al padre David M. para consultar con él.

Después de esta consulta con el obispo el padre David celebró una entrevista con Yves, y salió de ella completamente desconcertado. No sólo se prestó Yves a cooperar del todo con él, sino que todo aquello que decía parecía tocar una cuerda de simpatía en el propio padre David. Las dos únicas peculiaridades que no pudo explicar a satisfacción eran el constante uso

que Yves hacía de su nombre de Jonathan y el estado del dedo índice de su mano derecha.

Lo del nombre, David podía aceptarlo. Después de todo, hacía sólo diez años, David mismo había empezado a llamarse, o cuando menos a firmar las cartas que escribía a sus amigos íntimos, como "Pierre" (según el nombre de Teilhard de Chardin); todo esto le había valido muchas bromas de sus colegas.

Y en cuanto al nombre de "Huesos", se le había quedado pegado ya definitivamente porque David, cuando escuchó que ese era su sobrenombre, lo usó intencionadamente varias veces en sus conferencias; le gustaba.

El dedo ya era otra cuestión. Según un médico que había tomado radiografías, ningún hueso estaba roto, ni había nervio alguno lastimado; el problema no podía en modo alguno atribuirse a la supuesta historia de epilepsia de la madre de Yves. Había calcificación, pero dicha deformidad no podía imputarse a un golpe o daño mayor; y no pudo observarse calcificación alguna en ningún otro hueso de su cuerpo. También se descubrió que no era artrítico.

En lo que toca a los demás, David no pudo hallar mayor motivo de alarma. Se había estudiado el historial de la madre de Yves: ciertamente en alguna época padeció breves ataques, pero los médicos que la examinaron siempre descartaron la posibilidad de una epilepsia. Hasta aquí, David se sintió tranquilizado, pero de todas maneras su desconcierto persistía. Estaba convencido de que algo se le había escapado, algo esencial... y el hecho de no saber de qué se trataba le hacía sentirse como un tonto. En su conversación con Yves, había discutido lo relativo a la doctrina que Yves profesaba como sacerdote y la propia espiritualidad de ambos. Hasta donde David podía colegir, tanto la doctrina como la espiritualidad coincidían más o menos con las suyas propias.

—Si Yves está en el error —dijo al obispo más tarde—, entonces, también yo lo estoy. ¿Qué puedo hacer?

El obispo miró a David especulativamente durante unos instantes, luego, con suavidad, le dijo:

—Yo supongo que si toda esta paleontología y las enseñanzas de Chardin fueran a llevarle a usted al punto en que tuviera que elegir entre la fe o De Chardin, usted elegiría la fe, padre David.

Era una declaración de hecho, que implicaba una interrogante. David se quedó mirando al obispo, quien ahora estaba vuelto de espaldas, asomado a la ventana de su estudio.

El obispo continuó:

—Dígame usted, padre, ¿acaso la evolución es un hecho tan concreto como, digamos, la salvación de todos nosotros gracias a Jesús?

David se enfrentó a esta pregunta como si percibiera ahora los distantes ecos de la premonición que tuviera cuando el obispo le otorgó el nombramiento de exorcista. Hoy dice que su reacción inicial a dicha pregunta fue de sorpresa:

"Es como si yo hubiese descuidado algo último y, al mismo tiempo, llegara el momento en que tendría que hacerle frente". Allá en lo profundo de su mente se percató de que su respuesta espontánea había sido un "sí" rotundo.

Al obispo le contestó poniéndose de pie y diciendo algo del tenor de que era algo así como comparar manzanas con naranjas. Y aparentemente el obispo sólo se interesaba por plantear la pregunta. Era un hombre demasiado viejo y demasiado sabio para esperar en todo momento respuestas concretas.

Después de esta entrevista con el obispo, David no tuvo ya paz. Se propuso volver a ver a Yves al día siguiente.

Lo que él propuso a Yves era muy sencillo. Después de mucho pensarlo, a David le pareció que deberían celebrar una ceremonia en la cual recitaran oraciones especiales para los enfermos y contra la enfermedad, en la cual también podrían cubrir las principales partes del ritual del exorcismo. David pensó que podía realizar un exorcismo simple. Según dijo a Yves, más que nada se trataba de satisfacer al obispo y al párroco.

Yves no se opuso en lo absoluto. Dijo que le gustaría mucho hacerlo. Sólo estaría presente el párroco, pues no se preveía ninguna dificultad.

Realizaron el exorcismo en el oratorio privado del seminario, los tres hombres de rodillas en sendos reclinatorios, de los que solían ocupar los seminaristas. Yves respondía en un bajo murmullo a todas las preguntas que David, en su calidad de exorcista, le planteaba:

—¿Crees en Dios? ¿Crees en Jesucristo, nuestro Señor? ¿Renuncias al Diablo y a todas sus obras y sus pompas? —Y así por el estilo.

Yves besó el crucifijo y, metiendo su torcido índice en la pila de agua bendita, se persignó.

David y el párroco se pusieron de pie al concluir la ceremonia. Yves no se había movido de su lugar, donde se encontraba hincado con el rostro entre las manos. Ambos salieron casi de puntillas y lo dejaron solo.

—Bueno, creo que eso es todo —dijo David con un sentimiento de alivio.

—No escuché una sola respuesta clara en sus labios —fue la respuesta del párroco—, pero supongo que está tan humillado como lo estuvo en circunstancias similares.

En el oratorio, Yves levantó la cara de entre las manos unos minutos más tarde y miró a su alrededor: se encontraba solo; no tenía mayor recuerdo de lo ocurrido, sólo recordaba haber entrado aquí con David y con el párroco y haberse hincado y abierto el libro de oraciones. Pero eso era todo. De los quince minutos de la ceremonia del exorcismo no tenía ni la menor idea. Cuando se puso de rodillas, fue como si un poderoso sedante le hubiera sido inoculado. No recordaba nada, salvo un repentino apremio que obligaba a sus labios a hablar y a sus miembros a moverse.

Esperó ahora un momento, luego miró hacia el altar. Todo ahí estaba como siempre; pero entre él y ese altar una sombra informe colgaba en el aire borrando en su totalidad la vista del crucifijo que pendía sobre el altar y de las ventanas con emplomados que estaban detrás. Luego, abrupta pero tranquilamente, como un hombre que recuerda la decisión que ha tomado, o ciertas instrucciones recibidas de un superior, Yves se levantó y salió del oratorio. Un seminarista que lo encontró en la puerta, y que observó su mirada, se percató de que brillaba y, además, de que iba riendo.

Aquella noche, cuando David estaba sentado en su estudio, le resultó imposible concentrarse en el trabajo que tenía entre manos. Se suponía que debía concluir un artículo para una conferencia sobre los trabajos de Chardin en Choukoutien, China, donde el jesuita desenterrara el fósil del sinántropo. Pero la mente de David volvía una y otra vez a la pregunta del obispo:

—¿Acaso es la evolución un hecho tan concreto como la salvación de todos nosotros por Jesús? —Se dijo que era una

pregunta necia. Y, sin embargo, no era eso lo que importaba. El obispo pertenecía a la vieja escuela. Sin embargo, aquello seguía inquietándolo.

Levantó la mirada hacia las cajas de vidrio en las que estaban guardados sus amados fósiles y sus tesoros paleontológicos. Sus ojos recorrieron la caja con el cráneo abollado, la colección de canillas, de trozos de viejas rocas en los que estaban enterrados fósiles de fauna y de flora, y la serie de bustos reconstruidos: el hombre de Solo, el hombre de Rodesia, el hombre del Neanderthal, el hombre de Cro-Magnon. Su mente le estaba gastando bromas: no sólo los bustos de yeso lo miraban, según pensó, sino que estos huesos humanos parecían hablarle con voces inaudibles.

Luego su cabeza se aclaró. Sintió enojo contra sí mismo. ¿Acaso era necesario *elegir* entre la evolución y Jesús? *¿Había* que hacerlo? Si Jesús fuera la culminación de todo ello, *no* habría necesidad de semejante elección. De una u otra manera profunda, Jesús y la evolución eran una misma cosa.

Siguió elucubrando acerca de estas consideraciones durante algún tiempo, luego, obedeciendo un repentino impulso, fue al teléfono de la casa y llamó a la habitación de huéspedes en la que Yves pasaba la noche.

—Hola, Yves... digo... Jonathan —tartamudeó.

—Como está, padre— respondió Yves con toda tranquilidad y en un tono de agrado

—Jonathan, se me acaba de ocurrir una idea. Acerca de la evolución y todo eso... supongamos que Teilhard hubiera estado equivocado en todo y por todo y con toda su teoría, y que la evolución misma fuera irreconciliable con la divinidad de Jesús... ¿qué diría usted de eso?

Una breve pausa. Luego, en una voz sin inflexión alguna, pero con cierto dejo de triunfo, Yves respondió:

—Al parecer, es usted mismo quien se hace esta pregunta por vez primera, padre David.

—Pues bien, Yves o... Jonathan, perdón, ¿qué es lo que usted dice de esto? —insistió David—. Ahora se lo pregunto yo a *usted*.

—Jamás puede haber conflicto ninguno, padre David —y David comenzó a sentir cierto alivio—, por la simple y sencilla razón de que la evolución hace posible a Jesús. Y sólo la evolución puede hacerlo —Yves recuerda la conversación muy bien.

El "control remoto" estaba de nuevo en él ejerciendo una poderosa influencia; él aguardaba hasta qué ideas y palabras le eran dictadas. Luego continuó, con toda tranquilidad, pero con el énfasis de quien se sabe en posesión de algún conocimiento superior o más amplio.

—Padre David, todo lo que yo soy, lo soy por usted; mi espiritualidad y mis creencias y mis explicaciones, todo viene de usted. Usted sabe también que la evolución hace posible que nosotros creamos en Jesús; hace posible a Jesús para los que somos hombres de razón. ¿No lo cree usted así?

En el otro extremo del teléfono, David contuvo la respiración. A medida que las palabras de Yves golpeaban sus oídos, las ideas e imágenes que le sugerían empujaban más allá de todas sus salvaguardias mentales, como visitantes mal educados. Sintió una invasión de su ser, una invasión tal como jamás antes la hubiera conocido. Durante un momento luchó:

—¿Cree usted realmente...?

—Padre David, usted tiene el testimonio de su propia conciencia y de su mente consciente —luego, con terrible deliberación y un tono de dureza en la voz que destruyó por completo la confianza que en sí mismo tenía David, prosiguió—. Después de todo, si yo tuviera que ser exorcizado, usted también lo necesitaría, quizá ambos lo necesitamos... o tal vez, y esto me parece una idea mejor, ya estamos ambos más allá de toda posibilidad de exorcismo —se oyó el clic del teléfono y se cortó la comunicación.

David se quedó estupefacto. Al cabo de unas cuantas horas, decidió llamar por teléfono al obispo. Antes de poder decir siquiera una palabra, se le comunicaron las últimas noticias: Yves había ido aquella noche misma a ver al obispo, había renunciado a su puesto en la diócesis y se había marchado con algunos amigos a Nueva York.

A partir de ese momento hasta el famoso matrimonio a la orilla del mar, David no vio mucho a Yves, si bien oyó hablar de él constantemente en su personalidad del Padre Jonathan.

Pero ahora David tenía un problema propio: ¿Acaso él mismo había sido contaminado de una u otra manera? ¿Se había rendido él mismo al Malo? ¿Acaso voluntariamente, aunque bajo el velo de la bondad y la sabiduría, había admitido la influencia del Diablo en su vida personal?

Pensó de nuevo en el exorcismo. Pensándolo bien, Yves no era el único que había farfullado las palabras latinas. Él mismo lo había hecho, pues su mente había estado medio ausente la mitad del tiempo, pensando en otros problemas.

David no lo comprendió entonces, pero jamás volvería a gozar de paz interior hasta haber completado el exorcismo de Yves, unos dos años más tarde.

Cuando el padre Jonathan, como Yves se llamaba ahora a sí mismo, llegó a Greenwich Village para quedarse ahí, optó primero por trabajar entre sus propios habitantes, buscando neófitos y conversos para su causa. Solía frecuentar las populares discotecas y cantinas, se afilió a los clubes, participó en varios "happenings" organizados por los diversos grupos del Village, en aquella época. Se le llegó a conocer por lo que él pretendía ser: el fundador de una nueva religión.

Pero después de un año de este apostolado, el énfasis de Jonathan cambió de dirección. Ya no se mezclaba con las gentes ordinarias del Village. Tenía una visión diferente: crear un nuevo movimiento religioso entre las familias pudientes de la zona alta de Manhattan. Inicialmente entabló buena amistad con algunas personas a las que conoció por casualidad. A medida que transcurría el tiempo, fue ampliando su círculo. Pronto contaba con suficientes contribuciones voluntarias para ampliar y decorar su Santuario de la Buhardilla, como él lo llamaba. Y ahí, todos los miércoles por la noche, celebraba servicios, administraba los nuevos "Sacramentos" y daba consejos a los miembros de su "parroquia".

Para el otoño de 1968 se había rodeado de una sólida congregación que encontraba que Jonathan, lejos de ser un iconoclasta o un predicador de doctrinas extrañas, parecía revivir en ellos un nuevo sentido de fe religiosa y de confianza en el futuro. Su mensaje era muy simple, y lo expresaba con hermosas palabras. Solía sazonar sus discursos con un genuino conocimiento del arte y la poesía. Y, mucho más especialmente, tenía el talento de bañar todo aquello que decía con valores estéticos. Podía predicar acerca del eslabón perdido, por ejemplo, o de la imagen del hombre del Neanderthal, y hacer que toda la idea de la evolución, desde la materia inanimada, pareciera como un glorioso comienzo. Para el futuro, Jonathan tenía conceptos toda-

vía más gloriosos. Estaba ahora en proceso de creación un nuevo ser, según decía a sus feligreses; y viviría en un tiempo nuevo. "Nuevo ser" y "Tiempo Nuevo" fueron sus palabras clave.

La visión de Jonathan y su intuición de ese Nuevo Ser un tanto siniestro se produjo precisamente en el momento en que hacía falta llenar un vacío sentido por mucha gente. Ese vacío se inició muchos años antes de la llegada de Jonathan; sus efectos en el teatro, la poesía y el arte se habían dejado sentir en todos los ámbitos desde hacía varias décadas. Todo, poesía, teatro y arte, habían lamentado constantemente el hecho de que el mundo del hombre había sacrificado en medida creciente el significado por lo utilitario. Y carente de otro significado, sin la posibilidad de hallar algo trascendente, el mundo, por muy "útil" que fuera, dejaba de nutrir el espíritu de los hombres, las mujeres y los niños sin ese alimento, el espíritu del hombre tiene que morir.

En el campo de la religión, y sobre todo en el catolicismo romano, el vacío se hizo visible y tangible en las postrimerías del decenio de 1960, cuando los cambios en la liturgia fueron introducidos por el Concilio Vaticano Segundo. Los nuevos cambios acabaron con buena parte de los viejos simbolismos: con sus misterios y sus asociaciones inmemoriales. Los cambios hubieran podido evolucionar hasta convertirse en algo valioso, salvo por el extraño vacío que ahora se apoderó de los católicos y de las personas religiosas en general.

El efecto pareció haber sido repentino. Además, era atontador. Porque era un vacío de indiferencia: indiferencia a los ritos externos —palabras, actos, objetos— propios de la religión; a los conceptos de las ideas y teología religiosas, a las funciones; y al carácter de las personas religiosas —sacerdotes, rabinos, ministros, obispos, papas— se le aplicaba ahora la norma de "utilidad": la forma equivalente a la función; pero, más allá del uso práctico, existe un significado. Las manifestaciones externas de religiosidad ya no parecían tener ninguna importancia. Un número creciente de personas las hicieron a un lado, o se desentendieron de ellas, o se valían de ellas por mera conveniencia social y como señales convencionales.

El mensaje de Jonathan era simple y giraba en torno a esta nueva situación. Toda la belleza del ser humano había, según él decía, sido oscurecida por las teorías religiosas y las iglesias institucionales. Pero ahora había llegado el momento, predicaba:

todo es y siempre será realmente natural. El bien quiere decir natural. No necesitábamos de apoyos artificiales como los que las religiones organizadas nos habían proporcionado. Teníamos que redescubrir la naturalidad perfecta. Dondequiera, en el mundo que nos rodeaba, había sacramentos naturales, santuarios naturales, santidad natural, inmortalidad natural, deidad natural. Había una gracia natural y una abrumadora belleza natural. Además, a pesar del abismo que la iglesia institucional había abierto entre los humanos y la naturaleza del mundo, el mundo y todos los humanos eran una sola cosa en una unión mística natural. Veníamos de una unión y por la muerte habríamos de volver a ella. Jonathan llamaba a esta reunión natural "Padre Abba".

En efecto, Jonathan hacía una singular síntesis de las teorías evolucionistas de Teilhard de Chardin y de la idea que Teilhard tenía de Jesús. Y empapaba todo esto con un profundo humanismo además de tener un certero ojo para la aburrida indiferencia que ahora se apoderaba de los tradicionales creyentes cristianos.

Según el punto de vista de Jonathan, la fe "religiosa" volvía a facilitarse. De un extremo, se podía aceptar la entonces generalizaba idea de que el hombre procedía de la materia inanimada, y, por el otro, no hacía falta aspirar a creer en una resurrección inimaginable del cuerpo; a cambio de eso, había un retorno a "nuestro punto de origen", según solía decir Jonathan: un regreso a esa unidad de la naturaleza y de este universo.

Todo esto admitía el inteligente uso de toda una gama de palabras y conceptos acerca de "la salvación", "el amor divino", "la esperanza", "la bondad", "el mal", "la honestidad"... todos ellos términos e ideas que resultaban tan consoladores y familiares para su congregación. Pero todos estos términos se entendían en un sentido totalmente distinto del tradicional: les faltaba un dios sobrenatural, les faltaba un hombre-Dios llamado Jesús y les faltaba una condición sobrenatural llamada "la otra vida".

La congregación de Jonathan jamás fue muy numerosa, jamás pasó de ser de unas 150 personas. Pero él derivaba una enorme satisfacción de todo esto, porque en su mente todo ello era una preparación para el glorioso Tiempo Nuevo que estaba a la vuelta de la esquina... en el Santuario de la Buhardilla.

Sin embargo, todo esto tuvo profundas consecuencias para Jonathan. A medida que pasaba el tiempo y se acercaba la pri-

mavera de 1969, encontró más y más, y en el sentido más literal de las palabras, "que ya no era su propio hombre". Los extraños —su feligresía, sus amigos— no observaban diferencia alguna, salvo que había dejado crecer sus rubios cabellos, que ahora vestía ropas exóticas y que su lenguaje se había vuelto exaltado.

Con el paso del tiempo, sin embargo, el "movimiento" de Jonathan pareció correr el peligro de marchitarse... ¡aun antes de que se iniciara el Tiempo Nuevo! Ya no ganaba nuevos adeptos. Su doctrina y su punto de vista no se acomodaban fácilmente con los desquiciamientos mucho más estrambóticos de los años sesentas. No era un revolucionario en el sentido político de la palabra. El Santuario de la Buhardilla estaba obviamente en decadencia antes de que hubiera realmente levantado el vuelo. Le hacía falta algo nuevo.

Mientras tanto, Jonathan solía despertar en mitad de la noche y descubrir que su mente estaba llena de extraños impulsos procedentes de ese "control remoto". Se encontraba de repente haciendo la maleta y preparándose para hacer un viaje. Pasaba largas horas solo en su Santuario; y más tarde no sabía qué era lo que había estado haciendo ahí durante todo ese tiempo. El "control remoto" era inexorable en su dominio. Tenía que esperar hasta que se le decía lo que debía hacer. Mientras aguardaba la orden, realizaba matrimonios, celebraba bautizos para sus seguidores. Celebraba también servicios semanales. Constantemente soñaba con iniciar un nuevo sacerdocio y una nueva iglesia que habrían de diezmar las filas de católicos y protestantes.

Hacia las postrimerías del verano de 1969 Jonathan comenzó a recibir "instrucciones" que le llegaban con urgencia. Fue invitado a pasar tres semanas en los bosques canadienses con un grupo de amigos que cada año iban ahí para cazar y pescar.

Jonathan supo, desde el momento en que recibió la carta de invitación, que ese era el momento esperado. Una voz interna le decía una y otra vez: "¡Ve! ¡ve!" "¡Ahí encontrarás tu espejo de eternidad. Ahí recibirás la ordenación para el supremo sacerdocio!". Cuando se le preguntó si había escuchado en esa ocasión una verdadera voz, lo negó. Era como una convicción interior que procedía con la misma firmeza que todas sus otras "instrucciones" y ejercía el mismo irresistible apremio, mucho más allá del efecto de unas meras palabras.

Con Jonathan, la partida de caza estaba formada por doce personas; se alojaron en un campamento base. Cada día se dividían en grupos. Cada grupo se separaba y partía por dos, tres o cuatro días, internándose en los bosques.

Aparte de pescar una que otra vez, el padre Jonathan se ocupaba de pintar y escribir. Pero después de la primera semana, se encontró aventurándose solo cada vez más lejos del campamento. Andaba buscando algo o algún lugar. Cuando lo encontrara lo reconocería, lo sabía. Sus caminatas siempre seguían el curso del río en cuya ribera se había levantado el campamento. Podía encontrar fácilmente el camino de regreso retrocediendo sobre sus pasos a lo largo del río.

Fue en una de estas excursiones que encontró su *sitio*... como lo llamaría más tarde. Ese nombre, "mi sitio", tiene ahora un significado terrible para Jonathan: ahí se produjo su inmersión última en la posesión demoniaca.

Cierto día, después del almuerzo, llevaba caminando unas tres horas en dirección al Sur, a lo largo del río. En el curso de ese tiempo, la corriente de las aguas se había mantenido bastante recta. Sin embargo, llegado a cierto punto, Jonathan observó que el río se internaba entre dos altos paredones y que dentro de ellos describía una S. Cuando Jonathan llegó a la curva más lejana de aquella S, todo su cuerpo y toda su mente se sintieron electrificados repentinamente con una sensación de descubrimiento. Se quedó paralizado, y una palabra latina —*sacerdos* (sacerdote)— le cantaba como una campana clarísima. *¡Sacerdos!*

¡Ahí estaba el sitio! ¡Había llegado, por fin! Aquí sería ordenado nuevamente como sacerdote del Nuevo Ser y Obispo y Jefe del Tiempo Nuevo. ¡Aquello era precisamente lo que buscaba! Se sintió pleno de gratitud.

El lugar era hermosísimo. En ese rincón el agua no tenía sino unos cuantos pies de profundidad. El centro del lecho del río era una alfombra suave, cambiante, de arena tan blanca como la sal. A cada lado, como filas de monjes que presenciaran la ceremonia, había hilera tras hilera de cantos y de rocas, redondeados y suavizados por la corriente del agua durante las anuales avenidas de ese río. En los rincones de la S que formaba, en cada una de sus riberas, había una minúscula playuela cubierta de esa purísima carpeta de arena que subía, en plano inclinado, desde el agua, hasta un marco de piedrecillas azules y negras,

luego seguían helechos y césped, luego pinos, alisos, sicómoros, castaños. Y todo ello ardía a la luz del sol, y sombras silenciosas se cernían sobre las rocas y sobre la arena y sobre el río, formando un trazado de verde semioscuridad en aquella luz dorada.

Jonathan podía ver centenares de soles veraniegos retratados en el agua de un gris verdoso, y cada uno de ellos emitía un fuego que lo cegaba. El río fluía lenta, aunque no perezosamente, cantando sin cesar un estribillo que todo lo llenaba de calma y de continuidad.

Aquel sitio era para Jonathan su "espejo de la eternidad", una visión de la naturaleza, una ventana a través de la que podía echar un vistazo al poder de la eternidad, a su suavidad y a su poder de purificación, a los espacios ilimitados de su ser.

Jonathan cayó en la playa, abrumado, lloroso. Tendido cuan largo era, con el rostro hacia abajo, las manos enterradas en la arena, seguía gritando: *"¡Sa-cer-dos! ¡Sa-cer-dos! ¡Sa-cer-dos! ¡Sacerdos!"* Sus gritos rebotaban de las rocas y de los árboles y cada eco le llegaba más y más apagado, como si recorriera una larga distancia con sus peticiones y sus esperanzas, hasta que se encontró a sí mismo escuchando, en silencio.

La humedad de la arena había empapado sus ropas, en tanto que el sol calentaba su espalda. Comenzó a invadirlo una sensación de bienestar que recorría a todo su cuerpo: una mano poderosa lo tenía en su palma. Se escuchó a sí mismo diciendo, casi suplicante: "Hazme... hazme, por favor... hazme... hazme sacerdote..." Cada palabra era dicha dentro de la blanca arena en la cual tenía enterrado el rostro.

Nuevos pensamientos, emociones, imaginaciones, todo parecía estar bajo el dominio de aquella mano. Y él comenzó a sentir una sensación como de vaciamiento. Su pasado estaba siendo borrado. Todo su pasado, lo que recordaba e incluso lo que había olvidado. Todo aquello que había servido para formar de él lo que había sido hasta ese momento, estaba siendo lavado de su ser. Estaba siendo vaciado de todo concepto, de todo razonamiento lógico, de toda memoria e imagen que su cultura, su religión, su ambiente, sus lecturas habían contribuido a formarlo.

Luego, movido por algún impulso interior al que ya no ponía en tela de juicio, se levantó y se dirigió lentamente hacia el agua. Se detuvo en mitad de la corriente mirando hacia el cielo

por un momento. Y obediente a una voz interior se inclinó; sus manos agarraron la base de una roca y trataron de llegar hasta donde sus raíces alcanzaban ahí, en el fondo del agua. El río corría acariciador, formando remolinos sobre sus hombros y sobre su espalda. Ahora su barbilla estaba casi al ras de la superficie.

"En ese momento buscaba yo el venoso corazón de nuestro mundo", me dijo en una de nuestras conversaciones, "buscaba yo el sitio donde Jesús, el Punto Omega, evolucionaba y evolucionaba y estaba en el umbral de un resurgimiento".

Le parecía que "sólo este mundo era capaz de perdonar y de purificar", que sólo él tenía "elementos unidos"; tenía la impresión de que ahora, por último, había logrado "penetrar", y que se le había concedido la revelación de las revelaciones: la auténtica santidad, el auténtico sacramento, el auténtico ser y el tiempo nuevo en el cual todas estas cosas nuevas habrían de dominar inevitablemente.

Perdió el sentido del tiempo ordinario, del sol y del viento, del río y de sus riberas. El viento era como un gran pájaro que aleteaba, cuyas alas se entremezclaban entre el verde y el café de las ramas de los árboles, a cada lado de él. Las rocas se convirtieron en seres vivos, sus hermanos y hermanas, sus milenarios parientes, que presenciaban su consagración con la reverencia que sólo la naturaleza poseía. Y el agua que lo rodeaba le guiñaba con ojos brillantes y cantaba el cantar que aprendiera, hace millones de años, de los átomos que giraban en el espacio, antes de que hubiera un mundo y un hombre que fueran capaces de escuchar ese cantar. Aquello era un éxtasis irresistible.

Y comenzó a cantar para sí mismo: "¡Jesús, Jesús, Jesús!" Luego, esto se convirtió en "Señor de la Luz, Señor de la Luz, Señor de la Luz! Nuevamente había perdido el control. Cada fibra y cada nervio de su cuerpo y de su mente se hallaban inundados de una fuerza medio opaca. Ahora lo que cantaba era: "¡Señor de la Luz, Señor de Jesús y de todas las cosas! ¡Soy tu esclavo! ¡Soy tu servidor! ¡Soy tu creatura! ¡Soy tu sacerdote!"

Sintió que lo invadía una suave sensación de relajamiento; ya no había en él ahora ni la menor traza de tensión, ninguna expectación, ninguna espera ansiosa, ninguna emoción. Todo aquello se encontraba envuelto y contenido en el ahora, en el presente de ese mismo instante.

Se puso de pie en medio del agua y miró hacia la ribera; sus manos, que sangraban debido a los esfuerzos para llegar al fondo de aquella roca, colgaban inertes a sus costados. Miró los arañazos y las cortaduras de sus dedos y de sus palmas con amor verdadero por el brillo de la sangre a la luz del sol y sobre la limpieza de su propia piel.

Lentamente se dirigió hacia la playa y, sin razón alguna aparente, aceleró el paso. Luego empezó a trotar. Una vez cruzada la arena y en tierra firme, corrió en zigzag por entre los árboles, impulsado por aquella fuerza que llevaba dentro de sí. El suelo ascendía lentamente. Todavía a la carrera, y ya sin respiración, llegó a la cumbre de aquella loma. Entonces comenzó a trastabillar y se sintió caer.

Buscó apoyo. Pero por todos lados los troncos rugosos de los pinos, sus ramas mucho muy arriba del suelo, sus puntas que se perdían en el cielo, eran las únicas cosas que tenía cerca, y ninguno le dio ayuda.

Por entre la nebulosidad del sudor y del cansancio, alcanzó a ver, en la saliente a la que se aproximaba, un árbol pequeño, cuyas ramas estaban cerca del suelo. Tropezó, cayó, se levantó y, por fin, trabajosamente, siguió adelante hasta que se recargó contra el tronco de aquel árbol, y sus brazos extendidos cayeron en las cortas ramas que sobresalían a uno y otro lado de ese tronco. Se quedó ahí unos instantes, la mejilla contra el árbol, sus axilas descansando en las ramas, mientras recobraba la respiración y balbucía medias palabras, en espera de que volvieran sus fuerzas.

Pero de pronto se percató de que su rostro estaba contra algo liso: no se trataba de la rugosa corteza de un pino, ni de la nudosa corteza del sicómoro. Abrió los ojos lentamente, y enderezándose se alejó del árbol, con admiración.

Con creciente horror, que no pudo dominar, vio ahora con toda claridad su forma: era un tronco pelado, carente de toda corteza, trozado a una cuarta parte de su tamaño original por alguna fuerza: quizá un rayo, o quizá una hacha, algún accidente. Era un tronco semimarchito del que sólo sobresalían dos muñones y la blancuzca superficie de aquellas mudas piezas que formaban una cruz estaban manchadas de oscura sangre.

Se encontraba, pues, frente a una cruz, pensamiento que le produjo un feroz sentimiento de horror y repugnancia. Y había

sangre en él. ¿Acaso era su propia sangre? ¿O de quién era aquella sangre? ¿Su sangre? ¿De quién, de quién era aquella sangre? Estas preguntas eran gritos histéricos de temor que se debatían en su cerebro.

Y comenzó a gritar. "¡Maldito! ¡¡Maldícelo! ¡Maldice esa sangre! ¡Maldito sea ese falso Jesús!" El "control remoto" estaba inundando su cerebro de palabras, y él se hacía eco de ellas con sus labios. "¡Destrúyelo! ¡Troza esos brazos!" Las instrucciones caían en su mente en loco desorden.

Extendió las manos, agarró una de las ramas del árbol y comenzó a tirar con todas sus fuerzas mientras gritaba: "¡Maldición, maldición! ¡Estoy libre de ti! ¡Señor de la Luz! ¡Sálvame! ¡Ayúdame!" Por fin arrancó la rama del árbol. Entonces cogió la otra con ambas manos y empezó a tironear y a dar de gritos. La rama cedió sin previo aviso y él salió disparado hacia atrás, tropezó y rodó por la ladera hacia el río, su mundo convertido ahora en un túnel giratorio de luces, golpes y chichones, hasta que fue a dar contra el tronco de un árbol y perdió el conocimiento.

La partida de salvamento lo encontró ahí al cabo de algunas horas, poco antes del atardecer. Estaba seminconsciente y débil, las dos manos agarradas todavía a la trozada rama del árbol. Lo sentaron, con la espalda recargada contra el árbol que había interrumpido su caída. Miraba de frente hacia la orilla. Mientras, el sol se ponía, pero sus últimos rayos rojizos se colaban por entre las ramas e iluminaban aquel tronco marchito, con sus brazos en cruz, ahora meros muñones desgajados: el tronco manchado con aquellas cosas oscuras.

Jonathan no se percató de él por un instante, sino hasta que pudo enfocar los ojos. Gradualmente se dio cuenta de las altas figuras que lo rodeaban, de voces que hablaban, de manos que acercaban a sus labios una cantimplora con whisky y de otras manos que curaban sus verdugones. Escuchó el sonido de ramas que eran cortadas con hacha. Pero su mirada cayó en el árbol. Y empezaron a sonar en su mente campanillas de alarma. Hizo intentos de ponerse en pie al tiempo que tenía los ojos fijos en aquel árbol.

La roja luz del sol se esfumaba rápidamente para convertirse en un crepúsculo negro azuloso, y el árbol se disolvía contra el fondo. Uno de los miembros de la partida de salvamento que

miró a Jonathan luchando por ponerse en pie y observó la fijeza con que miraba aquel árbol, le habló.

—No tema, padre —le dijo—, es sólo un árbol. Un árbol muerto. No hay nada malo, padre, se lo digo yo. Tenga calma, por favor, padre. Es sólo un árbol, sólo un árbol —y presionando a Jonathan en los hombros evitó que se pusiera de pie.

—Sólo un árbol. Sólo un árbol —murmuró Jonathan, y se dejó caer cansado. Luego, perdió el conocimiento. Lo colocaron en una camilla improvisada con ramas y partieron rumbo al campamento.

El final no estaba muy lejos para Jonathan; pero él no parecía percatarse de ello. Después de unos cuantos días de descanso en el campamento, el grupo se dirigió a Manchester, en New Hampshire, donde vivía la madre de Jonathan, a cuya casa lo llevaron.

Se sentía sumamente débil, sufría ataques de vértigo y todo el cuerpo le dolía. Le resultaba difícil dormir por la noche y no podía concentrarse en la lectura ni en la pintura. El médico de la familia le prescribió un descanso de dos meses.

Jonathan pasó las primeras semanas en cama, bajo sedantes. Era atendido por su madre y por una enfermera diurna. Poco a poco recuperó las fuerzas. Para finales de octubre ya estaba de pie y podía caminar por la casa. En noviembre se sintió lo bastante fuerte para salir al jardín, y leyó y pintó de nuevo.

Su madre se había mantenido en contacto con el padre David, en el seminario, por conducto de su párroco. Y tan pronto como Jonathan (también ella había tenido que adoptar este nuevo nombre) se sintió del todo bien, llamó por teléfono al padre David, quien llegó una tarde para visitarlo.

La reunión fue muy inquietante para David, pero para Jonathan pareció ser ocasión de cobrar nuevas fuerzas, como si fuera para él un triunfo misterioso que lo bañara, incluso dentro de su propia miseria. Se dirigió a David llamándolo "hijo mío", hablando en un tono paternal y protector que afectaba a David de manera inesperada. Era la primera vez, en todos sus años de hombre, que David sintió verdadero temor.

Con esta atmósfera como trasfondo de su conversación, David y Jonathan hablaron de Canadá. La teoría que habían desarrollado sus compañeros de excursión era que o bien Jonathan

había sido atacado por un animal salvaje, o que por una u otra razón se había dejado dominar por el pánico, había echado a correr y se había golpeado mientras corría. Al cabo de algunos minutos de hablar con él, David se había persuadido de que aquello había sido algo más que un simple accidente, pero Jonathan no se mostró dispuesto a franquearse con él.

Después de algunos instantes, Jonathan logró desviar las indagaciones de David y su interés por el reciente viaje a Canadá. En cambio, empezó a hablar acerca de su nuevo apostolado y de sus planes para una "misión" en Nueva York. Luego, inesperadamente, y en formas que le parecían esquivas, la conversación comenzó a girar acerca de David mismo. Y otra vez David encontró que una parte de su ser concordaba absolutamente con todo lo que Jonathan decía y de nuevo, en alguna otra parte de su interior, algo ofreció una firme resistencia.

Por último, Jonathan lo tuvo rodeado en un instante:

—Padre David, hijo mío, llegará un momento en que también usted hallará la luz, y saldrá a campo abierto y predicará el Tiempo Nuevo y el Nuevo Ser.

El conflicto en que David se hallaba casi lo ahogó ahí, en su interior, pues una de sus cuerdas recibía con agrado las portentosas palabras de Jonathan, y también sentía un temor verdaderamente abrumador. ¿Qué ocurriría si no pudiera detenerse y siguiera todo el camino hasta acabar exactamente haciendo lo que Jonathan hacía... sea ello lo que fuera? ¿Qué sucedería entonces?

David recuerda con viveza la sensación de náusea que lenta, profundamente, se fue formando en su interior, mientras estaba sentado en aquel cuarto de enfermo, rodeado por la paz del campo. Era una repugnancia mezclada de temor. Había tenido una experiencia semejante, aunque no idéntica, en otra ocasión, cuando descendiera a una tumba múltiple en África, donde estaba enterrado un anciano jefe de tribu. Por entre las pilas de huesos de las personas sacrificadas para asegurar el pasaje del jefezuelo a la felicidad eterna, había sentido el toque del mal independiente y soberano, casi había escuchado su voz en aquella fétida oscuridad que le decía con voz acariciadora: "¡Entra en mis dominios, David! ¡Este es tu sitio!" Y aquello siguió dando vueltas a la idea de que aquellos hombres, enterrados ahí desde tanto tiempo atrás, jamás habían sabido nada acerca de

Jesús ni del cristianismo. Algunas oscuras conclusiones habían empezado a girar en su mente mientras estaba en la tumba, pero la náusea no le había permitido examinarlas con claridad.

Ahora, tratando de sondear el misterio, miró a Jonathan. ¿Quién era el poseso? ¿Es que alguno de ellos estaba realmente poseído? ¿O era todo fruto de la imaginación? Jonathan, a pesar de su enfermedad, se veía erecto, alto, el color había vuelto a sus mejillas, sus ojos azules brillaban y sus largos cabellos caían graciosamente sobre sus hombros. Toda su fuerza y su natural atractivo parecían restaurados. Frente a él, David se sintió repentinamente débil e indefenso, e incluso algo manchado. Una frase de Jonathan acabó con todo su valor.

—No es por nada, hijo mío, que se me ha dado el nombre de Jonathan. Tú eres David, y en la Biblia ellos están unidos para realizar la labor divina.

David volvió el rostro, indefenso, luchando contra la debilidad que pugnaba por dominarlo y contra el temor que lo ahogaba. Trataba de conservar la compostura, pero la voz de Jonathan prosiguió triunfante, resonante.

—Lo que me sucede a mí, te sucede también a ti, hijo mío. ¿No lo ves? Todo ha sido ordenado. Hemos entrado al Reino del Tiempo Nuevo y del Nuevo Ser.

David se sintió en el final de su resistencia. Crecía la sensación de náusea. Se sentía enredado en una trampa que no había sospechado. Poniéndose de pie marchó hacia la puerta, la abrió y hablando por encima del hombro dijo con voz débil:

—Jonathan, vamos a hacer un pacto. Si me necesita yo le ayudaré. ¿Estamos de acuerdo? —Viendo que no había respuesta, se volvió lentamente—. ¡Jonathan! Tenemos una cita para el día en que usted...

Se interrumpió. Jonathan, de pie en el centro de la habitación, con los ojos cerrados, se mecía hacia atrás y hacia adelante como si lo empujara un fuerte viento.

—¡Jonathan, Jonathan! ¿Se siente bien?

—Padre David —la voz era casi un suspiro, lleno de dolor—. Padre David, ayúdeme... ahora no... ahora es imposible... demasiado lejos... pero en el momento... estamos de acuerdo... si...

El resto se perdió en una confusión de palabras. Jonathan se volvió y luego se dejó caer en una poltrona. David observó

que el dedo índice de la mano derecha de Jonathan estaba dentro de su mano izquierda.

Se abrió la puerta. La madre de Jonathan entró calladamente, sin prisas. Su rostro era una máscara.

—No tema, padre David —murmuró—. Ahora dormirá. Y en el futuro usted podrá volver a él. Vaya y descanse, lo necesita usted. Necesita usted mucho descanso.

Conversó algunos minutos con ella, y luego se marchó. Ella lo tendría al tanto de los movimientos de su hijo.

A mediados de diciembre, Jonathan volvió a dejar la casa de su madre y regresó a Nueva York. Durante los cuatro meses siguientes David siguió todos sus movimientos. Siempre estaba cerca de él, pero sin mostrarse, y visitaba Nueva York regularmente para mantenerse al tanto de sus andanzas y actividades. Por el momento no le era dado intervenir. Pero sabía que el momento llegaría.

Ahora estaba convencido de que Jonathan había cedido a la plena posesión de su ser por algún mal espíritu. Y estaba convencido a medias de que él mismo había sido afectado por todo esto, si bien no alcanzaba a comprender exactamente de qué manera. No fue sino hasta la desastrosa ceremonia matrimonial a orillas del mar, que tuvo oportunidad de ayudar a Jonathan y de descubrir exactamente lo que a él mismo le había sucedido.

A mediados de febrero, David se enteró, casi por accidente, del matrimonio que Jonathan iba a celebrar en Dutchman's Point. El padre de la novia, prominente corredor de valores, era un viejo conocido de David. Se apresuró a llamar por teléfono a este caballero y concertó con él una cita para comer en su casa de Manchester. David fue recibido al principio con gran afecto, como a un viejo amigo. Pero la conversación se agrió cuando se puso en claro la razón de su visita: David deseaba que el padre de la novia pospusiera el matrimonio, o bien, que solicitara los servicios de otro clérigo.

El padre Jonathan era un buen sacerdote, gruñó el padre de la chica. Luego, de mal humor, pasó a murmurar del clero en general, diciendo que Jonathan, por lo menos, lograba que los jóvenes dijeran sus oraciones, creyeran en Dios y se ocuparan del ambiente... algo que "los hombres de sotana" no solían

hacer, David replico e insinuó los temores y sospechas que abrigaba acerca de Jonathan, pero de nada le valió. El mundo cambiaba, se le dijo. ¿Qué era todas esas siniestras ideas acerca del mal y del Diablo? ¿Es que el padre David creía en esas tonterías todavía? La única respuesta de David fue la exposición de los hondos temores que abrigaba no sólo por Jonathan, sino por la hija de su amigo.

Al levantarse de la mesa, el corredor de bolsa le dijo que, si tanto miedo tenía, asistiera él mismo a la ceremonia. Así pues, se le invitó ahí mismo. Ya vería, añadió el corredor, que todo iba a salir bien, que por una vez, Hilda, su hija, sería gloriosamente feliz. Ella quería celebrar así su matrimonio. Y después de todo, uno se casaba sólo una vez.

—Ahí estaré —respondió David en voz baja—. No tema, pero tendrá usted que responder de los resultados.

El corredor de bolsa se detuvo un instante y miró a David, se quedó pensativo unos segundos y luego su rostro se nubló, con una nube de ira. Las palabras del hombre hirieron hondamente a David.

—Padre David, yo soy un hombre sencillo en lo que a religión y cuestiones religiosas se refiere; lo que sucede en ese campo es culpa de todos ustedes los clérigos. Usted lo sabe —se interrumpió, escrutando el rostro y la figura de David—. Algunas veces tengo la sensación de que ustedes son realmente los perdidos. Nosotros los legos tenemos una especie de protección. Después de todo, jamás estuvimos a cargo de la religión, ¿no cree?

Se separaron.

MISTER NATCH Y EL CORO DE SALEM

El exorcismo del padre Jonathan se inició en la primera semana de abril y sólo concluyó hasta la segunda semana de mayo. Cosa que jamás hubiera podido prever David, el exorcismo de Jonathan resultó ser relativamente fácil. Fue David mismo quien estuvo en peligro. Su cordura, su fe religiosa y su salud física corrieron el máximo peligro. Pero, gracias a sus sufrimientos, podemos formarnos una idea mejor del proceso de la posesión... cuando menos de un tipo de posesión: cómo se inicia, cómo progresa y cómo, en último análisis, entra en juego el libre albedrío del poseso.

Aunque el exorcismo de Jonathan se grabó en cinta, en lo relativo a los detalles del maratón de cuatro semanas que significó la lucha de David consigo mismo, tenemos que fiarnos del diario que él llevó tan minuciosamente durante ese tiempo, así como de lo que comentó con otras personas acerca de su experiencia, y de mis propias conversaciones con él.

Cuando David y Jonathan abandonaron la frustrada boda de Massepiq, David se dirigió directamente al seminario, donde Jonathan y él se alojaron hasta que se inició el exorcismo.

En el camino, Jonathan le planteaba insistentemente una pregunta: ¿Por qué era tan importante marcharse antes de que el sol estuviera alto en el cielo?

David respondió con franqueza que no lo sabía exactamente; que quizá nunca lo sabría; pero, siguiendo únicamente su instinto, David estaba cierto de que la luz del sol de mediodía se había convertido de alguna manera en el vehículo de una influencia nefasta para Jonathan.

—Para ti, Jonathan, se ha vuelto algo infecto —le dijo David con voz tersa.

Jonathan lloró al comprender lo que estas palabras significaban. La luz y el calor del sol mismo, las cosas más bellas de su mundo, se habían convertido para él en algo nefasto. Sin embargo, obedeciendo las instrucciones que David le diera, Jonathan mantuvo cerradas las persianas de su habitación en el seminario. Salía para respirar aire fresco sólo por la noche o ya en el atardecer. Evitaba siempre el sol de mediodía.

Los preparativos del preexorcismo a los que el padre David se había acostumbrado en su gestión como exorcista de la diócesis quedaron concluidos para fines de marzo. Algunas de las medidas necesarias —reconocimiento médico, examen por sicólogos, antecedentes familiares— habían sido cumplidos a raíz del espectacular ataque que Jonathan sufriera el otoño anterior. Concluidas algunas rápidas gestiones, se terminaron los preparativos. Ahora sólo restaba elegir el sitio, fijar el día y nombrar a los asistentes.

David tenía la convicción interior de que habría poco peligro de violencia material, pero que la tensión mental sería grande, y muy profunda la presión a que se vería sujeto su propio espíritu. Por consiguiente, pidió a un joven siquiatra, amigo suyo, y a un médico general, hombre de edad mediana, que le sirvieran

de asistentes. Contaba además con los servicios del padre Thomas, su joven ayudante, quien habría de sucederle en junio como exorcista de la diócesis.

La elección del lugar del exorcismo suscitó cierto problema. David estaba en favor de actuar en el oratorio del seminario, o en alguna habitación de una ala remota del mismo edificio. Jonathan suplicó que la ceremonia se celebrara en la casa de su madre, donde él había nacido y se había criado. Todas sus asociaciones, sus comienzos, sus más altas esperanzas estaban en aquella casa proyectada y construida por su padre. Además, estaba rodeada por una extensión de terreno y gozaba de una intimidad de la que no podrían disfrutar en el seminario.

El obispo, siempre ecuánime, fue quien decidió por ellos.

—Pase lo que pase, que suceda mejor en privado y con toda discreción. No quiero ver a la mitad de mis jóvenes seminaristas corriendo como si se tratara de gallinas asustadas —le dijo a David. Y luego agregó algo que David jamás habría esperado escuchar de labios de este hombre mundano, cuyo principal mérito parecía ser su talento financiero—. No es superstición, padre, se lo aseguro —esto lo dijo enarcando las cejas—, pero su padre construyó la casa y crió ahí a su familia. También él tiene un interés en este asunto. Sus amarras seguramente están ahí.

David reflexionó en el último comentario del obispo; concordaba con lo que él había ya supuesto en algunos otros casos de posesión: que existía una íntima relación entre determinados sitios y el exorcismo de malos espíritus.

Todos convinieron en que Jonathan debería permanecer en el seminario bajo la vigilancia de David y de su joven ayudante, hasta la víspera del primero de abril, día elegido para el exorcismo. A medida que la fecha se aproximaba, Jonathan se mostraba más y más inquieto, apenas comía y tenía que recurrir cada vez más a los somníferos para poder descansar en las horas de la noche.

A las 10 de la noche del 31 de marzo, David lo condujo en auto a la casa de su madre. Ahí se les unieron, aquella misma noche, los asistentes... precaución que David tomara también por instinto. A las cuatro de la madrugada de la siguiente mañana se produjo un ruido que los despertó a todos, y encontraron a Jonathan, ya completamente vestido, que buscaba algo en los cajones del aparador de la cocina. Si es que andaba buscando

un cuchillo para atentar contra su vida o para atacar a los otros, o si —como él dijo— se proponía prepararse algo de comer, es cosa de la que jamás pudo David tener la certeza. De todos modos, puesto que ya estaban despiertos, David pidió a la madre de Jonathan que les preparara el desayuno. A las seis de la mañana estaban listos para comenzar.

Los arreglos fueron muy sencillos. Se había sacado todo el mobiliario de la habitación. Su piso de terrazo estaba desnudo de todo tapete o alfombra. La maderas de la ventana estaban herméticamente cerradas. Jonathan decidió ponerse de rodillas, la cara hundida entre las manos, ante la mesita en la cual había colocado David su crucifijo, el frasco del agua bendita, las dos velas y el libro de oraciones. La grabadora se colocó cerca de la ventana. David vestía la sotana, la sobrepelliz y la estola. Se abstuvo de hacer una entrada solemne. De pie en el lado de la mesa opuesto a aquél ante el cual Jonathan estaba hincado, los asistentes reunidos alrededor de ambos, procedió a la tarea que tenía entre manos. Recitó la oración inicial del rito de exorcismo, dejó el libro sobre la mesa, miró a Jonathan y habló.

—Jonathan, antes de proseguir, deseo pedirte ante estos testigos que me respondas claramente que estás aquí por tu propia voluntad y que deseas que yo, en el nombre de Jesús y por la autoridad de su Iglesia, te exorcice de cualesquiera malos espíritus que pudieran poseerte o tener parte alguna de tu ser, de tu cuerpo o de tu alma, en cautividad. Respóndeme.

David miró la inclinada cabeza de Jonathan. No podía verle el rostro, sino sólo sus dorados cabellos y pequeñas franjas de su alta frente por entre los largos dedos de artista, así como las hermosas manos que ocultaban el rostro.

—Jonathan, respóndenos por favor —dijo después de un breve silencio. David contenía la respiración, y sentía una creciente angustia.

—Consiento en estar aquí —la voz de Jonathan era profunda y melodiosa— y deseo que cualquier mal o error presente sea exorcizado—. David volvió a respirar tranquilo de nuevo. Pero su inquietud renació casi al instante, cuando Jonathan añadió—. El mal es sutil, la injusticia es muy vieja. Todos los males deben ser enderezados. Tal es el verdadero exorcismo.

—Jonathan, hablamos aquí precisa y únicamente de Satanás, el Príncipe de las Tinieblas. el Ángel de la Luz —se apresuró

David a decir con tono severo. Observó que Jonathan se movía inquieto, como si escuchase atentamente—. Nos proponemos descubrir esa presencia y expulsarla por el poder de Jesús. ¿Consientes?

—Sí, consiento.

Una pausa. Luego, cuando David estaba a punto de plantear la siguiente pregunta, Jonathan comenzó a hablar de nuevo:

—¡Pobre Jesús! ¡Pobre, pobre Jesús! ¡Tan mal servido! ¡Tan mal descrito! ¡Tan crasamente desfigurado! ¡Pobre Jesús! ¡Pobre, pobre Jesús!

David se interrumpió bruscamente. La voz de Jonathan tenía todavía ese tono de campana de plata. David decidió recurrir a otra táctica.

—Ahora, Jonathan, por el poder de que he sido investido por la Iglesia de Jesús, y en el nombre de Jesús, deseo hacerte una segunda pregunta. ¿Acaso de manera consciente, a sabiendas, dentro de tu memoria viviente, concediste alguna vez algo, o conviniste o tuviste trato alguno con el Malo?

—Hacerle eso a Jesús sería traicionarme a mí mismo, a mi rebaño, a la bondad de Jesús, al mundo, a la vida misma, a nuestra eterna paz... —la voz de Jonathan se escuchó musical y tranquila.

—Jonathan, deseo una respuesta, una respuesta concreta a mi pregunta. Es muy importante.

—Por el contrario, Jesús ha venido a mí y yo me he convertido en su sacerdote. ¡Alabanza a Jesús! ¡Alabanza al Señor de nuestro mundo!

David no tuvo más remedio que contentarse con esta respuesta, así que pasó a la siguiente etapa.

—Entonces, Jonathan, vamos a repetir, primero el Credo y luego tus promesas bautismales —David confiaba en que de esta manera se evitaría la necesidad de pasar por todo el rito del exorcismo. Después de todo, razonó, si Jonathan había podido contestar hasta ahí satisfactoriamente, probablemente la posesión era sólo parcial.

David pronunció la primeras frases del Credo.

—Creo en Dios Padre Todopoderoso, creador del cielo y de la tierra —hizo una pausa, esperando que Jonathan lo siguiera. Pero éste, al parecer, había empezado antes de que él terminara su oración, y todo lo que David pudo escuchar fueron las palabras

"la tierra". Inició la siguiente frase— y en Jesucristo —pero se interrumpió porque Jonathan seguía hablando.

—Dos o tres mil millones de años atrás, la Tierra. Cada uno de nosotros cincuenta billones de células. Ciento cincuenta millones en la época del César. Tres mil seiscientos millones en nuestros días. Doscientos millones de toneladas de hombres, mujeres y niños. Tres billones de toneladas de vida animal...

—Jonathan, vamos a proseguir con...

—Todo ello para que Jesús pueda emerger. ¡Oh, hermoso Omega! ¡Alabanza a Jesús! ¡Alabanza al Señor de este mundo con el que todos nosotros, todos los doscientos millones de toneladas, somos uno!

David se detuvo y miró fijamente a Jonathan. Este aún tenía el rostro hundido entre las manos, y proseguía hablando.

—¡Oh, lo que han hecho de ello! Judíos y cristianos, ¡estos judeocristianos! —Ahora la voz de Jonathan se había convertido en un murmullo de disgusto—. El pontífice de la creación... eso es lo que han hecho de todo hombre y de toda mujer —los hombros de Jonathan se sacudían; estaba sollozando.

Como antes, David sintió en su interior un extraño sentimiento que le hacía recibir con agrado y concordar con cada una de las aseveraciones de Jonathan. Alguna parte oculta de su ser desconocida hasta entonces repetía con insistencia: ¡sí!, ¡sí!

La voz de Jonathan cobró velocidad y esa precipitación que da la seguridad de lo que se dice.

—Y lo que empezó como una miserable alga, una especie de prueba con sapos y pajarillos que se elevaban hacia arriba, hacia el punto Jesús, se trasformó de pronto e hizo de este planeta su campo de juegos, la escena de su loca actuación, su dominio —la voz bajó de nuevo a una oración apenas murmurada—. ¡Pobre Jesús! ¡Pobre mundo! ¡Alabanza al Señor del Mundo por la Luz! ¡Pobre Jesús!

Ese sentimiento de conformidad que David percibía dentro de sí comenzó a cobrar un mal sabor. ¿Qué era lo que el padre G. le había dicho? La memoria de David comenzó a girar y a volverse hacia acá y hacia allá. El pánico se apoderó de él. Rebuscó desesperado a través de sus recuerdos, como el hombre que hurga entre una pila de viejos papeles en busca de un documento que necesita con premura. Trató de recordar el principio, las primeras instrucciones recibidas del padre G. ¿Qué le había dicho?

La voz de Jonathan lo interrumpió.

—Padre David, no está usted conmigo. Por favor, ¡sígame! —Se mostraba insistente. La mirada de David volvió a fijarse en aquellas bellas manos que cubrían el rostro y se estremezclaban con los dorados cabellos. Jonathan parecía un ángel de Dios, todo vestido de luz, que hacía penitencia de rodillas por los pecados de los hombres. David se sentía tentado de decirle: "Sí, Jonathan, no temas! ¡Estoy contigo! ¡Sí, sí!" Las palabras subieron a sus labios como una copa que se le ofreciera. Pero una rápida ola de inquietud volvió a atacarlo; y de nuevo volvió a su mente como un bumerang aquella duda: ¿Qué era aquello contra lo que le había prevenido el padre G.? ¿Qué le había dicho? ¿Qué era? La voz de Jonathan se escuchó una vez más:

—El padre G. es algo ya pasado e ido —David quedó estupefacto al percatarse de que Jonathan leía sus más íntimos pensamientos—. Está otra vez en el vientre de todos nosotros. Dejemos que los muertos entierren a los muertos, padre David. Usted y yo estamos vivos. Caminemos pues en la luz, mientras la tengamos.

Jonathan hablaba ahora, mezclando frases de las Escrituras con sus palabras. David se volvió, como si tratara de protegerse de una influencia que le venía de la persona de Jonathan; y su mente giraba y giraba, enloquecida, mientras él trataba de recuperar el terreno perdido. Miró hacia el techo. Se sentía acorralado: ahí no había nadie sino Jonathan y él, y entre ambos un éter extraño, un invisible corredor de comunicación y, durante todo ese tiempo, su memoria seguía buscando y trabajando enloquecida, a la mira de alguna atadura a la que pudieran agarrarse su mente y su voluntad. ¡Ah! ¡Por fin! He aquí lo que el padre G. le había dicho:

"El Ángel de Luz", *eso* era lo que había tratado de recordar, "el Ángel de Luz". Y el padre G. también le había advertido: "Tu mayor peligro, David, es que piensas demasiado, tu cerebelo trabaja demasiado. Escucha tu corazón. El Señor habla a tu corazón".

Un poderoso sentimiento de alivio llenó a David. El espacio se abría nuevamente en su interior —libre, sin más ataduras, amplio, fresco, íntimo— y sin haber sido tocado por esa estrecha y oscura vía de comunicación, toda retorcida, que parecía existir entre él y Jonathan.

Luego, una palabra aguda, su propio nombre pronunciado como el restallar de un látigo, hirió sus oídos.

—¡David! ¡David! —era Jonathan. Esta vez la voz tenía un tono admonitorio, el tono empleado por un maestro o un superior. Curiosamente los papeles se habían cambiado.

David oyó que su joven ayudante le murmuraba al oído:

—David, está temblando. ¿Cree usted que esté bien? El doctor teme... —David le hizo seña de que se callara y miró nuevamente a Jonathan, con toda atención. El rostro de Jonathan seguía oculto entre sus manos, pero a David y a sus ayudantes les dio la impresión de que se sacudía en sollozos, presa del dolor.

David decidió probar un nuevo enfoque. Tenía que buscar algún sitio donde plantar el pie. Tenía que llegar a Jonathan, lograr que éste resistiera al espíritu del mal que se apoderara de él; tenía que obligar a ese espíritu a manifestarse. Y tenía que dominarse a sí mismo, a fin de lograr todo ello.

Viendo las cosas desde aquí, y dado el carácter de David, su actuación era casi inevitable. Y dada la realidad de su situación como distinta de aquélla en que se encontraba Jonathan, lo que siguió era no sólo inevitable, sino necesario.

Se acercó a Jonathan. La conmiseración y la compasión eran los sentimientos que reinaban en su mente. Apoyó ligeramente la mano en el hombro de Jonathan y le habló:

—Jonathan, amigo mío... no te rindas al dolor. Jamás te dejaré ni abandonaré en mis esfuerzos. No me alejaré de ti hasta que...

—Sé que no lo harás... —la voz de Jonathan parecía salir a fuerza, entre violentas contracciones de su pecho y su garganta—. Sé que no lo harás porque —Jonathan hizo una pausa e inhaló profundamente—, *hermano mío, no puedes hacerlo*. No puedes. Fue un graznido horrible, una especie de silbido que llegó como una mano que se introdujera en la mente de David. David inició el movimiento para retirar su mano; al hacerlo, sintió en su mente extraños impulsos: la fiera persuasión que lo golpeaba de que él y Jonathan eran las únicas personas cuerdas que había en aquella habitación. Los otros, el joven sacerdote su colega, el doctor, el siquiatra, eran simples marionetas, modelos plásticos de la realidad, héroes de la picaresca que participaban en una broma cósmica. Sólo Jonathan y él mismo. Sólo Jonathan y David.

—¿Ahora lo comprendes, David? —murmuró Jonathan. Un graznido, un silbido.

¿Quién estaba al mando?

—¿Comprendo qué? —David apenas había logrado pronunciar estas palabras cuando sintió una comprensión que estaba más allá de las palabras, una cierta corriente común de ideas, como si David y Jonathan compartieran un cerebro, como una facultad intuitiva superior que pudiera desentenderse de la necesidad de la palabra hablada—. ¿Comprendo qué? —David dijo esto una y otra vez. Era una especie de grito, una protesta contra el engaño. Porque en aquellos momentos todo se aclaró ante él. Por vez primera se percató de ello: él mismo estaba siendo invadido lentamente por aquel espíritu del mal que tenía en su poder a Jonathan; y comprendió que Jonathan mismo también lo sabía.

Jonathan levantó el rostro repentinamente y miró a David. Su mano derecha, con el torcido dedo índice, cayó pesadamente sobre la mano de David que descansaba en su propio hombro. David era como un hombre que hubiera visto un fantasma: de súbito palideció, se encogió, sus ojos miraban fijamente, los labios apretados, la respiración trabajosa, sudaba profundamente porque el rostro que vio en Jonathan era una máscara arrugada y torcida, no por el dolor ni las lágrimas, sino por las sonrisas y el gozo. Y ese gozo estalló ahora en sus labios con un sentimiento de alivio.

Y gritó a David en plena cara.

—¡Eres lo mismo que yo, David! ¡Padre David! —Thomas, el joven asistente de David, se le acercó. El doctor y el siquiatra se echaron hacia atrás, sorprendidos, y miraban incrédulos, de David a Jonathan y de nuevo a David. David rechazó el ofrecimiento de ayuda del padre Thomas.

—Tú has adoptado al Señor de la luz, al igual que yo, ¡pobre imbécil! —gritó Jonathan entre la risa que lo ahogaba. Soltando la mano de David, que tenía agarrada, se puso en pie— Médico, ¡cúrate tú mismo!

Jonathan rugía de regocijo. Sus carcajadas llenaban la pequeña habitación; materialmente se doblaba de risa, se golpeaba las rodillas y las lágrimas corrían por su rostro.

—¡Ja, ja, ja! David, ¡eres un verdadero chiste! ¡Eres mi hermano del alma! ¡No crees en lo absoluto en toda esta paya-

sada infantil! Cada una de sus palabras golpeaba a David como una bofetada en pleno rostro.

—*Hoc est corpus meum.* Tú estás ya tan liberado como yo, ¡hombre! Perteneces al Nuevo Ser y al Tiempo Nuevo.

Repentinamente, Jonathan se tranquilizó.

—¡Y eras *tú* quien trataba exorcizarme a *mí!* —el desprecio había sustituido la risa, un desprecio terrible. Se inclinó hacia adelante, acercando su rostro al de David y, con tono lento, deliberado, subrayando cada palabra, le gritó—. ¡Lárgate de aquí, infeliz basura! ¡Lárgate de aquí con estos espantapájaros que trajiste contigo! ¡Ve y cura tus propias heridas! ¡Ve a buscar a tu almibarado Jesús para que te cure! *Laaar-go.*

Estas dos últimas sílabas fueron pronunciadas con lentitud con un deliberado y pesado desprecio. David era ahora como el hombre que trata de mantenerse en pie después de haber recibido un terrible golpe.

—¡Vamos, padre David! —le dijo en voz baja el joven sacerdote, si bien su tono denunciaba cierta premura, pues había mirado esa expresión de superioridad y mando que se leía en el rostro de Jonathan.

—Vámonos de aquí, David —dijo el doctor.

David se volvió por un instante y se quedó mirando a Jonathan. Los otros no vieron temor alguno en el rostro de David, sólo extrañeza y dolor. Sus miradas siguieron la de David. Ahí estaba Jonathan, pendiente de su retirada. Toda su apariencia había cambiado. Tenía la cabeza erguida. Su actitud era orgullosa. Sus rubios cabellos le caían alrededor de los hombros como un halo que captara la parpadeante luz de las velas. Sus ojos azules brillaban con una luz enceguecedora. Su mano derecha estaba alzada en forma tal que el torcido dedo índice quedaba a través de su garganta. La mano izquierda colgaba.

—¡Márchense en tinieblas, idiotas! —gritó Jonathan en voz de falsete. La mano derecha descendió, y con gesto brusco arrojó las velas al suelo. Las velas se apagaron y la habitación quedó sumida en la penumbra. El joven sacerdote había abierto la puerta. Los cuatro hombres apresuraron el paso—. ¡En tinieblas! ¡Imbéciles! —la voz de Jonathan los perseguía. Cuando salieron, se percataron repentinamente de que la temperatura del día era cálida; dentro, en la habitación, habían tenido frío.

Literalmente, David salió a tropezones hasta el iluminado corredor y se recargó contra la pared. A un lado de la som-

brerera, la madre de Jonathan estaba sentada en una silla de ornamentado respaldo. En sus manos sostenía el rosario, que descansaba sobre su regazo. La cabeza, con los ojos cerrados, estaba inclinada. Al cabo de unos instantes, la alzó y, sin mirar a David, habló con voz serena, llena de resignado dolor.

—Él está bien. Mi hijo. El esclavo del demonio. Él está bien, padre David. Pero usted necesita limpiarse. Que Dios lo ayude —luego, como si se percatara de cierto temor por parte de David y de las otras personas en cuanto a su cordura y su fe, añadió—. Yo soy su madre, no puede hacerme ningún daño —dijo esto movida por un instinto, pero David tenía la certeza de que aquello era verdad.

David salió a trompicones. Nadie se volvió a mirarlo. Ayudado por sus compañeros, tomó asiento en el automóvil y fue llevado al seminario. Una vez en su habitación, se sentó cansadamente, en compañía de su joven ayudante, que estuvo con él más o menos media hora.

—¿Y ahora qué vamos a hacer, padre David? —preguntó Thomas finalmente. David no respondió. En ese momento se hallaba enteramente ocupado consigo mismo y con la negra realidad que había descubierto dentro de sí. Miró al joven sacerdote y se sintió extrañamente fuera de sitio. ¿Qué tenía él en común con aquel rostro fresco, aquella negra sotana, el blanco alzacuello y, sobre todo, esa mirada que veía en los ojos del joven sacerdote? ¿Qué significaba esa mirada? Esforzó los ojos, que miraban fijamente a Thomas. ¿Qué había en aquella mirada? ¿Es que alguna vez la había tenido él mismo? ¿Es que era todo aquello una broma? ¿Una charada o una chiquillada estúpida? Los jóvenes sacerdotes deben creer... al igual que los niños. Pero luego crecen... como también crecen los niños. Y entonces pierden aquella mirada. ¿Acaso cesan de "creer"?

—Está usted rodeado de signos de interrogación, Thomas —le dijo estúpidamente al joven sacerdote. Luego recayó en el silencio, sin dejar de mirar fijamente a su joven colega. ¿Qué demonios significaba creer, en todo caso? ¡Esa mirada idiota! ¡Qué significaba aquella mirada! Era algo así como una cosa a base de azúcar y especias y necedad y bondad, esa confianza infantil que nos hace pensar que vamos directamente al cielo cuando morimos. ¿Por qué era aquella mirada tan franca y tan sorprendida?

—¡A ver si deja de mirarme como un estúpido! —David grit las palabras a Thomas. Luego comprendió lo que había hecho— ¡Perdóneme, Thomas! —murmuró humildemente, al ver el pálid rostro del sacerdote. David comenzó a llorar en silencio.

—Padre David —Thomas contuvo la respiración—, yo n tengo experiencia. Sin embargo, creo que usted necesita descans Permítame llamar a su familia por teléfono —asintió, indefens

Temprano por la tarde, David fue llevado en automóvil a condado de Coos, de regreso a la casa de la granja. Sus padre quedaron encantados de verlo. Vivían ahora completamente solo salvo por un sirviente que habitaba ahí y el jardinero que solí quedarse en la granja.

Aquella noche, David se fue a la cama en la habitación qu había ocupado durante su infancia y juventud, pero más o menc a la medianoche despertó, cubierto de sudor y temblando com una hoja. Sin saber por qué, sentía una profunda sensación, u presentimiento que llenaba su mente. Se levantó, bajó la cocin y calentó un poco de leche. Cuando iba de regreso a su habi tación, se detuvo ante la puerta del cuarto del Viejo Edward. S quedó ahí por un momento, sorbiendo la leche y pensando d manera vaga, indirecta. Tal como él lo describe ahora, su ment seguía aclarándose, como una pantalla de televisión llena de raya que lentamente comenzara a enfocarse. Luego, sin pensar e nada concreto, pero guiado por un ciego impulso, abrió la puert de la habitación, encendió la luz y entró.

El cuarto estaba casi igual que cuando entrara en él la noch en que Edward murió; la única alteración era una gran fot grafía de su tío, tomada unos meses antes de su muerte, qu colgaba encima de la repisa de la chimenea. La foto mirab a David. Éste se sentó durante una hora en aquella habitació Luego, obedeciendo el mismo ciego impulso, sin apresurarse, fu a su propia habitación y trasladó la ropa de cama y todos su efectos personales a la habitación de su tío y se quedó a do mir ahí.

David permaneció casi cuatro semanas en la granja. Al pri cipio, salía todos los días a dar largos paseos e incluso realizab algún trabajo manual en la granja. A veces pasaba por el bo quecillo que estaba en el extremo occidental de la casa, pe jamás penetró en él. Solía quedarse de pie, rumiando sus pe samientos, y luego seguir su camino. Incluso buscó a algunos

sus viejos amigos y pasaba buena parte de las veladas conversando con sus padres.

Cuando estaba por terminar la primera semana de su estancia, este programa de vida cambió. Comenzó a pasar la mayor parte del día y de la noche en su habitación, y salía únicamente para las comidas y rara vez pisaba el suelo fuera de la casa. Luego, más o menos por la tercera semana, dejó de salir de la habitación, salvo para usar el cuarto de baño.

No abría las persianas de su cuarto, apenas comía y, hacia el final, vivía exclusivamente de la leche y algunas galletas y frutas secas que su madre solía dejar en una charola fuera de la puerta de su habitación.

Desde el principio de su estancia, había advertido a sus padres que no deberían alarmarse por sus hábitos. En su primer día ahí, había ido a visitar al padre Joseph, el sacerdote de la localidad, que había sido su alumno en el seminario. Durante los últimos diez días de la estancia de David en la granja, este sacerdote fue el único ser humano que lo visitaba y con el que David hablaba.

David llevó un minucioso diario durante aquellas cuatro semanas y, salvo por algunos momentos en los que perdía totalmente el dominio propio (momentos de los cuales no conserva un claro recuerdo), existe una cronología más o menos continua de los sucesos... la experiencia interior de David pasó por los fenómenos exteriores que señalaron este periodo de capital importancia.

Durante todo este tiempo, allá en Manchester, Jonathan seguía viviendo en la casa de su madre.

La comparación de la manera en que David y Jonathan pasaron determinados días y horas de aquellas semanas ha sido difícil de lograr, pero existen claros indicios de ciertos estados por los cuales pasó David y que coincidieron —a veces a la hora— con extraños momentos y actitudes de la vida de Jonathan. Sin embargo, nuestro principal intento es examinar la experiencia de David porque, en el lenguaje técnico de la teología, el padre David M. se vio privado de toda creencia consciente. Su fe religiosa fue sometida a prueba en un asalto que casi consiguió robársela por completo. Mental y emocionalmente, se encontraba en el estado de quien carece de toda fe religiosa. En esta medida, David, quien aún seguía considerando que su vocación sacerdotal era válida, había entregado su mente y sus emociones a cierta forma de posesión.

No hubiera habido lucha, y mucho menos agonía, si la voluntad de David no se hubiera mantenido tercamente apegada a sus creencias religiosas. Milímetro a milímetro, figurativamente hablando, tuvo que luchar por salvar su fe contra un espíritu al que él mismo había dado entrada y que ahora se lanzaba a apoderarse de él por completo. Conscientemente había estado aceptando ideas y persuasiones por largo tiempo. Y hasta ahora no se había percatado de que todas esas ideas y persuasiones, a pesar de su disfraz de "objetividad", tenían una dimensión moral y una relación con el espíritu... bueno y malo. En todo este tiempo no había llegado a comprender que nada hay que sea moralmente neutral. Con tales ideas, persuasiones y deficiencias como el vehículo más adecuado, se había colado en él un espíritu que le era ajeno, pero que ahora pretendía dominarlo del todo.

Durante esas cuatro semanas pasadas en la granja de Coos, la vida toda de David como creyente pasaba continuamente ante sus ojos como si fuera una serie de fotografías que se hicieran correr rápidamente con el dedo pulgar: su infancia, sus días de escuela, su preparación en el seminario, su ordenación, sus estudios para el doctorado, sus viajes como antropólogo, sus conferencias, lo que había escrito en artículos y libros, las conversaciones que había sostenido, todo ello se le presentaba como cuadros que cambiaran constantemente. Y cuando llegaba al final, volvía a empezar de nuevo.

Camafeos, pequeñas escenas, rostros largo tiempo olvidados, palabras y frases que le venían a medias. Recuerdos muy vívidos. Cada uno con una conclusión propia. El día en que dijo a la hermana Antonio, en la escuela parroquial, que decididamente Jesús no podía caber en la hostia. David tenía ocho años. La hermana le acarició la cabeza:

—Mira, David, pórtate como niño bueno. Nosotros sabemos lo que está bien —no le habían dado ocasión de elegir ni le habían dado una respuesta. *No elección, no elección,* repetía un eco silencioso.

Su entrevista con el obispo cuando pidió ser aceptado en el seminario:

—Si se convierte usted en sacerdote se le exigirá una perfección de espíritu que no suele concederse a la mayoría de los cristianos —el espíritu no es elitista. *No elitista. No elitista. No elitista,* repetía el eco.

Aquellos ecos resonaban a través del recinto de los años en el cerebro de David, al igual que las "fotografías" continuaban pasando ante él.

Recordaba el momento en que se convenció de que no había pruebas fehacientes acerca de Jesús escritas durante su propia vida. En los cuatro Evangelios, los Hechos de los Apóstoles y las Cartas de San Pablo, sólo constaba lo que hombres y mujeres creyeron y pensaron que sabían, después de treinta, cuarenta o sesenta años de la muerte de Jesús. Incluso si ellos creían que sabían, ¿cómo podía David estar seguro de que sabían? Pensaba y creía solamente lo que ellos creían y pensaban. "No tengo pruebas. Esto suena a engaño". *Engaño, engaño, engaño.* La palabra era un martillo que golpeaba en los recuerdos de David. Luego otro recuerdo, otro cambio, otro pedacito de mal. Once años atrás, David había realizado un recorrido por los lugares por donde Jesús había vivido y muerto. Inmediatamente después había visitado Roma y dedicado largos días a visitar sus monumentos, sus basílicas y sus tesoros. Había asistido a las ceremonias en la Basílica de San Pedro. Cuando inició el viaje de regreso a Estados Unidos, una interrogante predominaba para él: ¿Qué posible relación podía haber entre la oscura vida de Jesús, en aquella tierra dura, pobre, y el lujo y la gloria de la Roma de los Papas? Quizá sólo ahora lo comprendía, pero había llegado a la encubierta confusión, durante aquel viaje de regreso a su casa, de que no existía una verdadera relación. Ahora su memoria insistía en repetir, con breves espasmos de dolor: *no hay relación, no hay relación, no hay relación.*

Cuatro años antes, había abierto una vieja tumba en el noroeste de Turquía. Dentro, él y otros arqueólogos habían encontrado enterrado a un jefe rodeado de los huesos de hombres y animales muertos para su funeral. Los huesos, las armas, los utensilios, el polvo y el patético cuadro de todo ello se había apoderado de él. Se trataba de hombres como él mismo. De hombres que no conocían la existencia de Jesús. ¿Cómo era posible juzgarlos por no conocer nada acerca de Jesús ni del cristianismo? ¿No es cierto que lo que David había pensado de Jesús era un concepto demasiado pequeño? ¿Acaso la verdad no es más importante que cualquier dogma, que cualquier concepto de Jesús como hombre o como Dios, o que cualquier forma que Jesús pudiera tomar? Tenía que ser así. De otra ma-

nera, nada tenía sentido. *Más grande que Jesús, más grande que Jesús, más grande que Jesús.* Otro eco hiriente que resonaba en su memoria.

Luego, gradualmente, emergió el hilo fatal que unía todos aquellos resentimientos, todas aquellas quejas de la razón, toda la arrogancia de la lógica despojada hasta quedar con su sola médula. Y la estructura de su fe se deshacía, inobservada, a medida que este nuevo ropaje cubría su mente y su alma. Esa hebra era la aceptación por David de las teorías de Teilhard de Chardin. Al aceptarlas, ya no podía tolerar la división entre la naturaleza material del mundo, por una parte, y Jesús el salvador, por la otra. Materialidad y divinidad eran una sola cosa; el mundo material junto con la conciencia y la voluntad del hombre, emergían ambos de la sola materialidad, tan automáticamente como sale la gallina del huevo; y la divinidad de Jesús que emergía de su humano ser tan naturalmente como la encina brota de la bellota, tan inevitablemente como el agua corre hacia abajo.

Jesús —tan repentinamente parte íntegra del universo, tan íntimamente relacionado con su ser, tan absolutamente material— era *diferente* de aquello que el dogma religioso decía que era, *más grande* de lo que la fe cristiana lo había considerado. Jesús, cada hombre, cada mujer, todos eran hermanos de las rocas, de las estrellas, "seres comunes" con los animales y las plantas. Toda comprensión se facilitaba. Todo se reducía al átomo; y todo ello venía también del átomo. Todo encajaba en su sitio.

Hasta aquí Teilhard, pensó David con amargura.

Con una angustia que no podía mitigar, David comprendió las consecuencias de todo esto apenas ahora, cuando se encontraba en esa lucha solitaria, en esa dolorosa vigilia de su alma. Toda auténtica reverencia y temor se habían evaporado de su mentalidad religiosa. Para el mundo que lo rodeaba tenía sólo una sensación de gozosa consanguinidad... mezclada de cierto temor. Por Jesús, apenas el satisfactorio sentimiento de triunfo exactamente lo que sentiría por cualquier admirado héroe de la antigüedad, por la misa, un indulgente sentimiento semejante a que había experimentado cuando observaba los servicios conmemorativos de algún 4 de julio. La crucifixión y la muerte de Jesús eran hechos gloriosos del pasado. Viejas demostraciones de amor heroico y no una fuente siempre presente de perdón personal; no, desde luego, la inamovible esperanza de un futuro

Aislado en medio de sus pensamientos y sus recuerdos, la cuestión que David se planteaba a sí mismo no se refería a dónde o cómo había empezado todo a salir mal, sino cómo recuperar esa fuerza de su fe. A medida que los años pasaban ininterrumpidamente ante sus ojos, como otros tantos cuadros que girasen de derecha a izquierda, David parecía acercarse a ellos, y los examinaba con todo detalle.

Conforme pasaban los días, esos cuadros de su panorama se movían más y más rápido, siempre adelante, repitiéndose una y otra vez. Todavía le era dado leer los detalles. Cada frase resonaba y se perdía a medida que el correspondiente cuadro llegaba y se iba. *No elección. No elitista. Engaño. No hay relación. Más grande que Jesús. Hermanos de las rocas.*

A los comienzos de su tercera semana en la granja de Coos, en algún momento después de la medianoche, David pareció sentir que repentinamente se le alejaba del estrecho escrutinio de esos cuadros cambiantes, o bien, que estos eran alejados de él, perdiéndose en un trasfondo de oscuridad del que antes no se había percatado. Comprendió que no había estado mirando cuadros que pasaran frente a él horizontalmente, de derecha a izquierda. Más bien había estado cerca de una esfera rotatoria que ahora se alejaba de él. Se distanciaba de él sin dejar de girar, y le ponía delante todas las fases de su vida continuamente y sin interrupción, acomodadas sobre la suave superficie convexa de aquella esfera brillantemente iluminada. Desde las ensoñadoras profundidades le llegaban sonidos de su pasado: palabras, voces, lenguas, música, llanto, risa. La esfera tenía la cualidad hipnótica de un carrusel que despidiera una luz cremosa. David parecía estarse mirando a sí mismo ahí en ese sitio.

Sin embargo, allá dentro de él una vocecita continuaba murmurando: *¿Por qué yo? ¿Por qué se me ataca? ¿Por qué a mí? ¿Dónde está Jesús? ¿Qué es Jesús?* Y todo esto girando alrededor de aquella esfera rotatoria que yacía en las insondables profundidades aterciopeladas de una noche que él jamás conociera.

Mirando fijamente a la esfera, comprendió que de alguna manera misteriosa miraba a la persona en la que él mismo se había convertido. De la habitación en que se hallaba, la sensación de la silla en que se sentaba, el roce de las ropas contra su piel, de todas aquellas cosas, por último, no tenía conciencia ni siquiera indirecta.

Ahora, sin que se produjera pausa o brusquedad, la luz de aquella esfera giratoria comenzó a apagarse. En medida creciente esa oscuridad que la rodeaba empezó a extenderse en forma de sombras que iban oscureciendo los cuadros, semejantes a patas de gallo de oscuridad, pequeñas líneas continuas de invisibilidad. El yo que había sido y que había conocido se empezaba a volatizar, a convertirse en negrura. David sintió pánico, pero parecía ser incapaz de cualquier acción para impedir aquello que le estaba ocurriendo.

Luego tuvo la sensación de que ya no miraba hacia afuera o hacia arriba o a nada, sino que ahora estaba perdido, suspendido en aquella oscuridad. Alimentando su desamparo y su pánico estaba la convicción de que él era la causa de este vacío negro y que él lo necesitaba. Le parecía que, de otra manera, caería en la nada.

Por último, todo aquello que había sido o conocido alguna vez acerca de sí mismo acabó desapareciendo. El ser al que ahora se veía reducido colgaba de un hilo invisible... pero sólo mientras él pudiera mantener esa negrura. El pánico de David se veía empapado en una marejada de amargura que surgía en su interior, amargura por verse privado de la luz, de la salvación, de la gracia, de la belleza, de motivos de santidad, de todo conocimiento acerca de la simetría material, de toda comprensión de la eternidad de Dios. Y su reacción a esta amargura era: *¿Por qué yo?*

Aguardaba, expectante, casi escuchando. Horas, días. Su espera llegó a ser tan intensa, tan opresiva, que poco a poco se percató de que no esperaba por su propia voluntad. Esa espera estaba siendo evocada en él por alguien o por algo que estaba fuera de él. Sin embargo, cada vez que trataba de imaginar o de dilucidar quién o qué evocaba, esa espera, su mismo esfuerzo de imaginación lo nublaba todo. Lo único que le restaba hacer era esperar, aguardar, tener esperanza.

Y entonces se apoderó de él una tristeza que le era imposible disipar. Carecía ya absolutamente de confianza en sí mismo o en nada de lo que sabía, porque todo parecía haberse reducido a una situación sin circunstancia, a un patrón sin trasfondo, a una estructura roída por el vacío a través de la cual soplaban corrientes de una influencia ajena que no podía ni repeler ni controlar. Estaba indefenso. Y, finalmente, acababa durmién-

dose para despertar sólo con la luz del día que entraba a través del ventanal.

Por la mañana, podía comprender que todo aquello era real: estaba aislado de todo aquello que había hecho suyo, de todo aquello que alguna vez había sido. Y debía esperar. Pero, oscuramente, ansiosamente, se percataba de que fuera lo que fuera aquello que esperaba, sólo vendría a él en tales condiciones.

Una conversación que David tuvo con el padre Joseph al finalizar la tercera semana, nos revela el quid de la lucha de David y de su estado mental al aproximarse la última fase de la cuarta semana de su prueba. Fue en ocasión de la tercera visita que le hiciera el padre Joseph. Cada vez, había preguntado a David acerca de la experiencia por la que pasaba, y cada vez había dejado la casa abrumado por una pena y un dolor interiores que encontraba intolerables. Y David le había advertido: "No profundice usted demasiado, padre. Podría salir lastimado. Y venga a verme por las mañanas, en las tardes suelo dormitar un rato. Ya más tarde y por la noche, las cosas son demasiado para cualquiera que no sea yo".

En esta ocasión, al entrar en la habitación de David desde el iluminado corredor, el padre Joseph necesitó de unos instantes para acostumbrarse a la semioscuridad. Pequeños rayitos de sol se filtraban por entre las orillas de las persianas. En un lejano rincón, ante la chimenea, vio a David que sentado a una pequeña mesa se inclinaba sobre una página escrita. Sólo una vela estaba sobre la mesa; era toda la luz que David se permitía tener.

David se puso de pie e hizo seña al padre Joseph de que se sentara en una poltrona cuando el sacerdote entró. "Siéntese, padre". Sus ojos no se encontraron mientras él hablaba. David no se había rasurado desde hacía algunos días. Estaba enjuto y sus mejillas se habían sumido. Su rostro apenas si tenía color. Pero era la inmovilidad de sus facciones lo que primero llamó la atención de su visitante. Mejillas, frente, nariz, barbilla y cuello parecían haberse congelado y carecer de movimiento, como si un exceso de determinación interior y de constante resistencia hubieran dado por resultado el total endurecimiento de su apariencia, fijando su rostro en una máscara sin expresión.

Sus ojos, en especial, atraían al padre Joseph: parecían haberse agrandado, sus párpados eran más pesados, el blanco más

blanco, las pupilas más oscuras de lo que antes fueran. Era obvio que David había pasado mucho tiempo llorando. Pero en este momento sus ojos eran claros, su mirada firme, remota.

No había ni el menor asomo de sonrisa o de alguna emoción agradable, pero tampoco se percibía ahí nada desagradable. No había temor. Ni dolor. Ni siquiera cuando los ojos de David quedaban mirando al vacío. Tenían una expresión; pero era una expresión que el padre Joseph no sabía cómo descifrar. Jamás antes la había observado en ningunos ojos. Y se encontraba perplejo para encontrar la manera de describirla. Estaba mirando a los ojos de alguien que había visto cosas de las cuales él no tenía ni la menor idea.

Tenía suficiente tacto como para hacer alguna broma, o aun preguntar a David cómo se sentía. Ambos permanecieron sentados en silencio, ambos comprendían lo que el otro estaba pensando.

Desde fuera penetraban débilmente algunos ruidos aislados, un camión que pasaba por la carretera, el piar de algunos pajarillos, un perro que ladraba en una granja distante. "Creo que el verdadero ataque aún está por producirse, padre Joseph", dijo lentamente David a su visitante, en cuya mente esta era por cierto la cuestión más importante. Luego añadió, como si respondiera a una pregunta: "Sí, yo sabré cuando llegue, porque los otros vendrán al mismo tiempo".

Ambos aguardaron. El visitante de David sabía por conversaciones previas quiénes eran "los otros". David estaba convencido de que su liberación de esta prueba sólo podría lograrse mediante la intervención de los espíritus de Salem que el Viejo Edward mencionara en su lecho de muerte. Pero en una u otra forma, ahora el Viejo Edward estaba asociado en la mente de David con aquellos espíritus.

Luego dijo: "Hasta el momento, la cosa ha sido pésima, pero soportable". El padre Joseph miró discretamente a David: sus ojos estaban ocultos mientras miraba hacia abajo, a la mesa. Joseph miró hacia otro lado, sintiendo una vergüenza que él mismo no podía comprender. La voz de David era profunda, muy profunda, y cada palabra era pronunciada como si se necesitara un especial esfuerzo para enunciarla.

"No", prosiguió David, en respuesta a otra pregunta del padre Joseph, que éste ni siquiera había llegado a plantear. "No hay

nada que usted pueda hacer. Tengo que luchar solo. Rece. Eso es todo. Rece. Mucho. Rece por mí".

Se produjo otro largo silencio. Para entonces, Joseph sabía que el silencio entre ellos estaba rebosante de una conversación que le era imposible dilucidar. No podía tener una clara idea de cómo progresaba o de cuál era su tema concreto. Joseph era un hombre sencillo, carente de ideas sutiles y sin complejidades de espíritu. Su corazón y sus instintos no habían sido abrumados por seudointelectualismo alguno. Comprendía que era una conversación tan sutil e íntima que estaba por encima de las palabras, que de hecho no necesitaba palabras. Se llevaba a cabo entre ellos en otro plano. Pero Joseph se negaba incluso a tratar de visualizar ese plano. Sentía que el conocerlo demasiado bien significaba que jamás podría volver a hablar con palabras. Las palabras empezaban a convertirse en crudos y vulgares montones de sonidos, insensibles, incultas, carentes de sentido. David y el padre Joseph caminaban juntos en ese momento más allá de la tenue línea que divide el lenguaje del significado, y el significado era ahora una nube que los envolvía a los dos.

El padre Joseph aguardó hasta que sintió, como trasmitido por David, que ya era el momento de marcharse. Entonces se puso de pie, sin prisas. David dijo: "Diga una misa por ellos. Necesitan oraciones. Yo les fallé. Y ahora los necesito. Necesito su ayuda y su perdón". Joseph se le quedó mirando, con expresión interrogante, pero luego calló las palabras que estaban a punto de brotar de sus labios. Joseph estaba ahora convencido de que David ya había sido "visitado". En la siguiente semana, la cuarta que pasaba en la granja, los días de David y gran parte de sus noches las pasaba en la silla, sentado ante el ventanal. Durante los dos últimos días, más o menos, antes de la lucha final, había caído sobre él un curioso silencio. No era amenazador ni tampoco de esos silencios que nos llenan de miedo. Pero era tan profundo, tan vacío de todo movimiento en sus pensamientos, emociones y recuerdos, que la duda e incertidumbre que provocaba en él adquirieron proporciones de angustiosa espera. No obstante, no había posible expectación capaz de trasmitir la angustiosa realidad de sus "visitantes" y de su "visita".

El primer indicio de su presencia se produjo más o menos a las once, una noche. Todo ese día una tormenta había rugido sobre la granja. La tormenta había impedido que el padre Joseph

le hiciera la prometida visita semanal. David había pasado el tiempo contemplando las cortinas de lluvia y el brillo de los relámpagos desde su ventana. Luego, excepto por el distante tronar y un ocasional y repentino aguacero, la tormenta cesó.

David sentía la capa de agotamiento que siempre suele caer calladamente sobre el campo cuando ha sido azotado y quemado por el viento, el rayo, el trueno y la lluvia. Generalmente la tierra se sacudía esa capa sin tardanza y reasumía su habitual ritmo nocturno como depósito de energías, incubando, respirando, enroscándose, ejercitándose, pulsando, renovándose a sí misma, en espera del sol y la luz del nuevo día.

Aguardó los inevitables susurros y esa aceleración en los campos que rodeaban la casa. Pero esa noche el silencio del agotamiento pareció prolongarse. Una mano ordenadora había detenido el curso de la naturaleza a fin de hacer sitio para visitantes especiales. Sí, en la conciencia de David, todos estos cambios no eran sino reflejo de su estado de ánimo.

El punto más consciente de sí y más agudo de su ser seguía siendo una pulsación de expectativa, de espera, que se hacía más y más profunda con el prolongado silencio que pesaba sobre el campo. Una vez más, David parecía colgar sobre un vacío negro como boca de lobo. Le pareció de nuevo que la espera era algo esencial, la única razón de su continuada existencia. "Mientras yo pueda esperar..." era su sentir. Esperar, esforzarse en escuchar, en ver. Al cabo de una hora, quizá, supo que cerca de él se había producido un curioso sonido.

Al principio, cuando lo oyó, su atención no lo captó. Era tan leve que podría haber sido el ruido y la sensación de la sangre que golpeaba en sus propios oídos. Pero al cabo de algunos segundos comenzó a distinguirlo. Su cuerpo se puso tenso a medida que ese sonido se hizo un poco más fuerte.

No lograba identificarlo. Dentro de él, pero en alguna manera relacionado con ese leve sonido, pequeñas partículas de memoria tocaron brevemente su conciencia, exasperándolo al escapársele, y dejándolo más tenso aún. Parecía estar a punto de recordar. Pequeños fragmentos, pedazos de espejos rotos que reflejaban alguna sombra de la vida; pero no le era posible dilucidar qué era lo que trataban de recordarle.

Se percató de que el acto de tratar de recordar era en sí mismo un impedimento para recordar. El acto de pensar, un

impedimento para reconocer. Llegando a un punto, el sonido murió por completo. Repentinamente, se encontró solo. Y se dio cuenta de que caía bruscamente en la silla. Se había medio levantado, por lo visto, en su esfuerzo por escuchar. Las palmas de sus manos y su frente estaban húmedas. Y su ansiedad de saber parecía infinitamente triste.

Luego el ruido se inició de nuevo. Ahora David se percató de que no procedía de dirección alguna en particular, no venía del exterior de la casa. No venía del interior. No podía decir si le llegaba de todos los puntos al mismo tiempo. Sintió, tontamente, que de una u otra forma, era un sonido permanente: que siempre lo había rodeado, que siempre lo había escuchado, pero jamás le había prestado oídos o se había siquiera permitido reconocer que lo había escuchado.

Volvió la cabeza a derecha e izquierda. Se volvió en su asiento, escuchando hacia el interior de la habitación. Y con repentina violencia comprendió por qué el sonido parecía no venir de ninguna dirección. Por primera vez en su vida, supo lo que era escuchar un ruido que se producía en su cerebro y en su mente sin necesidad de recurrir a ninguna de las condiciones exteriores que son normales del sentido del oído: no había ondas de sonido, no había una fuente exterior de ruido, ninguna función de sus tímpanos. Más allá de toda duda o cavilación, se percató de que era un sonido real que no podía ser percibido por el oído externo.

La extrañeza física de ese nuevo oído tenía un misterioso calor de realidad. Era más real que cualquier otro sonido que pudiera llegar a percibir en el mundo material. Irrumpía el silencio de la noche y su vigilia de manera más penetrante que si el disparo de un rifle estallara fuera de su ventana. Intensamente agradable, por ser tan secreto. Profundamente mitigador, porque acababa con ese silencio que lo rodeaba de manera tan íntima y tan única. Absorbente, porque no procedía de sitio alguno y sin embargo llenaba su oído interno. Pero al mismo tiempo acobardaba, porque en alguna forma trascendente carecía de ternura.

El sonido era toda una revelación. Comprendía ahora que ahí había un conocimiento de cosas materiales y una manera de adquirir ese conocimiento —en este caso, de los sonidos— que no se adquiría a través de los sentidos. Su temor y su des-

confianza luchaban con esta percepción cada vez que un sonido extraño —el grito de un pájaro en la noche, el ulular de una lechuza— golpeaba su oído en la forma común. Estos nuevos sonidos, atemorizantes, angustiosos, parecían pertenecer a la *sustancia* misma de las cosas audibles y el escucharlos parecía ser absolutamente el verdadero acto de oír. Los sonidos externos propios de la noche —incluso el ocasional arrastrar de sus propios pies en el suelo— parecían pertenecer a un mundo artificial, que no tenía absolutamente nada de real, pero que era construido simplemente por estímulos exteriores y por sus propias reacciones físicas.

La babel de sonidos internos crecía, y el mundo "artificial" de su vida normal parecía ser como una delgada telaraña con grandes vacíos, o un muro construido de alambres muy separados. A través de esas aberturas se colaba una realidad nueva, cruda, hiriente, abrumadora.

Con aquello, David empezó a comprender vagamente qué significaba la posesión, por qué esa babel que lo invadía tenía dominio sobre él. No podía ni eliminarla, ni rechazarla, ni examinarla y analizarla, ni decidir si le gustaba o le disgustaba. No le dejaba espacio para reflexionar ni para rechazar, no pedía aceptación, no causaba ni placer ni pena, ni disgusto ni deleite. Era neutra. Y porque era neutra resultaba nefasta. Y comenzó a sombrear su mente y su voluntad con su propia neutralidad de gusto y de criterio, más devastadora que un viento del Ártico. Cualquier relación que la belleza, la armonía y el significado habían tenido en su memoria con el sonido, empezó ahora a marchitarse. Y sintió hondamente ese marchitamiento. Conocía sus terribles implicaciones.

"¡Dios mío! ¡Jesús mío!" gritó repentinamente para sí, sin sonido alguno. "¡Dios mío! Si todos mis sentidos —la vista, el oído, el gusto, el olfato, el tacto— son invadidos en esa forma, estaría poseído... estaría poseído. ¡Jesús! Estaría poseído".

Trató de decir "Jesús" en voz alta, de gritar alguna oración, el Ave María o el Padre Nuestro, alguna oración que sabía y que había dicho veinte mil veces cada año durante los pasados 35 o 40 años. Pero no salía sonido alguno de sus labios. Estaba seguro de haber pronunciado palabras. Pero la posesión de su sentido del oído había ido creciendo, había avanzado demasiado.

Aquella babel crecía y crecía en volumen, por grados infinitesimales, pero inflexibles. El sonido mismo carecía de ritmo. Según recuerda David, era una combinación de miles de pequeños sonidos, literalmente una babel de sonidos. Y se hacía más fuerte... se acercaba a él en ese sentido. Los miles de pequeños sonidos comenzaron a armonizarse en dos o tres sílabas que no podía distinguir claramente. Los sonidos crecieron en volumen, pero se coligaban a un ritmo lento y con lo que parecía pausas interminablemente largas entre los cambios, que una nueva opresión comenzó a acalambrar su mente y su cuerpo. Era que estiraba el cuello esperando, a la expectativa, era su expectación... todo ello trasformado en dolor por aquel terrible miedo que sentía en su interior. Sin embargo, dentro de él, había algún músculo fuerte e indomable de su alma que se mantenía firme.

A medida que aquellas vocecillas que se unían empezaron a tomar forma y a cobrar ritmo, David comenzó a escuchar más y más fuerte y más claramente el golpear de aquellas sílabas. Y a medida que aquel ritmo cobró cuerpo, se dio cuenta de que su cuerpo se mecía al compás, que sus pies golpeaban el suelo, sus manos golpeaban sus rodillas, su cabeza y sus hombros se inclinaban hacia adelante y hacia atrás. Seguía sin poder comprender las sílabas, pero aquel rítmico batir empezaba a animar todas las partes de su cuerpo. Sus propios labios comenzaron a pescar una que otra sílaba de vez en cuando. Las voces se hicieron todavía más fuertes, miles de ellas, y miles más, y más y más. y más.

Vacilante, pero con mayor precisión, sus labios buscaban los sonidos y se movían al unísono con las voces que gruñían aquellas sílabas más y más y más fuerte. Creció su tensión. Sus movimientos corporales se hicieron más y más rápidos. El sonido de las voces era como un rugir en su oído interno. Su propia voz captó las sílabas.

¡Mister Natch!... ¡Mister Natch!... ¡Mister Natch!... ¡Mister Natch!...

Todo un ejército de voces marchaba a través de su cerebro y su alma, gritando, golpeando, rechinando esa última sílaba, *¡Natch! ¡Natch! ¡Natch! ¡Natch!*, hasta que David sintió que iba a convertirse en una cuerda palpitante de tensos músculos y ruido loco.

Al alcanzar ese ruido un crescendo, David prácticamente se había dejado ir, se había rendido, esperaba la desintegración de

su ser a través de ese sonido. Luego una nota totalmente distinta se dejó escuchar a través de aquella barahúnda. Se detuvo, dejándose deslizar, rindiéndose. Una parte interior de su ser que no había sido contaminada cobró vida.

El nuevo sonido era claro, semejante a una campana, pero él sabía que ningún metal podría producir sonido tal. Sabía que sus notas no morirían cuando la hora sonada hubiera pasado. Era un sonido que cantaba más que tañer. Era el eco de una promesa de permanencia, sostenida, continua. Era un sonido vivo. Y si bien tenía la belleza fantasmal de una plata tonal que hablara musicalmente y sin palabras a través de la más pura atmósfera, también venía cubierto en aquella fluidez y calor cuyo mensaje es el amor logrado.

Cuando el corazón de David saltó hacia aquel nuevo canto, empezó a abominar de aquel otro canto más que repugnante, *¡Mister Natch! ¡Mister Natch! ¡Mister Natch!* Pero aún no lograba librarse de su fuerza violenta, seductora. Y fue así que se formó un vacío, un abismo, un barranco impasable cuyos muros estaban hechos de sonido y cuyo fondo era el más puro dolor. Una parte de su mente se convirtió en un lecho de depresión temblorosa, agotadora; y su voluntad se alejaba de aquellos espasmos, con disgusto. Otra parte de su mente se hallaba completamente bañada con la calma y la segura libertad de un pleno reposo, inmune a cualquier partícula de oscuridad. *"Entre nosotros y tú existe un gran abismo... y quienes desearían pasar sobre él no pueden"*. Pequeños fragmentos de temor corrían como choques eléctricos alrededor de aquellas frases múltiples heterogéneas que jugaban en la memoria de David.

Todo sonido. Siempre sonido. Tamborileos, rugidos, gritos, alaridos, se enroscaban a su alrededor como resortes que lo ensordecieran y lo aplastaran. Y luego, fresco y lejano, muy por encima, en alguna región de luz y de calma, fuera de todo posible alcance, pero que a pesar de todo llegaba hasta él, estaba aquella otra dulzura opuesta, íntima, llena de inimaginable suavidad que llenaba su rostro de lágrimas y anhelo.

En cierto momento, toda esta inmersión en sonidos opuestos y en contradicciones que se hacían eco, llegó a un grado más alto de diversificación e intensidad. El conflicto por la posesión de su oído se había extendido a sus otros sentidos y a ese punto interno donde los sentidos se unen. Al acrecentarse el conflicto

y ahondarse en su ser, las fuentes de temor y deseo, de repugnancia y atracción se llenaron hasta que todos sus sentidos repercutían con esta agonía.

Cayó de rodillas, la frente oprimida contra el frío vidrio de la ventana, las manos unidas en oración, los ojos abiertos de par en par y mirando fijamente hacia afuera hacia la noche, pero sin ver otros ojos que miraban desde el exterior. Durante los siguientes minutos interminables, la huracanada lucha entre el bien y el mal, siempre violenta en nuestro humano paisaje, se concentró en la figura de David postrada de hinojos, y aquel conflicto se apoderó de él por completo.

Repentinamente, en un momento dado, se vio flotando en un lago interior, de aguas tranquilas, en valles deleitosos cubiertos de verdes bosques y de pacíficos prados colmados de flores silvestres. Más adelante estaba el cielo del oriente, su claro azul bronceado por el sol naciente. Luego, también de manera repentina, se veía rodando frenético en un río de montaña, que corría a través de una elevada garganta a la cual no llegaban los rayos del sol. Nada parecía librarlo de ahogarse o de quedar empalado y aplastado en las afiladas rocas y en las horribles salientes. Su cuerpo era arrastrado por cascadas y rápidos, sobre los que colgaban gigantescos muros de peladas rocas, desgarradas en estrechos abismos y precipicios. Y a través de toda esta violencia lo perseguía el rítmico paso de Mister Natch y lo atraían las notas argentinas de aquella otra música que venía de muy alto.

Luego, sin previo aviso, todos aquellos confusos contrastes crecieron en rapidez y variedad. Se vio aplastado en un teatro que cambiaba con gran rapidez, del horror al alivio, de la belleza a la bestialidad, de la vida a la muerte. No había en aquello que estaba sucediendo ni sentido, ni había rima, ni razón. De pronto veía delicados cuerpos cubiertos de seda que danzaban en una verde plataforma y que llenaban de ritmo los vientos. Luego, rápido como un rayo, se encontraba contemplando cuerpos destripados, vientres abiertos con las entrañas cayendo y vaciadas sobre muslos y rodillas, cuerpos abiertos en canal de arriba a abajo. Pechos arrancados, lóbulos de ojos y dedos y cabellos, alfombras de excremento. De pronto eran montones de frutas maduras, pesadas, que colgaban de árboles entretejidos de musgo; y luego, en aquel caleidoscopio de locura en que se había

convertido el mundo de David durante aquellos angustiosos momentos, veía grandes canastos de orina, llenos de agujeros, que regaban los abiertos ojos y bocas de cadáveres, miles de cadáveres de hombres, mujeres, niños, fetos, arrojados a diestra y siniestra en una planicie pedregosa.

Y a medida que aquel enloquecedor y horripilante conjunto de imágenes se desarrollaba frente a su vista, perdió su control. Ahora sólo estaba seguro de una cosa: dos fuerzas estaban luchando por apoderarse de él, y le era imposible evitar aquella invasión de sus sentidos. No podía librarlos ni de la porquería ni de la belleza. Toda su vida había sido capaz de dominarse. Ahora todo dominio estaba perdido. La invasión continuaba.

La confusión llegó a sus sentidos del gusto y del olfato; invadió cada uno de sus sentidos y todas las posibles sensaciones de su ser que eran alimentadas por dichos sentidos. Amargo y dulce, acre y fluyente, cloaca y perfume, dolor y caricia, animal y humano, comestible y no comestible, vómito y delicadeza, rasposo y liso, sutil y puntiagudo, repugnante y atrayente, cegador y tranquilizador, penoso y agradable: los contrastes jugaban con cada una de las papilas gustativas y de los nervios de su boca, garganta, nariz y vientre.

Llegó a un punto cercano a la histeria, en que su sentido del tacto fue atacado: cada centímetro de su piel estaba siendo rascado con duras escamas y acariciado con terciopelo, quemado con puntas ardientes y lastimado con trozos de hielo. Luego, era aliviado y masajeado por superficies suaves, cálidas y agradables.

La tormenta de sus sentidos se hizo más y más intensa a medida que cada una de las sensaciones contradictorias se iba sumando dentro de él para formar un rompecabezas de necedad, confusión, despropósito y desesperanza.

Sin embargo, a pesar de haber perdido todo dominio, de alguna manera, su mente y su voluntad buscaban una respuesta a esta cuestión última: ¿Por qué no puedo resistir? ¿Qué debo hacer para repeler este ataque? ¿De qué motivo puedo valerme para expulsar todo esto? ¿Qué hago? Se percató con suficiente claridad de que su hora no había llegado, de que no todo estaba perdido; de que en alguna parte dentro de él tenía que haber alguna porción todavía sana y activa. Porque todo el tiempo se había mantenido cogido de una tabla de salvación: mientras más intensa era la distorsión y más estrecha la garra que lo

cogía, mientras más crudo el horror y paralizante el dolor que mataba en él toda iniciativa... más hermoso y atrayente resultaba aquel cantar que le llegaba de arriba.

Su hermoso sonido estaba todavía a una distancia inconmensurable. Sin embargo, de alguna manera que no podía comprender, estaba muy cerca de él. Comenzó a luchar para tener la fuerza para escucharlo, para oírlo. No era monocromático ni de un solo tono. Era el canto de muchas voces; y armonizaba un gozo inefable con arrasadores conjuntos de cuerdas y congregaciones de notas de gracia que subía a las alturas. Adagio, era de tono bajo pero feliz. Resonante, tenía una frescura que se adhería a él. Tenía a un tiempo todas las características del amor: su dulce insistencia, su confabulación y connivencia, su favoritismo; y golpeando dentro de él, se percibía una constante pulsación como de órgano que iba más y más hondo que el corazón del universo y tan alto como la eterna placidez que los hombres han adjudicado siempre a la divinidad inmutable.

En un momento sorprendente, sumido en toda aquella locura y dolor, el corazón de David dio un salto. Fue su único momento de alivio y de paz, y llegó precisamente antes de que la lucha alcanzara su clímax. No fue tanto esa calma engañosa que algunas veces engaña al sacerdote en los exorcismos más ordinarios. Era un canto que de alguna manera conocía, cantado por voces que también de alguna manera le eran conocidas. Y aunque no trató de reconocer el canto ni quienes lo cantaban, supo que no estaba solo. "¡Jesús mío!, no estoy solo" se oyó murmurar. "¡No estoy solo!"

Empezó a distinguir varias voces en aquella dulce canción. Y entonces los conoció. ¡Los conoció! No podía reconocerlos, pero los conocía. Eran amigos. ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Quiénes eran? Los había conocido durante muchos años, ahora se percataba de ello. Pero ¿quiénes eran? Y a medida que ese nuevo sentimiento penetraba en sus sentidos internos y chocaba con su soledad, una loca emoción empezó a filtrarse más y más dentro de su mente, su voluntad y su imaginación. Se oyó a sí mismo murmurar frases incoherentes, que al principio resultaban ininteligibles, incluso para él. Las frases parecían venir de alguna facultad interior que siempre había utilizado pero que jamás había reconocido, alguna fuente de conocimiento descuidada estos años de su vida de adulto, como intelectual de profesión.

"Mi coro de Salem... amados hermanos..." Las frases eran arrancadas de él como por una fuerza, un poder propio, por algo muy suyo. "Mis amigos... los amigos de Edward... acérquense... perdónenme..."

Un minúsculo arroyuelo de comprensión comenzó a formarse en él a medida que sondeaba el recuerdo de los últimos días del Viejo Edward y de la visita a Salem tantos años atrás. Y aquello ocurrió justo a tiempo. Porque en ese momento se inició lo que fue la última fase de la prueba a la que David se viera sometido.

David se vio inmediatamente en las garras del terror. De pronto sintió que todo, todo había sido arrancado de su alcance y que no podía hallar en sí razón alguna consciente para rechazar la clamorosa y opresiva influencia de Mister Natch. De nuevo su mente pareció ser un simple receptáculo. Su voluntad —esa voluntad en la que siempre había confiado conscientemente para disciplinarse en sus estudios y en sus decisiones prácticas— parecía estar de nuevo acorralada e imposibilitada de llevarlo a la victoria.

El terror crecía a medida que su mente caía en una confusión cada vez mayor, y su voluntad se veía abrumada y atada e inmovilizada por motivos venenosamente neutralizadores. Lo que se vertía en su mente y llenaba su espíritu era como un veneno.

Una alocada masa de razones chillaba y gritaba dentro de él. Mister Natch latía y chirriaba de manera horrible: *Hoc est corpus meum... de tin marín, Jesús es un asno crucificado... Dios y la verdad son la más alta meta del hombre... cuán delicioso y humano es intentar lo más inhumano... Jesús, María y... Satán, los diablos pueden gozarnos, gozarnos, gozarnos... te doy mi corazón y mi... Dios no permitirá el mal... Dios es tan trivial como el mal: quédate con ambos... deseo la salvación de la Cruz... y yo espero probar la libertad de la blasfemia... amo... odio... creo... dudo... Creó a Jesús del lodo... y dijo este es mi hijo muy amado en quien tengo puestas mis complacencias.* La voluntad de David estaba entumida de dolor y agotamiento, durante todo este tiempo, sus sentidos se vieron atacados y confundidos con esa misma resonante lucha, hasta que en una tierra de indescriptible idiotez y confusión, su tacto, su olfato, su oído, todos hacían eco: *Lo bueno es demasiado bueno para ser verdad... lo malo es demasiado malo para ser verdad... ¿cuál es la verdad?*

Ahora, no había solución, no había escapatoria, no había alternativa al dilema, ningún factor determinante, ningún peso decisivo en la balanza. Perdido. Todo estaba perdido. Todo aquello que David había estudiado, toda avenida y pasadizo de su razonamiento intelectual, toda sutileza sicológica, toda prueba teológica, toda lógica filosófica, toda evidencia histórica... todo esto se convirtió en otras tantas cosas que no eran parte suya, sólo simples posesiones y basura que había ido acumulando, ahora ardían en unas llamas que avanzaban a través del umbral de su ser mismo. Todo aquello que él arrojó a las llamas ardía, se fundía, se disipaba, mero combustible incapaz de resistir la fuerza del fuego.

La negrura había cubierto casi totalmente su mente cuando David se percató de que algo perduraba, algo que desafiaba la negrura y la nublazón. Algo que surgía en él con fuerza, independiente, cada vez que aquel canto extraño e insistente dominaba el clamor que lo envolvía. Al principio, apenas si se dio cuenta del sonido. Luego empezó a maravillarse de su fuerza, ya que no de su volumen, porque no siempre podía escucharlo, pero sí se maravillaba de su persistencia en medio de su dolor y de su abrumadora desesperación. Trató de reflexionar acerca de aquello, y la fuerza creció en él como una cuerda que respondiera, pero de inmediato perdió la conciencia de ello. E inmediatamente la lucha volvió a entablarse, y su atención se distrajo. Y no bien hubo vuelto a escuchar el canto que aquella extraña fuerza autónoma se elevó en su interior.

Y de pronto comprendió qué era aquella fuerza. Era su voluntad, su libre albedrío. Era él mismo que, como ser libre, podía elegir.

Con una mirada soslayada de su mente, desechó de inmediato y para siempre aquella fábrica de ilusiones mentales acerca de los motivos sicológicos, los estímulos del comportamiento, las racionales, los límites mentalistas, la ética de las situaciones, las lealtades sociales y todas esas tonterías comunitarias. Todo aquello era mera basura y ya había sido comido y desintegrado en las llamas de esta experiencia que todavía podía consumirlo a él mismo. Sólo restaba su voluntad. Sólo la libertad de su espíritu para elegir se mantenía firme. Solo restaba la agonía de la libre elección.

"¡Mi coro de Salem!" se oyó a sí mismo decir. "¡Amigos míos, recen por mí. Pidan a Jesús por mí. Recen por mí. Tengo que elegir".

Ahora se apoderó de David una agonía concreta y singular. Jamás antes la había conocido. En verdad, después se preguntó durante largo tiempo cuántas auténticas elecciones había hecho libremente en su vida antes de aquella noche. Porque era la agonía de elegir libremente —en absoluta libertad— lo que ahora tenía ante sí. Y sólo se trataba de elegir por la elección misma. Carecía de estímulos externos. Carecía de antecedentes en su memoria. Tampoco recibía impulso alguno de los gustos y persuaciones adquiridos. Sin razón, causa ni motivo alguno que le ayudaran a hacer su elección. Sin gravamen alguno añadido por el deseo de vivir o de morir... porque en este momento ambas cosas le eran indiferentes. Era, en cierto sentido, como el medieval asno de los filósofos, igualmente indefenso, inmóvil y destinado a morir de hambre porque estaba a igual distancia de dos pacas idénticas de heno y no podía decidir a cuál de las dos acercarse a comer. La elección totalmente libre.

El rítmico golpeteo de Mister Natch se convirtió ahora en el grotesco acompañamiento de una burlona y repugnante distorsión. Un rostro y un cuerpo de sátiro surgieron en la imaginación de David... tan real que lo vio con los ojos de su cuerpo. Estaba desnudo. Obscenamente despatarrado, bulboso. La nariz apuntaba en una torcida dirección. Los ojos miraban en direcciones opuestas. La boca en una mueca sonriente, espumante, torcida. De la garganta brotaban ahogadas carcajadas de locura. Pendían de su pecho pesados senos de mujer llenos de verrugas, de colgantes pezones, de color sanguinolento, y apuntaban como si fueran dos penes gemelos. Las piernas separadas, manchadas de sangre y esperma. Una pezuña doblada hacia la ingle, a la que rascaba y frotaba con frenesí. Dedos torcidos, irregulares, con uñas rotas que arrancaban mechones de pelo y hacían crudos gestos. Plastas de excremento seco en el trasero.

David sintió el pestilente hedor de cloacas y letrinas. Recordó las figuras del diablo creadas por griegos y asmatos. Sintió el más viejo vuelco que registra la historia del corazón humano. Lo sintió como una vieja semilla de maldad que había recibido de todos aquellos que lo habían precedido. No como un don

material de terrible importancia, sino como una consecuencia del haber nacido del linaje de ellos y, en cierto sentido, de haber acumulado todo el mal que habían trasmitido. No se trataba de actos de maldad, ni de malos impulsos. No eran culpas ni vergüenzas. Nada positivo. Más bien era una ausencia de todo que equivalía a una tara fatal. Una carencia mortal. Una capacidad para odiarse a sí mismo, para suicidarse, no porque fuera incapaz de seguir viviendo, sino porque podía vivir sólo si... Aquel tentador "solo si" de mortalidad que aspira infinitamente sin ser infinito en sí mismo. Los *fomes peccati* de los latinos. El *yetzer ha-ra* de los hebreos. "Podréis ser como dioses si conocéis el bien y el mal", había dicho la serpiente, según el mito bíblico... pero no había añadido: "pero ser capaces sólo del mal, si quedáis librados a vosotros mismos".

Ahora tenía que elegir. Era libre de aceptar o rechazar. Dar un paso en la oscuridad. Aquel cantar que venía de lo alto había callado. También había cesado el clamor de Mister Natch. Todo parecía esperar su siguiente paso, su propio paso, solamente suyo.

Incluso el ser neutral equivalía a una decisión. Porque el recurrir ahora a la neutralidad equivalía a refugiarse en el cinismo, a decir, "no deseo saber", a renunciar a la súplica por la fe; a quedarse solo; limitarse a ser.

Durante una fracción de segundo pareció como si fuera a volver la espalda y pedir el consuelo del mal... al menos estaría bajo un dominio tangible y sería poseído por aquello que correspondía a uno de sus más profundos anhelos. Pero fue sólo cosa de un instante, porque de más allá de aquel abismo de decisión escuchó —o creyó escuchar— un gran grito que le venía a través de una distancia infinita, no de protesta, no de histeria, no de desesperanza; más bien, era el grito de una alma que fuera llevada hasta el punto máximo de la capacidad de soportar la pena y la ignominia y el abandono. Escuchó ese grito de diversas formas:

...¡Abba, Padre! ¡Madre, helo aquí! ¡Señor, acuérdate de mí! Con este signo...

Era aquello todo lo que David necesitaba para sentirse impulsado, aún perseguido por sus temores, para cruzar aquel abismo. Comenzó de nuevo a pensar palabras, a abrir los labios, a pronunciarlas en silencio.

Luego creció el pánico. ¿Y si todo aquello fuera un engaño, un burlesco engaño? El pánico armó un pandemónium en su cerebro, pero ahora estaba equilibrado e incluso superado por su violento deseo de hablar, de lograr captar esas palabras en sonido vivo. En alguna forma, hubo de recurrir al último átomo de fuerza que le quedaba y, aunque le costara la vida, tenía que pronunciarlas audiblemente. Sus intenciones no serían realmente humanas hasta que lo lograra... solamente si lo hacía.

En esta agonía, todavía de rodillas y mirando por la ventana de su habitación, David estaba tan absorto en este último esfuerzo que aún no percibía la figura que estaba de pie, al otro lado de la vidriera. El padre Joseph había esperado en su casa a que se abatiera la tormenta, y luego se había dirigido a la granja. La única luz que había visto en el sitio venía de la ventana de David. Y ahora estaba parado ahí fuera, tratando de adivinar lo que le ocurría a su amigo allá en el interior.

"Ayúdalo, Madre de Dios, en el nombre de Jesús, intercede por él, te lo suplico". Podía ver los labios de David que se movían silenciosamente y sus ojos abiertos, sin vista, que miraban en la noche.

Joseph estaba a punto de golpear la ventana con los dedos o de despertar a las otras personas de la casa, cuando escuchó que David gritaba con fuerte voz, al principio en forma vacilante, ahogada, luego con voz firme y vibrante:

—¡Elijo... quiero... creo... aumenta mi fe...! ¡Jesús!... ¡Creó, creo, creo! —Joseph se quedó paralizado, escuchando. Sólo podía ver el rostro de David y escuchar sus palabras. No le era dado penetrar en su conciencia, donde los dos cantos sonaban de nuevo en las profundidades de su alma.

Pero ahora aquello había cambiado. David había elegido y el resultado fue instantáneo. Lo que encontró no fue destrucción e indefensión e infantil debilidad, ni tampoco la negra esclavitud de la mente y la voluntad que según había insinuado Mister Natch serían los frutos de la fe. Antes al contrario, una dimensión amplia y sorprendente, llena de relieves y distancia, de alturas y profundidades llenaba su mente y su voluntad y su imaginación.

Como si la oscuridad y la agonía que dejaba detrás de sí hubieran sido apenas una minúscula prueba transitoria, los horizontes de su vida y de su existencia se aclaraban ahora milagrosa

mente. El aire estaba bañado de la serena luz del Sol y de grandes y serenos espacios de azul.

Cada escala, cada medida y extensión de su vida se veían empapados en la gracia y belleza de una libertad que siempre había temido perder pero que jamás había estado seguro de poseer. Toda loma que había trepado en su infancia —sus primeros intentos por pensar, por sentir, por juzgar moralmente, por expresarse— se veía cubierta ahora de perfumadas flores como violetas, azucenas y mirtos. Toda roca y nicho donde sus pies habían tropezado haciéndolo caer durante los inicios de su intelectualismo en la universidad quedaron ahora llenos y cubiertos de verde y tierno pasto.

Y lo que más maravilla le causaba era su nuevo cielo, su fresco y nuevo horizonte. Por encima de los años su cielo humano se había convertido en una rejilla de hierro colado... había logrado enviar una extraña petición a través de minúsculos agujeros. Pero su horizonte mismo se había convertido en una elevada e inescalable red de acero; y estaba cubierto por la bruma del conocimiento y el agnosticismo: por aquel "no podemos saber exactamente" del seudointelectual, el "mantengamos la mente abierta" que inicia todo argumento contra la fe.

Ahora, de pronto, tomada su decisión, el cielo de David era un espacio profundo, inmaculado, que se ampliaba. Su horizonte era una abierta vastedad que se alejaba y se alejaba, siempre, sin que obstáculo ni límite ni mancha alguna de estrechez lo desfigurasen. Se vio a sí mismo a una altura inconmensurable, libre de estorbos, en el cenit del deseo y de la volición, libre de todo lo que hubiera atraído su mirada hacia el pasado, desembarazado de remordimientos persistentes o de minúsculas heridas de la memoria que royeran su sexualidad no probada y sus caprichos impensados.

David se hallaba a plena vista de todo lo que había significado siempre como ser humano, y de todo lo que ese ser humano significara siempre para él; se hallaba en el antiquísimo corazón de esa debilidad del hombre, tan vieja como el tiempo, y en la cúspide de aquel poder que el hombre recibiera por nada para estar con Dios, para ser de Dios, para vivir eternamente.

Las muchas figuras que habían poblado su pasado las veía ahora a la luz eterna: Neanderthal, Cro-Magnon, Sinántropo, Homo sapiens, recolectores de alimentos, productores de alimen-

tos, hombres de las cavernas, hombres de la edad de bronce, de la edad de hierro, judíos, cruzados, musulmanes, Papas del renacimiento, patriarcas rusos, sacerdotes griegos, cardenales católicos, el diablo africano, el Buda asiático, Satán, Darwin, Freud, Mao, Lenin, los pobres de Sequelia, las figuras que corrían y ardían en las calles de Hiroshima, los pequeñines que morían en Bombay, las casas de Belair, California, los recintos de la Sorbona, las villas de Miami Beach, las minas de Virginia Occidental, la hostia en sus propias manos durante la misa, el rostro sin vida de Jonathan...

Estaba a punto de caer en la oración cuando, por un instante, escuchó de nuevo aquellos dos cantos. Se vio sacado de sus visiones y vuelto a la realidad de su silla, del ventanal, de la noche. El canto celestial no era ahora sino una única y prolongada nota de laúd, persistente, limpia, clara, hermosa. El rechinante canto de Mister Natch había sido diluido y destrozado.

Por algún misterioso agente, David sintió las angustias de una agonía que no sentía. Estaba, y él lo sabía, ayudando al inescapable dolor de algunos seres vivos a los que no conocía, a los que debía odiar, pero cuyo destino fue un desastre catastrófico jamás mitigado por la ternura ni la piedad. A pesar de aquella paz creciente y de aquella luz que bañaban su espíritu, se encontró a sí mismo siguiendo el desesperado retroceso de sus heridos adversarios.

Los otrora poderosos gritos latentes de Mister Natch se habían reducido a un lamento agudo, chillón, que era arrojado a través de la nariz con trémolos de terror, arpegios de agonía que corrían febril e irregularmente a través de todas aquellas notas de protesta. El lamento aquel pareció ascender en espiral, torciéndose y retorciéndose y enrollándose, como un insecto que sacudiera sus antenas ponzoñosas mientras retrocedía desesperado para buscar abrigo en una cloaca, una víbora cuyo cuerpo era un dolor sólido, palpitante, que azotaba la cabeza mientras retrocedía de la corriente de lava de aquella otra nota resonante... la que David describiría siempre, en adelante, como su "coro de Salem".

Luego, empezó a sentir de nuevo grandes distancias. El clamor de Mister Natch se fue debilitando, perseguido siempre por aquel canto celestial. A medida que todo aquello se iba haciendo más y más débil, David se puso de pie, escuchando atentamente. Ambos cantos se alejaban de él. Abrió de par en

par las ventanas y miró hacia lo lejos por encima del padre Joseph. Su mirada recorrió el jardín y, más allá, el campo, las montañas, el horizonte. Al perderse los sonidos, sorbidos, por así decir, en espacios desconocidos allá entre las estrellas, miró hacia el cielo. El centro de la tormenta se había desplazado hacia el Este, hacia el mar, para agotarse sobre el Atlántico. Hacía frío, quizá estaba helando. Allá arriba, en medio de las estrellas, trató de seguir la trayectoria de aquellos sonidos. Pero los últimos ecos, apenas perceptibles, acabaron por morir. Todo quedó en silencio. Escuchó, mirando silenciosamente hacia el cielo. No había sonido alguno.

Una lenta sonrisa de reconocimiento apareció alrededor de sus ojos y en las comisuras de sus labios cuando escuchó las energías de la tierra que se recuperaban después de la tormenta.

Por último, su mirada se fijó en el padre Joseph y lo invitó a entrar. La luna ya estaba muy alta, su faz brillante, llena de una cálida luz amarilla. Su mismo silencio era dorado y dulce y lleno de confianza. Él y Joseph estaban a punto de alejarse de la ventana cuando un cenzontle comenzó a cantar allá, en el bosquecillo, donde el Viejo Edward solía pasear mientras fumaba su pipa por las tardes, después de la comida. Aquel canto llegó a David como un mensaje venido de un mundo de gracia, como una insinuación de vida sin fin; no como Jonathan y como él mismo habían solido tomar aquellos sonidos de la naturaleza; no como indicios de moléculas que se reagrupan indefinidamente, sino como la vida infinita de cada persona, de un amor sin sombra alguna.

David se dejó caer en su silla y escuchó. Joseph permaneció de pie, inmóvil, temiendo turbarlo. Miró hacia otro lado, hacia el cielo y los árboles. Toda la noche, hasta que la luna se perdió en el horizonte y los primeros rayos del sol empezaron a surgir por el Oriente, primero tiñendo el cielo de azul y gris y luego de rojo, ambos hombres permanecieron ahí, sin que nadie interrumpiera aquel silencio, salvo el canto del cenzontle. Aquella canción parecía captar la calma perfecta del infinito. Llenaba sus oídos y su mente. Penetraba en todos los rincones y resquicios de la habitación donde estaban. Era sorprendente, llena de inesperados vuelos y de graciosos sostenidos que llegaban en trinos hasta el límite de la melodía, para luego alejarse y atacar nuevas escalas. No era un canto de triunfo, era la celebración de la

calma, la proclamación de la continuidad, la afirmación del valor de vivir, la confirmación de la belleza por la belleza misma, la seguridad de un mañana, así como una bendición de todos los ayeres. Llegaba como una anunciación y llenaba de gracia aquel silencio nocturno.

Hacia el amanecer, Joseph oyó un ligero murmullo y miró a David. Este recitaba el Ave María en el griego de Pablo y de Lucas y Juan: *Chaire Miryam, kecharitomene* y repitiendo aquel largo celestial cumplido que el Ángel Gabriel dedicara a la Virgen: *¡Kecharitomene, Kecharitomene, Kecharitomene!*... ¡Llena de gracia! ¡Llena de gracia! ¡Llena de gracia!". Por las mejillas de David, corrían, lentas, las lágrimas.

Joseph comprendió que no tenía sentido perturbar ahora su calma. La paz del silencio y aquel canto eran todo lo que necesitaba y todo lo que merecía, todo el consuelo que le hacía falta.

Esperaron hasta que el día rompió plenamente y el cenzontle lanzó sus últimos trinos en un rápido tono descendente. Lo vieron emprender el vuelo desde los árboles y ascender reanudando su canto a medida que subía, hasta convertirse en un puntito que se veía apenas en el claror del cielo mañanero, que a ratos navegaba y a ratos aleteaba, hasta que se perdió de vista en silencio.

David se agitó y se humedeció los labios. No miró al padre Joseph, pero dijo:

—Padre Joseph, vamos a prepararnos un café. Luego nos marcharemos a ver a Jonathan, antes de que sea demasiado tarde —el padre Joseph no se movió. Esperaba alguna mirada de David, alguna palabra. David se volvió y le sonrió:

—Ya lo sé, Joseph, ahora lo sé —hizo una pausa y miró hacia afuera de la ventana—. Es el mismo espíritu. El mismo método. La misma esclavitud.

El CANTO DE UNA MADRE

Joseph miraba el rostro de David mientras éste conducía el auto. Era firme y carecía de expresión, salvo por cierta fijeza granítica de su quijada. Sus mejillas estaban hundidas, pero su barba crecida la llenaba. Los ojos miraban firmemente. David parecía impulsado por alguna poderosa fuerza interior que Joseph sentía

más que comprendía. Aquello le hacía sentirse un poco asustado. Percibía vagamente cierto dejo de dureza, un impulso directo y decisivo. Volvió los ojos hacia otro lado y, de pronto, se encontró riendo calladamente, movido por una inesperada oleada de humor irónico.

—¿De que se ríe, padre Joe? —le hacía bien ver suavizarse la expresión de los labios de David.

—¡Que Dios ayude al pobre Diablo! —se oyó decir espontáneamente el padre Joseph cuando vio la firme y determinada expresión del rostro de David. David sonrió y miró con admiración a su compañero.

—Dios lo bendiga, padre Joe. Usted jamás correrá peligro. Jamás se tomó usted demasiado en serio —ambos rieron.

Llegaron a la casa de Jonathan aquel mismo día, justo después de ponerse el sol. David optó por no esperar a reunir ayudantes. Sabía que él estaría en plan dominador; sabía que ya había vencido a "Mister Natch", que se había apoderado de Jonathan tanto más profundamente de lo que había logrado penetrar en David.

Cuando llegaron a la casa, la puerta principal estaba abierta. Sybil, la madre de Jonathan, estaba de pie en el umbral, cubiertos los hombros con un chal. No sonreía, pero tampoco se le veía triste, simplemente tranquila y como si tal cosa.

—Lo esperábamos, padre David —dijo cuando los dos hombres entraron—. Me dijeron que usted venía —luego, en respuesta a la interrogación que brillara en los ojos de David, le explicó que hasta hora temprana de aquella mañana, hasta cerca de las tres de la madrugada, Jonathan había estado muy bien, es decir, había permanecido sin cambio alguno—. Pero —continuó —tan pronto como usted quedó libre, él se puso muy mal de repente.

Joseph se quedó pasmado; no podía creer lo que la mujer le decía a David:

—Cuando usted quedó libre —los ojos de David en cambio estaban llenos de comprensión cuando ella prosiguió—. No es el cuerpo de mi hijo lo que me inspira temor, es su alma.

Durante algunos segundos, David permaneció allí, mirándola. Joseph sabía que él estaba excluido de aquella íntima comprensión de estas dos personas. Pero también sabía que el precio de participar era aterrador.

En el corredor, en la mesa con las dos velas ya encendidas, estaba el crucifijo, el ritual ya abierto, la botella de agua bendita y la estola.

—Espero que no será demasiado tarde —dijo David.

—No lo será —replicó ella. Luego, con un dulce gesto—: Es sólo que yo ya no voy a vivir mucho tiempo, y si él también ha de marcharse, quisiera que nos fuéramos juntos.

David hizo un lento signo de asentimiento con la cabeza, mientras miraba a la puerta ante la que estaba parada Sybil. Su estado de ánimo era parte cansancio, parte curiosidad. Luego se volvió hacia ella diciendo:

—Y se irán juntos, madre, no tema. Siempre estarán juntos. Lo peor ha pasado.

Se colocó la estola al cuello, tomó el ritual y también el frasco de agua bendita en sus manos. Joseph tomó los candeleros con las velas. David miró las abiertas páginas del ritual. La madre de Jonathan lo había abierto en la página donde se iniciaba la oración principal. Pasando ante ella, dio vuelta a la perilla y penetró a la habitación de Jonathan. La ventana estaba herméticamente cerrada y en la habitación reinaba la oscuridad. Un olor fétido y de una acritud antinatural llegó a su nariz. Jonathan estaba sentado en el suelo, en un rincón, los pies doblados debajo de él. La luz del corredor le dio en el rostro. David leyó el terror en sus ojos, pero era un terror congelado. Y David comprendió de inmediato lo que sucedía: Jonathan ya no haría nada, ya no lucharía.

Jonathan tenía la boca abierta, pero no se veían ni su lengua ni sus dientes. Joseph colocó las velas en la pequeña mesa de noche que había al lado de la cama. Cuando su luz cayó sobre Jonathan, observaron una línea ondulante de agua que corría de pared a pared. Al parecer, su madre había echado agua bendita hacía poco, formando un semicírculo que dejaba a su hijo imposibilitado de moverse de aquel rincón. Una de sus manos colgaba al costado, pero la otra, la que tenía el dedo torcido, estaba sobre su pecho, en un gesto pavoroso. Su quietud era la de un muerto, pero sus ojos no se despegaban del rostro de David y seguían atentos todos sus movimientos conforme se acercaba.

Cuando David se paró junto a él, los ojos de Jonathan enormes, sanguinolentos, con pequeñas medias lunas de negros iris, miraron hacia David.

Joseph suponía que David iba a empezar de inmediato, pero aquél no dijo nada. Se quedó ahí, silencioso. El torcido dedo de Jonathan se alejó un poco de su pecho en un movimiento iniciado como si quisiera apuntar a David. David lo miraba, y seguía el silencio. Aquel índice se agitó en el aire y luego volvió a caer, paralizado. Era un gesto de desamparo. La boca de Jonathan se abrió y se cerró. Trataba de decir algo.

David siguió sin moverse y sin hablar.

Jonathan movió la cabeza de un lado a otro, los ojos fijos en David, como si tratara de librarse de las ataduras de aquella influencia que lo ligaba a él. Un temblor repentino y visible corrió por todo su cuerpo y volvió rostro y cuerpo hacia otra parte de la pared, dejando de mirar a David. Temblaba como una hoja. Apenas podían escuchar las palabras de ahogadas y pastosas que salían de su boca.

—Háblame, hermano...

—¡Hermano no, Satán, hermano no!

La voz de David cortaba como una navaja afilada. Joseph parpadeó. David volvió a quedar callado.

—También nosotros necesitamos poseer nuestra casa, padre... —empezó la voz.

—Tu habitación eterna está en la oscuridad exterior. Y tu padre es el Padre de la Mentira —aquella dura burla que se percibía en la voz de David hirió incluso a Joseph. David, así lo comprendió, detestaba y abominaba más de lo que él hubiera creído que un hombre fuera capaz de odiar y abominar.

—Incluso el Ungido nos dio un lugar en los cerdos.

—Como una prueba de tu suciedad —David escupió las palabras— y como indicación de que has sido enterrado vivo en medio de tormentos.

—¡Escucha!... ¡Escucha! —prosiguió la voz con una terrible desesperación. Era casi un lamento—. ¡Escucha!

—¡Eres tú quien habrá de escuchar y de obedecer! —David no gritaba, pero cada palabra explotaba entre sus labios como un proyectil viviente—. ¡Todos ustedes obedecerán! ¡Renunciarán a toda posesión de esta criatura! ¡Y lo harán en el nombre de Dios que lo creó a él y a ustedes, y de Jesús de Nazaret que lo salvó a él! ¡Partirán y volverán a la suciedad y a la agonía que eligieron! Y lo harán ahora. En el nombre de Jesús. ¡Ahora! ¡Fuera! ¡Márchense! ¡En el nombre de Jesús!

Luego, el tono de la voz de David cambió. Ahora hablaba a Jonathan recurriendo a una reserva de dulzura y afecto disfrazados de dureza, que conmovieron profundamente a Joseph, como antes su dureza lo había escandalizado.

—¡Jonathan, Jonathan! Yo sé que me puedes oír. Y escuchándome, escuchas las palabras de Jesús —el cuerpo de Jonathan comenzó a moverse y a temblar. Comenzó a extenderse con la cara hacia abajo sobre el suelo, hasta que sólo sus dedos tocaba el rincón contra el cual se había echado. David y Joseph dieron un paso atrás.

—Yo sé por lo que has pasado —prosiguió David—. Sé muy bien dónde estuvo tu falla. Yo sé que fuiste y cómo fuiste poseído por este espíritu inmundo. Jesús ha pagado por todos tus pecados, al igual que pagó por los míos. Pero ahora tú también has de pagar, créeme, yo lo sé. Y sé que sólo tú puedes dar tu consentimiento último. Con tu voluntad Jonathan, con tu voluntad. Pero tú debes aceptar sufrir el castigo. ¿Consientes, Jonathan? ¿Consientes? ¡Consiente! ¡Jonathan! ¡Consiente! ¡Por el amor de Jesús, consiente con toda tu voluntad!

Luego, dirigiéndose a Joseph: —¡Aspérjalo con un poco de agua bendita! —Joseph obedeció. David abrió el libro ritual y comenzó a recitar las oraciones oficiales. De la boca de Jonathan salió un alarido que se prolongó más allá de lo que consentiría la respiración normal. David prosiguió leyendo con voz firme, mientras tenía ante sí el crucifijo. Según rezaba, aquel alarido crecía, entreverado con terribles sollozos y quejidos.

Pero luego escuchó una voz muy delgada que cantaba. Venía del corredor. Era la madre de Jonathan que cantaba el himno a la Virgen: aquel antiguo canto gregoriano de la *Salve Regina*. Y a medida que las sílabas de aquel latín medieval llegaban a ellos en su vocecita, el aullido y los temblores de Jonathan empezaron a disminuir poquito a poco. David dejó de leer el libro de oraciones; cerró el libro y escuchó. El timbre de la voz de aquella madre era tembloroso, como un tallo de caña. Sin embargo, para David y para Joseph llegaba más allá de sus recuerdos conscientes, más allá de las cadenas del censor de su vida adulta; volvía a las crudas horas y días, y meses y años en que allá, en otro tiempo, fueran vulnerables a las miserias de la infelicidad humana y cuando el amor que habían gozado en el seno de su hogar y su familia era su única y suficiente salvaguardia contra todas las heridas.

Literalmente, la madre de Jonathan ponía su alma en aquella oración cantada. Su corazón de madre clamaba a otra madre. Y hasta donde Joseph alcanzaba a ver, sólo estas dos madres podían percatarse de lo que ahora se jugaba. Jamás había sido un hombre dado a las emociones, pero frente a él se acumularon los recuerdos y se sintió dulcemente aquejado de nostalgia. El goce de los placeres estéticos había sido siempre limitado por una mente carente de sutilezas y por la falta de cultura personal. A su propia madre jamás le había hablado como adulto, pues había muerto antes de que él madurase.

Hasta este momento, la mujer a la que la madre de Jonathan rezaba había sido meramente una estrella brillante e inaccesible en su firmamento religioso: una judía de Galilea que, sin mérito personal alguno, sin haber pensado un solo pensamiento o dicho una sola palabra o realizado acción alguna, había gozado del privilegio de una gracia que jamás humano alguno podría volver a recibir: el de ser totalmente agradable a la más pura santidad de Dios desde el mismo instante en que se inició su existencia personal. Tal había sido para el padre Joseph la suma de María. Aquello había sido toda su dignidad. Ella jamás había recogido las flores del mal. Había sido preservada. Una de las favoritas de Dios.

Ahora, escuchando junto con David aquel canto, captó con una rapidez que hacía la comprensión casi violenta, lo que significaba ser una madre y lo que significaba un hijo. Captó aquel misterioso *convivium*, aquella mutua participación y unión en la humana vida del hijo y la madre, la presencia del uno en el otro. Y vino a él el conocimiento de que aquella presencia no tenía paralelo en nada que ofreciera el humano vivir: ni entre la amante y la amada, ni entre el amigo y el amigo, ni entre el ciudadano y la patria, ni siquiera entre el hombre y Dios.

Y ahora esta madre cantaba, orando a otra madre, con una fe y una confianza que jamás hombre alguno podría lograr. Y él comprendió: como madres que habían vivido dentro de una obra afiligranada de latir a latir, de respiración a respiración, de movimiento a movimiento, de sueño a sueño, de vigilia a vigilia, ambas estaban colocadas, no en la periferia, sino en el centro luminoso de los comienzos delicadísimos del niño en la existencia sicofísica; y ambas habían visto a un niño cruzar el umbral del nacimiento, el despertar a la conciencia, al reconoci-

miento, al mentalismo, a la volición, al significado. La madre de Jonathan concluyó la *Salve Regina*. Por unos instantes reinó el silencio. Luego, improvisó una última oración hablada. David y Jonathan la escucharon: "Tú fuiste su madre, tú lo viste morir. Tú lo viste vivo de nuevo. Tú comprendes. Hubieras podido morir de dolor en cualquier momento. Ayúdame ahora a mí".

Joseph no pudo contener las lágrimas que brotaban de sus ojos.

Lo despertó la voz de David que hablaba, sereno. En el rincón, se había puesto de rodillas al lado de Jonathan, quien se había sentado y ahora estaba recargado, pero no hecho bola, su espalda descansando contra la pared. Sus dos manos estaban entre las de David.

Joseph se volvió para salir de la habitación. No había comprendido nada, según pensó. Pero de todas maneras, era la hora de la confesión.

Jonathan tenía la mirada perdida, y como cansada, de alguien cuyo rostro ha sido sacudido por el dolor y el llanto, por la calma angelical y la luminosidad —casi alegría— que Joseph había visto con tanta frecuencia en el rostro de los moribundos una vez que, pasadas la rebeldía y la desesperación, acababan por aceptar lo inevitable y se volvían plenamente a su fe y a su esperanza.

Era una paz envidiable.

El sacerdote virgen y el Desvirgador

En la habitación donde se realizaba el exorcismo, se produjo algo como una misteriosa y hábil experiencia teatral en la cual, en unos cuantos segundos, los actores principales cambian de trajes y papeles y el escenario, girando sobre ruedas invisibles de atrás para adelante, de arriba para abajo, de dentro para afuera, produce un caleidoscopio de mutaciones que a todos nos hace parpadear, movidos por la incredulidad.

Un momento antes el padre Gerald, el exorcista, había estado inclinado sobre el poseso, Richard/Rita,* quien había hundido los dientes en el empeine de su propio pie. En el siguiente instante, la mirada en los ojos de Richard/Rita se quebró, fundiéndose en un repugnante y verdoso brillo de burla. Los dientes soltaron el empeine que tenían prensados. Se abrió la boca, dejando ver encías y garganta, la lengua colgaba, temblando en medio de una corriente de burbujas de espuma grisácea. Todo su rostro estaba cubierto de líneas irregulares cuando Richard/Rita estalló en carcajadas. Grandes corrientes de carcajadas que golpeaban burlonas, ofensivas, alegres por el mal ajeno. La risa venía del vientre y estaba llena de divertida burla y de odio despectivo.

* Richard O. es una transexual. Al hablar de su vida antes de la operación a que se sometió, me refiero a él como a Richard O., o simplemente como Richard. Después, y hasta la conclusión del exorcismo, se le menciona como Richard/Rita. En su conversación, el padre Gerald con frecuencia lo llamaba R/R. Con la autorización de Richard O., me he referido a él durante todo este relato utilizando el pronombre masculino. Hoy, él mismo usa el nombre de Richard O.

En la fracción de un segundo Gerald comprendió lo ocurrido. El Desvirgador, invisible para sus ojos, estaba encima de él, con dos garras que se encajaban en su vientre. Los asistentes escucharon aquella risa loca. Se taparon los oídos, pero no podían tener conocimiento de la agonía por la que pasaba ahora Gerald. Todo lo que ellos vieron fue que, de pronto, Gerald empezó con unos violentos espasmos que lo hacían doblarse hacia atrás y hacia delante "como si hubiera quedado cogido en el centro por una prensa de tornillo"; luego, la rasgadura de su sotana y de sus ropas, que lo dejó desnudo desde el pecho hasta los tobillos. Después de aquello, todos los detalles se les escaparon por las violentas sacudidas y retorcimientos de su cuerpo.

Gerald sintió ahora que una garra se había hundido totalmente en su recto. Otra garra tenía cogidos sus genitales, restirando el escroto y alejándolo del pene, retorciéndolo brutalmente. Ambas garras eran tiesas, cortaban como el aserrado filo de una lata y ahondaban más y más, entiesándolo. Se alejó trastabillando del lecho donde Richard/Rita yacía riendo, riendo sin cesar, pateando al aire y golpeando el colchón con las manos hechas puño, en estallidos ensordecedores de regocijo.

Gerald con pasos vacilantes corría en zigzag por la habitación, doblado como una navaja, y gritos involuntarios salían de su garganta. Una garra se mecía hacia atrás y hacia adelante dentro de él. Trocitos de agonía se encajaban y perforaban sus glúteos y su vientre y sus ingles, a medida que carne, venas y membrana mucosa y piel eran arrancadas y rasgadas de manera irregular.

A su nariz subió un olor fétido, que provenía detrás de su cabeza. La voz del Desvirgador golpeaba en sus oídos inmisericorde: "Ahora tú eres mi puerca, y yo te estoy montando. Yo soy tu macho. Mi trompa te está dando la mejor sobada del Reino. ¡Tira, puerca! ¡Abre las ancas, puerca! Tu macho está montando tu carne, abriendo tus pequeños pelos intactos. Mi punta está probando tu virginidad. No eres una muchacha, pero yo sigo siendo el mejor Ajustador de vaginas que puede haber".

Gerald se debatía en espasmos, tropezando con sus propios pies, doblándose, sacudiendo el aire, indefenso, dejando tras sí un delgado reguero de semen, sangre, excremento y gritos, hasta que tropezó pesadamente contra la pared y cayó al suelo hecho un nudo. Empezó a brotar la sangre de un delgado corte vertical que se había hecho a mitad de la frente y que le llegaba hasta el nacimiento del pelo.

La mirada de Richard/Rita volvió a adquirir aquel brillo llameante.

El ataque había durado quizá tres segundos. En realidad concluyó antes de que los otros hubiesen logrado recuperarse. De pronto, los gritos de Gerald y las carcajadas de Richard/Rita cesaron. Hubo un instante en el que no se produjo el menor sonido en aquella habitación, como si estuvieran en el extremo más alejado de los murmullos. Era un silencio crudo, después de aquel escándalo que materialmente rompía los tímpanos.

Luego, una agitación de voces y de actividad. El médico y el capitán de policía alzaron a Gerald y lo pusieron en una camilla que, cosa irónica, habían traído para Richard/Rita. Los cuatro hombres se apresuraron a sujetar a Richard/Rita fuertemente contra la armazón de fierro de su catre. Nadie miraba aquellos ojos. Todos sentían sobre sí el ardor de aquella mirada intensa, triunfante, hipócrita. "Era como sujetar un esqueleto caliente y que despidiera vapor" recordó uno de ellos tiempo después.

Bert y Jasper, los dos hermanos de Richard/Rita, con los ojos enrojecidos y llenos de lágrimas, los sucios rostros amarillos de pánico, sacaron la camilla. Cuando los asistentes abandonaron la casa, sintieron el fuerte contraste entre la escena que acababan de presenciar y el mundo exterior. En el jardín, junto al estanque de las truchas, se escuchaba el trinar de aquel primer coro matutino que tanto amara Richard/Rita y que lo había inducido a mudarse a ese sitio. El sol brillaba en todo su esplendor.

Dentro, el padre John, el sacerdote asistente de Gerald, vestía aún su inmaculada sotana y se sentó en una poltrona para vigilar y orar. Se había quedado sin palabras. Sólo para asegurarse, tenía en una mano el crucifijo y en la otra el agua bendita.

Un año atrás, en la ordenada existencia del seminario, no había sabido nada de esto, ni siquiera habría sospechado su existencia. El mal era una definición de una de las páginas del manual de teología. Y el Diablo... bueno, en realidad no había pasado de ser un nombre misterioso para cierto caballero del que se pensaba en términos de cuernos, rostro verdoso, pezuñas y una cola en forma de horqueta. Ahora John tenía esa mirada perdida, vacía, que sólo se observa en los jóvenes cuando la tensión y el cansancio velan su frescura y que no tiene ni las líneas

de los años ni maquillaje alguno que perder, sino ilusiones pálidas para resguardarla. Eran las seis con veinte minutos de la mañana. Habría de producirse una demora de cuatro semanas y media antes de que Gerald pudiera reanudar y terminar con éxito el exorcismo de Richard/Rita. El violento resultado de la primera parte del exorcismo iba a causar a Gerald muchas dificultades. Su propio obispo sentía dudas acerca de su capacidad. Los siquiatras implicados en el caso de Richard/Rita decidieron que Gerald, que en materia de sicología era un lego, se estaba mezclando de manera peligrosa con la salud mental de Richard/Rita. Y la propia salud de Gerald era un problema constante. Y, según demostraba la experiencia, incluso un fracaso parcial en la realización de un exorcismo significaba que el llevarlo a buen fin sería doblemente difícil.

No obstante si ello era posible, Gerald tenía que llevar a término el exorcismo de Richard/Rita. Y ello por dos razones principales. Si no lo hiciera, no había nada que garantizase que él mismo estaría inmune de verse acosado, cuando no algo peor, por el mal espíritu que poseía a Richard/Rita. (Tal como sucedieron las cosas: Gerald no sobrevivió mucho tiempo después de haber concluido con éxito aquel exorcismo.) Aparte de aquello, existía ahora la posibilidad concreta de que fracasara el intento de exorcismo por alguna otra persona.

GERALD

Hannah, el ama de llaves de Gerald, me condujo por la casa hasta el jardín y llamó para atraer la atención de aquella delgada figura que en camisa y pantalones de mezclilla trabajaba ante un macizo de flores, en el extremo del jardín. Iba yo cruzando el prado cuando se volvió a mí y me saludó haciendo un ademán:

—¡Hola! Venga usted acá para conversar. Quiero concluir mi trabajo antes de que se ponga el sol.

Eran más o menos las cinco y media de la tarde. El sol empezaba a declinar, pero aún iluminaba con cálida luz dorada cuanto me rodeaba.

—Aquí, entre mis tulipanes —me dijo el padre Gerald, abarcando con un movimiento de la herramienta que traía en la mano—, gozo de una gran belleza. Y de paz, desde luego.

Inclinado aún sobre sus flores, mientras asentaba la tierra, prosiguió:

—¿Alguna vez ha practicado usted la jardinería, Malachi?

Le dije que, en efecto, había hecho algo de jardinería. Le pregunté si me permitía tomar notas de nuestra conversación. Rió ligeramente, en señal de asentimiento. Desde el comienzo el padre Gerald estableció un ambiente de cordialidad. Le había anunciado mi visita, y debía dar por sentado que era bienvenido.

Lo último que yo había esperado era encontrar a Gerald al cuidado de sus tulipanes. Sentado, pobre convaleciente, en una poltrona, leyendo tal vez, o caminando penosamente apoyado en un bastón para recibirme con una débil sonrisa. Pero encontrarlo gozando de la vida y de la paz eran medidas tan obvias de bienestar físico y de una felicidad interior tan evidente... que casi me produjo un choque.

Había tres macizos de tulipanes. Se hallaba trabajando en el del centro. Más allá había sembrado una fila de amarillas azaleas. Luego el suelo se inclinaba hacia abajo, hacia las ondulantes praderas y las distantes montañas. Allá en el cielo, en alguna parte, ronroneaba un aeroplano.

Su simplicidad era contagiosa.

—¿Por qué le gustan precisamente los tulipanes, Gerald? —le pregunté. Estaba yo de pie, a su lado. Sin volverse a mirarme, prosiguió trabajando y me respondió lenta y deliberadamente:

—No exigen nada, ¿sabe? No nos piden nada. Simplemente están ahí, con su belleza. Se limitan a estar —el ligero énfasis que pusiera en la última palabra tenía un cierto dejo francés—. Como usted sabe, al parecer —esto último me lo dijo con un gesto picaresco, más bien burlándose de sí mismo que de mí— he tenido tratos con la bella... y con la bestia. Después de eso uno conoce la belleza cuando la encuentra —hizo una pausa, mirando hacia arriba hacia los picos gemelos de la montaña que se alzaban allá lejos hacia la izquierda. Pero el sol me daba en los ojos y sus facciones se me presentaban borrosas. Luego, concluyó su pensamiento:

—Y la bestia.

Pasados uno o dos minutos, Gerald se enderezó con lenta suavidad y me miró de frente por vez primera, los brazos pendiendo a los costados, de espaldas al sol. Ahora, cuatro meses después de completado el exorcismo de Richard/Rita, retirado en un extremo de cierto pueblecito del Oeste medio, Gerald,

según los informes médicos, tenía a lo sumo cinco o seis meses de vida. A los 48 años, le aquejaba una enfermedad incurable del corazón, y ya había superado dos ataques.

El hombre que me miraba era ligeramente más alto que yo. De hombros estrechos, rubio, ojos grises, se paraba de una manera un tanto extraña, como si la mitad de su torso hubiera sido retorcida hasta deformarla... un recuerdo no de los ataques, sino del Desvirgador; un desagradable recordatorio del exorcismo de Richard/Rita. Una cicatriz corría verticalmente por su frente y penetraba en la línea del pelo. Lo que me llamó poderosamente la atención era que su rostro brillaba como un faro... había en todo él una luz que no tenía fuente visible. Luego, estaba una mancha oblonga en su frente, entre los ojos. Como un nevus. Amigos mutuos, los que me habían enviado con él, me habían hablado de ello. Es su "parche de Jesús", la llamaban en broma, pero afectuosamente. La nueva cicatriz corría a través de aquel parche.

Según decían, Gerald jamás miraba dentro de uno, sino que solamente lo miraba a uno. Y no fue sino hasta entonces que comprendí qué querían decir con aquello. Es como cuando miramos a una ciudad en el mapa, a fin de hallar el sitio donde está ubicada. Era el contexto personal lo que importaba a Gerald, el sitio en que uno estaba. Sólo que yo no sabía entonces qué era lo que él consideraba como contexto.

—Es muy poco lo que sé acerca de usted, salvo que supongo que debo confiar en usted. Su nombre: Malachi Martin. Dónde vive: Nueva York. Que fue usted jesuita. Algunos de sus libros le hacen honor. Que quiere usted verme para hablar del caso de Richard/Rita.

Su tono carecía de inflexiones y hablaba en voz baja. Al cabo de algunos instantes, y aún mirándome a los ojos, prosiguió:

—Y poca cosa más, salvo que parece usted estar en paz, pero —y echó una rápida mirada que recorrió todo mi rostro— me da usted la impresión de no haber pagado su cuota —debe haber observado alguna involuntaria reacción en mí, alguna protesta no manifestada—. No... no me refiero a eso. Esas son cuotas que difícilmente llegamos a pagar. Lo que yo quiero decir es que usted parece haber probado la dulzura de la belleza, pero no su terror.

Se detuvo y se quedó mirando sus tulipanes.

—Suelo hacer regularmente el trabajo de jardinería. Es relajante. Los tulipanes... bueno en realidad me gustan sus colores, supongo —otra pausa, y luego otra vez ese gesto de muchacho pícaro—. Se me ocurre que le llevaremos algunos tulipanes a Hannah para que adorne la mesa.

Se inclinó de nuevo. No se había producido entre nosotros ni el menor asomo de tensión; sólo muy brevemente, por mi parte, cuando me sometió al escrutinio inicial. Y ahora toda tensión había desaparecido. Al parecer, había quedado satisfecho acerca de alguna cosa en mí que le producía extrañeza.

—Ciertamente deseo hablar acerca de Richard/Rita —me dijo cuando reanudó su trabajo—. Pero mi principal interés se centra en usted —trabajó en silencio algunos instantes. Una brisa empezó a inclinar las cabezas de sus tulipanes. Los rayos del sol se habían ido apagando hasta convertirse en una luz muy ligera de color gris azulado.

"Como usted comprende —me dijo con un tono de indiferencia absoluta con objeto de disipar cualquier tensión que yo aún pudiera sentir—, no se va usted a salir con la suya esta vez. Desde luego no va a sacar nada gratis. Quiero decir, que si alguna vez ha de pagar su cuota, la pagará ahora, si es que se empeña en seguir adelante con su proyecto.

—Ya he pensado acerca de todo eso.

—Esto no es cosa de juego, Malachi. Está usted pisándoles el terreno. Peligrosamente. Desde el punto de vista de ellos. Y si yo he de creer a mis amigos, eso es lo que está haciendo —empecé a observar su estilo tan particular de hablar, a base de frases muy cortas—. Pero supongo que usted lo tiene todo calculado. ¿No? Está empeñado en correr el riesgo. Y lo hay. Siempre. Usted tiene su propia protección. Eso puedo percibirlo.

—Pasé dos días con Richard/Rita, Gerald.

—¿Y todo va bien? —ambos evitábamos aquella filosa cuestión de los pronombres, él, ella, su de él, su de ella, y así por el estilo.

—Hasta donde yo puedo juzgar sí. Desde luego... —desde su exorcismo, Richard/Rita vivía en la tierra intermedia de su mente. Había en él una inquietante falta de toda definición.

—Desde luego. Lo comprendo. Pero al menos Richard/Rita está limpio.

—¿Cuál diría usted que fue el principal beneficio que usted mismo derivó de todo este asunto?

—Antes de que todo aquello sucediera, jamás supe lo que era el amor. O lo que significaba masculino y femenino. En realidad, no lo sabía. Además, me libré de cierto oculto orgullo que había allá, en el fondo de mi ser.

Empezaba a enfriar, y me resultó muy grato seguir a Gerald a la casa, para la cena. Hablábamos sin interrupción. Y, a medida que lo hacíamos, hube de comprender que también aquí, como en todos los casos de verdadero exorcismo, se paga un precio, que no son simples cuentos de horror destinados a amedrentar a los lectores y a los cinéfilos. Porque toda aquella noche nos dedicamos a penetrar más y más hondo, no en el horror, sino en aquella estructura de amor que hace posible expulsar el horror, y el caso de Richard/Rita superaba en importancia a muchos otros, precisamente porque se centraba en nuestra capacidad para identificar el amor y en el terrible riesgo de confundir ese amor con lo que sólo podemos ver de sus componentes físicos e incluso químicos.

Estaba claro que para el padre Gerald la importancia del caso radicaba en ese mismo punto. Richard/Rita había llevado la confusión a extremos aterradores. Pero quienes lleguen a conocer y a comprender su caso, pueden aprender la lección. Yo trataba de comprender a través de Gerald, a través de toda su experiencia, tan extraordinaria y violenta, en qué consistía esa suave lección.

—Gerald, quizá después le pida que volvamos a hablar de lo que usted quiere significar con el término "limpio" que usó cuando hablaba de Richard/Rita antes de la cena. Pero, en este preciso momento, se me ocurre otra cosa —nos hallábamos sentados en su estudio, después de cenar—. Después de leer la trascripción del exorcismo y de tener extensas conversaciones con Richard/Rita, las preguntas que deseo hacerle se centran en la sexualidad y el amor. Por ejemplo, ¿por qué le daban a usted el apodo de "la Virgen" en el seminario? —De esto me había enterado por los amigos de Gerald.

—Yo era el único que ignoraba mi propio sobrenombre, y me vine a enterar hasta la mitad de mi estancia en el seminario. En cuanto a su razón para ello, parece que daba yo la impresión de desconocerlo todo acerca de las cuestiones sexuales.

—¿Y era así, en efecto?

—No, exactamente. Había yo visto diagramas y estampas... esa clase de cosas. Podía diferenciar entre un beso apasionado

y otro amistoso y afectuoso cuando veía una película. Pero la sexualidad como tal permaneció oculta a mis ojos.

—¿Acaso no tuvo usted los sentimientos naturales entre los 12 y los 13 o los 14 años?

—No entiendo qué es lo que usted entiende por "naturales". Jamás tuve una de esas eyaculaciones nocturnas. Jamás me ha ocurrido hasta la fecha. Cuando empezó a crecerme el pelo en diversos lugares fue algo repentino, como si hubiera ocurrido de un día para otro.

—¿Alguna vez se masturbó?

—Jamás. Y no es que me contuviera. No me interesaba. Las erecciones involuntarias en la edad de la pubertad y más tarde las tomaba yo como cosas que *me sucedían*. Tiene gracia —hizo un gesto amuchachado— pero aquello no significaba algo acerca de lo cual yo tuviera que hacer algo. Era embarazoso. Pero luego mi padre me llevó a dar un paseo y me endilgó el discursito que acerca de la cuestión sexual había endilgado ya a mis cuatro hermanos mayores. Siempre empezaba con lo mismo:

"Mira, Gerry, tú tienes un pene. El pene sirve para dos cosas, ninguna de las cuales hace debidamente: para orinar y para copular". Todos nosotros conocíamos aquel discurso de memoria. Luego procedía a una explicación clínica de lo que era la copulación.

Llevé la conversación hasta la época, justamente antes de que Gerald entrara al seminario: ¿Había salido con chicas o había tenido novia o una relación más complicada todavía? Al parecer, solía llevar al cine a las hermanas de sus compañeros de escuela de vez en cuando, por lo general en grupo. Asistió a algunos bailes, pero en realidad jamás se divirtió en ellos. Si podía evitarlos lo hacía. Las chicas le producían timidez y este sentimiento se lo producía la presencia de las mujeres en general.

Ahora se había puesto de pie.

—Vayamos a dar una vuelta por el jardín. Ayudará a aceitar nuestros engranes —y salió. Ya era de noche. Algunas nubes velaban las estrellas, cubriéndolas como de encaje. No había luna. El jardín estaba parcialmente iluminado por las luces de la casa. Mientras caminábamos hacia los macizos de tulipanes, penetramos en una zona más oscura. Podíamos ver allá lejos, en la montaña, el parpadear de unas lucecillas distantes. Casi no había ruido.

—¿Besó alguna vez a alguna chica?

—No. No apasionadamente. Nunca —había estado mirando a lo lejos mientras hablaba. Ahora me miró a mí, con una mirada interrogante—. ¿A qué se deben tantas preguntas acerca de mi vida sexual?

—Tal es mi manera... quizá con rodeos, pero, en todo caso, tal es mi manera de hallar lo que usted comprende ahora acerca del amor, la masculinidad y la feminidad, y lo que el exorcismo le enseñó a este respecto.

Por un instante nos quedamos de pie, hablando en medio de la calma de la noche y de las luces distantes. Luego yo empecé de nuevo.

—Lo voy a expresar de otra manera, Gerald. Tengo entendido que usted llegó a la edad adulta, incluso que inició su vida sacerdotal, con nociones muy escasas acerca de lo que era la sexualidad y todo aquello, y...

—Y vamos a lo mismo de nuevo —me interrumpió de buen humor. Dimos algunos pasos, en silencio—. Supongo que, básicamente, alguna vez fue así... menos aún la experiencia. Quiero decir: desde luego que entre los 18 y los 19 años pude darme cuenta de que existía una cosa muy poderosa llamada el instinto sexual. Pero —se detuvo y miró a lo lejos, por encima de los macizos de tulipanes— era algo acerca de lo que siempre *supe*. En mi mente. En forma de conceptos. En mí, yo sabía que existía este poderoso deseo. Pero jamás le di la menor suelta. En cierta ocasión una chica trató de besarme en los labios. Yo sentí miedo por ¡uf!... la... —rebuscó para encontrar la palabra adecuada pero no la halló—. Mire. Algo me dijo dentro de mí que si yo me dejaba ir, aquello acabaría dominándome —luego, triunfante y elevando la voz—. ¡La crudeza! eso es. Aquel beso era crudo.

—¿Lo encontró sucio?

—No. Deliciosamente crudo. Pero excesivamente delicioso. Algo así como tumultuosamente delicioso. Sólo que yo no era capaz de dominar aquel tumulto y lo sabía.

Regresamos, caminando lentamente hacia la casa.

—Pues bien, en todo caso, Gerald, ¿cuál es la diferencia que el exorcismo estableció en todo esto?

—Supongo que la manera mejor de decirlo es la más sencilla. R/R creyó durante años que género y sexo eran la misma cosa, para todo fin práctico. Y así lo creía yo, ahora que pienso en ello. No se cuál sea la opinión de usted —nos acercábamos a

la casa, y la luz dio en su rostro—. Quizá usted recuerde, por haber leído la trascripción. Ahí radicaba el enigma de la resistencia del Desvirgador de Muchachas. ["Desvirgador de Muchachas" es el nombre dado al espíritu maligno expulsado de Richard/Rita]. Y se necesitó toda esa palabrería, todo ese dolor para que yo pudiera reconocerlo.

Ahora estaba de pie, mirando hacia las ventanas, su rostro y sus ojos brillantes y límpidos.

—En una cascarita de nuez, Malachi. Y según lo comprendo ahora, desde el exorcismo, cuando dos personas, un hombre y una mujer, se aman mutuamente, cuando se unen en el amor, ahora comprendo que están reproduciendo el amor de Dios y la vida de Dios. Suena como algo trivial, suena muy trillado. Incluso suena elusivo y vago y ligero. Pero eso es, porque si no lo es, tenemos aquí a un par de bestias más o menos desarrolladas copulando, ayuntándose, cualquiera que sea el término que quiera emplear, y el final de un dulce sudor, quizá algunas ilusiones y luego volver a lo de todos los días. Hacer o morir. Ahora o nunca. Hay que reventar en el esfuerzo. Lo que usted quiera. Incluso podrían aprender de los canguros, si esa fuera la manera de hacerlo.

Volvió la cabeza en un gesto cómico y dijo:

—¿Alguna vez ha visto a dos canguros cortejándose y copulando? Yo sí. En un documental. ¡Extraordinario! Extraordinario —sacudió la cabeza.

—Pues bien, aparte de cualquier importancia práctica que ahora pudiera tener para usted, Gerald, considerando que es usted célibe y todo eso...

—Y condenado a morir al cabo de unos cuantos meses —dijo suavemente pero no con disgusto, como si tratara de dejar claramente sentado que tomaba en cuenta este límite fijado a su existencia.

—Pues bien, aparte de eso, quizá tendremos que volver a tratar ese tema. Pero quisiera que me explicara algo. ¿No existe acaso una etapa intermedia? Quiero decir: hombres y mujeres no son simples animales. Pero tampoco están realizando un acto de adoración a Dios. ¿O acaso lo están? ¿Es eso lo que usted quiere decir?

—¡Aaaah! La cuestión esa del acto natural —estaba imitando a alguien a quien yo no conocía, quizá algún maestro de sus tiempos de seminarista—. ¡Pues bien! —Estas últimas palabras

las pronunció con un énfasis sardónico—. Tal y como yo comprendo ahora lo que somos los hombres y las mujeres, pasamos por este mundo encontrando nuestro camino por entre hechos, y hechos y más hechos, montañas de hechos. Pero no importa lo que hagamos o lo que aprendamos, todo el tiempo estamos *experimentando* el espíritu. El espíritu de Dios.

Miró a lo lejos hacia las luces del pueblo cercano.

"Y algunas veces es una experiencia en pensamientos que pensamos. O bien, nos llega en palabras que escuchamos. Con más frecuencia es la experiencia de la intuición. Una manera de mirar a algo directamente. Algunas de estas percepciones nos llegan como mensajes que nos fueran enviados. Oímos reír a los chiquillos, o vemos un hermoso valle iluminado por el sol del mediodía. Pero nosotros nos mantenemos principalmente pasivos. En otras ocasiones, estamos haciendo algo. Y eso es todavía mejor, como cuando alguien nos inspira compasión, como cuando perdonamos a alguien.

Habíamos regresado hasta los macizos de tulipanes. Se detuvo en mitad de uno de ellos, donde antes estuviera trabajando, y miró a las flores silenciosas. Brillaban con pequeñas partículas de color debidas al reflejo de las luces distantes que brillaban en la casa.

"Pero es en el amor y en el acto de amor que se manifiesta en su máxima elevación. *Ambos* actúan. *Ambos* toman. *Ambos* dan. Ninguno permanece pasivo.

Llegados a este punto, yo hice una objeción afirmando que no podía yo pensar de qué manera iban a reproducir hombres y mujeres el amor de Dios y la vida de Dios cuando realizaban entre ellos el acto de amor. Podríamos decir que quizá, en un sentido remoto y metafórico, lo hacían. Pero, entonces, también lo hacían los tulipanes, y los canguros. Todos, incluyendo a hombres y mujeres, pueden no saber que están reproduciendo la vida y el amor de Dios, metafóricamente. Pero lo hacen ¿o no? Tal era mi pregunta.

Se volvió de espaldas a mí y miró hacia la cadena de montañas. Su voz me llegó en breves murmullos, como si estuviese leyendo algunas tarjetas visibles sólo para él.

—Usted recuerda al Desvirgador y mi lucha con él. ¿Verdad? —El quid de aquella lucha entre Gerald y el mal espíritu que se había posesionado de Richard/Rita se había referido al signifi-

cado del amor y del amar—. Pues bien —continuó—, en la planicie del amor, y no me refiero al clímax de un simple acto de amor, sino en la altiplanicie del amor mismo, el hombre y la mujer se ven cogidos ambos en la *dinámica* del amor. No hay pasado. No hay inmovilidad. No hay anticipación. No hay entonces, ahora ni después. Únicamente ese negro terciopelo a través del cual brillan las estrellas. No hay olvido. Todo...

—Pero, Gerald, Dios... ¿dónde entra Dios en todo esto? Usted empezó hablando acerca de Dios, como si los amantes estuvieran aherrojados en una participación intuitiva de la vida de Dios.

Se volvió en redondo y me dijo casi con fiereza:

—¡Y eso es Dios! ¡Así es como Dios es! —Volvió a darme la espalda, como si buscara inspiración—. Dios no es un quántum estático e inmutable, según comprendemos nosotros esas palabras. Ese es el Dios de los libros. Sino... una dinámica eterna, siempre llegando a ser, sin haber empezado, sin dirigirse hacia un fin. Llegando a ser sin cambiar. No entonces. No ahora. No después —cuando se volvió y emprendió el regreso hacia la casa, yo me ajusté a su paso.

—Pero, en nuestro caso son dos: hombre y mujer.

—Ah —dijo, echando la cabeza hacia atrás en un gesto casi imperceptible—, tal es nuestra condición... y ese es el precio.

—¿El precio?

—El precio, sí. A fin de tener esa participación en el Ser Divino, ambos deben reproducir la singularidad de Dios. Han de amar... de amar verdaderamente. Es algo que no se puede fingir.

—Pero si es que podemos expresarlo de esa manera, ¿qué parte de Dios reproduce el hombre y qué parte reproduce la mujer?

—Ninguna... por sí mismo ni por sí misma. No en sí mismo ni en sí misma. No... ninguna. Nada que sea material. Sólo en el amor y en el amar.

—Pues bien, ¿qué es lo que reproducen en ese amor y en ese amar? —Nos detuvimos, a medio camino, en el jardín. Gerald me miraba fijamente, como si buscase algo. Después de un momento, respiró profundamente y dijo, con dulzura.

—Hasta donde yo sé, Dios es hermoso... es la belleza misma. Belleza en el ser. Ser que es belleza. Y la voluntad de Dios

está en plena posesión de esa belleza, de ese ser. En el amor humano, la mujer, al amar, es un eco de ese ser; y el hombre, al desearla, es un paralelo de esa voluntad. En su amor, la voluntad se enlaza con el ser. Simplemente, reproducen, conocen, participan en la vida y el amor de Dios... en el ser mismo de Dios, de una u otra forma. De no ser así, valdría más que nos ocupemos de los canguros... o de los chimpancés.

—Pero... incluso si aceptamos esta teoría —repliqué mientras reanudábamos nuestro paseo—, dígame, ¿qué es lo que hoy significan para usted lo masculino y lo femenino, considerados a la luz de todo esto?

—¿Recuerda el quid en el caso de Richard/Rita? —me miró, pues sabía que yo lo recordaba.

Había sido el punto central del Fingimiento en el exorcismo. Richard/Rita había supuesto que el origen último de la *masculinidad y* la *feminidad* era exactamente lo mismo que el de la *sexualidad*: el cuerpo, la química del organismo.

"Y ninguno de sus esfuerzos más extremos, ni siquiera la operación, le dieron resultado. Básicamente, no era andrógino. A decir verdad, nadie lo es. Somos sobre todo e inmutablemente masculinos o femeninos. La naturaleza puede equivocarse y darnos los órganos genitales que no corresponden a nuestro género... pero no importa. Aparte de alguna forma mutante de ese tipo, nuestro aparato sexual corresponde a lo que somos: femenino o masculino. Esto de lo andrógino es pura tomada de pelo.

Me hizo gracia su salida, pero me hallaba ante una verdadera dificultad. Según Gerald, lo femenino —la feminidad— correspondía al ser de Dios; lo masculino, o masculinidad, a la voluntad de Dios. La esencia de Dios, de acuerdo con nuestra forma de pensar, sería, en tal caso, femenina.

—Entonces, Gerald, si usted está en lo correcto, Dios, para decirlo en términos humanos, es femenino y no masculino.

—Desde luego. Más poderoso. Creador. En su ser último, el teatro último, no el objeto, del humano anhelo.

—¿Y qué me dice de la Biblia que siempre se refiere a Dios en género masculino y a Israel como la mujer a la que Dios ama y corteja?... ¿Y todo eso?

—Pura y simplemente una buena dosis de chauvinismo semítico, más otra dosis mayor de ignorancia. Y una muy buena medida más de la soberbia masculina a través de todas las eda-

des. Los hombres han estado a cargo de todo, desde los comienzos. Incluso en el budismo. Solo porque el Buda era hombre.

—¿Así que lo femenino es esencialmente algo del espíritu?

—Sólo del espíritu.

—¿Y lo masculino también?

—Precisamente. El ave no vuela porque tiene alas... tiene alas porque vuela. Un hombre no es masculino porque tiene pene y escroto, ni femenina la mujer porque tiene vagina y vientre y estrógenos... o lo que sea. Tienen todo eso (si es que lo tienen) *porque* ella es femenina y él es masculino. Y aun cuando carezca de alguna o de todas esas cosas, seguirán siendo masculino y femenina.

Estábamos de vuelta en el patio. Gerald estaba a punto de abrir la puerta, y yo debería haber dado mi visita por terminada en ese punto. Ya era tarde, y yo debía regresar al pueblo para tomar el autobús al aeropuerto. Gerald, por órdenes del médico, tendría que haberse ido a acostar hacía una hora, por lo menos. Pero, sobre todo, si no hubiese insistido en mis sondeos e indagaciones, me habría ahorrado un dolor agudísimo por Gerald. En mi ignorancia, proseguí:

—Dígame una cosa más, antes de marcharme y dejarlo en paz. Teniendo en cuenta todo lo que hemos hablado, ¿acaso hoy lamenta no haberse enamorado jamás, o el no haber poseído jamás, el no poder poseer jamás a mujer alguna?

Como ocurre siempre que cometemos una equivocación, empezamos a percatarnos de ello vagamente y seguimos adelante desesperados, deseosos de remediar la situación:

"Sé que no se arrepiente usted de haber elegido el sacerdocio. Sé que tiene usted en gran aprecio su voto de castidad. Pero, dejando todo esto de lado por un instante, ¿no tiene usted nada que lamentar?

Gerald soltó suavemente la perilla de la puerta. Inclinó la cabeza y bajó los ojos. Me era imposible observar su expresión. El repentino silencio que se hizo entre nosotros era algo más que la simple ausencia de palabras. Era la abrupta interrupción de toda comunicación. Sentí mi frente bañada en sudor.

Él permaneció por un instante a la luz del patio: delgado, inclinado, frágil, como si le hubiesen echado encima un pesado fardo. Eché de ver las arrugas de la edad y lo demacrado de su rostro, que antes se me escaparan. Su rostro estaba inmóvil.

pero el "parche de Jesús" estaba más encendido. Luego, caminó lentamente hacia el pasto y marchó a pasos cortos hacia los tulipanes. Lo seguí y empecé a decir algo, pero él me calló con un gesto breve, lento, de su mano derecha. A unos dos metros del macizo de flores, se detuvo. Yo no me atreví a mirarlo, y al principio no percibí ruido alguno. Pero sabía que estaba llorando. Luego, al trascurrir los minutos, comprendí que no era un llanto que se desahogara en sollozos. No temblaba, sino que estaba muy quieto, inmóvil. Las lágrimas corrían por sus mejillas, producidas por algún profundo dolor aceptado ya desde tiempo atrás y cuyo sentimiento él conocía íntimamente. Era sólo que, en aquella ocasión, mis palabras había evocado aquel dolor y aquel sentimiento a un grado fuera de su dominio. Yo sabía que él tendría que reponerse solo. Nada podía consolarlo ni secar sus lágrimas. Ya lo dijo Séneca: "Cuando un hombre llora, o llora sobre el hombro de su madre, o llora solo". Gerald estaba solo.

Aquello duró varios minutos. Luego, llevándose ambas manos a los ojos para enjugar las lágrimas, dijo con gran sencillez:

—Sé que usted comprende lo que esto significa —su voz tenía una extraña profundidad y era muy distinta de los tonos que empleara durante nuestra conversación. Entonces, había venido de alguien vivo y vibrante a su manera, que caminaba y hablaba a mi lado. Ahora venía de muy lejos; profunda, grave, solemne, era obvio que me hablaba desde otro plano al que él había llegado solo, donde se había decidido su destino y del que su ser mismo jamás se había ausentado desde entonces. Era un exorcista que hablaba desde el mundo solitario que debe siempre habitar, él solo con su terrible conocimiento, sus heridos recuerdos y su ciega confianza enlazada con desesperación al amor todopoderoso, para una purificación última.

"No se apene, Malachi, no se haga ningún reproche. Lo que sucede es que nadie debería tener que soportar el ver así a otra persona. Son lágrimas que deben derramarse cuando se está solo —se enderezó y se aclaró la garganta. Pude ver cómo abarcaba todo el horizonte, volviendo la cabeza lenta, meditativamente, de un lado a otro—. En alguna parte de mi mundo —dijo en voz alta, pero como hablando consigo mismo—, en alguna parte, y en algún momento de los años que he pasado en él, tiene que haber habido alguien... quizá aún haya alguien, una mujer a la que hubiese podido amar. Jamás miraré sus ojos

ni escucharé su voz, ni sentiré el roce de sus dedos. Hubiera podido probar la eternidad de Dios y el éxtasis con ella. Y hubiera podido ver la gracia de Dios en sus cabellos y en sus senos. Alguien. En algún lugar. Pero jamás lo haré. No ahora... nunca. Jamás participaré en su misterio de la gloria de Dios, contenida en ella.

"Y usted bien lo sabe, no lloro porque haya perdido tal oportunidad, ni lloro porque me sienta frustrado. Lo puedo jurar —volvió a secarse los ojos—. En cierto modo, no sé por qué lloro... pero, al mismo tiempo, sé muy bien por qué lo hago. Cuando se pone el dedo en la llaga de una situación como la de R/R, pienso que la terrible fragilidad del amor humano se vuelve más hermosa, y se tiembla por su seguridad. ¡Pobre R/R, con sus sueños tan delicados! Verdadera, genuinamente, anhelaba ser femenino y amar como sólo la mujer puede amar.

Se volvió y miró hacia la casa. Sus ojos estaban húmedos y brillantes, pero límpidos:

"¿Será por ello que a veces los amantes lloran en sus momentos más felices? —Por lo visto, en ese momento las lágrimas volvieron a brotar, porque se apresuró a mirar hacia otro lado, hacia las montañas.

"Muchas mujeres y muchos hombres deben haber abrigado ese mismo y hermoso sueño de R/R —dijo, en medio de su dolor—, deben haberlo visto a su alcance y extendido la mano para cogerlo, para encontrarlo mancillado antes de tocarlo —hizo una pausa—. No sé por qué lloro por ellos. Quizá lo siento por ellos. Porque sólo Jesús puede curar las heridas de su espíritu.

Esperé hasta que me pareció que había dejado de llorar. Había todavía una última pregunta que deseaba hacerle, acerca de Jesús. Pero él habló antes de que yo lo hiciera:

"Por supuesto que a veces lo lamento. Sería un embustero si dijera otra cosa. Pero esa tristeza mía tiene por causa las intuiciones que jamás tuve. Cualquier hombre o mujer de los que yo he conocido y que han amado realmente, sin excepción, me dijeron que para el verdadero amor, la pasión carnal era una base para el vuelo de intuiciones. El hombre ya no se sentía meramente en ella o cerca de ella. Ella ya no se sentía simplemente rodeándolo o cerca de él. Era algo que iba mucho más allá, ¿qué fue lo que me dijo aquella mujer?... una "totalidad", eso dijo. O, según me lo expresó un hombre, plena unidad. Lo

que quería decir era: unidad consigo mismo, con su esposa, con Dios, con la tierra, con la vida.

Pregunté a Gerald si acaso mezclado con su conocimiento y con esa tristeza parcial, no había también un sentimiento de dolor por los hijos que hubiera podido tener. Me respondió que el tener o no tener hijos era otra cosa. Sin embargo, yo insistí, y sugerí que quizá una causa de la profunda tristeza y sufrimiento que le había causado el caso de Richard/Rita era su total imposibilidad para tener hijos; por mucho que Richard/Rita llegara a amar, ya fuera en sus sueños o en realidad, su amor jamás sería un amor fructífero. El suyo sería siempre un sueño truncado.

Gerald me recordó aquello que Richard/Rita gritaba y gritaba al final del exorcismo, mientras se azotaba en la cama. Había gritado una y otra vez: "¡Vida y amor! ¡Amor y vida! ¡Vida y amor!", hasta que le cerraron la boca con una tela adhesiva.

"Y ahora —concluyó Gerald—, al igual que Richard/Rita, tendré que esperar hasta que cruce a la otra orilla, a fin de encontrar la vida del amor y el amor de la vida. Por el momento, soy el eunuco del tiempo para la vida y el amor en la eternidad —y al decir esta última frase, su voz registró un sutil cambio de tono.

Ahora sonaba más o menos como el Gerald que me había recibido temprano, por la tarde. Iniciamos la marcha de regreso hacia la casa. Al pasar por el corredor y la puerta del frente, citó las palabras de Jesús:

"'"En el reino de los cielos no dan a sus hijas en matrimonio ni son dados en matrimonio". Ahí no hay matrimonio —comentó pensativo—. No hace falta.

—Gerald, ¿y acerca de Jesús?

—Él era, es, Dios —me interrumpió—. No hacía falta mujer alguna ni amor humano alguno para enriquecerlo.

—Entonces, ¿*nosotros* tenemos el amor carnal, *amamos* de esa manera, porque somos meramente humanos?

—Sólo porque *somos* humanos. Una vez poseídos de Dios y poseídos por Dios, el amor carnal carece de sentido. Se tiene todo el amor humano y todo lo que el amor humano puede darnos y mucho más. Se tiene al amor mismo.

Nadie que hubiera conocido a Gerald cuando inició su vida sacerdotal, recién salido del seminario, hubiera podido adivinar que acabaría como exorcista condenado a una muerte prematura.

Nacido en Parma, Ohio, criado en Dijon, Francia, hasta la edad de 14 años y educado a partir de entonces en Cleveland, donde se ordenó sacerdote en 1948, Gerald fue enviado como asistente a una parroquia en las afueras de Chicago.

Ahí y en otras parroquias Gerald sirvió como ayudante durante veintitrés tranquilos años. Durante ese tiempo adquirió la reputación de poseer un sólido sentido común. Se mostraba sereno incluso en las circunstancias más difíciles. Algunas veces se le criticaba por ser un poco, demasiado poco mundano:

"No tiene mucho mundo", solía comentar de vez en cuando algún colega. Sin embargo, cada vez que se suscitaba una crisis, los juicios y decisiones de Gerald solían ser los adecuados.

Cierto día fue llamado a consulta por el párroco de una parroquia vecina. Cuando llegó a la casa de dicho sacerdote, se le contó la historia de cierto joven, Richard O., empleado de una compañía de seguros, quien recientemente se había mudado a ese vecindario. No se trataba de un católico, pero sus dos hermanos y algunos amigos íntimos habían acudido espontáneamente al anciano sacerdote en busca de ayuda y consejo. Su hermano y amigo, Richard, venía empeorando de tiempo atrás. Habían acudido a médicos y sicólogos. Luego lo habían persuadido para que visitara al ministro luterano. Después de ello, un rabino había orado a su lado. Sin embargo, aquella degeneración proseguía.

Los hermanos de Richard se mostraron muy francos cuando hablaron con los dos sacerdotes en la sala de la casa parroquial. Hicieron un breve relato de la vida de Richard/Rita hasta ese momento:

—Padre, no somos católicos. No creemos en la Iglesia Católica ni, para el caso, en Iglesia alguna. Pero estamos dispuestos a hacer cualquier cosa, lo que sea, llegar hasta donde se necesite, a fin de ayudar a nuestro hermano —el viejo sacerdote les pidió que lo excusaran un momento, y Gerald y él salieron de la habitación.

El párroco quería hacer varias preguntas a Gerald. ¿Creía que Richard O. era un caso de posesión? Gerald dijo que no podía saberlo; jamás se había encontrado con un caso de posesión. ¿No convendría notificar al obispo? Gerald ya había conversado con "el joven Billy" (apodo que al obispo daban sus sacerdotes). La diócesis no tenía un exorcista oficial. El obispo

no sabía nada acerca de ello, y todavía le interesaba saber menos. "Conviene que tomemos las cosas paso a paso, empezando de arriba para abajo", aconsejó Gerald alegremente.

Regresaron a la sala y pidieron a los hermanos de Richard O. los informes de médicos y sicólogos. Gerald fue informado de que podrían tener dichos informes inmediatamente. Preguntó también Gerald si Richard sabía de la visita de sus hermanos al párroco y a él mismo. Bert dijo que no lo creía así.

—Puede que lo sepa —replicó Gerald. Y luego procedió a explicarles que, si realmente Richard estuviera poseído por un mal espíritu, era fácil que supiera mucho más de lo que sus hermanos le decían.

Esta conversación tuvo lugar tres días después de Navidad. Los informes médicos llegaron el día de Año Nuevo. Con la autorización de su propio párroco, Gerald se marchó a vivir temporalmente al curato de su viejo amigo, a fin de estar cerca de Richard O. A principios de febrero, habiendo leído y asimilado los informes y después de hablar con los médicos y sicólogos, acompañó a los dos hermanos de Richard para la primera visita que hizo a éste.

Richard/Rita los recibió con gran amabilidad en su casa. Ese día parecía sentirse desbordante de felicidad. Les habló acerca de sí mismo y no ocultó en lo más mínimo su condición. Dijo que en ocasiones, como en la presente, lo veía todo claramente y comprendía que necesitaba algún tipo de ayuda. En otras, en cambio, según lo que la gente le decía, se comportaba de la manera más extraña. Se producía en él un cambio constante. Y era demasiado penoso y abrupto e impredecible para que pudiera seguir así mucho más tiempo.

—Ayúdeme usted, si puede —añadió—. Incluso si después lo mando al demonio, ayúdeme. Firmaré cuantos documentos hagan falta.

Richard/Rita dijo, en respuesta a lo que Gerald le propusiera, que estaba perfectamente dispuesto a ir a Chicago y someterse a los reconocimientos realizados por los médicos y sicólogos que Gerald eligiera. Al siguiente día marcharon juntos a Chicago. Por alguna feliz circunstancia, la visita a esa ciudad así como las pruebas y reconocimientos realizados por los sicólogos y médicos trascurrieron sin incidente alguno. Richard/Rita no sufrió ninguno de sus repentinos ataques.

Mientras se hallaban en Chicago, Gerald y el viejo párroco fueron a visitar al único exorcista que pudieron descubrir a una distancia alcanzable. Se trataba de un fraile dominico, ex misionero, quien vivía retirado en un suburbio de Chicago. Sonrió sin muchas ganas cuando le contaron la historia.

—Mejor ustedes que yo, muchachos —dijo con toda tranquilidad—. Los voy a adiestrar en el rito del exorcismo y les voy a dar algunas indicaciones de mi propia cosecha para ustedes y sus ayudantes. Aprendí una o dos cosas en Corea. No todo se fue por el caño.

El viejo fraile les explicó los principales y primeros principios del exorcismo. Advirtió a Gerald que por ningún motivo tratase de tomar el lugar de Jesús. Que era sólo en el nombre y gracias al poder de Jesús, y esto lo subrayó, que cualquier mal espíritu podía ser exorcizado. Le indicó las diversas trampas que aguardaban al incauto: los peligros de cualquier argumento lógico con el espíritu poseedor; la necesidad de ayudantes fuertes, silenciosos, y el procedimiento acostumbrado de un exorcismo.

Gerald tuvo que regresar varias veces a Chicago con Richard/Rita, después de aquella primera ocasión. Por cuenta propia fue a ver a algunos teólogos, a fin de adquirir un conocimiento más exacto de lo que ocurría durante un exorcismo. Richard/Rita por su parte tuvo que hacer diversos viajes relacionados con su trabajo. Por una cosa o por otra, llegó el comienzo de marzo antes de que todo estuviera dispuesto. Gerald consideró que había tomado todas las posibles precauciones. Intrigados como estaban todos los examinadores médicos y siquiátricos con la historia y la operación transexual de Richard/Rita, habían quedado convencidos de que Richard/Rita estaba médica y sicológicamente tan normal como cualquier otra persona y de que no estaba dedicándose a llamar la atención por medio de una actuación extravagante. Esta idea había sido sugerida por alguno de los sicólogos. Gerald decidió, pues, que el rito del exorcismo no le haría mayor daño.

Ya para proceder al exorcismo, había elegido a cinco ayudantes: los dos hermanos de Richard/Rita, Bert y Jasper, quienes se ofrecieron voluntariamente para la tarea; el viejo párroco había conseguido los servicios del capitán de la policía de la localidad y de un maestro de inglés de la escuela parroquial. Y el casero de Richard, Michael S., un norteamericano de origen

griego y buen amigo del párroco, cuando supo del exorcismo se ofreció espontáneamente a ayudar. Gerald, por su parte, eligió como su ayudante a un joven recién enviado a su parroquia, un tal padre John.

Sólo en una o dos ocasiones, en los meses que precedieron al exorcismo, sintió Gerald que su valor flaqueaba. Hubo una ocasión en que el viejo fraile dominico lo llevó a un lado, cuando él y el párroco iban ya de salida, después de una de sus visitas. Le preguntó a Gerald si era virgen. En efecto, lo era, replicó Gerald, pero ¿qué diferencia podía significar eso? El dominico le replicó casi de pasada, en el intento de restar importancia a su pregunta, que no había ninguna diferencia, pero que probablemente Gerald tendría que sufrir más que de costumbre. Cuando menos, ese era su punto de vista.

Interrogado estrechamente por Gerald acerca de las razones que tenía para pensar así, el dominico lo miró por un instante y luego respondió, con voz serena:

—No ha pagado lo que debe. En realidad no sabe usted lo que lleva dentro. Pero —se dirigió hacia la puerta y la abrió— ellos lo saben. Ahora —indicándole al viejo párroco que aguardaba— su amigo está esperando, vaya usted en paz. Y no tema. Esta es su suerte.

De regreso a la casa, Gerald y su viejo amigo hablaron acerca de todo aquello. Para él estaba claro, comentó el párroco, que cuando uno pasaba años dedicado a cierto tipo de trabajo —el párroco en su parroquia, el viejo fraile en su trabajo misional— se adquiría un sentido especial. Algo que no puede compartirse con nadie. Que realmente no se desea compartir con nadie. Y lo que ese sentido nos dice no siempre es agradable. Algunas veces se ven presencias oscuras donde otros no ven más que luz.

—Es muy curioso —comentó el párroco a Gerald, quien se había quedado silencioso y pensativo—, pero no trate de comprender. Puede usted envejecer antes de tiempo. Y le rompería el corazón.

Mientras más se acercaba la fecha del exorcismo, fijada para mediados de marzo, más irreal parecía todo ello a los participantes, en especial a Gerald. Y ello se debía más que nada a Richard/Rita. En aquellos días no se observaba en él señal alguna de degeneración, no había sufrido ningún ataque. Todo

estaba tranquilo y normal. Incluso los recibió a todos en su casa la noche antes del día señalado y les sirvió una cena cocinada por él mismo. Después, les ayudó a arreglar la habitación donde se iba a realizar el exorcismo y conversó amistosamente con ellos antes de su marcha. Gerald había traído consigo todos los adminículos necesarios para el exorcismo: crucifijo, estola, sobrepelliz, ritual, frasco de agua bendita. A sugerencia del viejo dominico, se pidió prestada en la clínica de la localidad una camilla: quizá fuera necesaria para Richard/Rita.

Todos se reunieron a las ocho de la mañana del día siguiente. Para Gerald hubo unos breves segundos de un sentimiento extraño, de que algo andaba mal. Fue el último en descender por el sendero que bajaba desde el camino donde había dejado estacionado su automóvil. Cuando se volvió para poner la aldaba del portalón vio a Richard/Rita, cuya figura se dibujaba contra la puerta principal de la casita. Gerald a esa distancia no podía mirarle los ojos, pero en cambio las manos de Richard/Rita le llamaron la atención. Cuando el párroco y Gerald lo dejaron a la puerta, recordaba claramente que Richard/Rita había alzado ligeramente la mano derecha, la palma extendida y hacia ellos, en un gesto de despedida; la mano izquierda había estado descansando en la perilla de la puerta. Ahora, al mirar hacia atrás, vio que la mano derecha estaba extendida hacia afuera formando una garra que apuntaba hacia él. La mano izquierda, con la palma hacia arriba, y los dedos ligeramente curvados, se mantenía tiesa. Gerald sintió que un escalofrío le corría por la espalda.

—¡Vamos, Gerald, venga! Supongo que alguien acaba de pisar su tumba, ¿verdad? —era el viejo sacerdote que le gastaba una broma. Richard/Rita volvió a saludarles con la mano y se metió en la casa.

RICHARD/RITA

La historia de Richard O. es sólo en parte, si bien en grado importante, la historia de un transexual. Nació con un organismo masculino, pero dotado de un deseo irreprimible de ser mujer. En su infancia sus ideas y deseos eran nebulosos. Al alcanzar la edad adulta, estaba firmemente convencido de que cada uno

de nosotros puede ser macho o hembra, masculino o femenino; que cada uno de nosotros tiene una dosis casi igual de masculinidad o feminidad, antes de que cultura, civilización y ambiente, según la teoría en boga hoy en día, conviertan a los niños en niños y a las niñas en niñas. Por último, se sometió a una operación para lograr la transexualización, operación que tuvo éxito, desde el punto de vista médico. A partir de entonces adoptó el nombre de Rita.

Richard había adquirido una clara y temprana comprensión de la diferencia entre feminidad y masculinidad y se sentía atraído por ese misterio aparente de lo femenino y repelido por la insuficiencia de verse restringido exclusivamente a lo masculino. Desde la edad de dieciséis años en adelante, el propósito de Richard fue el permitir que surgiera en él lo femenino, de modo de poder complementar así su masculina insuficiencia con el misterio autosuficiente de la feminidad.

De los dieciséis a los veinticinco años buscó activamente, lleno de confianza y esperanza, la manera de sentir, pensar y actuar "de manera andrógina"; estaba persuadido de que podía lograr la unión de lo masculino y lo femenino en sí mismo. Pero el resultado fue una gran soledad (en esa etapa no era tristeza) sin que pudiera lograr la anhelada unión. A los veinticinco buscó dicha unión en el matrimonio. Sin embargo, no resultó; no encontró en el matrimonio ni la unidad ni la unión del amor; y para entonces su convencimiento de la existencia andrógina ya se había marchitado.

Desde la época de su divorcio cuando tenía veintinueve años, pasando por la transexualización, operación que le fue practicada a los treinta y uno, hasta el momento de su exorcismo, a la edad de treinta y tres, se había convertido en un "espectador entre bambalinas", celoso de la supremacía de lo femenino, fascinado por la esencial función de lo masculino. El misterio de la feminidad se convirtió en algo que valía la pena descubrir; en el caso de Richard, el descubrirlo equivalió a una blasfemia y a un tipo de degradación fisicomoral que todavía hoy lo persigue. La vitalidad de lo masculino se convirtió para él en un arma; lo consideraba como un medio de muerte.

Para fines del verano de 1971 voluntariamente se había dejado poseer por un espíritu maligno que respondía al nombre de "Desvirgador de Muchachas". Esta posesión se había iniciado

muchos años antes. Su violenta revuelta contra la posesión hubo de llevarlo finalmente al rito de exorcismo realizado por el padre Gerald. Pero, incluso después de dicho exorcismo, Richard seguía viendo su problema como asunto de sustancias químicas, de modificación cerebral o de adaptación cultural, jamás como un dilema de su espíritu.

El exorcismo tuvo éxito, quedó liberado. Pero Richard/Rita concluyó, tal y como ahora vive, en una posición muy poco envidiable: ni macho ni hembra; ni tampoco un ser neutro, situado, a pesar de todo, en la tierra de nadie entre lo masculino y lo femenino.

No todos los detalles de su vida son pertinentes para comprender lo que le ocurrió. Sólo necesitamos conocer unas cuantas escenas y detalles de su infancia y de su primera adolescencia. Es en la triple etapa por la que pasó como adulto donde conocemos hasta cierto punto su condición en la época del exorcismo.

Richard/Rita nos presenta en una clara imagen el clásico rompecabezas de todos los posesos que, a pesar de haber sido poseídos (y siempre, hasta cierto punto, con su consentimiento), llegado un momento se rebela contra esta misma posesión. ¿Y por qué tenía que ser Richard/Rita, y no cualquiera otro de los transexuales con que nos tropezamos en el curso de nuestra existencia, el que hubiera de ser poseído por el diablo?

Richard/Rita nació en Detroit, Michigan, el tercero de una familia de seis hijos (tres hombres y tres mujeres); su nombre era Richard O. La familia vivía en una casa de dos pisos, un tanto independiente, ubicada en una zona suburbana donde vivían mayormente personas acomodadas de raza blanca. Su madre era luterana y su padre, judío; los niños fueron bautizados como luteranos. Sin embargo la religión no tenía mayor importancia en la vida de la familia. El luteranismo de su madre era para ella tan poco importante como lo era el judaísmo para su padre. Era una familia que vivía en buenas circunstancias económicas, gobernada por una mano blanda y ni más ni menos unida que tantas otras de la calle en que vivían.

El padre de Richard trabajaba un horario regular de nueve a cinco, en una compañía de seguros, y pasaba con sus hijos la mayoría de su tiempo libre. Era un entusiasta de la navegación en bote y de la vida al aire libre, y solía ir a pescar y a cazar al Canadá durante las vacaciones de verano. Primero, lo acom-

pañaban en estas vacaciones Bert y Jasper, sus dos hijos mayores. Pero una vez que hubo cumplido nueve años, también Richard empezó a participar de esas vacaciones.

Un ideal acariciado en forma más o menos inconsciente por cada uno de los chicos era llegar a ser como su padre: fuertes, atléticos, aficionados a la vida a la intemperie. Es decir, ser hombres. Los primeros recuerdos que Richard guardaba de este ideal incluyen un día de diciembre en que fue al parque con su padre y con su perro Flinny. Arrojaban una pelota, que el perro recuperaba y les traía. Y cuando el perro saltaba, se torcía y cachaba la bola y regresaba corriendo hacia ellos, su padre comentaba que era así como Richard debería ser. Tenso, listo para saltar y correr y cachar. Los movimientos del cuerpo del perro se convirtieron en un ideal de ritmo, supremacía y fortaleza independiente; saltar, arrojarse y cachar en el aire era algo así como poseer una buena armadura de confianza propia y de elasticidad que soportaba golpes, caídas, frío, calor, cambios de dirección y repentinos brotes de energía.

"Mira cómo se deja ir Flinny en sus juegos", recuerda que su padre exclamaba con admiración y con ánimo de darle aliento.

La nota discordante de este recuerdo surge cuando piensa en lo ocurrido a su regreso a la casa. Cuando vio a su madre y a sus hermanas, sintió que en él se libraba una lucha; y sin comprender por qué, se puso a comparar sus movimientos y el sonido de sus voces con los de su padre y los de Flinny. Pero el incidente pasó como una sombra.

Los tres chicos eran altos, de pelo oscuro. Las niñas eran pequeñas, de talle estrecho, rubias como su madre. Un rasgo de familia compartido por todos los niños era heredado de su madre, un lóbulo más pequeño que otro: el de la oreja derecha.

Las niñas, en su infancia, gravitaron hacia su madre la cual nunca perdió cierta aparente severidad que se notaba incluso en su sonrisa y en su afecto. Pero tenía, además, un hilarante sentido del humor salpicado de ironía.

Llegado el momento, todos los niños fueron a la escuela de párvulos, luego a la escuela pública y más tarde a la universidad. En su mundo no había indicio alguno de los acontecimientos sociales que habrían de marcar los decenios de 1960 y 1970. La televisión de costa a costa estaba apenas en las mesas de dibujo. La liberación femenina no había nacido. Tendencias posteriores

como eran el unisex y la bisexualidad se mantenían ocultas. La homosexualidad era algo que se guardaba en el armario. La licencia sexual y esa total disolución de la familia como unidad eran cosas desconocidas. Los jóvenes aún no habían sido atrapados por las pasiones extremosas que los dominarían veinte años después. Aún no empezaban esa senda veloz y peligrosa que va de la infancia a la edad adulta, sin que haya niñez ni juventud, en el sentido tradicional de esas palabras. Los niños eran niños, y las niñas eran niñas. Y nadie lo había puesto en duda jamás.

El mismo Richard fue quien sintió las primeras dudas. La primera vez que un cambio se dejó sentir en él, es un hecho que ha permanecido siempre claro en su memoria. Cierta tarde, en las postrimerías de la década de 1940, cuando Richard O. tenía casi nueve años, tuvo los primeros y remotos indicios de otro mundo totalmente distinto de aquél al que estaba acostumbrado.

Hasta las vacaciones veraniegas de dicho año, pasadas en una pequeña granja perteneciente al hermano de su madre, situada a unos sesenta kilómetros fuera de St. Joseph, en Missouri, Richard jamás había conocido un día que no hubiera trascurrido en las calles de asfalto, entre los edificios de la ciudad, en el pavimento, acompañado por el constante zumbido del tráfico allá en Detroit, Michigan. Jamás había visto gansos, ni pavos, ni pollos. Los negros nogales, los árboles hickory, los avellanos, los elotes, las calabazas, los conejos, la alfalfa, el tomillo, los patos salvajes, todos los lugares comunes de una granja eran para él novedades que saturaban su mente y sus sensaciones por vez primera. Era sobre todo la inmensidad del sitio lo que parecía abrumarlo: la claridad del cielo, el río Missouri... y aquella vista libre de estorbos que abarcaba ingentes extensiones de tierra.

El incidente ocurrió tres días antes de su retorno a Detroit. Eran como las cinco de la tarde, había pasado casi todo el día en el tractor, con su tío, sembrando frijol soya. Ahora sólo restaba un campo. Era un campo muy largo, con una especie de joroba que corría hacia un ángulo por el centro del campo. En uno de los largos costados de dicho campo había un pequeño estanque. Del otro lado, la orilla de un bosque que se extendía por cerca de un kilómetro. A Richard le llegó el turno de descansar. Se acostó entre los árboles, a la orilla del bosque, y vio a su tío llevarse el tractor en largas curvas, sobre la joroba central, de un extremo a otro del campo.

Eran las últimas horas de lo que había sido un día brillante, limpio de nubes. En el otro extremo del campo, más allá del estanque, hacia el Oeste, los ojos de Richard podían ver el sol poniente que descendía lentamente por los lomeríos de Kansas. Sus ojos podían seguir perezosamente la luz del sol que ya empezaba a declinar sobre los riscos, a unos 30 kilómetros de campos y bosques que bordeaban el Missouri, y luego, del otro lado del río y luego de nuevo hacia la negra superficie del campo arado. Escuchó el canto de la alondra en la orilla del estanque. Muy alto, en el cielo, balanceándose contra el viento del Sudoeste, una ave se sostenía. Dos sonidos, ambos con su peculiar ritmo, llenaban sus oídos. El ruido del tractor, al principio mecánico y ruidoso, acabó convirtiéndose para él en algo agradable. Aumentaba cuando su tío pasaba por donde él estaba echado, y luego disminuía cuando el tractor trepaba la joroba, se perdía de vista del otro lado y se alejaba. Y luego empezaba a elevarse de nuevo cuando el tractor trepaba la loma desde el otro lado, aparecía a sus ojos y rodaba hacia abajo junto a él, y más para allá hacia la derecha, donde nuevamente se volvía y empezaba a abrir otro largo surco.

El otro sonido era el suave viento de la tarde en los olmos y arces que lo rodeaban. Al principio no se percató de él. Pero luego se metió en su conciencia, como una serie de notas ligeramente respiradas que subían y bajaban. Cuando se acostaba de lado y miraba hacia arriba, no podía ver sino el follaje de los árboles que se mecían lentamente, y el cielo azul que parecía un pavimento extendido más allá de ellos.

Casi sin interrupción de sus propias sensaciones, se percató con singular claridad de su cuerpo, echado ahí sobre el musgo y los helechos, en la orilla del bosque. El perfume del panalillo silvestre y de las flores de los manzanos se mezclaba con la frescura de las hojas de los olmos que había estado aplastando y deshaciendo entre sus manos. Se dio cuenta de los insectos, innumerables a juzgar por el ruido que hacían, que en alguna parte por encima de su cabeza zumbaban entre las hojas y las ramas. Todo aquello parecía tener calor y vida; y entonces su cuerpo y sentimientos le parecieron ser parte, y no algo distinto, de ese todo latente y misterioso que poseía sus propias voces y ocultaba sus propios secretos.

Se volvió sobre la espalda y miró las hojas ondulantes traslúcidas a la luz del sol, contempló a los pájaros que saltaban de rama en rama, piando y peleando y picoteando. Podía escuchar allá en la distancia, casi inaudible el llamado ocasional de la codorniz con sus dos notas características. Una ardilla corrió por entre las ramas del árbol, y juguetona iba y venía del tronco a la rama. Todos sus músculos y nervios estaban relajados. No había tensión alguna. A través de su cuerpo y de su mente participaba de alguna suavidad y totalidad absolutamente serenas, pero no se trataba de una totalidad inmóvil y silenciosa. Todo y todos se movían, hacían, se convertían en algo. Y, tal como ahora lo recuerda, él escuchó instintivamente el viento que soplaba entre los árboles como una voz, como voces, como un mensaje de esta suavidad tan grande y absoluta. El ruido del tractor que crecía y disminuía se convirtió en la música de fondo. Sintió unas lágrimas inexplicables que llenaban sus ojos y allá, muy dentro de él, un dolor que le producía un placer inexplicable.

Años más tarde, en situación mucho más crítica, hubo de reconocer que aquellos sonidos y sensaciones, en especial el viento, habían sido el vehículo de alguna nueva, de alguna información. Mirando hacia atrás, le parecía como si se le hubiera dicho algo y más tarde recordase el significado completo del mensaje, pero no pudiera rememorar las palabras empleadas ni el tono e identidad del mensajero.

Por último, el tractor se detuvo a su lado, su tío descendió del vehículo y ambos se dirigieron caminando lentamente a la casa.

Richard todavía debería pasar dos días en la granja antes de volver a su casa en Detroit. Se dedicó a vagar por el huerto, a tirarse en el suelo allá en los bosques, o a sentarse a la orilla del estanque. Trataba de recapturar el mágico momento de la tarde anterior, pero sólo encontró silencio. Como lo diría más tarde, se hallaba encerrado en la dura corteza de su cuerpo.

Sus tíos supusieron que su comportamiento era una muestra de desdicha porque pronto debería marcharse a Detroit. Y cuando rompió a llorar al salir del sendero para tomar el camino principal que habría de llevarlos a St. Joseph, donde iba a tomar el tren, interpretaron su tristeza como un halago para ellos: al sobrino le gustaría quedarse. Las vacaciones habían sido un éxito.

"Volveré. Volveré", recuerda Richard haber dicho, aunque a nadie en particular. "Por favor, permítanme regresar".

De vuelta a su casa, el tostado calor de su piel, la fuerza adquirida por sus brazos, lo saludable de su aspecto, su nuevo y detallado conocimiento de todo lo que a las cosas del campo se refería deleitaron a la familia. El padre se sentía orgulloso:

"Ahora, Richard, te estás haciendo un hombre de verdad"

Pero fueron la madre y las hermanas quienes conquistaron la atención de Richard. Cuando hablaban o reían o se movían, tenía sentimientos indefiniblemente similares a aquellos momentos que pasara a la orilla del bosque. Las hermanas y la madre parecían llevar consigo cierto curioso misterio, cierta totalidad, parecían ser sutiles y maleables. Su padre y sus hermanos —bruscos en sus movimientos, deliberados en sus gestos, seguros en su paso, que todo lo hacían como movidos por un propósito concreto— le parecían a Richard estar envueltos en duras cortezas. Lo repelían. Y, al mismo tiempo, se sentía avergonzado de verse repelido por lo que debiera ser su ideal. Las voces de su padre y sus hermanos no tenían para él matiz alguno, carecían de significado, no poseían sutiles resonancias.

Aunque por aquel entonces era incapaz de analizar todo esto, lo sentía. Desde luego, le era imposible mencionarlo o comentarlo con nadie. Todo lo que podía hacer, lo hacía. Como si hablara al viento y a los árboles y a los colores y a las aves de la granja, pensó (quizá valdría más decir que *sintió*):

"No quiero dejarlos. Quiero ser como ustedes". A esa edad, y durante bastante tiempo, no supo exactamente quiénes eran esos "ustedes". La diaria vida de la casa y de la escuela lo envolvió. En atletismo destacaba tanto como cualquier chico. Siempre obtuvo buenas calificaciones. Después de los 12 años, se convirtió en ávido lector. En la casa y en la escuela se le tenía como un chiquillo normal, más aficionado al estudio que a los deportes, no excesivamente amable, ni excepcionalmente tímido, ni desde luego "ajotado" en sentido alguno, ni tampoco un muchachillo débil; solía sumarse fácilmente a grupos y equipos y era excepcionalmente afectuoso y cálido.

Nada llegó jamás a borrar de su memoria el incidente de la granja, pero nunca volvió a St. Joseph. En adelante, las vacaciones fueron pasadas con su padre y sus hermanos en Canadá. Y sólo hacia el final de su decimoséptimo año ocurrió otro incidente que nuevamente produjo una honda trasformación en Richard.

Se había sumado a un grupo de sus compañeros de clase, y todos, bajo la vigilancia de un antiguo guardabosques llamado el capitán Nicholas, habían de pasar tres semanas acampados en el estado de Colorado. El propósito de aquellas vacaciones era aprender algunas de las artes para sobrevivir en descampado. Su programa estaba lleno y era bastante activo. Una vez concluido, sabrían algo acerca de alpinismo, natación, rescate, sabrían reunir alimentos, encender fuego, cocinar, poner trampas, trepar árboles, primeros auxilios, en fin, cualquier otra cosa que el capitán Nicholas se las arreglara para enseñarles en aquellas breves semanas. Cuando las vacaciones concluyeran, los ocho estaban invitados para pasar la última noche en la casa del rancho que pertenecía al capitán Nicholas y a su familia.

Como parte del adiestramiento de supervivencia, cada uno de los chicos debería pasar solo una noche a cierta distancia del campamento. Cuando llegó el turno de Richard de pasar la noche "allá solo" se le informó que debería hacerlo en un pequeño claro que se abría en una loma desde la que se veía el lago, y que estaba situada a más o menos un kilómetro del campamento. Se le proveyó de un silbato y se le dijo que debería llamar en caso de necesitar ayuda. De acuerdo con las reglas del campamento, los chicos y el guardabosques lo dejaron al anochecer.

A medida que sus pasos y gritos se fueron perdiendo en la distancia, Richard se volvió y empezó a juntar ramitas para encender su hoguera. Se hallaba mirando al lago, unos 45 metros por encima de su superficie. El lago estaba rodeado de montañas cubiertas de bosques. La luna llena ya había aparecido por sobre los montañas e iluminaba con un sendero de luz el agua, así como las siluetas de los árboles que la rodeaban. El olor a resina era una atmósfera acogedora que le hacía sentirse bienvenido. En realidad casi no escuchaba sonido alguno, salvo el viento que sacudía las copas de los pinos y rizaba la superficie del agua. El aire era quieto y cálido, y tenía apenas un pequeño frescor que se colaba en él de vez en cuando.

Richard estuvo de pie un momento, tratando de orientarse, a fin de no perderse mientras recogía la leña para la hoguera. Pero el sonido que todo lo rodeaba pareció haberse abierto por un instante. Fue como si se corriera un velo invisible, y ya no se sintió como algo separado y distinto de todo aquello que lo rodeaba.

Su reacción inicial fue de temor, y echó mano al silbato. La regla era: al menor temor o aprensión, hay que llamar al campamento mediante un silbatazo largo y otro corto. No significaba vergüenza alguna el hacerlo así. Parte del programa de adiestramiento consistía en admitir y respetar tales sentimientos.

Sin embargo, aquella primera reacción fue seguida casi inmediatamente por una sensación mucho más profunda. Hoy, Richard jura que fue como si la noche con su luz, con su voz que se tejía entre las copas de los pinos, sus olores y su aparente calma, se quejara con él y dijera:

"Sólo soy un secreto. No soy una amenaza. A nadie hiero. Sólo revelo. No me rechaces".

Dejó caer el silbato que tenía en los labios y se sentó en la ladera, abrumado por una idea que seguía martilleándolo quietamente, con palabras que sonaban como si fueran suyas: "Me he rendido. Voy contra todo lo que se me ha enseñado pero yo deseo... me he rendido... contra lo que se me ha enseñado...". Para entonces, se sintió rodeado por sombras y presencias que habían permanecido ocultas o dormidas hasta ese punto. Tenía la seguridad de que estaban ahí, aun cuando no pudiese verlas. El temor había desaparecido. Sólo restaba la perplejidad. El viento en los pinos y la luz que brillaba en el agua eran parte integral de esas presencias. Pero había algo más que no podía reconocer, que sólo podía aceptar o rechazar después de luchar contra ello. Algo que hablaba en el viento y que brillaba en la luz. En conjunto, estos misterios tejieron una red alrededor de su perplejidad, lavándola en una extraña gracia y, al mismo tiempo, ablandando alguna parte allá dentro de él, una parte de su ser que supuestamente debía ser dura e insoluble, pero que ahora se convertía en algo suave, sutil, difuso, algo que flotaba en algún misterio. Recuerda haber murmurado una y otra vez:

"Me he rendido... yo deseo... contra lo que me han enseñado..."

Luego, incluso en medio de la oscuridad, empezó a observar detalles: la variedad de colores de las rocas que lo rodeaban, diferentes clases de rizos en el agua, las distintas sombras de los árboles, las sucesivas notas del viento; en relámpagos de recuerdos, se sintió de regreso en el pasado: a la orilla del bosque en St. Joseph, escuchando a sus hermanas y a su madre mientras

conversaban y hablaban, viendo a su padre bailar con su madre durante una fiesta familiar, el pasado invierno, el tener entre las suyas la mano de una compañerita de escuela, mientras iban hacia la casa, a la salida del cine.

Y, a medida que este profundo centro se fundía, escuchó la voz de su padre diciendo algo que con frecuencia decía a sus hijos:

"Alta la cabeza, jovencito", frase que se perdió en lontananza en un repugnante ruido, "los hombres hemos de ser fuertes. Alta la cabeza, jovencito, alta la cabeza, jovencito, alta la cabeza..."

Sintió que su cuerpo se estremecía como si se sacudiera de una cubierta de escamas o una armadura. No se sintió débil ni se agarró del suelo. Antes bien, ahora era una flexible continuación de la tierra, de la luz, de la voz del viento, de la plata de la luna, del silencio. Su cuerpo parecía encerrar la posibilidad de todas las cosas naturales a una. Él sabía que era increíble. Hubo un último momento en el que algo de sí le hizo una advertencia con voz aguda.

Pero, después de una pausa interior de un instante, le pareció que se dejaba ir, que aceptaba de buen grado y que incluso lo hacía hasta en lenguaje poético:

"No te conozco. Quiero lo que tú eres. Quiero participar de ese misterio. No quiero poseer la dureza y la fuerza de un hombre. Quiero poseer tu totalidad".

De hecho, pronunció en voz alta aquellas palabras. Salieron de sus labios semimurmuradas, incrédulas, porque su cerebro insistía en decirle que estaba solo durante aquella noche en la montaña. Pero había algo más poderoso, no en su cerebro, que persistía en atraerlo. Y él respondió:

"Quiero ser mujer... sí... hombre mujer". Desconocía el sentido de aquello que estaba diciendo, pero persistió en decirlo. Y aquella noche todo le respondía por turno —y al parecer de manera infalible— y le decía:

"Lo serás. Puedes serlo. Lo serás. Puedes serlo. Secreto. Misterio. Abierto. Lo serás. Puedes serlo. Mujer... Hombre... Suave... Duro... Todo... Lo serás. Puedes serlo".

Perdió toda noción del tiempo. Ni siquiera encendió el fuego. No se movió de donde estaba sentado. La luna subió y se puso. El viento disminuyó y murió. De vez en cuando se escuchaba el

canto de algún búho, y una o dos veces el de algún pajarillo sorprendido por algún depredador nocturno. La memoria de Richard grababa todo esto indirectamente. Pero aquellas horas las llenaba otra cosa: la voz o la sensación de una voz que subía y bajaba en una melodía de notas.

Richard subraya ahora dos cosas que guarda en su memoria de aquella canción. Carecía de un ritmo concreto, no había un tiempo que pudiera percibirse. Pero parecía ser total, absoluta y únicamente melodía. Y lo que era más importante, no le decía nada nuevo ni chocante, ni abrumadoramente extraño... le parecía haber tenido aquellas notas ya grabadas dentro de sí; pero eran evocadas como ecos de la melodía. Y, a medida que resonaban, delineaban una calidad o condición en la que siempre estuviera, pero que nunca había percibido, ni mucho menos expresado en sus gustos, en su andar, en su mirar, en los rincones de las palabras donde se ocultaban las sombras del significado, ni siquiera en su percepción del mundo que lo rodeaba.

El conocimiento ya no era un impulso hacia afuera que pretendiera lograr un objetivo, marcar un sitio exacto mediante la lente de la lógica: "fijar la mira", como solía expresarlo su padre, entusiasta del tiro al blanco. En aquella condición melodizada, todos los objetivos eran recibidos dentro de un delicado laberinto de sensibilidades, emociones, reacciones, intuiciones. Y, sobre todo, una sensación sacramental, de pacto que se realizara con el agua y la tierra y el aire simultáneamente fuertes y dulces, suaves e irresistibles, masculinos y femeninos. Porque este sentido de las posibilidades de todas las cosas naturales a una, en una condición, constituía ahora una persuasión interior. Y sintió un tacto ligero, casi inestable de todas las cosas, con una fuerza que era dulce, con firmeza pero sin orgullo, con definitivo conocimiento de su elección, pero sin violencia.

Y aquella melodía prosiguió durante toda la noche, hasta que con el amanecer sus compañeros y el capitán Nicholas lo encontraron sentado en la ladera, el rostro fresco, sonriente, un poco soñador, pero totalmente despierto.

Sólo el capitán Nicholas observó el cambio operado en Richard: aquella peculiar vaguedad en el fondo de sus ojos, y la forma en que volvió la cabeza para saludarlos cuando se acercaban a él. Después de las primeras bromas, cuando corrían ladera abajo hacia el campamento para desayunar, el capitán

procuró quedarse junto a Richard y le dijo: "¿Estás bien, muchacho?" Cuando Richard volvió la cabeza hacia el guardabosques, había desaparecido aquella vaguedad que el capitán Nicholas había observado en sus ojos. Era como si hubiese corrido unos velos que cerraban su estado interior. Su respuesta fue natural:

"La pasé bien. ¿Cree usted que me porté igual?".

Pasada una semana, las vacaciones habían concluido. Todo el grupo dejó las montañas ya avanzada la tarde; descendieron por las laderas y caminaron al lado del guardabosques hasta donde habían dejado su camioneta. Después de una hora de camino, llegaron a la casa del rancho, donde los recibieron la esposa del capitán Nicholas y Moira, su hija. Todos estaban rendidos; inmediatamente después de cenar, se marcharon a la cama.

Richard, sin embargo, apenas pudo dormir. Desde el momento en que conoció a Moira tuvo una renovación de la reciente experiencia que pasara en la montaña.

Fresco aún de esa experiencia y todavía lleno del pacto que había celebrado con el aire, el agua y la tierra —el éxtasis de todo quello permaneció vívidamente presente para él durante varias semanas—, Moira le parecía a Richard ser la encarnación viviente de una figura secreta que llevaba en su memoria. Ella parecía ser la respuesta a la oración murmurada en la montaña, y el modelo que se le había prometido a la sombra de aquella ladera. Veía la inconsciente gravedad de su cabeza, la ligera fuerza de su figura como la ligera fuerza de aquella figura que él había sentido a su lado en la montaña durante aquella noche memorable; el suave contoneo de su andar, como una expresión de su libertad. Y todos estos detalles de su apariencia y persona eran una revelación de lo que él más deseaba tener: el tono de su voz, dulce y ronca a la vez, junto con la natural gracia de los movimientos de sus manos, la sensación de privilegio que sus ojos tenían, cuando menos para él, y ese suave cauce de sentimiento que él sabía amortiguaba su risa y hacía que fuera totalmente diferente de las fuertes carcajadas de sus compañeros.

Alguno de los otros chicos se habían percatado de la fascinación que desde la noche de su llegada al rancho pareció sentir por Moira, y empezaron a embromarlo:

"Richard se la quiere echar. Richard está que se derrite. Richard la quiere ensabanar". Él tomó todas esas bromas con buen talante, aun cuando uno de ellos se ofreció seriamente a "arreglarle el asunto" con Moira.

Ella misma recuerda haberse percatado de aquellas bromas en el curso de la noche. Al principio, su reacción fue la de costumbre, semidivertida, semiapenada. Y es probable que jamás hubiera servido de ayuda a Richard si ella no hubiese tomado la iniciativa. Fue por la mañana, antes de la partida del grupo. Richard bajó temprano y encontró a Moira preparando el desayuno.

Desde el principio, la chica se percató rápidamente de que no se trataba sólo de otro joven que coqueteaba con ella. Ni tampoco se comportaba con timidez. Después de un alegre "¡hola, buenos días!", fue poco lo que dijo al principio, pero automáticamente empezó a ayudarla en sus preparativos. Sin embargo, ella tenía la extraña convicción de que entre ambos se había llegado a un acuerdo y existía un lazo inconsciente. Ese sentimiento resultó turbador al principio; pero al cabo se convirtió en un sorprendente placer.

Mientras trabajaban, le preguntó si tenía hermanas:

"Tres". Su expresión nada decía, no era ni de agrado ni de desprecio.

Se dedicaron activamente a poner la mesa. Él la miró una o dos veces. Luego:

"La excursión fue fantástica. ¿Has estado ahí alguna vez?". Ella negó con la cabeza, esperando la acostumbrada letanía de acontecimientos y hazañas de la superioridad y la resistencia maculinas. Sin embargo, lo que Richard dijo fue: "Ahí descubrí por fin lo que quiero ser".

Le preguntó Moira si deseaba ser guardabosques.

"¡No! ¡No!", replicó Richard. Y explicó que había descubierto la clase de persona que quería ser y la miró, los ojos brillantes. Moira se preparó para escuchar alguna protesta de amor eterno e irresistible atracción. Pero lo que Richard dijo, con los ojos aún brillantes, fue: "Dicho simplemente, Moira, deseo ser como tú".

El primer impulso de la chica fue estallar en carcajadas, tirar la cosa a broma y seguir con su labor. Pero algo dentro de ella le advirtió que no debería obrar así. Se volvió rápidamente hacia la estufa, turbada, algo asustada. Él siguió adelante con su tarea y continuó hablando.

Dijo que comprendía que sonaba raro, pero que realmente era sincero en lo que decía; era difícil de explicar, pero a ella quería decírselo. Ella trató de interrumpirlo, pero su voz la cortó,

con tono duro, casi de reproche. La joven se volvió y lo miró. Los ojos de Richard estaban llenos de lágrimas. Y aún tenía aquel brillo en la mirada, pero con una expresión extraña, con un gesto como de disculpa que torcía su boca ligeramente.

—Perdón. No fue mi intención gritar.

—No gritaste. Es que yo tengo la culpa por hablar de más —siguió la mirada de él hacia afuera de las grandes ventanas de la cocina. Las montañas cubiertas de bosque se agazapaban ahí fuera y la luz de la montaña las acercaba. Parecía como si pudieran tocarlas desde la ventana de la cocina con sólo extender el brazo.

—Sea lo que fuera, Richard, fue muy hermoso —dijo la joven para romper la tensión de aquel silencio—; espero que logres lo que deseas. Debe ser muy bello.

—Entonces tú lo sabes. Lo sabes —se mostraba excitado e infantil, sin dejar de mirar hacia afuera—. Lo lograré, estoy seguro ahora de lograrlo.

Moira no tenía una idea muy clara de lo que él estaba pensando. Desde que era una jovencita, estaba acostumbrada a tratar chicos de muchos tipos, para los cuales tenía ya sus clasificaciones: los "bravos" (los atletas, los tipos amantes de la vida al aire libre), los "blandengues" (agradables, pero débiles), los "ositos de felpa" (afeminados) y los "profes" (tipos serios y estudiosos). Todos hablaban acerca de ellos mismos y casi siempre en términos de sus éxitos en la escuela, en los negocios, en los deportes o con otras chicas. Y ahora estaba segura de que Richard no cabía en ninguna de aquellas categorías. Aquel presentimiento que ella tuviera acerca de él al inicio de la conversación, se cambiaba ahora por una fragilidad que ella percibía en él y que igualaba la suya propia. Sintió que él sabía —incluso si carecía del instinto para ello— aquella detallada intimidad tan típicamente femenina y el auténtico lazo que existe entre las mujeres, en comparación con los hombres, y tan diferente de ellos.

Richard prosiguió hablando alegremente, mientras concluían los preparativos del desayuno. Habló de sentimientos y de gustos, de tocar árboles, hojas, pasto, flores, del olor que se percibía en el aire, del viento, del silencio y de su deseo de estar "dentro" de sí mismo como ella lo estaba y de ser tan independiente como su padre lo era. Su conversación se desarrollaba en frases cortas, marcada por pausas y corría por encima de tenedores, cu-

charas y vasos, en una corriente ininterrumpida y agradable. Justamente antes de que el primer par de piernas apareciera por las escaleras, hizo una pausa, y ella, mirándolo directamente a los ojos, dijo:

—Richard ¿no crees que deberías preguntarle a alguien...?

—Nadie lo entendería. Tú lo sabes —fue su respuesta inmediata, aunque no abrupta—. No temas, tengo suficientes consejeros. Y de los buenos. Cuando ellos hayan terminado, yo sabré cómo sentir las cosas, cómo ser verdaderamente muchacho y muchacha, todo a una.

Moira recuerda haber protestado con toda sinceridad de que podía dar muestra e intentado decir a Richard que su "plan" sonaba como la cosa más difícil y loca del mundo.

—¡No! —y de nuevo su tono había cambiado adquiriendo una nota de dureza. Ella percibió un destello allá, en el fondo de sus ojos, que le trajo a la memoria el recuerdo de un perro lobo que le enseñara los dientes y le gruñera mucho tiempo atrás, cuando tenía tres años. Y francamente se sintió asustada. Él dijo con tono hiriente:

—Sólo unos cuantos pueden lograrlo —ahora sonreía, pero a ella no le gustó aquella sonrisa—. Ese es el nombre del juego —comentó él al cabo de unos momentos.

Moira pensó que seguiría hablando, pero en ese momento la cocina fue invadida por los otros siete jóvenes, que gritaban, bromeaban, hacían chistes y pedían su desayuno, y con ello desapareció la magia de una situación que para ella se había vuelto ya incómoda y atemorizadora. Moira vio que los velos se corrían en los ojos de Richard. Una vez más se comportó con sencillez, amabilidad, se convirtió en el compañero sonriente que viera llegar a la casa el día anterior.

De regreso a su casa en Detroit, al cabo de algunos días, y de vuelta en la escuela, Richard continuó viviendo de los recuerdos de esas vacaciones. Sin saberlo, estaba sondeando profundamente en uno de los más misteriosos elementos de la personalidad humana: el género. Ahora podemos ver el grado en que las peculiaridades de su constitución personal fueron responsables, hasta cierto punto, de su desarrollo posterior. Sin embargo, no explican en modo alguno el inicio de su posesión.

Después de un año más en la escuela media, Richard pasó a la universidad. Durante el primer año que estuvo ahí, sus

dos hermanos mayores contrajeron matrimonio. Sus tres hermanas ya habían dejado el hogar y estaban casadas. Aunque dedicaba mucho tiempo a compararse con ellas, jamás había tenido con sus hermanas una conversación profunda, y no tenía una idea muy clara acerca de sus puntos de vista ni del grado en que diferían de los suyos propios.

Se graduó en matemáticas, habiendo tomado como materias optativas literatura inglesa y lengua francesa. Solía escribirse regularmente con Moira, allá en Colorado, y entre ellos nació una profunda amistad. A veces él pasaba las vacaciones con ella y su familia; otras, Moira venía a Detroit y se quedaba en casa de la familia de Richard. Moira estudiaba literatura inglesa y periodismo en la universidad de Denver. Tenía la intención de dedicarse al trabajo editorial.

Hacia finales de su segundo año, tuvo una conversación con su padre, quien se quedó estupefacto al escuchar a su hijo exponer puntos de vista que a él le parecían ideas demasiado avanzadas y poco ortodoxas acerca de la sexualidad. Richard había leído todas las obras de D. H. Lawrence, el *Orlando*, de Virginia Woolf, la *Indiana*, de George Sand, y un sinfín de libros que su padre ni siquiera había oído mencionar. Podía citar antropólogos y sociólogos en apoyo de sus puntos de vista acerca del matriarcado y la condición superior de la mujer.

Su padre consultó con el rabino de la sinagoga del barrio y durante las siguientes vacaciones de Pascua, Richard y su padre fueron a verlo. El rabino encontró que Richard era un muchacho bastante sensato y con puntos de vista razonables. Señaló a Richard y a su padre que el original hebreo de la Biblia no dice que Dios haya creado a Eva, la primera mujer, de una *costilla* de Adán. La palabra empleada ahí por la Biblia significa "uno de dos paneles iguales". Señaló además que este relato de la Biblia es esencialmente andrógino. "Por tanto, hombre y mujer son mitades iguales de la misma entidad", concluyó el rabino, "pero la mujer es más como Dios porque tiene en ella el vientre creador". Todo aquello era demasiado confuso para el padre de Richard. Este, sin embargo, encontró en esas palabras un nuevo ímpetu para sus sueños de feminidad.

Cuando se acercaba a su fin el último año de universidad, Richard habló con su padre acerca de la posibilidad de trabajar en las oficinas de la compañía de seguros. No sentía un especial

deseo de especializarse en ninguna materia. La medicina y el derecho no le interesaban. Lo que Richard buscaba realmente era una posición en la cual pudiera realizar su sueño.

A principios de junio de 1961, a la edad de 21 años, Richard comenzó a trabajar en la compañía de seguros donde trabajaba su padre. Demostró ser un aprendiz muy dedicado. Era concienzudo, aceptaba que se le dieran instrucciones, trabajaba buen número de horas y estaba dispuesto a sacrificar los fines de semana para trabajar en casos difíciles, además de estudiar derecho por las noches. Su padre estaba muy orgulloso de esa decisión y de su comportamiento. A la madre le encantaba que el hijo siguiera en la casa.

En sus horas libres, Richard continuaba leyendo. Pasaba largas horas caminando solo. Puesto que había abandonado la universidad y no se veía obligado a participar en actividades de grupo, empezó a desarrollar su ideal.

Día y noche tenía un sueño que se repetía constantemente. De una vez por todas, soñaba, todo mundo sabía que era mujer y hombre, todo en uno. Eso era del dominio público, en sus sueños, y gozosamente aceptado por todos, que lo veían con admiración. Usaba indistintamente ropa de hombre o de mujer, de acuerdo con el sexo que de momento estuviera en plenitud. Su piel era lisa o áspera, su voz metálica y masculina o musical y profunda. Su cabello, largo o corto, su mente, lógica y racional o intuitiva y sentimental. Sus pechos, turgentes, con pezones bien marcados, o bien, planos y carentes de forma. Sus genitales, masculinos o femeninos. Pero era principalmente femenino... con una notable peculiaridad.

En sus sueños había atraído, como hombre, a una hermosa mujer que poseía el rostro y cuerpo femeninos. Ella era su forma femenina. Y cuando se gozaban, no era simplemente un hombre penetrando en una mujer. Era al mismo tiempo una mujer que introducía a un hombre en su misterioso secreto. No sólo tenía el sentido masculino de logro y expansión. Tenía también el sentido femenino de caer a través de velos y terciopelos de ese misterio en el que guirnaldas de creación y formas y palabras arcanas se entretejían a su alrededor en suaves murmullos de amor.

Algunas veces, en sus sueños, todo esto ocurría en su casa de Detroit, otras veces en las montañas de Colorado, a orillas del

lago, o bien, en tierras exóticas. Pero con mayor frecuencia toda aquella escena se desarrollaba en una casita rodeada de árboles y que se alzaba a la orilla del agua. Siempre que realizaba viajes por cuenta de la empresa, Richard tenía los ojos abiertos: quizá llegase a encontrar una casa semejante a la de sus sueños.

Sus relaciones con Moira se habían convertido ahora en algo más que una estrecha amistad. A los ojos de Richard, Moira seguía siendo la mujer de su experiencia de Colorado, y él sentía que ella podría ser parte de su sueño ininterrumpido del perfecto amor entre hombre y mujer. Y Moira estaba enamorada de Richard... Lo encontraba perfecto... en el exterior. Poco a poco llegaron a dar por sentado que estaban comprometidos y que algún día llegarían a casarse. En la mente de Moira, esto ocurriría cuando Richard obtuviera un ascenso en su compañía. Según Richard, este hecho sólo se realizaría cuando encontrara la casa de sus sueños.

A mediados de 1963, la compañía envió a Richard a Tanglewood, en el este de Illinois, como sustituto temporal de un miembro de la oficina local que estaba enfermo. En Tanglewood, Richard encontró muchas ventajas. Su nuevo jefe lo veía con gran simpatía. Aquello era muy distinto de las incomodidades urbanas del centro de Detroit. Y el nuevo puesto constituía de hecho un ascenso. La oficina de Tanglewood apenas empezaba a crecer, y Richard estaría precisamente en la base de los ambiciosos programas de la compañía.

Sin embargo, para Richard lo principal fue que encontró algo que era lo más aproximado a la casa de sus sueños. Se llamaba la Casa del Lago: de un solo piso, situada en un terreno de más de una hectárea, con puertas corredizas de cristal en la parte de atrás que daban a un gran estanque. Los primeros dueños, allá en las postrimerías del siglo XIX, habían sembrado de árboles la hectárea, y ahí crecían castaños, sicómoros, pinos, olmos, abedules, encinos. Durante su primera visita de inspección, Richard escuchó el viento entre los árboles, a la orilla del lago. Inmediatamente supo que aquella era su casa. Y precisamente se encontraba desocupada.

Para el otoño, se había mudado a la Casa del Lago. Con la recomendación de su nuevo jefe, logró que se le trasfiriera permanentemente a Tanglewood, luego le escribió triunfante a Moira, pidiéndole que se casara con él. Ella le respondió de inmediato, por telegrama.

Se casaron en Tanglewood, el 21 de junio de 1964. Decidieron que no iban a salir a ninguna parte de luna de miel, sino que se quedarían en la Casa del Lago. Además, por su propio gusto, llegaron ahí solos, en la noche del primer día. Todo parecía ser perfecto. El tiempo tenía una agradable tibieza; el sol era cálido, pero un viento ligero cantaba entre los árboles, manteniéndolo todo limpio y fresco. "Nuestra casa es limpia, y no precisamente como cacerolas y sartenes" —dijo Moira, parodiando a F. Scott Fitzgerald, "es ¡limpia por el viento!"

En todo sus años de amistad y compromiso, jamás habían llegado más allá de algún ocasional beso apasionado y, como en el caso de muchos otros aspectos de su relación, cada uno había supuesto que el otro así lo quería. Su primera velada y su primera noche juntos, como recién casados, era algo que Richard había vivido una y otra vez en sus sueños. Sin embargo, resultó ser un desastre total, y no porque ambos fueran vírgenes, sino debido al extraño comportamiento de Richard y a las reacciones de Moira.

Habían tardado horas para acostarse, pues habían paseado por la orilla del agua y entre los árboles, se habían detenido a conversar en el porche, contemplando serenamente la noche que los rodeaba. Pero llegó un momento en que estaban uno al lado del otro. La mente y el cuerpo de Moira, para ese momento, se habían puesto totalmente al ritmo de los movimientos de Richard, al calor de su cuerpo, a su olor, al deseo que sentía. Ella contemplaba su rostro, sus ojos llenos de promesa. Richard estaba echado de espaldas, el rostro vuelto hacia las abiertas puertas de cristal. Parecía estar escuchando los sonidos de la noche allá afuera, alrededor del estanque: el viento entre los árboles, el rodar del agua, el ulular de los búhos.

Luego volvió la cabeza hacia ella.

"Ahora, amor mío" dijo con extraña quietud "ahora la Casa del Lago está llena de ellos. Yo soy ahora todo yo, absolutamente".

Moira no lo comprendió. Tampoco le importaba. Él había empezado a besarla y a acariciarla, y la había penetrado y, con los ojos cerrados, las manos que recorrían el cuerpo de su esposo, empezó por vez primera a sentir que el deseo se convertía en un éxtasis de amor.

Luego, escuchó su voz, esta vez con una nota estridente, que le decía:

—¡Abre los ojos! ¡Mírame!

La vista de su rostro le heló a Moira los músculos del cuerpo. Era como una superficie plana, sin facciones, sin una sola línea. No había en él la menor expresión. Tenía la boca cerrada, los ojos abiertos pero fijos, sin parpadear, eran meras cavidades sin vista, cubiertas por una pátina de muerte.

—Tú no me estás viendo, Richard —dijo ella con voz débil.

Pero el cuerpo de él se había vuelto tremendamente pesado. Ella podía respirar apenas con dificultad. Siguió una repentina contracción en su vientre y en sus ingles. Un sudor de dolor brotó de todo su cuerpo, como una delgada película.

"¡Richard! —trató de gritar. Richard no estaba con ella. Desde el momento en que se había vuelto de mirar a la ventana, no había visto otra cosa sino su ser femenino. Cuando penetró a Moira, rugía sobre él una tormenta que no podía controlar. Y se lo llevaba, petrificado por el creciente anhelo y la repugnancia intensificada que lo poseían a una y al mismo tiempo, a una velocidad que impedía toda resistencia de su parte. Ese anhelo y esa repugnancia se entremezclaban de tal manera que mientras mayor era la repugnancia, más fácilmente se rendía al anhelo. Pero ello solamente redundaba en una creciente repugnancia, de manera que anhelo y repugnancia se convirtieron en una sola cosa. Y ambos brotaban de dentro de su ser. Él era su fuente. Y mientras más alto llegara en ese primer estrato del éxtasis, más bajo caía en el segundo estrato de repugnancia.

Todo lo que Richard podía ver era el bello rostro de su ser femenino echado de espaldas en un esfuerzo por igualar su pasión. Al mismo tiempo, empezó a sentir sus manos en él como si fueran garras que desgarraban su espalda y sus caderas, primero ligeramente, después con presión creciente que le arrancaba la piel. Cuando ella abrió los ojos, su profundo azul estaba anegado de sentimiento. Luego, se estrecharon y brillaron con una luz amarillenta que le recordó los ojos de un cerdo, pero su fascinación con todo esto sólo creció.

"¡Tú no me estás viendo, Richard!", escuchó que le decía su ser femenino. "¡Mírame! ¡Mírame!"

Buscó con su cuerpo su misterio más profundo, tratando de explorar todas las curvas y todas las cavidades de su vagina. Y al hacerlo, sintió en él un movimiento como de mecedora de algo duro y angular. Y escuchó la voz:

"Déjame tomarte, con tu secreto y todo, con tu misterio y todo, Richard", no podía saber si era su propia voz o una voz ajena. "Yo soy quien se ayunta contigo... soy yo... ¡déjame!" La voz murió de nuevo y se convirtió en una respiracón anhelante que subía y bajaba en forma creciente. Parecía estar adquiriendo el carácter de un sonido producido por una garganta llena de saliva, que gruñía, que soplaba, que inhalaba.

Y en ese momento su anhelo y su repugnancia llegaron al clímax. No se produjo eyección alguna. Antes bien, se hinchó y creció y se hinchó más con aquel deseo, hasta que sintió que su cintura se abría; y con una repugnancia que lo mantenía hipnotizado, se dio cuenta de que un cuerpo extraño estaba bañándolo de fluido, de un líquido caliente, viscoso, quemante. Amor y disgusto se convirtieron en una sola cosa. Empezó a azotar y a sacudir brazos y piernas.

Para entonces, Moira gritaba de miedo, a medida que su terrible peso la oprimía más y más. Y el grito empezó a ahogarla. Repentinamente, él la dejó. Su voz se ahogó.

Richard estaba recargado en la pared de enfrente, con un abrecartas en la mano. Estaba de espaldas a ella, rasgando y arrancando el papel de la pared y tirando al suelo papel y yeso, mientras golpeaba la pared con el puño cerrado. Un gruñido ahogado que aumentaba y disminuía era todo lo que ella oía de sus labios.

Su espalda, sus caderas y piernas estaban llenas de rojos verdugones, de arañazos, de lesiones por las que brotaban puntitos de sangre en diversos lugares. Para ahora, Moira estaba llena de pánico. Sin la menor vacilación, saltó de la cama y corrió por la puerta. Cogió su abrigo y las llaves del auto, abrió de un tirón la puerta de la entrada y salió disparada hacia el auto.

—¡Moira! —escuchó que gritaba él con voz rota—. ¡Vuelve! ¡Moira, no te vayas! ¡Ayúdame! ¡Vuelve! —pero ya para entonces estaba a medio camino por el sendero. Halló a sus padres dormidos en la habitación del hotel. Jamás volvió a la Casa del Lago ni a ver a Richard. Dos años más tarde logró el divorcio.

El sueño de Richard había sido destrozado, pero había algo más en su lugar. Ahora sabía que tenía algo nuevo dentro de sí, algo vivo, algo que le era ajeno, pero que ahora era su familiar y cohabitante.

Pasó las dos semanas de lo que debiera haber sido su luna de miel dentro de la Casa del Lago, comiendo apenas, rechazando visitas, sin contestar el teléfono. Gradualmente volvió a la vida normal. Y el día fijado estuvo en su oficina de regreso.

Fuera de las horas de oficina y actividad, y salvo que estuviera de viaje, Richard permanecía siempre en la Casa del Lago. Jamás recibía visitas. Incluso cuando su familia venía a verlo, tenían que quedarse en alguno de los hoteles de Tanglewood. La Casa del Lago era su refugio y su castillo. Los fines de semana se quedaba en cama por la mañana, esperando la aurora. Regularmente, en cuanto aparecían los primeros rayos de luz grisácea, los pájaros empezaban a cantar en los árboles. Primero uno aquí y allá, luego otro o dos más, luego dos o tres juntos, hasta que casa y jardín se llenaban del coro de la aurora, formado por alondras, gorriones, reyezuelos, estorninos.

Por la noche, y en cualquier momento posible, escuchaba el viento que cantaba entre los árboles. Esa música traía lágrimas a sus ojos, y siempre se esforzaba por recordar la voz detrás del viento y captar su mensaje e identificar a su mensajero. Su visión estaba todavía llena del misterio y la fuerza de la feminidad. Y, estaba seguro, el viento hablaba de ello y de ello cantaban los pájaros.

Richard se encontraba ahora en la segunda etapa de su desarrollo. Su vieja idea de ser un andrógino se había evaporado. En sus viajes para la compañía, solía frecuentar regularmente a las prostitutas, y alguna que otra vez tuvo relaciones con clientas de la empresa y con miembros del personal. Rechazó decididamente todas las insinuaciones de los homosexuales.

Pasado algún tiempo hubo de reconocer que en todos estos encuentros sexuales no había un genuino deseo viril que lo impeliera a actuar. Más bien, era una celosa curiosidad acerca de la mujer y lo femenino. Siempre estaba mirando entre bambalinas. Jamás mujer alguna se acostaba con él por segunda vez. Y más de una prostituta hubo de comentar al dejarlo:

"Eres un tipo raro".

Cierta vez invitó a una mujer a la Casa del Lago, porque deseaba acostarse con ella mientras escuchaba el viento. Todo marchó bien durante unos instantes, pero hubo algo que la asustó, y salió huyendo tan precipitadamente como lo hiciera Moira.

Para él esto era decepcionante. Sólo podía especular acerca del éxtasis y experiencia femeninos. Observó que algunas mujeres, cuando tenían relaciones sexuales, se quejaban como si se estuvieran muriendo, volvían la cabeza como para evitar golpes o para tomar aliento, y se preguntaba qué clase de amorosa muerte podía estar oculta bajo la navaja del placer femenino y de su secreto poder, y qué suerte de sagrado misterio poseía una mujer que le permitía vivir y morir una y otra vez a la siguiente ocasión. Porque aquello era lo que entonces pensaba.

Pero, mientras tanto, su propia identidad —tanto sexual como en otro sentido— sufrió un eclipse. Durante tres años jamás escuchó ni miró a otro ser humano. Simplemente oía y los veía. Por tanto, perdió cualquier dominio que pudiera tener sobre su propia identidad. No tenía una percepción muy clara de lo que él era, de qué era lo que hacía, hacia dónde iba, de dónde venía. La estructura de su identidad estaba totalmente desordenada. Una parte esencial había sido desalojada invisiblemente, pero con resultados desastrosos. Todos aquellos rasgos personales que antes poseía, geométricamente claros y personalmente agradables, se habían fundido en una mezcla desordenada. Las tonalidades y las sombras del gusto y del disgusto, de la simpatía y de la antipatía, de la atracción y de la repulsión, perdieron estabilidad y carácter definido. Ahora todo era nubes y remolinos de lo desconocido y de lo impredecible. Las varias ruedas de su mecanismo interno en mente, voluntad, memoria, cerebro, corazón, entrañas, funcionaban con fines opuestos.

Se encontraba indefenso, metido hasta la cadera en la corriente desatada de impulsos ahí donde antes había habido un agudo instinto o una brillante percepción que habían actuado en consonancia con una voz que jamás hallara y que hablaba en su corazón. El yo que originalmente se propusiera libertar y ennoblecer, se había vuelto indefinido. Adoptaba el color de cualquier elemento que se le inyectara. Era una especie de campana rajada que sonaba al golpe de cualquier martillo. Era una bolsa de vaciedades que soplaba y arrojaba aire insustancial. Viviendo como vivía ahora en la incertidumbre interna de su propio ser, que nada podía disipar, se había convertido en la realidad de su antigua pesadilla: un yo carente de personalidad, una especie de identidad inexistente. Aquello que había acariciado como un sueño de felicidad, se había convertido en la realidad en un inmenso vacío.

Y eso no era todo. En cierta ocasión hubo de descubrir que ya dentro de él había impulsos que le era imposible dominar y que tales impulsos parecían nacer de su ambición original de gozar de las cualidades masculinas y femeninas. En dicha ocasión se percató del gran cambio que se había producido en él. Fue más o menos a mediados de diciembre de 1968. Estaba de viaje por cuenta de la compañía. El tiempo era muy malo: nieve, granizo, vendavales, anuncios de tempestad. Durante su última noche en la ciudad que visitaba, iba camino de su casa, después de una tardía reunión con un cliente. Era más o menos la medianoche. Nadie andaba por las calles a esa hora, con un tiempo tan cruel. Richard tuvo que caminar porque el viento, su viento, soplaba con un sonido agudo... casi como una advertencia, pero, no obstante ello, atrayente.

Camino de su hotel pasó por una hilera de casas apartadas. Más o menos a un medio kilómetro del hotel, escuchó unos quejidos que salían de entre unos arbustos y árboles en una zona desierta entre dos casas. Se detuvo y miró a su alrededor, no se veía a nadie. La mayoría de las casas estaban oscuras, y lo probable era que sus dueños durmieran o estuvieran ausentes. Richard siguió la dirección de los lamentos. Tras los arbustos se encontró con una forma caída, que parecía un águila abierta. Era una jovencita negra, que había sido violada y apuñaleada. Prácticamente estaba desnuda, pues sus ropas le habían sido arrancadas. Entre sus piernas y en su hombro, la nieve estaba manchada de sangre.

Richard estaba fascinado. Por unos instantes se quedó viéndola. Luego, alzó la cabeza y escuchó el viento, sintiendo que sus dedos acariciaban y golpeaban su rostro. Avanzó, cauteloso, manteniendo agachada la cabeza para protegerse del viento. Luego se detuvo y miró a la muchacha más de cerca. Ella seguía quejándose; de vez en cuando su cabeza hacía un movimiento.

Richard recuerda muy poco más de aquel asunto. Sí se acuerda de que se arrancó sus propias ropas febrilmente (temía que ella muriera antes de haber concluido lo que se proponía hacer). Hoy habla casi lloroso de haber sentido un irresistible deseo de tener relaciones con aquella mujer en ese sitio y en ese instante. Recuerda que el viento cantaba una música en sus oídos y luego, maravillosamente, que esa música se convirtió en palabras. Recuerda haber percibido la última mirada de la muchacha, que

por un instante se quedó fija en él antes de que sus ojos quedaran totalmente muertos. Sintió el temblor que sacudió su cuerpo.

Luego, al parecer, se puso de pie con un sentimiento de triunfal locura: había logrado la última mirada de una mujer, era lo que pensaba. Se sintió presa de un fuerte mareo, mientras el viento azotaba a su alrededor y ahora, por vez primera, se percató claramente de que todas sus ideas y sus deseos y sentimientos y sus imaginaciones le llevaban como otras tantas cuerdas hacia un punto central en su ser en el que estaba la mano que las manejaba, que las controlaba a ellas y a él. Sintió la seguridad de estar bajo el control de alguien y la promesa de su éxito: "¡Serás mujer!"

Más tarde, cuando reflexionó fríamente acerca de aquel incidente, comprendió que incluso en las agonías de la muerte aquella mujer le había mostrado la fuerza de lo femenino, sus relaciones sexuales con ella habían sido para él una revelación. Supo que se había decidido algo por él. Ignoraba aún quién había tomado la decisión, pero sí sabía lo que tendría que hacer.

Al iniciarse el año, Richard fue a Nueva York. En años anteriores había leído cuanto pudiera acerca de los transexuales y de las nuevas operaciones de transexualización. Ahora se puso bajo el cuidado y vigilancia de un médico, quien le aseguró que, en el curso de 16 a 20 meses, si todo marchaba bien, habrían desaparecido todos los indicios de su insuficiencia masculina —que era como Richard consideraba sus órganos genitales— y adquirido los órganos de una mujer. A finales de 1970, después de pasar con éxito los reconocimientos siquiátricos y de los necesarios cambios en la química de su organismo, que se produjeron gracias a repetidos tratamientos, Richard se sometió a la intervención quirúrgica y salió con éxito de su convalecencia, en un estado de felicidad casi delirante. Volvió a su Casa del Lago. Su madre y su padre fueron a verlo, así como sus hermanos y hermanas. Habían acabado por reconciliarse con su nueva condición, así como con su nuevo nombre de Rita. El jefe de la compañía de seguros fue persuadido por su padre de que Richard podía hacer el mismo trabajo e incluso mejor que antes. Así que dos meses después, Richard reanudó su vida normal de diario trabajo. Pero lo hizo como Rita.

El ritmo de la existencia interior de Richard/Rita había cambiado. Encontró que su visión seguía dos cursos principales.

Uno era la esperada feminidad resultante de la operación. Hallaba mayor deleite en los pequeños detalles: de la ropa, de un relato, de los colores, de las voces de la gente, de la arquitectura. Ya no le interesaban las líneas grandes y abarcantes del mundo que lo rodeaba, ni se sentía inclinado a iniciar argumentos lógicos, ni a enfrascarse en polémicas. Descubrió que era más vulnerable, más susceptible a las alabanzas y a los halagos, y que andaba a la busca de piropos dichos por los hombres. Desde luego, tuvo una variada vida sexual: no discriminaba entre viejos, jóvenes, feos o guapos: para él era suficiente que lo desearan y que encontraran en él algo que los dejara un tanto extrañados cuando lo poseían.

La otra corriente de su visión estaba marcada por algunas hirientes deficiencias que constantemente lo angustiaban. Cuando tenía relaciones sexuales, por ejemplo, sentía en sí una gran insensibilidad: no estaba ahí ese sentimiento de calor y de unión y de perpetuidad. Y con frecuencia esta carencia iba acompañada por una amargura interna que le hacía estallar en arrebatos de ira. Se convirtió para él en una obsesión "gozar del amor y sentir la vida" en sí mismo después de haberlo hecho, y escuchar a su pareja expresarse en términos semejantes. Pero jamás nada de lo que hizo produjo el menor rayo de esperanza en dicha dirección, hasta que conoció a Paul.

Paul, un nativo de Chicago y ex ministro protestante, quien se había convertido en banquero y corredor de valores y, por ende, en millonario, era un tipo verdaderamente impresionante. Alto, guapo, el cabello canoso, suave, bien vestido, educado y muy buen conversador, Paul poseía una brillante sonrisa. Paul y Richard/Rita se cayeron bien desde el primer momento, cuando se conocieron durante una reunión. Finalmente, Richard habló a Paul de su historia. Y le sorprendió la indiferente reacción de dicho caballero. Lo que inclusive sorprendió más a Richard/Rita fue la comprensión que Paul demostró cuando le habló de su dificultad para tener relaciones sexuales y los resultados.

—Creo que podemos resolver esto, Rita —le dijo—, pero tendrás que realizar un matrimonio cuidadosamente arreglado.

—¿Matrimonio? Pero eso es imposible... al menos muy difícil —respondió Richard.

—No el matrimonio en el que yo estoy pensando. Lo que tú necesitas es un compañero adecuado en las circunstancias

adecuadas. No lo has comprendido, pero te has estado preparando desde tiempo atrás para este matrimonio. Déjalo todo de mi cuenta.

Richard/Rita no entendió lo que Paul quería decir, hasta que participó en la misa negra, el 21 de junio de 1971.

La invitación que recibió de Paul era ostensiblemente para una fiesta a la medianoche. Era una noche bochornosa, sin un asomo de viento. Cuando Richard/Rita llegó, más o menos a las diez de la noche, se quedó sorprendido ante el lujo de aquella casa. La residencia propiamente, construida en el siglo anterior, se alzaba en un gran terreno. Había unos ochenta invitados que bebían y comían una cena fría alrededor de una alberca iluminada por altas y gruesas velas. Otros cuarenta invitados bailaban dentro, en el salón de baile. La atmósfera estaba llena de conversaciones, risas, música y alegría. Paul lo presentó inmediatamente con las personas que ocupaban una mesa, dos muchachas y sus compañeros. Richard/Rita se sentó ahí, y todos pasaron un rato muy alegre. Todos se sentían excitados y felices.

Desde su sitio, Richard/Rita podía ver ambos extremos de la alberca. En cada extremo había una larga mesa cubierta con platillos, bebidas, cubos de hielo y flores. Tras cada mesa, había una cortina bastante alta, bordada, de tela roja, que pendía de una pértiga. Adelante de cada cortina, se hallaban sendos mayordomos vestidos de etiqueta, que permanecían ahí inmóviles.

Richard/Rita se sentía de lo más a gusto, cosa que le causaba cierta sorpresa. Se unió a las risas y a la conversación de los otros invitados y se divirtió cuando vio que algunos de los huéspedes, ya un poco pasados de copas, se echaban vestidos a la alberca.

A las 12:45 p.m., Richard/Rita se percató de un silencio repentino. Ya nadie hablaba. La música había callado. Sin que él se diera cuenta, unas tres cuartas partes de los invitados se habían marchado. Las dos parejas que habían estado sentadas a su mesa se habían excusado hacía un momento, diciendo que deseaban bailar.

Los invitados que aún permanecían guardaban silencio. Habían formado dos grupos, a ambos extremos de la alberca, y estaban unos frente a otros, mirándose a través del agua. Luego, Richard/Rita observó que su anfitrión hacía señal a los dos mayordomos. Con un solemne movimiento, corrieron las cortinas.

Cuando se abrieron las cortinas, Richard/Rita pudo ver que a cada lado de la alberca había un altar bajo, encima de cada altar pendía un ornamento en forma de triángulo invertido, En el centro del mismo había un crucifijo invertido, y la cabeza del crucificado descansaba en el vértice del triángulo. Del interior de la casa le llegó ahora música de órgano, y alguien había empezado a quemar incienso, pues el humo se levantaba perezoso y se quedaba suspendido en el aire, formando serpientes azules que se torcían lentamente. Luego, los invitados empezaron a desnudarse con la mayor tranquilidad, dejando caer las ropas en el sitio donde estaban.

Como si obedecieran una señal, ambos grupos se volvieron y comenzaron a dirigirse hacia Richard/Rita, recorriendo los lados de la alberca. Richard/Rita empezaba a ponerse de pie cuando la mano de Paul cayó suave pero firmemente sobre su hombro: "Aguarda, Rita". Los desnudos invitados formaron fila a su alrededor y se quedaron perfectamente quietos. Hasta entonces nadie había pronunciado una palabra. Luego, Paul tomó el brazo de Richard/Rita, que se puso de pie. Veinte pares de brazos se extendieron de todos lados y lentamente, con toda tranquilidad, desnudaron a Richard/Rita. Su anfitrión, Paul, ya no estaba ahí.

Luego, uno de los invitados, un joven rubio, ya más cerca de los 30 que de los 20, se adelantó. De su cuello pendía una estrecha estola negra. Y en su índice brillaba un rubí.

—Rita —dijo a Richard/Rita—, soy el padre Samson, ministro voluntario de nuestro Señor Satanás. ¡Ven, adorémoslo!

Su voz, las manos y dedos de los invitados, la queda música del órgano, la noche bochornosa, la sensación de ligereza de su cuerpo, el lánguido olor a incienso, todo esto cayó en un patrón de suavidad del que Richard/Rita se sintió rodeado. Se volvió con tanta gravedad como los otros y caminó en procesión alrededor de la alberca, pasando los grandes candelabros, hasta que llegaron a uno de los altares.

Ahora ya no tuvo mayor dificultad para comprender lo que querían de él. Aguardó, pasivo y tranquilo.

Con toda facilidad levantaron a Richard/Rita y lo acostaron de espaldas sobre el altar. El padre Samson se presentó entonces portando un cáliz. Alguien colocó un pequeño lienzo doblado sobre el pelo que cubría el pubis de Richard/Rita. Samson colocó

el cáliz sobre ese lienzo. Luego, Richard/Rita escuchó tres voces que cantaban las palabras iniciales de la antigua misa en latín: *"In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti"*, a lo cual añadieron un nombre más: *"et domini nostri Satanas"*. Richard/Rita comprendió todo ahora, y sintió una extraña sensación de gozo.

El padre Samson había empezado a leer el texto de un libro de pastas negras, que tenía otro de los desnudos invitados, una mujer de cerca de 35 años. Él hacía gestos muy mesurados a medida que proseguía su lectura. Los otros se habían agrupado a su alrededor en dos círculos concéntricos: el círculo interior, todo de hombres, había puesto cada uno de ellos la mano izquierda sobre alguna parte del cuerpo de Richard/Rita. Los del círculo exterior, todas mujeres, habían puesto sus manos en las caderas de los hombres.

Justo antes de la consagración, una mujer pinchó una vena en el brazo izquierdo de Richard/Rita y dejó que algunas gotas de su sangre cayeran y se mezclaran con el vino del cáliz. Una vez que el padre Samson hubo pronunciado las palabras de la consagración ("Este es mi cuerpo...") los huéspedes se juntaron por parejas, se acostaron en el suelo, estando cada hombre entre las piernas de una mujer. El padre Samson abrió las piernas de Rita, se subió al altar, lo penetró, tomó el cáliz, bebió de él, lo sostuvo para que Richard/Rita bebiera también de él y lo pasó a la pareja más cercana. Mientras esta pareja bebía de él, el padre Samson empezó a entrar y salir rítmicamente en Richard/Rita, diciendo como estribillo: ¡Sa-tán! ¡Sa-tán! ¡Sa-tán! Alargando la primera sílaba a medida que se retiraba parcialmente de Richard/Rita y atacando con fuerte énfasis la segunda al penetrar en Richard/Rita. Conforme cada una de las parejas iba pasando el cáliz a la siguiente, empezaba a copular siguiendo el ritmo del padre Sansón hasta que todos —hombres, mujeres y el padre Samson— cantaban y copulaban al unísono. Richard Rita era el único que guardaba silencio.

Yacía ahí, con los ojos cerrados, mientras el padre Sansón cantaba encima de él. Por vez primera, Richard/Rita sentía un extraño cosquilleo que se iniciaba en sus caderas, que subía por toda su espina hasta la nuca, alrededor del cráneo, y que bajaba por sus paletas y pasaba por su cintura y su abdomen y rodeaba

su vagina y que a través de sus ingles y pantorrillas llegaba hasta las puntas de los dedos de los pies. Exactamente, sentía como si de Samson saliera y penetrara en él un hilo electrizante. Richard/Rita abrió los ojos y miró a Samson, pero la luz era demasiado tenue y las azules nubecillas del incienso nublaban su visión.

Richard/Rita podía escuchar una pesada respiración, pero no podía ver el rostro, apenas la silueta de una cabeza. Murmuró:

"Padre Samson... Señor Satán... padre Samson... Señor", pero aquí fue interrumpido por un sonido duro y rígido de una sola palabra que le llegaba a él a través de esa respiración pesada.

"¡Desvirgador!... ¡Desvirgador!... ¡Desvirgador!... ¡Desvirgador!" Richard/Rita ya no escuchaba el canto aquel de ¡Satán! Ahora todos parecían haberse unido a esa voz: "¡Desvirgador!... ¡Desvirgador!... ¡Desvirgador!" El dedo índice del padre Samson había penetrado ahora en el recto de Richard/Rita, sobando, hundiendo, hurgando, jalando, empujando. Richard/Rita sintió que su propio semen escurría; y dentro de él, tuvo la aguda sensación de un aceite muy caliente y pegajoso que se regaba por toda la pared de su vagina, a medida que él respiraba entrecortadamente y temblaba.

"¡Cógeme! ¡Desvirgador! ¡Padre Satán!... Tómame... huéleme... cógeme... total... totalmente..." La voz de Richard/Rita se elevó agudamente en un fuerte grito. Las notas del órgano rugieron, llenando el aire. Y a medida que cada pareja de invitados alcanzaba el orgasmo, gritaba y se quejaba en una babel de medias palabras: "Sat... mont... toma... Sat... toma... huele... pic...". La escena se fue apagando lentamente. A medida que las oleadas de dolor, placer y exaltación se retiraban de Richard/Rita, supo que ahora tenía una sombra... o al menos así es como la describe ahora. No estaba adherida a su cuerpo, ni caía en el suelo a su lado por dondequiera que iba. Era como un espíritu gemelo, o un alma de su propia alma o espíritu. Y poseía sus propios pensamientos, recuerdos, imaginaciones, deseos, palabras.

Richard/Rita abrió de nuevo los ojos. El padre Samson ya se había ido. Su anfitrión, Paul, serio, grave, le ayudó a descender del altar y le dijo que se estuviera quieto, las piernas bien separadas. Uno por uno los invitados se adelantaron de

rodillas. Inclinaban la cabeza y pronunciaban largamente la palabra "¡Saaa-tán!" y luego acercaban los labios a su vagina y chupaban. Después se retiraban de rodillas y se marchaban de la zona de la alberca.

Cuando se hubo marchado el último invitado, Paul entregó a Richard/Rita sus ropas, le ayudó a vestirse, lo llevó alrededor de la casa a la parte delantera, donde una limosina aguardaba con el motor andando. El chofer abrió la puerta para que Richard/Rita entrara.

"Ahora ya eres miembro, Rita. Sírvelo bien", fue la frase con que Paul se despidió.

Más tarde, echado en su cama, Richard/Rita podía sentir a su sombra cerca de él y dentro de él. Se sentía seguro. Cuando llegó el sueño, fue un sueño profundo, sin turbaciones.

Pero la secuela fue terrible. Ahora se dio cuenta de que toda su actividad sexual —ya fuera imaginaria o de hecho— tenía las mismas repugnantes características de la noche de bodas con Moira. Y reducía todo agrado, todo placer, toda belleza, toda alegría, todo éxito a esa condición sexual que hoy describe como "animalidad". Lo hacía sentir y pensar y vivir como un animal en celo, como un animal que por un desdichado accidente hubiera sido provisto de una mente semiconsciente y de una memoria, pero que pronto perdería esas facultades para convertirse nuevamente en un puro animal.

Richard/Rita es el único ex poseso que he conocido que tiene todavía un claro recuerdo de cuáles fueron aquellas diferencias precisas que la culminación de la posesión produjo en su ser interno: en su mente, en su memoria, en su voluntad, en sus emociones, en su imaginación.

El punto de entrada de la posesión constante, su bastión, era su imaginación. Escuchándolo, tiene uno que recordar su problema concreto: para él género y sexualidad eran una y la misma cosa. Una vez realizada la posesión, le parecía que tenía una sombra invisible pero tangible, un gemelo de sí mismo, pero diferente de él, y que desde ese momento decisivo en adelante, el dominio propio y la dirección de sus actos eran actividad que correspondía a ese gemelo.

Señala el fluido de efectos electrizantes que recibió del padre Sansón durante la misa negra, porque hoy Richard/Rita parece comprender que en sus horas conscientes todas sus ideas y toda

su voluntad y todos sus recuerdos y sensaciones (y por tanto, todo lo que decía y hacía a la vista de otros) se producía de manera muy diferente. Ahora su imaginación —más que su memoria o sus sentidos o su mente razonadora— era la que recibía "improntas" o "mensajes": imágenes, cuadros, diagramas. También había alguna otra fuerza o influencia a la que no podía nombrar con precisión. Pero dicha fuerza específica, directa y exclusivamente se ocupaba de su sexualidad, por lo cual la llama el factor S.

Una vez que su imaginación recibía alguno de aquellos "mensajes" o "improntas", entonces todo el mecanismo interno de su pensar y de su voluntad, de su recordar, de su sentir, entraba en juego con sus cinco sentidos. El control ejercido así sobre él era absoluto. Si percibía un olor, si deseaba algo, si recordaba cualquier cosa, si pensaba o razonaba, todo ello era permitido por una "impronta" anterior. Y en consecuencia, cualquier palabra que dijera, cualquier acción que realizara, eran permitidas exclusivamente por aquella fuente.

El ejercicio de su sexualidad —su deseo y su consumación— quedó bajo ese estricto control. El deseo llegaba sin aviso previo, y no surgía debido a algún estímulo exterior.

Y para coronarlo todo, había otros momentos: horas de máxima posesión durante las cuales el control ejercido sobre él adquiría tal intensidad que lo borraba todo. Durante las horas de posesión "normal" todavía tenía conciencia de sí mismo, es decir, veía y se sentía bajo la ineludible influencia de aquellas "improntas", pero era él mismo quien pensaba, recordaba, imaginaba, hablaba, caminaba, actuaba. Pero en los "momentos de posesión superior" le parecía que ya no era él quien hacía aquellas cosas. Las interioridades mismas de su alma o espíritu parecían estar empapadas en aquel otro ser.

Él mismo se sintió reducido a un miserable puntito de identidad. Se sintió aprisionado en la más solitaria de las soledades, en tanto que cada fibra y cada nervio de su vida estaban permeados por una tiranía ajena, una autoridad brutal.

Y, tal y como hoy es capaz de relatarlo, sólo en aquella microscópica reducción de su yo se rebelaba espontáneamente. Ahí no había memoria del pasado... sólo una memoria de que había habido memoria. Ni tampoco tenía anticipación alguna del futuro... sólo una conciencia de que toda anticipación era

imposible. Ahí no había posibilidad de orar ni de maldecir, de alabar ni de blasfemar; era un presente indiviso e infinitamente triste, una conciencia del yo rodeada por una absoluta negrura, por una nada total. El yo verdadero de Richard/Rita siempre rechazó (aunque nada podía hacer para expulsarla) esa sombra constante.

Richard/Rita se muestra enfático acerca de un punto: la estricta separación y distinción entre la zona perceptible y mensurable de sus pensamientos, emociones, memorias, actos externos, sensaciones, etcétera, por una parte; y, por la otra, el ser que jamás cesó de existir. A lo largo de todas sus enigmáticas experiencias, esa zona perceptible y mensurable variaba y cambiaba bajo el influjo de diferentes intensidades, según que lo masculino y lo femenino, los rasgos de macho o de hembra, subieran o bajaran en él. Los sicólogos hubieran descrito esto, justificablemente desde su punto de vista, como cambios bastante extensivos de la personalidad. Pero el yo —sea que esté reducido a un puntito de esclavitud o libre dentro del control general de un punto central en su imaginación— ese yo jamás dejó de ser el mismo.

Interrogado acerca de sufrimientos concretos debidos a la posesión, Richard/Rita dice que el genuino dolor de la posesión no se deriva de ninguna distorsión orgánica, deterioro o desgaste... tales cosas suelen proporcionar al poseso un salvaje y torcido placer, un estremecimiento de gozo. Radica en cambio en lo que él llama "espejo de la existencia" del poseso.

El que no está poseído, la persona normal, se percata del ser que es únicamente cuando se ve reflejado en otra persona o en otras cosas que no son él mismo. Y, sin siquiera llegar a percatarse de ello, cuando nos vemos a nosotros mismos reflejados en alguien más o en objetos ajenos a nosotros mismos, instintivamente comparamos este reflejo de nuestro yo con una medida ideal que nos hemos formado, pero que generalmente no hemos expresado, que ni siquiera hemos pensado. Sin embargo, está siempre presente en nosotros cuando hacemos comparaciones de nosotros mismos. Es el tercer yo, ese tercer yo oculto, necesario para toda comparación entre dos cosas. El tener conciencia propia es el ser capaz de comparar nuestro propio yo con el reflejo y con esa medida ideal.

El poseso no tiene esa conciencia. Porque en estado de posesión, toda conciencia propia, toda apreciación del yo en el poseso,

se convierte en una absoluta soledad. No existe ningún tercero oculto, ningún ideal. Metafóricamente, en la posesión el espejo en el que el yo del poseso se mira a sí mismo solamente le permite ver su propia imagen reflejada en su imagen y en su imagen y en su imagen, y así hasta el infinito, perdiéndose en un sinnúmero de imágenes que se contienen a sí mismas y se reflejan a sí mismas y que no tienen fin. Y esta conciencia es, por definición, la soledad más total e infinita.

Para los que estaban cerca de Richard/Rita —sus compañeros de oficina, sus parientes más cercanos, los pocos amigos que había hecho entre sus vecinos de Tanglewood— fue notable un cambio que se produjo en él a partir de 1971. Sus recuerdos de dicho cambio son unánimes y datan más o menos de la fecha de aquella misa negra... de la cual ellos por supuesto no sabían nada.

Ahora, Richard/Rita usaba siempre ropas masculinas; pero las personas comunes, que no conocían su historia, no podían decidir exactamente si lo que tenían frente a ellos era un hombre o una mujer. Y luego había ese olor, no precisamente desagradable, pero penetrante. Por algunos ha sido descrito como "almizcle", por otros como "un perfume ya viejo", como el aroma que percibimos "cuando abrimos un viejo armario", y por otros también como "el olor de un animal limpio". Había penetrado totalmente la Casa del Lago, su oficina de la compañía de seguros, su automóvil, sus ropas, incluso sus cartas manuscritas. La gente siempre encontraba que era muy singular, y algunos lo hallaban repulsivo. Su fuerza variaba. Y, por último, surgieron aquellos singulares ataques. Sus ojos, generalmente azules, adquirían un tono verdoso, y un brillo o luminiscencia ocultos ponían de realce el vello de su cara, cuello, brazos, manos y piernas, de modo que daba la impresión de tener una piel peluda; pero si uno lo miraba de cerca, se percataba de que aquello sólo era la piel. Hablaba poco, generalmente en monosílabos y muy despacio, acompañándose por una combinación de risas, gruñidos, especie de ronquidos y con los dientes muy apretados. Sin embargo, era un tono o timbre de su voz, indescriptible en su rudeza, lo que más turbaba a las personas que estaban cerca de él cuando le ocurrieron los primeros ataques.

Al principio esporádicos, durante el verano de 1971, los ataques aumentaron en frecuencia, de modo que para finales de

octubre eran un suceso diario. Y luego estaba ese peculiar elemento tan asustador en cualquier conversación con Richard/Rita... y su trabajo implicaba que pasara en conversaciones el ochenta por ciento del tiempo. Cada vez que alguien hablaba con él, sus palabras parecían caer en un pozo hondo y perderse ahí. Tenían la sensación de que no los había escuchado en lo absoluto y de que si lo había hecho, no se había establecido comunicación alguna entre él y ellos. Luego, cuando ya empezaban a desistir o hacían un nuevo intento repitiendo lo que habían dicho, hablaba, ya fuera con palabras aisladas o con una serie de palabras desconectadas entre sí. Sin embargo, tenían sentido y la mayoría de las veces constituían una respuesta. Pero parecían venir desde muy lejos, desde las honduras sin fondo de aquel pozo donde sus propias palabras habían caído. Impersonal, incomunicativo, carente de calor, en aquella etapa Richard/Rita hacía pensar a la gente en el efecto tan poco humano de una cinta grabada.

La gente pronto hubo de comprender que sus respuestas en la conversación siempre tenían sentido. A decir verdad, eran bastante inteligentes y pertinentes. Su juicio comercial era mucho más aceptado que nunca. Pero siempre estaba aquella atmósfera misteriosa comunicada por el tono de su voz y que tanto turbaba a sus interlocutores. Esto, unido a la sospecha que casi de la noche a la mañana se despertara en sus colegas, de que "dondequiera que Richard/Rita está hay dificultades", le hizo perder a todos sus amigos, uno por uno.

Aquella "dificultad" era una cosa muy extraña. Al principio, afectó mayormente su vida en la oficina de seguros, pero poco a poco fue afectando a quienquiera que tuviera con él algún contacto, aunque fuese casual: los mensajeros del abarrotero, del boticario, del tintorero, la mujer que limpiaba su casa, la lavandera, el jardinero. En cierta ocasión alcanzó incluso a un policía que le puso una multa. Y con el tiempo llegó incluso a afectar a todos los miembros de su familia que llegaban a visitarlo. La "dificultad" era reminiscencia muy concreta de lo que ocurriera en la torre de babel, según el relato bíblico. Hombres y mujeres que se conocían desde hacía muchos años, que tenían muchísimo tiempo de trabajar juntos e íntimamente, empezaban de pronto a entenderse mal y a discutir y a pelear. A quienes presenciaban alguno de aquellos casos, les parecía como si lo

que una persona decía fuera oído al revés por la otra, es decir, que le daba un sentido exactamente opuesto a lo que el que hablaba había querido decir. La "dificultad" afectaba únicamente a quienes estaban hablando o tratando. Pero si alguno de los mirones se metiera entre los disputantes —entrara en su "atmósfera" por así decirlo— esa persona también se veía afectada por la "dificultad", y había un elemento más en aquella confusión y en aquel discutir.

Y estos incidentes ocurrían única y exclusivamente cuando Richard/Rita se encontraba presente. A él parecía divertirle muchísimo todo aquello, pero él mismo jamás se veía cogido por la "dificultad".

Y la "dificultad" también afectaba a quienes escribían en su presencia: todo lo que salía de su pluma o de su máquina era exactamente lo opuesto de lo que había querido decir o bien resultaban puros disparates. Y la suma de todos estos incidentes causados por la "dificultad" señalaba con tanta fuerza a Richard/Rita, que no pudieran explicarse sin involucrarlo a él.

Cuando no se producía ataque ni había "dificultad", la acostumbrada dulzura de carácter y afabilidad de Richard/Rita salían a relucir. En aquellos momentos el cambio era casi abrumador.

Trascurrió algún tiempo hasta que Richard/Rita se percató de la razón por la que había perdido a sus amigos, de por qué cuando se encontraba a la gente se hacía disimulada y por qué perdió su popularidad en el trabajo.

En los últimos días de octubre, lo cesaron. Su hermano Bert fue a verlo. Luego, Bert fue a visitar y a hablar al jefe inmediato de su hermano. Pero por lo que escuchó tanto de él como de otras personas en Tanglewood, y sumando todo ello a sus propias impresiones, llegó a la conclusión de que su hermano necesitaba los cuidados de un siquiatra. Sin embargo, a partir de entonces la conducta de Richard/Rita se convirtió en un juego de escondidillas. Cada vez que visitaba siquiatras, su comportamiento era absolutamente normal; y el siquiatra no pudo encontrar en él anomalía ni enfermedad alguna, no importaba de qué medio de diagnóstico se valiera. A decir verdad, el siquiatra hubo de concluir que el despido de Richard/Rita había sido debido a que el jefe veía con repulsión su calidad de transexual; incluso le aconsejó que lo demandara por daños y perjuicios y que exigiera ser reinstalado en su trabajo.

Pero la situación tomó otro giro cuando Bert y Jasper fueron a visitarlo y se quedaron con él durante un fin de semana largo. Richard/Rita sufrió varios ataques. Y la "dificultad" se hizo evidente de nuevo. Ahora, en sus momentos de calma, Richard/Rita les habló franca y patéticamente. Había empezado a comprender de manera oscura y fragmentaria algunos de los radicales cambios operados en él. Sus hermanos permanecieron en la casa, decididos a llegar al fondo de aquella cuestión. Richard/Rita se sometió de buen grado a un reconocimiento médico total. Los resultados fueron negativos. Y nuevos exámenes siquiátricos tampoco obtuvieron el menor resultado.

Bert y Jasper, junto con Richard/Rita, decidieron pedir al pastor luterano de la localidad algún consejo. Diagnosticó que Richard/Rita era una alma que había descuidado a Dios y a la oración. Pero como los consejos del pastor no tuvieron resultado alguno, acudieron al rabino. Este hombre, una persona de gran santidad, accedió a leer algunas oraciones en presencia de Richard/Rita. También leyó algunos textos del Talmud y los explicó a los tres hermanos. En los días siguientes, no hubo cambio alguno en la condición general de Richard/Rita. Entonces, decidieron acudir al sacerdote católico del lugar. Los tres fueron a visitar al padre Byrnes, que ya conocía a Richard/Rita de nombre y de vista. Los escuchó, pero enfrió sus esperanzas de recibir alguna ayuda. No era porque no fueran católicos, les explicó como disculpándose, y les pareció que era sincero. Pero es que en realidad no sabía qué hacer. Desde luego, estaría encantado de rezar por Richard/Rita, pero no debían olvidar que otros lo habían hecho, ¿y de qué le había servido? El padre Byrnes llegó a la conclusión de que aquello no bastaba. Bert se llevó aparte al padre Byrnes y le suplicó: Su hermano era víctima de alguna especial enfermedad. Médicos y siquiatras habían renunciado a diagnosticarlo. ¿No sabía el padre Byrnes de algún sacerdote católico que pudiera ayudarlos? "Llámeme mañana, después del mediodía", dijo el padre Byrnes. Se había acordado del padre Gerald y de su famoso sentido común.

EL DESVIRGADOR

La mañana del exorcismo, Richard/Rita se levantó temprano, se bañó, se lavó el pelo, se roció cuidadosamente con desodo-

rante y aplicó su perfume favorito a cuello, pechos, puños y detrás de las orejas. Se puso un par de pantalones azules, un suéter rojo con cuello de tortuga y sandalias. Su largo cabello negro fue cepillado y peinado con sencillez. No se maquilló ni se puso alhaja alguna.

Una vez que concluyó de vestirse fue a dar de comer a los patos del estanque, caminó un poco por el jardín y luego llegó a tiempo para saludar a los asistentes de Gerald a la puerta de la casa.

En parte debido a que sus dos hermanos fungían como ayudantes, aquello parecía como un grupo de amigos íntimos que se llegaran para una reunión o para la celebración de algún acontecimiento muy íntimo. Richard/Rita cooperó sonriente y alegre, hizo café, arregló la habitación donde se celebraría el rito del exorcismo y, en general, se mostró lleno de disculpas y al parecer agradecido por "las inconveniencias que estaba causando", como repetía una y otra vez. Gerald había elegido para el exorcismo la habitación de Richard/Rita, después de discutir un poco el asunto, y más que nada porque parecía ser el sitio que Richard/Rita tenía más empeño en evitar.

Cuando todo estuvo listo, Richard/Rita se sentó con los ayudantes y esperó, algunas veces conversando, otras veces orando con ellos, hasta que escucharon el automóvil de Gerald por el camino. Bert salió, informó a Gerald de lo ocurrido y regresó para decir a Richard/Rita que se sentara o se recostara en la otomana. Sin embargo, Richard/Rita insistió en salir a recibir a Gerald.

Éste entró a la habitación acompañado del padre John. Ambos vestían sus ropas ceremoniales. Todos, incluyendo a Richard/Rita, se hincaron para rezar las oraciones al Espíritu Santo. Luego, mientras Richard/Rita seguía de rodillas, los ayudantes se distribuyeron alrededor de Gerald. Este abrió el exorcismo con una oración del ritual oficial.

Richard/Rita lo interrumpió amable, juguetonamente.

—Padre Gerald, ¿no cree usted que podríamos apresurarnos un poco? Lo que realmente necesito es una bendición y las oraciones y buenos deseos de todos los presentes.

Richard/Rita se puso de pie y dedicó a todos una mirada radiante, una sonrisa tímida de encanto y gratitud. El corazón de Bert se sentía sangrar a la vista de su hermanito. Casi todos

ellos se sentían avergonzados, era como si —y esto fue el comentario que más tarde hizo Jasper, el hermano mayor de Richard/Rita— como si hubieran venido a arrestar a alguien por sospecha de asesinato y encontraran al supuesto asesino y a su víctima haciéndose el amor, Richard/Rita se veía muy femenino.

También Gerald se sintió sorprendido, su mente pensaba con gran rapidez. ¿Acaso había cometido un error? O bien se habían comportado como imbéciles y engañádose y también a Richard/Rita, o bien, eran víctimas de un engaño más profundo de lo que habían esperado. Sin embargo, no había tiempo para reflexionar ni para interrupciones. Tenía que tomar una decisión. El capitán de policía y el maestro lo miraban como si dijeran:

"Vámonos de aquí, padre. Vámonos y que se quede solo". Pero Gerald tenía que asegurarse.

—Me parece bien, Rita —dijo sorprendido ante su propio fingimiento, con una sonrisa de lo más indiferente—. Eso es lo que vamos a hacer. Padre John, déme el frasco del agua bendita. Jasper, tome mi libro de oraciones y póngalo en mi maletín. Bert, por favor prepare un poco más de café. Que alguien vaya y hable a la parroquia y les diga que estaremos de regreso para la comida. Rita, por favor, páseme el crucifijo que está en la mesa, a su lado, y procederemos con la bendición.

Más tarde, cuando comentaban los sucesos de aquella mañana, todos convinieron en que en el momento en que Gerald concluyó la petición hecha a Richard/Rita, se produjo un cambio notable en la habitación. Fue un cambio cualitativo, tan efectivo y abrupto como un total e instantáneo cambio en el olor del aire, o en la temperatura de la habitación. Algunos de ellos, que no sospechaban los ulteriores motivos de Gerald, habían empezado a hacer automáticamente lo que les había pedido antes de que se dirigiera a Richard/Rita. Pero el misterioso cambio que ocurrió en la habitación cuando Gerald se dirigió a Richard/Rita los hizo detenerse bruscamente. Según uno de ellos "Fue como si me rodearan luces rojas". Y otro comentó:

"Sentí como una campanita de alarma".

La descripción del maestro fue:

"Sentí una sensación de lo más extraño en la nuca".

"De pronto nos percatamos de que en la habitación se había hecho palpable para nosotros otra presencia. Y sabíamos que era algo malo, mucho muy malo, —declaró Bert más tarde.

Todos se volvieron y se quedaron mirando a Gerald y a Richard/Rita. Gerald estaba casi de puntillas. Su solicitud había estado tan preñada de intención, y el efecto producido en Richard/Rita era tan tangible para él, que se había quedado un poco extrañado. Richard/Rita se había sentado en la otomana, la imagen de la extrañeza. Su frente era una masa de arrugas. Sus cejas casi se tocaban en una expresión de duda. Tenía la boca estrechamente cerrada y el labio inferior subido sobre el superior. De sus mejillas había desaparecido todo color. No podían verle los ojos. Estaba mirándose el regazo, donde sus dos manos se abrían y se cerraban, se hacían puño y se abrían y luego se volvían a cerrar y se volvían a abrir constantemente, temblorosas, lentamente. Gerald alzó la mano pidiendo silencio y atención.

—Rita —dijo suavemente—, páseme mi crucifijo —en las pestañas de Rita empezaron a aparecer las lágrimas, que luego corrieron silenciosas por su cara.

—Por favor, lo que quiero es que me dejen sola —la voz era de lo más femenino y profundo y doloroso. Otro estallido de lágrimas. Y empezó a sollozar—. Todo esto es demasiado... yo sé que ninguno de ustedes comprende lo que me ha sucedido. Moira sí... pregúntenselo a ella. Pero todo esto es una charada... lo único que necesito es estar sola —más sollozos.

Gerald miró a Bert. Bert se encogió de hombros como si dijera: "Decida usted". Gerald abrió su libro de oraciones:

—En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, hoy estamos aquí reunidos para orar y pedir en el nombre de Jesucristo, Señor del Cielo y de la Tierra, que cualquier mal espíritu que haya podido entrar y poseer a esta criatura de Dios Todopoderoso, Rita O., obedezca...

El resto se ahogó en el ruido de los sollozos de Richard/Rita. Se había vuelto lentamente, como si la hubieran herido o golpeado, y ahora estaba echado en la otomana, de espaldas a Gerald. Todos escuchaban a Richard/Rita y ya no oían las palabras que Gerald estaba leyendo. Sólo podían escuchar aquellos sollozos, aquella voz dolorida, que se lamentaba y se quejaba con una pena incontenible mientras su cuerpo entero se sacudía con cada sollozo. Y cada sonido de su voz se filtraba a través de su garganta y de su boca como un terrible reproche a todos los presentes.

—...y que cualesquier malos efectos que el mal espíritu haya causado en Rita —concluyó Gerald—, puedan ser limpiados y purificados por la gracia del Señor Jesús —Gerald había terminado su primera oración.

A esta mención del nombre de Jesús, Richard/Rita se quedó muy tieso y se tendió sobre la espalda. Su rostro no era la estampa de las lágrimas y el dolor como habían supuesto, sino una repugnante máscara de odio, temor y disgusto.

—Coja a su Jesús y a su repugnante crucifijo y su apestosa agua bendita y a ese cura arrugado y lárguese de mi casa —llegado a este punto, tenía ambos brazos extendidos, las palmas vueltas hacia Gerald, guardándose de su mirada—. Saquen todo eso de aquí. Quiero estar sola.

Gerald vio que Bert se preparaba para salir.

—¡Bert! —le dijo con voz dura— quédese donde está, por lo menos un momento —Bert se detuvo.

—Bert, líbrame de este cochino cura católico y de todas sus patochadas. Bert, Bert ayúdame —Bert inició nuevamente el movimiento para salir. Esta vez, John el sacerdote más joven, le tocó el brazo.

—Hay que darle a Gerald un momento más, Bert —le dijo quedamente—. Sólo un momento. Tenemos que asegurarnos.

—¡Bert! —seguía diciendo Rita, sollozante— me sentía perfectamente feliz hasta que el hombre me miró. Todo es un error. Yo soy mujer, soy mujer. Como tu Marcia [la esposa de Bert]. Como Moira. Como mamá. Como July [la secretaria de Bert]. ¡Mira! —y Richard/Rita bajó el cierre de sus pantalones y abrió el botón de la cintura—. ¡Mira! Tengo vellos en el pubis y un culo igual que Marcia ¡Mira, Bert! ¡Ven y tócalo! ¡Está caliente y Julia. ¿Recuerdas cuando de chicos solíamos masturbarnos juntos en la cama? Ahora tú puedes penetrarme. Ayúdame Bert, seré tuya si me ayudas.

Bert dio un paso atrás, el rostro cenizo. Gerald se adelantó, tomó el crucifijo y lo sostuvo frente a Richard/Rita.

—Rita, todo va a salir bien. Y te vamos a dejar sola. Ahora todo lo que tienes que hacer es lo que hiciste en el curato.

Cuando Richard/Rita había ido con Bert y Jasper a verlo, había puesto su mano derecha sobre un crucifijo que Gerald tenía siempre en su mesa y había dicho:

"Juro por esto, padre Gerald: quiero ser una persona total y completa y estar bien con Dios". Y todo aquel tiempo, esta capacidad de Richard/Rita para tocar el crucifijo había alentado a Gerald. Significaba que la posesión de Richard/Rita era un proceso aún incompleto. Excepto en sus etapas avanzadas, la posesión varía en sus efectos y rasgos característicos.

Pero ahora Richard/Rita estaba echado en la otomana, las piernas abiertas, las manos en las ingles. Todos esperaban. Su pecho subía y bajaba como si estuviera dormido. Afuera, el día se había oscurecido. Arreciaba el viento, que sacudía los árboles alrededor de la casa con un sonido como un quejido irregular.

Luego, la boca de Richard/Rita se abrió, y después de lo que parecieron minutos la oyeran hablar, pero con otra voz. Era una voz gutural, ríspida, lenta, de sexo indescriptible: podría haber sido femenina o masculina. Era como la voz de algunas personas muy viejas: una especie de falsete, con algunos dejos de bajo, pero cansada y ponderosa, como si exigiera un gran esfuerzo.

—Sé que usted es virgen, o por lo menos se supone que lo es, padre Gerald. ¿Qué sabe usted, entonces, acerca de mujeres... o de hombres para el caso?

Gerald decidió iniciar la tarea.

—Dinos quién eres.

Richard/Rita quedó silencioso un momento, luego habló como si dijera una broma.

—¿Que quién soy? Pues soy Rita, claro. ¿Quién más iba a ser? ¡Estúpido!

—Si tú eres la Rita a la que conocemos, siéntate y toma este crucifijo.

—Rita no quiere hacerlo. Nanay.

—Entonces, Rita, ¿por qué estás enojada? ¿Por qué no te sientas y conversas como cualquier otra persona con nosotros?

—Pues porque... porque... porque no soy una persona ordinaria. ¡Escuchen! —Richard/Rita había vuelto la cabeza hacia las ventanas cerradas. Sus ojos parpadearon como si mirase una escena efímera. Volvió de nuevo la cabeza—. No soy ordinaria.

Gerald abrió de nuevo el libro del ritual, y se aprestaba a iniciar la siguiente parte del exorcismo cuando es le ocurrió una idea: si *estaba* hablando sencillamente con Richard/Rita,

¿no sería que estaba perdiendo el punto esencial del exorcismo? ¿Acaso no podrían Richard/Rita o cualquier mal espíritu que lo poseyera en ese momento, llevar adelante un perfecto engaño... pretender de hecho que estaba dispuesto a cooperar? ¡No! Tenía que romper aquella apariencia, si se trataba de una fachada. Gerald buscaba a tientas y estaba más o menos acercándose a la verdad del análisis hecho por el padre Conor, aunque sin haber tenido las ventajas de su instrucción. La terrible experiencia habría de ser su inflexible maestro ese día.

Cerró lentamente el libro, tomó el crucifijo entre las palmas de sus manos y empezó a interrogar a Richard/Rita. Ahora el intercambio entre ellos se asentó en una serie de preguntas y respuestas hechas con toda calma. Y duró todo ese día. En cierto momento, Rita quedó en silencio. Después de infructuosos esfuerzos para hacer que le contestara, Gerald salió al exterior, se lavó, comió algo y volvió. El día estaba muy avanzado. El doctor había vigilado la respiración y el pulso de Richard/Rita. Todo era normal. Cuando Gerald regresó, todos empezaron a sentir un frío mordiente en la habitación. James se ocupó del radiador, e incluso bajó a la caldera que estaba en el sótano, pero el frío persistía.

Gerald reanudó el interrogatorio de Richard/Rita. Esta vez, Richard/Rita comenzó a contestar. Gerald sondeaba, provocaba, cuestionaba, objetaba, interrumpía, tendía trampas y trataba por todos los medios de quebrantar la resistencia que percibía en Richard/Rita. Pero fuera lo que fuera lo que hiciera, Richard/Rita lo hacía de lado con respuestas largas y complicadas, con descripciones de actos sexuales, análisis de macho y hembra, pequeños insultos y burlas y algún comentario venenoso. Y así pasó la noche y las primeras horas de la mañana siguiente.

Jamás lo sabremos, pero quizá el procedimiento hubiera podido prolongarse indefinidamente hasta que el sentido común y el límite de resistencia indicaran a todos que el exorcismo había sido un fracaso... o bien, que Richard/Rita jamás había estado poseído, sino que era una persona anormal en el sentido más ordinario de la palabra. Sin embargo, después de muchas horas Gerald comenzó a tener la sensación de que había ratos en que casi tocaba algo que luego se le volvía a escapar. Además, también los otros se percataban por momentos de una extraña sensación, de algo ajeno que presionaba sobre ellos. Luego

se aligeraba y desaparecía. Todos se estaban poniendo nerviosos y todos estaban cansados. El fin de su espera llegó repentinamente, con un comentario hecho por Gerald en respuesta a una objeción de Richard/Rita.

—Pero es que cualquier mujer ordinaria desea ser poseída y acariciada por su hombre —decía Gerald— y, después de eso, llevarlo a donde no podría ir de otra manera. Tomados de la mano. En la verdad. En el amor. No en la fuerza ni en la superioridad. Ellos caminan ante la sonrisa de Dios. Ellos reproducen su belleza —Gerald estaba tocando precisamente la cuerda que había obsesionado a Richard/Rita desde su operación. Richard/Rita se puso tiesa.

—¿Por qué demonios no me deja sola? ¡Usted y su Dios! ¿Quién necesita su belleza o su sonrisa?

Gerald se puso alerta al percibir un nuevo tono en la voz de Richard/Rita. No pudo reconocerlo, pero sabía que había ahí un nuevo tono. Y se le ocurrió una idea.

—¿Por qué? Porque yo sé que tú no eres Rita. Porque yo sé que tú no eres Richard. Yo sé que Rita —Richard— ama a Dios, a su sonrisa y a su belleza. Pero tú —quienquiera o cualquier cosa que seas— ¿por qué no sales de tus mentiras y de tus engaños y nos das la cara?

Según dijera más tarde el capitán de policía, aquello fue como si el infierno hubiera abierto sus fauces, Richard/Rita se dobló, la cabeza descansando en los pies, el cuerpo meciéndose espasmódicamente. Los ayudantes lo sostuvieron y trataron de enderezarlo. Pero no pudieron moverlo; pesaba como si fuera de hierro fundido. La otomana temblaba y se sacudía. El papel tapiz arriba de la cama se empezó a arrancar a partir de una esquina, como si dedos invisibles lo hubieran arrancado con violencia. Las maderas de las ventanas se sacudían y retemblaban. Richard/Rita comenzó a gritar y a ventosear al mismo tiempo. Y todos ahí empezaron a sentir una singular presión de amenaza y de temor. Empezaron a sudar. Nada los había preparado para tal sensación de peligro imprevisible.

—¡Todos quietos! ¡Tranquilos! —era la voz de Gerald que los prevenía. Se había percatado de que había tocado la médula esencial de su problema. Pero seguía en la oscuridad. Se acercó a la otomana y se inclinó sobre Richard/Rita, quien estaba muy quieto; pero su cuerpo se había doblado como antes y la cabeza descansaba en uno de sus pies.

—Rita —le dijo con voz clara y fuerte—. Yo te lo digo: seguiremos luchando por ti. Así que debes seguir luchando y resistiendo tú también —Richard/Rita se volvió y tembló por unos instantes, y luego sus dientes se clavaron profundamente en el empeine de un pie.

Gerald se enderezó. Cambió el tono de su voz y adquirió un acento inquisitorial, imperiosa:

—Tú, mal espíritu, tú obedecerás nuestras órdenes.

De nuevo aquella voz ríspida:

—No sabes en la que te metes. Tú no puedes pagar el precio. No es sólo tu virginidad lo que vas a perder. Y no es sólo tu vida. Lo perderás todo...

—Así como Jesucristo nuestro Señor soportó los sufrimientos, yo estoy dispuesto a soportar lo que cueste el echarte y mandarte de regreso allá de donde viniste.

Este fue el primer error cometido por Gerald. Sin percatarse de ello, y en lo que parecía un acto de heroísmo, había caído en una vieja trampa. Estaban ahora en un plano personal: él contra el mal espíritu. Ningún exorcista puede actuar con carácter personal, por su propio derecho, ofreciendo su fuerza o su voluntad sola para contrarrestar e irritar al espíritu que se ha posesionado de aquella persona. Jamás deberá tratar de actuar en el lugar de Jesús, sino simplemente hablar y actuar de concierto con él y como su representante.

Para Gerald, el precio de aquel error fue muy alto. Jamás había soñado que un castigo corporal pudiera ser tan intenso. Trascurrieron tres semanas antes de que pudiera ponerse de pie y arrastrarse por su habitación en medio de fuertes dolores. Aquel violento ataque de que fue víctima resultó letal con el tiempo. Pero no eran estos sus sufrimientos más profundos. En aquellos breves y tormentosos segundos en que fue arrojado de un extremo a otro de la habitación y golpeado contra la pared, lo que lo sacudió y lo desgarró fue la sensación de haber sido violado.

Sólo entonces comprendió que, hasta ese momento, en realidad durante toda su vida, había gozado de inmunidad. Había en su ser interior, en el centro de su persona, un bastión interior que jamás había sido tocado. El dolor jamás lo había alcanzado. El arrepentimiento jamás lo había molestado. Ni jamás un sentimiento de debilidad o culpa tocado ese punto.

La fuerza de ese yo privado había sido su inmunidad. Su celibato profesional y su virginidad corporal habían sido simples expresiones exteriores de esa condición de espíritu, libre de todo cuidado en que siempre había existido. En cierto sentido, el pecado o el error jamás lo habían tocado ahí, no porque él hubiera decidido, sino porque jamás se le había presentado la elección.

Pero, en un gesto de egoísmo, aquella parte inmune de su ser había sido fuente de orgullo como lo era su independencia. Y los amigos que se maravillaban de su constancia como sacerdote y la atribuían a una auténtica especie de santidad, jamás hubieran podido sospechar —no más que Gerald mismo— que esa fuerza última estaba manchada por una gran debilidad: la propia confianza del orgullo. Los dolores corporales y las lesiones que le fueron infligidos durante y después de aquel ataque eran tanto un símbolo como una expresión tangible de la inescapable debilidad y fragilidad de la que era heredero por el sólo hecho de ser humano.

Se recuperó del ataque lo suficiente, pero jamás recuperó aquel sentimiento de inmunidad. Antes bien, nació en él un sentimiento de desamparo. Y por primera vez en su vida reconoció su total dependencia de Dios. Y esta visión estaba ahora permeada por aquel conmovedor sentimiento que los cristianos han solido describir por una palabra por cierto objeto de muchas malas interpretaciones: *humildad*. Era una agradecida comprensión de que el amor, no sólo un gran amor, sino el amor mismo, lo había elegido y lo había amado sin más razón que el amor puro. "Sólo el amor podría amarme" había sido la frase de una santa inglesa de la antigüedad, Juliana de Norwich.

Mientras tanto, Gerald tenía que tomar una decisión: proseguir con el exorcismo o declararlo oficialmente concluido. Richard/Rita estaba ahora en una etapa completamente anormal, incluso para Gerald mismo. Necesitaba vigilancia las 24 horas del día. Por lo general, se echaba en la otomana, despierto o dormido, o se quedaba junto a la ventana, mirando y escuchando. Respondía con docilidad a cualesquier indicaciones de sus hermanos, pero nadie más tenía influencia sobre él. Apenas comía, tenían que lavarlo como a un nene y periódicamente recaía en un extraño e incoherente balbuceo y no podía soportar ni la menor mención de Gerald, de religión o de exorcismo. Tampoco

permitía que en la casa o cerca de él hubiera objeto religioso alguno. Y siempre parecía saber cuándo alguien traía algún objeto. Por ejemplo, la mujer que hacía la limpieza solía traer una medalla colgada al cuello; pues en adelante tuvo que dejarla en casa. Si sus hermanos habían hablado con Gerald, Richard/Rita lo sabía en cuanto llegaban ante él. De ahí surgía alguna escena, jamás violenta, pero siempre conmovedora y llena de súplicas para que lo salvaran de posteriores molestias. Mientras tanto, la salud de Gerald era muy precaria y sus amigos empezaron a inquietarse. El doctor le dijo que se le había desarrollado una lesión cardiaca y que sus laceraciones orgánicas habían sido muy graves. Los médicos lo habían remendado lo mejor que habían podido.

Además de sus sufrimientos corporales, Gerald era objeto de un extraño cambio en sus sensaciones. Durante mucho tiempo, no pudo ver ni tocar objeto material alguno sin que se produjera este cambio. Según me dijo más tarde:

"Parecía que estaba yo mirando a través de él y alrededor de él, y no más allá de él. Porque en cierta particular manera, ya no estaba ahí. Antes bien, con una vista que no era la de mis ojos, me veía absorbido por la percepción de una condición o dimensión o estado para la que carezco de palabras. Aquello —esa condición— parecía ser el mundo real. Y el objeto material de que se tratara —mesa, silla, pared, alimento, lo que fuera— parecía totalmente irreal, parecía no ser nada de hecho. E incluso mi propio cuerpo era para mí una especie de caparazón imaginario, permeado y sostenido por aquella otra condición.

El efecto de todo esto era francamente perturbador, especialmente cuando se encontraba con otras personas. Lo que *ellas* veían era un hombre delgado, pálido, medio agachado, que se apoyaba en un bastón y que parecía mirarlos con el impersonal escrutinio de un contemplador de estrellas o de un lector de mapas. Seguía siendo bondadoso, afable, incluso bromista, y siempre estaba de buen humor. En las conversaciones, parecía mostrarse muy interesado en la gente, no tanto en ellos mismos como en lo que significaban o en lo que representaban espiritualmente. En el caso de Gerald significaba una actitud nueva. Lo que *Gerald* mismo hallaba ahora era que todo hombre y toda mujer que encontraba pasaban a sus ojos por el mismo "acondicionamiento" que los objetos materiales. Pero, a diferencia de

los objetos, una vez que la condición invisible e implícita de la persona quedaba clara para él, sentía un nuevo elemento.

Le resultaba difícil expresar en una sola palabra o en una frase este nuevo elemento. Tenía que recurrir a largas explicaciones para describirlo, y concluía con constantes afirmaciones de que sólo estaba usando imágenes y metáforas, hablando acerca de "luz" y "oscuridad", "presencia" y "ausencia", "una red de síes". Su descripción de alguien podía ser de este tenor. Prácticamente hablando, descubrió que esta nueva manera de ver a la gente lo situaba a cierta distancia de todos y cada uno, no importa cuán bien los conociera o cuánta simpatía sintiera por ellos. Todo conocimiento de ellos a través de su mente, y toda afición que pudiera tenerles por obra de su voluntad, sólo era posible en esta nueva dimensión.

El párroco de su parroquia llegó incluso a consultar a los siquiatras a los que Gerald acudiera inicialmente para hablar acerca de Richard/Rita. Cuando Gerald salió del hospital y estaba convaleciendo en el curato, el doctor Hammond, junto con un colega, se presentó a verlo una tarde. Había revisado cuidadosamente los antecedentes de Gerald, le dijo, desde su infancia hasta ese momento. Él y su colega estaban convencidos de que había sufrido un grave trauma y, lo que era más grave, que debido a que Gerald no podía comprender realmente la sexualidad y sus complejidades, había provocado sin advertirlo un estado de alienación en Richard/Rita. En su opinión, y en aras de su integridad profesional, así como por el bien de Gerald, le suplicaban que voluntariamente se sometiera a su observación en una clínica. Estaban convencidos de que Richard/Rita reaccionaría a una terapia normal.

Por razones diferentes, el párroco estaba igualmente empeñado en apoyar este punto de vista. Los rumores de los extraños resultados del exorcismo habían llegado hasta el obispo de la diócesis, quien envió mensaje al párroco en el sentido de que esperaba que todo se arreglara a fin de evitar nuevas dificultades y nuevos rumores y escándalos. En un informe se decía que Richard/Rita había violado a Gerald. Y no era éste el más asqueroso de los rumores que circulaban por la parroquia.

Gerald, quien al principio se mostrara disgustadísimo con los siquiatras, acabó por comprender su punto de vista. O al menos fue eso lo que dijo. Añadió, sin embargo, que no debían

oponerse a que concluyera el exorcismo. Si sólo pudiera lograrlo, les dijo, entonces se sentiría satisfecho.

Desde luego, la decisión última dependía de la familia de Richard/Rita, en especial de Bert. Bert estaba convencido de que el estado de su hermano era obra del diablo y de que Gerald u otro sacerdote católico deberían completar el exorcismo.

Todo aquello era sumamente agotador para Gerald. Se sentía como "un espécimen de museo o un caso médico", según comentó a su párroco. Además, algo en su interior le decía que Richard/Rita no podía seguir como estaba y sobrevivir, ni tampoco podía él dejar el exorcismo a medias.

"No es que tenga ganas de morirme, doctor", dijo al mayor de los siquiatras, "pero tampoco me hago ilusiones acerca de mí mismo ni de usted. Yo no puedo vivir mucho... incluso mis médicos convienen en ello. Usted carece totalmente de fe religiosa, según usted mismo lo ha admitido, y salvo que lleguemos a un compromiso, seguiremos discutiendo mientras Richard/Rita vegeta y yo muero, así que vamos a hacer un trato".

Se hizo el trato. Con ciertas condiciones. El doctor Hammond había de estar presente en el exorcismo. Y si él y el médico, independientemente de Gerald, decidían que la reanudación del ritual tenía que abortarse en un momento determinado, Gerald los obedecería. No se permitiría que el exorcismo durase más de dos días, como máximo. Por otra parte, Gerald tendría el total dominio de la situación mientras el exorcismo prosiguiera. El doctor Hammond se comportaría exactamente como cualquiera de sus ayudantes. Sólo había una o dos condiciones más, orientadas mayormente a ayudar a la avaluación y el conocimiento profesional del siquiatra. Pero Gerald quedó satisfecho. Había logrado la oportunidad de concluir el exorcismo.

Para Gerald, ahora era claro que sólo cuando había intentado descubrir y separar la identidad del espíritu maligno de la de Richard Rita, sólo en ese instante, había sido atacado. Emprendería ahora la tarea partiendo del punto donde había dejado las cosas y proseguiría con gran cautela, evitando llamar la atención hacia su persona en forma alguna y procurando fiarse en la fuerza del ritual oficial y en el simbolismo de su función.

Así pues, una mañana temprano, cuatro y media semanas después de la violenta interrupción del exorcismo, el doctor Ham-

mond condujo a Gerald hasta la Casa del Lago para reanudar el exorcismo de Richard/Rita. Los ayudantes ya estaban ahí, junto con el padre John. El día era sombrío. Un fuerte viento agitaba de nuevo los árboles alrededor de la casa. Empezó a llover a poco de haber llegado y continuó lloviendo todo el día hasta bien avanzada la tarde.

La Casa del Lago en sí estaba quieta y tranquila. Richard/Rita estaba echado en la otomana, dormitando, cuando Gerald llegó. Luego, como si obedeciera a una señal, se enderezó, se dobló y enterró los dientes en el empeine del pie, abrió los ojos y los fijó silencioso en la puerta por la que Gerald y John habían de entrar. Bert y Jasper, ambos mostrando todavía las señales de las últimas semanas tanto en su apagada mirada como en el tono triste de la voz, estaban ahí junto con el capitán de policía y el profesor. Nadie hablaba mucho. Cuando Gerald entró, los ojos de Richard/Rita ardieron con una nueva luz. Se quejó hambriento, como el perro que clama por más comida. Sus manos se abrían y se cerraban. Gerald hizo acopio de fuerzas al ocupar su lugar al lado de la otomana. Había preparado cuidadosamente su discurso inicial. Pero antes de que pudiera empezar a hablar, Richard/Rita lo empujó a ello. Aflojando los dientes que tenían agarrado el empeine, y sin dejar de mirar a Gerald con ojos de furia, dijo:

—Gerald, amor mío, ¿por qué tantas molestias? Mira nada más cómo te has puesto. No tenías necesidad de soportar todos esos dolores. No hacía falta que pagaras un precio tan alto.

Era la misma trampa, pero esta vez Gerald estaba preparado.

—El precio, cualquiera que sea el precio necesario, ya ha sido pagado. Obedecerás la autoridad de Jesús y de su iglesia. Di tu nombre.

Incluso a medida que Gerald hablaba, el dolor corría con rapidez por nuevas avenidas en su carne y en sus huesos. La parte baja de su cuerpo, desde el ombligo hasta los talones, se puso rígida. Los asistentes observaron que las venas se marcaban en su frente. Luchaba por dominarse, luchaba por no perder el sentido, se esforzaba por escuchar. Esperar y esforzarse. Richard/Rita se echó de espaldas sobre la otomana, con desánimo, los ojos cerrados, brazos y manos cruzados sobre el pecho.

Después de una pesada pausa, cuando casi había perdido la esperanza de lograr la obediencia de aquel espíritu, Gerald em-

pezó a escuchar algo que parecía una voz, pero que le resultaba totalmente ininteligible. Al principio, pensó que había llegado un grupo de gente sin anunciarse a la parte delantera de la casa y que se reunían alrededor de las ventanas. Pero cuando se concentró en aquella dirección, el ruido pareció venir de Richard/Rita y luego de nuevo de la parte trasera de la casa. Podía oír claramente varias voces que hablaban a un tiempo interrumpiéndose, empezando, riendo, riñendo a veces, incluso gritando con burla. Parecían ser tanto de hombre como de mujer, pero parecían predominar las voces femeninas. Luego, aquella cháchara se esfumó como si se hubieran alejado de la casa. Gerald se quedó mirando fijamente a Richard/Rita: estaba silencioso e inmóvil. Gerald estaba a punto de hablar cuando aquellas voces empezaron una vez más. Esta vez estaban en la habitación, pero tratando de confundirlo. Cuando se concentraba en Richard/Rita, parecían venir de detrás de él; cuando se volvía, parecían venir de Richard/Rita. Empezó a sentir como si fragmentos de aquellas voces flotaran libremente y giraran por toda la habitación. Sus ayudantes no estaban preparados para ocurrencias fantasmales como esta, porque Gerald no tenía suficiente experiencia ni conocimiento del exorcismo para hacerles advertencias detalladas. Y la tensión en que se hallaban podía observarse en el temblor y sudor que los dominaba.

La reacción del doctor Hammond hubiera sido cómica en otras circunstancias que no fueran aquellas. Según comentó posteriormente el padre John, el siquiatra empezó con su acostumbrada expresión profesional: grave, inexpresiva, ojos vigilantes, tomando notas sin cesar. Al cabo de unos minutos, dejó de tomar notas y la expresión de su rostro cambió de esa amabilidad profesional a la incredulidad, luego a un toque de impaciencia (como si se le estuviera jugando una broma pesada) y por último a la expresión un poco gris de un hombre que por vez primera se ve ante algo ininteligible y ajeno a su opinión, que amenaza su cordura y su dominio de sí.

La extrañeza y el desmayo de Gerald aumentaron, porque ahora creía poder distinguir palabras y frases aisladas de cierta voz en particular; pero siempre, otras palabras y frases se interrumpían y saturaban su oído. Y todo concluía en una cháchara abstracta.

Luego, los diversos ecos de voces femeninas parecieron acelerar el ritmo y empezaron a combinarse en un tono y timbre como si, sílaba por sílaba, todas trataran de alcanzar la voz principal. Y las voces masculinas empezaron a hacerse más lentas en ataque y en amplitud, hasta que se convirtieron en una serie de rechinidos y sonoridades más o menos paralelos pero que nunca coincidían. Y ambos tonos, el masculino y el femenino, empezaron a mezclarse y a sonar como uno en varias sílabas, pero siempre había tonos mayores y ecos molestos que impedían sus esfuerzos para comprender. Gerald decidió intervenir.

—Sea quien sea o lo que sea eso que tú eres, se te ordena en el nombre de Jesús que digas tu nombre, que contestes a nuestras preguntas.

Después de aquello, el volumen del ruido comenzó a crecer y con él un desmayo y temor incontrolables en Gerald. Se sintió el blanco de alguna voz monstruosa que graznaba desde pulmones hinchados, desde una garganta cavernosa y una boca infecta, una voz de maldiciones, de insultos, de blasfemias, en la que sus pecados secretos, su mala voluntad, las obscenidades todas hacían eco y emitían un reto maligno.

El joven padre John encontraba aquellos sonidos casi insoportablemente perturbadores. Asperjó agua bendita alrededor de Gerald, luego alrededor de la otomana. El ruido se elevó alcanzando un nuevo crescendo y luego comenzó a morir. Durante todo este tiempo, Richard/Rita había permanecido echado de espaldas sobre la otomana.

Al morir aquella babel en un sonido ininteligible y ahogado, Gerald decidió el primer asalto del Choque. Nadie le había preparado para ello, ni nadie le había dicho lo que debía hacer. El viejo fraile dominico de Chicago, simplemente le había dicho que, llegados a un punto, "el viejo" tendría que revelarse tal como es. Y le aconsejó cuidado al llegar a aquella etapa:

"Es todo lo que yo puedo decirle..." y eso fue todo.

La gran cualidad de Gerald —su terquedad— se convirtió ahora en su fuente de tortura, porque no podía, no debía rendirse. Había enganchado su voluntad con la del mal espíritu. E incluso si en algunos exorcistas el Choque se inicia en la mente, la imaginación, o en un poderoso sentido intuitivo que poseen, finalmente radica con todas sus fuerzas en la voluntad. En el caso de Gerald, desde un principio fue en su voluntad donde la lucha se desarrolló.

Hasta aquel momento había sentido que su voluntad tocaba contra una pared de acero que resistía y atacaba. Ahora, aquel muro parecía derretirse y flotar por todas partes, mientras su propia voluntad se arrojaba en el fundido corazón de aquel calor líquido que quemaba y chillaba y freía todo nervio de esa voluntad, quemando incluso toda traza de protección que los humanos puedan emplear: esperanza, expectación, recuerdo de placeres ocurridos, satisfacción en la fidelidad, capacidad consciente para cambiar o para no cambiar, seguridad, certeza de que se está haciendo lo correcto.

No era una oscuridad de la mente, sino una desnudez de la voluntad. Era el punto del más profundo sentimiento y el más agudo dolor que cualquier ser humano pueda alcanzar mientras está en condición mortal. Dante lo ha descrito como el dolor del alma que no está condenada al Infierno (y lo sabe), pero que no tiene medios de saber que existe el Cielo, y, sin embargo, ha de perseverar en la esperanza de que aquella aparente desesperanza sea el preludio de la felicidad y la recompensa.

Luego el Choque se materializó en su ser corporal. Uno por uno, su oído, su vista, sus sentidos del tacto, del olfato y del gusto se sintieron afectados. Su visión se nubló... casi como cuando se encima una cinta de video sobre otra; ambas son lo bastante claras para verse, pero ninguna es lo suficientemente clara para eliminar la duda. Y en sus tímpanos se inició una especie de dolor producido por el repentino estallido de un martillo eléctrico; y el dolor continuaba. Y cualquier cosa que tocaba le producía un curioso estremecimiento que subía por la parte baja de su columna vertebral, esa sensación que se suele producir cuando alguien hace rechinar un vidrio con el pulgar seco. Su boca sabía como si hubiera estado masticando leche agria y harina. Y un olor increíble que no podía definir había saturado sus fosas nasales. No era un olor de putrefacción ni de descomposición, ni el olor de una cloaca, sino un olor muy agudo que su sentido del olfato no podía aceptar sin que una especie de aguja se clavara en sus senos y en la parte de atrás de su boca y en su garganta, produciéndole náuseas.

Los ayudantes vieron que Gerald empezaba a doblarse. Dos de ellos lo sostuvieron, uno a cada lado pero, fieles a sus instrucciones, no trataron de sacarlo de la habitación.

—¿Puede usted seguir adelante, padre? —preguntó el doctor Hammond. La sola respuesta de Gerald fue volver la cabeza en un gesto rápido.

Aquella extraña posesión alcanzaba el clímax dentro, en su voluntad, y afuera, en su cuerpo. Sintió que sus recién curadas heridas de la espalda y del vientre se soltaban y empezaban a manar al dar de sí las puntadas y sintió una especie de poderoso aguijón en la carne que se abría. Sintió la humedad de su propia sangre y de su sudor, y Gerald se percató ahora de que tenía qué hacer un esfuerzo supremo.

—¡Tu nombre! ¡Tú que atormentas a esta criatura de Dios! En el nombre de Jesús, y con base en su poder, ¡tu nombre! ¡Ahora mismo!

Escuchó los últimos sordos y retumbantes sonidos de aquella voz que lo atacara, disminuir hasta perderse. Richard/Rita se agitó como si lo hubiesen aguijado con un filoso puñal, torciendo la cabeza, el cuello, la espalda. Emitió algunos quejidos. Luego, todos los presentes escucharon un corto y áspero murmullo, no titubeante, sino consciente y lento.

—Desvirgador... Desvirgador de Muchachas. El Desvirgador de Muchachas. Las ajustamos. A toda clase de muchachas: jóvenes, viejas, casadas, solteras, lesbianas, neutras, muchachas que desean que las ajusten. A quienes desean ser ajustados como mujeres. A cualquiera. Las ajustamos. ¡Oeeeeeeeh! —aquello fue un chillido salido de la laringe—. ¡Y bien que las ajustamos!

Los dos ayudantes que sostenían a Gerald sintieron que su cuerpo se ponía más pesado. Nuevamente crecía la presión hecha sobre él. Pero ahora conocía el nombre. Desvirgador de Muchachas. Había resuelto el acertijo mortal y todos sus instintos le decían que debía presionar con firmeza antes de que se le escapara aquella ventaja.

—Nos *vas* a decir: ¿cuántos son ustedes? ¿Quién eres tú? ¿Qué haces? ¿Por qué tienes esclavizada a esta creatura del Señor? Nos lo *dirás*. ¡Habla!

Gerald habría seguido repitiendo las mismas órdenes, pero el padre John le hizo un pequeño gesto para recordarle que estaba cayendo en la repetición. Ambos aguardaron. Gerald seguía luchando contra aquel veneno que se había introducido en su ser. Todo él era un vivo dolor.

—¡Tú, por ejemplo, Sacerdote! —el desprecio y el odio de aquella voz helada hasta los huesos—. Te dimos una buena

ajustada, ¿verdad? A ver, tócate... trata de hacer algo con tu trasero, por delante o por atrás. ¡Sí, señor! Te ajustamos. ¡Oeeeeeeeeeeeh!

Gerald se afirmó sobre los pies y trató de humedecerse los labios; tenía la boca seca y sarrosa. Su vista comenzaba a nublarse de nuevo. Pero tenía que proseguir. El maestro le acercó un vaso con agua a los labios. Tenía que proseguir. Humedeció su lengua y empezó de nuevo.

—Dinos, en el nombre de Jesús...

Lo interrumpió un sordo quejido emitido por Richard/Rita. La agonía que delataba los dejó a todos paralizados; sumado al volumen de dolor y al sufrimiento que su propio cuerpo soportaba, a Gerald lo dejó atontado. Todos los demás se sintieron afectados por aquel lamento: todos perdieron el dominio sobre su imaginación y sus recuerdos. El capitán de policía se vio de regreso en Corea, en un campo de prisioneros en el que languideciera durante dos años; su mejor amigo se quejaba, presa de dolores, y en aquellos lamentos se le iba acabando la vida, mientras un sonriente inquisidor le arrancaba la carne de las costillas. El maestro se imaginó allá, en Surrey, Inglaterra, en 1941, cerca de un avión alemán que se había estrellado al aterrizar y estallado en llamas; el piloto, atrapado, gritaba "*¡Mutti! ¡Mutti!*", mientras ardía, dentro de su aparato. Los hermanos de Richard se encontraban al lado de un lobo tembloroso, moribundo, que cazaran más de diez años atrás, en el Canadá, durante una excursión a la que fueran con su padre. El lobo se quejaba, desafiante, tosía sangre y los miraba fijamente. El doctor volvió a vivir una visita a domicilio que hiciera el pasado invierno; allí había visto al padre que, inclinado sobre el cuerpo de su hijito muerto, un pequeñín de tres meses, ahogaba los sollozos, secos, ásperos. Todos se sentían culpables, culpables de asesinato o torturas. Alguien o algo sufría un dolor indecible y los culpaba a todos ellos.

Sólio John, el joven sacerdote, estaba libre de imágenes de horror y de recuerdos espantables. Trató de concluir la orden que empezara a dar Gerald... y ello resultó un doloroso error.

—¡Responde! —clamó en voz alta, aunque quebrada por el nerviosismo que sentía. En el nombre de Jesús, responde a nuestras preguntas...

—¡No, John! —le interrumpió Gerald con voz apagada, pero era demasiado tarde. El daño estaba hecho. Los quejidos cesaron. Richard/Rita se rodó hasta quedar de espaldas, luego se sentó. Se produjo una calma repentina, que no presagiaba nada bueno. Los otros se vieron arrastrados de nuevo al presente. Se pusieron tensos, dispuestos a saltar y a sujetar a Richard/Rita, pero todo lo que hizo fue abrir un ojo. Era luminoso, abierto apenas, preñado de una malvada alegría, y se concentraba en John.

—¡Ah! ¡el falderillo inocente! —cada palabra salió como si fuera una pasta que se extrajera lentamente de un tubo. Todos los presentes, pendientes de aquello, aguardaban cada sílaba—. Ya te llegará tu hora. También a ti te ajustaremos —Gerald se sintió lleno de compasión por John: ahora le tocaba a él—. Vas a perder algo de tu pelo. Y cuando te sientes en un confesionario, te preguntarás allá, en secreto, por qué hacen aquellas cosas de las que se confiesan. Y eso se convertirá en curiosidad, y la curiosidad en deseo. Tú no lo reconocerás, pero acabarás sintiendo el deseo, de asesinar, de robar, de fornicar. De todo aquello que te digan. Tú sentirás el deseo, y te lanzarás sobre el dinero y beberás. Y luego dejarás que ella con sus manos calientes aplaque tu fiebre —el sarcasmo era mordiente— y cuando te levantes ella te llevará al mar para que recuperes la salud y aprovecharás la ocasión para acariciarla allá en el asiento de atrás... y todo por el amor de tu azucarado Jesús. Y ella necesitará más y más de tu amor de Dios. Más y más y más. Y —ahora la voz gritaba en un tono cada vez más alto— tomarás a las esposas de varios hombres, sólo para consolarlas. Serás el alcahuete del altar, tú, falderillo inocente. Y te dará miedo confesarlo —Richard/Rita empezó a chillar y a aullar de risa, revolcándose en la otomana—. Tal vez —la risa lo interrumpió, y volvió a mirar nuevemente a John con su único ojo, especulativamente—, quizá, incluso *me* poseas.

El capitán agarró con dos manos fuertes los hombros de Richard/Rita, conteniéndola firme aunque suavemente. De pronto se había quedado quieto. Luego, volvió el único ojo abierto sobre el capitán y frunció la nariz con fingido disgusto:

—¡Ya verás cómo atornilla a tu mujer! ¡A la tuya! ¡Ella ya lo desea! Un chico tan pulcro y tan guapo como ninguna mujer lo tuvo jamás.

—Frank, sujétalo —dijo Gerald apresuradamente al capitán. Oprimió la mano de John para tranquilizar al joven sacerdote. Ahora, él mismo se sostenía firme y erguido sobre sus pies. Tranquilizó a todos con una mirada. Luego lentamente y con voz solemne se dirigió a Richard/Rita:

—Tu nombre es Desvirgador de Muchachas. Vas a contestar nuestras preguntas —y con gran esfuerzo las fue planteando—: ¿Cuántos hay de ustedes? ¿Quién eres tú? ¿Qué haces tú? ¿Por qué te apoderas de esta persona a la que Jesús salvó?

Cada pregunta producía una especie de martillazo en Richard/Rita, a cada una de ellas Richard/Rita caía de nuevo en la otomana. Parecía encogerse y disminuir como si lo estuvieran aplastando. En su rostro se extendió una expresión de horror atrapado, como si una película lo cubriera.

Gerald continuó:

—Te hago estas preguntas en el nombre de Jesús. Me vas a contestar.

El cuerpo de Richard/Rita se relajó y cayó, desmayado; se quedó echado de espaldas, los ojos cerrados. El capitán aflojó por fin las manos y dio un paso atrás. Gerald hizo un ademán a sus ayudantes. Todos ellos se retiraron del lecho. Los dos hermanos de Richard/Rita se miraron mutuamente por un breve instante. Posteriormente recordaron: su horror era casi tan grande como su curiosidad. ¿Cuáles eran aquellas fuerzas malignas y oscuras que se habían apoderado de su hermano? ¿Por qué? ¿Lograrían librarlo de ellas? ¿Tendrían que rendirse?

La presión ejercida sobre Gerald se aflojaba milímetro a milímetro, según podía sentir. Ahora percibía pequeñas bolsas de alivio en todo su cuerpo. Su vista comenzó a aclararse de nuevo. Dejaron de dolerle los oídos. Ya no sangraba. Aun sentía aquellos implacables retortijones alrededor de su vientre, pero ahora era un dolor sordamente insistente, constante, inalterable y difícil de predecir.

Durante algunos minutos la boca de Richard/Rita se abrió y se cerró alternativamente. Podían ver su lengua moviéndose en el interior, las mejillas que se tensaban y se aflojaban, su nuez que subía y bajaba en la garganta. Parecía estar formando palabras sin sonido.

Luego empezaron a oírlo, al principio muy quedamente, como un suspiro distante, luego a medias palabras, después frases suel-

tas y por último oraciones completas, marcadas por pausas arrastradas y enunciadas en aquel tono grave que ni siquiera sus hermanos reconocían como el del Richard que habían conocido toda su vida. También el doctor Hammond había recuperado la compostura y una vez más estaba dedicado a la observación clínica de los sucesos.

—¿Cuántos de ustedes hay? —repitió Gerald. Luego se inclinó hacia adelante, escuchando atentamente. Pedazo a pedazo, empezó a captar palabras a medias, el comienzo de las frases.

—...números... no cuerpos, necio... puedes tú no puedes... numeralidad... esper... matemat negativ... cuenta sólo en poder... inquebrantado cada uno y not... permanecer juntos... presión gigantesca sobre miserables pigmeos... ningún solitario... por su cuenta... nada... ninguno de nosotros es nada solo... nada tiene... entre nosotros un espíritu solo es apenas unas cuantas fibras —voluntad, mente— convertido en un ser mezquino y encaminado por siempre a una eterna ausencia, a un vacío sin fin... un vientre sobre dos piernas que tropiezan sin sentido por un lecho seco de desesperanza confirmada... eso es cada uno solo... imposible... nada, una nada real... odiando, despreciando, amando el desamor y desamando... unidos alrededor de un humano u odiando al Gran Enemigo... oaaaaaaaaaah... el impulso y el golpe y la mella que hacemos, el Reino, el Reino, ahí el Gran Enemigo nunca rige, densa, imperceptiblemente, una masa, una voluntad, una bestia total, un brillo que emana del Atrevido hacia todos los demás. De modo que los humanos se arrinconan... aceptan la oscuridad como su suerte... la enfermedad y el dolor y la muerte y la oscuridad... y por todos lados lacerados, amargados, heridos, muertos, enloquecidos por los miembros del Reino que se arrastran, el Reino...

—¿Tienen todos ustedes varios nombres? —interrumpió Gerald—. ¿Son todos ustedes iguales? ¿Cuáles son sus identidades?

La voz que venía de Richard/Rita se había apagado hasta convertirse en el murmullo de un apuntador.

—¡Brillante! ¡Brillante! —El sicólogo respiraba y miraba maravillado a Gerald—. ¡Precisamente la pregunta pertinente!

—¿Tiene usted que seguir con ese sistema, padre? —preguntó Bert a Gerald, viendo con desaliento a su hermano.

—Joven, haga usted el favor de esperar —los ojos del doctor Hammond estaban saltones por tanto interés que tenía y su cara estaba enrojecida de ira en el momento de la interrupción—. Esto puede ser un caso histórico de personalidad múltiple.

Gerald echó una mirada de lado al siquiatra, más de lástima que de sorpresa. Pero no había tiempo para más cháchara.

—...redondo y gordo y rojo y negro y macho y hembra y qué hacen o a qué huelen o cómo caminan cómo lo hacen humanos pigmeos... humanos, nombres, ¿cuáles nombres?... un suspiro de míseros pulmones... es lo que hacemos, lo que somos... millones si cuentas las voluntades, las mentes, infinitos si pesas los odios, vivientes... uno encima del otro, nadie es todo, todos están bajo alguno, algunos tan cerca del Atrevido que tienen una inteligencia que sólo el Gran Enemigo puede igualar, algunos tan bajos que son los tarados, los parias, los montones que pisan su talón, el polvo entre sus dedos... y amando todo eso, toda la degradación... todo lo que desfigure la belleza.

Y un ataque de risa crujiente, risa cacareante, pareció apoderarse de Richard/Rita. Qué o quién fuera el o lo que se divertía, el aspecto del poseso resultaba aterrador: la boca echada hacia atrás dejaba al descubierto los dientes, las mejillas arrugadas debido al estiramiento de los labios, la barbilla subiendo y bajando, las aletillas de la nariz se hinchaban y se distendían... y el repugnante horror de aquella diversión. No era una risa alegre ni seca, ni una agudeza sutil; no era la reacción a un humorismo fino ni a un profundo sentido del humor. Simplemente era un triunfal rechinido que ondulaba y que dejaba sentir olas de satisfacción por el odio, de aceptación en la infelicidad, de negativa a contemplar toda existencia, que no fuera esa vida y muerte, esa absoluta falta de misericordia, de trivialidad perpetua exaltada a una forma de existencia.

Gerald habló de nuevo.

—¿Qué hacen ustedes, ustedes los del Reino, Desvirgador? ¿Todos ustedes? ¿Qué hacen?

Ahora Richard/Rita estaba cubierto de sudor. Sus ropas y la otomana estaban empapados. La temperatura de la habitación se había convertido en algo que ahogaba, desde hacía como una hora. En el aire pendía un olor a rancio. Cada uno de los presentes se sentía aquejado por una terrible jaqueca. Bert y Jasper se habían puesto a los lados de Gerald nuevamente para

darle apoyo. Ambos hermanos presentaban el aspecto de hombres que hubieran sido heridos y hubieran quedado vacíos de toda emoción. Los había paralizado la compasión por su hermano y el temor por su bienestar. El padre John pasaba las cuentas de su rosario. El profesor y el capitán de policía estaban a cada lado de la otomana. Escuchando la desordenada charla de Richard/Rita, ellos parecían haberse encogido a meras sombras de su personalidad anterior, encorvada y desganada su figura.

El único que todavía se conservaba fresco, fríamente pensativo, activo, que aún se movía con aparente dominio de sí mismo, era el siquiatra. A pesar de la tensión que era evidente, había en sus ojos un brillo que hacían resaltar sus anteojos de marcos de acero y que hablaba de un comportamiento profesional predecible a la vista de una experiencia invaluable. "¡Santo Dios!" —oraba Gerald silenciosamente— "¡líbralo del precio de cualquier otra estupidez que pueda cometer!"

Sin embargo, el doctor Hammond se concentraba en la respuesta de Richard/Rita a medida que el cuerpo de éste se ponía rígido sobre la otomana. El capitán de policía y el profesor tenían sujeto a Richard/Rita. Jasper se alejó de Gerald y colocó las manos en los tobillos de su hermano. Todos ellos podían "sentir" que se acercaba la resistencia.

—¿Por qué hemos de replicar? El Altísimo...

—Porque Jesús te lo ordena. Y su cruz nos protege. Y tú fuiste derrotado con su sacrificio. Y vas a obedecer. Responde.

Una vez más Richard/Rita quedó desmayado. Los quejidos empezaron y duraron uno o dos minutos. Jasper podía sentir el cuerpo todo de su hermano que vibraba como si ondas eléctricas fueran disparadas a través de él en rápidas y sucesivas corrientes.

—Nosotros... nosotros... déjanos para el Reino. ¡Me oyes! Rita es ya uno de nosotros. Tú no puedes liberarla.

—Rita fue bautizada. Y salvada. Y perdonada. Tú no tienes derecho alguno sobre la libertad del cuerpo de Rita ni sobre su alma —le espetó Gerald con una dureza que jamás antes había sentido—. Nos vas a decir lo que haces, cómo lo haces. ¡Responde! ¡En el nombre de Jesús!

Por unos instantes, Gerald tuvo la impresión de que la confusa babel de voces comenzaba de nuevo, pero no fue así. En aquella voz minúscula, desmayada, desconocida, Richard/Rita habló de nuevo. Era la voz fantasmal y desacostumbrada que lo convertía en un extraño para sus propios hermanos.

—Pues bien, todo empieza con la vagina y termina con la vagina. Mientras los hagamos pensar que la vagina lo es todo, los tenemos. Podemos hacer una prostituta de la más grande vagina: todo legal, todo seguro... Si llegan a pensar que la vagina es la mujer, la mujer una vagina... el máximo insulto al Altísimo Enemigo, porque la mujer es lo más parecido al Altísimo Enemigo. Un hombre es una cosa. La mujer es un ser. Y nosotros los desvirgamos para que piensen... que todo se reduce a un grueso falo en un mar de hormonas, de olores, de gritos, y todo ese griterío ese envainar y desenvainar y retorcer... los atamos por el pájaro bien preso en esta jaula. Los atamos a eso. No les permitimos ver más allá. Y ella hará al hombre a su imagen. También lo atará... —Richard/Rita se interrumpió volviéndose en la otomana y tratando de tomar aire—. ¡Tú! ¡Tú, cura! También a ti te dimos...

—No, Desvirgador. Jesús te ha derrotado. Y en su nombre me vas a responder: ¿Por qué mantienes a esta criatura, Rita, en la esclavitud? ¿Por qué? —Gerald, en su inexperiencia, seguía un razonamiento peligroso, aunque aparentemente elemental. A él le parecía lógico insistir en saber por qué o cómo Richard/Rita había llegado a ser poseído. Pero siempre existía el peligro de que su propia curiosidad mental pudiera opacar su criterio. Y en tal caso, podría llegar tan lejos hasta tocar las entrañas del mal y sufrir él mismo un daño irreparable.

Como se pudo ver incluso antes de la conclusión del exorcismo, no fue Gerald quien sufrió las consecuencias de esa actitud.

—Hacemos lo que nos ordena el Atrevido. Rita era nuestra presa, nuestra alma. Richard eligió ser vagina, ser vagina, ser vagina, ser vagina. Incluso cuando el Altísimo habló, ella prefirió ser una vagina, una vagina, una vagina —Gerald, movido por algún instinto profundo, sintió que sólo una fibra única, personal, de maldad y resistencia se había opacado o estaba desapareciendo de la escena; sentía como si ahora una inteligencia menor fuera la que estuviera respondiendo a sus preguntas.

Richard/Rita empezó a luchar y a tratar de tomar aire de nuevo. Gerald reflexionó unos instantes. ¿Qué hacer ahora? ¿Debería mantenerse callado y dejar que todo se aquietara? ¿Debería presionar y obtener más información? Recordó al viejo fraile dominico que le dijera, meneando la cabeza:

"Si tiene oportunidad de dejarlos sin palabras, hágalo. Si puede, presiónelos para que le digan exactamente qué ocurrió.

Pero no entre en el toma y daca de un argumento. Siempre lo vencerán, y la paliza puede ser más de lo que usted sea capaz de soportar".

Gerald miró de nuevo a Richard/Rita; su cuerpo se echaba hacia atrás y hacia adelante con movimientos espasmódicos; los ayudantes miraban a Gerald, en busca de instrucciones. Decidió hacer sólo una pregunta más.

—Espíritu malvado, en el nombre de Jesús, anuncia la trampa en que cogiste a Richard/Rita, te lo pregunto por la autoridad de la Iglesia y en el nombre de Jesús.

La horrible voz de Richard/Rita respondió:

—Empezamos con el desarrollo del yo, con el descubrimiento propio, les decimos, como dijimos a Rita: primero, tú debes ser tú mismo, encontrarte a ti mismo, saber quién eres. Entonces clavan la nariz en el propio ombligo y dicen: ¡me gusta mi propio olor! Luego, sólo mujer sola, solo mujer, es lo que hay que ser. Ella todo lo tiene dentro de sí, pero el hombre todo lo tiene colgando afuera.

Los ayudantes se habían alejado de la otomana y estaban de pie casi incrédulos, poseídos de un tremendo miedo, cerca de Gerald. Bert ya no lo apoyaba, sino que se apoyaba él mismo en la mesa de noche.

—Ser mujer equivale a ser totalmente independiente, les decimos. No hay culpa. No masculino. No femenino. Completa en sí misma. Culo y clítoris en uno. Andrógina. Libre de sentimientos de culpa, de toda responsabilidad hacia un hombre. ¡Biológicooooo! —la voz de Richard/Rita se alargó y acarició la última sílaba. A una señal de Gerald, los asistentes volvieron a su lugar y sujetaron con sus manos a Richard/Rita. Una pausa. Luego:

"El quedar libre de toda necesidad de otro. Déjarles creer que están más allá de las ambiciones del éxtasis carnal, pero que son absolutamente sensuales porque pueden reírse del amor y de todas sus obras; que están desarrollando sus propios talentos autocontenidos; que su propia intimidad con ella misma es el mundo entero, sin la intrusión del macho; que tienen dentro de sí una plétora de espacios internos, de espacios infinitos para contener todo lo que pudiera desear tener o ser; que puede ser tranquila, llena de personalidades, multifacética, todo lo del hombre, sin sus estupideces, todo lo de la mujer, sin sus gatadas.

Richard/Rita se detuvo. Sólo los cuatro pares de manos le impidieron levantarse. Y en un instante manos y piernas lucharon por librarse, luego la lucha cesó. Volvió a quejarse y empezó a murmurar con voz inaudible.

—¡Habla, Desvirgador! ¡Habla! ¡Queremos oírte bien!

—Después... después... la misma vieja trampa. La misma vieja trampa en que tantas han caído... en que a todas las cogemos. Que tienen que fornicar tan necesariamente como las aves han de cantar, como el agua corre, como el fuego arde. Sólo para mostrar cuán independientes son. Cuán superiores son. Que si no respiran para fornicar, viven para fornicar, cantan para fornicar, no pueden respirar, ni llorar, ni cantar, ni amar, ni ser nada. Ser liberadas. Eso es lo que empiezan a decir. Hombre, mujer, cabra, niño o, si es necesario, hasta niñitas. Y luego, cuando Rita llegó ahí ¡Oeeeeeeeeh...! —Fue como antes un alarido de triunfo.

Gerald estaba ahora al mando. Ya no había ni siquiera vestigios de Fingimiento. Pero Richard/Rita todavía estaba entre los dientes de aquella cosa salvaje y malvada y fue virtualmente arrojada sobre la otomana mientras el Ajustador cacareaba:

—Y, después de eso... un pene. Luego otro pene. Luego un tercero, un cuarto, cincuenta. Una selva de ellos. Estacas agudas. Todos el mismo. ¡Oeeee! Y luego el odio que inspira ser amada así. Y el disgusto de odiar. Y el odio de amar así. Y el amor del odio. Y el estar ahí tendida en espera de un pene. Y la risa ante tanta necedad. Y la esclavitud. Muchos de nosotros somos las nalgas del Atrevido. Incluso Rita es apenas un trocito de su mierda...

Aquello era suficiente. Gerald lo interrumpió bruscamente. Sólo quedaba una pregunta más:

—¿En qué punto cedió Rita a la posesión por ti? ¿Cuándo se consumó?

—En la nieve, en el viento. Nosotros sabíamos que podíamos hallar sitio en él, doblegarlo a nuestra voluntad. Pero nos había invitado años antes...

Gerald decidió que ya estaba dicho cuanto quería saber. El espíritu malvado había sido bastante humillado y sojuzgado. Ahora podría expulsarlo.

—Señor Dios de los Cielos, en el nombre de Jesucristo, tu hijo unigénito, y en el nombre de tu Santo Espíritu, te pedimos

que nos concedas el objeto de nuestra oración y que libres a este tu siervo, Richard, de las garras de la esclavitud y de la repugnante posesión por este espíritu malvado —Gerald había estado mirando hacia el techo durante esta oración. Ahora miró a Richard/Rita, teniendo en alto el crucifijo, y se preparó para iniciar la última oración del exorcismo.

El doctor Hammond lo interrumpió, para decir con gran ansiedad a su oído:

—Padre, por favor, no concluya. Permítame plantear algunas preguntas de carácter profesional —a pesar del disgusto con que miraba a los siquiatras y de lo molesto que le resultaba este en especial, Gerald temía por él. Se volvió con algo de trabajo, implorándole con voz rota:

—Por el amor de Cristo, doctor Hammond, por su propio bien, cállese la boca. No se meta en esto. Usted no sabe lo que... —pero era demasiado tarde. El doctor Hammond se había acercado a Richard/Rita. Se sentó a la orilla de la otomana y empezó a hablarle con tranquilidad, con voz persuasiva.

—Ahora, Rita, ya casi hemos terminado. La lucha casi llega a su fin. Estarás tranquila. Ya no hay nada que temer. Responde a mis preguntas, y después de eso podrás despertar.

Richard/Rita dejó de volverse y de retorcerse. Se quedó literalmente quieto. Su rostro se relajó. La expresión alrededor de sus labios se suavizó. El doctor Hammond, que empezara sintiendo bastante tensión, empezó también a relajarse. Fue un error por parte de Gerald permitir que el siquiatra procediera así. Ningún exorcista de experiencia hubiera consentido en tan torpe y peligrosa intervención. Era peligroso no sólo porque podía desquiciar todo el exorcismo y hacerlo fracasar, sino porque podía resultar fatal para la persona que con tan pocas precauciones y movida por su ignorancia, se acercaba al epítome del mal. Y en cierto sentido así fue para el doctor Hammond.

Un silencio repentino, absoluto, cayó en la habitación como preludio y cortejo de las primeras palabras que dirigiera a Richard/Rita. Después del dolor y el ruido y los lamentos y la tensión, ese silencio resultó sorprendentemente extraño para todos ellos. Uno por uno, levantaron la cabeza. Los aires profesionales de Hammond... su traje azul tan impecable, sus lentes, su tono de sapiencia, la confianza misma de que diera muestras al acercarse a la otomana y sentarse para hablar desentendién-

dose de las advertencias de Gerald acerca de su comportamiento, todo ello hizo que pensaran, según recordaba el policía, que "después de todo aquello podía ser más normal de lo que habían creído".

Pero lo que Gerald presintió no fue la marcha de una presencia nefasta, sino un cambio. El doctor Hammond había caído en la misma trampa en que Gerald cayera cuatro y media semanas atrás y con defensas infinitamente más débiles de las que Gerald mismo había tenido. Sólo Gerald y el profesor sintieron la tensión del temor y de la comprensión.

Pero, repentinamente, casi al unísono y como si su relajamiento hubiera sido algo que pudiera verse y oírse, todos ellos cesaron en su proceso de relajamiento. Casi podía verse y oírse la repentina interrupción de aquel alivio. En el silencio, todos escuchaban. Se estaba produciendo un cambio. Todos ellos se percataban ahora de lo que Gerald y el profesor habían percibido. Un cambio en algún lugar cerca de ellos o que tenía relación con ellos, con aquella habitación, con Gerald y con Richard/Rita.

Por último, incluso el siquiatra se detuvo, quebrantada su calma profesional. Tenía la mirada medio disgustada, medio lastimada de la persona a la que se interrumpe a la mitad de la frase. Lanzó una rápida mirada a Gerald y a los otros, una expresión de alarma reflejándose en sus facciones. Por primera vez en su vida profesional, el doctor Hammond se hallaba frente a frente con algo que sabía estaba mucho más allá de su capacidad de clasificación como un elemento verificable conocido o desconocido. Lo que empezaba entonces a percibir, lo que sentía, era algo que siempre había conocido pero que jamás había reconocido, incluso en los más profundos momentos de los ocho años de análisis por los que había pasado con éxito.

Pero su mente científica era la única defensa con que contaba, y se sostuvo, la protesta siempre en su mente: ¡Verifica! ¡Comprueba los hechos! ¡Ponlos a prueba! Pero él sabía que aquello no era un hecho susceptible de verificación. Había ahí una realidad que se había hecho trasparente para él. Antes de ese instante, hubiera dicho que semejante idea era un producto de lo irracional. Pero ahora le parecía ser real más allá de toda razón. Y siempre la había tenido.

Lentamente, todos empezaron a oír aquel sonido. Al principio, era como el sonido de una multitud, de una masa: pies que

golpean en forma apenas audible, voces que gritan, que dan alaridos, que chillan, que se burlan, que hablan, silbidos y gruñidos distantes. No podían precisar de qué dirección venían. El profesor miró por las ventanas hacia el estanque. Los árboles se movían suavemente con el viento; unos cuantos patos nadaban ahí en el agua; era una tarde serena y brillante. Luego los ruidos se fueron acercando, tan confusos como siempre, pero ahora con una nota predominante: de lamento por una pena ineluctable. Escuchando ese sonido en la cinta grabada durante el exorcismo, y a medida que gana en fuerza, uno empieza a tener la convicción de que está escuchando los torturados murmullos y las indefensas protestas de una masa en agonía, que se lamenta y llora con profundo arrepentimiento, gritando y quejándose por el dolor de un castigo y de una pena sin remisión, que lanza alaridos de impotencia en la condenación, vibrando como una bestia única en medio del sufrimiento, como los alaridos de un corazón proteico que late en el lodo y en el abandono que la historia jamás registró y que la caridad humana jamás penetró.

Por encima de todas aquellas voces, pero tejiéndose constantemente dentro y fuera de ellas, se escuchaba el intenso alarido de una mujer orquestando todos aquellos otros sonidos y voces alrededor de sí mismo como tema de ellos. Llegaba en curvas que se elevaban y decrecían, más fuerte y más quedo, todavía más fuerte y luego todavía más quedo, regular, acelerando el ritmo, discordante, resonando con una pasión de dolor y de esperanza perdida.

Gerald observó que todos en la habitación parecían inclinarse, disminuir su estatura, como si temieran que algo se moviera en la parte superior del cuatro. Pero no había nada visible ahí. El doctor Hammond estaba sentado, como si le fuera imposible moverse de la orilla de la otomana. Los labios de Richard/Rita se pusieron azules, los ojos se abrieron y miraban fijamente sin ver. El médico asistente se acercó a su lado para tomarle el pulso y halló que su cuerpo estaba frío y que el pulso, aunque débil, era constante.

—Padre, esto no puede prolongarse mucho —se las arregló el padre John para gritarle a Gerald— Rita ya ha soportado bastante.

—No mucho más. Ya no falta mucho ahora —gritó Gerald en respuesta. Pero el resto de lo que quería decir jamás fue

dicho. Ahora fue el siquiatra quien captó su atención. El doctor Hammond se había deslizado de la otomana y estaba en una posición torcida, mirando a medias, por encima del hombro, a Richard/Rita, sus ojos semicerrados de temor, su libro de notas caído y olvidado. Nadie, ni siquiera el siquiatra, podía librar su mente de la red de dolor y pesadumbre imperante.

El ruido y el eco de sollozos y de quejidos alcanzó finalmente un máximo ondulante. El rostro de Richard/Rita se coloreó. Manchas rojas y manchas descoloridas llenaron sus brazos y su cuello, incluso el color de sus ojos se hizo más profundo. Trataba de hablar.

Gerald se puso alerta: algo se venía, y supuso que debería lanzar el último desafío, y rápido.

—En el nombre de Jesús, se te ordena que dejes a esta criatura de Dios. Saldrás de Richard/Rita y lo dejarás indemne y entero...

El repentino alarido de Richard/Rita casi los dejó sordos:

—¡Nos vamos, cura! ¡Nos vamos! —Era un millón de voces turbulentas que hablaban como una, plenas de eterno dolor y eterno sufrimiento—. Nos vamos llenos de odio. Y nadie habrá de cambiar nuestro odio. Y te esperaremos. Cuando te llegue tu hora de morir ahí estaremos. Nos vamos. Pero —Gerald escuchó una aguda inyección de odio que silbaba a través de aquel dolor— pero nos llevamos a éste —repentinamente las manos de Richard/Rita formaron un amplio arco señalando al doctor Hammond. Fue un movimiento torpe pero rápido.

El doctor Hammond dio un salto hacia atrás. Richard/Rita cayó de la otomana al suelo y los asistentes saltaron y lo detuvieron a media caída.

—Ya tenemos su alma, lo reclamamos. Es nuestro. Y tú no puedes hacer nada en este caso. Ya lo tenemos. Es nuestro. No tenemos que luchar por él.

Richard/Rita resollaba entrecortadamente, como si se asfixiara, los ojos saltados, los músculos del cuello resaltando de su piel, sus largos cabellos caídos sobre la espalda, el pecho levantándose y bajando angustiado, cuando se enderezó a medias con esfuerzo.

—A ese no puedes rescatarlo. Es nuestro. Él hace nuestra obra. No necesita una vagina. Mete en ella a todos los demás.

La calma había dejado por completo al doctor Hammond. Su rostro era la estampa del más negro temor.

—Aquí... aquí ya no podemos quedarnos más —era todavía la voz que venía de Richard/Rita, que estaba llena de un dolor y una amargura inflexibles—. Es mucho lo que hay que sufrir aquí. Adonde podremos... —la voz se perdió en la distancia.

Richard/Rita pateó y arañó a los ayudantes que la tenían sujeta. Luego empezó a gritar, hasta que por último se desmayó, y por encima y alrededor de ellos las últimas sílabas de sus palabras se convirtieron en un sinfín de voces.

Esas voces fueron subiendo en espiral, hasta alcanzar una delgada nota alta, luego cayeron a una resonancia como de voces opacas, como el alarido de un buey al que degollaran. Lentamente se perdieron en la distancia. Aquellas múltiples voces tortuosas, aquella miríada de pies que golpeaban con ritmo decreciente y un sonido cada vez más apagado, todo empezó a retirarse más y más lejos de la habitación, como una procesión fúnebre que se marchara paso a paso, vacilante y ondulante, fuera de la ciudad del hombre, tragada por inmenso y desconocido desierto de la noche que lo rodeaba. Aquel único alarido de la mujer seguía sonando dolorido, pero más y más apagado, por encima del muriente eco de la multitud que se retiraba, hasta que por último hubo apenas un sonido casi imperceptible que subía y bajaba, subía y bajaba y que al final jamás volvió a surgir del silencio.

A medida que el ruido se había ido retirando, la lucha de Richard/Rita fue cesando progresivamente. La tensión en que todos estaban se fue aligerando y aligerando, hasta que uno por uno se percataron de ello y fueron alzando la cabeza, se movieron intranquilos, luego se miraron unos a otros y vieron que estaban sólo ellos en aquella pequeña habitación, que había un curioso silencio y que, aunque su mundo estaba todavía al revés, todo había pasado... y todo estaba bien.

Gerald miró al siquiatra. Este estaba echado contra la pared, los lentes en una mano, mientras con el rostro en la otra, lloraba sin reserva alguna.

—Bert, ¿quieres por favor ocuparte de él? —le dijo Gerald dulcemente.

—Déjenme. Déjenme —murmuró el doctor Hammond en medio de sus lágrimas. Luego inhaló profundamente el aire—: Estoy bien, déjenme —lentamente se dirigió hacia la puerta, la abrió

de golpe, luego se volvió a medias y miró hacia Richard/Rita y a Gerald. Tenía la mirada de alguien a quien se ha herido sin causa. En sus ojos había una expresión de extrañeza y de súplica. Luego, sin una palabra más, se volvió y se marchó.

Posteriormente habría de conversar con Gerald, pero por el momento le faltaban palabras. Y se sentía agotado hasta más no poder. Al cabo de veinte minutos, colocaron a Richard/Rita en la otomana. Empezaba a recobrar el sentido. Con la mano hizo un ademán a Gerald para que se acercara. Era obvio que se sentía muy débil, pero tenía ya dominio de sí y perfecta conciencia. Gerald vio en sus ojos y levemente en las comisuras de su boca una ligera sonrisa.

—Padre, no me había sentido tan tranquilo ni tan libre en diez años. Yo...

—No hace falta que hable mucho ahora, Rita —dijo Gerald.

—Pero, padre Gerald, yo... por primera vez en mucho tiempo me siento feliz.

—Hablaremos de ello más tarde —dijo Gerald sonriendo a pesar de sus dolores; estaba sangrando otra vez y su pelvis era martirizada de nuevo por una dolorosa sensación. Se enderezó tanto como pudo y se volvió para marcharse.

—¡Padre Gerald! —Richard/Rita luchó por enderezarse y se apoyó sobre un codo. Estaba mirando hacia afuera de la ventana—. Soy... yo... por favor... llámeme Richard. Nací Richard. Y como Richard he de morir —miró a Gerald—. Todo lo demás —su mirada recorrió su cuerpo—, para todo lo demás, confiemos en Dios y... en Jesús —hizo una pausa y miró a lo lejos, como si recordara algo. Luego, mirando de nuevo a Gerald—. Padre, me dijeron... o los oí decir, no sé qué, que no queda mucho tiempo... usted sabe... —se interrumpió, sin saber qué decir.

—Lo sé, Richard —Gerald trataba de sonreír, pero sentía dentro de sí un peso como de plomo. Allá en las profundidades de su vientre, un trozo de metal antiguo estaba comiendo sus entrañas. Y en algún lugar de su corazón, un terrón de frialdad se había instalado—. Ya lo sé, lo sé desde hace algún tiempo. Y está bien. Fue mi propia elección.

Afuera, en el sendero, el doctor Hammond se había sentado ante el volante de su auto y esperaba. El motor estaba ya funcionando.

—La noche va a estar muy húmeda, padre Gerald —dijo.

A pesar de la tensión, había cierta nota de cordialidad y respeto que Gerald no había percibido antes—. Permítame que lo deje de paso para mi oficina. Tengo que dictar mi informe en la grabadora esta misma noche, antes de que se me olvide algo. Mañana pueden pasarlo a máquina.

Gerald se deslizó trabajosamente a su lado e hizo un ademán de despedida a Jasper, quien había venido para ayudarle.

—Dígame, doctor Hammond —dijo con tono ligero, cuando salieron al camino principal— ¿ahora cree usted en el Diablo?

El tío Ponto y el Cocinero de Sopa de Hongos

—¡Tío Ponto! —hecho una furia, gritaba mientras se dirigía a la puerta de su departamento—. ¡Tío Ponto! Esta vez, te lo cumplo, ¡por Jesús, que te lo cumplo! ¡Ya lo verás... ya lo verás! —Cerró de un portazo y bajó la carretera y a trompicones la escalera, hasta salir a la calle, donde batalló para meter la llave en la cerradura del coche, mientras seguía murmurando furioso—. Ya hemos terminado... ¡para siempre! ¿Lo oyes? ¡Este es el fin! ¡Yo te voy a arreglar! Ya lo verás, ¡muñeco del Diablo!

Jamsie temblaba como una hoja, su alta y huesuda estructura se sacudía de pies a cabeza; se había apoderado de él un sentimiento de frustración que casi lo sacaba de sus casillas. Su rojizo cabello y la rubicundez de su rostro siempre habían llamado la atención de quienes lo veían. Pero ahora su rostro cadavérico estaba encendido por la pasión, sus ojos materialmente echaban chispas. Su apariencia debe haber sido casi aterradora.

Al cabo de unos instantes estaba ya sentado al volante. Con movimientos torpes y sin dejar de maldecir, echó a andar el motor, dio una brusca vuelta en U, en la que hizo rechinar los frenos, e inmediatamente pisó el acelerador, mientras tomaba el camino que habría de alejarlo de San Francisco.

Jamsie estaba que hervía de rabia, al grado de que seguía temblando. Había soportado durante más de seis años las impertinencias del tío Ponto. Pero ya estaba harto. Aun cuando Ponto lo había dejado solo muchas veces, y no obstante que

hasta hacía poco pudo dormir tranquilamente por las noches en su departamento, y a pesar de que había ocasiones en que realmente disfrutaba de la fantasmagórica compañía de Ponto y su presencia le hacía verdadera gracia, a pesar de todo ello, decidió la mañana del sábado, muy temprano, que hasta ahí habían llegado. Ponto pretendía mudarse total, permanente e inmediatamente, apoderarse de él, de él y de toda su vida. Y entonces algo se había roto dentro de Jamsie. Tenía que poner fin a aquello ahora mismo.

—Ya no volverás a molestarme más. Te vas a bajar de mis espaldas. ¡Verás...!

La voz de Jamsie se perdió en un murmullo ininteligible. Una mirada al espejo retrovisor había bastado: el tío Ponto ocupaba el asiento de atrás, con aquella misma mueca torpe en su cara, que siempre enfurecía a Jamsie.

—¡Ya te lo dije antes! —gritó Jamsie violentamente hacia el espejo— ¡tienes una sonrisa repugnante! ¡Digna de un puerco! ¡Una sonrisa asquerosa, porcuna! —Luego, en un repentino exceso de furia y frustación, gritó—. ¡Demonio! ¡Demonio! ¡Demonio! —Y luego, después de haber hecho una pausa para cruzar una bocacalle, gritó de nuevo—. ¡Y requetedemonio! ¡Tú te lo buscaste, Ponto, y ese es tu merecido!

Se quedó callado, inhalando con dificultad, mientras seguía conduciendo su auto. De vez en cuando echaba una furtiva mirada hacia el espejo retrovisor, para asegurarse de que Ponto seguía sentado ahí atrás. Jamsie podía ver la cuadrada cabeza que terminaba casi en un pico, la estrecha frente con las minúsculas cejas que hacían un zigzag ascendente, los grandes ojos saltones, con los blancos tan enrojecidos que difícilmente podían distinguírseles de los iris que tenían un color rosado. Y luego estaban la nariz, y la boca, y la barbilla —la poca que tenía—, que siempre habían hecho pensar a Jamsie en un lápiz clavado en una papa torcida.

El rostro de Ponto daba la impresión de haber sido armado en la oscuridad por varias personas que no hacían lo que querían hacer, y como si cada parte de su rostro procediera de una cara distinta. En realidad, no había una parte que casara con la otra. Incluso el color de su piel, de un negro pardusco, chocaba con su escaso cabello rubio, que le caía como un bisoñé en la cúspide de aquella singular cabeza puntiaguda.

Hubiera resultado cómico —y en ocasiones Jamsie se había reído con ganas al contemplarlo— si no fuera por la normal expresión de su rostro. Porque no era en modo alguno la faz cómica de un payaso de circo, en la cual la irregularidad y el sentimiento humano se combinan para despertar un sentimiento de tristeza. La cara de Ponto era la caricatura de un rostro humano. Ahí donde el rostro del payaso nos hubiera dicho "¡ríanse! pero sé muy bien que en mí se retrata nuestro desamparo", la cara de Ponto decía en cambio. "¡No se rían! Desespérense más bien, porque yo soy el retrato de todo lo que de absurdo hay en ustedes", y lo que realmente impedía a Jamsie derivar una diversión de la constante vista de aquella cara era la grotesca trasformación que podía producirse en ella. En ocasiones no tenía el menor asomo de aspecto humano. Era algo para lo cual Jamsie no tenía nombre: ni animal ni humano, ni siquiera una pesadilla nacida de una mala noche, o de esas que se exhiben en la Casa del Horror.

—Todo lo que yo pido, lo único que he pedido siempre —recuerda Jamsie que el tío Ponto le dijo al cabo de un rato, mientras iban por la carretera 101—, es que me dejes venir a vivir contigo. No estaré en tu camino. Y tú necesitas un amigo como yo.

Jamsie rugió de rabia: por un instante, el volante se le fue de las manos.

—Lo ves —prosiguió Ponto en sus tonos más amables—. ¡Lo ves! No deberías enojarte de ese modo. No eres tan buen chofer como lo era tu padre. ¡Ara sí que sabía manejar!

—¡No metas a mi padre en esto! —rezongó Jamsie.

La voz de Ponto era también algo singular. Jamás era fuerte, ni siquiera cuando gritaba, y producía un efecto penoso la mayoría de las veces. Dejaba unos ecos sonoros en el oído de Jamsie, de modo que cualquier conversación prolongada con Ponto concluía produciéndole terribles dolores de oído.

A decir verdad, Ponto había empezado a molestarlo bastante tiempo después de que se iniciara la gradual degeneración de su padre, que de ser un artesano muy solicitado pasó a convertirse en chofer de taxi en Nueva York, después en proxeneta y en vendedor de drogas. Sí, y mucho después de que su madre se dedicara a la prostitución en las calles de Nueva York, como el último y desesperado recurso para poder ganarse la vida.

"Que no los meta en esto", pensó Jamsie en silencio. Lo que había entre él y el tío Ponto era un asunto del todo personal.

Pero, resumiendo, lo que ocurría era que Jamsie ya estaba harto de los problemas que le causaba su tío Ponto. Dos años de repentinas apariciones a mañana, tarde y noche, y de intervenciones no solicitadas que habían arruinado su vida personal, todo esto había acabado por hartarlo. Al principio, Jamsie había recibido incluso con agrado las impredecibles travesuras de Ponto; habían sido un alivio para su aburrimiento. En ocasiones, lo habían divertido, estimulado, incluso lo habían hecho sentirse mejor y lo habían ayudado a resolver varios problemas prácticos. Y, después de años de vivir en un horror reptante antes de la primera aparición de Ponto, años en los que se sintió perseguido por amenazas extrañas, intangibles, Ponto por lo menos era una cabeza de turco visible en la que Jamsie podía desahogar su rabia contra la gente y contra la vida... y contra sí mismo. Pero aquello fue apenas el principio.

Y así hubieran continuado las cosas si Ponto no hubiera cambiado de onda. Sin embargo, después de algún tiempo, Jamsie hubo de percatarse de que el tío Ponto lo estaba presionando. De visitante y compañero ocasional, Ponto había empezado a asumir el papel y los privilegios de un pariente, de un asociado cercano, de un amigo íntimo. Fue entonces cuando Jamsie recibió el pleno impacto de la torcida personalidad de Ponto. Y decididamente aquello resultó demasiado para él.

Se acercaban a San José. Ponto había empezado de nuevo a hablar, pero Jamsie había caído ya antes en las trampas del tío Ponto. Así que cerró firmemente los labios, decidido a tratarlo a base de un silencio airado. En el pasado, a veces había tenido buenos resultados.

Jamsie ya se lo sabía de memoria: lo que Ponto pensaba de su padre y de su madre; como él, Jamsie, debería mantenerse alejado de las mujeres y del vino ("las mujeres son la muerte", vivía diciéndole Ponto; "la bebida te hace demasiado fácil"); ¿quién era realmente el mejor amigo de Jamsie?: el mismísimo Ponto, o personas como Lila Wood, una ex novia de Jamsie, y el amigo de Lila, el padre Mark. Y así divagaba Ponto.

Jamsie había pasado apenas San José y entrado en la carretera 52, y se dirigía hacia el Este, a Hollister. El tono de Ponto denotó cierta suspicacia.

—¡Me dijiste que no te gustaba el condado de San Benito, Jamsie! —una pausa—. ¡Jamsie!

Jamsie mantenía los ojos clavados en el camino.

Ponto cambió de tono. Ahora se mostraba lagotero.

—Di solamente que sí, Jamsie —la voz de Ponto era casi suplicante—. Di que sí. Tú no te imaginas... no quiero regresar... todas esas casas ahí... —Jamsie miró hacia arriba, a las casas que punteaban las laderas—. ¡Jamsie! Ahí no somos bien recibidos, a pesar de que les encanta beber y mujerear y carecen de esperanza.

En vista de que Jamsie ni reaccionó ni le respondió, Ponto guardó silencio. Jamsie siguió mirando hacia adelante. Otro largo silencio.

Algún tiempo después, cuando Jamsie se volvió hacia el Sur por la carretera 25, para entrar en el valle del río San Benito, una sonrisa sardónica se dibujó involuntariamente en sus labios. "Ya te enseñaré yo", pensaba. "Miserable enano. De ésta, me libro de ti. De aquí salgo de todo de una vez por todas".

El tío Ponto estaba otra vez desatado. Se estaba poniendo como loco.

—¡Jamsie, te has opacado a mi vista! ¡No hagas ESO! ¡Me oyes! ¡Basta de ESO! ¡Me haces daño, me haces daño! Todo es oscuridad y niebla.

El recuerdo del padre Mark, el amigo de Lila, había vuelto de nuevo a la memoria de Jamsie. "Cocinero de Sopa de Hongos", tal era el despectivo apodo que Ponto había aplicado al padre Mark. La noche en que Jamsie fuera de visita a casa del sacerdote, Mark lo había invitado a comer una sopa de hongos hecha según su propia receta. Después, Jamsie había conversado con él hasta las primeras horas de la madrugada, hablándole de su vida anterior, de la carga que representaba el tío Ponto y de su propia y profunda desesperación y constante ira contra la vida. Mark parecía comprender mucho más de lo que era capaz de explicar a Jamsie. Pero en diversas ocasiones durante aquella conversación, Jamsie se había sentido incapaz de seguir el consejo de Mark: que se sacudiera al tío Ponto. Siempre, llegados a ese punto, Jamsie sentía un temor inexplicable. Si Ponto saliera de su vida, ¿qué ocurriría? Era como si Ponto representara para él una seguridad o como si de una u otra forma él hubiera empeñado su palabra al individuo.

Miró a Ponto en el espejo retrovisor. Sonreía vacuamente, muy contento. La vista de aquella mueca que Ponto consideraba sonrisa, despertó de nuevo la ira de Jamsie, y explntó:

—¡Tú eres hijo del Padre de las Mentiras! —le gritó con voz cargada de veneno—. Fue así como, según Mark, le llamó Jesús...

Los oídos de Jamsie casi se rompieron con aquel alarido agudo que brotó de Ponto:

—¡NOOO!, no menciones el nombre de esa Persona en mi presencia. ¡No LO menciones! —La curiosa cara de Pnnto estaba materialmente contorsionada, y su expresión era de absoluto sufrimiento.

Reinó el silencio por unos instantes. Jamsie miró a un lado y a otro. ¡Qué feliz había sido en este lugar durante una breve visita que hiciera en su infancia en compañía de su padre! Hacia el Este estaba la Cordillera del Diablo... un irónico toque en la situación actual, pensó Jamsie. Hacia el Oeste, la Cadena del Gavilán. Y frente a ellos estaba el Parque Nacional de Pinnacles. Llegarían al parque al cabo de una hora.

Tenía que dejar aquello zanjado, empezó Jamsie a decirse una y otra y otra vez. Pero a medida que los recuerdos de aquella felicidad de su infancia cruzaban por su mente, empezó a dudar. Tengo que liberarme, se halló que estaba pensando. Tengo que liberarme de este "pariente", ¡tengo que liberarme! Pero Ponto empezó a charlar de nuevo e interrumpió sus pensamientos. Cada vez que comenzaba a pensar, a pensar de veras, Ponto lo interrumpía. Y hubo de comprender que eso era lo que debilitaba su resolución de poner fin a la situación: este perpetuo entremeterse en sus pensamientos y en sus sentimientos. Cuando Ponto se comportaba de esa extraña manera, sus palabras parecían ahogar todas las ideas de Jamsie. Le era imposible pensar o sentir.

Jamsie oprimió el acelerador. Tenía que llegar a Pinnacles. Sin previo aviso, el dolor blnqueó sus recuerdos y apagó todas sus ideas. Sentía la presión aquella dentro del pecho. La había experimentado ya antes, cuando trataba de resistirse a Ponto. Empezaba en sus costillas, justamente bajo la piel. Y, como ocurriera en las últimas semanas, empezó a contraerse en su interior, hacia el centro de su cuerpo. Parecía estar jalando su cerebro, tratando de hacerlo pasar por la espina dorsal.

Todo lo que Jamsie pudo pensar, fue en las contraestratagemas que Mark había tratado de enseñarle aquella noche.

—Jesús —murmuró en voz baja. Luego, empezó a deletrear la palabra—. J-E-S-Ú-S, J-E-S-Ú-S, J-E-S-Ú-S —esto, unas veinte veces. Luego, deletreó el nombre pasando por todo el alfabeto, primero de la A a la J, luego de la A a la E, de la A a la S, de la A a la U, de la A a la S. Y luego empezó otra vez desde el principio.

No hacía esto en plan de oración. Era lo que el padre Mark le había enseñado como un medio para bloquear la influencia de Ponto.

La presión interior empezó a ceder. Ya podía respirar de nuevo.

—¡Jamsie! —escuchó el aterrado graznido del tío Ponto—. Tú sabes muy bien que eso no me gusta. No me gusta nada. Y tú lo sabes muy bien. No puedo soportarlo. Hazme favor de no seguir con eso, o yo no puedo seguir adelante. Vas a perderme, ¿lo oyes? ¡Me vas a perder!

Jamsie empezó a reír, primero calladamente y luego con carcajadas incontrolables.

—¡A mis amigos y parientes no les va a parecer nada bien! —graznó Ponto, la voz aguda, los codos golpeando contra sus costados y retorciendo las manos con angustia en el aire. Jamsie reía y reía. Esto es lo que él solía llamar el "teatro" de Ponto.

Por lo menos, eso había dado resultado, pensó. No sabía por qué ese nombre inquietaba a Ponto. Pero Jamsie reía de puro alivio, y así siguió durante los siguientes 52 kilómetros. Ahora estaba dolido de tanto reír. Se sentía profundamente aliviado por haber logrado vencer al tío Ponto, al menos por ahora.

En ocasiones cesaba de reír, y entonces sus pensamientos eran sombríos. Luego, viendo el cráneo puntiagudo del tío Ponto, sus gruesos párpados y su cara sin barbilla cubierta por aquel enojo, empezaba a reír de nuevo. A la puerta del Parque Nacional de Pinnacles, el guardabosques recibió el dinero que Jamsie le daba. Jamsie estacionó su auto junto al Monumento a los Visitantes, compró un mapa y una linterna y se lanzó por el chaparral del Bosque Pigmeo. Sabía muy bien a dónde quería ir, y se sentía jubiloso. Pero antes de dar un paso, ya tenía frente a sí al tío Ponto. Jamsie no le prestó la menor atención. Había en el aire algo que le causaba una gran felicidad. Se sentía libre como no

se había sentido por mucho tiempo. Apretó el paso. "Fuente, para allá voy", empezó a canturrear, con la música de una canción de moda.

Ponto empezó de nuevo a halagarlo.

—Jamsie, siéntate un momento. Vamos a disfrutar del olor de los árboles, de las cerezas, de la manzanita, de las flores silvestres. Siéntate y descansa un momento. Ya te han dicho que debes tener cuidado con tu corazón. Tú eres mi inversión. Eres mi hogar. No vas a caminar las nueve millas de subidas y bajadas, ¿verdad? ¡Por favor, Jamsie! ¡Por favor, deténte un momento y vamos a hablar! Anda ¡por favor!

Jamsie siguió adelante. Cuando empezó a trepar por las Cavernas del Oso, abrió el mapa.

—Te digo que es inútil —intervino Ponto—. Es inútil, te lo digo.

Jamsie le volvió la espalda, y buscó en el mapa el lugar donde estaba la fuente. Pero Ponto había vuelto a sus trucos. Cada vez que los ojos y el dedo de Jamsie se acercaban al nombre que estaba en el mapa, el nombre cambiaba de sitio. Y subía y bajaba y lo eludía corriendo por todo el mapa. Jamsie empezó a enojarse, y luego se sintió asustado. Estrelló el mapa contra una roca plana y plantó su dedo en la palabra "fuente". Pero era demasiado tarde. "Fuente" se había salido del mapa y andaba por ahí, en el aire.

Jamsie saltó, maldiciendo y lanzando toda clase de malas palabras hacia el cielo, donde la palabra "fuente" bailaba y corría como una banderola arrastrada por un aeroplano invisible. Se sintió caer mientras miraba hacia arriba. De repente, "Fuente para allá voy" empezó a girar en el cielo. Y luego todo el cielo estaba lleno de palabras que danzaban, dispuestas letra por letra, hacia atrás: S U S E J, E I S M A J, S U S E J, E I S M A J. Jamsie pateó el suelo; estaba otra vez furioso.

—¡Al diablo tú y tus trucos, grandísimo imbécil! ¡Al diablo tú y tus trucos...! Sólo escuchaba el eco de sus propios gritos, y supo que estaba solo. Miró hacia arriba: todo estaba tranquilo. El cielo era claro y azul. No había ni el menor rastro del tío Ponto, ni tampoco letras danzantes. Estaba solo.

Tomó el mapa y a tropezones siguió adelante. Se había decidido.

Después de otro medio kilómetro, Jamsie entró en el paraje de las Cavernas del Oso. Aquí había estado unos veinte años

atrás en compañía de su padre, y sus recuerdos empezaron a ayudarle.

A medio camino hacia arriba, pasando por un estrecho corredor de la cueva, empezó a escuchar otros pasos, además de los suyos. Al principio, era como si alguien golpeara o como si cayeran por ahí algunas cascadas invisibles y corrieran ríos subterráneos. Pero de pronto se percató de una voz que empezaba a hacerse audible. Claro está: ¡era la voz de Ponto!

—Jamsie, tú sabes que yo tendré que rendir cuentas de todas estas tonterías, que yo soy responsable —la voz venía de arriba. Jamsie apuntó hacia el techo de la caverna con su linterna. Mucho tiempo atrás, grandes bloques de roca habían caído a través de una estrecha fisura en la pared del cañón y habían quedado ahí, cerrando la luz del sol y formando un techo. Ponto estaba allá, colgado entre dos de aquellas rocas, sus ojos brillantes de malicia—. ¡Oh! estoy muy bien aquí.

—¡...el muy...! —Jamsie estaba a punto de hacer erupción; luego, todo afán de lucha lo abandonó. De pronto se sintió débil e indefenso. En un arranque de desesperación, empezó a correr y a tropezar por entre los charcos y las rocas, humedeciéndose los pies y lacerándose las espinillas y los tobillos. Tras él, siempre cerca, seguía la burlona voz de Ponto:

—Esto no puede acabar bien, Jamsie. No puedes seguir así. Tienes que volver conmigo a la larga, y tú lo sabes. No puedes vivir sin mí. Ya no.

Aquel "ya no" persiguió a Jamsie como un millar de ecos. Todo aquello acrecentó su pánico y su necesidad de huir.

Luego, vio destellos de la luz del día frente a él. Se escurrió, seguido por la voz de Ponto, cuyo eco rebotaba por todas partes. Por último, trepó los últimos escalones de roca cortados en la pared de la caverna y salió a la luz del sol. La voz de Ponto pareció morir allá en la oscuridad que acababa de dejar. Estaba completamente sofocado y sudaba profusamente, y también temblaba. Se había lastimado los codos, las rodillas, los tobillos. Y el pelo le caía sobre los ojos.

Pero aquella vista que se ofrecía ahora ante sus ojos tuvo el poder de hacerlo olvidarse de su pánico: la fuente, tranquila, azul, sin la menor onda, como si fuera de vidrio, sin la menor ondulación. Y reflejadas en su espejo estaban las espiras pardas y grises y negras y las cimas que la rodeaban; imágenes

inmóviles entretejidas con los verdes y los blancos cenicientos de la vegetación. Era un espejo perfectamente inmóvil del mundo, en el cual el solo movimiento venía de algunos pocos cúmulos de nubes blancas que se reflejaban del cielo. No se escuchaba el menor ruido: todo era silencio. La distancia era telescópica. El tiempo se detuvo para él. Luego, en una nueva explosión de pánico, Jamsie observó la Sombra que había a su derecha. Un enorme dedo de color gris pardusco emergía del muro del farallón que tenía enfrente. La Sombra estaba junto a él, cubriéndose del brillo luminoso de la luz del sol.

Y más arriba, a su izquierda, la voz de Ponto exasperada, le habló desde la boca de la caverna:

—Pues bien, si has de hacerlo ¡hazlo! ¡Hazlo y acaba! ¡Anda, Jamsie, es un lugar ideal para ti!

Jamsie miró aquella Sombra. En la oscuridad, al lado de la grieta, le pareció percibir un movimiento, como un suspiro de alivio porque el fin estaba cerca. La voz de Ponto lo golpeó de nuevo:

—¡Anda, idiota, salta! Me dicen que ahora está bien. ¡Salta!

Al morir la voz de Ponto, la Sombra se movió ligerísimamente apartándose de la grieta. Quizá se había agachado un poco a fin de seguir más de cerca lo que Jamsie se proponía hacer. Su silueta, todavía borrosa, se hizo más clara en sus detalles. Lo que Jamsie encontró extraño era que ahora se veía libre de rabia y de temor. Por vez primera en tres años, no sentía ni lo uno ni lo otro. Antes bien, sentía aquel alivio, aquella sensación de relajamiento del cuerpo y de la mente que suele uno experimentar cuando llena los pulmones de aire fresco después de haber estado a punto de sofocarse. ¿A qué se debe mi tranquilidad?, se preguntó.

Volvió la cabeza y miró a la Sombra, como si supiera que la respuesta a su pregunta estaba en aquella dirección. Aquella pregunta y otras más angustiosas. Sus ojos perforaron tranquilamente la oscuridad que rodeaba a aquella forma.

En los pocos instantes trascurridos hasta que la Sombra volvió a la oscuridad, Jamsie tuvo tiempo suficiente para verla. El rostro, la cabeza, su postura, todos los detalles empezaron a clarearse en su memoria. La Sombra era alta, anormalmente alta, y ponderosa. El cuerpo estaba cubierto por negros pliegues. Podía ver los dos brazos levantados a la altura de los codos, las pal-

mas de las manos vueltas hacia él, los dedos encogiéndose y estirándose. La cabeza levantada, echada hacia atrás, en un gesto de orgullo, de soberbia. Vagamente pudo percibir los ojos, la nariz, la boca.

La forma de aquel rostro tenía en cautiverio a Jamsie. Tenía todos los rasgos de un rostro humano. Y, sin embargo, no era humano. Era algo más. ¿Dónde lo había visto? Aquel rostro había estado con él en su vida consciente, incluso en su infancia y durante su adolescencia. Y desde el primer día en que empezara a trabajar. Sin duda, era el rostro de Ponto. Pero también había en él algo de la cara de su padre, el rostro de Ara, ya tarde por la noche, cuando tenía algún "trabajo". Y otros que había visto pero que ahora había olvidado. Muchos otros.

Todo aquello tomó apenas unos segundos. Al retroceder la Sombra sin el menor ruido para cubrirse en la oscuridad detrás de aquella grieta, Jamsie se percató de otro elemento consciente dentro de sí. Era la minúscula voz del instinto, una parte primordial de su ser, que aún vivía y vibraba. Supo que había visto al padre de todos los verdaderos enemigos del hombre. Al Padre de las Mentiras, al adversario último de toda salvación, de toda belleza, de todo pensamiento verdadero del cosmos obra de Dios.

Más abajo de la grieta, de repente sólo hubo oscuridad. Los ojos de Jamsie se apartaron del escondrijo de la Sombra. Sus pensamientos volvieron a la fuente.

Contempló la sonriente calma de las aguas, y luego hacia arriba, hacia el Norte, miró el pico Chalome. Recordó lo que su padre le dijera cuando lo habían visto juntos, años atrás: que algún día treparía los 1007 metros de ese monte. Aguas y pico estaban limpios: tenían una limpieza que Jamsie no podía explicar, pero que sentía intensamente. Y pensó que no podía mancillarlos con su propia muerte y luego con su cadáver, todo hinchado, flotando con la cara para abajo, la espalda para arriba y sus líquidos putrefactos contaminando aquellas aguas. La sola idea lo hacía sentirse como un salvaje, como si aquello fuera un sacrilegio.

Rápidamente apartó los ojos de la clara superficie de la fuente. Se quedó parado, inmóvil. Su mente estaba en blanco, sus ojos sin ver. Ya no deseaba terminar ahí y en ese instante. Pero tampoco le interesaba volver y tener que soportar la tortura cada vez mayor que significaba la vida con Ponto.

"La verdad es que no deseo nada", pensó angustiado. Luego, como si él mismo se señalara algo que no podía captar, repitió una y otra vez:

"Estoy en un choque. Estoy en un choque".

Ponto lo interrumpió con impertinencia:

—No hay nada que puedas hacer, ni que puedas desear, ni que puedas ser... excepto un fracasado a punto de suicidarse —luego, con crueldad—. Tú —una larga pausa— estás acabado —luego aquella cruel pausa—, ya estás muerto, sólo que no lo sabes —una breve pausa. Luego, como un tiro de pistola—. ¡Salta!

Jamsie no se movió, ni siquiera tembló absolutamente nada. Tenía la certeza de que Ponto había mentido. Sabía que su voluntad no estaba indefensa, aunque no sabía qué podía hacer. Ahora sabía que allá dentro de él se había mantenido incólume un profundo deseo, más fuerte que todos los demás. Sintió que las lágrimas subían a sus ojos; y supo que aquellas lágrimas salían a la superficie desde aquel deseo tan hondo, tan profundo.

De nuevo la voz de Ponto sonaba alarmada:

—¡Jamsie! ¡Sé hombre! ¡Acaba de una vez!

Jamsie miró por encima de su hombro al escondrijo de la Sombra. No se había marchado. Parecía haber perdido aquella ondulante serenidad, aquella plegada complacencia, haberse quedado rígida en cierto modo que él no podía desentrañar.

Luego, Ponto empezó a cantar con su voz de eunuco:

—Salta, salta, salta, salta.

Aquellas palabras con su extraño ritmo hirieron dolorosamente a Jamsie, como si fueran granizos que cayeran en sus oídos. Buscó la manera de escaparse, algún truco para bloquear aquellos rápidos golpes lacerantes.

—¡Salta, salta, salta! —proseguía la voz de Ponto en un tono ascendente y cada vez más alto y más alto y más rápido y más rápido.

Las ideas de Jamsie comenzaron a nublarse. El tormento de aquella voz empezaba a ser más de lo que podía soportar. Se acordó del padre Mark y de sus instrucciones. El truco, eso era precisamente, ¡el truco! Y con desesperación empezó a deletrear el nombre de Jesús una vez, y otra y otra: J-E-S-Ú-S. J-E-S-Ú-S. J-E-S-Ú-S. Luego, dijo todas las letras juntas, como si fuera un encantamiento: JESÚSJESÚSJESÚS.

Pero entonces encontró que aquellas letras y su pronunciación significaban para él algo más que un truco. El dolor que la cantilena de Ponto le producía disminuyó. Las lágrimas de Jamsie corrieron, dulces, más de alivio que de dolor.

Aquellas lágrimas borraron todo lo demás cuando de nuevo miró hacia el cielo y hacia el agua, y luego se oyó a sí mismo romper el silencio de la naturaleza con su grito:

—¡Padre Mark! ¡Padre Mark! —gritó aquel nombre una vez y otra y otra. Y los ecos volvían hacia él de todas partes, desde arriba, desde abajo. *Padre, padre, padre... Mark, Mark, Mark.* Y morían después en la lejanía, entre las rocas y las cimas.

Se echó un poco hacia atrás, luego un poco más, luego más, y se alejó de la orilla de la fuente. Se volvió de espaldas, mirando hacia la boca de la caverna y luego hacia la Sombra. Comprendió que tenía que pasar al lado de ambos, si regresaba a la Puerta del Monumento por las Cuevas del Oso.

Los ecos murieron. La sombra tras la grieta se había reducido dentro de sí misma y ahora era casi imposible distinguirla entre la oscuridad que había atrás de aquella grieta. No se oía ni el menor asomo de voz de Ponto.

En el silencio, Jamsie se dio la vuelta, y a tropezones bajó por el Sendero del Arroyo de Moisés, agarrándose a las paredes del cañón. Todo aquel camino lo hizo completamente solo. Y aquellas dos horas fueron un alivio muy grato. Cuando llegó al estacionamiento, seguía repitiendo dos nombres: Jesús y Mark, Jesús y Mark, una y otra vez, para su coleto.

El guardabosques lo miró, levantando los ojos de la revista que leía.

—¿Necesita algo, amiguito? Me parece que está usted muy cansado.

—¡El teléfono!, ¿podría usar su teléfono? —Al cabo de unos minutos Jamsie hablaba con el padre Mark.

—Quédate donde estás, Jamsie —le dijo el sacerdote—, no regreses en tu coche; espérame, yo voy por ti.

Aquella noche, Jamsie volvió a San Francisco en compañía de Mark. Durante el camino, apenas hablaron. Y cuando ya se acercaban al curato, Mark percibió cierta inquietud en Jamsie.

—¿Qué sucede? ¿Algo anda mal?

—Ponto. No ha dicho ni media palabra. No se ha presentado. Me pregunto si...

—Nada. No te preguntes nada —Mark habló con firmeza. Y luego añadió secamente—. Tu viejo tío Ponto no podía sentarse en *este* auto.

Jamsie hizo un signo de asentimiento, pero siguió inquieto.

Cuando entraron en el curato, Jamsie no estaba muy seguro de si al cabo de un momento no se tropezaría con Ponto dentro de la puerta. Las sombras producidas por las lámparas de la calle jugueteaban con los pilares de la puerta y parecían ser la juguetona cubierta de algunas formas rígidas que se elevaban por encima de él, inclinándose hacia adelante, casi dobladas, vigilando todos sus movimientos, esperando el instante de saltar sobre él.

JAMSIE Z.

El caso de Jamsie Z. nos pone ante un ejemplo casi obvio de lo que solía llamarse "familiarización" o posesión por un "espíritu familiar" en la terminología clásica de la posesión demoniaca. Y digo "casi" porque en el caso de Jamsie Z. la "familiarización" jamás llegó a realizarse por completo. Jamsie resistió, fue exorcizado y el aspirante a "espíritu familiar" fue arrojado de su vida.

La "familiarización" es un tipo de posesión en la cual el poseso no suele estar normalmente sujeto a las condiciones de violencia corporal, hedores repugnantes y comportamiento anormal, aberraciones sociales y degeneración personal que suelen ser típicas de otras formas de posesión.

En la "familiarización" el espíritu que se posesiona trata de "venir a vivir" con el sujeto. Si es aceptado, el espíritu se convierte en el compañero constante y continuamente presente del poseso. Las dos "personas", el familiar y el poseso, permanecen separados y distintos. El poseso se percata de la presencia de su familiar. De hecho, ningún movimiento de su cuerpo, ningún dolor o placer, ningún pensamiento o recuerdo ocurren que no sean compartidos con el familiar. El sujeto pierde toda intimidad; sus más recónditos pensamientos son conocidos; y él sabe siempre que son conocidos por su familiar. El sujeto mismo puede incluso beneficiarse de la presciencia y visión que posea su familiar.

Si bien existía una relación clarísima entre ciertos acontecimientos y rasgos de su infancia y la experiencia que culminó con su exorcismo, fue sólo después de los 30 años cuando se vio abordado abiertamente por un espíritu "familiar" que le propuso la "familiarización". De la edad de 34 años en adelante, fue sometido a múltiples formas de persuasión por el espíritu que se daba a sí mismo el nombre de tío Ponto. Sin embargo, el caso de Jamsie nos sirve para ilustrar muchos de los rasgos de la "familiarización" y de los peligros inherentes para quienes consienten, aunque sólo sea en grado mínimo, en dicha "familiarización".

Jamsie nació en Ossining, Nueva York. Su padre, Ara, era de ascendencia armenia. Su madre, Lidia, era de origen griego. Ambos eran norteamericanos de tercera generación. Ara era de oficio carpintero y tocaba el clarinete en sus ratos de ocio a fin de ganar algún dinerillo extra. Lidia pertenecía a una familia de Boston cuya cuantiosa fortuna había sido amasada en el comercio de ultramarinos y en la bolsa de valores.

La primera vez que Lidia vio a Ara fue durante un pequeño concierto en Glen Ridge, en Nueva York. Por improbable que aquello pudiera parecer a su familia, se enamoró de Ara ahí mismo. Y Ara se enamoró de ella. Cuando Lidia cumplió 18 años, se casaron a pesar de la violenta oposición de su familia. Pero ni aun la amenaza de desheredarla y desconocerla fue capaz de detenerla.

Jamsie nació un año después, en 1923. La familia vivía en Ossining, donde permaneció otros cinco años. Sin embargo, para 1929 Ara y Lidia habían decidido mudarse a Nueva York. Él no ganaba lo suficiente en Ossining. El padre y la madre de Lidia vivían presionándola para que abandonara a su marido y regresara al seno de su familia, llevando consigo a su hijo Nueva York, pensaron ambos, les proporcionaría más trabajo para él y un mayor anonimato para todos. Ara tenía una carta de recomendación para el propietario de una flota de taxis. Él y Lidia estaban convencidos de que en la gran ciudad triunfarían.

En octubre de 1929, la familia se marchó a Nueva York, llevándose consigo algunas mantas, utensilios de cocina, el clarinete de Ara y un viejo icono de la familia, una imagen de la Virgen que Ara recibiera de su padre como herencia. Primero

se mudaron a un departamento de tres habitaciones en la calle Penn. Al cabo de un año tuvieron que marcharse a un departamento de dos habitaciones en la avenida Lexington y la calle 25. Allí vivieron hasta la muerte de Ara, en 1939.

Lidia, de nuevo en una gran metrópoli, escribió un recuerdo de su llegada en grandes letras negras y lo colgó al lado del viejo icono en la sala de su departamento: "Hoy, nuestro primer día en Nueva York, George Whitney ofreció 204 por la U. S. Steel". Y ahí estuvo, colgado al lado del icono, durante años; y estos dos objetos fueron el centro de los más tempranos recuerdos de Jamsie.

Pero la edad dorada de Nueva York, que se iniciara con la conclusión de la Guerra Civil, se acercaba a su fin, si bien muy pocos fueron capaces de imaginar siquiera el inminente colapso. La fuerza y prestigio de Nueva York como fuente de fondos y dirigentes para la nación se había establecido durante aquel periodo de sesenta y cuatro años. Se hicieron grandes fortunas en Nueva York, se construyeron grandes y famosas residencias, por gente como Brokaw, Dodge, Carnegie, Stuyvesant, Whitney, Vanderbilt, Frick, Harkness, se creó el gran distrito financiero de la ciudad a fin de vender al país toda clase de servicios. Después de la Primera Guerra Mundial, casi todas las energías de Nueva York se volvieron hacia Europa. Pero faltaban los viejos dirigentes, y el sector manufacturero de la ciudad declinó. Como lo expresara cierto escritor, el alma financiera de Nueva York "se agotó a sí misma en una espuma de ganancias a base de papel, y luego ocurrió el colapso".

Ara y Lidia llegaron precisamente a tiempo para presenciar aquel colapso.

Sin embargo, sus primeros siete años en Nueva York fueron relativamente felices. Ara no recurrió de inmediato a la carta de recomendación para el propietario de la flota de taxis. Antes bien, trabajó como oficial de carpintero, primero en su propio vecindario y luego por rumbos como la Plaza Washington, e incluso hasta Yorkville. Al principio, Lidia se quedaba en casa con su pequeñín. Luego, cuando Jamsie empezó a ir a la escuela parroquial, Lidia aceptó trabajar por la mañana en una lavandería armenia.

En opinión de quien esto escribe, el Nueva York que Jamsie conoció desde sus primeros años tuvo una relación intangible

pero definida con su posterior experiencia de intento de "familiarización". Entre 1820 y 1930, más de 38 millones de personas habían emigrado a Estados Unidos, y de ellas una sexta parte permaneció en Nueva York. El pasillo para aquellos "restos miserables" era el Lower East Side. Nueva York era entonces una ciudad con casi siete millones de habitantes, en la que se hablaban diariamente 25 idiomas extranjeros, y en la que circulaban doscientos periódicos en lenguas extranjeras, así como revistas, para satisfacer las necesidades de su heterógenea población. "Nadie puede convertirse en norteamericano, salvo por la gracia de Dios", escribió I. A. R. Wylie en los comienzos de la década de 1930.

Y, por lo que toca a la Sociedad Yanqui Protestante que habitaba en Nueva York, allá en el primer tercio del siglo XX, aquellas cinco séptimas partes formadas por italianos, judíos, alemanes, irlandeses, húngaros, armenios, griegos, rusos, sirios y muchos otros extranjeros, no tenía nada de norteamericana. Y las diferencias que se dejaban sentir entre la población ya establecida y los recién llegados, eran algo más que étnicas. La gente ya establecida no había adoptado ninguno de los antiguos dioses de Nueva York. Ellos habían importado su cristianismo, que no tenía raíces en la historia precolombina. Los millones de inmigrantes venían de países en donde su religión (mayormente cristiana, y minoría de judíos y musulmanes) tenía sus raíces en cultos muy antiguos y precristianos. Los instintos paganos de los europeos y de los oriundos del Oriente Medio jamás llegaron a ser desarraigados. Fueron adoptados, sublimados, purificados y trasmutados. Y en aquel mohoso bagaje de moral, de prácticas rituales, de costumbres folklóricas, de tradiciones sociales y familiares, estos nuevos norteamericanos trasportaron desde luego las semillas y trazas de poderes lejanos y antiguos y de espíritus que en otro tiempo habían predominado en el Viejo Mundo.

La infancia de Jamsie, hasta que tuvo 9 años, trascurrió sin ningún problema grave. En su casa la vida era ordenada y segura. Por las mañanas y por las noches comía en compañía de sus padres. La mayoría de las noches, Ara sacaba el clarinete y tocaba para su esposa y su hijo. Cada noche, cuando era pequeñín, Jamsie se ponía de rodillas frente al icono, junto a su madre, y le decía las oraciones que ella le había enseñado, con los ojos fijos en los grandes ojos de la Virgen.

Su padre lo llevaba a juegos de pelota y a peleas de box. Algunos domingos iban a patinar por Wall Street; otras veces iban al zoológico, o bien, gastaban un níquel en hacer el recorrido del ferry que iba a Staten Island; y dos o tres veces al año llevaba a Jamsie a nadar en la alberca de algún hotel. En los meses del verano, solían pasar días enteros en Coney Island.

Los tres dejaron Nueva York sólo una vez. Fue la semana de vacaciones que pasaron en San Francisco, gracias a un regalo en metálico que recibieron de los padres de Lidia. Jamsie jamás olvidó las excursiones que durante ese viaje hizo con su padre, ni las comidas vespertinas en el muelle de los pescadores, ni la visita que hicieron al Parque Nacional de Pinnacles.

A medida que Jamsie crecía, empezó a moverse por el East Side y a conocer y a ver con agrado la mezcolanza de razas, de olores, de sonidos, de vistas. Temprano por la mañana, se iba a la escuela y pasaba por ventanas que estaban cubiertas con las sábanas y mantas de las familias, y por la escalera de incendio donde había gente que todavía dormía. Y cuando regresaba a casa, sus oídos se llenaban de aquella mezcolanza de dialectos empleados por carreteros, vendedores y tenderos: toscano, servio, yidish, ruteno, siciliano, croata, cretense, macedonio.

Jamsie tenía 10 años cuando sus padres empezaron a observar un extraño síntoma que se apoderaba de él de tiempo en tiempo. Algunas veces, entre el montón de santos de yeso, ollas de bronce, vestidos de segunda mano y toda clase de chucherías que llenaban los aparadores de las tiendas, Jamsie veía lo que él llamaba una "cara chistosa" o una "cara con una mirada chistosa". Entonces se apoderaba de él un violento temor y literalmente corría a su casa lleno de pánico. En esas ocasiones llegaba pálido y tembloroso al lado de su madre. Ella sabía siempre lo que había sucedido —o al menos Jamsie así lo creía— y siempre lograba calmarlo y aplacar sus temores.

A medida que creció, los incidentes de la "cara chistosa" se espaciaron, pero nunca llegaron a desaparecer por completo. Mientras fue pequeño, jamás logró describir aquella "cara" a sus padres. Y ellos, sabiamente, nunca insistieron en detalles. Pero, por lo que podían colegir, parecía que el terror del niño no se debía a determinado rasgo de fealdad de aquella "cara", sino principalmente a que tenía el curioso convencimiento de que la "cara" lo conocía personalmente.

"Me mira y me conoce. ¡Me conoce!", solía decir, sollozante, en el regazo de su madre.

Poco a poco, Jamsie se elaboró una especie de geografía casera para su propio uso. Hizo muchos amigos entre los húngaros que vivían entre las calles 82 y 73. Su padre tenía ahí algunos parientes lejanos; una vez al mes, más o menos, Jamsie los visitaba y comía con ellos pasta de hígado de ganso, col rellena, pollo con paprika. Procuraba eludir el vecindario de los bohunks (checos y eslovacos), quienes vivían un poco más abajo de los húngaros.

Pero era todavía más abajo, en la avenida Lexington, entre las calles 30 y 22, entre los armenios y con los griegos de las calles 30 y 40 Oeste, donde él se sentía a sus anchas. Hablaba un poquito de ambos idiomas. Sus amigos de infancia estaban ahí, y jamás se sentía atemorizado con los griegos y los armenios. Entre ellos jamás vio su "cara chistosa".

En las postrimerías de la primavera de 1937, cuando Jamsie tenía 14 años, Ara adoptó una importante decisión que puso punto final a los felices días de infancia. Ara no ganaba lo suficiente como carpintero, así que utilizó aquella vieja carta de recomendación, cuidadosamente guardada durante todos esos años, y dirigida al propietario de una flota de taxis. Al poco tiempo, se convirtió en uno de los cerca de 25 000 choferes con licencia que había en la ciudad. Conducía un auto modelo Y, un coche de dos años, propiedad de la Burmalee System, Inc. Al principio, Jamsie estaba muy orgulloso del taxi de su padre, con su capacete color plateado y la franja de tablero de damas con cuadros blancos y negros que corría por la mitad de la carrocería, pintada de amarillo.

Ara trabajaba un turno de doce horas, recorriendo unos 80 kilómetros diarios para atender doce o quince dejadas. En los días buenos traía a casa tres dólares que le tocaban del taxímetro y 1.25 de propinas. Desde luego, aquello no era nada. El estar constantemente sentado al volante, la interminable guerra con los policías neoyorkinos, que estaban decididos a eliminar a los taxis, el cansancio que lo agobiaba al final de cada día agotador, la pequeñez de lo que ganaba por su trabajo, todo ello produjo en Ara un cambio que lo alejó de su esposa y que asustaba a su hijo.

Ya no tocaba el clarinete para deleitarlos por las noches; encerró su "viejo bastón", como lo llamaba, en el cajón de la cómoda de la sala. Ya no hubo más paseos familiares. En vez del ocasional juego de bolos o de cartas con algunos amigos, se quedaba hasta muy tarde bebiendo con otros taxistas. Le salieron úlceras, y pasó dos semanas en el hospital, enfermo del riñón, en noviembre de 1938; antes de que terminara el año, se le había desarrollado una lesión de la espalda.

Durante algún tiempo, lo único que se alteró fue su lenguaje, pues empleaba ahora los términos que solían usar los de su nueva profesión. Sin embargo, las cosas empeoraron. Al principio, Jamsie y Lidia se turnaban acompañándolo mientras pasaba largas horas yendo de acá para allá en su vehículo. Pero cuando Lidia se enteró de que Ara había caído en la tentación de ganar algún dinero haciéndola de proxeneta, llevando gente a hoteles y casas de citas situadas fuera de la ciudad para cobrar la comisión de la "dejada", la madre prohibió a Jamsie que acompañara a su padre por las noches.

Sin embargo, el chico, que para entonces era ya bastante testarudo, la desobedecía.

De vez en cuando, sentado al lado de su padre en el taxi, Jamsie se sentía extrañado por ciertos rasgos que observaba en su rostro. Una vez, ya tarde por la noche, mientras él estaba sentado en el coche y su padre conversaba en la banqueta con un proxeneta y dos de sus muchachas, Jamsie pensó que todos ellos mostraban en el rostro la misma expresión singular, mientras reían de algún chiste.

Aquella "expresión" no lo asustaba, pero lo repelía. Y al mismo tiempo se sentía fascinado por ella. Con el correr del tiempo, la buscaba con toda intención. Sin embargo, observó que sólo la percibía cuando no la buscaba. Era de lo más evasiva y no podía realmente definirla.

En ocasiones, aquella "expresión" adquiría una terrible intensidad. En 1938 ocurrieron dos incidentes relacionados entre sí, que quedaron grabados en su memoria.

Con su padre y algunos amigos había ido al juego de pelota para ver a los Dodgers de Brooklyn. Fue en el momento hacia el final del juego, cuando todos los fanáticos estaban de pie, vitoreando a Johnny Vander Meer, de Cincinnati, quien estaba haciendo historia pichando su segundo juego sin hits ni

carreras. Gritando y vitoreando como todos los demás, Jamsie miró a su alrededor a la excitada multitud, y desde aquel mar de rostros le saltó la "cara chistosa". Y lo estaba mirando, lo conocía, según pensó. Se quedó helado y silencioso y miró hacia otro lado, lleno de pánico. Luego volvió a mirar hacia el punto donde lo viera, pero había desaparecido. Todo lo que podía ver eran los aficionados que gritaban y gesticulaban.

Exactamente una semana después, Jamsie estaba sentado con Ara en el taxi, ya era tarde por la noche, escuchando en el radio la pelea entre Joe Louis y Max Schmelling. Cuando la pelea alcanzó su clímax, el rostro de su padre se fue poniendo más y más angustiado. En los últimos momentos, que llevaron a la victoria de Joe Louis, Jamsie vio en el rostro de su padre una intensa mirada que rápidamente adquiría la expresión de la "cara chistosa". Ahí estaba de nuevo, aquella cosa inhumana que había en ella; y no podía pescar rasgo alguno que pudiera asociar con el amado rostro de su padre. Con cada uno de los golpes que Louis propinaba a Schmelling, y a medida que la voz del anunciador crecía en tono y excitación, la "expresión" se hacía más patente en el rostro de Ara. Cuando el gong señaló la victoria de Louis, la tensión se rompió. Aquella extraña expresión desapareció rápidamente y Ara recuperó su aspecto normal y su compostura. Pero Jamsie jamás pudo olvidar aquello.

Con el paso del tiempo, su temor a la "expresión" empezó a disminuir, sin que por ello dejara de crecer su curiosidad. ¿Qué significaba aquella "expresión"? ¿Y cómo era que la había visto en el juego de béisbol y luego de nuevo en el rostro de su propio padre borrando toda aquella bondad y aquel amor que Jamsie había visto ahí siempre y hasta ese momento? ¿Y qué relación podía haber entre aquella "expresión" y la "cara chistosa" que solía ver en su infancia? Por aquella época, la familia alcanzó una tremenda baja en su situación económica y en su bienestar. Ara estaba bebiendo con exageración, y mientras más bebía menos dinero llevaba a su casa. Lidia, que al principio se desesperara porque no podían satisfacer sus necesidades, acabó por convertirse en una persona malhumorada, introvertida. El chico empezaba a crecer, y ella comenzó a sentirse apartada tanto de él como de Ara.

Jamsie ya había sido contratado como botones por la NBC. Abandonó la escuela para ocupar ese puesto, en parte con objeto

de ayudar con los gastos de la casa, y en parte con la intención de hacer carrera en la radio. En los primeros días de este medio de comunicación, la NBC contrataba a jovencitos como botones para un aprendizaje de dos años, luego los ascendía a guías y posteriormente los adiestraba en alguna rama del floreciente negocio radiofónico.

Las cosas iban de mal en peor para la familia. En la casa ya no había ni lo bastante para comer. Lidia siempre estaba atrasada con la renta. Y sin que Jamsie lo supiera, pero con el consentimiento de Ara, Lidia tomó una decisión. Jamsie lo descubrió una noche ya bastante avanzada de marzo, cuando volvía de su trabajo, más o menos a las once.

En la casa, con gran sorpresa, encontró a su madre vestida con sus mejores ropas. Se había maquillado la cara. Estaba sentada en la sala, mirando silenciosamente por la ventana, hacia la noche. Cuando él entró, no se volvió ni le dijo media palabra. Pero él comprendió que tenía algo que decirle. Y mientras esperaba, sus ojos se vieron atraídos hacia el viejo icono que colgaba de la pared, detrás de Lidia. Ella lo había cubierto con un lienzo negro. Miró del icono a su madre y luego otra vez al icono varias veces, antes de comprender que ella había decidido convertirse en una de aquellas prostitutas a las que había visto a su padre presentar a los clientes.

Entonces Lidia se puso de pie, como si hubiera escuchado sus pensamientos. Sabía que él había comprendido lo que ocurría.

—Llegaré tarde, Jamsie. No me esperes —él nada dijo.

Cuando ella se marchó, se sentó y se quedó ahí, pensando, cerca de dos horas. Sabía sin lugar a dudas lo que su madre se proponía. Lo tenía escrito en su rostro y en su aspecto. Pero había otra cosa que ahora conocía: aun cuando se encontraba solo por lo que respecta a su padre y a su madre, tenía la extraña sensación de que alguien más le hacía compañía. Por último, miró lentamente alrededor de la habitación y luego a través de la ventana, hacia la ciudad.

Cuando se fue a la cama, aún se sentía abandonado por sus padres, pero acariciaba algún secreto que, sin embargo, todavía no comprendía.

Lidia se convirtió en una de las cinco mil prostitutas, más o menos, que pululaban en la ciudad de Nueva York. Al cabo de algunas semanas de andar sola, logró que la pusieran en la

lista de espera de una casa de citas en la calle cuarenta y tantos Oeste. Jamsie acabó por enterarse de su rutina. Dormía durante el día, se levantaba más o menos a las cinco de la tarde. Si para las diez no la llamaban de parte de la patrona, se iba sola a la calle. Solía recorrer las avenidas Quinta y Madison, entre las calles 43 y 56. Se detenía en los mejores bares, se paraba obviamente ante los aparadores, siempre a la espera de algún cliente. En ocasiones incluso llamaba a alguno de sus clientes. Y trabajaba en esta forma hasta la madrugada. Luego volvía a su casa para dormir.

Al cabo de un par de meses, se convirtió en miembro de la casa de citas de Polly Adler, en Central Park West. También para entonces ya se había hecho su lista de clientes personales, a los que solía llamar con regularidad. Cuando Polly Adler se vio en dificultades con las autoridades, Lidia se limitó a trasferir su lealtad a otra patrona, por la calle cincuenta y tantos Oeste.

Cada mañana, cuando Jamsie se levantaba, miraba a su madre antes de marcharse. Encontró que en el trascurso de aquellos meses la expresión de su cara iba cambiando. En vez de la cara que siempre había visto, podía ver ahora en ella varios rasgos de aquella "cara chistosa" de los terrores de su infancia. Sin embargo, ahora ya no le inspiraba terror. Antes al contrario, empezó a sentir cierto parentesco con aquel rostro.

Con el paso del tiempo, Lidia observó la diferencia de la reacción de Jamsie hacia ella, y ambos sentaron un nuevo respeto mutuo.

Mientras tanto, Ara seguía conduciendo su taxi para el Burmalee System Inc.; había tratado de trabajar en una casa de juego de la calle 49 y la zona de Broadway, pero aquel territorio ya estaba controlado y los interesados le dejaron saber en términos por demás claros que no había sitio para él. Luego se dedicó más y más al trabajo de las loterías y las apuestas ilegales en las carreras de caballos. En aquella época, cerca de un millón de apuestas ilegales se colocaban diariamente en Nueva York. Ahí se podía ganar dinero. Como agente de números recibía diez por ciento por la toma y por cada apuesta que pasara al colector. Con el tiempo, él mismo se convirtió en colector, y enviaba las apuestas al banco central "de política".

Por último, Ara encontró una fuente de dinero fácil en el tráfico de drogas. Había en Nueva York entre veinte y veinti-

cinco mil heroinómanos, por la década de 1930; los fumaderos de opio florecieron en las calles Mott y Pell, así como en Harlem, Times Square y San Juan Hill. La heroína diluida se vendía de 16 a 20 dólares la onza. Un "juguete", pequeña cajita de lata con opio, se vendía por unos 10 dólares en la calle. Los carrujos de marihuana producían 50 centavos cada uno, o bien se vendían a dos por 25 en Harlem.

Al principio, Ara se contentaba con comprar carrujos en Harlem que luego vendía con ganancia en el centro de la ciudad. Después se convirtió en corredor, trasportando los paquetitos amarrados bajo las axilas. Hubo ocasiones durante aquellos meses en que Ara —Lidia con menos frecuencia— cambiaban a tal grado la expresión de su rostro y resultaban tan "chistosos" a los ojos de Jamsie, que momentáneamente resurgían los viejos temores del chico.

Ara había empezado a hacerse una clientela y a ganar algún dinero en el tráfico de narcóticos cuando pareció deshacerse en pedazos. Empezó a enflacar y a demacrarse. Su carácter resultaba insoportable y lo más mínimo lo ponía furioso. Cierta noche, un lluvioso viernes de diciembre de 1939, Ara llegó a su casa empapado hasta los huesos. Había estado de pie tres días con sus noches. Los dientes le castañeteaban. Bebió más de lo acostumbrado. Tosió sangre aquella noche. A la mañana siguiente, Lidia no había regresado a su casa y Ara tenía una temperatura altísima. De repente había estallado la tensión en que viviera aquellos siete años.

Finalmente, Jamsie llamó al viejo doctor Schumbard. Dijo que Ara se estaba muriendo de tuberculosis. El enfermo se rehusó a ir al hospital. Jamsie estaba con las manos atadas.

Los siguientes días fueron una pesadilla. Lidia no se presentó en todo el fin de semana. No había manera de bajarle la fiebre al enfermo. Frecuentemente deliraba, y cuando no deliraba bebía. Por último, Jamsie se marchó y recorrió los cazaderos de su madre, hasta dar con ella. Juntos volvieron, para cuidar a Ara, en espera del fin.

Cierta noche, mientras estaba sentado solo a la cabecera del enfermo, pues Lidia había tenido que salir un momento, Jamsie tuvo de nuevo la sensación de que alguien estaba cerca de él. No era una sensación desagradable ni mucho menos asustadora. Recuerda que más bien el sentimiento le resultaba agradable,

como si un amigo o confidente hubiera venido a acompañarlo cuando no tenía a nadie más. La sensación no era constante, y variaba de intensidad.

Como a los ocho días de su colapso, Ara repentinamente se sentó en la cama una mañana, y empezó a gritar a todo pulmón:

"¡Quiero mi viejo bastón! ¿me oyen todos ustedes? ¡Quiero mi viejo bastón! Siquiera unas chupadas más. ¡Quiero mi viejo bastón!", su rostro estaba empapado en aquella "expresión".

Jamsie y Lidia trataron de volverlo a acostar, pero Ara luchó y se opuso. Como pudo se arrastró de la cama, en su camisón todo manchado de sangre, vacilante caminó hasta la sala, abrió el cajón donde había guardado su clarinete, lo sacó de su estuche y se metió la boquilla a la boca.

"Siquiera unas cuantas chupadas antes de entregar el equipo, ¿eh?", farfulló Ara mientras le escurría la saliva por las comisuras de los labios. Las llaves del clarinete brillaban a la luz del sol.

"¡Mi viejo bastón!" lo oyó murmurar Jamsie.

Ara sacó algunas notas inciertas, intentó algunas escalas, atacó algunos compases en el registro más alto, luego en el bajo, ganando cada vez más plenitud y más seguridad en sus tonos.

Ante la mirada de Jamsie y de su madre, Ara empezó a improvisar algunos blues. Caminaba vacilante y a tropezones alrededor de la habitación, arrastrando los pies por la raída alfombra, chocando contra los muebles. Se detuvo por un instante frente a aquellas palabras que escribiera Lidia y les dedicó una nota de burla. Luego, reanudando su música, caminó hacia atrás a tropezones y luego hacia adelante, hasta que se quedó mirando al viejo icono, que seguía cubierto con el lienzo negro. Su rostro se puso serio. Por un minuto guardó silencio. Jamsie recuerda haber apretado la mano de su madre, angustiado, mientras los dos observaban a Ara.

Luego, éste inició los primeros compases de un viejo himno armenio a la Virgen. Comenzó a mecerse hacia atrás y hacia adelante. Lidia y Jamsie avanzaron rápidamente para sostenerlo, pero llegaron demasiado tarde. Interrumpiéndose a mitad de su canto, se dobló, tosió violentamente y cayó hacia adelante, agarrándose al aire en busca de apoyo. Su mano pescó el negro lienzo que cubría el icono, y lo arrastró consigo en su caída.

Cuando llegaron a su lado, estaba tendido de espaldas, el negro lienzo agarrado con una mano, el clarinete en la otra. Encima de él, el icono brillaba a la luz del día, luciendo sus colores dorado, azul y café. Por vez primera en muchos años, Jamsie miró los serenos ojos de la Virgen.

Y luego miró el rostro de su padre, y se le quitó un enorme peso de encima. En la muerte, aquella "expresión" había desaparecido. Las facciones de Ara habían recuperado hasta cierto punto el parecido con lo que fueran diez años atrás. Jamsie jamás olvidó aquel cambio que la muerte produjo en su padre. Aún no alcanzaba a comprender la "expresión", pero le alegraba que en Ara hubiera desaparecido.

Lo enterraron en el cementerio Greenwood, de Brooklyn, donde dormiría junto a otras 400 000 personas que ya descansaban allí.

A la semana siguiente Lidia le dijo a su hijo que ahora ya debía seguir su camino. Y con la excepción de dos visitas, Jamsie no volvería a estar con su madre sino hasta el momento de su muerte, en 1959. Mientras marchaba Broadway arriba, ese día, cuando se separó de su madre, todo lo que podía oír eran las palabra de Lidia: "Ahora ya debes seguir tu camino".

Un viejo edificio había sido derribado; estaban empezando a construir el subterráneo de la Sexta Avenida. Jamsie se quedó parado un buen rato observando a los trabajadores. Se apoderó de él una oleada de resentimiento. Estaban gastando 65 millones en ese subterráneo, según había leído en un periódico. Pero su propio padre había muerto, su madre era una prostituta envejecida y él no había podido hacer nada para impedir aquello. En realidad, las cosas no tenían sentido.

Empezaba a nacer en él un nuevo y curioso sentimiento. Sin moverse, sin que su aspecto cambiara en lo más mínimo, sin que escuchara voz etérea alguna, sintió como si se le ofreciera una alternativa a su miseria, a la soledad en que se encontraba. Aquello ocurrió acompañado por un sentimiento de temor. Pero también experimentó el mismo extraño sentimiento de camaradería que lo asaltara aquella primera noche en que se enteró de que su madre pensaba dedicarse a la prostitución. Estaba solo, pero en realidad no estaba solo. Sentía profundamente la muerte de su padre, y abrigaba serias dudas acerca de la suerte de su madre. En el primer plano estaba este nuevo sentimiento

desquiciante, pero bien recibido, de ser querido por alguien, de no estar realmente solo.

En ese momento, por vez primera, tuvo la certeza de que en efecto había alguna presencia, algo o alguien presente para él, y que aceptarlo equivalía a renunciar a todo genuino afecto por su padre y por su madre, tal como lo había sentido en su infancia y en su temprana juventud.

En 1940 Jamsie fue ascendido a guía de la NBC. Luego, a invitación de un íntimo amigo de su padre, se fue a vivir y a estudiar a Oklahoma City. Aquel amigo le proporcionó dinero suficiente para seguir cursos de periodismo y radiodifusión; además realizaba algunos trabajos para completar sus ingresos.

Los años que pasó en Oklahoma City fueron muy tranquilos. No hubo ningún retorno de la "mirada chistosa". Rara vez tuvo la sensación de aquella presencia extraña, y logró hacer sólidas amistades.

En 1946, cuando tenía 23 años, regresó a Nueva York y empezó su carrera en la radio. Fuera de su trabajo, llevaba una vida tranquila. Pasaba la mayoría de su tiempo en casa escuchando discos y leyendo, o bien, vagando por las calles del centro de la ciudad y de la parte baja de Manhattan.

Siempre abrigaba la esperanza de tropezar con su madre. Ninguna de las personas que frecuentaran sus antiguos cazaderos parecían saber lo que había ocurrido con ella, pero al cabo de un tiempo, un viejo amigo de la familia le mandó decir que estaba viviendo en Flushing. Acudió a visitarla y permaneció con ella largo tiempo.

Lidia estaba muy desmejorada. Todavía existía entre ellos un profundo sentimiento de afecto, pero ambos parecían haber decidido tácitamente que, salvo que ocurriera alguna grave crisis personal, deberían verse muy de vez en cuando. Los encuentros eran demasiado dolorosos.

Al mismo tiempo, Jamsie se había dedicado a una búsqueda de otro tipo. Una vez que puso el pie en Nueva York, volvió a percibir de vez en cuando aquella "expresión": en el subterráneo, por entre las multitudes, entre los letreros de neón, en las salas de cine y, algunas veces, ya muy tarde por la noche, antes de marcharse a la cama, cuando se quedaba mirando por la ventana las luces de Manhattan.

Y ahora sentía además algo que era nuevo y que, en cierta forma, era reconfortante: la violenta e invencible persuasión de que siempre había sabido lo que era "aquello", quién era "aquello". Su antiguo temor se trasformó en el insaciable afán de recordar. Si sólo pudiera recordar qué era "aquello".

Algunas veces, en momentos libres, le parecía estar a punto de descubrir lo que era "aquello", o de recordar el sitio y el momento en que se le había dicho. No podía sacudirse la idea de que se le había dicho lo que era "aquello".

Pero sus esfuerzos siempre se veían frustrados. Precisamente cuando estaban a punto de surgir en su mente y en sus labios nombres y lugares, algo ocurría dentro de él que lo obligaba a perder el hilo. Y esta frustración y esta continua derrota empezaron a desarrollar en él un sentimiento de ira.

Jamsie tuvo una última entrevista con Lidia. Se había mudado de Flushing a la parte baja de Broadway. Durante las pocas horas que pasó en su compañía, se disiparon toda su ira y frustración. Ahora Lidia vivía de la caridad de la Iglesia, y habló con él lenta y tranquilamente acerca de su padre y acerca del futuro que le aguardaba a él mismo. Fue la última experiencia de ternura humana que Jamsie habría de tener por muchos años. Más tarde, dejó dicho en la estación de policía y con las autoridades eclesiásticas que ayudaban a Lidia dónde se le podía encontrar, y les prometió tenerlos al tanto de cualquier cambio de dirección. Siempre cumplió su promesa.

Fue durante este periodo de la vida de Jamsie que sus colegas de la estación de radio empezaron a observar que hablaba consigo mismo. Y, cosa todavía más extraña, que en ocasiones estallaba en solitarios ataques de ira. Por supuesto, tan pronto como Jamsie se percataba de que otros lo estaban mirando, se convertía en una persona amable y sonriente, a fin de borrar cualquier impresión desagradable que hubiera podido producir. Sin embargo, una y otra vez, podía vérsele caminando solo por las calles, o por los corredores de la estación de radio, o de pie en el lavabo, los ojos muy abiertos mirando fijamente, las aletillas de la nariz vibrando, los labios apretados, como si estuviera sumido en un esfuerzo interno y absorbente.

Después de dos años en Nueva York, Jamsie fue trasferido a Cleveland. Aquí fue donde recibió la primera dosis paralizante de lo que más tarde habría de convertirse en un lugar común.

Cierta noche, iba por la avenida Euclide, camino de su casa. Todo el día su mente había estado abriéndose y cerrándose con un problema que no tenía fin: cuándo y dónde se le había dicho todo lo que significaba "aquello", todo lo que significaba aquella "expresión". Desde su llegada a Cleveland habían cesado todas las apariciones de aquella "expresión". Pero esto sólo parecía acentuar su curiosidad y la necesidad de conocer la respuesta. Esa noche, le parecía, estaba muy cerca de recordar exactamente de qué se trataba.

En el trayecto, recuerdos y palabras empezaron a brotar de la oscuridad de su memoria y a cobrar forma lentamente. Materialmente estiraba el cuello hacia adelante y miraba ante sí con una profunda intensidad, para capturarlos. Empezó a sentirse dominado por la excitación y le asaltó la creciente idea de que había llegado el momento.

De pronto, cuando estaba a punto de ver aquellas imágenes y decir aquellas palabras, palabras e imágenes —tal como las describe— parecieron formarse en una corriente larga, rápida, que "brotaba como el rayo" saliendo desde su cabeza para hundirse en el cielo. ¡Se le había escapado!

Empezó a saltar en el pavimento, pues se sentía horriblemente decepcionado, y miraba hacia arriba, hacia el cielo nocturno, con los ojos llenos de lágrimas. Luego, cuando no vio nada allá arriba sino nubes, se volvió para marcharse, desalentado, hacia un pequeño restorán en el que solía cenar.

A la puerta del restorán se detuvo, estupefacto. ¡Aquello era demasiado! Ahí, en el fondo del comedor, entre las mesas llenas de gente que conversaba, vio un rostro con aquella "expresión". Se abrió camino entre camareros y mesas. Pero cuando llegó al sitio donde la "cara" había estado, encontró sólo a dos personas, un hombre ya anciano y una mujer, que comían en absoluto silencio. Lo miraron con total indiferencia, y siguieron comiendo.

A partir de ese momento, Jamsie se convenció de que alguien o algo estaba jugando a las escondidillas con él, pero no podía dilucidar cómo era que se hacía o por qué. Resultaba ahora frecuente en su vida diaria que palabras y recuerdos se comportaran como aquel rayo y "escaparan" de su cráneo. Algunas veces los veía dibujadas contra el cielo, antes de que desaparecieran allá lejos entre las nubes; otras veces marchaban con tal rapidez que ni siquiera podía llegar a percibirlos.

En años sucesivos, y en diversas etapas, en las distintas estaciones en las que trabajó (Detroit en 1951; Nueva Orleans en 1953; Kansas City en 1955,; Los Ángeles en 1956), aquello se repetía siempre. Una vez trató de explicarlo a un siquiatra de Los Ángeles, pero encontró las sesiones improductivas y francamente enfurecedoras.

Hizo amistad con una mujer de Kansas City, amistad que hubiera podido alcanzar un grado de seriedad. Pero cierta noche, al cabo de unas pocas semanas de que empezaran a salir, Jamsie le dio una exhibición tal de la más absoluta ira, frustración y celos, que ella terminó con él en ese mismo instante.

Más o menos al año de su cambio a Los Ángeles, tuvo su primer encuentro cara a cara con el origen de sus dificultades. Vivía por entonces en Alhambra, y cada día iba en automóvil a la estación de radio.

Una noche, cuando regresaba a su casa al atardecer, sintió de nuevo aquella curiosa presencia, por cuarta vez en su vida. La radio del automóvil estaba tocando un popurrí de canciones. De pronto, cuando iniciaron la popular "California, allá voy" las palabras parecieron dibujarse alrededor de él en el cielo. Ya le habían pasado bastantes de estas idioteces en el curso de su vida, y si bien no podía desentenderse de ello, sí podía aceptarlas y no ofuscarse. Y a medida que "California allá voy" continuaba dibujándose a su alrededor, Jamsie apagó el radio.

Luego, algo llamó su atención en el espejo retrovisor. Era una cara.

Como ocurría con tantas de las cosas extrañas que constantemente le sucedían, Jamsie no sintió ni temor ni sorpresa. Le parecía que había estado esperando, que siempre había sabido que estaba allí. Los ojos de aquella cara lo estaban mirando, y él supo —sin saber cómo lo sabía— que conocía al propietario.

Ya no hubo más palabras flotantes ni dibujadas a su alrededor. Jamsie disminuyó la velocidad y esperó en silencio. Pero en el asiento trasero no se produjo ni el menor ruido ni el menor movimiento.

Miró de nuevo al espejo retrovisor: aquellos grandes ojos saltones seguían mirándolo. No podía creer que realmente fueran rojos. Tenía que ser el reflejo de las luces de la calle. Aquel rostro tenía una nariz, orejas, boca, mejillas, una barbilla muy cómica, demasiado pequeña y estrecha para el resto de la cara,

una especie de frente abombada que concluía en una cabeza puntiaguda. La piel era oscura, como si hubiera estado expuesta al sol. No podía discernir si era blanca, cobriza o negra.

Pero había algo más que la vivacidad de aquel rostro que le producía un sentimiento de extrañeza: era como si faltara algo. Ciertamente aquel rostro estaba vivo: los ojos brillaban con intención, incluso rientes. La cabeza se movía silenciosa de vez en cuando. Pero algo faltaba, algo que esperaba ver en un rostro, pero que en este rostro no se podía ver.

Cuando tomó lentamente el sendero que llevaba al garaje, oyó la voz, bromista y familiar, la voz que podría esperarse de un eunuco:

—¡Vamos, Jamsie! ¡déjate de actuar como un tonto! Hace años que vivimos juntos. ¡No me digas que no me conoces!

Jamsie comprendió que, en cierto modo, aquello era cierto. Habían estado juntos desde hacía largo tiempo. Todo, incluso esto, tenía aquel mismo curioso sentido de familiaridad.

Cuando el auto se detuvo frente al garaje, escuchó la voz de nuevo:

—¡Bien, Jamsie! ¡Hasta luego! Te veré mañana. ¡Espera al tío Ponto!

Cuando Jamsie entró en la casa, le pareció que percibía un olor extraño, pero entonces no lo relacionó en lo absoluto con el tío Ponto. Fue algo momentáneo, de lo cual se olvidó inmediatamente.

Esto sucedió un lunes por la noche. Aquella noche no pudo dormir y, aun cuando entonces no lo sabía, las visitas de Ponto habrían de multiplicarse rápidamente hasta que, durante seis años, tendría que lidiar con el dichoso tío Ponto casi cada día que trascurría.

Al siguiente domingo, Jamsie recorría en su auto la corta distancia que había a Pasadena, cuando fuera de la ventanilla, a su derecha, vio al tío Ponto que estiraba el cuello hacia abajo desde el techo del vehículo, mirándolo de cabeza por la ventanilla. Ponto movía su mano izquierda como si bateara una bola, y con cada gesto parecía arrojar una palabra, un frase o toda una oración al cielo, donde permanecía por un momento y luego se marchaba hasta perderse en el horizonte.

"¡BIENVENIDO A JAMSIE, AMIGO MÍO!", decía uno de aquellos mensajes. "MÁXIMO ESTALLIDO PARA LA

MENTE" era otro. "¡PONTO! ¡JAMSIE! ¡AMIGOS! ¡ALÉGRENSE! ¡PASADENA, ALLÁ VAMOS!"

Y así por el estilo. Y cada vez que Ponto arrojaba un mensaje al cielo, se volvía y sonreía a Jamsie. Cuando Jamsie se desvió peligrosamente debido a su distracción, Ponto agitó el dedo, como si lo amonestara en broma, y lanzó un letrero más: "PERMÍTEME GUIARTE". Luego desapareció.

Tal fue el estrambótico comienzo de la asistencia prestada a Jamsie por el tío Ponto, el espíritu que habría de abrumarlo durante años; finalmente presentaba sus exigencias de convertirse en el "familiar" de Jamsie, y en dos ocasiones lo llevó al borde del suicidio.

Poco a poco, Jamsie fue conociendo el aspecto general de Ponto. Pero jamás lo vio de pies a cabeza. El rostro de Ponto, la parte trasera de su cabeza, sus manos, sus pies, sus ojos, todo eran parte de aquel ente que veía de tiempo en tiempo. A los ojos de Jamsie, acostumbrados desde antes al hecho de estas extraños sucesos, Ponto no era contrahecho y, sin embargo, Jamsie sabía que difícilmente estaba configurado como un ser humano normal. Y luego estaba aquella curiosa carencia que se observaba en su rostro. Algo le faltaba.

Su cabeza era demasiado larga y demasiado puntiaguda; los párpados, demasiado cargados; la nariz y la boca siempre contorsionadas por una expresión que Jamsie no lograba identificar con emoción o actitud alguna que le fuera conocida. La piel era demasiado clara para ser negra, demasiado oscura para ser blanca, demasiado rojiza para ser pálida y demasiado amarilla para ser tostada. Sus manos eran más como garras mecánicas. Su cuerpo —visto por partes— parecía tener la flexibilidad de un gato y ser más delgado que su enorme y puntiaguda cabeza. Sus piernas eran zambas y desproporcionadas —una rodilla parecía estar más arriba que la otra— los pies de Ponto eran planos, como los de un pato, y todos los dedos tenían el mismo largo y el mismo tamaño.

Jamsie tenía la seguridad de que Ponto no era un ser humano. Pero, aparte de eso, no tenía la seguridad de nada, salvo de que Ponto era real: tan real como cualquier objeto o persona de los que lo rodeaban. Lo que Ponto hacía era real y concreto. Así, para Jamsie, tenía que ser real. Al mismo tiempo, Jamsie se encontraba siempre preguntándose por qué no le ins-

piraba temor. A veces incluso se preguntaba si Ponto era un espíritu o un ser de algún otro planeta. Pero al principio cada aparición de Ponto simplemente despertaba su curiosidad.

Al cabo de algún tiempo Jamsie hubo de percatarse de que podía predecir las apariciones de Ponto, debido a aquel curioso olor que había percibido la primera noche; y, cuando Ponto se marchaba, el olor permanecía después cerca de una hora. No era un olor desagradable, como de cloaca o de comida putrefacta, era simplemente un olor muy fuerte; tenía cierto tufo de almizcle, pero mezclado con algún aroma picante. La única manera como Jamsie podía describirlo era que "el rojo olería así, si uno pudiera olerlo".

Este olor siempre le daba a Jamsie la sensación de estar solo con algo abrumador. En otras palabras, el efecto del olor no se dejaba sentir primordialmente en su nariz, sino en su mente. No repelía ni atraía, no disgustaba ni fascinaba. Lo hacía sentirse muy pequeño e insignificante. Y esto molestaba a Jamsie más que cualquier otro de aquellos extraños acontecimientos.

Hasta donde él era capaz de calcular, la estatura de Ponto era más o menos de un metro tres centímetros. Empero, cada vez que Ponto se presentaba ante él, parecía ser la imagen vista en el espejo de alguna presencia gigantesca que estuviera por ahí cerca; y de cierta manera confusa, el olor estaba estrechamente ligado con el sentido de aquella cosa gigantesca. Si Jamsie tuvo en aquella época alguna sensación de amenaza personal, en realidad tenía relación con los efectos de aquel olor.

Al final de sus "visitas" y justamente antes de desaparecer, Ponto solía dedicar a Jamsie una mirada interrogante con el rabillo del ojo, como si dijera: "¿No me vas a preguntar quién soy?"; Jamsie, naturalmente terco, decidió no hacerlo, ni siquiera darse por enterado de este gesto de Ponto... si es que podía conseguirlo.

Ponto siguió presentándose en los lugares más extraños. Desde las primeras palabras que en broma dirigiera a Jamsie, y salvo por las pocas palabras que arrojara y dibujara contra su horizonte, Ponto jamás decía nada durante esas visitas. De repente aparecía sentado en la parte trasera del automóvil, o en el radiador de la sala, dentro del elevador en el rincón superior, colgando de alguno de los pasos a desnivel cuando Jamsie circulaba por alguna de esas vías rápidas, en los restoranes, arriba

de las cajas registradoras, o en el escritorio del estudio de Jamsie, o encima de la mesa del ingeniero, a plena vista de Jamsie, mientras éste estaba en la sala de trasmisiones trabajando en la estación de radio.

Ponto solía empujar las puertas de resorte en dirección opuesta a la que Jamsie venía; solía colocar dinero en los mostradores de las salchichonerías para pagar las vituallas que Jamsie compraba; rompía las bolsas de plástico de la tintorería; cerraba o abría las llaves; cerraba la llave de ignición del automóvil; encendía las luces y, de mil maneras, lo mantenía siempre al tanto de su presencia, si bien durante los primeros meses de 1958 esas visitas no eran frecuentes.

Durante los primeros meses de dicho año, Ponto jamás intervino en el trabajo de Jamsie, rara vez se presentaba en su departamento y jamás lo molestó durante la noche. A decir verdad, Jamsie descubrió que podía dormir toda la noche sin que nadie lo molestara. Tenía la sensación de que Ponto andaba por ahí cerca vigilándolo, o quizá cuidándolo; no podía decir exactamente qué era lo que hacía. Al cabo de algún tiempo, las extraordinarias travesuras empezaron a cansar a Jamsie, y a agotar su paciencia y su dominio de sí mismo. Jamsie estaba convencido de que había visto a Ponto en alguna otra parte, o de que había conocido a alguien muy parecido a él en años anteriores, aunque de seguro era imposible olvidar a alguien con una figura como la que tenía el chaparrito.

Por último, la paciencia de Jamsie se agotó y su curiosidad —ciertamente comprensible dadas las fantásticas circunstancias— lo condujo a cometer su más grande error en sus relaciones con Ponto. Un día se rindió al impulso y le preguntó a Ponto qué era lo que quería. En ese preciso instante, Ponto se estaba columpiando en la lámpara de la oficina de Jamsie.

—¡Pues, simplemente, estar contigo, Jamsie! ¡Pensé que nunca me lo ibas a preguntar! A decir verdad, quiero ser tu amigo. ¿Conociste alguna vez a alguien tan fiel y que te cuide tanto como yo?

Luego se columpió hacia la nada, pues desapareció.

La inocente pregunta de Jamsie había abierto las compuertas. Ahora se convirtió en blanco de un continuo tiroteo por parte de Ponto, que lo seguía semana tras semana. Y durante años no hubo descanso.

Ponto comenzaba a hablar en el instante mismo en que Jamsie dejaba su apartamento para dirigirse a su trabajo. La mayoría de sus conversaciones eran inocuas y tontas, algunas veces graciosas, aun sin proponérselo, y las más de las veces ridículas y con frecuencia había en sus comentarios cierta deformación que producía en Jamsie un disgusto interior.

Por largo tiempo Jamsie logró dominarse; pero por fin perdió la paciencia y se dejó poseer por la ira con Ponto la primera vez que salpicó sus conversaciones con bromas acerca de Lidia y algunos crudos comentarios acerca de la hiena hembra. Jamsie cayó en una furia desatada contra Ponto, y le dijo, con una serie de insolencias, que dejara a su madre fuera de la conversación y que se quitara de su vista y de su oído.

"Está bien Jamsie, está bien", replicó Ponto con resignación. Muy bien. Lo haremos a tu manera. Pero nos pertenecemos mutumente". Y desapareció.

Aquella experiencia dejó a Jamsie temblando de rabia. Pero al cabo de un par de horas, vuelto al mundo normal de su trabajo, y por ser gente razonable, empezó a preguntarse seriamente si no sería todo aquello obra de su imaginación. Estaba sentado frente al micrófono, esperando la conclusión de un anuncio y la señal del ingeniero para reanudar su trasmisión.

Como si respondiera a sus pensamientos más profundos, Ponto apareció y empezó a pegar breves palabras en el pizarrón de noticias que el ingeniero solía utilizar para pasar mensajes silenciosos a Jamsie cuando ya estaba en el aire. "PERDONADO" decía. Y otro, "VOLVERÉ PRONTO, AMIGO; ESPÉRAME".

A su pesar, Jamsie percibió el torcido humorismo de todo aquello, si bien dudaba de que Ponto tuviera el talento suficiente para ser gracioso. Ponto hacía lo que le venía ya de natural. Jamsie se dio cuenta de que estaba haciendo muecas de risa al ingeniero, quien cogido de sorpresa por esta exhibición de Jamsie, le sonrió también, aunque con expresión inane.

Las conversaciones de Ponto, salvo los pocos fragmentos que presento aquí y que me fueron dictados por Jamsie, se han borrado ahora de su memoria. Casi siempre carecían de importancia y sólo en ocasiones eran molestas, al grado de que Jamsie caía en un ataque de rabia. Pero, debido a que respondía a Ponto, o en ocasiones comentaba el comportamiento de éste, todo ello para su coleto, la gente de la estación hubo de aceptar

el hecho de que Jamsie Z. "habla solo todo el tiempo" y, como alguien dijo, "en ciertas ocasiones se comporta como un chiflado... pero ¿acaso no lo hacemos todos?"

A pesar de todo ello, la carrera de Jamsie seguía progresando. A decir verdad, sus reportajes eran buenos y sus calificaciones altas.

En agosto de 1959 le llegó la noticia de que Lidia había muerto mientras dormía.

Jamsie marchó a Nueva York por un par de días a fin de ventilar sus asuntos. Lidia había hecho un testamento, de acuerdo con el cual Jamsie, su único heredero, recibió dos posesiones: el viejo icono y aquel recuerdo escrito por Lidia acerca de George Whitney que ofreciera 204 por la U. S. Steel. Jamsie los trajo consigo a Los Ángeles y los guardó en un closet donde Ponto tenía la costumbre de acomodarse. Ponto puso reparos al icono, y lo hizo con gran firmeza, pero Jamsie se mostró inconmovible.

"Muy bien, amiguito, muy bien, muy bien", dijo Ponto, "pero algún día nos vamos a librar de toda esa basura, ¿no es cierto?"

En el otoño de 1960, Jamsie recibió un excelente ofrecimiento para trabajar en una estación de radio de San Francisco, y él se apresuró a aceptarlo. Así que se mudó de Los Ángeles, y después de instalarse en su nuevo departamento, hizo una cita para ir a conocer al gerente de la nueva estación.

"Jamsie, la hora de la decisión se acerca". Ponto, desde luego, había venido a San Francisco. En el momento de hablar se estaba meciendo en la escalera de incendio, fuera de la casa de apartamentos, y hablaba por la ventana. Jamsie no respondió. "Jamsie, prométemelo: nada de mujeres ni de botellas. ¿Me oyes? Promételo a tu viejo tío Ponto. ¡Anda muchacho, promételo!"

Caso curioso, Jamsie jamás había tocado mujer alguna, desde sus días allá en Cleveland. De alguna manera, el deseo le había abandonado después de aquella primera experiencia de las palabras que escaparan de su cráneo como un rayo.

"A decir verdad", dijo Ponto riendo en tono ridículo, "no espero muchas dificultades contigo en ese sentido. ¡Ji, ji, ji!"

Jamsie lo miró rabioso por un segundo, luego continuó con sus preparativos para salir.

Fue en lo que Ponto dijo después, que Jamsie percibió una extraña nota de urgencia que en ocasiones en verdad sobrecargaba la aguda voz de eunuco del ente.

"Ahora todos tenemos nuestro sitio, ¿me oyes? Y no puedo presentarme con tanta frecuencia como yo quisiera, con tanta frecuencia como lo he hecho en el pasado. También yo tengo mis superiores, ¿sabes? Quizá no lo creas, pero los tengo".

Camino de la estación de radio, Ponto, que iba sentado en el asiento de atrás, pareció sufrir una especie de ataque de histeria. Su discurso empezó a ganar en rapidez y se fue degenerando. Por último, ya no tenía sentido. Charlaba acerca de rayos láser y pollos asados y whisky y la luna. Jamsie recuerda algunas frases, del estilo de "Júpiter rota cada nueve horas y cincuenta y cinco minutos". "Besuqueos en el coche, masturbación y buenas calificaciones". "Que viva el Golden Gate, pero no hay que acercarse al agua". "Sus vidas truenan".

Jamsie se detuvo frente a la estación, salió del auto y se dirigió hacia el edificio. Ponto iba a su lado, charlando incoherencias todo el tiempo. Jamsie oprimió el timbre de la puerta principal, pero nadie contestó. Entonces se dirigió a la puerta trasera. Ponto no había dejado de hablar, palabras totalmente carentes de sentido. Jamsie trató de abrir la puerta trasera. Estaba cerrada con llave. Estaba a punto de volver a la puerta delantera cuando, sin previa advertencia, se hizo el silencio. Ponto había desaparecido. Recordando aquello, Jamsie está seguro de que la repentina desaparición de Ponto quería decir que se acercaba alguien a quien éste temía.

—¿Buscaba usted a alguien? —un hombre medio calvo, de unos 55 años, más bien alto, delgado, con unos lentes sin marco, había salido por una puerta lateral que Jamsie no había observado, y lo miraba con la cabeza inclinada, en postura interrogante.

—Voy a trabajar aquí —respondió Jamsie con amabilidad. Busco al gerente de la estación.

—Usted debe ser Jamsie Z. —dijo el hombre—. Yo soy el gerente. Mi nombre es Beedem, Jay Beedem.

Jamsie estrechó la mano de Beedem, observó su rostro. Por un instante tuvo la idea de haberlo visto antes, pero no pudo recordar dónde, ni cómo, ni cuándo.

—Pase, y hablaremos.

Sentados ambos a uno y otro lado del escritorio, en la oficina de Beedem, Jamsie examinó a su nuevo jefe, tratando de situarlo. Mientras tanto, Beedem le planteó algunas preguntas y luego procedió a instruirlo acerca del trabajo que realizaría en la estación. Era un hombre de hablar preciso, eso era obvio, y pulcro casi hasta la exageración: brillante cabeza calva, el pelo cuidadosamente arreglado, ropa de buen gusto inmaculadamente limpia y un poquitín demasiado elegante, buena dentadura, manos varoniles y uñas bien cuidadas. Su rostro era casi ovalado y, para su edad, no tenía arrugas. Sin embargo, fueron sus ojos y su boca lo que más atrajo la atención de Jamsie.

Después de un cuarto de hora de conversación, llegó a la conclusión de que los ojos de su jefe estaban completamente cerrados para él. Jay Beedem reía, miraba, trasmitía significados y lo interrogaba con los ojos, pero todo esto resultaba tan revelador como imágenes que cruzaran por una pantalla de cine. No había en ellos sentimiento alguno, se dijo Jamsie. Ningún sentimiento verdadero. Cuando menos, él no podía ver ninguno. Las sonrisas y la risa estaban sólo en la boca de Beedem. Pero no parecía realmente estar sonriendo ni reír.

Jamsie no posee en realidad ninguna respuesta satisfactoria acerca de Jay Beedem. Mirando hacia atrás, sigue convencido de que la vaga impresión que recibió de haber visto ya antes la cara de Beedem, antes de conocerlo en carne y hueso, le venía de los recuerdos que tenía de la "cara chistosa", y que veía reflejada en el rostro del gerente de la estarión. De hecho, un importante elemento del exorcismo, grabado en cinta, tenía que ver con la extraña cara de Beedem y la "expresión".

Ponto siempre se mantenía alejado cuando Beedem estaba con Jamsie. Y cada ocasión que Jamsie se acercaba a Beedem para hablar o para solicitar ayuda o aliento, se alejaba de aquel hombre con la misma sensación de tormento interior y de inquietud que se apoderaban de él en sus peores momentos con Ponto. La clave de esa inquietud era el pánico, el pánico de alguien que se encuentra preso en una trampa, o que ha caído en una emboscada, o que ha sido traicionado.

Si bien todo ello es cuestión de meras especulaciones, puede muy bien darse por sentado que Jay Beedem fuera uno de los perfectos poseesos, personas que en algún momento de su carrera han adoptado la decisión clara y definitiva de aceptar la pose-

sión, y que jamás en modo alguno se arrepintieron o se echaron para atrás, por lo que quedaron bajo el absoluto control de un mal espíritu.

Fue precisamente movido por esta sospecha que, durante el exorcismo, el padre Mark decidió que debía averiguar si existía algún lazo entre Beedem y Ponto que pudiera ser perjudicial para Jamsie.

Pero cuando Jamsie se despidió de Beedem aquel primer día, todos los problemas sobre los que ahora especula estaban todavía en el futuro. En el curso de los siguientes días y semanas, se acomodó fácilmente a la diaria rutina. Le encantaba San Francisco. Estaba muy contento con su nuevo trabajo. Se llevaba bien con todos sus compañeros; ellos respetaban sus habilidades y él jamás los decepcionó profesionalmente. Entabló una grata amistad con Cloyd, su productor, y con Lila Wood, la principal investigadora del personal de Cloyd. Con Jay Beedem sus relaciones eran correctas y formales. Pero con el tiempo, Beedem no hizo secreto alguno del creciente desagrado y desprecio que le inspiraban las peculiaridades de Jamsie.

Sus colegas, que se percataron de la antipatía que existía entre ambos hombres, lo atribuyeron todo a una diferencia de temperamento: simplemente, no congeniaban. Todos los demás perdonaban fácilmente la idiosincrasia de Jamsie, porque él había desarrollado un estilo muy suyo en la radiotrasmisión y "era bueno para los negocios". Jamsie no tardó en admitir que mucho de ello se lo debía a Ponto.

El tío Ponto solía girar alrededor de él en el estudio, diciendo toda clase de cosas impertinentes que sólo Jamsie podía escuchar. Solía salir con datos estadísticos, cifras, hechos y datos que Jamsie automáticamente incorporaba en su trasmisión, manteniendo una increíble corriente. Resultaba brillante y divertido, una especie de plática familiar llena de cosas sin sentido acerca de esto, aquello y lo de más allá, todo ello ligado con "pero" y "en tanto que" y "olvidémoslo" y "como dijo la actriz al obispo" y "permítanme decirles que antes de olvidar que me oyeron hablar" hasta que, después de tres minutos, introducía una línea acerca del producto que estaba anunciando, o de un juego de pelota que estaba comentando, o alguna noticia de interés nacional que la estación quería poner de relieve. Este estilo se convirtió en su firma, muy conocida y apreciada, en el aire. Por

vez primera, durante los primeros meses en San Francisco, Jamsie llegó a valorar secretamente la presencia de Ponto.

Fue sólo después de un prolongado periodo que percibió las primeras señales de auténticas dificultades. Camino de la casa, cierta noche, Ponto, en el asiento trasero del auto, dijo:

—Jamsie, casémonos.

Jamsie, que tomó aquello como otra de las tonterías a que Ponto era tan aficionado y de las que había dicho muchísimas en aquellos días, pensó que pronto hablaría de alguna otra cosa si se quedaba callado. Pero Ponto, por lo visto, hablaba en serio.

—Jamsie, lo digo en serio. ¡Casémonos!

A Jamsie se le puso la carne de gallina. Por vez primera, sintió de veras temor de Ponto. Siguió manejando en silencio, pero su mente estaba llena de una nueva aprensión.

Al siguiente día, en la cafetería de la estación, a la mesa de Jamsie se sentó Lilia Wood, la investigadora de Cloyd. Ponto andaba por ahí entre las cafeteras, mirando quietamente a Jamsie. Lila, como los otros, había observado que Jamsie estaba muy deprimido aquel día. Pero, como ella dice ahora, también percibió el temor que sentía.

Demasiado inteligente para abordarlo de frente, dijo así, a la ligera, cuando se levantó de la silla, después de haber comido:

—¿Qué te parecería si compartieras esta noche conmigo y un amigo la cena que voy a preparar?

Era la primera vez, en mucho tiempo, que alguien le hablaba a Jamsie con tanta tranquilidad. Se había acostumbrado a que la gente evitara todo trato social con él. Se quedó mirando a Lila con expresión de incredulidad. Pero Lila sabía cómo manejar una situación de ese tipo:

—Muy bien —dijo volviéndose para marcharse, y sonriéndole—. Te veré a las cinco y media.

Jamsie se le quedó mirando cuando se alejaba. Su voz, o algo en el tono de su voz, le afectaba. Y, como dijo más tarde:

—Fue como una bella armonía tocada entre doscientos gatos que maúllan y chillan y diez martillos mecánicos, todos funcionando al mismo tiempo.

Sin embargo, su ensueño no tuvo mayor duración. La voz de Ponto lo interrumpió con una nueva elevación de su agudo tono:

—Ya oí lo que dijo. Lo oí todo. ¡Esa mujerzuela apestosa! ¿Conoces a su amigo? Yo lo conozco, ya lo verás ¡es un cerdo calvo! Eso es lo que es. Ni siquiera es lo bastante hombre para metérsele entre las piernas.

Por unos instantes, Jamsie permaneció impermeable a los corrosivos acentos de Ponto, y aquello fue un gran alivio. Se limitó a sonreírle. El rostro de Ponto estaba deformado por la ira; con un breve salto hacia atrás y hacia arriba, desapareció.

Inmediatamente Jamsie sintió una horrible agonía, la sensación de un plomo que tuviera dentro. Esto era algo nuevo. Empezaba en alguna parte, más o menos por las costillas, y luego se movía hacia su espina. Sintió un dolor clavado en el coxis, en tanto que otro se clavaba en sus testículos y un tercero hurgaba hacia arriba en su espina dorsal; y desde la nuca parecía extenderse en dos direcciones. Una corriente invadió sus pulmones. Le costaba trabajo respirar, y se sentía mareado. La otra corriente ascendía hacia su cráneo y oprimía su cerebro, como si lo contrajera. Se quedó sentado unos minutos, la barbilla entre las manos, esperando. Todo pasó.

Cuando se puso de pie, escuchó la voz de Ponto:

—Ya lo ves muchacho, ya lo ves. Ya me perteneces en gran parte, así que mucho cuidado esta noche —Ponto no estaba visible, pero su olor sí estaba presente.

Aquella noche, Jamsie fue a casa de Lila. Ella había preparado tres chuletas, cuando su amigo llamó a la puerta delantera. Jamsie abrió y ante él vio a un hombre más bien alto, completamente calvo, cuyos ojos azules lo miraron con una expresión de buen humor.

—Soy el padre Mark, amigo de Lila. Usted debe de ser Jamsie. Ella ya me habló acerca de usted. Mucho gusto.

Según Jamsie hubo de descubrir, Lila había obrado por motivos posteriores. Antes de que concluyera la velada, Jamsie estaba hablando francamente con Mark, quien parecía saberlo todo acerca del comportamiento de Ponto. Lo único que no sabía era su nombre; al decírselo Jamsie, soltó una breve carcajada y dijo:

—¡Santo Dios! Yo pensaba haberlo escuchado todo pero... ¡Ponto! ¡Dios mío!

Los dos hombres hicieron una cita para encontrarse la siguiente noche. Mark prometió incluso hacer su especial sopa de hongos, por la cual era tan conocido entre sus amigos.

Después de aquella cena de sopa de hongos en el curato, Jamsie le relató toda la historia de su vida, sin omitir nada. Mark lo escuchó en silencio, fumando una larga pipa que olía a alquitrán, e interrumpiéndole de vez en cuando con alguna pregunta. Era más de medianoche cuando Jamsie concluyó. Mark dejó a un lado la pipa, reflexionó un poco en silencio y miró a Jamsie con ojos especulativos. Aquel silencio no era desagradable para Jamsie. Luego, Mark pasó la siguiente hora diciéndole todo lo que pensaba de aquel asunto. Jamsie, según la teoría de Mark, era objeto de las atenciones de un mal espíritu.

Había centenares de ellos y, hasta donde Mark sabía, quizá incluso millones y millones de espíritus distintos.

—Uno no cuenta a los espíritus como cuenta a los seres humanos —le explicó Mark. Y le explicó también que, de acuerdo con su experiencia, que era muy considerable, parecía ser que cada espíritu tenía sus propios rasgos y técnicas para acercarse a los humanos. Sin embargo, cierta clase de espíritus —por cierto no muy importante — trataba siempre de convertirse en el "familiar" de algún ser humano, fuera mujer, hombre o niño. Rara vez —aunque solía suceder —el "familiar" se posesionaba de algún animal.

¿Qué era un "familiar"? Jamsie quería saberlo. Mark le explicó que la clave de la "familiaridad" que un espíritu de esa clase trataba de obtener radicaba en esto: la persona en cuestión consentía en compartir totalmente su conciencia y su vida personal con el espíritu.

Mark le citó un ejemplo. Normalmente, cuando uno camina, come, trabaja, se lava, habla, uno tiene conciencia de sí mismo como distinto de los demás. Pero vamos a suponer que uno tiene conciencia de sí mismo y de otro ser al mismo tiempo, como hermanos siameses, pero dentro de nuestra cabeza y de nuestra conciencia, y que los dos, por así decir, comparten esa conciencia. Es la propia conciencia, la conciencia de uno mismo y, al mismo tiempo, es la conciencia de ese otro ser. Ambos al mismo tiempo. Es el no poderse alejar uno del otro. "Sus" pensamientos utilizan nuestra mente, pero ellos no son nuestros propios pensamientos y uno lo sabe. "Su" imaginación hace otro tanto. Y también "su" voluntad. Y uno se percata de todo ello constantemente, por lo menos mientras se tiene conciencia de uno mismo. Tal era la familiaridad de que Mark hablaba.

Jamsie se quedó aterrado.

—¡Dios mío! —dice ahora— yo ya había recorrido buena parte del camino, casi todo. Y no sabía qué hacer ¡estaba perdido!

Mark reaccionó al pánico de Jamsie. Desde luego no estaba perdido. Jamás había consentido en la plena posesión por el "familiar". Simplemente había sido invadido. Pero se le presionaría más y más para que aceptara la plena "familiaridad".

—¿Y entonces qué ocurriría? —Jamsie quería saberlo.

—Puede agotarte —dijo Mark, sin perder la ecuanimidad. Puedes ser tomado, como cualquiera de nosotros. Estás frente a una fuerza más poderosa de lo que jamás puedes esperar serlo tú mismo.

Luego, Mark miró a Jamsie directamente a los ojos y le preguntó si deseaba ser exorcizado.

Caso extraño, Jamsie se quedó sin habla. Luego, lentamente, preguntó con gran preocupación:

—¿Significa eso que Ponto jamás volvería?

Mark le dijo que si el exorcismo tenía éxito, Ponto se marcharía para siempre. Concentró su atención en todos los movimientos y reacciones de Jamsie. Sólo ahora empezaba a medir el grado en que Ponto se había apoderado del joven.

—Bueno —dijo al final, haciendo un gran esfuerzo por aparentar tranquilidad— ¿qué vamos a hacer? ¿Supones tú que la cosa vaya a llegar tan lejos? —No deseaba en realidad enviar a Jamsie a su casa medio loco de miedo.

Jamsie se sentía confuso. Le vinieron a la mente en tropel recuerdos de su soledad, de haber sido abandonado por sus padres. ¿Acaso esta cuestión de Ponto era realmente tan mala como Mark pretendía hacerle creer? ¿No podría mantener a Ponto a cierta distancia y, sin embargo, seguir gozando del carácter exótico de todo aquello? Además, ¿no perdería él algo de aquella verba como radiolocutor, que era precisamente su mayor cualidad profesional?

Mark conversó con Jamsie acerca de todo esto. Sirvió otro par de copas. Jamsie no estaba todavía listo para aceptar el exorcismo. Mark tendría que esperarlo.

Pero se mostró muy decidido cuando dio a Jamsie algunos consejos prácticos. La cuestión estribaba, le dijo, en resistir la invasión. Que gozara —si es que pudiera usarse esa palabra, dijo

Mark con cierta ironía— las diabluras de Ponto y su estímulo, pero que resistiera la invasión, y Mark insistió en ello. Por ejemplo, si Jamsie sintiera un extraño poder sobre su memoria, su mente, su imaginación, y no pudiera resistir aquello, debería recurrir a un truco muy sencillo a fin de contrarrestar aquella fuerza: deletrear el nombre de Jesús, una y otra y otra vez. Fue esta estratagema lo que habría de salvar a Jamsie del suicidio cuando estaba a la orilla de aquella fuente.

Cuando Jamsie preguntó si podría usar otro nombre, Mark le dijo riendo que podía hacerlo, pero que acabaría por darse cuenta de que aquel era el único nombre efectivo. Le explicó la esencia del exorcismo, lo que significaba y sus efectos en el poseso. Por último, le pidió que lo llamara:

—No importa si es de noche o de día. Dondequiera que yo esté, dondequiera que tú estés, cualquier cosa que suceda, yo acudiré inmediatamente a tu lado. Pero no te demores si algún día te decides y yo puedo ayudar con tu exorcismo.

Aquella noche, cuando Jamsie llegó a su casa, le fue imposible dormir. Sin embargo, Ponto no se presentó.

Al cabo de un mes, cuando Jamsie fue para su reconocimiento médico anual, el doctor le dijo que estaba bien de todo, excepto del corazón. Debería procurar evitar demasiadas excitaciones. El doctor le recetó unas tabletas y revisó y reguló su alimentación. También le preguntó si es que había algo que lo atemorizaba. ¿Es que había algo que preocupaba su mente? Jamsie quedó sorprendido ante la penetración del médico. Sí, reconoció, sus asuntos personales lo tenían muy preocupado. El doctor le recomendó que considerase la posibilidad de consultar con un sicólogo... aunque sólo fuera para conversar del problema y aliviar un poco la tensión. Dio a Jamsie el nombre de una persona a la que él podía recomendar personalmente.

Jamsie meditó sobre aquello durante una semana. No estaba dispuesto a aceptar la conclusión de Mark, de que Ponto debería ser exorcizado... no porque dudase de que Ponto fuera un espíritu incorpóreo, o "cuando menos parcialmente incorpóreo", pensó con cierta ironía, sino porque le era imposible hacer frente a la vida diaria sin las molestias que le causaba Ponto. Pero entonces empezó a preguntarse por qué le gustaban tales trastornos. ¿Por qué la posesión de su ser por el tío Ponto ya se había realizado hasta cierto grado? Eso era lo que Mark pensaba.

O quizá, según él prefería creer, porque Ponto era el único alivio en un panorama por demás árido... y, en honor a la verdad, un maravilloso estímulo para su trabajo. ¿O quizá era precisamente esta la trampa que Ponto le había tendido? Todas aquellas líneas se entrecruzaban confusas. Y la confusión empeoró cuando empezó a abrigar toda clase de dudas acerca del criterio e intenciones de Mark. Estos sacerdotes, pensó, siempre andaban tratando de convertir a la gente. Y, sin embargo, Mark le había parecido sincero. Quizá, después de todo, le sería útil hablar con un buen sicólogo.

Durante toda aquella semana, Ponto no hizo acto de presencia.

Fue cuando se dirigía en el auto a su primera cita con el sicólogo, cuando Jamsie escuchó a Ponto por primera vez en ocho o nueve días.

—Creo que el sicólogo está muy bien, Jamsie. Es un buen tipo; tú ve y haz lo que él te diga. Pero si sólo me escucharas a mí, e hicieras lo que yo quiero que hagas, no haría falta que te sicologuearan.

De todos modos Jamsie fue. El sicólogo recomendado por su médico pasó a Jamsie a otro colega, siquiatra de profesión. Jamsie pasó más de 18 meses sujeto a terapia, pero los resultados fueron tremendamente desalentadores.

El terapeuta empezó por advertirle a Jamsie que su condición sicológica era ciertamente precaria. Necesitaba un tratamiento extenso, pero al cabo de seis meses el terapeuta cambió de opinión. Declaró que no podía hallar ningún desequilibrio sicológico genuino ni anormalidad alguna en Jamsie. Y, según su opinión, todos aquellos relatos que hacía acerca de Ponto no eran sino invenciones y cuentos. Todo aquello no era sino un fingimiento, y quizá lo hacía porque consideraba que era gracioso. Finalmente, Jamsie persuadió a aquel hombre de que no se trataba de ningún fingimiento, y siguió adelante con la terapia durante otro año. Por último, cuando quedó de manifiesto que no se producía ningún cambio ni mejoría alguna, Jamsie renunció a la siquiatría.

Durante este periodo de la terapia, Ponto se presentaba con regularidad y con sus acostumbrados behaviorismos, pero en realidad jamás le causó dificultades. A decir verdad, Jamsie estaba encantado de ver a Ponto. Le parecía más real que el terapeuta y que todos sus análisis. Y, como Ponto comentara cierto día:

—Tú y yo, Jamsie, somos uno, carne y sangre de verdad; en cambio, ese individuo, no vive más que en su cabeza. Ahora bien yo te pregunto: ¿cuál de los dos está mejor?

Hacia las postrimerías del tratamiento a que Jamsie se sometiera con el terapeuta, Ponto pareció impacientarse, como si tuviera un plazo fijo que debiera cumplirse en el caso de Jamsie. Más y más, éste se percató de que los pensamientos, reacciones, sentimientos, recuerdos, intenciones y demás de Ponto, estaban presentes en su conciencia, aun cuando Ponto no estuviera visible. Comenzó a experimentar dos grupos de ideas y sentimientos: los suyos propios y los de Ponto. Siempre sabía cuál era cuál, pero no tenía la posibilidad de un secreto o intimidad.

Cosa sorprendente, excepto por algún ocasional choque con Jay Beedem, quien siempre trató a Jamsie con marcada frialdad, su trabajo seguía siendo excelente. Pero para noviembre de 1963, en lo interno, dentro de Jamsie, la vida empezaba a resultar insoportable.

Recuerda claramente que fue a partir de diciembre de 1963 que empezó a apoderarse de él un nuevo sentimiento de desesperación. Ponto no le daba un minuto de descanso. Siempre estaba inventando nuevas diabluras y desarrolló el hábito de presentarse en su departamento al final del día, y de no desaparecer, sino hasta que Jamsie se iba a la cama. Charloteaba sin cesar, siempre conminando a Jamsie a hacer algo: dejar el trabajo, hacer un viaje, odiar a tal o cual persona... pero, con mayor frecuencia, a "dejar entrar a Ponto".

Jamsie tiene clara memoria de cierto incidente. Había regresado a su casa bastante tarde cierta noche. Ponto se presentó en la mesa de la sala y pasó cerca de una hora haciendo malabarismos con frases y palabras y bloques coloridos de sonidos —o por lo menos así le parecía a Jamsie— aventándolos en el aire. Luego, a medida que Ponto se fue haciendo más intenso, empezó a salmodiar una cantinela que rechinaba terriblemente en los oídos de Jamsie, una especie de "ritmo y gruñido". Repetía una palabra una y otra vez con un pequeño gruñido rítmico después de cada vez. Empezaba:

—Déjame entrar —luego una y otra y otra y otra vez—. Dej-puh dej-puh dej-puh me-puh me-puh me-puh en-puh en-puh en-puh trar-puh trar-puh trar-puh! —Aquel tamborileo era una tortura para Jamsie. Por último, le gritó que se callara.

En los meses que siguieron, Jamsie fue sometido a repetidas actuaciones de ese tipo, en ocasiones una vez a la semana. Cada vez, Jamsie no tenía más remedio que gritar y dar verdaderos alaridos a fin de silenciar a Ponto. Los vecinos empezaron a quejarse del ruido que armaba.

Ya era muy tarde, cierta noche de diciembre de 1963, después de haber soportado a Ponto durante largo rato, a pesar de que tenía los nervios destrozados, cuando, Jamsie casi no podía creerlo, al fin, Ponto guardó silencio por algunos instantes. Jamsie aprovechó aquella tranquilidad que tan necesaria le era.

Pero, demasiado pronto, empezó a escuchar un nuevo ruido. Prestó atención. Podía oír con toda claridad la voz de Ponto, pero entonces parecía haber sido cogida en una babel de voces similares a la suya propia.

No podía entender lo que se decía. Había muchas carcajadas y exclamaciones. Pero todo aquello le recordaba allá, cuando solía escuchar el radio en su casa, por la década de 1930, y no percibía nada sino una corriente más alta o más baja de estática, junto con voces indistintas y lejanas.

Cuando aguzó el oído, se produjo una pausa y un silencio. Luego, la voz de Ponto le llegó desde la cocina:

—Jamsie, ¿te importaría si alguno de mis amigos y familiares se nos unieran? Después de todo, nos vamos a casar, ¿no es cierto? y bastante pronto ¿verdad?

Aquella babel de voces se inició de nuevo y parecía acercarse a la puerta de la sala. Por un instante Jamsie se quedó helado; luego, poseído por un pánico ciego, se puso de pie, corrió hasta la puerta, se subió a su auto y se marchó a toda velocidad hasta el puente Golden Gate. Su mente estaba paralizada, pero sus emociones eran un verdadero remolino. Se sentía helado, indeseado, perseguido, desesperado. Ya no podía tolerar más aquello. Quería escapar. Se detuvo a mitad del puente.

—No tiene caso, Jamsie.

Jamsie conocía aquella voz. ¡Oh, Dios! Hubiera querido llorar. Ahí estaba, columpiándose en el maldito barandal.

—No tiene caso, amigo mío. Tú y yo tenemos todavía mucho que hacer antes de que tu vida concluya. ¿Por qué no piensas que yo voy a ser tu familiar? ¿Y para qué quieres morir tan joven? ¡No seas necio!

Jamsie se volvió. Por primera vez tuvo la sensación de haber sido derrotado por Ponto. Regresó a su casa lentamente. No tenía prisa. De todas maneras, no sabía qué hacer. Pensó en Mark. Pero ¡caramba! el sicólogo no había ayudado. ¿Qué podría hacer Mark por él? Ponto no volvió aquella noche, pero fue apenas un brevísimo descanso para Jamsie. La noche había sido siempre una gran fuente de energía y recuperación para él; aun cuando Ponto había ido invadiendo su vida un poquito más cada vez, siempre habían quedado algunas horas de la norhe en las que Jamsie estaba solo, en relativa paz, y podía descansar. Ponto jamás se había quedado toda la noche sin antes pedirle su consentimiento.

Pero ahora Ponto insistía: tenían que ser amigos íntimos. Jamsie no alcanzaba a comprender claramente qué era lo que aquello significaba. Pero sí significaba que se quedaría por las noches en el apartamento. Y por alguna causa que escapaba a la comprensión de Jamsie, Ponto quería que él consintiera en ello. Se iban a casar, ¿no era verdad? Iban a hacer aquello perfectamente legal, ¿o no? Así decía Ponto, sonriendo a su manera torcida.

Al cabo de varias semanas de aquel golpeteo, Jamsie estaba ya maduro para adoptar una decisión radical. Cualquier cosa sería preferible a esta tortura. ¿Debería concluirla suicidándose? ¿O sería mejor llamar por teléfono al padre Mark? ¿O simplemente debería ceder a las peticiones de Ponto y ver qué resultaba de aquello?

La peor de aquellas sesiones con Ponto ocurrió el primero de febrero. Ponto se instaló en la recámara de Jamsie, el cual pasó la noche caminando arriba y abajo por la sala, haciendo café para mantenerse despierto, discutiendo en voz alta con Ponto, llorando constantemente, fumando y bebiendo de manera intermitente. Pero no podía librarse de Ponto, ni tampoco era capaz de tomar una decisión: necesitaba tiempo. Era la presión a que Ponto lo sometía para que se decidiera lo que estaba aplastando su espíritu.

Por último, decidió hacer tiempo a fin de pensar y analizar todo aquello. Pediría en la estación un permiso para ausentarse. Durante aquella ausencia, examinaría todos los acontecimientos de los últimos años, consultaría de nuevo con el siquiatra, vería al padre Mark y lograría el suficiente dominio de sí mismo para

adoptar alguna decisión acerca de la manera más inteligente de actuar.

A la mañana siguiente, cuando llegó a la estación, bastante temprano, y se dirigió a ver a Jay Beedem para pedirle algunos días de descanso, sus dificultades adoptaron una nueva forma.

Beedem habló sin levantar la cara de las notas que estaba leyendo. Había observado el comportamiento cada vez más peculiar de Jamsie durante aquellas últimas semanas, según dijo. No creía que una breve ausencia fuera la solución. Desde luego, Jamsie contaba con algunas vacaciones ya vencidas. Pero, en su opinión, si Jamsie seguía creando aquella tensión entre los otros empleados de la estación, no le quedaría más alternativa que despedirlo.

El tono no era ni amable ni grosero. Era neutro. Muy frío. Impersonal.

Jamsie aún pensaba que lograría llegar a Beedem si sólo pudiera darle una idea de las dimensiones del problema personal que lo estaba torturando. Pero cuando lo intentó, Beedem lo interrumpió lenta y enfáticamente:

"Si usted no es capaz de adoptar la decisión correcta en sus asuntos personales, tampoco es digno de que se le confíen cuestiones que involucran a nuestros clientes y a nuestros oyentes".

Luego, levantó la cabeza por vez primera desde que Jamsie había entrado a su oficina. Este trató de encontrar algún brillo, alguna luz de esperanza para él. Pero los ojos del hombre estaban completamente en blanco. Absolutamente. No era una metáfora. Podían haber sido hechos de vidrio pintado, salvo que, a diferencia del vidrio, no reflejaban los objetos de la oficina que los rodeaban, ni la luz de las ventanas.

Jamsie comprendió al instante que no tenía caso esforzarse por llegar a Beedem. Dijo algo acerca de aprovechar las vacaciones que había perdido. Beedem volvió a sus notas.

Cuando Jamsie cerró la puerta al salir, echó una rápida mirada hacia atrás: Beedem se había sentado muy derecho en su silla, los ojos fijos en Jamsie, mirándolo firmemente. Pero Beedem estaba viendo a través de él, pensó Jamsie. ¿Pero qué significaba aquella mirada de odio y desprecio en los ojos de Beedem? ¿O era simplemente una reacción natural del abrumado gerente de la estación a otro problema personal de algún empleado?

Cuando iba por el corredor hacia su oficina, Jamsie trató de recordar parte de la conversación de sobremesa que tuviera con Mark. Le pareció ser el único, entre todas aquellas personas que había conocido, que se había interesado en su problema y que sabía lo que debía hacerse para resolverlo. Pero ahora todo aquello estaba confuso en su mente. Se sentó ante su escritorio. Trató de aclarar sus ideas. Deseaba repasar todo lo que le había ocurrido desde que empezara a trabajar en la estación. Sus pensamientos eran un verdadero remolino. No podía pensar con lógica. Palabras tales como "bien", "mal", "Satán", "Jesús", "Ponto", "matrimonio", "posesión", "libre albedrío", giraban y tropezaban dentro de su cabeza. Le era imposible alinearlas. Luego, "Beedem" empezó a flotar y a ocupar su mente. ¿Beedem? Así, con un gran signo de interrogación. "¿Jay Beedem? ¿Jay Beedem? ¿Jay Beedem?"

—Jamsie, tengo ya arreglado el programa para el mes próximo —era Cloyd, su productor—. Jamsie miró hacia arriba, estúpidamente, y murmuró:

—¿Jay Beedem?

—Oh, él ya lo vio. Está aprobado. Todos estamos listos. ¿Quieres estudiarlo?

Jamsie tomó el programa. Pero le era imposible concentrarse ahora en aquello.

—Yo te avisaré, Cloyd —fue todo lo que pudo decir.

Cuando se quedó solo, hizo un nuevo intento. Pero era inútil. Podía ver la cara de Mark, la cara de Jay Beedem, la cara de Ponto, la suya propia, la de Ara, la de Lidia, la de Cloyd. Y de nuevo la de Jay Beedem, con aquella mirada de desprecio y odio. Pero ahora *todas* eran signos de interrogación.

Lentamente, Jamsie empezó a calmarse, y trató de poner algunas cosas en orden, por lo menos. Estaba Mark en lo justo, y se le estaba invitando a dejarse poseer? ¿O acaso ya había sido poseído? ¿Acaso era Mark otro sacerdote más que trataba de convertirlo? ¿O quizá en alguna parte el sicólogo había estado en lo justo? ¿Acaso era él un paranoico o un esquizofrénico? ¿Acaso todo era invención suya?

Todavía inquieto, sus pensamientos volvían a Beedem. ¿Qué era, después de todo? ¿Acaso otro tipo estúpido sin corazón? No, ese tipo tenía algo más. Y lo tenía en espadas. Hasta este día, cuando Jamsie por casualidad había mirado hacia atrás,

jamás había visto a Jay Beedem expresar emoción alguna. Nada que viniera del interior. En realidad, jamás lo había visto reír.

Empezó a pensar más acerca de Beedem como persona. ¿Qué sabía de él? Beedem era un vendedor nato. Podía hablar en diez mil diferentes lenguas y tonos, por así decirlo, cuando deseaba vender algo. Tenía un humor agudo y cruel, y podía echarse contra cualquiera sin previo aviso y hacerlo trizas en público, sin la menor compasión. Con frecuencia usaba palabras obscenas, como si fueran bonos preferentes que garantizasen la autoridad y exactitud de lo que decía. Las mujeres de la oficina lo evitaban. Había algunas que se habían acostado con él en una ocasión, pero jamás ninguna repetía la hazaña. Era temido o despreciado, aun cuando hacía reír a la gente.

Y el tío Ponto seguía sin presentarse cuando Beedem estaba por ahí. Ponto se presentaba dondequiera ¡caramba! —pensó Jamsie con amargura—. ¿Por qué jamás lo hacía cuando estaba con Jay Beedem? ¿Por qué no hoy, cuando Ponto hubiera podido usar un poco de aquella verborrea con que lo atosigaba?

Había algo en Beedem que atemorizaba a Jamsie. Cierto que estaba enojado. Pero no era aquello precisamente. No alcanzaba a comprenderlo.

Y luego, de pronto, Jamsie vio sus pensamientos alejados de Beedem. Llevaba ya mucho rato preocupado con aquello, pero ahora sintió como si tuviera que resolver el viejo problema de la "expresión", de la "cara chistosa". ¡Maravilloso! Y al igual que en aquella loca noche de Cleveland, ese día tuvo la seguridad de que estaba al borde de descubrir lo que "se le había dicho al respecto". Por vez primera en muchos años hizo un desesperado intento para reunir todos sus recuerdos a fin de formar con los fragmentos una especie de esbozo maquinal.

Una y otra vez, sentado ante su escritorio, creyó que ya lo tenía. Sus nudillos estaban blancos por la fuerza con que se agarraba a los brazos del sillón, en el esfuerzo por recordar. Pero cada vez, aquellas partículas se le escapaban. Estaba sentado en la silla, agachado, tratando inútilmente de trazar ese esbozo mental; y lentamente, pedazo a pedazo, los fragmentos empezaron por último a caer en su lugar y a quedarse ahí.

Pasado un rato, Cloyd se detuvo de nuevo ante la puerta de la oficina de Jamsie. Lo encontró sumido en un extraordinario esfuerzo de concentración, quejándose, murmurando para sí mis-

mo. Al ver que no podía llamar su atención, se asustó y corrió a buscar ayuda. Encontró a dos de los ingenieros de la estación, y juntos los tres se quedaron viendo a Jamsie, preguntándose qué debían hacer.

Mientras tanto, Jamsie estaba totalmente absorto en su esfuerzo. Sentía que estaba ya al borde del descubrimiento. Pero, de pronto, todos los fragmentos se separaron y formaron una larga línea dentada, en cuyo final estaban los ojos de Jay Beedem.

Luego, de nuevo, en una especie de relámpago, la línea de fragmentos pareció escapar por su oído derecho, dirigirse a la ventana y desaparecer en el azul del cielo. Lo último que vio de aquello, era la cara de Jay Beedem por una vez partida en dos por una risa de oreja a oreja que flotaba a la cola de aquella línea.

Jamsie se llevó las manos a las orejas. Estaba gritando: era un grito de protesta y de ira.

Por último, escuchó la voz de Cloyd, que le llegaba desde muy, muy lejos:

—¡Jamsie! ¡Jamsie! ¿Te sientes bien? ¡Jamsie! ¡Despierta! —Sintió sobre él tres pares de manos, y miró los asustados rostros de Cloyd y de los dos ingenieros.

—¿Qué sucede? —era Jay Beedem, tranquilo, desapasionado, molesto y aburrido, todo a una.

Se detuvo en la puerta y con un ademán invitó a los otros a salir.

Dijo a Jamsie con tonos casi paternales que debería descansar el resto del día.

Se sentía totalmente vencido. No había resuelto nada. Nada había comprendido. Era idiota que las cosas salieran volando de su cabeza una vez más. Y ni siquiera había logrado el permiso para ausentarse. ¡El resto del día!... muchas gracias, pensó.

Se puso de pie, melancólico y abatido, casi al borde de las lágrimas. Jay Beedem se hizo a un lado. Jamsie salió a tropezones de la oficina, marchó por el corredor y salió al estacionamiento hasta su auto. Fue su último día en la estación. Jamás volvería a ver a Jay Beedem. Pero en ese momento, Jamsie no podía pensar siquiera cinco minutos adelante.

En el momento en que entró a su departamento, supo que Ponto estaba por alguna parte... le dio en la nariz aquel olor tan singular.

—¡Vamos, Jamsie, no te enojes! —La voz salió del armario del pasillo—. Pienso seguir ausente hasta que tú me llames. No te enojes. Lo que debes hacer es meditar las cosas fríamente.

Jamsie se animó un poquitín. Pero la fatiga lo venció y cayó en la cama. Al cabo de cinco minutos estaba completamente dormido. Eran casi las siete de la mañana del sábado, cuando despertó, intranquilo. Estaba seguro de que un ruido lo había despertado. Escuchó unos instantes. Luego oyó un ruido como de hojas o como si rascaran, que venía del armario donde Ponto había estado la noche anterior.

Jamsie sintió que se apoderaban de él la tensión y la sospecha. ¿Qué estaba haciendo Ponto? Fue de puntillas, y escuchó un momento. Luego aventó la puerta corrediza del armario. Lo que vio lo dejó paralizado de disgusto y de ira, pero en un grado que jamás antes había sentido, ni siquiera en sus peores momentos con Ponto. Éste se había sentado encima del viejo icono y estaba arrancando los pedacitos de mosaico que formaban el rostro de la Virgen. Ya había arrancado los ojos, y ahora estaba muy ocupado con la boca.

Cuando Jamsie lo miró, se interrumpió con la mayor tranquilidad, una de sus uñas encajada en el fragmento de mosaico.

—No vamos a necesitar ya esta basura, Jamsie, cuando vivamos juntos tú y yo, ¿verdad? —y sonrió con gran seguridad. El olor se condensó en la nariz de Jamsie—. Después de todo, yo no puedo pasar la noche con esta cosa a mi lado, ¿no es cierto? —Ponto hizo un gesto que quiso ser gracioso. A Jamsie todo se le puso rojo. Todo el resentimiento que se había acumulado en su interior desde su más temprana adolescencia: la ira de sentirse atemorizado, la frustración sufrida por causa de aquella "cara chistosa", la decepción que le hicieran sufrir su padre y su madre y el deseo que tenía de librarse de Ponto y de sus importunidades, su eterna soledad, todo esto estalló de pronto en su interior, llenando su mente de náusea, de asco contra cualquiera otra cosa de la vida. En ese momento su voluntad se afirmó rígidamente en una decisión que lo impulsaba hacia la muerte como la única esperanza de liberación y de descanso.

Por un instante estuvo de pie, meciéndose a un lado y otro, con dolor de cabeza. Luego estalló en una rabia desesperada que lo impulsó como a un loco, y jurando y maldiciendo en voz alta bajó como bólido las escaleras, hasta su automóvil.

EL COCINERO DE SOPA DE HONGOS

No hubo nada desusado en la infancia del padre Mark A., ni tampoco en lo que a su familia se refiere. Mark es neoyorkino de nacimiento. Su padre, que aún vive, es un yanqui de Maine que se estableció en Nueva York después de la Primera Guerra Mundial. Su madre, ya muerta, fue una Kelly de Tennessee. Su familia llegó a Estados Unidos procedente de Irlanda en las postrimerías del siglo XVIII. Ella se educó en Kansas City. Cuando vino a Nueva York a vivir con unos parientes, conoció al que habría de ser su esposo. Él trabajaba en una importante empresa de contadores.

Mark fue el tercero de cinco hijos. Sus dos hermanos aún viven en Nueva York. Una de sus hermanas casó con un fabricante suizo y vive en Zurich. La otra hermana, monja misionera, estaba en las Filipinas cuando estalló la Segunda Guerra Mundial. Sobrevivió en un campo de concentración japonés, pero quedó sumamente débil, y murió en Manila una vez acabada la guerra.

Vistas las cosas en conjunto, nadie hubiera podido sospechar que una persona con antecedentes tan comunes y corrientes como Mark fuera la única capaz de creer y comprender el problema de Jamsie, ni que la prosaica profesión de su padre, la de contador, sería el eslabón casual que habría de cerrar aquella cadena de circunstancias.

En su juventud, después de un año y medio en la universidad, Mark ingresó al seminario diocesano. Siete años más tarde, en 1928, junto con otros ocho compañeros, fue ordenado sacerdote. Pasó diez años como vicario en cuatro parroquias de la diócesis de Nueva York. Llegó a ser conocido como un hombre muy activo y un sacerdote muy eficiente. Era más práctico que místico, un activista décadas antes de que esto fuera la moda, y muy difícil de desalentar. Quienes lo conocieron entonces, lo recuerdan como un hombre de paso elástico, casi gallardo, con claros ojos azules, de gestos rápidos, la palabra siempre a flor de labio, con repentinos arranques de enojo e igualmente rápido para recuperar el buen humor.

Mark mismo nos dice ahora que en aquellos primeros años la vida siempre le parecía estar hecha de "argumentos". Cada situación estaba compuesta de personas y objetos. Uno evaluaba

a la gente y llegaba a conocer los objetos, y luego se trazaba un curso de acción, es decir, un "argumento" para dicha situación. Mark despreciaba todas aquellas ideas tan manidas acerca de "motivaciones" de cualquier "realidad mística". A muchos de sus contemporáneos les parecía el suyo un enfoque demasiado pobre y frágil. Y, desde luego, Mark reconoce ahora que en aquella temprana época era como si su yo interior estuviera cubierto por una dura corteza protectora que nada podía atravesar. Era impermeable a cualquier llamado emocional; y no se dejaba conquistar ni influir por los aspectos intangibles de una situación.

Cuando Mark estaba a punto de ser trasladado a su cuarta parroquia, sus superiores eclesiásticos le dieron la oportunidad de elegir: una parroquia en los suburbios o una en el centro de Manhattan. Mark decidió, sin vacilar, que le gustaría más trabajar en el corazón de la ciudad. Y durante los siguientes diez años se enfrentó a un nuevo conjunto de problemas, totalmente distintos de aquellos a que se había enfrentado en las parroquias de los alrededores en las que ya había trabajado.

En aquel momento de la historia, justamente en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, Nueva York era una meca para todos, y no sólo para quienes tenían intereses financieros y económicos. Servida por 21 túneles, 20 puentes, 16 pontones, seis importantes líneas aéreas, Nueva York recibía 115 000 visitantes en un día común y corriente, y 270 000 delegados que venían de los otros estados a las 500 convenciones anuales que ahí se celebraban; por ferrocarriles, autobuses, aviones y carreteras se vertían en la ciudad y, según un estadístico de la época, si en una noche dada las sábanas en uso de los hoteles se hubieran extendido, habrían cubierto las 369 hectáreas del Parque Central.

Los visitantes podían alojarse en cualquiera de los 460 hoteles con un total de más de 112 000 habitaciones, que costaban desde 25 céntimos en el Bronx, hasta 50 dólares por día en el Rtiz. Y, con o sin la cortés y paciente ayuda de las ocho señoritas que atendían la Oficina de Información Urbana en la tienda de Macy, encontraban el camino a uno u otro de los nueve mil restaurantes de la ciudad, donde podían comer lo que desearan, desde potaje irlandés, sukiyaki japonés y gumbo criollo, hasta smorgasbord sueco, salami húngaro y afgalimono de Cefalonia.

"En Nueva York, un huevo duro solo necesita tres minutos", —solía decir la Oficina de Convenciones y Visitantes en uno de

sus anuncios. Los visitantes descubrían rápidamente el blando centro de aquella maravillosa ciudad. Pero Mark hubo de descubrir que también había un olor a sufrimiento y degradación.

Su parroquia estaba en el centro de la zona de turistas y hoteles. Entre camareras, botones, empleados de mostrador, cajeros, despenseros, jefes de cocina, meseros, meseras y galopines, Mark calculaba que eran 50 000 a 75 000 los hombres y mujeres que trabajaban horarios prolongados e irregulares. Se acostaban cuando la mayoría de los servicios religiosos empezaban. Muchos de ellos desempeñaban dos trabajos al mismo tiempo. No había forma de que estos hombres y mujeres conservaran la religión como parte del programa hotelero. Pero constituía un problema oculto —o al menos un problema en el que a nadie se le hubiera ocurrido pensar— que había sido prácticamente pasado por alto por todas las iglesias.

Y lo que a ojos de Mark acentuaba tanto el problema como el peligro de aquellas personas abandonadas, era la red del crimen organizado —principalmente en el tráfico de drogas, la prostitución y las apuestas— a la que muchos de ellos se veían atraídos incluso contra su voluntad. Era muy fácil pasar de la simple tarea de guiar a visitantes, a la de convertirse en proxeneta para una u otra de las diversas patronas y sus casas de citas; y de proxeneta a agente de apuestas; y de vendedor de drogas a vendedor y distribuidor de las mismas; en todos y cada uno de estos casos, era muy fácil caer y demasiado atractiva la remuneración para no intentarlo siquiera. Aun cuando las investigaciones Seabury, realizadas en 1930, y el desquiciamiento del sindicato de Luciano por Thomas Dewey algún tiempo después aliviaron la situación, no cesó este tráfico en el vicio y el crimen.

El padre de Mark, como contador titulado, manejaba los asuntos de algunos de los principales hoteles de la ciudad de Nueva York. Cuando Mark ocupó su nuevo puesto, su padre le proporcionó cartas de presentación para algunos de sus amigos y clientes en la zona. Era precisamente la apertura que Mark necesitaba a fin de conocer las condiciones que prevalecían en hoteles y restoranes, y de hablar frecuente y fácilmente con el personal. Su mente práctica apreció los principales elementos; su experiencia sacerdotal y su instinto le indicaron qué era lo que podía hacerse para satisfacer las necesidades religiosas de los trabajadores de hoteles y restoranes.

Para cuando llegó la fecha de su siguiente cambio, dos años más tarde, ya tenía una idea más o menos clara de lo que deseaba hacer.

En agosto de 1938 le llegó su oportunidad. Tuvo una larga plática con sus superiores. Tenía una propuesta que hacer: encargarse de una misión especial como capellán extraordinario para el personal de hoteles y restoranes en la ciudad de Nueva York, tal y como expuso su caso, tiene que haber sonado a algo así como irse de misión a tierras de salvajes. Los superiores se sintieron impresionados por su análisis de la situación, y no fue difícil persuadirlos: se tomó la decisión y Mark se marchó a vivir a un curato en el centro de la ciudad. Se le excusó de todos los restantes trabajos en aquella parroquia. Simplemente sería su base de operaciones.

De hecho, su nueva parroquia la formaban todos los hoteles de Manhattan y de Brooklyn Heights. Dividió esta parroquia en seis zonas basadas en una agrupación aproximada de hoteles. La zona de Grand Central tenía como eje los hoteles Commodore y Biltmore, la zona del Penn Station tenía como su eje al New Yorker. Times Square era una zona relativamente contenida en sí misma. El East Side era dominado por el Waldorf-Astoria. El grupo del Parque Central se situaba alrededor del Hotel Plaza y del Sherry Netherlands. Brooklyn Heights giraba principalmente alrededor del St. George, hotel de 2 641 habitaciones.

Sin embargo, Mark no se concretaba exclusivamente a los hoteles y, definitivamente, no todos eran de primera clase. Conocía restoranes, cabarets, salas de baile y hoteles de segunda, tercera e incluso los que no tenían categoría alguna. Era tan conocido como cualquiera de los "regulares" en el cabaret Paradise, en Broadway, y en el Cotton Club de la calle 48 donde, según recuerda, 50 chicas altas y tostadas bailaban al son de la música de Cab Calloway. Conoció el Casino de Paree, de Billy Rose, y era bastante ronocido en salas de baile tales como la Onyx, la Famous Door y la Hickory House.

Así pues, no es extraño que Mark hiciera amistad con algunos de los principales *chefs* de Nueva York (¡y también con algunos de los peores!). En parte como un medio para ayudarse a llegar al corazón y a la mente de algunos de sus "feligreses", Mark comenzó a interesarse por la cocina, e incluso hubo un

día que se descubrió que tenía genuino talento para cocinar y que era una labor que realmente le interesaba. No trascurriría mucho tiempo hasta que descubriera que aquella no era la única parte de su nueva vida que habría de interiorizar y convertirse en parte de él mismo para siempre.

Había salido para atender una llamada nocturna —lo cual era cosa ordinaria en su nueva labor—, cuando tuvo su primer roce con una fuerza que más tarde habría de convertirse en el foco de todos sus esfuerzos. Fue a la cabecera del lecho de una joven prostituta a la que encontraran desangrándose e inconsciente cerca de la Avenida 9 y la Calle 43. Esta, y Sugar Hill, en Harlem, que era donde las mulatas practicaban su comercio, eran las zonas más baratas y más peligrosas en lo que a prostitución se refiere. Mark jamás iba por ahí, salvo que la llamada fuera urgente.

Cuando entró en el mal iluminado cuarto donde yacía la chica, encontró que allí estaba la madre de ella. Ella le indicó un pequeño catre en la semioscuridad de un rincón. La muchacha se quejaba, pues padecía dolores. En las sombras al pie de aquel catre, Mark pudo ver la figura de un hombre que llevaba sombrero y abrigo, y tenía las manos metidas en los bolsillos. Al acercarse Mark al catre, el hombre sacó una de sus manos y la adelantó como si quisiera detenerlo. Mark, de hecho, se detuvo.

—¿Quién es? —preguntó en un murmullo a la madre de la muchacha.

La mujer hizo un ademán negativo con la cabeza:

—No lo sé, padre; solía verlo con ella de vez en cuando. Llegó hace algunos momentos. Pensé que él... —y la mujer calló, incapaz de seguir hablando.

Mark estaba ahora bastante cerca para ver los ojos de la chica en la semioscuridad de la habitación. Estaban abiertos y fijos en aquel hombre de pie ante el catre. La poca luz que arrojaba el único foco que había en la habitación iluminaba una expresión extrañísima en aquellos ojos. Por una fracción de segundo, la mente de Mark le hizo recordar un conejito que había tenido en su infancia. Cierto día encontró al conejito hecho una bola y temblando, mirando al gato que andaba por ahí, cerca de su jaula. El brillo de maldad que tenían los ojos del

gato —su superioridad, su misteriosa atracción sobre él, su crueldad y su desdén— era hipnótico. El terror que paralizaba al conejo era tremendo y patético.

—Ella no lo necesita.

Las palabras venían del hombre que estaba parado al pie del catre. Su acento era natural, el tono autoritario. No había la menor huella de hostilidad, simplemente un absoluto convencimiento. Mark buscó su crucifijo y su pequeña botella con agua bendita, que siempre llevaba consigo; había decidido en ese instante dar a la chica la bendición y dejar las cosas así. No deseaba meterse en dificultades. Quizá ni siquiera fuera católica.

—Basta —la misma voz otra vez, pero en esta ocasión el tono encerraba una amenaza definitiva. Quedaba implícito un "o si no" en aquella sola palabra. Mark estaba extrañado. Quizá el hombre no comprendía. Se volvió y dio la cara a aquella figura oscura, que pareció retirarse aún más en las sombras.

—Pero es que yo... —empezó Mark por vía de explicación.

Jamás concluyó la frase. Todo el "argumento" que viera un momento antes había desaparecido. Y entonces comprendió aquello. La dura corteza pareció haber sido arrancada de su ser interior y logró percibir lo que estaba detrás de aquel "argumento" que se encontraba ante él: la chica, el hombre, la vieja, la miserable habitación y la singular atmósfera que los envolvía a los tres. Se percató al instante de una multiplicidad de relaciones que se tensaban como cuerdas invisibles entre todos los presentes. Se echó para atrás casi aterrado por lo que ahora comprendía. Sabía que de alguna manera la chica estaba atada a aquel hombre. Y sabía que era un lazo que trascendía la atadura de una prostituta a su proxeneta. Por alguna circunstancia, el hombre podía afirmar sus derechos con una autoridad brutal.

La madre de la chica tocó a Mark en el brazo. Ambos salieron de la habitación. Ya afuera, su conversación fue breve.

—No padre —replicó a su pregunta— no es su alcahuete —lo miró con ojos llenos de desesperación—. Yo tenía la esperanza de que usted llegara antes que ellos.

—¿Ellos? —repitió Mark con una nueva sensación de alarma. La madre asintió con la cabeza y lo miró fijamente. Él hizo intento de regresar a la habitación.

—No. —Apoyó suave pero firmemente la mano en su brazo—. No, usted es aún joven. No sabe a lo que se enfrenta. Todavía no

puede usted lidiar con esto. Todavía no —y luego, alejándose de Mark en dirección a la puerta del cuartucho, añadió—: sálvese usted, padre. Ella ya está en sus garras.

Abrió la puerta y luego la cerró entre ambos, antes de que él pudiera hacer más preguntas.

"Usted no puede lidiar con esto".

Jamás olvidó las palabras de aquella mujer. Pero necesitó muchos meses y muchas experiencias antes de empezar a comprender que se había enfrentado más de una vez a casos de posesión. En ocasiones la situación que se le presentaba se parecía a la de aquella chica moribunda, pero no siempre.

Al final del año, Mark fue nuevamente a ver a sus superiores y pidió hablar con el exorcista oficial de la diócesis.

No lo había en ese preciso momento —se le dijo—. Pero según le dijo el funcionario con el que Mark habló, si se suscitaban casos de posesión, ellos llamarían a Mark, dijo esto con ese son de broma que con tanta frecuencia es sólo una demostración de absoluta ignorancia. Después de todo, añadió el funcionario, con todo lo que Mark había observado, si sus sospechas fueran ciertas, era seguro que él mismo ya tenía más experiencia que cualquier otra persona que ellos conocieran.

Quizá el tono del funcionario haya sido ligero, pero el resultado de la conversación fue bastante serio. Ahora, Mark se había convertido en el exorcista oficial de su diócesis. Con interrupciones periódicas en su rutina y algunos viajes a otras partes del país y a Canadá, el ministerio de Mark en Nueva York duró 24 años. Durante ese tiempo desarrolló su conocimiento y habilidad para tratar casos de posesión (real o fingida: siempre decía que de cada cien supuestos posesos, quizá hubiera un solo caso auténtico). Pero, lo que es más importante, se percató de la existencia de todo un mundo del espíritu, acerca del cual nada se le había enseñado en el seminario, y que parecía florecer en aquel oscuro sustrato de la vida en su amada ciudad de Nueva York.

Mark seguía dando la misma impresión de orgullosa objetividad; pero ahora había en él un profundo estrato de conciencia y astucia, y se mostraba abierto y sensible a la más ligera traza de hechicería, en tanto que veía con gran escepticismo las supuestas pretensiones de "atención" diabólica.

Sus más cercanos colaboradores veían con sorpresa (y lo mismo ocurría con sus superiores) que no solía seguir la senda de la mayoría de los exorcistas. Al cabo de unos pocos años de activo ministerio en el exorcismo, la mayoría palidecía, por así decirlo: parecían marchitarse de mil diversas formas; algunos por la enfermedad, otros por un envejecimiento prematuro; e incluso los había que parecían haber perdido la voluntad de vivir.

—Casi la mayoría de nosotros se arrastra lejos para morir tranquilamente —comentó Mark cuando hablamos del tema, una noche en algún lugar. Yo sabía cuán cierto era aquello.

—Y a usted, Mark, ¿cómo es que no le ha sucedido eso?

—Pues verá usted —empezó bromeando—, yo tengo este gran Amigo allá arriba y cuando empiezo alguno de estos exorcismos, él viene conmigo y me toma de la mano —pero al terminar la frase, los ojos de Mark miraban a lo lejos, por encima de mi cabeza, y su expresión no tenía nada de bromista. Era luminosa y se fijaba en algún objeto o persona que yo no podía identificar.

Cierto colega de Mark con el que hablé, y que era su amigo muy cercano desde los días del seminario, me comentó que siempre se habían hecho confidencias. Sin embargo, parecía ser que aquello había cambiado. Me dijo que desde hacía tiempo se había percatado de que la vida interior de Mark había sido invadida por una dimensión de la cual él sabía muy poco y todavía menos podía adivinar.

Pronto, este viejo amigo encontró que Mark parecía muy viejo y profundamente cansado. Para la mayoría de los sacerdotes, como para la mayoría de la gente, el mundo del exorcista es totalmente desconocido. Lo que se paga es incomunicable y puede pasar desapercibido por años, aun para los que lo rodean.

Pero en aquellos días Mark era todavía un hombre joven. Perdió casi todo el pelo antes de los 35, pero lo mismo sucedió con sus dos hermanos. Su salud fue siempre excelente. Hacía ejercicio con frecuencia, y rara vez parecía sentirse adversamente afectado por su trabajo. Durante las dos o tres semanas que siguieron a su primer roce con el espíritu del mal, pareció haberse retirado dentro de sí mismo y estar dedicado a profundos pensamientos. Luego saltó fuera de aquello. Cuando tropezó con su primer caso de un espíritu "familiar" (el sujeto era un proxeneta arrestado por asesinato múltiple), se quedó completamente desconcertado, según ahora lo reconoce.

"El mal fue muy difícil de hallar", recuerda. "Y había allí dos siquiatras que me aseguraban que era un caso clásico de personalidad múltiple". A pesar de la opinión de los siquiatras (que, de alguna forma, parecía ser un poco confusa, según él recuerda) y a pesar de sus propias dudas acerca del caso, Mark decidió intentar el exorcismo basándose en cuatro "síntomas" cardinales: los desórdenes físicos que solían acompañar la presencia del proxeneta, la reacción materialmente incontrolable y violenta del individuo a la vista de un crucifijo, al nombre de Jesús y al agua bendita.

El único tipo de posesión que producía en Mark una extraña e inexplicable tensión fue el que llegó a discernir como "la perfecta posesión". Sus colegas se enteraban de tales casos sólo porque de tiempo en tiempo percibían una singular tensión, muy poco común en Mark. Y a veces le preguntaban, pensando que quizá había sufrido algún accidente, que estaba en algún peligro o que quizá pudieran ayudarle a resolver tal o cual problema. Lo que veían en Mark en dichas ocasiones, según acabaron por saber algunos de ellos, por lo menos, no era tensión nerviosa, sino más bien la intensa vigilancia y cansancio que, según sus amigos pensaban, los afectaba incluso a ellos. En aquellas ocasiones, daba la impresión de una extrema prudencia. Tenía los labios fuertemente apretados, sus ojos estaban velados, su conversación era cortante. Cuando finalmente lograban hacer que se abriera un poco y les daba alguna idea de la condición de aquellos que, según había descubierto, estaban perfectamente poseídos, se quedaban verdaderamente alarmados ante lo negativo de su actitud. También esto era algo muy poco usual en el carácter de Mark.

A toda pregunta acerca de por qué no había posibilidad de misericordia o esperanza en tales casos, Mark procuraba relatar algunas de sus experiencias con los perfectos posesos. Pero, más que nada, lo que retrataba era la realidad de la experiencia en una mirada de tan fuerte y concentrada comprensión, que nadie podía llevar adelante el tema con él.

A la edad de 60 años, Mark solicitó uno sabático. Su salud seguía siendo buena, pero había algo que cambiaba en él. Los años se le habían ido acumulando dentro, y junto con ellos una acumulación de disgustos y resistencias que, por último, ni siquiera él podía pasar por alto.

Su selección para una estancia temporal recayó en San Francisco, donde tenía muchos amigos y conocidos. Para abril de 1963, ya se encontraba instalado en dicha ciudad. Se le dio poco quehacer en la parroquia donde estaba, y pasaba la mayor parte del tiempo al aire libre.

Pero su compasión y sus intereses profesionales despertaron cuando Lila Wood, una de sus conocidas, le habló cierto día con detalle acerca de Jamsie Z., al que conociera recientemente en el estudio de radiotrasmisión donde trabajaba, y que no sólo parecía tener profundas dificultades, sino que era rechazado por todos con mayor o menor cortesía.

Mark hizo a Lila muchas preguntas, hasta que ella acabó por darle un cuadro bastante detallado del extraño comportamiento de Jamsie. Incluso con esta descripción de segunda mano, Mark quedó casi convencido de que Jamsie probablemente era un caso de "familiar".

Lo que más afligió a Mark en su primera y larga plática que tuvo con Jamsie, fue la viva impresión de que, de no ser por un milagro o un exorcismo, Jamsie Z. iba en camino de permitir la total posesión por su insistente "familiar", o de suicidarse como la manera más fácil de librarse de una vez para siempre de todos sus sufrimientos. Mark conocía los síntomas. Y, lo que es más importante, con el paso de los años había adquirido un instinto que le permitía apreciar el punto crítico de la posesión por un "familiar". Ese instinto era como el que los pintores desarrollan para el color, el tono y la intensidad cromática. Es un instinto que no puede ser enseñado, sino que sólo puede adquirirse con la experiencia.

Las personas martirizadas por las insinuaciones de un "familiar", en las etapas extremas de dicho martirio y justamente antes del resultado final, suelen empezar a tener débiles percepciones de una figura o fuerza más potente, como una sombra mayor producida por el "familiar" o por el que sigue a ese "familiar". Después de la inconfundible experiencia de Jamsie Z. a la orilla de la fuente, Mark comprendió muchas cosas: resultaba indudable que Ponto era absolutamente real en la mente de Jamsie; tampoco cabía dudar de que él mismo, Mark, cometería un error fatal si se dejaba engañar por las dificultades tan extravagantes e increíbles por que pasaba Jamsie, o si rechazaba sus ataques de ira y su comportamiento extraño como el compor-

tamiento de un sicópata; era indudable que Jamsie había llegado al punto crítico.

El exorcismo en el que estuvieron involucrados Jamsie Z. y el tío Ponto careció de muchos de los elementos violentos, escatológicos y pornográficos que suelen acompañar otros tipos y casos de posesión. La lucha se libraba en un plano distinto, e involucraba a un género de espíritu diferente, y concernía a una posesión cuya intensidad se había logrado casi a lo largo de toda una vida.

Mark había aprendido por experiencia que el grado de inteligencia y conocimiento que suele caracterizar a los "familiares" es muy bajo, llegando incluso a veces a ser del nivel de un niño medio idiota. Los "familiares" parecen poseer apenas una pequeña cantidad de conocimientos concretos y muy poco poder de previsión o anticipación. Parecen estar sujetos por reglas fijas y depender estrictamente de una inteligencia "superior" acerca de la cual hablan con frecuencia y a la cual Ponto, por ejemplo, tenía que recurrir cada vez que había una crisis.

El "familiar" da la impresión de un débil reflejo en el espejo, por así decirlo, de un ser más grande. Tan grande parece ser esta dependencia del "familiar", que jamás es él quien se enfrenta directamente al exorcista.

Este atributo del espíritu "familiar" en particular complicaba los esfuerzos de Mark. Quería decir que estaba trabajando por poder, o con un representante. Jamsie era el único que podía oír o ver al tío Ponto, y Jamsie era quien tenía que darlo todo a entender verbalmente a Mark. Ponto podía escuchar y ver a Mark, pero sólo cuando su "superior" ocupaba su lugar era que Mark podía tratar directamente con el mal espíritu.

Al seleccionar los trozos del exorcismo de Jamsie Z., la elección recayó primordialmente en aquellos intercambios que ponen de manifiesto dos puntos concretos: primero, el proceso de la posesión de Jamsie, y segundo, las relaciones tan extremadamente complejas que implica este tipo de posesión: la relación de Ponto, como el "familiar", con Jamsie, como el poseso, por una parte, y la relación tanto de Jamsie como de Ponto con el "superior".

La experiencia tenida por Mark en casos de posesión por espíritus "familiares", le había enseñado que existe una notable diferencia entre el exorcismo de un "familiar" y el de otros

tipos de espíritus malignos. Las otras clases de posesos se encuentran casi totalmente privados de libertad. Son salvados únicamente por una corriente de la gracia, canalizada a través de la actuación del exorcista. Pero la víctima del "familiar" está casi poseída por el dicho "familiar", hasta que finalmente consiente en que el "familiar" lo "comparta". Incluso entonces, la pérdida de dominio sobre su yo interior no parece ser tan profunda que el contacto con el exorcista sea para todos los fines y propósitos imposible para él, como suele suceder en otros tipos de posesión, en los cuales el mal espíritu se "oculta" tras la identidad de la víctima y responde *en lugar de* ésta. En este tipo de posesión, es casi como si el espíritu "superior" se "ocultara" detrás del espíritu "familiar".

Por tanto, puesto que está relativamente libre y no está fuera de contacto con el exorcista, la víctima del "familiar" *debe mostrarse activa* en su propio exorcismo. De hecho, es ella quien debe ser la causa última de su propia liberación al aceptar de Dios la salud y la salvación. Y, en este sentido, en tales casos el exorcizado es el que permite al exorcista llevar a buen fin su tarea.

Mark pasó mucho tiempo explicando a Jamsie esta peculiaridad de su exorcismo. Jamsie, al igual que muchos otros, jamás había reflexionado acerca de su libertad. Para él, el libre albedrío era un término vago y abstracto. Mark necesitó mucho tiempo y esfuerzo y explicaciones para que Jamsie comprendiera que se vería obligado a ponerlo en acción. Tal era la opción básica del libre albedrío. Mark sólo podría indicarle a Jamsie *cuándo* debería realizar el tremendo esfuerzo de voluntad. Sólo Mark podría saber el instante preciso en que Jamsie debería realizar esa elección con los mejores efectos.

Una peculiaridad de este exorcismo tuvo que ver con un truco de Ponto que tenía la misma traviesa calidad de todas las diabluras que tanto habían abrumado a Jamsie. El exorcismo sólo pudo realizarse una vez puesto el Sol. A decir verdad, no siempre era posible empezar inmediatamente después del crepúsculo; quizá Ponto no respondiera o no se hiciera presente por un buen rato. Y no era posible continuar el exorcismo después de la salida del Sol. Esto no habría de ser considerado por Mark como rasgo típico de dicha clase de posesión: simplemente, un rasgo de malicia por parte del tío Ponto y de su "superior". La noche tenía para Jamsie terrores de los cuales

se veía libre durante el día. Aquello era una verdadera ganga para Ponto y su "superior".

Por otro lado, durante las horas del día Mark tenía tiempo suficiente para consultar al siquiatra que había tratado a Jamsie. También hizo que Jamsie fuera cuidadosamente reconocido por un médico que él mismo eligió.

El siquiatra se mantuvo firme en su conclusión de que Jamsie no sufría de nada parecido a la paranoia o la esquizofrenia. Y por último, durante el exorcismo, Mark descubrió que aquel tío Ponto que Jamsie veía y escuchaba lo informaba minuciosamente acerca de cosas que Jamsie no podía haber sabido ni adivinado.

Cada sesión del exorcismo se realizó en el sótano del curato, donde habitualmente no había probabilidades de interrupción por el mundo exterior. Jamsie se sentaba en una silla de cocina, ante una mesa, salvo durante la última parte del exorcismo. Los auxiliares eran cuatro: un sacerdote más joven que Mark, que había sido puesto a su servicio, dos jóvenes amigos suyos que trabajaban para un bufete y el médico de la localidad, de cuyo criterio consideraba Mark que podía fiarse.

El exorcismo de Jamsie duró más de cinco días.

Mark empezaba siempre la sesión con el *Salve Regina,* una oración a la Virgen, y concluía con el *Anima Christi,* oración a Jesús. Sólo en las dos últimas sesiones hubo objeciones violentas expresadas a través de Jamsie a dichas oraciones.

Las tres primeras sesiones del exorcismo estuvieron llenas de discursos absurdos del tío Ponto (todos ellos puestos en palabra por Jamsie). Mark tomó su tiempo, pues tenía la seguridad de que podía permitirse el lujo de esperar. Sabía que más tarde o más temprano Ponto tendría que retirarse, y entonces intervendría su "superior". Esto fue lo que sucedió en la cuarta sesión

EL TIO PONTO

Eran las cuatro con quince minutos de la mañana, justamente una hora antes de la salida del Sol. Mark había iniciado la cuarta sesión poco después de la medianoche. Durante cuatro horas había estado bombardeando a Ponto con preguntas planteadas a través de Jamsie, pero Ponto las había eludido con cháchara y patochadas.

En este tardío momento de la sesión, Mark vio que Jamsie se enderezaba en la silla y miraba hacia un lado. Para Mark aquello era obvio: Jamsie estaba viendo ahora a alguien más que a Ponto. Este fue la primera grieta, el primer signo de debilidad, el primer indicio de que quizá el "superior" de Ponto viniera en su ayuda. Tal vez ese bombardeo de preguntas hechas por Mark no hubieran dado tan lejos del blanco, después de todo. La mente de Mark corrió hacia atrás revisando las últimas preguntas y esfuerzos por quebrantar al tío Ponto. La única cosa que, según cabía suponer, había evocado al "superior" del tío Ponto, fue que en respuesta a una sarta de tonterías dichas por éste, Mark había replicado en tono de profundo desdén:

—Hemos llegado ya al fin de tu inteligencia. Ya no tienes más defensa ni más explicaciones de por qué esta alma humana debería aceptarte como "familiar". Te estás repitiendo. Eres una nada y peor que nada comparado con el poder de Jesús. En *su* nombre yo te digo: tienes que que marcharte y dejar a esta persona y volver a quien te envió. Tú y él han sido vencidos por Jesús.

—Es la sombra, padre —dijo Jamsie—. Los ojos fijos, casi trasfigurados. La mirada de aquella triste y joven prostituta, a la que viera casi 30 años atrás, fija en el hombre parado entre las sombras al pie del catre, apareció por un momento en el rostro de Jamsie, tan semejante era.

Mark prosiguió inexorable:

—Tú estás completamente a la merced de Jesús. Tú y todos aquellos asociados contigo. Jamsie, sin embargo, está protegido. Pero tú no tienes a alguien más grande, no hay nadie que pueda redimir tu estupidez —miró a Jamsie—. ¿Qué ocurre, Jamsie? ¡Dímelo! ¡Rápido! —Mark temía que Jamsie quedara paralizado por el temor, o por algún poder que Ponto tuviera sobre él, o, como ya había ocurrido en otros casos semejantes, que Jamsie cayera inconsciente antes de poder decirle lo que sucedía.

—Está diciendo tonterías, padre —repitió Jamsie con dificultad.

Jamsie empezó a respirar con ritmo entrecortado, como si ello le costara trabajo. Después empezó a encogerse y a concentrarse en sí mismo. Se llevó las manos al cuello, como si quisiera sostenerse la cabeza. Su rostro se puso rojo. El doctor miró a Mark, pero no se movió. Los dos jóvenes ayudantes se agitaron,

dispuestos a saltar en ayuda de Jamsie. Mark los tranquilizó con un gesto y prosiguió:

—Estamos convencidos de que es mejor para Jamsie morir con la bendición de la Iglesia, que vivir en tales condiciones.

—¡No, no! —era Jamsie, que repetía a Mark lo que decía Ponto, si bien con grandes dificultades—. No puedo fracasar. Debo tener mi casa. Ellos no permitirán que esa Persona... —Jamsie se interrumpió y empezó a boquear y a asfixiarse.

Mark prosiguió:

—Sabemos que Jesús, el Señor de todas las cosas, viene a expulsarte, miserable y ruin entecillo, a expulsarte y a enviarte de regreso indefenso y estúpido al sitio de donde viniste. A Jesús nadie se le puede oponer.

Mark se detuvo. Jamsie había cerrado los ojos. Sus manos cayeron a sus costados en un gesto de desamparo. Comenzó a deslizarse hacia el suelo.

—¡Pronto! —ordenó Mark—. ¡Acuéstenlo en el catre!

Al deslizarse de la silla, el cuerpo de Jamsie quedó atorado entre ésta y la mesa, y no cayó completamente al suelo. Las manos, hechas puño, estaban fuertemente cogidas del cuello. La cabeza había caído sobre el pecho, tenía los hombros agachados, las rodillas dobladas, los dedos de los pies abiertos y rígidos. Era una torcida masa de ángulos agudos y curvas extrañas. Al principio, tanto los ayudantes como Mark, pensaron que Jamsie simplemente se había atorado en una postura difícil entre la mesa y la silla. Sin embargo, después de un momento de esfuerzos y de examen, se percataron de que no podían mover su cuerpo. Pesaba más de lo que ellos podían soportar. Hicieron la silla a un lado, y también la mesa. Jamsie cayó pesadamente al suelo, como si lo hubiera atraído un imán invisible. Durante todo este tiempo, tenía los ojos abiertos y miraba fijamente, sin vida.

Sudorosos y derrotados, los ayudantes miraron a Mark.

Este alzó el crucifijo y en voz alta dijo:

—Yo te ordeno, Ponto, ¡yo te ordeno en el nombre de Jesús! ¡Deja libre a esta criatura de Dios! ¡Cesa de clavarlo al suelo! ¡Déjalo! ¡Yo te lo ordeno!

De pronto, el cuerpo de Jamsie se relajó. Su cabeza se volvió hacia un lado, puso los ojos en blanco, aflojó las manos y sus brazos cayeron a los costados, sin vida.

Rápidamente, los ayudantes lo levantaron y lo acostaron en el catre.

—Átenlo —dijo Mark. Luego, dirigiéndose al doctor—. Examínalo, Tom. Simplemente para asegurarnos. ¿Quieres?

El doctor tomó el pulso a Jamsie y miró a Mark con temor.

—Calma, Mark, calma. Lo tiene muy bajo. No puedo saber hasta qué grado si no lo examino un poco más. Tómalo con calma.

Mark hizo un gesto de asentimiento. Sabía que estaba a punto de romper la resistencia del tío Ponto. Hizo a todos un ademán para que se hicieran hacia atrás. Tomó el frasco de agua bendita de manos del joven sacerdote que lo ayudaba y, levantando la mano, se puso frente a Jamsie, que estaba echado en el catre.

Mark roció agua bendita sobre Jamsie, con tres ademanes deliberados: parecía que arrojara una granada cada vez. Y cada vez pronunció en rápida sucesión las palabras más severas. Se estaba dirigiendo al "superior".

—Cobarde furtivo. Asqueroso traidor. Rebelde vencido. Sal detrás de tu miserable *secundo,* de tu miserable criado. Sal y avergüénzate una vez más. Vencido una vez más por Jesús. Nuevamente arrojado al Pozo.

Cuando sus asistentes lo miraron, se dieron cuenta de que en ese momento Mark había sufrido una total trasformación. Hasta aquel momento, había hablado en voz baja, con cautela, y cada palabra y cada expresión habían sido dichas después de una ponderada pausa. Ahora parecía haber añadido un codo a su estatura. Al mismo tiempo, parecía haberse encogido. Su rostro era duro; apenas si abría la boca al hablar. Y oyendo la cinta magnetofónica se tiene una repentina e inesperada sensación de agresividad, de odio fiero y de desprecio en el tono de voz de Mark.

En respuesta a Mark, de Jamsie empezó a salir un quejido muy lento y muy débil. Gradualmente ganó en velocidad y en volumen, aumentando en tono y resonancia. El cuerpo de Jamsie se sacudía y vibraba bajo las correas que lo tenían atado al catre.

—¿O acaso eres tú también el *secundo* de Jesús? —prosiguió Mark en ese mismo tono letal. ¿Un auténtico *secundo* de su triunfo? ¿Traidor y Padre de Mentiras, prometedor de vanas victorias? ¿También has sido quebrantado por...?

Mark no pudo proseguir. Sus insultos habían dado en el blanco. A través de la abierta boca de Jamsie, todos los ahí presentes pudieron escuchar ahora una serie de palabras distantes y mezcladas, cada una de ellas arrancada de una garganta acidulada, que pasaban por una lengua despectiva y eran arrojadas de manera consciente y deliberada a sus oídos, como agudas flechas de desprecio. Todos sintieron aquel desprecio, y todos ellos lo temieron.

—Pedazo de lodo. Cachorrillo de animales ayuntados. Bestia parlante. Que oras por un extremo y cagas por el otro. Que dependes de la misericordia. Que pides perdón...

El desprecio era como un ácido que corroyera a todos los presentes.

—...que apestas a establo. Que te pudres para convertirte en un cadáver hinchado. ¡Cállate! ¡Retírate! Déjanos a nosotros este animal, el Altíííííísimo...

Esa sílaba de la última palabra fue emitida en una larga nota que tenía el dejo de un quejido de tristeza. Mark lo observó, y adoptó el único camino abierto: el ataque.

—Declárate, en el nombre de Jesús! —Una larga pausa. El rostro de Jamsie estaba completamente exangüe, demacrado. El joven sacerdote se aprestaba a decir algo, cuando la voz habló de nuevo.

—Jamás nos hemos rendido a poder alguno. Y jamás lo haremos...

—Entonces iniciaremos el exorcismo, para echarte como maldito que eres, para expulsarte a ti y a todos los tuyos en el nombre de...

¡Nooooo! De nuevo aquella nota lamentosa. La voz había perdido su desprecio. Había en ella un repentino sentido de urgencia, casi de anhelo.

Mark había abierto un buen boquete con su ataque, y lo sabía, y se apresuró a saltar por él con los dos pies.

—¡Tu nombre! —La orden de Mark se produjo antes de que concluyera aquel lamentoso "no".

—Los nombres son para...

—¡Tu nombre! ¡Por la autoridad de la Iglesia de Jesús, tu nombre, te lo ordeno! —Mark no gritaba, no obstante lo cual su voz llenaba toda la habitación.

—Somos... —de nuevo aquella nota lamentosa, pero esta vez con la resonancia de un rugido—. Todos somos del Reino. Ningún hombre conoce el nombre. Somos todossssss...

La "s" final se repitió y se repitió como un eco, hasta que finalmente murió.

—¿Cómo te llamaremos entonces? —Mark insistía—. En el nombre de Jesús, ¿cuál nombre vas a obedecer? ¿En el nombre de Jesús, ¿cuál nombre obedecerás?

—Multus-a-um. Magus-a-um. Gross-grosser-grossesste. Setenta veces. Legión Setenta y Siete. Todos...

—¿Multus? ¿Obedecerás bajo este nombre en el nombre de...?

Mark fue interrumpido por Jamsie. Repentinamente había despertado, tenía los ojos desorbitados, sanguinolentos, el cuerpo luchando por zafarse de las correas y pateaba con fuerza.

—Siéntense sobre sus piernas —dijo Mark. Así lo hicieron los dos asistentes.

—¡TÍO PONTO! ¡TÍO PONTO! —Jamsie gritaba a todo pulmón, con una desesperación que a todos los dejó helados— ¡TÍO PONTO! ¡NO TE VAYAS! Si te vas, ¿qué me van a hacer? ¡TÍO PONTO! ¡TÍO PONTO!

Mark se hizo para atrás y empezó rápidamente a pensar.

Jamsie continuaba balbuciendo incoherencias. Luego, en voz más baja, como si estuviera agotado por su reciente esfuerzo:

—Sí... pensaban que ibas tras de mí... no, por favor... no hagas eso y... noche, radio con Jay Beedem...

Mark pensaba y pensaba. Se volvió de espaldas Los otros podían ver su rostro cubierto por una expresión completamente absorta. Durante algunos segundos pareció estar en otra parte, haberse apartado por completo de la situación. Luego, inesperadamente, se volvió como un latigazo, su voz resonante de ira.

—¡Multus! ¡Multus! Respóndeme en el nombre de Jesús. ¡Responde! ¡Responde echando a Ponto! —Mark aguardó un momento. Luego, repitió la orden—. ¡Responde! *¡Responde echando a Ponto!* ¡Responde!

Los ojos de Jamsie se nublaron, su cabeza cayó hacia atrás, su cuerpo quedó desmayado. Mark tenía su respuesta. Ahora sabía: para todos los fines y propósitos, Ponto se había marchado; ahora se las había directamente con su "superior". En ese momento, el propósito de Mark era obviamente lograr tanta

información como fuera posible de aquel "superior", a fin de descubrir lo más que pudiera acerca de las enredadas líneas de la intentada posesión de Jamsie y aclarar así la vía para lograr la expulsión del mal espíritu. Multus, como todos los espíritus malignos, no podía soportar la luz de la verdad.

El doctor le escudriñó un ojo a Jamsie, le tomó el pulso e inclinó la cabeza lentamente, previniendo a Mark. Este disparó una serie de preguntas.

—¿Cuándo empezaste a trabajar a Jamsie?

—¿Fue elegido aun antes de nacer?

—¿Cuándo supo que andabas tras él?

—¿Lo supo mucho antes de saber que sabía?

—¿Cómo lograste entrar en él?

—Él lo deseaba. Aquellos que pudieran haberle enseñado lo contrario, fueron corrompidos por nosotros. Pero él optó por ser invadido. Sólo uno se nos opuso.

—¿Quién?

—Jamás lo conoció.

—¿Quién?

—El padre de su padre. Esa función le fue conferida por... —la voz se perdió en aquella misma nota de dolor.

—¿Por quién? —insistió Mark. No tuvo respuesta—. ¿Por quién? —Mark repitió la pregunta, y añadió— ¿Puedo decirte yo por quién?

—Por aquella Persona que está más allá de nuestro alcance. Por el Dueño de toda adoración. Por aquel que jamás recibió, jamás recibirá nuestra adoración...

—¿Eras tú quien hacía ver a Jamsie la "cara chistosa"?

—No. Su protector. Nosotros jamás lo ahuyentaríamos. Somos demasiado poderosos para eso. Era su protector que trataba de ponerlo sobre aviso.

Ahora el tono había cambiado. Había entrado en su voz un nuevo dejo de truculencia. Mark lo escuchó y palideció. Se había atrevido demasiado. La voz continuaba, ríspida. Era como si el propietario de aquella voz se percatara del desconcierto de Mark. Una granizada de rápidas preguntas rebotó ahora en sus oídos, y su mente comenzó a tambalearse bajo el peso de las imágenes que evocaban.

—¿Acaso creías haberte escapado de nosotros, Cocinero de Sopa de Hongos? ¿Crees acaso que ninguna de aquellas sucias

meretrices te cambió? ¿Cuántas veces las has visto con deseo? ¿Recuerdas aquella casa de Harlem y la muchacha de 17 años? ¿Recuerdas cuando te mostró su pubis y tú viste aquellos negros pelos brillando entre las tostadas caderas? ¿Recuerdas cómo te pusiste? ¡Ja, ja! ¡Sacerdote! ¡Sacerdote lascivo! ¡Carboncillo ardiente! ¡Ja, ja! Entonces no hubo oración que te valiera. Y tu Virgen, con su inmaculada concepción, tampoco te sirvió de nada. ¿O acaso te acordaste de colgar el rosario alrededor de aquello para no perderlo? ¡Recuerda! ¿Recuerdas? ¿Recuerdas tus húmedos sueños? ¡Nosotros sí, nosotros sí los recordamos! ¡Y tú también! ¿No crees que ya un pedacito de ti nos pertenece? ¡Sacerdoooooooooote!

Mark soportó una derrota temporal. Materialmente se fue para atrás. Y luego miró a Jamsie: ambos ojos abiertos, la boca abierta en una sonrisa que dejaba de fuera toda su dentadura. Estaba escuchando y riéndose. Mark se percató de la situación. Ponto y su "superior" se marchaban en aquel momento.

El joven sacerdote tocó a Mark en el hombro y señaló la ventana. Pequeños hilillos de luz del sol se colaban desde afuera. Se iniciaba otro día brillante y caluroso.

Mark dejó escapar un suspiro. Media hora más, pensó, y hubiera ensartado al "superior".

—Muy bien. Vamos a dejar esto por ahora, hasta la noche —había recuperado la serenidad—. Nos veremos a las diez en punto. Descansen, porque esta noche es la buena.

Luego, hicieron lo que en todos y cada uno de los días anteriores. Mark recitó el *Anima Christi*. Después, se marchó escaleras arriba para decir su misa. Los cuatro ayudantes se turnaban vigilando a Jamsie. Despertó una hora después de aquello, más o menos, pero no tenía recuerdo alguno de lo que ocurriera. noche anterior.

En la última noche del exorcismo, Mark se había propuesto precipitar los acontecimientos si Ponto demoraba demasiado tiempo en hacerse presente. Tenía un triunfo en la manga. Implicaba cierto riesgo el jugar aquella carta; y en lo que se proponía hacer incurría también en peligro para sí mismo y para Jamsie.

Pero la alternativa era casi tan terrible como peligrosa. Jamsie estaba debilitándose cada vez más en su resolución de soportar el rito del exorcismo, de resistir, de *sobrevivir*. Podía sufrir un colapso total en cualquier momento. A decir verdad, podía caer

en un estado de coma como preludio de una muerte prematura —Mark ya había conocido de tales casos—, o bien, podía emerger en un estado de choque absoluto. En uno u otro caso, Jamsie sería ya inaccesible. Mark mismo jamás podría librarse de la terrible duda acerca de su destino. No habría manera de saber si Jamsie se había convertido en uno de los perfectos posesos, inmune a cualquier toque de la terapia, aislado incluso de la intervención salvadora, atado, momificado y guardado con toda seguridad por un poder del mal que lo poseyera perfectamente. O bien, tampoco podría enterarse de si se habría vuelto loco en el sentido estrictamente sicológico de la palabra. En una u otra de dichas condiciones, sería imposible saber qué tanto percibía del otro mundo, o si era capaz de orar y de ejercitar su fe, cooperando así con la gracia de Dios para lograr la salvación última.

Mark deseaba fervientemente evitar el dudoso y peligroso carácter de semejante final en el caso de Jamsie Z.

Su carta de triunfo consistía en un hecho que se descubrió durante sus investigaciones rutinarias acerca de Jamsie y sus antecedentes generales.

Jamsie había sido bautizado en la casa por su abuela, en el fregadero de la cocina. Había nacido sumamente débil. El médico que asistía a su madre había abandonado la esperanza de que sobreviviera, y la abuela, una piadosa armenia, lo había bautizado temerosa de que el sacerdote llegara demasiado tarde. Hasta donde Mark podía colegir, había razones para dudar de que el bautismo de Jamsie hubiese sido válido.

Su abuela sabía muy poco inglés, y ciertamente no conocía las palabras del bautismo en dicho idioma. Ella fue la que vertió el agua sobre la cabeza del nene, pero, al parecer, la partera irlandesa que ayudaba a Lidia, la madre de Jamsie, había pronunciado las palabras del bautismo.

Si así hubiera sido, entonces el bautismo ciertamente no tenía validez. La persona que vierte el agua debe pronunciar las palabras. De otro modo, ningún bautismo de este tipo es válido. El nene no está bautizado, no se ha convertido en cristiano.

Para aumentar las dudas, el párroco, que por último llegara ya bastante tarde, jamás se molestó en corregir aquella situación y bautizar a Jamsie provisionalmente. Estos "bautismos condicionales" suelen conferirse en tales casos. Pero, por la razón que fuera, parece ser que éste no se había realizado.

Ahora Mark se proponía bautizar a Jamsie. Instintivamente, como exorcista, Mark sabía que el "rechazo" del Espíritu del Mal implícito en el bautismo de un adulto, era algo que un simple "familiar" no podía manejar por sí solo. Tendría que intervenir el "superior" en un nuevo sentido, a fin de proteger sus comunes intereses con el "familiar".

Además, Mark se proponía atacar ese singular nexo entre el espíritu "superior" y su espíritu "familiar". Una vez hecho esto, Mark ya no tendría que tratar a través de "representantes"; tendría al "superior" a campo abierto... no temporalmente como en las sesiones anteriores, sino como la "parte responsable", por así decir. Ya a partir de ese momento Mark podría manejar las cosas como en un exorcismo más "normal".

Por tanto, después de pasar una hora aguardando a que Ponto se hiciera presente, Mark hizo que Jamsie se acostara en el catre, donde los asistentes lo ataron firmemente. Luego procedió con el rito del bautismo, haciendo que Jamsie respondiera a todas las preguntas que suelen plantearse a una persona adulta a punto de ser bautizada, que recitara el credo y que hiciera otras profesiones de fe.

Esto prosiguió durante algún tiempo en relativa calma, hasta que Jamsie se interrumpió a mitad de una frase. Su voz cambió cuando dijo rápidamente a Mark:

—Ya regresa. ¡Su estado es terrible!

Al parecer, el tío Ponto estaba con Jamsie. El proyecto de Mark había resultado hasta el momento. Él y sus ayudantes escucharon una de las partes (la de Jamsie) de una extravagante conversación y trataron de adivinar lo que la otra parte (es decir, el tío Ponto) decía.

—No te quiero en mi vida —Jamsie miraba hacia la puerta de la habitación. Guardó unos minutos de silencio. Luego habló con tono de disgusto —. Lo que ocurra en Júpiter o lo que yo pueda hacer con mucho dinero —un millón de macanas— es pura basura. Quiero ser dejado...

Ahora Jamsie miraba al techo, de pronto a la ventana, o bien, de nuevo hacia la puerta.

—De nada va a servir... —su rostro enrojeció de ira—. ¿Por qué habría de temer a la muerte? Muchos otros han muerto.

Mark y los otros continuaban escuchando en silencio. Era evidente que Ponto estaba de muy mal humor.

Jamsie interrumpió:

—Mark dice que Jesús dijo que tú eres un maldito embustero y... —interrumpido, Jamsie miró hacia el rincón y frunció el ceño—. Hablaré como me dé la maldita gana y ahora escúchame...

Luego ocurrió algo de carácter abrupto e inesperado. A Jamsie se le abrieron los ojos desmesuradamente; los blancos brillaban en forma desusada. Su rostro pareció hundirse, perder parte de su fuerza sustantiva. Se encogió en el catre, como recogiéndose en sí mismo.

Mark estuvo a su lado en un instante y tomó en su mano la de Jamsie. Ya habían convenido ambos en esta señal. Jamsie tuvo apenas tiempo para oprimir ligeramente sus dedos, y luego empezó a llorar y a sollozar.

—Es inútil —sus dedos soltaron la mano de Mark—. Es inútil. Estoy condenado. Ya volvió. Todos están ahí.

Mark tomó el crucifijo y empezó de inmediato. Cuando lo hizo, Jamsie parecía haberse quedado repentinamente dormido, la quijada suelta, la saliva corriendo por la barbilla.

—¡Multus!

—¡Cocinero de Sopa de Hongos!

Las palabras fueron pronunciadas con la suavidad del terciopelo y con la frialdad del hielo.

—¡Multus! Respóndenos. ¿Eres tú y nadie más?

—Cocinero de Sopa de Hongos, enano miserable. Ya hemos puesto nuestra marca en ti. Todas estas patochadas no te librarán ni a ti ni al que nos pertenece...

—¡Multus! ¡Respóndenos! —Mark tenía al espíritu ahí donde quería tenerlo—. El "familiar" de Jamsie es Ponto. ¿Por qué dices que te pertenece? Y ¿quiénes son nosotros, pues?

—Ustedes los malolientes, los que caminan por ahí en cuerpos de lodo y barro y suciedad. Ustedes dicen uno, dos, tres, cuatrocientos, siete millones, un billón ¡ja, ja, ja!

—¡Multus! ¿Está contigo el tío Ponto? ¿Eres tú el tío Ponto?

—Nosotros somos espíritus. No hay uno, dos, tres, cuatro, cien, siete millones, un billón. Nosotros somos clases y especies. ¡Somos espíritus! Somos potestades. Dominaciones. Centros. Mentes. Voluntades. Fuerzas. Deseos.

—Respóndeme en el nombre de la Iglesia. Responde las preguntas hechas con la autoridad de Jesús. ¿Eres tú el tío Ponto?

—¡Sí! ¡Ja, ja! ¡No! ¡Ja, ja!

Aquella risa heló la sangre en las venas de los oyentes. Era una ruidosa muestra de desprecio, pero no había en ella nada de alegría, nada de humorismo. Luego:

—Ponto es nosotros sin la inteligencia del Pretendiente.

Ya estaba ahí tendida una trampa, dispuesta a coger a Mark. Pero éste sabía que no le convenía preguntar quien era el Pretendiente. Pretendiente, amo, príncipe, líder: todos ellos se reducían a uno y el mismo ser: la suprema inteligencia del mal que había conducido y que sigue conduciendo a todas las inteligencias que se rebelan contra la verdad de Dios. Mark jamás sintió, en toda su vida, el deseo de liarse directamente con ese personaje. Muy hondo, el instinto de sus propias limitaciones le impedía dar semejante paso.

En cambio, Mark prosiguió su urgente búsqueda para descubrir una relación entre el tío Ponto y la Sombra.

—Pero el tío Ponto emplea su propia inteligencia por su propia cuenta.

—Jamás —la brevedad con que se pronunció esta palabra los afectó a todos.

—La inteligencia de Ponto te está subordinada.

—Siempre —la respuesta fue como un golpe. Imperiosa. Breve.

—¿Y la voluntad de Ponto?

—Quienes aceptaron, quienes aceptan al Pretendiente, no tienen voluntad: tienen su voluntad. Sólo *la* suya. Sólo *la* voluntad. Sólo la voluntad. La voluntad del Reino. La voluntad de la voluntad de la voluntad de la voluntad... —la voz se fue perdiendo y, de un tono cortante, dominante, se convirtió en un murmullo apenas audible, que fue muriendo. Mark percibió en él una repentina corriente de temor.

El joven asistente eclesiástico también percibió la nota de temor y, en una especie de grito de victoria, se echó hacia adelante con repentino entusiasmo:

—¡Dales duro, Mark!

Mark se volvió a él, los ojos ardiendo de ira.

—¡Cállate la boca!

¡Muy bien dicho! —se escuchó la remilgada voz—. ¡Muy bien dicho! ¡Pero nuestra lucha es contigo, sacerdote! Tenemos muchos

años por delante para ocuparnos de este miserable entecillo virginal y mostrarle...

Mark lo interrumpió.

—Hablarás cuando se te pregunte. Sólo entonces. Y nos dirás en el nombre de Jesús —rugió Mark, desahogando la rabia que le produjera la interrupción de su joven colega en su intercambio con el espíritu—, nos dirás: ¿Jay Beedem ha consentido en aceptar tu poder?

Se produjo un silencio completo. Sólo era audible la respiración de Jamsie. Mark jamás había visto a Beedem, pero figuraba de manera extraña en la historia de Jamsie, y a Mark le decía su olfato que allí había gato encerrado, incluso desde lejos. Necesitaba saber si había una relación esencial entre Beedem y Ponto, o con el "superior", que afectase a Jamsie.

—Jay Beedem —insistió Mark—. Nos dirás cuándo...

—No —fue un no conciso y definitivo—. No te diremos nada, sacerdote —nuevo silencio.

—Por la autoridad de la Iglesia, y en el nombre de Jesús, tú...

—Esa Iglesia, esa Persona no tienen autoridad alguna sobre Jay Beedem. Es nuestro. Nuestro. Nuestro. Nuestro. El Reino. Nuestro.

Mark aspiró profundamente. No se trataba de nada nuevo para él, pero siempre le producía un sentimiento de depresión el descubrir que hubiera alguien protegido por el mal sumo, protegido incluso del toque de la gracia. Pero sabía que no convenía llevar adelante este tema. Ya una vez antes, hacía unos diez años, lo había intentado. Y el asalto provocado había interrumpido el exorcismo (que otra persona hubo de iniciar desde el principio y llevar a la conclusión) y dejado a Mark literalmente sordo y mudo durante cinco semanas. En aquella ocasión, casi murió en él algo vital. Había desafiado al Espíritu del Mal en su propio y seguro terreno.

Así que cambió de tema.

—Y tu cara chistosa: ¿cuál era el propósito de eso?

—La cara chistosa no fue truco nuestro. Nosotros no espantamos a quienes pretendemos.

—¿Y qué resultado se obtuvo mostrando a Jamsie esa cara?

—Su protector se proponía ponerlo en contacto con el rostro que adoptan todos aquellos que nos pertenecen...

—¿Fue quizá eso —Mark lo interrumpió casi involuntariamente— lo que detuvo a Jamsie a la orilla de la fuente? ¿Aquella cara? —No hubo una respuesta inmediata.

Mark percibió un levísimo indicio de algo extraño que sucedía a las demás personas que estaban en la habitación. Miró interrogadoramente a su joven colega: su rostro estaba bañado en sudor. Mark se detuvo.

Luego, los cuatro ayudantes se echaron mano a las orejas, los rostros contorsionados en una expresión de dolor.

—¡Mark, por el amor de Dios, pídales que cesen esos silbidos! —gritaba el doctor a pleno pulmón—. ¡Nos va a ensordecer!

El médico y los otros tres comenzaron a quejarse, presas del dolor; luego los cuatro empezaron a gritar y a dar alaridos, volviendo cabeza y cuerpo hacia un lado y hacia otro, retirándose del catre donde Mark estaba de pie, al lado del inerte cuerpo de Jamsie.

Mark dio un paso hacia ellos, pero se retiró de inmediato. Lo intentó de nuevo, y de nuevo se echó hacia atrás. Cada vez que avanzaba fuera de cierto círculo invisible que rodeaba el catre, sus oídos eran asaltados por el ruido más horrible y ensordecedor, un ruido de una agudeza increíble.

Mientras sus cuatro ayudantes se retorcían y se retiraban lentamente miraban a Mark, implorando su ayuda. Él les hizo gestos indicándoles que deberían seguir retirándose. Y así lo hicieron hasta que, por último, más o menos a unos 30 centímetros de la pared posterior de la habitación cerca de la puerta de la habitación, los cuatro cesaron de retorcerse en aquella agonía. Sus rostros perdieron las líneas de sufrimiento y de concentrado esfuerzo que los habían marcado.

Por último, miraron a Mark, como si estuvieran a una gran distancia que repentinamente se hubiera llenado de neblina. En tanto que Mark podía verlos con toda claridad, no podía escucharlos. Ellos, por su parte, sólo podían oír a Mark, y ver el movimiento de sus labios y los gestos de sus manos, aunque en una imagen distorsionada. Era como si mirasen a una habitación asoleada a través de un cristal cubierto de hielo; lo veían todo, pero con muy poca claridad.

Clavados en el extremo opuesto de la habitación, sus cuerpos recostados en la pared, era como si a través de este fantasma-

górico medio los cuatro asistentes vieran a Mark proseguir con las últimas etapas del exorcismo de Jamsie. Para ellos era como un juego de sombras y de horror.

Vieron la figura de Mark volverse parcialmente de espaldas a ellos, para dar la cara al cuerpo de Jamsie, yacente en el catre. Lo vieron levantar el crucifijo. Vieron el movimiento de sus labios, y al principio no oyeron nada. Luego, como si viniera de una gran distancia y en medio de un ruido sordo, como una constante avalancha de piedrecillas que descendiera por la ladera de una montaña, empezaron a oír su voz.

—...será como nosotros queremos porque es en el nombre de Jesús que te ordenamos respondernos. ¿Fue la cara la que impidió que Jamsie se suicidara?

Otra voz, la de las palabras remilgadas, interrumpió con un tono gutural, cortante, decisivo, hostil.

—¿Te interesa esa "cara chistosa, sacerdote? ¿Te gustaría verla tú mismo?

—Responde a nuestra pregunta —fue la réplica de Mark a aquella invitación a la curiosidad—. ¡Responde!

—Sí. Síííííííííí —la voz estaba produciendo unos sonidos ríspidos, como si se los sacaran a fuerzas—. Fue la cara. Siempre estamos presentes cuando los inferiores están a punto de ultimar a una víctima.

—De modo que cada vez que tú estabas presente, el protector de Jamsie se las arreglaba para dejarlo ver esa cara, ¿no es así? —A esta pregunta no hubo respuesta.

Mark cambió de tema.

—¿Por qué permitiste que Jamsie viera la... el... la Sombra? —Mark realmente vaciló en esa pregunta, pero luego recuperó la compostura. Había habido en su propia vida momentos en los que había estado a punto de adoptar alguna decisión importante —ahora lo comprendía con un ligero estremecimiento—, en que había percibido una especie de sombra. Siempre lo había atribuido a cualquier cosa. Pero ahora, aquellos recuerdos que querían surgir lo conturbaban. Aquellos momentos se habían producido durante los animados y orgullosos días de su teoría de los "argumentos", cuando todo tenía que ser atribuido a una causa lógica y fácil de describir, y todo era muy sencillo.

—Nosotros no. Nonononononono —la palabra fue como un dedazo de dolor y de lamentación y de terrible sufrimiento. Mark

lo sintió. Prosiguió, haciendo presión con sus preguntas, teniendo siempre en alto el crucifijo.

—¿Por qué existía un parecido entre la Sombra y el tío Ponto y Jay Beedem y el proxeneta y tantos otros? ¿Por qué existe ese parecido?

Mark pudo percibir un cambio en Jamsie, del que sus cuatro ayudantes no podían percatarse, mirándolo todo, como estaban, a través de esa bruma que los mantenía alejados. Ahora, Jamsie estaba completamente despierto, pero sus ojos no se fijaban en Mark, miraban hacia arriba a su izquierda. Mark tomó buena nota de esto, pero siguió viendo fijamente a Jamsie. Repitió su pregunta. Se estaba acercando.

—¿Por qué ese parecido? ¿Es acaso otra parte de tu malvada estupidez?

—Fuera de nuestro control —las palabras salieron con dificultad—. También nosotros... debemos someternos... en cosas materiales, nosotros... también sujetos... Persona más allá del desprecio sostiene... sostiene... sostiene... sostiene... —la voz empezó a farfullar—. S-o-o-o-s-ti-e-nenenenenen. Y murió en un furioso zumbido, hasta que no hubo ya sonido alguno.

—¿Por qué el parecido? —Mark proseguía mirando a Jamsie buscando cualquier indicio o huella en sus reacciones.

Clavados todavía contra la pared opuesta, los ayudantes de Mark se vieron de pronto atacados de horror. Gritaron, lanzaron alaridos para advertir a Mark. Pero él no podía oírlos, aunque continuaba mirando a Jamsie.

De pronto, lo que vieron parecía ser una sombra vaga, voluminosa, que se formaba detrás de Mark, como si fuera un gato que estuviera parado medio torcido sobre las patas traseras, las garras levantadas, las uñas sacadas y estiradas, las orejas aplastadas contra la cabeza y el hocico abierto como para chillar.

Escucharon el distorsionado murmurar de la voz de Mark, mientras éste proseguía con el exorcismo. No había nada que ellos pudiesen hacer, salvo observar y orar.

—¿Qué es lo que ponen en esos humanos para que adquieran esa expresión?

La voz volvió a hacerse escuchar en un tono ríspido, lento, constante:

—Obediencia al Reino. Ellos dan su voluntad. Nosotros llenamos el alma. Lo que está dentro se asoma, quieras que no...

Jamsie, todavía atado, había levantado la cabeza del catre y miraba fijamente la amenaza que se cernía detrás de Mark. Se movía constantemente hacia atrás y hacia adelante, volviéndose de derecha a izquierda como si buscara algo. Pero para Jamsie no era tanto un gato, cuanto un hombre cubierto de pesadas vestiduras negras. Mark, que vigilaba intensamente a Jamsie, no siguió la dirección de su mirada.

—Tienes que salir —Mark inició su martilleo final contra el espíritu—. Tienes que manifestarte y dejar a este ser humano. En el nombre de Jesús.

Los asistentes, que seguían acorralados, podían ver ambos rostros —el de Jamsie y el de la oscura sombra— contorsionarse en ese momento.

—Y no sólo tú, sino también tu inferior y esclavo, tu tío Ponto. Él y todos se marcharán con él. ¡Fuera! ¡Lo ordeno, fuera! ¡Todos ustedes, largo!

Ahora los asistentes de Mark eran presa del más absoluto pánico. Todo lo que podían ver era aquella amenaza que se cernía a espaldas de Mark. Trataron de moverse hacia adelante contra aquella agobiante lluvia de ruidos.

—Jamás descansaremos hasta vengarnos de ti —decía la voz—, dejaremos muerto a este miserable trozo de lodo cuando nos marchemos.

—La vida y la muerte no dependen de ustedes. Pertenecen a Jesús —en ese instante, Jamsie empezó a gritar, y su voz tenía un dejo de histeria.

Los oídos de Mark quedaron llenos de aquel grito; levantó el crucifijo y oró en voz alta, valiéndose de sólo dos palabras:

—¡Jesús, misericordia! ¡Jesús, misericordia! ¡Jesús, misericordia! ¡Jesús, misericordia! ¡Jesús!

Luego, a sus oídos llegaron los agonizantes gritos de los cuatro ayudantes: habían dejado su refugio prisión allá, contra la pared opuesta, y penetrado en el espacio entre la pared y el catre ante el cual estaba Mark, al lado de Jamsie, y una vez más se retorcían víctimas del impacto de aquella tortura que apuñaleaba sus tímpanos.

Pero incluso por entre la batahola de los gritos de Jamsie y de los alaridos de sus asistentes, a la que se añadían sus propias oraciones, Mark escuchó un sonido que le dio seguridad y esperanza. Era el rodar de una avalancha de piedrecillas que

jamás había cesado en realidad, pero que ahora se hacía más claro. Era un farfullar de voces sin palabras, de sílabas sin sentido, todas corriendo juntas y dividiéndose unas a otras en fragmentos, interrumpiéndose y fraccionándose y cambiándose mutuamente, una mezcla indefinible de dolor, de arrepentimiento, de presentimientos, de agonía. Y persistió en olas que se alzaban y caían, y luego comenzó a reunirse hasta alcanzar un crescendo.

Mark no perdió la línea: era la confusión de la derrota y de la huida. Y lanzó contra todo aquello las palabras de su poder.

—¡En el nombre de Jesús! ¡Deben marcharse! ¡Espíritus impuros! ¡No hay lugar para ustedes! ¡No hay habitación en este ser humano! ¡Porque Jesús lo ha ordenado: Fuera! Ustedes se irán. ¡Fuera, fuera!

Mark recuerda claramente haberse interrumpido al llegar aquí. Pensó con rapidez. Para entonces, el mal espíritu tenía que haber quedado suficientemente debilitado y el poder del tío Ponto sobre Jamsie lo bastante diluido para que éste pudiera hacer su elección, fatal y vital.

Mark se inclinó sobre el oído de Jamsie, hablando con voz dulce, firme. Recuerda, casi palabra por palabra, lo que le dijo; era la elección que siempre se presentaba en estos casos:

—¡Jamsie! ¡Jamsie! ¡Jamsie! Escúchame: ¡ahora!, ¡ahora tienes que elegir! ¡Tienes que hacer una elección! O bien das un paso en la confianza. Renuevas tu fe. Ciegamente, entiéndelo, ciegamente. O bien te rindes a Ponto y a todos sus amigos. ¡Jamsie! ¡A todos ellos, Jamsie! En el nombre de Jesús, ¡elige! ¡Elige ahora, Jamsie!

A su vez, Jamsie recuerda que en este momento se renovó en él toda aquella confusión. Gradualmente, y entre una bruma cada vez más delgada, empezó a percibir las figuras apenas visibles que estaban al lado de la sombra, detrás de Mark, y vio sus gestos zigzagueantes, el techo y las paredes de la habitación: sintió la presión de las correas en el pecho, en la cintura, en las piernas. Recuerda que tenía la boca seca, pero que respiraba con facilidad.

Más allá del catre, no podía ver mayor cosa, salvo una especie de telón de fondo de un gris negruzco (la más aproximada comparación que Jamsie es capaz de establecer para describir aquel borroso telón de fondo es lo que vio en cierta ocasión cuan-

do se probó los lentes de un amigo que estaba casi ciego. Todo aquello se entremezclaba borrosamente y parecía oscurecerse).

Más cerca, podía distinguir las figuras de los ayudantes que se apretaban los oídos y luchaban con aquel sonido sibilante y ensordecedor. Uno de ellos vacilaba. Dos habían caído al suelo. Otro se mantenía erecto, y avanzaba hacia él, lenta y angustiosamente. Todavía más cerca de él, podía ver a dos o tres figuras aisladas, junto a una multitud de sombras y de formas. Ahí estaba Ponto, pero a una distancia infinitamente lejana. Jamsie no podía comprenderlo: Ponto estaba cerca y, sin embargo, estaba lejos. Parecía estar todo él aplastado, como si su cuerpo fuera una cosa carente de huesos y alguien lo hubiera cogido en un invisible exprimidor de ropa, angostando su talla, aplastando sus miembros, saltándole los ojos. Y su mirada ya no sólo era inoportuna y maliciosa. Por vez primera era desagradable, según sintió Jamsie. Desagradable, amarga, llena de odio y de desesperación, todo a una.

La agonía de Ponto parecía multiplicarse en todo un río de formas y contornos. Torsos sin cabezas, cabezas sin cuerpo, brazos y piernas sin tronco, dedos sin manos, dedos de los pies sin piernas, vientres sin cuerpos, órganos genitales que flotaban aquí y allá, largas trenzas de pelo gris y de pelo rubio... todo ello trenzándose y serpenteando caprichosamente, sin dirección alguna, alrededor de Ponto, en un agitado zigzag.

Y, con excepción de Mark, a quien más cerca de sí vio Jamsie fue a la Sombra. Se elevaba por encima de él con una estatura sobrehumana. No era blanca, ni gris, ni negra, sino una amalgama indefinida de sombras cambiantes, como el humo que sale de carbones húmedos: jamás estático ni calmado, sino irregular y movedizo. Cabeza, hombros, manos, boca, ojos, pies, todo ello era lo bastante claro para poder percibirlo, pero no lo suficiente para describirlo.

Jamsie escuchó entonces la voz de Mark, suave, firme, terminante:

—¡Jamsie!, ha llegado el momento de elegir. ¡Recuérdalo! Te lo dije. ¡Tú! tú elegirás. *Tú* tienes que elegir. Por tu propia y libre voluntad.

Por una cosa o por otra, la voz de Mark llegaba a Jamsie a pesar de la batahola y de los danzantes giros y los saltos febriles de todas aquellas formas.

—¡Elige! ¡Elige! ¡La elección es tuya! ¡Ahora! —las sílabas y palabras de Mark, sin la menor vacilación, están clavadas en la memoria de Jamsie.

Éste no lograba ver el rostro de Mark, quien se inclinaba para hablarle al oído; en cambio, las facciones de la Sombra eran muy claras. Un caleidoscopio de expresiones pasó por aquel rostro. Jamsie empezó a recordar débilmente. ¿Dónde había visto esta expresión? ¿Aquella expresión? ¿La siguiente? ¿La última? Todas ellas parecían diferentes, no obstante lo cual parecían ser todas la misma.

Jamsie comprendió que las diversas y cambiantes expresiones se repetían a sí mismas una y otra vez, que aparecían y desaparecían y volvían en un movimiento giratorio que estaba a tono con la batahola y los gritos y los alaridos.

—¡Elige! ¡Elige!

Era de nuevo la voz de Mark. Jamsie se volvió. Trató de ver con claridad el rostro del sacerdote. Le fue imposible. Desde la frente hasta la barbilla, Mark parecía carecer de rostro. Sin embargo, podía escuchar su voz.

Entonces su memoria comenzó a aclararse. Las expresiones resultaban más familiares. Sí... sí... aquella era la de Ara, su padre... y aquella otra la del tío Ponto... y esa otra la del proxeneta... la de Jay Beedem... ¿Jay Beedem?

—¡Elige, Jamsie! ¡Elige! —luego, entreveradas con aquellos rostros cambiantes, Jamsie empezó a ver las otras caras chistosas que se le presentaran allá en los años de su infancia, 1960, 1958, 1957, 1949, 1942, 1941, 1940, 1939, 1938, 1937, 1933. Y empezó a ver que el temor de todos aquellos años había ejercido una especie de fascinación; que aun cuando echaba a correr para huir de las "caras chistosas", siempre las había invitado a seguirlo... ¡que había *deseado* ser hallado por ellas!

Allá en lo más profundo de su ser, se inició otro movimiento ajeno a su voluntad. El deseo de librarse de aquella fascinación. Pero estaba todavía aquella agonía de temor y duda.

"Pensaba que si dejaba yo de ver aquel remolino", es como describe hoy Jamsie sus sentimientos en esos momentos del exorcismo, "cesaría de existir... que moriría o algo por el estilo".

Luego, su mirada hipnotizada vaciló y se movió rápidamente del remolino de rostros para detenerse por un instante en la cara de Mark.

Este ya no se presentaba ante Jamsie como falto de rostro. Y no tenía facciones que Jamsie pudiera identificar con las del sacerdote. No obstante, sabía que genuinamente le pertenecían. Otro rompecabezas para Jamsie.

Miró a Mark, fijándose insistentemente en los ojos y la nariz y la boca. Los colores de su rostro empezaban a brillar y a despedir reflejos de color oro viejo, de plata sin pulir, de azul un poco desteñido... y café y amarillo. Jamsie medio temía hallar alguna frase de la "cara chistosa" en Mark, pero no hubo ninguna. Ya no tenía temor ni angustia. Empezaban a invadirlo otras emociones, otros pensamientos.

De nuevo le llegó la voz de Mark:

—Jamsie, debes elegir.

Jamsie miró de nuevo a la Sombra. En todo su volumen y en todas las ondulantes curvas de su rostro cambiante y de su figura, se percibía ahora un cierto encogimiento. Jamsie leyó en aquello la duda, incluso habiéndose percatado de que se sentía fascinado por todos aquellos cambios.

Jamsie comenzó a mirar de la Sombra a Mark, luego otra vez a la Sombra, primero lentamente, después con rápidos movimientos. Y la insistente frase de Mark:

—Elige. Haz tu elección, Jamsie —le llegaba una y otra y otra vez. De pronto, se percató de lo que sucedía. *Estaba* libre. Nadie podía forzarlo. Nadie lo *haría*. Era libre... libre de sumergirse en los cambiantes horrores de la Sombra, o libre de mirar a Mark y elegir lo contrario.

Comenzó a fijar su mirada firmemente en Mark; y, en aquella mirada, supo que estaba haciendo su elección. No subían palabras a sus labios, no se formaba frase alguna en su cerebro, ni conceptos en su mente acerca de la elección. Él estaba eligiendo, simplemente porque quería elegir; y, al elegir así, elegía con libertad.

Y a medida que el impulso cobró fuerza dentro de él, empezó a reconocer las nuevas líneas y sombras en el rostro de Mark: todos los rasgos de bondad, y de alegría y de libertad y de bienvenida que había visto en otras personas (Lidia y Ara en los años primeros de su vida, Lila Wood, el viejo icono de la casa de Nueva York), todos estaban ahí como muchísimos cuadros, como espejos que reflejaran una inmensa belleza y alegría y paz y eternidad indestructibles.

Lentamente, los rasgos de Mark se aclararon a sus ojos, sus sólidas facciones, tensas como el granito, sus ojos cerrados, la mano aún levantada sosteniendo el crucifijo. La Sombra se echaba hacia atrás y desaparecía como el humo de un cigarrillo que se disipara en el aire. Y con ella todo aquel ruido y toda aquella batahola se perdían también debilitándose en la distancia, hasta convertirse en silencio.

Sobre el rostro de Mark se observaba una película de refinado sufrimiento que lo tuviera preso como una gasa muy apretada. Jamsie sintió el aguijón de la compasión. Mark le había dicho:

—Si nos libramos del Enemigo, Jamsie, seré yo quien sienta el último latigazo de su cola.

Mark había perdido para entonces de vista a Jamsie. Ahora estaba sumido en su propia angustia, en su propia agonía, en su propia cuota de sufrimiento.

Fue el joven ayudante quien describió el cambio operado en Jamsie. Ya no había ni la menor huella de lucha. Una gran serenidad bañaba sus facciones. La voz de Mark aún retumbaba, incluso después de que el ruido se perdiera en la distancia. Mark repetía de nuevo las dos palabras:

—¡Jesús, misericordia!

El joven sacerdote comprendió que, por fin, Jamsie estaba libre. Desató las correas que lo tenían sujeto al catre.

—Mark —gritó Jamsie al exorcista al ponerse de pie— ¡Padre Mark! ¡Estoy libre! —Jamsie tocó a Mark en el brazo—. ¡Padre Mark! —le tomó la mano y sintió la helada frialdad de aquellos dedos. Permaneció un instante, aguardando. Por último, Mark bajó el brazo que tuviera extendido sosteniendo el crucifijo. Sus ojos perdieron aquella fijeza vidriosa; parpadeó, y Jamsie vio que a los ojos de Mark volvía una mirada de reconocimiento. Y Mark vio en los ojos de Jamsie y en la expresión de su rostro una expresión de paz y de esperanza que jamás había estado ahí desde que lo conociera.

El Gallo y la Tortuga

Eran las seis de la mañana; exactamente acababan de sonar en el reloj de la torre en la Piazza della Liberta de Udine, cuando el grupo de ocho norteamericanos abandonó el hotel en dos limusinas. Todos los detalles de su viaje habían sido planeados con gran minuciosidad, en lo tocante a hora, momento y ceremonial.

La fecha era un 23 de julio, y ya se dejaba sentir el fuerte calor del verano. Al cabo de quince minutos habían recorrido las estrechas callejuelas que pasaban por arcadas y pórticos, hasta salir de la ciudad, y ahora corrían por el ondulante camino que los llevaba a través de la planicie costera. De vez en cuando, al remontar una loma, captaban trozos del Mar Adriático, que parecía una brillante banda azul en el horizonte. Allá lejos, al Norte, se alzaban los Alpes, blancos y en guardia.

Su destino era la aldea de Aquileia (con 1500 almas) a unos 16 kilómetros al Sur, hacia el mar. Para Carl, el jefe del grupo, esto era como llegar a casa: hacía mucho tiempo había vivido, sufrido y triunfado en Aquileia. Para los siete compañeros, era una peregrinación a un santuario venerado.

Los dos hombres que iban con Carl en la primera limosina eran sus amigos y colaboradores; la mujer, María, había trabajado como ayudante suya durante cuatro años. Los cuatro estudiantes universitarios que ocupaban el segundo vehículo se especializaban en sicología y eran discípulos y ayudantes de Carl. Además de constituir el aspecto más notable de sus estudios, para ellos este viaje tenía el carácter de una celebración mística.

En la primera limosina, Carl llevaba la voz cantante y hablaba con tono de júbilo:

—Estamos a punto de descubrir lo que era el cristianismo antes de que griegos y romanos lo desvirtuaran.

Era un hombre macizo, que andaba más cerca de los 50 que de los 40, de mediana estatura, el rizado cabello negro brillante, como ágatas pulidas. Tenía la nariz aguileña, larga, derecha, con una ligera joroba en el centro. Sus labios eran gruesos y firme su quijada. Estaba muy tostado por el sol y tenía un aspecto saludable. Vestía un traje ligero y una camisa abierta.

Al hablar, hacía gestos, aunque calmados, para subrayar sus palabras. El anillo de su índice derecho relucía a la luz del sol mañanera. Era una ancha banda de oro, adornada con la imagen, también en oro, de una tortuga. Jugó con los dos emblemas de Neptuno, un viejo dios romano: el delfín y el tridente, que colgaban de una cadena que llevaba al cuello.

Carl era un sicólogo titulado, que también ostentaba un título en física. Sus estudios lo habían inclinado a la parasicología y a las investigaciones relacionadas con los estados no ordinarios de la conciencia humana. Bajo el impulso de sus dones personales como síquico, había estado experimentando con los viajes astrales y la reencarnación.

Después de once años de intensa labor, marchaba ahora a Aquileia acompañado de sus colaboradores y estudiantes, porque allí, según se enteraran tanto él como los otros algunos meses atrás, en el curso de uno de sus trances, Carl había vivido unos 1 600 años antes, durante una existencia anterior como un notario público llamado Petrus. Durante ese trance, que se produjera en condiciones de laboratorio perfectamente controladas, Carl había descrito con toda exactitud, no sólo la antigua Aquileia con su anfiteatro, sus foros, sus baños públicos, sus palacios, sus muelles, cementerios, arcos triunfales y comercios. Había dado también cuenta detallada de cómo los ciudadanos que la habitaban en el siglo cuarto habían vuelto a erigir una estatua pública de Neptuno que una secta religiosa había derribado en el siglo anterior. Algunas semanas después de aquella sesión, les llegaron noticias de Aquileia que hablaban precisamente acerca de aquella estatua y de una inscripción latina que confirmaban su relato.

También había dado éste detalles de un piso de mosaico que era parte de una capilla cristiana del siglo IV. Y añadió algún

detalle picante que fascinó a sus colaboradores y estudiantes: la descripción de un antiguo rito que solían realizar Petrus y sus compañeros en un determinado punto de dicho suelo de mosaico.

El propósito de su viaje era volver a realizar dicho rito el 23 de julio, festival veraniego del dios Neptuno.

Ahora, en la primera limosina, Carl describía nuevamente aquel singular punto y el rito. El punto en cuestión era un medallón en mosaicos que representaba una lucha entre un gallo rojo y una tortuga café. Al parecer, Petrus y sus compañeros —"Cristianos del tipo original", comentó Carl— solían llegar y ponerse en fila al lado derecho del medallón. Luego, uno por uno, avanzaban hasta pararse encima del gallo (símbolo del orgullo intelectual y de la locura imperial de poder que "había corrompido al cristianismo genuino y original"), se hincaban y, mirando a la tortuga (símbolo de inmortalidad y eternidad), pronunciaban una fórmula en latín: *Ave Dominus Aquae vivae! Ave Dominus inmortalis qui Christum fecisti et reduxisti!* (¡Salud, Señor de las Aguas Vivas! Salud, Eterno Señor que hiciste a Cristo y lo recuperaste).

Era este aspecto religioso correctivo de los experimentos e investigaciones de Carl lo que había atraído el interés y la atención de muchas personas, en particular del grupo que lo acompañaba aquella mañana.

Norman se había criado en el seno de la Iglesia Luterana, pero en las postrimerías de su adolescencia se había revelado contra el tradicionalismo y las creencias conservadoras de su Iglesia. Se había convencido de que Lutero había sido un rebelde y el luteranismo una mera invención del siglo XVI que tenía muy poco que ver con las enseñanzas originales de Cristo y con los primeros cristianos.

Albert, el segundo colaborador de Carl, era un ex sacerdote de la Iglesia Episcopal. Después de tres años en el ministerio, inició estudios de sicología, convencido de que su Iglesia ya no hablaba el lenguaje de la gente moderna ni estaba tampoco trasmitiendo el mensaje original de salvación predicado por Cristo.

De los cuatro estudiantes de sicología, el grupo que viajaba en la segunda limosina, dos —Donna y Keith— eran católicos; otro de ellos, Bill, era judío. Charlie había sido bautizado en

la Iglesia Presbiteriana, pero dos años antes se había convertido al judaísmo. Los cuatro se habían educado en la idea prevaleciente en su época, de que el cristianismo occidental era un producto de la filosofía griega y del legalismo y sentido de organización romanos y de que las iglesias no eran sino falsas representaciones de la genuina Iglesia de Jesús.

El plan que tenía el grupo para esa mañana era sumamente sencillo. Sin fanfarrias ni escándalos, se proponían estar alrededor de Carl mientras éste representaba el antiguo rito sobre ese medallón del viejo piso de la catedral. Llevaban consigo una grabadora de cinta y una cámara de cine. Todas las palabras y gestos de Carl serían grabados y filmados. Norman, un antiguo e íntimo colaborador del maestro, y sicólogo también él mismo, actuaría como monitor: en cada etapa del rito, él dictaría en el micrófono de la grabadora lo que ocurría durante la visita, a medida que ésta era filmada. Ellos medio esperaban que Carl pudiese descubrir algunos otros datos acerca de Petrus y de sus antiguos correligionarios. Como sicólogos, Carl y sus compañeros confiaban en obtener nuevos conocimientos de la parasicología gracias a esta experiencia.

A más de 7 kilómetros al sur de la carretera Venecia-Trieste, entraron en Aquileia. Todo estaba bañado en la cegadora luz del sol. Todos los colores se confundían en aquella brillantez. Las circunstancias eran favorables para Carl aquella mañana en Aquileia. Toda traza de vida moderna y actividad estaba dormida. En aquel festival veraniego de Neptuno, el dios del mar, y a medida que lentamente se abrían camino hacia la catedral, todos los seres humanos de la aldea estaban dormidos y ocultos, como si Neptuno hubiera arrojado su red sobre ellos. Hasta los perros y los pollos estaban dormidos. Un gato solitario se lamía y se arreglaba allá en un tejado, a la sombra de una chimenea.

María tocó la mano de Carl, sonriente. Él correspondió a su expresión de satisfacción por medio de una rápida sonrisa, pero nada dijo. Todos miraban hacia las calles de la aldea, a medida que se dirigían a la plaza. Casas, tabernas, tiendas se convirtieron en formas indistintas en aquel brillo y calor. Para quienes tenían ojos para ver, el marco del siglo XX se había vuelto trasparente. En aquella hirviente quietud presintieron la presencia de los antiguos dioses, de sombras murmurantes, de

todos aquellos que otrora caminaron por ahí llevando consigo su orgullo, sus dolores, sus amores y sus derrotas.

La aldea estaba dominada casi incongruentemente por la gigantesca mole de la catedral y su campanario en espiral. Aquileia, una ciudad de dos mil años, fue en otro tiempo la cuarta en importancia del imperio romano, después de Roma misma, Capua y Milán.

Entonces estaba unida al Adriático por seis canales, y era la única ciudad, con excepción de Roma, que tenía autoridad para acuñar sus propias monedas. Capital de una provincia vital tanto estratégica como económicamente, era famosa por su teatro y sus festivales religiosos, su celebración de los misterios y sus aguas curativas. Era lugar de reunión de emperadores romanos, papas, sínodos; residencia de su propio patriarca; apreciada por los monarcas germanos y austriacos; por ella se pelearon los eslovenos, los hunos, los ávaros, los griegos, los francos, los ingleses y los daneses.

Ahora Aquileia es una minúscula y oscura comunidad agrícola, alejada de las rutas más transitadas y olvidada como una aldea sin importancia que ni siquiera figura en los mapas generales y que ha sido descrita por algunos clérigos sardónicos de Roma como "una catedral con algunas calles adheridas a ella".

El grupo dirigido por Carl se dirigió sin más ni más a la catedral; habían hecho ya arreglos con el guardián. Cuando se acercaron a la puerta, los estudiantes empezaron el "experimento". Donna puso en movimiento la cámara y Bill echó a andar la grabadora. Todo estaba a punto. Cada uno de ellos se mantenía tenso y expectante. Sobre ellos descendió un cierto sentimiento de feliz expectación.

Ahora lo que correspondía era entrar en la catedral, caminar por la nave central, volverse a la derecha hacia el santuario y descender a las ruinas de la capilla del siglo IV.

El comportamiento de Carl cambió en el instante mismo en que salió del automóvil. Ya no se mostraba sonriente ni relajado. Tenía aquella "mirada" que sus colaboradores habían llegado a conocer tan bien: sus ojos, de pesados párpados, casi cerrados, la cabeza levantada, las manos cayendo a los costados, y en su rostro un especial brillo de abstracción y reverencia que habían llegado a asociar con sus "trances". Había ahí cierta apariencia de éxtasis y felicidad. La calma absoluta del rapto

parecía haber descendido sobre él: su frente y sus mejillas estaban totalmente lisas, libres de arrugas y líneas, como si de pronto la piel hubiera vuelto a rejuvenecerse o hubiera sido restirada por una mano invisible.

Pero la impresión general que daba ese rostro era de abstracción, además de estar exangüe. No había ni la más mínima insinuación de una expresión personal, ninguna indicación de que fuera a pronunciarse una palabra o de que estuviera por estallar una pasión, ni tampoco confianza o temor, ni bienvenida, ni la esperanza de una bienvenida, ni compasión, ni la esperanza de recibir compasión.

Y alrededor de los ojos, en una forma que ninguno de sus colaboradores o estudiantes podía explicar, se había formado aquello que ellos habían acabado por llamar "la curva", cierta contorsión, una especie de deformación, como si los contornos naturales del cráneo, la frente, los ojos, los oídos, hubieran sido sacados de su contexto por alguna fuerza sobrehumana que residiera temporalmente en él y que poseyera un poder ingente y abrumador. Era bastante desagradable y fea, pero quienes lo rodeaban la aceptaban como inevitable. Carl siempre se refería a esto como su "divino sufrir". Porque su teoría —o más bien su creencia— era que durante los trances síquicos el ser humano con una "alma abierta", según él empleaba esta frase, era "tomado", era "poseído" por lo sobrehumano. La mera estructura física de ese ser humano era abrumada —y en ese sentido sufría— por la invasión de la silente divinidad. La delgada pared de la realidad que separaba lo divino de lo humano era rota temporalmente, y lo humano se "marinaba" en lo divino.

Ahora, todos quedaron a la espera. Carl debería moverse y hablar. No debería haber interrupción alguna del exterior, ni tampoco ningún estímulo ajeno. Los minutos empezaron a correr. Y seguían aún sin moverse de la entrada. Los labios de Carl se movieron, pero no pronunciaron sonido alguno audible. Luego, cambió de postura volviéndose lentamente en semicírculo, primero hacia el mar, a casi diez kilómetros, luego en dirección a Venecia, hacia el Suroeste, y, cuando se volvió, tenía en el rostro una expresión de duda. Parecía estar esperando.

Todos oyeron algunos fragmentos de palabras y frases:

...el cuarto canal... Via Postumia... deben tener el número integral de...

Mas su voz se convirtió en un suspiro y murió por completo para cuando se colocó en dirección a Venecia. Ahora había en su rostro una nueva expresión de ira y amargura. Sus labios se movían furiosamente como en un argumento o comentario agitadísimo. Sin embargo, nadie oía nada. De nuevo se volvió en redondo, para dar la cara a la puerta de la catedral.

—En este momento son las ocho horas —grabó Norman—. Carl está entrando a la catedral. Lleva la mano derecha levantada en ademán de saludo, con la palma vuelta hacia afuera.

El rostro de Carl había recuperado la calma. Sus labios habían cesado de moverse. Todos entraron en un gran mar café dorado de silencio, de sol y de color que se alzaba en arcos sobre las nervaduras de piedra de un techo que se elevaba en arcos y se curvaba hasta quedar fuera de la vista.

Entonces Carl caminó sin vacilar a lo largo de la nave, de unos 33 metros de extensión. Con sus veintitantos metros de ancho, aquel piso era un océano de mosaicos flanqueados por sólidas columnas; concluía en un ábside semicircular donde estaba el altar mayor.

Los rayos del sol entraban profusamente a través de las ventanas de la nave e, inclinados, daban sobre aquella extensión, entrecruzándose y formando rayos de luz y de sombra. El polvo brillaba en los senderos de luz, salpicando el aire con los colores de los mosaicos y de las paredes circundantes: rojo, amarillo, ocre, púrpura, naranja, verde.

Hasta los tres cuartos de extensión de la nave, el pequeño grupo caminó solemnemente y sin interrumpirse por aquel piso mágico que estaba materialmente hirviendo de dibujos y de guirnaldas, aves, animales, peces, antiguos romanos, todos brillando con profundos colores y complicadas formas.

Carl dio un solo rodeo: cuando llegó a cierto medallón que estaba ahí en el piso, se detuvo. Sus labios se movían nuevamente.

—...debilidad... preferir la muerte a la fuerza... la humildad deshonrosa de este débil... —luego, repitiendo entrecortadamente y sotovoce, pronunció las viejas palabras romanas relativas al cruel poderío de Roma—. *Virtus, virtus, virtus, virtus*...

Norman miró al medallón:

—Carl está circundando el mosaico del Buen Pastor —dijo ante el micrófono.

La voz misma de Carl se escuchó con tonos apenas audibles, pero con un dejo de disgusto:

—...asno rebuznador... dios de Alejandro... asno rebuznador...

Después de esto, Carl caminó tranquilamente hasta alcanzar una ancha banda de mosaico pasada la cual se veía un cuadro que representaba el mar. Los artistas de aquella remota época habían incluido botes, pescadores, peces de todos tamaños, serpientes marinas, delfines... y un tema reiterativo: Jonás, el personaje del Viejo Testamento, en la boca de la ballena.

Llegado a este punto, el comportamiento de Carl adquirió cierto carácter irregular y su rostro volvió a hacerse espejo de la ira, mezclada con la confusión y el desprecio. Se echó hacia atrás, y su respiración salió como un bajo silbido, su cuerpo casi se encogió. Luego movió la cabeza de un lado a otro, como si buscase una salida en medio de un macizo de peligrosas espinas.

Norman seguía hablando al micrófono, y su voz tropezaba a medida que seguía el curso de Carl:

—Carl avanza hacia la izquierda. Lentamente... ahora hacia el centro, ahora hacia la derecha... no, se mueve de nuevo hacia la izquierda, pisando un medallón de Jonás —luego, en un aparte a Donna, quien seguía filmando los movimientos de Carl—. Ponte enfrente de él, Donna, ponte enfrente de él, por favor —Donna obedeció.

Penosamente, con repentinos altos y pasos cautelosos, Carl se abrió paso ascendiendo los escalones del santuario. Cuando Donna dirigió hacia él la cámara, sus ojos estaban completamente abiertos y echaban llamaradas de una ira que Donna jamás había visto antes en ellos.

—Carl se vuelve hacia atrás —prosiguió Norman dictando en la grabadora—. Ahora se dirige a la puerta del túnel.

Dicho túnel conducía hacia abajo, a la capilla del siglo IV, sobre la cual se había erigido la actual catedral, allá en el siglo XI.

Donna fue la primera en llegar al piso rectangular de la vieja capilla. Filmó la llegada de Carl, Norman y todos los otros. Ahora Carl caminaba derechamente, sin vacilación, pero varias veces inclinó la cabeza como si saludara presencias que los otros no podían percibir.

El piso era otra elaborada masa de mosaicos romanos: faisanes, asnos, frutas, figuras y escenas bucólicas, flores. Carl no se

detuvo sino hasta llegar a una amplia banda de mármol naranja que corría a todo lo ancho de la capilla.

—Carl se ha detenido en la banda anaranjada —prosiguió Norman con su grabación—. Después de ella hay muchos dibujos geométricos.

Al cabo de unos 30 segundos, el comportamiento de Carl cambió. Su rostro se iluminó. Alzó la cabeza orgullosamente, ambas manos estaban extendidas hacia adelante. Cruzó la banda anaranjada y se dirigió derechamente hacia un medallón que estaba precisamente al lado de los diseños geométricos. Era exactamente el sitio donde habría de repetirse el antiguo rito. El medallón mostraba a la tortuga, que miraba furiosamente al gallo.

Los compañeros de Carl se reunieron alrededor del medallón. Donna estaba frente a él y le apuntaba la cámara directamente.

—Las manos de Carl se han unido, palma contra palma, recostadas en su pecho —murmuró Norman en el micrófono—. Tiene los ojos cerrados. ¡Ha llegado el momento!

No bien había dicho esto Norman, cuando Carl abrió los brazos en toda su extensión; elevó la cabeza hasta que sus ojos apuntaron hacia arriba detrás de sus párpados cerrados. Sus compañeros empezaron a escuchar medias palabras y sílabas de algún antiguo encantamiento que había venido a recitar:

—*...aquae viv... immortalis* —pero parecía ahogarse o tartamudear cuando llegó a la palabra *"Christum"*. Jamás la pronunció completa. Salía como *"Christ... Christ... Christ..."* y tartamudeaba aquella primera sílaba mientras su voz crecía y crecía en volumen y su respiración se hacía más agitada y rápida.

—¡Bill, toma el micrófono! —dijo Norman con rapidez—, pero manténlo de tal manera que puedas captar todos mis comentarios y sus palabras —Carl le había dado instrucciones de que, si se presentaran cualquier bloqueo o dificultad imprevistos, debería tomarlo ligeramente de la mano y llevarlo hasta quedar encima del gallo.

—*Christ... Christ... Christ...* —Carl seguía tartamudeando. Donna, ocupada con su cámara, observó la espuma blanca que se formaba en las comisuras de su boca. Norman extendió la mano para tomar la derecha de Carl entre las suyas.

—¡Dios mío! —exclamó Norman en un murmullo audible— su mano es como de hielo.

Ahora Carl estaba luchando. Había cesado de hablar. Era como un hombre que tratara de abrirse paso y seguir adelante a pesar de un viento fuerte que no le permitiera avanzar. Su mano temblaba en la de Norman, y todo su cuerpo vibraba en el esfuerzo por avanzar, por pasar hacia el gallo que figuraba en el medallón de mosaico. Aquel esfuerzo lo había hecho retraer los labios, dejando los dientes al descubierto. La piel de su rostro estaba restirada y pálida; y, aunque ya no hablaba, se inició en su interior un bajo quejido, como un hombre que expele la respiración en un intento vasto, angustioso por pasar un obstáculo.

Norman sintió que aquel hielo penetraba en sus propios dedos y mano, adormeciendo todo sentido, y soltó la mano de Carl.

Aquel quejido creció en volumen, convirtiéndose en una especie de rugido, luego todavía aumentó más su volumen hasta que se convirtió en algo así como el grito de un hombre que lo lanzara con los dientes apretados. Norman había soltado ya la mano de Carl y se había echado hacia atrás, confuso y aturrullado. También los otros habían dado unos pasos hacia atrás, temerosos ante semejante acontecimiento. Carl estaba solo, dando todavía la cara a Donna al otro lado del medallón.

Cuando aquel singular grito ahogado alcanzó su máximo, un cambio pareció producirse en Carl; y la impresión fue demasiado para Donna. De pronto, pareció que lo que había estado golpeando a Carl lo encerraba en una especie de capullo invisible, lo ataba con lazos invisibles y correas que hubieran sido enrolladas alrededor de todo su cuerpo, apretándolo y estrechándolo, ligándolo en una forma un tanto torcida, haciéndolo que se doblase más y más hacia abajo. Pareció encogerse de tamaño. La expresión de esfuerzo y de rabia que se había dibujado en su rostro fue remplazada por una mirada de absoluto desamparo, casi de temor infantil. Era la mirada de alguien que trataba de ocultarse, de reducir su cuerpo al menor tamaño posible.

Donna seguía filmando, pero presa del pánico murmuró:

—¡Por favor, ayúdenme! ¡Por favor! ¡Pronto! —Nadie se movió. No les era posible apartar la mirada de Carl. Éste se estaba lamentando en un tono que subía y bajaba, como si el dolor y la lucha lo hubieran dejado vacío. Era una protesta contra la agonía. Todo aquello resultó demasiado para Donna. La cámara cayó de sus manos al suelo. En la última exposición que

tomó, Carl aparece inclinado hacia adelante, las manos cogiéndose fuertemente el pecho, la cabeza torcida hacia un lado, los ojos cerrados, la lengua entre los dientes y una expresión de resignación, de derrota y de reposo en su rostro: la misma que hemos observado en tantos hombres que han sido agarrotados o ahogados. Era una mirada totalmente vacía.

El ruido de la cámara al caer rompió aquella helada fascinación en que todos estaban. Bill y dos estudiantes corrieron por fin a ayudar a la joven. Norman y los otros levantaron a Carl. Al hacerlo, su cuerpo se relajó de su rigidez y, completamente desmayado e inconsciente, hubo de ser sacado al aire libre.

Todos estaban sudorosos y consternados. El cuerpo de Carl estaba frío. Vertieron algunas gotas de whisky sobre sus labios, y comenzó a recuperarse. Al cabo de un momento, pudo respirar normalmente y abrió los ojos.

—Carl —Norman hablaba con serenidad —, Carl, creo que sería mejor que nos marcháramos a Venecia inmediatamente.

Poco después de una semana, de regreso en Nueva York, Carl estaba muy lejos de sentirse bien. A pesar de haberse quedado unos días en Venecia y Milán descansando, y no obstante el largo vuelo de regreso a la patria, Carl seguía en aquel estado confuso, que ninguno de sus colaboradores llegaba a comprender. Ya no era el hombre lleno de confianza, el líder nato que habían conocido. Comía y dormía con agitación, hablaba muy poco y canceló todas las citas que tenía pendientes.

Carl parecía estar viviendo una y otra vez la escena de Aquileia, siempre en la misma forma: murmuraba y hablaba y algunas veces recorría la casa y el jardín repitiendo cada uno de los pasos de aquella mañana desastrosa. Y siempre, en el momento clave, caía en aquel curioso ataque. Fue Donna quien comentó un día que, al parecer, quería llevar aquel incidente de Aquileia más allá del difícil momento del medallón.

Por último, Norman y Albert llamaron al padre de Carl, quien vivía en Filadelfia. Llevaron al maestro a su casa. El doctor de la familia le ordenó un largo descanso.

Nadie tenía ni la más pequeña sospecha de que Carl hubiera sido poseído, o estuviera en camino de serlo, hasta una noche en la que Carl y su padre se habían quedado solos en la casona.

El padre, que dormía, despertó de repente. Carl estaba al lado de su cama, llorando silenciosamente. Habló con gran claridad, si bien no todo lo que decía parecía coherente al autor de sus días. Al parecer solicitaba la ayuda de un sacerdote. Dio su nombre: el padre Hartney F., quien vivía en Newark, Nueva Jersey. Y Carl quería que su padre llamara al sacerdote en ese mismo momento. Ya pasaba de la medianoche, pero el padre se sintió lo bastante alarmado para cumplir con su deseo. El ama de llaves le dijo que el padre había salido; que le daría su recado en cuanto regresara.

El padre de Carl había colgado apenas el aparato cuando se produjo una de las muchas y singulares casualidades que señalaron el caso de Carl V. Sonó el teléfono. La voz masculina que hablaba del otro lado era tranquila y agradable. Anunció que era el padre F. Sí, le gustaría mucho ver a Carl; era por eso que llamaba. No, no estaba en Nueva Jersey; estaba en Filadelfia. No, no había sido llamado por su ama de llaves.

—Señor V., yo quisiera pedirle que confiara en mí como hombre y como sacerdote. Tengo algo que decir a su hijo, que es sólo para sus oídos —el padre miró a Carl, y luego le pasó el teléfono. Carl pareció escuchar, el rostro angustiado, las lágrimas corriendo libremente. Todo lo que dijo fue:

—Sí —unas cuantas veces; luego, lentamente—. Mañana. Muy bien —colgó, y sin mirar a su padre se volvió lentamente y salió de la habitación.

Carl pasó tres semanas en Nueva York con el padre F. para una primera ronda de pruebas previas al exorcismo. Para fines de agosto estaba ya de regreso en su casa. Durante septiembre y octubre fue con frecuencia de Filadelfia a Newark y a Nueva York. El exorcismo se inició a principios de noviembre.

CARL V.

Aunque hay muchos en el campo de la parasicología que deploran la desaparición de Carl V. de entre ellos, son poquísimos los que están al tanto de las circunstancias en las que por último renunció a toda investigación y estudio de esta modernísima rama del conocimiento. Carl era ya un brillante sicólogo cuando se dedicó a la parasicología. Muchos que lo conocieron y que apreciaban sus dones predecían que era el hombre indicado en el

sitio señalado y en el momento oportuno para hacer exactamente lo que debía hacerse. Por lo tanto, sólo podían ver la prematura terminación de la carrera de Carl como una infortunada pérdida para la causa del verdadero humanismo.

Carl no sólo era muy inteligente. Al parecer, poseía en grado eminente dones síquicos que son sumamente apreciados hoy en día y objeto de buen número de investigaciones: poderes tales como la telepatía y la telecinesia. Encontró, además, una excelente situación en un medio académico en el que podía ejercitar y estudiar esos dones. Dentro de aquel ambiente estaba rodeado por hombres y mujeres de talento, estudiantes capaces e inteligentes. Y, para coronar sus potencialidades, se produjeron dos o tres importantes acontecimientos en su vida personal que lo situaron en una categoría totalmente aparte, que lo distinguía.

Primero hubo aquella visión que tuviera en su adolescencia. También sucedió el inesperado apoyo de sus ideas generales acerca de la parasicología por medio tan singularmente reputado como fue la aparición, en 1954, de la obra de Aldous Huxley, *The Doors of Perception*. Además, el propio Carl gozaba de estados alterados de conciencia en diversos niveles, y ello durante casi diez años (de 1962 a 1972). Ya en 1965 comenzó a tener percepciones constante del "aura" que rodeaba a los objetos: el "aura de la no cosa" era como él la llamaba. Por último, alcanzó su primera "exaltación", según él mismo la calificara, en 1969.

Mirando al pasado, Carl mismo supone ahora que, en tanto que su "exaltación" tuvo un carácter definitivamente síquico, en su centro estaba el umbral de la posesión diabólica.

Mientras tanto, sin embargo, lo que daba singular *cachet* a la carrera de Carl era el escrutinio de los colegas admirativos que aplicaban sus principios científicos precisamente a fenómenos tales como estados alterados de conciencia, visiones, viajes astrales, telepatía, telecinesia, reencarnación.

Lo que añadía una nueva dimensión en el caso de Carl y de sus propios trabajos era la inclinación auténticamente religiosa de su mente. Carl V. sin duda alguna partió con la mira de buscar la verdad de la religión, del cristianismo en particular. Y la combinación de dones síquicos, el extraordinario avance de lo que parecían ser sus poderes personales, y sus inclinaciones religiosas, todo ello le dio una notable fama y fuerza en las postrimerías de la década de 1960 y principios de la de 1970. Porque

en la decadencia de la religión organizada e institucional, la gente había comenzado a trasladar su interés activo hacia la parasicología, como posible fuente de conocimientos religiosos e incluso de sabiduría.

Ciertamente, hasta donde el criterio humano puede llegar, sólo nos cabe suponer que Carl debiera haber alcanzado mucho en ese campo elegido por él, de no haberse visto trastocado por la posesión diabólica y el consiguiente exorcismo.

Durante su primera infancia, no había rasgos notables que diferenciaran a Carl de cualquiera de sus dos hermanos o de cualquiera de sus compañeros de escuela. La familia tenía bastante dinero y gozaba de considerable influencia en su pueblo natal, en el estado de Filadelfia. Se trataba de protestantes convencidos y de miembros de la Iglesia Episcopal. El desarrollo de Carl no presentó mayores dificultades. No hubo desgracias ni tragedias que aquejaran a la familia, ni la depresión ni la Segunda Guerra Mundial la afectaron adversamente, por lo menos no en grado digno de mencionarse. Carl se lució en la escuela y en los deportes. Viajó mucho con su familia y realizó viajes a Europa, América del Sur y Hawai, en diferentes ocasiones.

Las primeras manifestaciones de cualesquier dones síquicos extraordinarios ocurrieron poco a poco, y sus padres hubieron de percatarse, gradualmente, de que Carl poseía capacidades nada comunes. Cuando, entre los siete y los ocho años, empezaron a observar, por ejemplo, que si alguno de ellos buscaba algo —el periódico, una pluma, un vaso de agua— lo más frecuente era que Carl se presentase casi de inmediato trayendo lo que necesitaban.

Al principio, lo atribuyeron a meras coincidencias. Pero aquello empezó a suceder con tanta frecuencia y, en ocasiones, en circunstancias tan extrañas, que se dieron a la tarea de descubrir si *eran* coincidencias, pura y simplemente. Al cabo de algunas semanas de estrecha y discreta observación, llegaron a la conclusión de que a veces, en una u otra forma, Carl sabía lo que estaban pensando.

Incluso esto lo hubieran dado de lado si un día no hubieran escuchado que sus hermanos le pedían que doblara unos clavos. Amablemente, Carl dobló y torció dos clavos de tres centímetros, "sintiéndolos" entre el índice y el pulgar.

Su padre consultó a un sicólogo. Siguió una larga serie de discusiones. Carl fue llevado por sus padres con dicho sicólogo y luego con otro, y por fin con un siquiatra. La decisión unánime después de algunas pruebas fue que el chiquillo poseía incipientes dones síquicos de telepatía y telecinesia. Sostuvieron que no debería hacérsele sentir una persona extraordinaria. Convenía que sus padres procurasen que reconociera estos dones como una cosa común y que restringiera su aplicación.

Lo difícil de todas estas decisiones a espaldas del chico escapó totalmente tanto a sus padres como a los sicólogos, porque, sin percatarse en verdad plenamente de lo que implicaban, Carl sabía lo que pensaban y conocía su decisión. En un lugar escondido de su mente infantil decidió seguirles la corriente. Pero a partir de ese día se inició en él aquel "aislamiento" que había de marcarlo en los años por venir.

Carl obedeció la sugerencia de su padre, de que se abstuviera de doblar más clavos, de que ya no dijera a la gente lo que estaba pensando y de que no tomara la iniciativa debida a su conocimiento telepático de los deseos ajenos. Para cuando tenía 11 años, segun pareció a sus padres, toda manifestación de poderes síquicos parecía haber cesado en su vida exterior.

Pero, en realidad, Carl poseía ahora un absoluto dominio sobre estos poderes, en un grado que nadie comprendía, y los guardaba celosamente como un secreto solitario. Sólo ocasionalmente se descuidaba. Quizás en un arranque de rabia rompiera un vaso que estaba en otra habitación o gritase a algún compañero un insulto infantil comparable al que el chico estaba a punto de lanzarle.

A pesar de esta continuada connivencia por su parte, la excelente relación de Carl con su padre y su madre era genuina. Y, años más tarde, a raíz de que sus padres se divorciaron, Carl se sintió todavía más unido a su padre.

Como el hijo mayor, Carl era contemplado por sus dos hermanos pequeños, Joseph y Ray, con algo que lindaba en la devoción. Entre los tres existían una intimidad y una franqueza que perduraron mucho más allá de la infancia. Y fue precisamente por esta intimidad existente desde la infancia que contó a Joseph y a Ray la visión que tuviera a los 16 años.

Por lo que Carl cuenta de sus recuerdos, parece ser que aquella visión se produjo en la biblioteca de su padre, cierta tarde,

mientras Carl estaba preparando su tarea. Miró al reloj. La cena se servía puntualmente a las seis. Vio que le quedaba apenas un minuto, el tiempo suficiente para hallar determinado volumen de la Enciclopedia Británica y abrirlo en el artículo que necesitaba para su composición escrita.

Una vez que hubo hallado la información que buscaba, su conciencia sufrió un singular cambio. No se sintió atemorizado; antes al contrario, el cambio lo puso en lo que describe como un gran silencio. Ya no veía el libro que tenía en la mano, ni los estantes de libros que estaban frente a él. No sentía ya ni siquiera el peso del volumen en su mano, ni sentía tampoco el piso bajo sus pies. Pero no echaba de menos nada de esto: ya no parecía ser necesario.

No se daba cuenta de todo ello de manera directa, sólo en la periferia de su conciencia se percataba de aquellos cambios de percepción y de su falta de necesidad del sentir físicamente lo circundante. Su atención se había concentrado en otra cosa, algo totalmente distinto de toda su experiencia hasta ese momento de su vida, pero que en cierta misteriosa manera estaba íntimamente ligada con todo ello.

Ante todo, se trataba de una atmósfera. Había mucha luz, pero según dice, era una luz oscura. Sin embargo, aquella oscuridad era tan brillante que no se le escapaba el menor detalle. No estaba *mirando a* algo, ni *a* un paisaje. Estaba *participando de ello,* tan claros eran todos los detalles mostrados y percibidos por él. Lo que vio carecía de dimensiones: no había "allá", ni "arriba", ni "abajo", ni "grande" ni "pequeño". Sin embargo, se trataba de un lugar. En él había objetos, pero el sitio no estaba en parte alguna. Y los objetos que se encontraban en aquel espacio no se podían hallar siguiendo determinadas coordenadas, ni ser vistos por los ojos, ni sentidos por la mano. Él los conocía, como si dijéramos, por *participación* de su ser. Los conocía completamente. Por tanto, sabía lo que eran y dónde estaban. Y aun cuando tenían con él una relación y también una relación entre unos y otros, no se trataba de una relación de espacio y distancia y tamaños comparativos.

No sólo las dimensiones espaciales normales estaban en suspenso, como un tiempo que no se extendiera. Y no era que el tiempo pareciera haberse detenido. *No* había tiempo, *ni* duración. No estaba viendo los objetos por un tiempo largo o breve:

no podían haber sido segundos, ni tampoco podía haberse tratado de una infinidad de horas o de años. No había sentido de duración. Era eterno. Y, sin embargo, él se percataba clara, aunque indirectamente, de que había tiempo. Pero, otra vez, era un tiempo interior que parecía ser la total existencia de él mismo y de todos aquellos objetos sin un principio perceptible o que se hiciera para atrás, y sin un final o un fin próximo.

En cuanto a describir aquel paisaje y los objetos "en" él, Carl sólo pudo hablar vagamente. Se trataba de un "país", dijo, de un "campo", de una "región". Tenía todo lo que cabría esperar: montañas, cielo, campos, siembra, árboles, ríos. Pero todos estos carecían de lo que Carl llamara "oscuridad" de sus correspondientes en el mundo material. Y, aunque no tenía casas o ciudades visibles, estaba "habitado": estaba lleno de una "presencia habitante". No había sonido ni eco, pero aquella carencia de sonido no era un silencio, ni la falta de eco implicaba carencia de movimiento. Le parecía a Carl por vez primera que estaba libre de la opresión del silencio y de la nostalgia que le producía el eco.

Y al abarcar todo esto, o al ser abarcado por todo ello —en realidad nunca pudo distinguir exactamente cuál era la forma correcta de expresarlo—, se produjo en él un deseo repentino. Pero era un deseo de una pureza y de una inmunidad sacra que lo liberaba de cualquier anhelo y que no implicaba una necesidad en el sentido en que nosotros solemos entenderla. Era una apelación sumaria, pero sin solicitud. Era deseo confirmándose a sí mismo. Era esperanza sustancial esperándose a sí misma. Y, a pesar de todo, aquello *era* deseo. En ocasiones lo describiría como un "¡muéstrame!" o un "¡dame!" o un "¡tómame!" o un "¡guíame!" que surgiera en su interior. Pero, dijo, ninguna de estas palabras expresaba la médula de aquel deseo. Y, por encima de todo este deseo y este ser deseador, estaba una aceptación y una aceptabilidad totalmente satisfactorias.

Luego, cambió todo el foco de su visión. Y esa fue exactamente la máxima maravilla. Estaba escuchando una pequeña voz y viendo un rostro que no puede describir. Y escuchó palabras y vio expresiones que no puede poner en palabras. El rasgo dominante de aquella voz y de aquel rostro fueron expresados por él posteriormente por medio de la palabra "¡espera!". No sabía lo que significaba ese "¡espera!", ni qué era lo que debía

esperar. Pero todo aquella idea resultaba intensa y profundamente satisfactoria.

Carl ignora si la visión hubiera "durado" más y lo hubiera llevado o no más adelante, pues de súbito fue sacado de ella.

—Tienes exactamente un minuto para terminar —era el pequeño Ray—. ¡Apúrate!

En ese momento Carl sintió que brotaba desde su interior una gran tristeza, un indescriptible sentido de pérdida. Miró aquellos fríos libros, los estantes largos y duros, el rostro de su hermanito. Sintió el volumen que tenía en las manos y el piso en el que descansaban sus pies. Miró el reloj. Faltaba un minuto para las seis.

Mientras se apresuraba para llegar a la mesa, tenía los ojos llenos de lágrimas. Sin embargo, más tarde, no pudo dilucidar si se trataba de lágrimas de pena o de agradecimiento. Jamás lo supo.

Antes de marcharse a la cama, confió a Joseph y a Ray lo sucedido.

—Quizá era abuelita que te quería decir algo —sugirió Ray esperanzado. Su abuela había muerto el año anterior—. No —dijo Joseph—, fue un mensaje de Dios. En la escuela dominical nos han dicho que Dios manda esas señales para mostrarnos lo que va a suceder.

Posteriormente, Carl se preguntaba con frecuencia acerca de este singular acontecimiento de su vida. ¿Qué era lo que debía esperar? ¿Quién o qué le había hablado? ¿Qué era aquello que tanto había deseado en ese momento? Pero, a pesar de todas estas preguntas, la visión permaneció en su memoria plena de una dulzura que nada podía borrar. Y significó una gran diferencia en su ser, que muchos percibieron pero que pocos comprendieron. Allá, en su propia mente, lo separaba de los otros. Jamás se sentía realmente "con" los otros, jamás plenamente unido a ellos. En fiestas, cenas, reuniones, conferencias, solía verse a sí mismo esencialmente como separado de los demás, como si estuviera a un lado.

Y, desde luego, esperaba. Sólo años después habría de saber qué era aquello que la visión le dijera que debía esperar.

Carl ingresó a Princeton en 1942, y obtuvo su maestría en sicología en 1947 y el doctorado en 1951: dedicó seis años más

al estudio y la investigación. Cuatro de esos años los pasó en Estados Unidos y dos, en Europa. Volvió sólo hasta 1957, para aceptar una cátedra en cierta universidad del Oeste medio. En aquellos quince años, de 1942 a 1957, se habían producido en él importantes cambios.

El primero, y quizá el más importante, se debió a la influencia de un compañero de estudios: Olde, un tibetano al que Carl conociera en 1953. Olde llevó a Carl al conocimiento personal de la "oración superior", según Olde la llamaba.

Olde había nacido en el Tíbet, se había criado ahí hasta la edad de 10 años; después se había educado en Suiza y Alemania, y había venido a Estados Unidos para seguir estudios de doctorado. Afirmaba ser miembro de una antigua orden religiosa tibetana, *Los Gelugpa*, o sea, "Los Virtuosos", y que él mismo, así como su padre antes que él, era uno de los *sprulsku*, o lamas reencarnantes.

La primera conversación de carácter personal que Olde tuvo con Carl ocurrió cuando éste escuchó a Olde leer un resumen de la tesis que estaba escribiendo. El tema era la relación entre el Yamantaka, el dios de la sabiduría, y Yama, el dios del infierno. Carl preguntó inocentemente por qué las estatuas de Yamantaka siempre mostraban al dios con 34 brazos y nueve cabezas. La respuesta de Olde, un nonsequitur aparente, despertó un extraño eco en Carl. Era una respuesta que jamás olvidaría:

"Mientras más brazos y más cabezas pueda tener Yamantaka, más podremos ver del *otro*. Y sólo el *otro* es real".

¿El *otro*? ¿El *otro*? ¿El *otro*? ¿Es que no conocía al *otro*? ¿Qué o quién era ese *otro*?

Carl se quedó mirando a Olde. Y comprendió serenamente, sin esfuerzo: cada brazo adicional, cada cabeza de más, tenía por objeto convertir en una tontería, literalmente, cualquier brazo y cualquier cabeza como cosas reales. *Cualquier* cosa, un brazo, una cabeza, una silla, una hoja, cualquier *cosa* en sí carecía de importancia, era solamente significativo y real porque había un otro, el *otro*. La materialidad en sí era negación. Era el no ser lo que importaba, porque sólo la no materialidad era real. Y le pareció ver también que a esto se debía que, desde aquella su visión, había tenido tendencia a retraerse, a permanecer al margen sin involucrarse con las cosas, libre de la necesidad de ocuparse totalmente de su materialidad.

En un dulce amanecer dentro de sí mismo, Carl sintió una oleada de aquella misma tristeza que se apoderara de él cuando Ray lo había interrumpido, años atrás, y su visión había sido duramente cortada.

—Fue eso [ese momento con Olde] el momento en que alcancé la mayor madurez de mi vida hasta ese punto —musita Carl hoy al rememorar aquellos tiempos. Porque en ese momento sintió de nuevo no sólo la tristeza, sino también el viejo deseo infantil, sintió todos los dolores de la nostalgia como un sufrimiento sumamente aceptable, y, al mismo tiempo, escuchó de nuevo allá, en los escondites de su memoria, aquel "espera" tan sereno, tan reconfortante, tan lleno de promesa y garantía de realización.

Carl y Olde se hicieron muy amigos, y antes de mucho tiempo Olde había iniciado a Carl en la "oración superior". De su propia experiencia familiar, y de su asistencia a la escuela dominical, Carl había aprendido los modos ordinarios de la oración. Consistía en determinadas oraciones, himnos y las ocasionales y espontáneas expresiones empleadas durante la bendición de la mesa en las comidas, o cuando él rezaba en privado.

Olde trastocó por completo sus ideas y hábitos; según él, las palabras y, lo que es más importante, los conceptos, impedían toda verdadera comunicación con lo que Carl como cristiano llamaba "Dios" y lo que Olde llamaba el "Todo"; según dijo, Carl tendría que adiestrarse para lograr la "oración superior".

Día tras día, Carl se sentaba al lado de Olde, mientras que éste lo adiestraba en las actitudes básicas del cuerpo y "tonos" de la mente. Las condiciones del cuerpo eran fáciles de aprender. Quietud (temprano por la mañana, antes de la salida del sol, o ya tarde por la noche, cuando ningun ruido turbaba el recinto), eliminación de toda distracción: sentarse cómodamente, vestir ropas sueltas y tener la menor luz posible. Pero todo esto y los pasos aún por aprender, eran apenas cuestiones preparatorias y temporales. Olde le explicó que, si progresaba, saltaría definitivamente sobre todas las dificultades materiales hasta la "oración superior" y entonces sería capaz de "orar" incluso si a su alrededor veinte martillos eléctricos estuvieran golpeando en una habitación con muros de bronce. (Tal imagen utilizaba Olde).

Carl aprendió rápidamente y adquirió la necesaria quietud material y la concentración indispensable. Los siguientes pasos

tomaron más tiempo y llevaron a Carl a los umbrales de la parasicología. Según Olde le explicó, Carl tenía que estar completamente libre y limpio de toda "materialidad". A Carl le era fácil comprender la manera de vaciar su imaginación, cómo cerrar su memoria de manera que no pasaran por ella imágenes de recuerdos y cómo eliminar incluso la conciencia imaginativa más periférica de la posición de su cuerpo, de las ropas que vestía, del calor o del frío de la atmósfera que lo rodeaba, de su propia respiración. Pero tardó mucho tiempo para dar el último paso. Olde le informó que, llegado a este punto, podía correr en círculos para toda la vida sin adelantar jamás. De hecho, la mayoría de la gente hacía precisamente eso.

El paso último consistía en eliminar su propia comprensión consciente (y, por tanto, conceptos e imágenes, así como sus sentimientos al respecto) de su condición misma en el momento de la oración. Durante mucho tiempo, no tuvo control sobre su mente a fin de no percatarse de que estaba vaciando su mente; y no tenía sobre su voluntad el control necesario para obligarla a *desear* vaciar su mente. Todo aquello parecía un círculo vicioso. Uno disciplinaba la mente para no pensar en nada, la imaginación para no imaginar nada, los sentimientos para no sentir. Todo esto se hacía por propia voluntad, pero luego, le parecía a Carl, su mente estaba llena de la idea "no debo pensar". Su imaginación persistía en buscar imágenes de sí mismo sin imágenes. Sus sentimientos seguían sintiendo que no tenían sentimientos. Corría alrededor y alrededor, girando sin parar, hasta que emergía cansado, tenso y decepcionado.

"No te des por vencido", solía decirle Olde por vía de consuelo". y también le dijo que hubiera podido ser peor y que estaba seguro de que algún día Carl encontraría el secreto: un ajuste simple, infinitesimal, casi imperceptible. "Cuando lo consigas, lo sabrás". Y le repetía estas mismas palabras una y otra vez.

Sin embargo, durante bastante tiempo Carl cometió el sumo error de *tratar* de hacer aquel "ajuste". No sabía, ni podía saber, que si uno lograba este singular "ajuste" este ocurría simplemente. No por medio de la mente, ni por medio de la voluntad, ni a través de la imaginación o de la memoria, sino que uno lo lograba como ser pensante, con voluntad, imaginativo, que recuerda. De pronto, toda nuestra materialidad, por sí misma, se convertía en una trasparencia a través de la cual aparecía

claramente la no materialidad, el otro. Y una vez pasada esa etapa, se penetraba en la región sin sombras, sin formas, sin materialidades de la existencia en la que sólo reinaba la realidad y nuestra propia irrealidad, nuestra materialidad no tenía boga ni función alguna, excepto como complemento de la totalidad.

Pero no bien hubo alcanzado Carl esa condición de "oración superior", Olde terminó abruptamente su amistad.

—Ahora, cuando desees orar, realmente orar —dijo Olde como conclusión de sus instrucciones—, ya sabes cómo hacerlo.

Era el último año de Carl en Princeton como estudiante de doctorado; tenía ante sí años de estudios e investigación mucho más descansados, antes de dedicarse a la docencia. Estaba ávido de seguir bajo la dirección de Olde; y puesto que Olde estaba en la universidad como conferenciante e investigador, Carl no veía problema alguno. Sin embargo, Olde no quería tener ya nada más que ver con él. ¿Por qué? Fue lo que Carl le preguntó en una ocasión en que caminaban por los jardines de la universidad, temprano por la mañana. ¿Por qué? Olde no se explayó demasiado. Reconoció que había introducido a Carl a la *Vajnayana*, "el relámpago", el vehículo de la fuerza mística. Pero no había poder sobre la tierra capaz de inducirlo a llevar a Carl más allá en el *Mantrayana*, el vehículo de los encantamientos místicos.

—Lo que he hecho ya es suficiente —gruñó Olde. Y luego, como si se le ocurriera en ese momento—. Lo que he hecho es ya suficientemente peligroso.

Carl seguía sin comprender. Insistió en que Olde le explicara o, si no podía explicarlo, que al menos le sugiriera una dirección.

Por último, cierto día Olde pareció estar ya carente de toda respuesta. Toda alma que se vuelve a la perfección de la Totalidad, dijo, es como un loto cerrado al principio de su búsqueda. Bajo la dirección de un maestro o guía, sus ocho pétalos se abren lentamente. El maestro tan sólo ayuda en esta operación. Cuando los pétalos se han abierto, la minúscula urna de plata del verdadero conocimiento es colocada en el centro de la flor de loto. Cuando los pétalos se cierran de nuevo, la flor toda se ha convertido en vehículo de este conocimiento verdadero. Mirando hacia otro lado, Olde dijo con los dientes apretados, casi hostil:

—La urna de plata jamás podrá ser colocada en el centro de tu flor. El centro ya ha sido conquistado por una negación

automultiplicante —una pausa—. Suciedad, Materialidad. Lodo. Muerte.

Carl se quedó petrificado, literalmente atontado durante un instante. Olde se alejó de él, sin volverse a mirarlo. Había dado quizá cinco pasos cuando Carl se desmoronó. Lo más que pudo fue exclamar ahogadamente:

—¡Olde! ¡Amigo mío! ¡Olde! —Olde se detuvo de espaldas a Carl. Estaba perfectamente tranquilo, inmóvil, silencioso. Luego Carl le escuchó decir en voz que no iba dirigida concretamente a él:

—Amigo es santo —Carl no comprendió lo que quería decir con aquello.

Luego Olde se volvió lentamente. Carl apenas reconoció sus facciones. No eran ya los suaves rasgos de su amigo. Su frente no era aquel espacio libre de arrugas, y sus ojos brillaban con una luz amarillenta. Líneas de dureza se marcaban en su boca y sus mejillas. No estaba enojado, se mostraba hostil. Aquella imagen de Olde quedó grabada a fuego en la memoria de Carl. Olde dijo a Carl únicamente unas cuantas palabras que éste jamás logró olvidar:

—Tú tienes Yama sin Yamantaka. El negro sin el blanco. La nada sin el algo —fue la última vez que habló directamente a Carl.

Y cuando Olde se volvió de nuevo para marcharse, Carl sufrió un cambio repentino. Por unos instantes pareció quedar absorto en la "oración superior". La oleada de frustración e ira se vio sustituida por el desprecio y el disgusto que le causaba Olde. Luego, al ver la espalda de su ex amigo que se retiraba, se sintió lleno de un miedo de advertencia que le producían tanto Olde como todo aquello que él representaba. Por una causa u otra, Olde era el enemigo, y de una u otra manera, Carl constituía un nosotros y un "nos" con alguien más, y Olde no podía pertenecer a esa unidad.

—¡Enemigo! —se oyó de pronto gritar a Olde. Éste se detuvo, medio se volvió y miró hacia Carl por encima de su hombro. Su rostro había vuelto a recuperar su acostumbrado reposo. Su frente, mejillas y boca estaban tersas y libres de arrugas. Sus ojos tenían la calma, estaban muy abiertos y mostraban aquella dulce e impenetrable luz en el fondo, como siempre lo hicieran. La compasión que en ellos se veía golpeó a Carl como un lati-

gazo. No necesitaba la compasión de nadie. Dio un paso atrás y empezó a hablar, pero no logró emitir palabra alguna. Dio otro paso hacia atrás, medio volviéndose, luego otro paso y se volvió un poco más hasta que literalmente se *encontró* a sí mismo retirándose. Se dijo que él se había marchado, pero allá muy en el fondo sabía que había sido rechazado, que había sido obligado a volverse y a marcharse.

Al parecer, también Olde contaba con protectores.

Su relación con Olde tuvo para Carl repercusiones importantes. Dados sus dones síquicos, era casi inevitable que el conocimiento del misticismo oriental, que enfatizaba lo parasicológico, que adquirió a través de Olde, lo empujara por el camino de la investigación en un campo entonces relativamente novedoso: la parasicología y los elementos paranormales de la conciencia humana.

Pero por encima de todo, su amistad con Olde había agudizado su habilidad extrasensorial para percibir los pensamientos ajenos. Antes de haber sido instruido por Olde, Carl no siempre conocía todos y cada uno de los pensamientos de quienes lo rodeaban. En general, lo que podía percibir con más precisión era el estado de su ánimo: felicidad, temor, preocupación, amor, odio, etcétera, y, en alguna ocasión, sabía exactamente lo que pensaban. La disciplina inculcada por Olde había permitido a Carl un control y utilización mucho mayores de aquella parte de su percepción extrasensorial. Encontró que funcionaba más frecuentemente, y con todos. Y al cabo de poco tiempo la ejercitaba a voluntad.

Después de su "adiestramiento" con Olde, evidentemente hubo dos personas durante la carrera de Carl como catedrático que siguieron siendo singularmente "opacas" para él. Jamás pudo leer sus pensamientos y rara vez conocía su condición interior. La primera fue una de sus novias, Wanola P. El segundo era el padre Hartney F. ("Hearty"), un sacerdote enviado por su obispo a estudiar parasicología.

En 1954, un año después de su ruptura con Olde, Carl conoció a Wanola P., estudiante graduada de sicología. Era una chica alta, rubia, atractiva, originaria del Oeste medio, buena deportista y muy popular. Caso curioso, no fue ninguna de estas cosas lo que atrajo a Carl, sino más bien aquella mezcla de singular inteligencia, sus puntos de vista acerca de los trabajos de

Carl en materia de religión y de la sique y, quizá sobre todo, su propia incapacidad para formarse una percepción extrasensorial clara de lo que ella pensaba o sentía.

Cuando empezaron a salir, Wanola hubo de conocer algo de los dones síquicos de Carl. Quedó fascinada por ellos, por sus novedosos conceptos y su brillante manera de atacar diversas dudas y problemas de la sicología. Pero a medida que fue conociéndolo, esta fascinación se convirtió en compasión y luego en temor por la cordura de Carl y por su fe religiosa. Era como un curioso eco de la reacción que Olde tuviera un año antes, si bien esta vez todo ocurrió con mucha mayor rapidez. Y esta brevísima relación con Wanola dejó a Carl un tanto intrigado.

En ocasiones, la chica le hablaba ampliamente acerca de algunos comentarios que él hiciera en lo que toca a "hallar" el cristianismo en su "verdadero" y "original" estado. Comentaba su creciente tendencia a opinar que Jesús había sido un simple pescador galileo que había sido poderosamente cambiado por Dios y había tomado el espíritu divino. Pero lo que más la conturbó fue la ambición de Carl de sujetar el espíritu mismo de la religión a experimentos que pudieran ser controlados en el laboratorio.

Por último, cierto día, de regreso de unas breves vacaciones en su casa allá en el Oeste medio, Wanola llegó a la habitación de Carl directamente del aeropuerto. Traía un sencillo ramillete de flores silvestres que ella misma había cortado antes de tomar el avión. Caso curioso, Carl recuerda aquellas flores con gran detalle, si bien dice que en aquel momento preciso en que Wanola entró en la habitación y empezó a hablar con él, su interés y atención estaban en otro lado. Recuerda que había gencianas azules, dientes de perro, pensamientos, leches de gallina y daucos.

Pero cuando Wanola entró ahí con aquellas flores, Carl ni siquiera les dedicó una sonrisa o un saludo. Estaba esgrimiendo un opúsculo recientemente publicado: *The Doors of Perception* (Las puertas de la percepción) por Aldous Huxley. Recuerda que casi gritó.

—¡Huxley lo conoce todo! ¡Mezcalina! ¡Yo no necesito mezcalina!

Wanola escuchó un largo sermón acerca de Huxley, y cuando se marchó, se llevó consigo sus flores.

Carl había hecho una delicada elección; había dado un paso atrás de la ternura humana sencilla. Esto sólo lo comprendió después del exorcismo. Pero Wanola lo comprendió en el mismo instante. Él la llamó, una vez y otra, pero, con gran extrañeza de su parte, ella rehusó volverlo a ver.

La excitación que le produjera el libro de Huxley era enorme. Captó de inmediato la médula de la teoría expuesta por el autor: que la mente y la sique son capaces de un conocimiento y de un alcance de experiencia que los hombres de nuestra civilización rara vez han imaginado. Viviendo, como vivimos, en nuestra sociedad humana, la sique humana ha aprendido a enviar sus energías en otra dirección... para hacer frente al mundo material y tangible. Huxley hacía en su libro un llamado para el desarrollo de una droga sicodélica (que literalmente, una abridora de la sique) que no provocara adición y que fuera inocua en sus efectos secundarios, que permitiera a hombres y mujeres liberar sus energías síquicas y gozar plenamente de su amplio potencial.

Carl, que estaba precisamente en la mitad de sus estudios de la doble personalidad, encontraba repentinamente en Huxley una ventana que se abría hacia un nuevo horizonte. Quizá, según ahora veía, lo que solía llamarse con frecuencia problema de personalidad múltiple no era en realidad sino un caso de sique liberada —al menos en lo particular— de los lazos convencionales. ¿Quizá una parte de los esquizofrénicos era en verdad personas ilustradas para quienes el choque de la ilustración había sido demasiado. Y quizá esas personas existían en un estado alterado de conciencia con el que lograban trascender el mundo material y tangible que los rodeaba, saltar las barreras del espacio y del tiempo y gozar de genuina libertad de espíritu?

Se trataba de un momento importantísimo en el desarrollo de Carl. Lo que Huxley había intentado y logrado una que otra vez con la ayuda de la mezcalina, Carl se proponía ahora lograrlo y desarrollarlo con sus propios dones síquicos.

Mirando hacia atrás, como lo hacía a veces, hacia la visión que tuviera en su adolescencia allá, en el estudio de su padre ahora veía en dicha visión una premonición de lo que podría debería lograr: una percepción del espíritu, una participación en la existencia libre de espacio y de tiempo a la que se llegaba

por la senda de la parasicología. El propósito de todas las instrucciones que Olde le diera le parecieron a Carl perseguir la simple liberación de la mente y de la voluntad de cualquier complicación con las experiencias sensoriales y las trabas materiales. No es extraño pues que la desaparición de Wanola de su vida personal no le provocara sentimiento alguno de pérdida. En efecto, ella hubiera tenido que desaparecer, según hubo de concluir. No había ahora en su vida campo para afectos personales que incluyeran emociones y la presencia síquica de otro ser humano.

Aun cuando su estudio de la parasicología se inició en 1953, a raíz de su amistad con Olde, fue más o menos cinco años más tarde cuando su interés adoptó un carácter persistentemente religioso. Al cabo de dos años de estudios e investigaciones en Europa, volvió a Estados Unidos a finales de 1957, para hacerse cargo de una cátedra en el Oeste medio, a principios de 1958. Para Carl resultaba un nombramiento por demás atractivo, pues le daba una gran libertad en sus investigaciones. Halló un pequeño departamento no muy lejos del recinto de la universidad y se le dio espacio perfecto para sus necesidades profesionales en el departamento de sicología. Así se centraría su existencia. Tenía una sala de recepción, su propio estudio y, abriéndose a su estudio, había una habitación lo bastante amplia para celebrar seminarios y conferencias privadas y realizar experimentos.

Para el año siguiente, Carl ya estaba perfectamente instalado y se había atraído a un grupo pequeño pero entusiasta de colaboradores, salido de entre sus mejores estudiantes.

Una noche, de manera del todo inesperada y mientras se hallaba solo, tuvo el primero de aquello que él y sus colaboradores habrían de llamar posteriormente "trances". Acababa de volver a su oficina de una comida en casa de un colega. Eran cerca de las siete y media de la noche. Lo envolvía un grato sentimiento de paz y confianza.

Cuando entró a su estudio, saliendo de la sala de recepción, sus ojos se fijaron en una ventana que miraba al Oeste. El sol aún no se ponía, pero había manchas incandescentes y líneas en el cielo. Todo el espacio que ocupaba la ventana parecía un lienzo de dos paneles, pintado en rojos, naranjas, azules grisáceos, blancos resplandecientes.

Carl cruzó la habitación hasta la ventana, y mientras contemplaba la puesta del sol se produjo en él una suave y rápida

trasformación. Su cuerpo quedó inmóvil, como si lo sostuviera una mano gigantesca, sin causarle la menor molestia. Estaba helado, sin embargo de lo cual no tenía sensación alguna de frío ni de entumecimiento.

Luego, la escena viviente que había fuera de su ventana adquirió el mismo extraño aspecto de inmovilidad y congelación. Entonces, parte de aquella escena comenzó a desaparecer. Primero que nada, todo aquello que estaba en el espacio entre la ventana donde Carl se hallaba y la puesta de sol, desapareció: campos de juegos, edificios, prados, la carretera, los árboles y los arbustos. No era como si se mantuvieran allá, en los límites de su visión. Sencillamente, para él dejaron de estar ahí. Sabía que si hubiera tratado de buscarlos, en ese momento no hubiera podido hallarlos. Todo parecía haber sido arrancado de su vista. Y su desaparición le parecía algo mucho más normal que su permanencia ahí, frente a sus ojos. Por un momento se sintió muy a sus anchas, a pesar del extravagante carácter de aquella ocurrencia.

Y, desde luego, la *distancia* entre él y la puesta del sol era ahora un vacío informe después de la desaparición de los objetos que formaban su paisaje. No había nada "entre" él y el sol poniente, ni siquiera un abismo, ni siquiera un vacío. No estaba más cerca del sol en el sentido corporal, sin embargo, lo estaba conociendo íntimamente.

Por último, desapareció incluso la ventana. Mientras tanto, Carl había estado mirando menos y menos en los colores y tonalidades del sol poniente; y, cuando se borró el marco de la ventana, "simplemente miraba al sol", aunque no puede expresar claramente en palabras la diferencia entre esas dos vistas y la importancia obvia que para él tuvo eso en aquel momento.

Por último, lo visto —lo que estaba viendo— pareció crecer y crecer en su conciencia, pero él mismo pareció disminuir en la medida correspondiente. Se fue disminuyendo y disminuyendo.

De pronto se apoderó de él un sentimiento de pánico, de que también él mismo pudiera "desaparecer" de su propia conciencia como había desaparecido el paisaje. Aquello, estaba seguro, significaría la nada para él. Y, a medida que lo visto se agrandaba y se agrandaba hasta alcanzar proporciones gigantescas, en su fantasmal estilo inmaterial, más y más miserable e inútil se sentía él.

En esta marea baja de sus sentimientos, Carl experimentó los primeros movimientos de lo que más tarde habría de llamar "mi amigo". Siempre insistió en que este "amigo" era personal: una persona, pero no una persona física.

"Era una presencia personal", sostenía. No parecía haber venido "a él" sino haber estado ahí todo el tiempo; no obstante, fue algo inesperado y jamás antes de ese momento se había percatado de su presencia.

Entre Carl y su "amigo" no se cruzaron palabras, ni conceptos ni imágenes de las que él tuviera conciencia. Pero sabía con absoluta certeza que se le estaba "diciendo" que salvo que "hiciera un gesto de asentimiento" o "diera su aprobación", su progreso hacia la nada sería un hecho.

La angustia que semejante posibilidad le causaba era tremenda. No obstante, cierto aspecto de aquella presencia personal le parecía ser "deficiente", parecía dejarle la opción de decir que no. Sintió un impulso breve, extraño de desafiar la absolutista exigencia de consentimiento que ahora se le planteaba. Pero una rápida confusión tan extraña como todo el incidente adormeció aquel impulso de lucha: *no supo cómo lanzar el reto*. ¿En nombre de qué poder debería él "hablar"? ¿En nombre de quién podía él soportar las consecuencias y cómo podría sobrevivirlas? Dice ahora que por largo tiempo no había alimentado idea alguna de ayuda o auxilio o salvación, y que "no tenía nadie o nada al cual volver los ojos o recurrir". Había sido llevado a un aislamiento casi total, a decir verdad, al borde de la nada.

Así que, fácilmente y con alivio, "asintió". Dio su aprobación interior. Incluso no sabía exactamente lo que esta aprobación significaba. De inmediato cesó aquella sensación de estar siendo reducido a la nada. El alivio inundó su conciencia. Casi simultáneamente escuchó una voz que le llamaba desde una gran distancia:

—¡Carl, Carl! ¿Te sientes bien? ¡Carl!

"Reaparecieron" la ventana y el paisaje. La puesta de sol "se retiró" y su visión volvió a ser normal.

Se agitó y miró a su alrededor. Albert, uno de sus jóvenes ayudantes, tenía la mano en su hombro. Ninguno de ellos dijo palabra por el momento. Ambos esperaron hasta que el sol se ocultó por completo. Luego, mientras Albert escuchaba, Carl se sentó para dictar en su grabadora. Lo que resultó de aquello

sorprendió al mismo Carl. Habló de todo aquel trance como una manifestación de Dios, como una experiencia religiosa. Volviéndose a Albert en un momento, mientras seguía dictando, declaró que ahora veía que la obra de su vida habría de ser descubrir la auténtica vida del espíritu y lograr un conocimiento adecuado de Dios y su revelación... todo ello a través de la investigación parasicológica.

El camino de Carl había quedado trazado. Durante los cinco años siguientes habría de trabajar constante y metódicamente, elaborando sus teorías, probando y desarrollando sus propios poderes síquicos, nutriendo a un grupo de estudiantes y ayudantes que lo rodeaban.

En 1963 Carl trabó conocimiento con la segunda persona en su carrera que siguió siendo "opaca" para su percepción síquica. El padre Hartney F. ingresó en la órbita de Carl, casi diez años después de Wanola P. y casi once años después de Olde.

Fue en el semestre de otoño. Carl había sido nombrado profesor de tiempo completo. El padre Hartney F. (o "Hearty", como solían llamarlo sus amigos), era el único miembro de la nueva clase al que Carl no alcanzaba a comprender o "captar" síquicamente. Como ocurriera en el caso de Wanola P. diez años atrás, la incapacidad de lograr "percepción interna" alguna de Hearty le intrigaba muchísimo.

Éste, sin embargo, parecía ser una persona absolutamente normal, incluso inocua. Era un hombre alto, huesudo, cuya cabeza clareaba con rapidez, considerando su edad, y que usaba lentes de vidrios muy gruesos. Hearty se sentaba en la segunda fila, y miraba a Carl fijamente y de vez en cuando tomaba notas. Siempre llevaba su alzacuello y un traje negro impecablemente limpio. Durante las conferencias rara vez se movía, o miraba a su alrededor, o hacía alguna pregunta. Cuando Hearty presentó el trabajo correspondiente al primer semestre, que no era ni mejor ni peor que el promedio y que normalmente no hubiera despertado un interés especial en Carl, éste aprovechó, sin embargo, la ocasión para entrevistar a su estudiante "opaco". Encontró que el sacerdote era en el fondo una persona sumamente sencilla con memoria poco mejor que la normal, buena salud, perfecto conocimiento en los principios básicos de la sicología y con la ambición de estudiar parasicología para lo que él llamaba "propó-

sitos pastorales". Al parecer había convencido a su obispo de que el conocimiento de la parasicología sería de gran utilidad para trabajar con sus correligionarios y para comprender algunos de sus problemas.

Como de paso, Hearty mencionó a Carl algunos casos de posesión diabólica, y también habló del exorcismo. En aquella época, esto pareció interesar muy poco a Carl, quien dio de lado el tema, confinándolo al fondo de su memoria, por así decir, con algunos comentarios acerca de la necesidad de poner al día las creencias y ritos de la Iglesia.

Al parecer, habiendo observado todo lo que quería o le interesaba después de un corto lapso, Carl puso fin a la entrevista con una breve crítica de ciertos puntos técnicos del trabajo presentado por Hearty.

Sin embargo, Carl seguía intrigado, y no se opuso cuando dos de sus estudiantes, Bill y Donna, quienes más tarde habrían de acompañarlo a Aquileia, sugirieron que Hearty entrara a formar parte de un grupo especial de estudios que Carl había creado. Su argumento era que el grupo necesitaba al representante adiestrado de alguna comunidad cristiana, porque uno de los objetivos más profundos de aquel grupo era experimentar los poderes y dones síquicos de Carl a fin de sondear el pasado del cristianismo. Ahora bien, en aquella época Hearty era el único clérigo del departamento y la única persona que tenía conocimientos de teología.

Carl decidió celebrar otra entrevista con este clérigo opaco antes de invitarlo al grupo de estudio. Pidió a dos de sus ayudantes, Albert y Norman, que, junto con el resto de los miembros del grupo especial, estuvieran presentes.

Hearty era un hombre de fácil trato, afable, un poco lento para decidirse. Mientras Albert y Norman escuchaban las preguntas que hacía Carl y las respuestas que daba Hearty, hubieron de convencerse de que Carl no llegaba a ninguna parte. No es que Hearty ofreciera resistencia, ni siquiera se mostraba evasivo ni vago. Era sólo que, a pesar de la clarísima franqueza de sus respuestas a todas las preguntas que se le planteaban, Hearty parecía ser inmune a la persuasión que Carl poseía. Y la razón de esto no radicaba en una oposición mental por parte de Hearty, ni en choques verbales entre los dos hombres. Se trataba de algo diferente.

Todos los presentes hubieran acabado por clasificar el problema como debido a una diferencia fundamental de temperamento entre los dos, si no fuera porque la conversación tomó un giro poco afortunado, cuando Hearty pareció hacerse cargo de la entrevista. Hearty quería comprender las bases que había para suponer, según Carl parecía hacerlo obviamente, que el conocimiento síquico y la actividad síquica inevitablemente llevaban al espíritu.

Albert concedió que aquello era una suposición, pero aceptable.

Luego, Hearty preguntó si eso significaba que el conocimiento síquico y la actividad síquica estaban bajo la dirección del espíritu.

También aquí la respuesta fue afirmativa.

Luego, entonces, parecía que Hearty todavía tenía otro problema: salvo que ellos exigieran un conocimiento previo... lo cual no hacían (y con razón, puesto que sabían; ¿no era, después de todo, esa la causa de *tener* grupos de estudio: descubrir lo que no sabían?); ¿cómo podían estar tan seguros de que estaban bajo la dirección o influencia de un *buen* espíritu? ¿O bien, suponían que todo espíritu era bueno? Y de ser así, ¿en qué se basaban para ello?

Estas preguntas representaban dudas tan fundamentales de la posición que Carl compartía con su grupo, que la paz de aquella reunión fue sacudida. Según recuerda uno de los presentes, hasta aquel momento "no nos habíamos percatado del grado en que nuestra mente estaba saturada con un solo punto de vista [el de Carl]". Para Albert y para Norman, aquello fue como si un huésped o una presencia aceptada por ellos hubiera sido insultada y hubiera empezado a gruñir, resentida.

Todos ellos comenzaron a interrogar a Hearty a una y al mismo tiempo. Carl levantó la mano pidiendo silencio. Se mantenía perfectamente tranquilo, pero sus ojos brillaban y su rostro estaba muy pálido. Aquella "opacidad" de Hearty se había vuelto trasparente para Carl sólo por un instante y por aquellos momentos. Hearty se oponía profundamente, según hubo él de comprender, a todo lo que Carl representaba.

Sin embargo, Carl se mantuvo sereno; se mostró tranquilo y con perfecto dominio de sí. Todos los estudiantes, según amonestó a sus ayudantes, eran libres. Y todos los puntos de vista se permitían. Además, el padre F. (y subrayó lo de "padre") tenía

una base profesional para su opinión. Hearty interrumpió tranquilamente para añadir que Carl también tenía una base profesional para su opinión; se produjo un silencio inesperado. En aquel momento, parte de la opacidad de la sique de Hearty se había disipado, pero Carl no alcanzaba a percibir y explicarse lo que percibía vagamente en Hearty. Luego, este volvió a "cerrarse" para él. Una vez más se convirtió en "opaco".

Carl sonrió con modestia, e hizo un ligero gesto como si fuera a explicar la base profesional de la opinión de Hearty. Pero se detuvo y frunció las cejas. Cada uno de los miembros del grupo sintió que crecía una nueva tensión en aquel silencio. Hearty miraba fijamente a Carl.

Este se repuso y miró a Hearty con agrado.

—Y bien, padre, ¿cuál es la base de su opinión profesional?

—Jesús. Jesucristo, señor. Como Dios y como hombre —luego, sin hacer pausa alguna, Hearty preguntó a la ligera.

—¿Y la suya, profesor?

Carl desdeñó la pregunta. Quizá, dijo, el padre F. se convertiría en un sujeto para el grupo de estudio algún día, así como él mismo se había convertido ya en una cosa tal. Mientras tanto, dejarían las cosas como estaban; dejarían pendiente la moción de su ingreso en este grupo especial de estudio.

La tensión había desaparecido.

De vez en cuando, durante los dos años de estudio de Hearty, Carl se quebraba la cabeza tratando de explicarse el carácter "opaco" de su sique. ¿Qué tenían en común Wanola P. y Hearty? Supongamos, en verdad, que hubiera espíritus buenos y malos. Pero no hacía más que plantearse esta pregunta, cuando todo el panorama de su vida inundaba su mente; y siempre concluía con lo que para él era una alternativa inaceptable. Una duda acerca de lo fundamental, la clase de espíritu que lo guiaba, significaría la total revisión de su trabajo. ¿Cómo podría hacer eso? Incluso podría significar la renuncia a su cátedra, a sus investigaciones de la parasicología.

En junio de 1964, después de su tesis y exámenes finales, Hearty tuvo una breve plática de despedida con Carl; le dijo que le gustaría mantenerse en contacto con él. Fue un momento muy grato para ambos. Carl se sintió a gusto con este estudiante que se marchaba, a pesar de no haber logrado penetrar su sique.

Cuando Hearty se marchó, Carl encontró que no podía trabajar más por el momento. Algo que Hearty había dicho o quizá hecho —Carl no podía dilucidarlo— había tocado una cuerda desacostumbrada en él. Hundió el rostro entre las manos y se halló llorando inexplicablemente. Y siguió sollozando por cerca de diez minutos, lo cual le produjo intenso alivio.

Luego, una cuerda floja de su mente se tensó de nuevo repentinamente. Se sentó erguido en la silla, sus lágrimas se secaron. Había recuperado su viejo modo de ser. Y había que hacer.

Trascurrirían casi diez años hasta que Carl y Hearty volvieran a encontrarse.

En el curso de los ocho años siguientes, Carl experimentó un estado alterado casi permanente de conciencia. Y recibió una percepción igualmente permanente de lo que él llamaba el aura de la "no materialidad" (lo que Huxley había llamado el aura del No Yo) que rodeaba todos los objetos. Había tenido varios trances. Y, sobre todo, había pasado por su "exaltación".

Las primeras pocas veces que Carl observó la alteración de su conciencia, la explicó mediante complejas causas físicas. La atmósfera de un día determinado cuando percibió algún cambio, había sido muy clara; había llovido durante cuatro días seguidos y soplaba un fuerte viento. En otra ocasión, según sintió, la nueva sensación se debía al maravilloso bienestar físico y a la profunda satisfacción que sentía por la realización de cierto experimento. Y todavía en otra ocasión lo atribuyó a una animadora discusión con algunos colegas.

Sin embargo, poco a poco, acabó por reconocer ante sí mismo que en él se estaba produciendo una profunda alteración.

Primero que nada, tenía que ver con lo que sentía —lo que veía y oía, lo que sentía y olía— pero la novedad y sorpresa de lo que realmente sentía radicaba en el hecho de que parecía *originarse* y *llegar* "más allá" de sus sentidos. Era "transensorial". Segundo, se refería a personas, animales, plantas y objetos inanimados. Y, lo que más importante era para él, era teofánico. Sostenía que era una *manifestación* de la deidad. (En aquellas épocas, Carl nunca hablaba de "Dios" o de el "Ser Supremo", sino solamente de lo "divino" y de "deidad".

Las primeras etapas fueron muy simples pero confusas. Yendo por la calle a la luz del día, entre la multitud que andaba de

compras, por ejemplo, o en paseos solitarios, fuera de la población, de alguna manera apartaba su conciencia de ojos o manos, de árboles o piso. Cierta totalidad de trazas y patrones y significados individuales emergían en lugar de aquello, y se convertían en el punto central de su conciencia.

Entre la multitud callejera dejaba de pronto de ver ojos o rostros o ropas; a cambio de ello, veía una especie de patrón en el cual las gentes estaban trazadas como si sus cabezas se movieran y se inclinaran hacia él, o retrocedieran detrás de él, o pasaran en la misma dirección en que él iba.

La sensación, sin embargo, era rápida, sutil como el mercurio. Al principio, cuando trató de medirla con toda su atención, lo único que logró fue espantarla. Luego, cuando reanudaba sus labores, volvió a introducirse en su conciencia.

Después de numerosas experiencias, Carl comenzó a percatarse de que aquellas tracerías que veía no eran cabezas flotantes ni ramas de árboles que se agitaban, y también se percató de que no veía con los ojos. Estaba viendo algo con su conciencia sola, sin ayuda de los sentidos. Lo que veía era la vivacidad y fluidez y libre corriente de la fuerza del espíritu. Puro espíritu, sin el estorbo de las cadenas de la materialidad.

Después de una de esas experiencias, Carl volvió corriendo a su laboratorio y garrapateó un relato del acontecimiento:

"¡Es teofánico! ¡Lo he logrado! ¡He hallado la relación entre la sique y el espíritu, entre la conciencia y la creencia, entre la deidad y los seres humanos! ¡La he hallado! ¡La he hallado! ¡Es teofánica!". Esta anotación está fechada en marzo de 1965.

En los dos años siguientes, la secuencia e intensidad de tales experiencias aumentó. Algunas veces eran los ojos de la gente, otras veces era el movimiento hacia adelante de sus pies, o bien, eran sus cabezas. En cada caso el significado era distinto; sin embargo, todos aquellos significados se coligaban en una totalidad abrumadora.

Los ojos tenían una forma particular. Por encima de su color, de su brillo o de su opacidad, de su forma o expresión individual, todo par de ojos parecía constituir un reflejo de una mirada total y de una vista animadora y acelerada. Y todos los pares de ojos que veía constituían un reflejo unificado de aquella totalidad y, al mismo tiempo eran algo completamente

individual. La figura que formaban no era la de un ojo gigantesco, sino la de *una vista*, la de *un mirar*.

Lo mismo ocurría con el movimiento de los pies que avanzaban, y en el que él veía el *poder* de ese ser único (al que él llamaba ahora "espíritu" en sus notas). Y en las manos que trabajaban —sosteniendo algo, gesticulando, saludando, apuntando— estaba la sutileza del espíritu. En el sonido de las voces no era el acento, ni la pronunciación, ni el tono de las voces lo que le llamaba la atención. Era lo que él llamaba la "tonalidad". Cada voz reflejaba una cierta armonía total, así como el agua, sin convertirse en luz, *refleja* la luz. O como el muro de un valle, que, sin convertirse en sonido, *refleja* el sonido de un grito; o los colores, que, sin convertirse en estado de ánimo, *reflejan* un estado de ánimo; los olores, sin ser tangibles, *reflejan* superficies y sustancias que hemos tocado.

Al principio del año siguiente, Carl comenzó a observar dos nuevos elementos en ese estado de conciencia constantemente cambiante. Había una fuerte sensación de "estar con", de "estar junto a". Qué era aquello "con" lo que estaba o "junto a" lo que estaba en esas ocasiones, era cosa en la que no se atrevía a pensar con demasiada claridad, porque sabía que sería la muerte de todo aquello. Pero era un "estar con" personal. Aquella cosa "con" la que él estaba era inteligente, libre, suprema, de manera abrumadora, pero no atemorizante. Poco a poco, al cabo del tiempo, cuando tomaba notas o grababa en su aparato, llegó a referirse a aquello como "mi amigo". El segundo elemento era que habían ya desaparecido todas las dudas y errores en sus experiencias. Ahora todo se coligaba. Todas aquellas tracerías y patrones, todos los aspectos de significado e importancia y existencia parecían surgir como un todo. Al cabo de un breve plazo se percató de que todas aquellas tracerías habían sido siempre una. Pero se percató también de que sólo podía haber llegado a conocer esa unidad a través de aquellos imperfectos comienzos. Las ocurrencias teofánicas se convirtieron entonces en una teofanía y ahora todo era visto por él como una unidad. Todo era un aspecto del ser único.

Luego, sutil, simplemente como una sospecha al principio, Carl empezó a sentir ciertas diferencias básicas entre lo que él llamaba "mi amigo" y este ser uno, este espíritu avasallador, libre e independiente en el que estaban todas las cosas, pero que no era en sí mismo una cosa más.

Cada vez que "percibía" el más ligero asomo de diferencia entre el "amigo" y el "uno" se sentía poseído de una tristeza que no podía dominar. Sentía nuevamente como si fuera a verse privado, como lo había sido a los 16 años al concluir su primera visión. Incluso tomaba copiosas notas y hacía largas grabaciones a fin de captar y retener cuanto pudiera.

En los últimos días de 1965, Carl empezó a percibir en todos los objetos y personas que lo rodeaban lo que llamaba el aura de la "no materialidad". Hasta aquel momento, e incluso cuando era absorbido por aquella totalidad del ser en la que todas las cosas estaban ahora bañadas para él, Carl siempre las veía como cosas. Su "materialidad" seguía siendo una característica básica.

Cierta mañana, muy temprano, recorría a pie la corta distancia que había entre su departamento y su oficina en el recinto universitario. Todavía permanecía en el aire un poco del frío de la noche, pero una brisa fuerte movía los árboles y agitaba el pasto, como promesa de aquellos días gratos y asoleados que a Carl le gustaban tanto.

El último tramo de su recorrido era un sendero flanqueado del lado oeste por una hilera de álamos. Del lado este había una amplia extensión de pasto que se prolongaba por cerca de 180 metros hasta la fila de edificios que utilizaba el departamento de estudios agrícolas. Detrás de aquellos edificios había una especie de cadena de lomeríos.

Mientras iba andando, Carl miró hacia el Este, hacia el lomerío, y sus ojos recorrieron lentamente los árboles, los arbustos, los edificios, el pasto, absorbiendo la fresca luz que se iba colando hasta iluminarlo todo.

Estaba en en armonía con todo aquello, tan atento a sus propias percepciones, que inmediatamente se percató de un cambio cualitativo. Cada cosa tenía algo que era más que su mera materialidad. Era que cada una existía en el borde de un abismo que era todo suyo, un vasto abismo de "no materialidad", de lo que no era.

Esta experiencia resultó mucho más absorbente incluso de lo que Huxley había sugerido en su lírica descripción del "No Yo"; y su belleza era mucho más auténtica y satisfactoria que cualquier cosa expresada en cada objeto material.

Esta "no materialidad" era una aura auténtica que rodeaba a cada objeto. Era poco clara y delgada y pálida cuando se

estaba más cerca del objeto; pero a medida que los ojos de Carl se alejaban del objeto y se fijaban en el aura, esta se hacía más profunda y más rica en apariencia y significado.

Nada, ningún objeto, sintió Carl, podría volver a ser trivial; para él, jamás podría ser exclusivamente lo que era, tener únicamente su propio ser. El aura de su no materialidad, de su "No Yo" brillaba siempre y *hacía la cosa posible*. Carl realizó el sereno descubrimiento en el aura de todas y cada una de las cosas no había diferencia en su apariencia y significado.

Y a medida que sus ojos recorrían y que la "no materialidad" el "No Yo" de cada objeto brillaba y cobraba significado para él, empezó a escuchar un coro más y más vasto de voces insondables, y a ver una multitud cada vez mayor de participantes en aquella adoración. Cada hoja de pasto clamaba en silencio "¡Santo, Santo, Santo!" Cada árbol se inclinaba y se mecía en obediencia a la supremacía de toda existencia y cada edificio estaba en actitud reverente ante el misterio de la totalidad.

Nada de esto produjo en Carl sorpresa alguna. Ni siquiera dejó de andar. Parecía estar ya listo para todo. Y cuando entró en el sendero que llevaba a su oficina, sintió en su mente un deseo: El ser exaltado de una vez por todas —aunque fuera por un breve instante— para ver y conocer aquella existencia suprema de todas las cosas y ver la santidad de su misterio que daba a todas ellas significado.

Aquella exaltación vendría, pero solo cuatro años más tarde.

Fue en mayo de 1969 cuando la posesión parece haberse extendido más y más profundamente que nunca en la vida de Carl. Aquella posesión se realizó a través de sus intereses profesionales. Su atención durante cerca de dos años antes de dicha fecha se concentraba en dos aspectos del desarrollo síquico: el viaje astral y la reencarnación. Ambos estaban en relación directa con el absorbente propósito que Carl se había fijado, de "encontrar" el "cristianismo verdadero y original".

Mediante el viaje astral confiaba en trascender las fronteras del espacio y del tiempo y, por tanto, "visitar de nuevo" aquellos sitios donde el cristianismo existió antes de haber sido corrompido. Con sus investigaciones de la reencarnación —creía en ella plenamente— Carl esperaba revivir algunas antiguas experiencias propias, y quizá incluso por las épocas del nacimiento del cristianismo.

En sus investigaciones, estudios y experimentos en relación con el viaje astral, para 1969 Carl había alcanzado cierta destreza en su capacidad síquica, pero sus logros habían permanecido dentro de los límites tradicionales. Por lo general, seguía ante la vista de su propio cuerpo inerte y de lugares que le eran conocidos en su vida material. Y, de alguna manera definitiva, permanecía atado a la estructura del tiempo y del momento actual. Ahora su meta inmediata era hallar la manera de trascender ese periodo. Tenía que haber, según afirmaba, alguna "puerta" por la que pudiera pasar hacia la libertad. Con sus dos colaboradores más cercanos, Albert y Norman, y los estudiantes miembros de su grupo especial de estudios, procedió ahora a hacer una serie de experimentos. Él mismo era su conejillo de indias; y, cada vez, uno de sus trances se convertía en el punto inicial del experimento. Al parecer, Carl poseía un enorme fondo de energía síquica y era inmune a los daños que a otros causaban tales experimentos.

Estos se realizaban en la sala de conferencias de sus oficinas universitarias; había instalado allí diversos aparatos para grabar la voz y las acciones, y para seguir todas sus funciones vitales: corazón, pulso, respiración y actividad cerebral.

Albert actuaba como monitor principal, teniendo a Norman como su asistente inmediato. En los puntos clave del experimento, era Albert quien interrogaba a Carl. Y, hasta llegar a las etapas finales de esta serie de experimentos, Carl sólo respondía sí o no a las preguntas directas que se le plantearan. Los otros miembros del grupo desempeñaban diversas actividades en el manejo de los aparatos.

El momento óptimo para los "trances" de Carl era por la mañana, muy temprano, una hora más o menos antes del amanecer. Al final de cada sesión de trance, los ayudantes se retiraban, obedeciendo las instrucciones del maestro, y se le dejaba solo hasta que recuperase la compostura. Los periodos de recuperación podían llevar desde diez hasta cuarenta minutos, de acuerdo con la duración de la sesión y la condición física de Carl. Cuando los ayudantes volvían, solían encontrarlo sentado ante la mesa, grabando sus memorias: sensaciones, ideas, sentimientos, intuiciones.

Mediante repetidos experimentos, iniciados siempre con uno de sus trances, encontraron que el viaje astral no podía reali-

zarse en un solo paso. No era cuestión de una, sino más bien de tres "puertas". A éstas las llamó él "la puerta baja", "la puerta intermedia" y "la puerta alta". Carl tenía que cruzarlas todas a fin de lograr completa libertad para realizar su viaje astral.

La puerta baja era, más o menos, la condición inicial del trance: una ausencia de toda reacción sensorial y de toda sensación por parte de Carl. La puerta intermedia significaba que Carl mismo no sentía ya relación alguna con su cuerpo; sin embargo, aquella puerta intermedia todavía implicaba "inmovilidad" por parte de su sique. La puerta alta, según Carl se figuraba, significaría que su sique se escapaba de la peculiar "inmovilidad" de la puerta intermedia y partía "libremente" en un viaje astral. El resto era descubrimiento y revelación.

La verificación del pasaje de Carl por la puerta baja y la puerta intermedia se realizaba mediante una serie de experimentos laboriosamente realizados, repetidos una y otra vez, hasta que todos quedaban satisfechos de que, efectivamente, podía decirse que Carl había alcanzado estas dos distintas etapas. Para ayudarnos a comprender cómo se realizaban estos experimentos, tenemos las películas, las grabaciones y las actas del libro de laboratorio, junto con las grabaciones hechas por Carl después de cada sesión. Algunos miembros del grupo también han contribuido con sus recuerdos y todo lo que ocurría.

Una vez que Carl entraba en trance y toda sensación física (digamos, el pinchazo de un alfiler en la planta del pie) era negativa, los ayudantes procedían a cambiar los objetos que estaban alrededor del inerte cuerpo de su maestro. Introducían objetos que nunca había visto: por lo general, placas grabadas en otra habitación por alguno de los ayudantes. Luego las colocaban boca arriba y boca abajo, y las movían de un lado a otro. Procedían por medio de una serie de experimentos, poniéndolo a prueba, hasta convencerse de que sus respuestas identificando los objetos antes desconocidos para él eran precisas y procedentes de la posición alcanzada en la parte baja.

Según Carl lo notara, mientras se encontraba en la puerta baja estaba perfectamente consciente, pero no a través de sus sentidos; y lo observaba todo desde una posición fuera de su propio cuerpo, a los lados y debajo y arriba de él, y del diván en el que su cuerpo yacía.

La puerta intermedia era la siguiente meta. En las posiciones de la puerta baja, siempre persistía en Carl alguna relación instintiva con su propio cuerpo inerte, tal como él lo veía desde "afuera". Entendían todos ellos que esta relación instintiva era una cosa "dada" de las condiciones humanas normales. El propósito era librarse de ella.

Todos sabían que existía cierto riesgo implícito en sacudirse algo tan básico e instintivo como la sensación de nuestro propio cuerpo. ¿Qué garantía se tenía de que uno podía recuperarlo, cómo podría uno "retornar" a un cuerpo viviente normal? ¿Acaso sólo escapaba uno de la relación, dejándolo intacto, y luego volvía a sus cadenas? ¿O bien al dejarlo se le destruía? Nadie lo sabía.

"Pero tenemos que descubrirlo", insistía Carl.

En las postrimerías de 1968, Carl alcanzó los principios de la puerta intermedia: ahora, en sus trances, la relación con su cuerpo se debilitaba y, a medida que progresaba ese debilitamiento, una extraña, sin dimensiones, condición mental y volitiva empezaba a llenar su conciencia. Los asistentes de Carl procedían con gran cautela al llegar a esta etapa. Carl permitía cierto grado de debilitamiento de aquella relación instintiva y luego retornaba a la plena inmersión en sus sentidos corporales. Después repetía la operación varias veces hasta que se sentía seguro de que su energía y sus recursos físicos le permitirían volver a la normalidad física y luego, pasada la puerta baja, a la normalidad síquica. Con el tiempo, a principios del verano de 1969, logró plenamente la puerta intermedia.

Al finalizar aquel verano, se decidió que ya debería aspirar a la puerta alta. Fue la mañana de un sábado. Todos procedieron con el control y el orden adoptados desde el principio. Carl llegó a la puerta baja y, sin demasiada demora, a la puerta intermedia. Llegados a ese punto, de acuerdo con los planes trazados la noche anterior durante la reunión preparatoria, se hizo una pausa reglamentaria de tres minutos mientras aguardaban a que Carl lograse el control de su energía síquica para el siguiente y difícil paso.

Trascurridos los tres minutos, empezaron de nuevo. Pero Albert hubo de descubrir rápidamente que no podía recibir respuestas ni reacciones de Carl. Después de acelerarse repentinamente, pulso, latidos y respiración se habían bajado hasta un ritmo

"normal" para la puerta intermedia. Físicamente, Carl estaba "en estado normal". Norman y Albert se miraron uno a otro y al resto del grupo. No había nada que pudieran hacer, salvo esperar y vigilar los signos vitales de Carl. Era un riesgo que, Carl insistía, debería correrse, y los demás habían convenido en ello.

Cuando Carl hubo alcanzado la puerta intermedia, y la voz interrogante de Albert hubo cesado para la pausa reglamentaria, el progreso de Carl no se detuvo. La relación con su cuerpo, cada vez más débil, se había convertido en nada. Y repentinamente se encontró en otro éter o estado: ni cerca ni lejos de su cuerpo, ni ligero ni pesado; todo su ser totalmente trasparente para él mismo, deseoso ni de vida ni de muerte, sin recordar nada ni olvidar algo, sin comprender nada nuevo ni ignorar nada viejo. En ese estado no tenía ni pasado ni futuro. Había pasado la puerta intermedia y se había colocado en la posición de la puerta alta.

Albert, Norman y los demás estaban seriamente preocupados al principio, cuando los aparatos monitores cesaron de mostrar actividad cerebral en el cuerpo de Carl. Sin embargo, éste les había advertido que ello podía ocurrir y les había dicho que quizá en el umbral de la puerta alta y más probablemente en la posición de la puerta alta, no habría actividad cerebral manifiesta, desde luego, no la suficiente para ser captada por los aparatos. Sin embargo, era lo más que había llegado a predecir. Sus ayudantes no tenían ni la menor idea de lo que Carl experimentaba en ese momento.

Rápida y simultáneamente apareció todo el panorama. Según lo menciona, era una mescolanza de rostros y lugares y animales que había visto antes en la vida real o en libros, rostros como el de Ramsés II, los colosos de Abú Simbel en Egipto, una diosa minoica del siglo XVI antes de Cristo, un tocador de arpa del antiguo Tiro; lugares tales como el templo de Niké, en Atenas, los baños de Mohenjo-Daro, los primeros edificios de Jericó, capas de tierra cubierta de hielo, pantanos, gases serpenteantes, abismos de negrura, objetos tales como un sicómoro en la Tebas de los faraones del siglo XVIII antes de Cristo, los altos lugares de Machu Picchu.

No era cuestión de imágenes ni de rostros; eran los lugares y los objetos mismos; y una peculiaridad añadida era que para

Carl no se presentaban singularmente, uno después del otro y separados en el espacio y en el tiempo. Él estaba muy por encima de todos ellos, y se le presentaban simultáneamente.

Las grabaciones tomadas durante esta parte de la sesión no registran nada, salvo los murmullos de sus ayudantes. Carl se mantuvo callado durante toda su permanencia en la puerta alta.

Al cabo de 25 minutos, Albert y los otros empezaban a alarmarse, pero en ese momento los aparatos que seguían el pulso y los latidos cardiacos empezaron a registrar un ritmo más rápido. Al parecer, Carl estaba "regresando", volviendo en sí. Empezaba a responder a las órdenes y sugerencias directas de Albert. En otros diez minutos, todo había concluido. Carl abrió los ojos lentamente y parpadeó a la luz eléctrica.

Todos salieron, dejando solo a Carl, como de costumbre, para que se recuperase. Cuando lo vieron al cabo de 15 minutos, estaba dictando en la grabadora tanto como podía recordar de aquel viaje astral a la puerta alta. El regocijo del grupo cuando escuchó aquello es comprensible. Todavía le faltaba elaborar algún método para verificar los datos de este viaje a la puerta alta, pero tenían plena conciencia de que ello podría lograrse después de repetidos experimentos.

Albert, Norman y Carl fueron los últimos en dejar la sala de conferencias. El camino cruzaba el recinto universitario hasta el comedor. Mientras iban caminando, comentaban los puntos salientes del trance de Carl. Había dos o tres aspectos de aquel viaje astral que, en opinión de Norman, eran únicos, incluso en las etapas de la puerta baja y de la puerta intermedia. Mencionó especialmente el peculiar marco de tiempo en el que Carl había parecido moverse durante el trance, e hizo notar la experiencia incorpórea de Carl en ciertos momentos del experimento: no sólo había sentido que estaba mirando a su propio cuerpo inerte; se había sentido definitivamente separado de éste.

Mientras continuaban hablando, Albert y Norman estaban en lo que ellos llaman ahora "conquistados" o "totalmente dominados" por cierta dimensión síquica de Carl.

Carl les estaba explicando precisamente la ausencia de distancias durante el viaje astral. Ambos recuerdan que les dijo:

"Por ejemplo, tomemos aquella cordillera allí, enfrente", —y señaló la alta cordillera que flanqueaba su paseo favorito. "Us-

tedes la ven como una dimensión vertical, a cierta distancia, sobre el plano horizontal suyo".

En ese instante, su percepción de la cordillera misma ya no fue la de un obstáculo en su horizonte. La cordillera estaba allí, tal y como había estado en el momento que precediera a este singular cambio. Pero ahora no estaban ni lejos de la cordillera ni cerca de ella. Ni a su nivel, ni tampoco a un nivel inferior ni superior a ella. En otras palabras, no tenían sentido de la distancia. Según la descripción que hacen de ella, la experiencia parece haber sido semejante a la que tuviera Carl la tarde en que desapareció la distancia entre él y la puesta de sol fuera de la ventana de su estudio.

Este mismo cambio afectó su relación mutua y con Carl. Sin percepción alguna de distancia y espacio entre sí, estaban "con" él y el uno "con" el otro. La única relación material que restaba era aquella de la presencia: estaban presentes unos ante los otros.

También se percataron de otro cambio, esta vez en Carl. Estaba presente para ellos, y ellos para él. Pero él estaba *más* presente, más "con" algo o alguien más. Y ellos no estaban tan presentes "para" o "con" ese algo o alguien más como Carl lo estaba. Ellos presenciaron esta "reunión" con aquel otro ser, por así decirlo, y escucharon palabras extrañas de una conversación que no comprendían. En un momento dado, parecía que Carl estaba "hablando" con más de uno, quizá con dos o tres "personas". No podían dilucidar exactamente cuántas. Y, en tanto que en ambos la emoción predominante fue de temor y de nostalgia por una situación y una postura física normal, Carl parecía estar en éxtasis y totalmente absorto en su "reunión". Llegados a este punto, su memoria resulta confusa. Recuerdan haber hablado, pero de manera totalmente accidental, como si alguna fuerza en ellos estuviera produciendo las palabras que pronunciaban. Varias veces dijeron la misma cosa en coro y al mismo tiempo; en otras ocasiones hablaban casi a contracorriente. Recuerdan haberse oído decir mutuamente:

"Sin duda, tenemos que buscar un sitio especial para Carl y sus compañeros". Y tienen apenas un vago recuerdo de quién o qué eran aquellos compañeros de Carl en el curso de estas experiencias. No recuerdan haber visto forma humana alguna.

Recuerdan que, en un momento dado, su visión se oscureció por una negrura que no podían comprender o a través de la cual

no les era dado ver. Su oído perdió mucha fuerza. Después de aquello, según Albert y Norman, parecieron quedar atontados o adormilados, y aquello se filtró a través de su organismo, aquietando sus sentidos.

Luego, ambos sintieron una mano sobre el hombro y escucharon la voz de Carl, su voz de todos los días.

—¡Albert! ¡Norman! ¿Me oyen? ¡Despierten!

Albert dice que abrió los ojos. La descripción que Norman hace es que aquella negrura se fundió dejando libre su visión. Ambos vieron sólo a Carl, que estaba entre ambos, una mano en el hombro de cada uno, y que tenía el aspecto de siempre. Les sonreía, y les estaba diciendo con aquella sonrisa que sabía lo que les había sucedido. Nadie dijo nada. Sin embargo, Carl les señaló la cordillera.

Miraron hacia ella. Ahora, estaba llena de luz y lo mismo sucedía con los edificios que estaban en su base y con la verde extensión de pasto entre ellos y la montaña. Volvieron a mirar a Carl. Lo único que dijo fue:

—Esta exaltación es algo que la gente no comprenderá con facilidad.

Ambos hicieron un ademán de asentimiento. Ellos mismos habrían de pasar muchas horas discutiendo el asunto y tratando de comprender lo ocurrido.

Esta experiencia significó una enorme diferencia en la existencia de Carl. Después de tratar el asunto ampliamente, se decidió comunicarlo al resto de los miembros del grupo de estudio, y decirles lo que Albert y Norman habían experimentado aquella mañana. Ahora, todos aceptaron a Carl como su guía y maestro. Se referían abiertamente a ello cuando hablaban con otras personas acerca de sus estudios, si bien se convino que no debería hacerse pública mención de la "exaltación" de Carl, como él la llamaba, hasta que todos sus hallazgos se publicaran. Pero a partir de entonces, hasta después del incidente de Aquileia, Carl fue reverenciado por cada uno de los miembros de su grupo especial, no sólo como parasicólogo, sino como guía personal en su progreso espiritual y en la verdadera fe religiosa.

Fue inevitable que se corriera la voz de lo ocurrido y que saliera del grupo de los íntimos. Antes de mucho tiempo, Carl se vio seguido por un número mucho mayor de discípulos. Alcanzó singular notoriedad a raíz de una conferencia que diera a

poco de esta "exaltación". La conferencia se refería a la religión y al cristianismo. En ella anunció Carl que la meta de sus estudios e investigaciones era el redescubrimiento de lo que realmente significaba el cristianismo. De lo que Jesús quería que fuese antes de que su mensaje fuera corrompido por otros hombres.

Con el correr del tiempo, el número de quienes seguían a Carl creció bastante. Más personas empezaron a acudir a él para que les sirviera de guía en su desarrollo espiritual. Pero incluso cuando creció en número, la influencia de Carl sobre dicho grupo se hizo más profunda. Imponía severos ejercicios a cada uno de los participantes, disciplinando su imaginación y adiestrándolos en el control de los procesos mentales, en una forma y a un grado que superaba cualquier cosa que Olde le hubiera exigido a él muchos años atrás.

Carl empezó a celebrar sesiones especiales de desarrollo espiritual para su creciente grupo de discípulos. Dichas sesiones se celebraban en la amplia habitación que estaba a un lado de su estudio privado, donde también celebraba sus seminarios y realizaba tantos de sus experimentos.

Durante aquellas sesiones, Carl se mantenía en un extremo de la habitación, mientras que todos los "participantes" se sentaban en el suelo formando un círculo alrededor de él. Hablaba lentamente y con ponderación, instruyendo a sus oyentes. Sus dones síquicos parecían alcanzar su máxima fuerza durante dichas sesiones. Con cada frase que pronunciaba, su dominio parecía adquirir mayor concentración y gradualmente todos caían en un estado de mente y cuerpo que, aunque muy tranquilo, estaba alerta.

Por último, todos ellos parecían sentir no sólo una especial presencia "con" ellos, sino una abrumadora inclinación dentro de su ser a "inclinarse" (o, como algunos dijeran, a "aniquilarse") ante esa presencia. Algunos de los participantes se retiraron del grupo en uno u otro momento porque, según dijeron, sentían la extraña presencia que estaba "con" ellos como algo "incapaz de amar" o "frío" o "que no era humano". Sin embargo, la mayoría perseveró. Los pocos que hablaron conmigo acerca de aquella presencia que sintieran durante las sesiones celebradas por Carl para elevar el espíritu, subrayaron el singular control o "puño" que sentían apoderarse de sus sentimientos interiores. No los asustaba, pero no daba la impresión de ser benigno o

amable. Más bien les imponía un temor reverente, como dijera alguno de ellos; pero lo hacía mucho en el sentido en que nos inquieta un enorme rascacielos si lo vemos de pie junto a su base, la cabeza vuelta hacia arriba para apreciar su longitud total. Al intimidar, esa presencia entumecía los sentimientos, y al entumecer parecía dominar.

Fue exactamente al final de una de estas sesiones de elevación del espíritu, en septiembre de 1971, que se hicieron evidentes los primeros signos de posesión. Sin embargo, ninguno de los miembros del círculo inmediato de Carl estaba capacitado para interpretar dichos signos como lo que eran. Todos ellos los consideraron abrumadoras manifestaciones de lo que llamaban "el otro mundo y más real mundo" de Carl.

En aquella ocasión, Carl había apenas terminado su comentario y los participantes en la sesión empezaban a retornar a su estado o conciencia normal, liberándose poco a poco de aquel control entumecedor.

Y al volver a la percepción ordinaria de las cosas que los rodeaban, se percataron de que Carl tenía dificultades para respirar y para mantenerse erguido. Estaba en una peculiar posición: el cuerpo doblado. Con las suelas aún plantadas en el suelo, las rodillas dobladas, la parte superior de su cuerpo hasta los hombros se inclinaba peligrosamente como si estuviera a punto de caerse de espaldas. La barbilla estaba hundida en el pecho, en el esfuerzo que hacía por enderezarse. Sólo su cabeza se movía durante ese esfuerzo.

En todas las sesiones, la regla había sido siempre muy clara: nadie debería tocar a Carl durante la sesión, así que nadie acudió en su ayuda, si bien todos se quedaron mirándolo.

Norman y Albert, quienes conocían a Carl más íntimamente que los otros, se dieron cuenta de que éste se hallaba en alguna dificultad poco usual. Algo marchaba mal. Mirándose uno al otro se pusieron de acuerdo y rápidamente recorrieron la habitación murmurando al oído de los participantes que se marchasen y los dejaran solos con el maestro. Cuando todos se hubieron ido, Norman abrió las hojas de las ventanas, con lo cual entró la luz del día.

El rostro de Carl tenía una expresión de dolor y de rabia. Murmuraba palabras tales como: "Segundo", "verdaderamente", "no quiero", "voluntad", "fiel", "para siempre", "primordial".

Pero ellas sólo formaban una mescolanza de palabras que no tenían sentido alguno. Poco a poco Carl se enderezó. Respiró una o dos veces profundamente, luego se dirigió trastabillando a una silla, se sentó y se cubrió el rostro con las manos.

"Déjenme solo" —le oyeron decir con voz ahogada—. "Yo los llamaré después".

Así que lo dejaron solo.

Al día siguiente, cuando los tres se reunieron, Carl estaba perfectamente bien, sonriente y tan dueño de sí como siempre hasta que Albert mencionó las ocurrencias de la víspera. El rostro del maestro se nubló. No miró a ninguno de los dos. Solamente dijo:

"También nosotros tenemos nuestros enemigos. Nuestro enemigo. El *Segundo* (dio especial énfasis a esta palabra) estaría dispuesto a turbar toda la armonía de la sique y la realidad, de la mente y el cuerpo". Y repitió estas frases una vez y otra y otra, como si recitase alguna cosa ritual, hasta que empezó a temblar y a sudar.

Cuando Norman sugirió la conveniencia de posponer la sesión de aquella tarde, Carl se mostró vehemente. Demorarla sería rendirse ante el *Segundo*. A toda costa deberían seguir adelante, dijo. Estaban al borde de un descubrimiento de importancia para toda la humanidad.

El "descubrimiento" se produjo a finales del otoño de 1972.

Una vez que Carl consiguió habilidad en el viaje astral, se propuso utilizar aquella capacidad, a fin de alcanzar por lo menos una de sus anteriores encarnaciones.

Para él, la reencarnación era una realidad muy concreta. Estaba convencido de que la sique de cada persona tenía múltiples "capas" o "estratos". Cada "capa" o "estrato" se desarrollaba durante una o varias existencias sucesivas, y todo ser humano estaba compuesto por tales "capas". También creía que el factor que unificaba dichas "capas" era una capa "especial" en la cual la persona en cuestión había recibido directamente una luz de la "divinidad". Porque, en dicho precioso momento, la sique reencarnante se había convertido en algo perfectamente humano. Y, para Carl, ser perfectamente humano significaba ser indestructible. A esta "capa" unificadora la llamaba la "capa alfa".

Carl desarrolló la teoría de que, en la libertad del viaje astral, esa capa alfa saldría a la superficie; pero sólo emergería

como resultado de un acto de nuestra voluntad, incitado por el interrogatorio inteligente de un monitor. Si jamás se había producido una capa alfa en la evolución de una sique, entonces dicha sique meramente disfrutaría del viaje astral, pero era obvio que jamás alcanzaría una reencarnación en el sentido pleno de la palabra.

El progreso de Carl en el logro de su capa alfa o principal rencarnación, era relativamente lento. Comenzó por estudiar las cintas audiovisuales de sus sesiones de viajes astrales. Buscaba indicios en palabras y actos. Un lenguaje especial, nombre y lugares concretos, gestos que tuvieran connotación cultural, étnica, religiosa o incluso geográfica: todo ello podría servir como indicio para la emergente capa alfa que estaba buscando.

Del examen de las fotos y películas fragmentarias que ocasional o accidentalmente habían tomado sus asistentes mientras filmaban o fotografiaban la escena total durante las sesiones, Carl percibió algunas huellas de lo que consideró un fenómeno notable: en ocasiones, uno u otro de sus asistentes había hecho algún gesto inconsciente o adoptado una actitud momentánea que correspondía a sus propias palabras o a sus propios actos en dicho momento de la sesión. Parte de su propio ambiente síquico influía obviamente en quienes asistían y presenciaban la sesión. No sabía lo que esto significaba, pero era una ayuda, puesto que ofrecía nuevos indicios de dónde debía buscar dicha capa alfa.

Fue mediante la coordinación de todos esos indicios que finalmente descubrió Carl su propia capa alfa: una encarnación en los primeros días del cristianismo, en la era romana. Su propia mente y su propia memoria eran como un cedazo por el cual escapaban y se filtraban pequeñas partículas de percepción; todas ellas se referían a escenas, nombres, objetos, actos y sucesos que, durante la revisión que el grupo hacía de las sesiones, hubieron de determinarse para ser del todo identificados como de origen romano e italiano primitivo. Casi todas las palabras y frases que solía pronunciar en las sesiones pertenecían al latín clásico.

El nombre de Petrus volvía una y otra vez. Al principio pensó que se refería a Pedro, el apóstol y obispo de Roma. Pero, aun cuando Roma surgía en relación con Petrus, junto con otros nombres históricamente relacionados con Pedro, resultó obvio que el Petrus en cuestión tenía alguna relación más bien con la historia romana, con el Oriente y con el mar.

Lo que intrigaba a Carl y a los otros en su estudio de las cintas después de cada sesión era que, cada vez que el nombre de Petrus era mencionado por Carl, alguno de sus asistentes (al parecer sin percatarse de ello) hacía una de dos cosas: o bien alzaba la mano momentáneamente en el viejo saludo romano: el brazo extendido, la mano levantada, los dedos juntos apuntando hacia arriba, la palma vuelta hacia afuera. O bien, se sentaba en cuclillas momentáneamente, como si estuviera a punto de caminar a gatas.

Parte por parte, Carl y sus colaboradores pulieron y refinaron el método para llevar adelante las sesiones. Albert, el principal monitor, desarrolló una técnica de interrogatorio. El poder de Carl para recordar lo sucedido en cada sesión fue en aumento. Se volvieron más duchos en la lectura de las grabaciones hechas durante las sesiones. Sólo era cuestión de tiempo y de la ocasión adecuada, les decía siempre Carl. Algún día darían en el blanco.

Un comentario casual de un colega que se interesó por su trabajo fue lo que proporcionó a Carl un valioso indicio. Al final de la conversación, el colega comentó que, si su venerable abuela irlandesa estuviera viva, le diría que celebrara sesiones especiales en la fiesta del día de muertos. Siempre había dicho que en esa fecha las almas de los muertos volvían a la tierra. Carl siempre consideró el comentario de su amigo como un "mensaje" del mundo de los espíritus.

El 2 de noviembre de 1972, Carl celebró una sesión muy poco usual de su grupo especial de estudiantes. Con la ayuda de Albert y Norman y de sus más íntimos colaboradores, pensaba intentar otro viaje astral para llegar a una de sus encarnaciones: la que siempre parecía haber estado buscando, pero que jamás había logrado todavía.

Como de costumbre, el grupo se reunió en la sala de conferencias una hora antes del amanecer. Carl parecía estar en muy buena forma. Se encontraba sereno y feliz cuando saludó a cada uno de sus colaboradores con gran afecto. Estaba al mando de la situación. Se acostó en su sofá de cuero y se le conectaron los diversos aparatos monitores. Se pusieron a funcionar las grabadoras de sonido e imagen. A continuación, todos y cada uno de los participantes recitaron las oraciones que para el caso habían sido escritas por Carl.

Sus palabras durante toda esta sesión fueron casi completamente latinas, con una que otra palabra o frase en griego y algunas expresiones en una lengua que, según confirmó más tarde, era alguna forma del copto.

Al parecer Carl no tuvo dificultad alguna para llegar a la posición de la puerta alta a fin de iniciar su viaje astral. Una vez que llegó a dicha puerta alta, las expectativas de los presentes alcanzaron un grado extremo. Percibían que esta era una de aquellas raras ocasiones de su vida en que quizá pudieran presenciar un genuino descubrimiento científico. Para entonces ya sabían que en sus anteriores reencarnaciones Carl había pertenecido al mundo de la antigua Roma en los primeros tiempos del cristianismo. Pero hasta ese momento no había podido descubrir dónde había vivido, la identidad que había asumido en dicha reencarnación ni los sucesos que habían marcado su existencia en aquella antigua época.

En el curso de los meses, a medida que Carl había proseguido buscando su capa alfa por medio de excursiones astrales por la puerta alta, la levitación de su cuerpo inerte empezó a producirse, pero sólo en relación con la reencarnación como antiguo romano, que era lo que buscaba concretamente. Su cuerpo se levantaba del sofá aunque fuera una pequeñez y se mantenía suspendido en el aire, sin tocar el sofá, pero en cambio volvía a quedar descansando sobre su superficie cuando Carl tornaba a la normalidad.

No había regularidad en la ocurrencia del fenómeno de la levitación, salvo que tenía relación con sus casuales excursiones a la Italia romana, y jamás hubo efectos secundarios que pudieran percibirse en su condición orgánica.

Las videocintas filmadas en la ocasión concreta muestran a Carl recostado e inmóvil en el sofá. Donna y Bill están sentados al pie de dicho sofá; ambos tienen una mirada intensa y concentrada la mayoría del tiempo. Pero los mismos cambios se producen en su rostro y en los de todos aquellos que rodean el sofá: Albert y Norman, que están sentados a la cabeza de dicho mueble, Keith y Charlie en el lado de enfrente y los dos técnicos que cuidan de los aparatos monitores. Si alguien no supiera de lo que se trata, podría incluso decir que todos los presentes eran hermanos y hermanas. Porque la intensidad de las emociones que se retrasaban en sus rostros producía tal semejanza en sus

facciones que parecía como si una mano invisible los hubiera pintado misteriosamente para convertirlos en una familia.

Cuando se produjo el pasaje de Carl más allá de la puerta alta todos se echaron hacia adelante, los ojos muy abiertos, tenso el rostro, totalmente absortos y concentrados en el rostro y en las palabras de Carl. Cuando el cuerpo de éste, todavía indolente, se elevó ligeramente sobre la superficie del sofá, todos ellos se sentaron en sus sillas, una mirada de temor y reverencia retratada en su rostro.

La voz de Albert inició el interrogatorio.

—¿Quién eres tú?

Una pequeña pausa. Luego, Carl respondió:

—Pedro, un ciudadano romano.

—¿Dónde vives?

—En Aquileia.

—¿Qué día es hoy?

—La fiesta del Señor Neptuno.

—¿Y a qué te dedicas en este día?

—Celebramos el misterio de la salvación.

—¿Quiénes están contigo?

—Aquellos del sacramento.

—¿Cuál sacramento?

—El sacramento.

—¿Y por qué aquí?

—Porque es aquí donde la Tortuga se enfrenta al Gallo.

—¿Dónde?

—En el oratorio secreto.

—¿Cómo celebran el misterio?

—Adoramos a la Tortuga. Maldecimos al Gallo.

—¿Por qué?

—Porque el Gallo ha corrompido la salvación.

—¿Cómo?

Carl no respondió nada, pero la expresión de su rostro cambió varias veces. En sus facciones se dibujó lo que parecía ser indignación, pena, ira, temor, alegría. Su pulso y los latidos de su corazón se aceleraron. Albert esperó cinco minutos, luego le intentó de nuevo.

—¿Dónde estás ahora y qué está ocurriendo?

—Estoy al lado del Gallo y frente a la Tortuga.

Por vez primera, el cuerpo de Carl se agita... aunque muy ligeramente, si bien seguía en estado de levitación. Donna lo observó inmediatamente. Miró a Norman, que hizo un ademán negativo con la cabeza: no había necesidad de asustarse. Luego, el cuerpo de Carl comenzó a vibrar de pies a cabeza. En su rostro se retrató una expresión como de esfuerzo.

Albert reflexionó un momento, y luego se decidió.

—¿Aún siguen ustedes con el rito del sacramento?

Carl no respondió. Estaba desmadejándose y en silencio. El pulso y el corazón habían recuperado su ritmo normal. Su cuerpo descendió suave e imperceptiblemente, hasta reposar de nuevo en el sofá. Era obvio que retornaba a la puerta alta y que la sesión estaba a punto de concluir.

Una vez comprendido esto, todos los presentes cumplieron con su cometido. Se apagaron los aparatos monitores y las grabadoras. Como de costumbre, todos se pusieron de pie y salieron en fila. Norman, el último en salir, se detuvo para apagar la luz, luego salió y cerró suavemente la puerta.

La había cerrado y estaba a punto de unirse a los demás, cuando sus nervios sufrieron una tremenda sacudida. Todos escucharon una carcajada, un cacareo sardónico, una andanada de carcajadas burlonas, crueles, desde la sala de conferencias.

Se miraron unos a otros, incrédulos, plenamente convencidos de que aquello no podía ser verdad, de que tenía que existir alguna explicación. El tono de aquella risa era tan absurdamente incongruente con su estado de ánimo, con aquel espíritu de reverencia y gratitud, que todos hicieron un gesto de disgusto y sintieron un ligero estremecimiento de temor.

Cuando se apagaron las últimas notas de burla y desprecio, Albert abrió la puerta. Todos ellos miraron hacia la negrura de la habitación. Donna, quien era la que más cerca estaba de Albert, estiró el cuello por encima de su hombro. No se oía el menor ruido, ni había la menor luz. Muy borrosamente, Albert percibió el cuerpo inerte de Carl. Seguía dormido. Albert se encogió de hombros en medio de su extrañeza, y de nuevo cerró la puerta con todo cuidado.

Donna nada dijo, pero mientras la puerta estaba abierta, había percibido un extraño olor en la habitación. Miró a Albert, y finalmente le preguntó si se estaba volviendo loca, o si alguien más había percibido también aquel olor.

Albert le dijo que no era necesario alarmarse. Él y Norman ya habían sentido aquel olor después de diversos experimentos y lo habían comentado con Carl. Todavía no lo podían comprender pero, dijo, ¿para qué eran hombres de ciencia? ¿no para indagar qué ocurría y por qué ocurría?

Donna aún conserva el claro recuerdo de aquel olor. No era precisamente desagradable. Era raro. No era ni animal, ni tampoco pertenecía a planta alguna ni a sustancia química alguna que ella hubiese conocido. En su memoria quedó impreso aquel olor por muchas semanas.

Entre dicho momento y el exorcismo de Carl, un año después, Donna habría de percibir aquel olor una vez y otra. Parte de la inquietud que más tarde habría de dominarla se derivaba del hecho de que, para la época del exorcismo, había acabado por gustarle.

De los datos de las sesiones se desprenden dos hechos obvios: que la anterior encarnación de Carl había quedado localizada en determinado lugar del pueblo italiano de Aquileia, que el momento máximo de dicho año en aquella previa existencia había sido la festividad de Neptuno, el antiguo dios romano. Dicha fiesta, en los calendarios modernos, caería el 23 de julio. Por tanto, resolvieron que el próximo 23 de julio estarían en Aquileia.

Durante los meses que precedieron a esa fecha, entre la sesión del día de muertos y el viaje realizado en julio, Carl empezó a usar los dos emblemas de Neptuno, el delfín y el tridente, colgados a una cadena que llevaba alrededor del cuello. También pasaba gran parte del tiempo escuchando repetidamente las grabaciones de sus trances. En diferentes ocasiones trató de escribir acerca de todo ello, pero jamás pasó de los primeros párrafos. Para él, la palabra que se le dijera allá en la visión de su adolescencia, "¡Espera!", parecía ser la clave.

Mientras tanto, hizo un nuevo avance en sus actividades síquicas. En diversas ocasiones afirmó haber adquirido un nuevo poder: el de ser capaz de estar en dos sitios a la vez, según decía, porque un "doble" síquico al que era capaz de proyectar en una realidad visible a varios centenares de kilómetros de donde él estaba, tomaba su lugar.

En el curso de aquellos meses, la dirección que Carl ejercía sobre la vida privada de sus colaboradores se volvió mucho más dogmática y absolutista; siempre les daba las instrucciones de la

manera más gentil, pero sucedía que, según comentan algunos de ellos, Carl ya no les ofrecía ninguna otra alternativa. Ya no había aquello de "esto o lo otro". Todos ellos debían ser "purificados", según decía el maestro. Tenían que quedar limpios de cualesquier máculas que pudieran existir en su mente y voluntad, máculas derivadas de haber aceptado anteriormente las mentiras acerca de Jesús y el cristianismo.

En su mayor parte, los seguidores de Carl encontraron que el régimen que les estableciera era muy saludable. Todos dormían mejor, estudiaban con mucha mayor concentración y cesaban de sentirse inquietos o distraídos por cuestiones sin consecuencia.

De vez en cuando, alguno de ellos tenía la impresión de que estaban renunciando a una parte muy secreta de su ser. Los había que se sentían vagamente inquietos, pero era difícil expresar concretamente aquella inquietud. En todo caso, toda aquella aventura era emocionante y nueva, y prometía llevarlos más allá de los vulgares horizontes de la diaria existencia.

Carl no puso dificultad alguna, llegada la Navidad de 1972; todos y cada uno de sus seguidores marcharon a sus respectivos hogares para celebrar la festividad. Pero cuando se aproximaba la Pascua, insistió en que deberían pasarla con él.

Por supuesto, no asistieron a ningún servicio religioso. Antes al contrario, el sábado de Pascua por la noche todos se reunieron ante la cordillera que dominaba el paseo favorito de Carl. Desde donde estaban contemplaron el ocaso, en tanto que Carl comentaba sin interrupción acerca del "verdadero espíritu".

Había escogido este tema de la eternidad del espíritu. Y, valiéndose de los símbolos de la tortuga para la eternidad del espíritu y del gallo para el sol naciente y poniente del intelecto humano, pronunció un vehemente sermón contra "la corrupción mental que destruía la belleza de la palabra Divina". El sol, dijo, se elevaría por la mañana y se pondría en la mañana. Y así ocurriría con toda humana resurrección. Era un constante nacer y ponerse. Sólo el espíritu permanecía para siempre, al igual que el océano, al igual que la tortuga, al igual que el cielo, al igual que la voluntad humana. Y hubo mucho más de este mismo jaez, todo ello místico y exultante.

Después, los dejó y volvió a su oficina. Nadie se atrevió a seguirlo. Estaba en uno de aquellos "estados" que todos ellos veían con veneración.

El 15 de julio, habiendo trazado sus planes con el mayor cuidado posible, el pequeño grupo salió de la universidad en automóvil, rumbo al aeropuerto.

Como a una hora de su partida, Hearty llegó al departamento de sicología. Preguntó por Carl. Informó desde luego a la secretaria que no tenía cita con el profesor, pero que traía un mensaje de capital importancia para éste y sus compañeros.

Tardó algún tiempo antes de enterarse de la partida de Carl y de la visita que planeaba hacer a Aquileia. Hearty se apresuró a marchar al aeropuerto en un taxi, pero llegó precisamente cuando el avión se dirigía a la pista de despegue.

Hearty se quedó mirando durante algún tiempo el cielo vespertino, que se tragaba el avión donde viajaba Carl. Sólo podía conjeturar el estado de ánimo de éste; pero sabía exactamente cómo concluiría la aventura aquella en Aquileia. En lo que a esto se refiere, no estaba adivinando.

EL PADRE HARTNEY F.

Cuando Hartney F. nació en Gales, en 1905, hacía ya 18 años que sus padres vivían ahí. Fue un hijo tardío. Su madre era galesa, su padre, un inglés oriundo de Northumberland.

El pueblo de Hartney, que él llamaba Casnewydd-ar-Wysg, pero que en los mapas ingleses figura como Newport, se halla situado en las riberas del Usk, en Monmouthshire. Fue bautizado en la iglesia parroquial de St. Woolos.

Cuando Hartney F. nació en Gales, en 1905, hacía ya 18 años dico general de la vieja escuela, recibió una considerable herencia que le fuera dejada por su propio padre. Hasta entonces, la familia había luchado para poder vivir. Pero entonces, dueños de esta repentina riqueza, el padre abandonó el dispensario que tenía en la ciudad y se retiró de la práctica médica. La familia se mudó fuera del pueblo, a una pequeña aldea cerca de la confluencia del Usk y del Severn.

Allí pasó Hearty los siguientes doce años de su existencia. Su padre seguía practicando la medicina, pero con menor frecuencia. En su casa, a orillas del Severn, se formaron sus primeras ideas y emociones gracias a su madre, ayudada por el ambiente de la tradición galesa en que estaba tan empapada la gente del vecindario: la tradición de su pueblo, su historia, monumentos y vida comunal. A la edad de 6 años se le envió a la escuela primaria.

Su lenguaje diario era el galés, pero su padre empezó a enseñarle inglés desde que tuvo 7 años.

Hasta aquel momento, su madre, una ardiente nacionalista galesa, educada en la historia y literatura de su pueblo, no había permitido que se hablase el inglés en presencia del niño. Sólo después de que cumplió los 14 años consintió en que fuera a una escuela pública inglesa, donde adquirió un perfecto conocimiento del idioma y desarrolló un profundo interés por la ciencia. Sin embargo, nunca logró hablar el inglés sin aquel acento y cadencia galeses.

Sus padres eran metodistas y acudían cada domingo a la pequeña capilla de piedra de su aldea. Entre la obsesión de su madre con el alma o espíritu galés, el atractivo y belleza de los himnos cantados por los metodistas y su inmersión en el folklore de la aldea y del país, la mentalidad de Hearty se empapó desde temprano en aquellos rasgos peculiares de los pueblos celtas que los galeses han desarrollado hasta un grado muy singular.

El mejor nombre que puede darse a esa peculiaridad es el de estilo; estilo como algo distinto y diferente de otras cualidades o poderes valiosos para la humanidad, y que no es abarcado ni puede ser igualado con la inteligencia, la astucia, el talento artístico, el dinero, la tierra y la sangre.

El alma del celta posee una singular universalidad muy suya: todo lo que hay en la vida y en el mundo lo interpreta en términos de luz y sombra. Pero ese innato generalismo de su alma jamás ha permitido a los celtas alcanzar conquistas militares, poseer imperios, enriquecerse o lograr el predominio cultural. Muy temprano en su historia se vieron confinados a los extremos de Francia (Bretaña), de Inglaterra (en Gales y Escocia) y en Irlanda como la punta más extrema del continente europeo, dominados por los romanos, vándalos, francos, ingleses, romanos, daneses y otros.

Los celtas desarrollaron el único poder que les restaba: la expresión verbal y una correspondiente agilidad mercurial de espíritu. El oralismo, no el mentalismo, es el signo característico del celta. El aspecto de su singular estilo que más notoriedad alcanzó y que más se ha celebrado fue su notable expresión verbal de las emociones.

Esto es algo en que los celtas alcanzaron la excelencia. Los irlandeses dedicaron su pluma a expresar la decadencia celta:

los dos crepúsculos, el del nacimiento y el de la muerte. Los escoceses se concentraron en el juego de las luces y de las sombras, jamás claramente felices, nunca indudablemente tristes. Los bretones se refugiaron en la sombra como un disfraz para su perseverancia.

Pero los galeses manejaron la luz con elegancia y desarrollaron los claros colores de su canto en un pindarismo muy, muy suyo; y la claridad y brillantez de su lenguaje se convirtió en un factor más poderoso de su identidad que su mismo nacionalismo o su religión. Ellos mantuvieron las sombras célticas como un trasfondo secreto en el que podían atesorar sus emociones. La gran presunción del "galismo" fue que el mundo visible y material era una simple vestidura arrojada sobre el corazón viviente de la realidad sublime y bella.

Fue este singular estilo galés de pensar, sentir y expresar, lo que más hondamente caracterizó a Hartney a través de las distintas etapas de su vida, pasada muy lejos de su nativa Gales.

Los poderes síquicos de Hartney eran parte y fragmento de este "galismo". Entre sus compatriotas no había curiosidad malsana por su habilidad síquica.

"La mitad de la gente a la que yo conocí la poseía, y la otra mitad daba por sentado que también ella la tenía", hubo de comentar Hartney en cierta ocasión. Y tampoco había en ello misterio alguno. En consecuencia, no creció con el sentimiento de ser un ente anormal ni fuera de lo ordinario. Y la seguridad de que gozaba constituyó una clara ventaja.

Sólo cuando fue a la escuela y de ahí a Cambridge hubo de comprender que sus poderes síquicos eran una cosa rara y que solía ser considerada como una anormalidad indigna de confianza. Los ingleses, tan indulgentes con sus propias emociones y peculiaridades, tienden a considerar las emociones y la habilidad síquica de los pueblos que no son ingleses como una demostración de lo primitivo de sus condiciones.

La latente percepción síquica de Hartney se vio suavizada a edad temprana por tres influencias primarias jamás olvidadas: el folklore de su pueblo, el paisaje que lo rodeaba y el metodismo de su familia.

Antes de que aprendiera una sola regla de la gramática inglesa o a utilizar el tubo de ensayo, la memoria de Hartney había quedado ya llena de la profunda materia que constituye el fol-

klore galés, y que lo colocaba en una continuidad viviente con el "espíritu" o "alma" de aquella tierra y de aquel pueblo. Su mente se llenó con los nombres de los románticos príncipes galeses, como son Rhun ab Owain, Llewellyn, Owain Glyn Dwr, y de poetas tales como Tudur Aled, del siglo xv. Su madre declamaba las odas escritas en el siglo vi por Taliesin y Aneirin. Y su hablar hubo de tomar como ejemplo las formas métricas de la edad media galesa, el cywydd y el englyn. Aprendió a no mencionar el año de 1536 (cuando la infame Acta de Unión abolió la independencia nacional galesa).

El paisaje del campo galés, que llegó a ser parte del hombre interior de Hartney, era y todavía es un paisaje de una clase muy singular. Había una magia viva en sus casas enjalbegadas, en sus capillas de piedra, en el íntimo juego de luz y agua corriente, en la soledad de montañas y valles, en la perpetuidad de sus pastos, en la inclemente boca de las minas donde los hombres se ennegrecían y se enfermaban trabajando bajo tierra, pero de donde emergían para ir a cantar a la capilla y luego a casa con sus esposas e hijos. Como escribiera Owen M. Edwards, "El espíritu de Gales nace en la granja montañesa, en la cabaña al lado del arroyo, en el hogar del minero".

Todo este conjunto indiviso del rostro de la naturaleza y de los cazaderos del hombre se consideraba como algo viviente. Más tarde, en la selva de Birmania y en el Japón de la postguerra, cuando olas de nostalgia solían inundarlo de vez en cuando al pensar en el valle del Usk, el lago Bala y las Cascadas de la Golondrina, en Llyn Idwal, o en la playa septentrional de Tenby Bay, donde solía pasar las vacaciones de verano en su infancia y juventud, Hartney se veía a sí mismo una vez más en las alargadas cabañas con sus techos de paja y sus minúsculas ventanas, oliendo las lonjas de tocino que colgaban de las vigas de la cocina y comiendo el caliente "shot": avena molida y cocinada con leche. Tales recuerdos eran como un poema místico acerca del Valle de Avalón y tan mágicos como el canto del cuco en Merion.

El metodismo fue la tercera gran influencia en el desarrollo de Hartney. El significado de metodismo era santidad. No es que la capilla fuera un lugar santo, ni los cantos algo sagrado. (A decir verdad, el ministro solía predicar que era el cementerio anexo lo que daba santidad a la capilla, y no viceversa). Pero había santidad en la expresión: el himnario. Adoración de Dios

y de Cristo, realizada según la regla y con la regularidad y ritmo metodistas característicos. Esta expresión era santa, porque se creía que constituía una conversación con el espíritu de Cristo y de Dios. Y más de una vez, en su temprana juventud, cuando Hartney estaba entre sus padres mientras se elevaban a lo alto las frases del canto, el tejado de la capilla ya no constituía un grueso escudo que ocultaba el cielo. Para él constituía la cúspide de una sagrada montaña que se abría hacia el Cielo y por la cual los ángeles del canto bajaban de Dios a los hombres y volvían a ascender de nuevo al Señor.

El grado del poder síquico de Hartney quedó de manifiesto para él cuando era todavía muy pequeño. Era capaz de recibir claras sugerencias interiores —con frecuencia literalmente exactas— de lo que otras personas cerca y lejos de él estaban pensando y —en raras ocasiones— de lo que sufrían. Fue así que en las selvas de Birmania, en 1943, supo la hora exacta en que sus padres murieron, víctimas del bombardeo aéreo alemán contra Londres.

En 1924, Hartney optó por estudiar física en Cambridge. Mientras estaba en la universidad, se interesó por el catolicismo romano. En 1929, cuando se graduó, ya había sido recibido en la Iglesia Católica y se había convencido de que su vocación era el sacerdocio.

Ordenado en 1936, sirvió en una sucesión de parroquias de la región de Londres, hasta que se sumó al ejército británico, en 1941, en calidad de capellán. Al poco tiempo, su unidad partió para la India y al cabo de algunos meses de su llegada fue enviada a las selvas de Birmania para acosar a las fuerzas niponas. Durante esta parte de su carrera, Hartney recibió el sobrenombre de "Battling Hearty" que le fue adjudicado por sus hombres. Y en su forma abreviada, Hearty, se le quedó para el resto de su vida.

La primera experiencia de posesión demoniaca con que se tropezó ocurrió durante la campaña de Birmania. El pequeño grupo de hombres con el que él recorría la selva como capellán hizo alto cierta noche en un pequeño claro. Todo estaba callado y tranquilo. Sin embargo, Hearty despertó cerca de las dos de la madrugada, con la firme sensación de que otros seres humanos se movían cerca o alrededor de su campamento. Intentó volverse a dormir, pero aquella idea no lo dejaba en paz.

Finalmente, se sentó y escuchó algunos instantes. Luego, se arrastró hasta donde estaba el comandante de la unidad, lo despertó y le comunicó sus temores. No era la primera vez que Hearty tenía una de estas experiencias, y siempre había tenido razón. El comandante esperó unos instantes, habló con los centinelas de guardia y finalmente decidió enviar una andanada de morteros en la dirección indicada por Hearty. Al cabo de cinco minutos, como no hubiera sido respondido el fuego, decidieron quedarse en guardia el resto de la noche.

Con las primeras luces del nuevo día, se enviaron exploradores. Uno de ellos volvió en cuestión de minutos. El fuego de morteros había dado en su blanco. El ataque nocturno había tomado por sorpresa a una unidad sanitaria japonesa. Cuando Hearty y los demás llegaron, todo el personal japonés, salvo un soldado, había muerto; el único sobreviviente estaba inconsciente. El comandante de la unidad de Hearty deseaba interrogarlo. Fue llevado al campamento, donde se curaron sus heridas. Cuando recuperó la conciencia, al cabo de varias horas, el comandante comprendió que no viviría mucho tiempo. Así que hizo que dos oficiales de inteligencia interrogaran al pobre diablo.

Ya tarde aquel día, Hearty decidió ir a hablar con el prisionero. Deseaba enterarse de si era cristiano, quizá católico. De ser así, Hearty deseaba administrarle los últimos consuelos de la Iglesia.

Fue en el breve crepúsculo birmano que Hearty se acercó a aquel hombre. Vestía el uniforme de campaña, como todos los demás miembros de la unidad. No llevaba insignia ni señal alguna que indicase que era el capellán. Al acercarse, los ojos del prisionero parpadearon y se abrieron completamente; miraba fijamente hacia arriba, hacia el follaje de los árboles y el cielo. Hearty esperaba una mirada mezcla de temor y de odio en aquellos ojos. Pero lo que vio en ellos no fue ni temor ni odio. Era alguna emoción que no podía identificar. Desde luego era hostil, pero tenía un algo más que no pudo captar de inmediato.

Todavía convencido de que se trataba de una reacción natural ante la vista de un uniforme enemigo, se acercó más. El moribundo se mostró más y más agitado; sus miembros y su torso temblaban; sus ojos daban vueltas en sus órbitas; incluso sus cortos cabellos parecieron erizarse. En verdad, daba la impresión de un animal indefenso que se erizara para defenderse del enemigo.

Hearty se detuvo y esperó.

Había empezado a percibir un mensaje "mental" bastante desacostumbrado. Ya en otras ocasiones se había acercado a prisioneros japoneses y conocía su mentalidad. Hearty no hablaba japonés, pero la diferencia de idioma entre él y ellos no implicaba barrera alguna para la comunicación mental; esa comunicación no se realizaba por medio de palabras, ya fueran habladas o pensadas. Pero la mentalidad de este moribundo tenía cierto rasgo curioso que Hearty percibía por vez primera en un ser humano. Años atrás, en una ocasión en que él y su padre, junto con algunos cazadores del rumbo, habían acorralado a una zorra que venía causando estragos en los gallineros de las granjas del Severn, Hearty había matado la bestia. Cuando apuntó y estaba a punto de apretar el gatillo, sus ojos habían mirado directamente la mirada desafiante y furiosa del animal. Ahora, en aquel claro de la selva, mirando al prisionero, tuvo un sentimiento parecido.

Pensando todavía que había sido mal interpretado, Hearty extrajo un pequeño crucifijo del bolsillo del pecho y lo levantó en alto, de modo que el moribundo pudiese verlo. El efecto fue instantáneo y catastrófico. Para entonces, uno de los oficiales del servicio de inteligencia que hablaba bastante bien el japonés se había unido a Hearty. Ambos escucharon unos extraños sonidos guturales que salían de los labios de aquel hombre.

—¡Válgame Dios! Padre, está maldiciendo su crucifijo —dijo el oficial. Pero ya Hearty estaba "recibiendo". Su mente se llenó de una extraña perturbación; el mensaje sin palabras era muy claro:

—*Márchate. Váyanse tú y todo lo que significas lejos de nosotros. Tú sirves a lo que odiamos.*

—Pregúntele una cosa en mi nombre, capitán —dijo Hearty al oficial—. Pregúntele por qué detesta la cruz.

El oficial no había aún empezado a hacer la pregunta, cuando el prisionero empezó a enderezarse. Su mano derecha se dirigió como un relámpago a los vendajes que le cubrían las heridas del pecho y las arrancó en un movimiento convulsivo.

—¡Himiko! ¡Himiko! —fue lo único que Hearty pudo captar de entre los gritos que dio el hombre antes de caer hacia atrás. Tampoco el oficial de inteligencia comprendió la curiosa palabra, si bien supuso que era algún nombre. En cuestión de segundos, los ojos del prisionero se abrieron con la mirada sin

vista de los muertos. Durante unos instantes brotó sangre de sus heridas; luego se detuvo.

Fue hasta bastante más tarde que Hearty descubrió lo que significaba Himiko. Pero en la selva tuvo una incipiente idea de que el hombre acababa de morir había estado dedicado a un poder espiritual del que procedía su odio por la cruz. Oscuramente, sin tener una idea muy definida, Hearty comprendió los elementos rudimentarios de la posesión.

Al finalizar la guerra, en 1946, Hearty se ofreció como voluntario para ocupar una capellanía vacante en el Japón ocupado. Se le envió a la ciudad de Kyoto y allí se estableció en abril del citado año.

Kyoto, que no había sido tocada por la guerra y que deliberadamente fuera respetada por los bombardeos de los aliados, había sido la capital imperial del Japón hasta 1868. Se trata de la única ciudad japonesa trazada geométricamente en forma rectangular, en la cual las calles corren de Norte a Sur y de Este a Oeste. En el Japón de la postguerra, Kyoto se hundió más y más en su pasado tradicional, al tiempo que atraía a políticos y pensadores radicales. Sus santuarios budistas y sintoístas eran magníficos, y Hearty pasaba sus ratos libres visitándolos.

Fue en el curso de una conversación que sostuviera en 1947 con un maestro llamado Obata, en la escuela budista de Ryukoku, que se enteró de lo que significaba Himiko. Al parecer, Himiko había sido una reina maga de tiempos muy, muy antiguos, y todavía existía una secta moderna que la veneraba como su diosa-demonio. Estaban convencidos de que vivía y gobernaba desde las nevadas montañas que dominaban la ciudad de Kyoto.

Hearty y Obata se hicieron buenos amigos. Obata había estudiado en la Sorbona, donde se graduara en 1938. Su campo de estudios había sido el misticismo; su tesis había tratado de un estudio comparativo de los conocimientos de los derviches y la ilustración budista. Con los hechos que había averiguado en relación con la danza y ritmo de los derviches y su propio conocimiento natural del budismo, Obata dio a Hearty una percepción sistemática de un tipo de conocimiento humano del budismo, que no se basa en datos científicamente controlados y verificados.

Los antecedentes científicos de Hearty comenzaron a caer en una nueva perspectiva. Empezó a comprender el significado del misticismo en su propia religión, y, muy pronto, hubo de perca-

tarse también de que cualesquier habilidades síquicas que tuviera debían ser cuidadosamente diferenciadas del espíritu y de lo sobrenatural. Porque tal era la lección central de las creencias y prácticas de budistas y derviches.

(Tal era la distinción que Carl V. jamás había comprendido y que, ciertamente, había perdido desde el principio de su carrera como parasicólogo. Si algún factor en la formación mental de este científico contribuyó de manera preponderante a su posesión demoniaca, fue precisamente el no haber comprendido esto. Habiendo fallado en tan vital diferenciación, Carl tuvo inevitablemente que tomar el espíritu, o el alma, y la actividad síquica como una y la misma cosa. Todo cambio producido en la sique era tomado por él como un cambio en el espíritu; y cualquier ilusión impuesta a la sique era considerada como una verdad última del alma.)

Con Obata, Hearty exploró las ideas básicas de la telepatía y la telecinesia, así como de la ubicuidad; todo esto había sido moneda corriente durante más de mil años, antes de que las palabras "parasicología" y "percepción extrasensorial" fueran acuñadas en las universidades de Occidente.

Obata empleaba expresiones sencillas y algunos términos corrientes para instruir a Hearty. La sique de éste, según el japonés, era una "pantalla" a la que algún poderoso reflector síquico podía enviar imágenes. Sin embargo, Hearty tenía un "lazo censor", una facultad con que podía hacer impenetrable su sique para el sondeo síquico de cualquier otro "lector de mentes".

Obata consideraba a Hearty como "receptor". Y, como final de una de sus conversaciones acerca del tema, añadió:

"Debe usted estar agradecido por ello". Sólo se limitaba a sonreír con buen humor, a la manera japonesa, cuando Hearty le preguntaba por qué debía estar agradecido de no poder "enviar" mensajes o mover objetos por medio de la telecinesia.

Hearty apenas si tuvo un pequeño indicio, aunque por cierto de carácter bastante dramático, de las razones para ese agradecimiento suyo. En cierta ocasión, cuando iban camino de casa durante uno de sus paseos mañaneros, los dos hombres pasaron por la orilla de Geon, el renombrado distrito de las geishas en la ciudad de Kyoto. Obata lo señaló así a Hearty, y se detuvieron un momento. Sin que hubiera nada que permitiera prevenirlo, Obata cayó repentinamente hacia adelante de bruces

y rodó por el suelo. Se puso de pie en un instante, los ojos entrecerrados con expresión de temor.

—Hearty-San, no les gusta que yo ande aquí contigo. Apresurémonos —sangraba de un corte que se hiciera en la frente al golpearse con el pavimento.

Hearty estaba demasiado atontado por la extraña experiencia para responder. Pero cuando Obata lo dejó a la puerta de su casa, le dijo de nuevo, con buen humor, pero con una nota un tanto pesimista.

—Ya lo ve usted, amigo mío, es mejor limitarse a ser receptor. Sin embargo, tenga cuidado. Ya lo conocen. Y lo conocen ya también para el futuro.

Sólo después de reflexionar acerca de este incidente, logró Hearty llegar a comprender en qué consistía la ventaja de no poder "enviar" mensajes ni mover objetos a distancia. Al parecer, la posesión de tales habilidades lo dejaba hasta cierto punto indefenso al asalto misterioso de otros —seres humanos o espíritus— que gozaban de poderes semejantes. Estar en el mismo plano que ellos lo hacía vulnerable a sus ataques.

Para cuando el servicio de Hearty como capellán tocó a su fin, en 1949, tanto el incidente de Himiko en la selva como la caída de Obata cerca del Geon habían quedado almacenados en las reconditeces de su memoria. Ya había solicitado y recibido el permiso para trasladarse a Estados Unidos. Hubo un obispo de la costa oriental que se mostró más que dispuesto a recibir a Hearty en su diócesis.

Hearty había vivido y trabajado en Newark, New Jersey, por dos años, cuando el obispo lo llamó y le pidió que ayudara al exorcista diocesano. El obispo le aseguró que la cosa no ofrecía mayor problema. Hearty poseía nervios de acero, y el obispo consideraba que nueve décimas partes de tales cosas "son simplemente malos nervios, mala fe, o ambas cosas".

El exorcismo resultó no deberse ni a malos nervios ni a mala fe. Hasta donde Hearty pudo comprender, el exorcizado —en este caso un hombre de edad mediana— se veía afligido por cierta perturbación y angustia que cesaron una vez completado el rito del exorcismo. Acudió al obispo para dar su informe y pidió que se le incluyera en futuros exorcismos. El obispo protestó; nadie, absolutamente nadie, quería tener que ver con esas cuestiones.

"Pues bien, a mí me interesan. No sé exactamente por qué, pero me interesan", fue la respuesta de Hearty.

En los seis años siguientes, Hearty figuró como ayudante en más de 17 exorcismos.

Cuando el exorcista diocesano murió inesperadamente después de un prolongado y agotador exorcismo, Hearty era obviamente la persona más fuerte, experimentada e idónea para sustituirlo. Cuando el obispo se dirigió a él con aquella petición, no vaciló ni un instante para aceptarla.

En aquel mismo año tomó sus únicas vacaciones: dos semanas en su nativa Gales. Una vez más, vagabundeó por el campo que tanto había amado, visitó las cabañas de la gente del pueblo, comió grandes cantidades de tocino, papas, jocoque, queso y tortitas de avena. Pasó las noches recordando tiempos idos con sus viejos amigos, alrededor de las chimeneas, y probando el fogoso *cwrw*, el licor nacional de Gales.

En el curso de los seis años siguientes, más o menos, después de su regreso de las vacaciones en Gales, Hearty sirvió como vicario en diversos puestos asignados en la diócesis. Continuó siendo el exorcista diocesano. En 1963 el obispo le ofreció una parroquia. Hearty aprovechó esta ocasión tan importante para tener una larga y seria conversación con su obispo. Con seis años como exorcista detrás y una amplia experiencia con los problemas diarios de una parroquia, Hearty había empezado a percibir un cambio sutil pero ya muy generalizado.

Según explicó al obispo, estaba desarrollándose rápidamente una nueva situación que la Iglesia aún no reconocía. Atañía a una nueva dirección en el campo de la sicología y la siquiatría; pero a Hearty le parecía que también abarcaba la devoción y piedad de la gente común. Varias veces, cuando había sometido a reconocimiento sicológico y siquiátrico a candidatos para el exorcismo, había tenido oportunidad de oír a los peritos hablar de la parasicología. Al parecer, en su opinión habría de llegar una fecha en que los fenómenos religiosos podrían explicarse y comprenderse fácilmente como *productos* de la sique humana, a medida que la sique pasaba por estados hasta ahora desconocidos y alteraciones de la conciencia. Esto le causaba grave inquietud, según comunicó al obispo, porque el nuevo estudio, la parasicología, propendía a desplazar la religión en su totalidad y a vaciarla de su significado.

Hearty estaba a punto de gozar de un año sabático, y había pensado que si el obispo no se oponía podría tomar un sabático de dos años y hacer algunas investigaciones por su cuenta acerca de dicho tema. Desde luego, conservaría su puesto como exorcista diocesano. Cada vez que se presentara un caso de esta naturaleza, volvería a la diócesis. El obispo dio su consentimiento y le prometió el necesario apoyo económico. Sólo más tarde le habló Hearty de su intención de seguir algunos cursos en cierta universidad.

Así fue como Hearty llegó a la universidad donde Carl V. ya se había hecho de renombre. En aquel momento de su vida, cuando Hearty comenzó a asistir a las clases de Carl, había desarrollado un poderoso instinto en cuestiones relacionadas con la demonolatría. Casi inmediatamente se percató de que Carl V. tenía dificultades. Al principio no pudo decidir cuán profundas eran esas dificultades. Pero al cabo de tres semestres y varias conversaciones con Carl y los miembros de su grupo, Hearty se convenció de que Carl iba camino de serias perturbaciones y que posiblemente estaba ya muy avanzado en las primeras etapas de la posesión demoniaca.

En los últimos meses de su estancia en la universidad, Hearty se sintió un tanto extrañado por el efecto que Carl le producía. Por una parte, Carl no se molestaba en ocultar ni de él ni de los demás que consideraba el carácter sacerdotal de este alumno como un definitivo estorbo para que Hearty pudiera realizar plenamente su potencial parasicológico. Por otra parte, una y otra vez Hearty "recibía" sutiles "mensajes" de Carl, mensajes que eran llamadas de socorro.

El proceso de recepción de aquellos "mensajes" seguía siempre el mismo patrón. Los "mensajes" llegaban en pequeños trozos de conocimiento que surgían repentinamente en la conciencia de Hearty, precedidos siempre por un breve periodo en blanco durante el cual, según le parecía a Hearty, su mente dejaba de pensar, pero él permanecía consciente. Inmediatamente después de aquello, sabía algo, sin saber qué era lo que sabía. Y luego se producía la repentina comprensión de lo que sabía; aparecían imágenes de lo que sabía; y posteriormente adjudicaba palabras a estas imágenes.

Finalmente, Hearty comprendió que, si parte de Carl estaba ya bajo el dominio de un espíritu del mal, todavía había otra

parte de su ser que se mantenía libre y que no había podido ser poseída. Y era esta profunda parte de Carl la que pedía ayuda. En un momento de auténtico desconcierto, Hearty comprendió que Carl tenía que saber que él, Hearty, estaba al tanto de su posesión.

Trascurrió bastante tiempo antes de que Hearty se hiciera a la idea de un grado de tal escisión en una personalidad humana con la que estaba en contacto varios días a la semana. Sin embargo, ya había aprendido bastante en el curso de los años para saber que los espíritus malignos no siempre lo saben todo... de que no necesariamente tiene un conocimiento preciso, incluso de aquello que ya poseen. Más de una vez había basado sus esperanzas en ese hecho.

Los tres últimos "mensajes" que Carl le enviara se produjeron a cierta distancia, tanto en términos de tiempo como de espacio. Uno le llegó el día que se despidió de Carl, al concluir sus estudios. Cuando miró hacia atrás hacia el sitio de la oficina en donde acababa de dejar al maestro, el mensaje llegó fuerte y claro a la sique de Hearty:

"¡Ayúdeme! Por favor, venga cuando esté a punto de ser totalmente tomado". Hearty se llegó a la capilla de la universidad y recitó algunas oraciones. Tenía que creer y confiar en que llegaría a tiempo precisamente en el momento en que Carl estuviera a punto de ser "totalmente tomado".

El siguiente mensaje le llegó una mañana en Newark, a finales de 1972: Carl estaba a punto de dar un paso definitivo; era necesario impedírselo, pero él estaba completamente imposibilitado de hacerlo. Dejado a sí mismo, tendría que seguir adelante y realizar el acto último de sumisión al espíritu que se había posesionado de él. Hearty se apresuró a ir a la universidad tan pronto como pudo, pero no logró encontrar al maestro, ni en la universidad ni en el aeropuerto.

El último mensaje le llegó a finales de julio de aquel mismo año. Sabía que Carl estaba en Filadelfia y que lo necesitaba. Nuevamente, Hearty se puso en camino sin más demora, a fin de llegar a su lado. No perdió tiempo y procedió de inmediato a los exámenes y estudios que suelen necesitarse antes de iniciar un exorcismo.

Su primer paso fue estudiar la vida de Carl y probar la validez de sus supuestos poderes síquicos. Habló con todos los

que lo conocían íntimamente. Incluso siguió la pista de Olde y Wanola P., a los que encontró en distintas partes del país. Ambos acudieron a ver a Hearty; Olde, en particular, fue de enorme ayuda. La madre de Carl, ahora divorciada de su padre y vuelta a casar, vivía en Malta. Pero el padre y los dos hermanos le dieron a Hearty cuanta ayuda pudieron.

El mejor parasicólogo que Carl conocía, un alemán nacido en Suiza, estaba en Nueva York dictando una serie de conferencias. Carl y Hearty pasaron tres semanas ahí; y el parasicólogo concluyó su examen de Carl entre conferencia y conferencia. Su veredicto acerca de su colega fue positivo. Es decir, el hombre poseía extraordinarios poderes extrasensoriales, pero sufría de algún profundo trauma que estaba fuera del alcance del parasicólogo. Tampoco dieron resultado la hipnosis ni el tratamiento farmacológico.

Hearty y Carl volvieron a Filadelfia, pero aquel no estaba totalmente satisfecho. A decir verdad, desconfiaba de los parasicólogos.

Mientras mantenía su cuartel general en su propia diócesis en Newark, fue a Nueva York varias veces en compañía de Carl. Después de un total y completísimo reconocimiento médico, Carl se puso en manos de dos siquiatras que lo sometieron a una serie de pruebas. En concreto, su veredicto fue el mismo que el del parasicólogo: Carl V. era normal y sano, de acuerdo con las normas aceptables para su profesión. Había sufrido, según ellos, de un alto grado de tensión nerviosa en el curso del verano anterior. Pero no alcanzaban a descubrir anormalidad alguna.

Uno de ellos conminó a Carl a volver a Aquileia y a concluir el rito iniciado ahí. Hearty vetó semejante sugerencia.

El otro sugirió tibiamente a Carl que tomara menos en serio la cuestión religiosa por un par de años y se diera a sí mismo la oportunidad de recuperar el terreno perdido y su confianza en sí mismo. Cuando Hearty salía de su consultorio, el segundo siquiatra se mostraba un poco más expansivo. Consideraba que mucha gente estaba loca por culpa de la religión. Todo aquel complejo de culpa.

—Lléveselo a algún prostíbulo, padre, y verá cómo se cura.

—Que Dios bendiga a tan saludables antros, doctor —dijo Hearty ladeándose el sombrero cuando salió.

A medida que progresaban sus investigaciones, mientras trascurrían semanas y meses, Hearty se sentía cada vez más convencido. Carl tenía que ser exorcizado. Mientras tanto, y hasta el momento mismo del exorcismo, Carl se mostró totalmente dócil. Conminaba a Hearty a apresurarse.

"No me queda mucho tiempo, Hearty", solía decirle tristemente.

Pero Hearty consideraba que tenía que hacer las cosas a la perfección. Jamás se había visto mezclado en el exorcismo de una persona con las dotes síquicas que Carl poseía y no sabía de qué manera podía emplearse dicho elemento, incluso contra la voluntad de Carl, como una poderosa arma contra ambos. Insistió en examinar hasta el último centímetro del terreno recorrido por Carl en la parasicología desde sus tiempos de estudiante. Sólo en esta forma podría considerarse más o menos bien preparado para seguir y hacer frente a cualquier extravagancia con la que Carl pudiera salir durante el exorcismo.

Además, Hearty abrigaba una profunda duda. Por vez primera, preveía la posibilidad de que en el exorcismo el exorcizado pudiera morir o enloquecer como resultado del exorcismo.

Hearty estaba bastante seguro de unas pocas cosas: de que la pretendida percepción que Carl tenía del aura de la no materialidad, así como de sus supuestos viajes astrales y su conocimiento de reencarnaciones previas eran engaños creados por el espíritu maligno. Y tenía la sospecha de que la sola prueba tangible de que el espíritu había sido expulsado sería el cese de tales efectos en Carl.

Hearty consideraba que, si estuviera en lo cierto en estos análisis básicos, entonces el peligro último y posiblemente mayor para Carl radicaría en la reacción que tuviera al hacerse pública la forma en que había sido engañado una y otra vez, y que él había consentido en dicho engaño. Su vida quedaría sin fundamento. ¿Sería capaz de soportar aquella tensión? Una desilusión, un desengaño tan profundos como los que Carl habría de soportar en este exorcismo, podrían, y esto lo sabía Carl por sus estudios y experiencia, hacer que la persona no solamente se volviera catatónica, sino incluso en casos extremos, hasta suicida.

Hasta el último instante, y a pesar de la seguridad de que se habían tomado todas las precauciones y realizado todas las pruebas que demostraban que Carl era una persona fuerte y

resistente, Hearty no podía librarse de la idea de que el parasicólogo corría un grave peligro. Por último, dio a Carl a elegir entre retirarse o seguir adelante. Le advirtió cuáles eran, a su modo de ver, los riesgos que correría si seguían adelante.

Carl insistió en que se realizara el exorcismo:

"Si vivo como soy, moriré una verdadera muerte del alma. Pero si muero en el curso del exorcismo quizá me salve. Si me vuelvo loco, tal vez Dios tome esto en cuenta al juzgarme".

La elección de local para el exorcismo no ofreció dificultad. Carl quería que se efectuara en la casa donde viviera en su infancia, allá en Chestnut Hill, entre las lomas de la meseta de Piedmont, y en el sitio donde había tenido su visión de la adolescencia: la biblioteca de su padre.

Hearty, yendo contra la práctica de muchos exorcistas por él conocidos, no hizo retirar absolutamente nada de los muebles del lugar, salvo objetos frágiles como eran lámparas de mesa, floreros, ceniceros, mesitas ligeras, cristalería, bibelots y cuadros. También pidió que se enrollara la alfombra. Pero libros y libreros permanecieron en su sitio.

Y para ello tenía una razón que era parte de ese juego de adivinanzas en que estaba empeñado a la sazón. Suponía —y resultó que estaba en lo cierto— que toda dificultad especial en la tarea de desenmascarar al espíritu maligno que residía en Carl surgiría debido a que su posesión de éste era tan sutil y tan ligada a sus poderes síquicos. Carl poseía el poder de la telecinesia. Teóricamente era posible que él empleara este poder para hacer difícil el exorcismo, cuando no imposible. Pero Carl, fiándose de aquella parte aún intacta de su ser con la que había pedido ayuda a Hearty, le aseguró que él, en lo personal, no utilizaría y podría contenerse de usar su poder telecinético. Hearty sintió, por tanto, que podía ser prácticamente cierto que, de producirse disturbios telecinéticos durante el rito, se trataría de muestras de disgusto del espíritu maligno. En dicho caso, podría seguir este indicio y buscar la manera de molestar más y, por fin, expulsar al espíritu.

Hearty contó para el exorcismo con la capaz ayuda de cuatro hombres a los que ya había adiestrado como asistentes suyos en el curso de los años. Jamás dejaban de acudir cuando los llamaba para un exorcismo. Se trataba de un médico, dos hombres de negocios y el capataz de una fábrica.

El exorcismo de Carl V. duró cinco días. Fue sumamente singular en su curso, y en general estuvo determinado —como Hearty había supuesto que lo estaría— por los excepcionales dones síquicos de Carl. Hearty hubo de lidiar con Carl, no sólo en su calidad de poseso, sino también en su calidad de médium en el sentido síquico. Ciertamente, en todo el curso del exorcismo hubo breves silencios en los que solamente las miradas de Hearty y Carl indicaban a los presentes lo que estaba ocurriendo. En aquellas ocasiones, el rápido intercambio de retos, amenazas, órdenes e insultos entre Hearty y el mal espíritu que se había posesionado de Carl eran telepáticos. Las notas de Hearty nos han servido para llenar estas lagunas verbales.

Además, se presentó un problema peligroso y que lo explicaba todo, y fue que Hearty no siempre podía determinar si era Carl o el espíritu poseedor quien estaba causando los efectos síquicos. En este caso, más que en cualquiera otro de su carrera, Hearty hubo de mantenerse perfectamente alerta. No había ahí manera de tomar atajos. Como exorcista, Hearty tuvo que llegar al centro de la posesión y asegurarse de que el mal había sido expulsado en su maligna esencia.

También Hearty se percató de su propio peligro durante dicho exorcismo. Avanzaba en un plano síquico sumamente resbaloso, en el que pensamientos y memoria e imaginación estaban singularmente abiertos a la agresión. Su amigo allá en Kyoto le había mostrado esto muchos años atrás. Y desde entonces había tenido oportunidad de volverlo a aprender.

Singular pero brevemente, la única gran ventaja de que gozó Hearty al principio del exorcismo fue precisamente el poder de Carl como médium. Puesto que Carl estaba dispuesto a ayudar, no tuvo mucha dificultad para descubrir al espíritu maligno y obligarlo a identificarse. Por tanto, la confrontación con la Tortuga, como se llamaba a sí mismo, se logró rápidamente. Pero, en la misma medida, el choque entre Hearty y Tortuga fue sumamente doloroso.

La cooperación de Carl con Hearty se vio abruptamente interrumpida cuando se produjo la confrontación entre éste y Tortuga. Carl quedó indefenso e incapaz de ayudar. Solo en su lucha, la tortuosa presión hecha a su voluntad y la herida infligida a su mente fueron agudas, profundas más allá de toda palabra, e irreparables.

Al elegir de entre la trascripción del exorcismo, por tanto, pasé por alto pasajes relativos a la identificación del espíritu maligno, al desenmascaramiento de los engaños aceptados por Carl y al efecto que ese desenmascaramiento tuvo sobre Hearty y sobre Carl mismo. La trascripción contiene muchos más detalles (omitidos aquí) acerca de la supuesta reencarnación de Carl en el antiguo romano Pedro, acerca de los primeros ritos cristianos y acerca del propio desarrollo síquico de Carl a partir de la adolescencia.

LA TORTUGA

—¿Se siente usted bien, Carl? —la voz de Hearty al iniciarse el exorcismo está llena de sentimiento. Sin embargo, la de Carl es perfectamente tranquila.

—Sí, padre. No tenga usted ningún temor. Empecemos ya.

Carl está echado en el sofá del estudio de su padre. Los cuatro asistentes del exorcista están hincados alrededor de dicho sofá. Hearty, flanqueado por su asistente eclesiástico, está de pie ante el sofá. Son las cuatro y media de la mañana, y se inicia el primer día del exorcismo.

Hearty pronuncia las palabras iniciales del rito. Su recitar monótono se detiene al cabo de las primeras tres frases.

Se queda mirando a Carl. Éste está inmóvil. Hay algo que alarma a Hearty.

—¡Carl! ¡Carl! ¡Respóndame! ¡No se escabulla, Carl! Respóndame!

Carl se agita y habla intranquilo.

—Es difícil, padre. Es difícil.

—¿Qué sucede, Carl?

—La p-p-puerta baja... —Carl recae en el silencio.

—Carl, antes de que caiga usted en la puerta alta, dígame. Inmediatamente antes. ¿Me escucha? ¡Carl! ¿Me escucha?

Sí-í-í-í-í-í-í-í, pa-a-a-a-a-a... —la voz de Carl se pierde.

Hearty prosigue uno o dos minutos con el monótono canto de las oraciones del exorcismo y luego se detiene. La boca de Carl se abre y se cierra. Tiene los puños apretados.

—Aa-a-a-alt... —Hearty apenas puede escucharlo.

Indica a los ayudantes que sujeten a Carl por las piernas y los brazos. Luego Hearty habla.

—Espíritu del mal, se te ordena en el nombre de Jesús: no nubles la mente de Carl, no esclavices su voluntad. No debe haber engaño. En el nombre de Jesús, deténte.

Hearty mira a Carl: su rostro se relaja; sus puños se aflojan. Al cabo de unos momentos, Carl habla lentamente sin abrir los ojos.

—No puedo sostenerme contra ellos... él... ellos, padre. No puedo sostenerme mucho más. Demasiado habit... —su voz se interrumpe.

—En el nombre de Jesús... —Hearty se interrumpe. La tensión en los rostros y brazos de los ayudantes son una advertencia. El cuerpo de Carl está luchando por elevarse.

—¡Habla, Espíritu Malvado! Habla y declárate —ordena Hearty.

Rocía una poca de agua bendita y toma en la mano el crucifijo. Carl lucha uno o dos minutos. Luego se hace el silencio en la habitación salvo por el ruido de pies y la pesada respiración de aquella lucha.

Finalmente, del rostro de Carl desaparece toda señal de vida. Su cuerpo cesa de moverse. Sus labios se abren. Hearty escucha la voz de Carl, pero es sedosa, suave, su tono trata de congraciarse, carece de acento, habla en frases breves y rotas. Es como un disco que girara lentamente. Obviamente Carl es ahora el médium del espíritu maligno.

—Yo soy el espíritu. De Carl. Estamos ascendiendo. Vamos a la puerta alta. Y más allá. Yo soy el espíritu. De Carl. Estamos ascendiendo. Hacia la puerta alta. Y más allá. Yo soy...

Hearty decide interrumpir.

—Tú no eres el espíritu de Carl. Tú eres el espíritu de Satanás, el mal espíritu que se ha posesionado de él. En el nombre de Jesús, termina tu engaño. Declárate. ¿Quién eres tú? ¿Por qué nombre se te conoce? ¿Por qué posees a Carl, esta criatura de Dios? En el nombre de Jesús, habla. Por la autoridad de Jesús y de su Iglesia, yo te lo ordeno. ¡Habla!

Ahora todos los presentes se percatan de un cambio repentino en el cuerpo de Carl. De una u otra manera, este parece encogerse o disminuir su tamaño o volumen. El asistente eclesiástico describió aquello más tarde "como si el cuerpo se hubiera encuevado en sí mismo". De su negro cabello desaparece todo lustre, incluso sus rizos se alacian. La piel de su cara se restira.

Todos ven los tendones tensados y las saltadas venas de su cuello. Su tronco, brazos y piernas parecen como si sobre ellos descansara un gigantesco peso invisible, que los presionara hacia abajo, pero sin aplastarlos. No se escucha el menor sonido. El silencio empieza a hacerse opresivo.

Hearty decide hablar de nuevo:

—Espíritu malvado, se te ordena. En el nombre de Jesús ¡habla!

Sigue un silencio. Todos perciben hasta el más pequeño ruido: la respiración de los demás, el arrastrar de un zapato sobre el suelo de madera, el ruido que hace alguien al tragar gordo, la inspiración de un rápido suspiro. Sin embargo, Hearty no se desalienta. Es la Tortuga, hacia la cual Carl fue atraído. Y el progreso de una tortuga es lento, pero seguro. Hearty tiene plena confianza. Espera.

Luego, sin advertencia alguna, se desata una especie de manicomio menor. Todos los libros de los libreros, que cubren tres de las paredes del estudio, caen en tropel al suelo, sus páginas se abren, sus cubiertas vuelan, libro tras libro encimándose en los otros sin orden ni concierto, las páginas arrancadas, y caen al suelo con sonidos sordos y como de papel que se rasga. Como si dos pares de manos atacaran cada uno de los libreros simultáneamente. Lo repentino del ruido es demasiado para uno de los ayudantes, que lleno de sorpresa y temor casi lanza un grito.

Hearty no ha movido ni siquiera los ojos, que están pendientes del rostro de Carl. Su juego ha dado resultado. Lo único que Hearty hace es levantar la mano para pedir calma. Sabe exactamente lo que sucede, la Tortuga "se está acercando". Nuevamente se hace el silencio. Esperan. Carl todavía sigue como hundido dentro de sí mismo.

Hearty ya casi se ha hecho a la idea de recitar algunas oraciones más del exorcismo cuando siente las primeras presiones internas. Encuentra que le resulta cada vez más difícil mantener los ojos fijos en el rostro de Carl, su vista insiste en nublarse y su imaginación se llena de curiosas imágenes.

"Jesús, Señor mío, Jesús mío", ora Hearty silenciosamente. "Sálvame. Ayúdame en este momento. No puedo resistir esto si Tú me dejas solo. Creo. Señor Jesús, ayúdame". Los otros saben, por el aspecto de Hearty, que algo le está sucediendo. Sus ojos se

abren y se cierran. Se mece ligeramente sobre los pies. La mano que sostiene el crucifijo tiene los nudillos blancos.

El sacerdote asistente comprende. Hearty lo ha instruido muy bien; y también él ha trabajado con frecuencia en los exorcismos. Con sus manos toma la mano de Hearty que sostiene el crucifijo, con la otra hace la señal de la cruz en la frente de Hearty diciendo en voz alta:

—Señor Jesús, ten piedad de tu siervo —los cuatro asistentes comprenden y repiten la oración.

Lentamente, la imaginación de Hearty se despeja, pero ahora el dolor es su adversario. Su cabeza se ve martirizada por una terrible jaqueca. Cuando mira a Carl, cada mirada que le dedica está llena de un dolor que jamás antes sintiera. Pasa la crisis, pero, como todos los ataques realizados en un exorcismo, ya ha cobrado su precio.

Cuando habla de nuevo, la voz de Hearty ha cambiado de una vibración profunda a un tono tenso y ahogado. Su acento galés es más notable.

—En el nombre del Salvador, del Señor Jesús, te declararás, ¡espíritu malvado!

Todos miran a Carl. Su cabeza se ha movido. Se abre su boca y escuchan una voz que esta vez no tiene parecido alguno con la suya. Es como el agudo falsete producido por un hombre de voz profunda que tratara de burlarse de alguien. Suena con un timbre de falsedad, pero es desafiante. Irrita y atemoriza.

—Aceptaremos que no somos sino el amigo de Carl. Responderemos a...

—Responderás en el nombre de Jesús —replica Hearty con vehemencia, su voz quebrándose bajo la presión del esfuerzo.

—Escucha entonces nuestra voz, a ver si tú, miserable bípedo de lodo, puedes ordenar al señor de Conocimiento, al Inconquistado.

Antes de que Hearty pueda replicar, la voz de Carl cambia. Hearty intercambia miradas con sus ayudantes:

—¡Ánimo muchachos! Esto va a ser duro para todos.

Sus oídos se llenan repentinamente de ruido. Hasta donde son capaces de concentrarse en Carl, les parece que el ruido viene de sus labios, pero ahora la fuerza y la singular calidad de ese sonido los distraen rápidamente. No pueden soportar el mirar a Carl ni a cosa alguna, tan violenta es la absorción de su

atención. Carl comienza a azotarse. Los ayudantes difícilmente logran sujetar sus brazos y piernas.

Y no es tanto lo fuerte o agudo del sonido. Antes bien, es la calidad del sonido que cada quien escucha. Porque, según hubieron de descubrir al comparar posteriormente notas, el sonido está hecho a la medida de los sentimientos, experiencia y carácter de cada quien. Cada uno es tratado de manera que todo dolor pasado se repita con una fuerza más agonizante que cuando ocurrió. Cada quien siente el dolor de todos los gritos desgarradores, de todas las voces solitarias, de todas las noticias malas que han conocido en el curso de su vida. El doctor escucha de nuevo los estertores del primer paciente que se le murió: una joven madre que murió al dar a luz y que gritaba:

"¡Quiero ver a mi hijo! ¡Quiero ver a mi hijo!" Y junto con eso, su propio llanto; y el grito de un hombre que un año atrás fuera atropellado y muerto ante sus propios ojos. Otro escucha el último grito de dolor de su propio hijo, muerto de un tumor en el cerebro; otro más, la traición de que hiciera víctimas a sus propios empleados durante una reunión con una empresa competidora. Y así por el estilo. Aquella voz está duplicando y reproduciendo para cada uno de ellos cada sonido olvidado de dolor, de arrepentimiento, de culpa, de desesperación, de pena, de disgusto, de angustia, que constituyen la suma de la experiencia, de los sufrimientos y de las debilidades humanas de toda una vida.

Cuando se escucha la grabación de esta parte del exorcismo, todo lo que uno alcanza a oír es una desigual serie de quejidos y de respiraciones agitadas.

Lo que Hearty experimenta es diferente. La voz no afecta su imaginación. Antes bien, parece torcer su mente. Se ve lleno de un comentario que se produce lentamente: por su mente se deslizan frases completas:

"El Señor del Conocimiento debe ser adorado... con el conocimiento se puede estar seguro... la seguridad solamente se logra a través de una visión clara... la visión clara es fruto del pensamiento claro... Sentimientos y creencias son una farsa... El Señor del Conocimiento de la posesión de la tierra. La tierra es toda una... todo un ser...", hasta que aquello parece un rollo sin fin. Hearty no puede recordarlo todo. Cuando, al parecer, llega a su fin, ello es sólo para empezar de nuevo desde

el principio, más y más aprisa, a medida que se repite una y otra vez.

Hearty no puede pronunciar palabra alguna, ni oral ni mental. Pero instintivamente se lleva el crucifijo a los labios y lo mantiene ahí. Al parecer el gesto basta. Aquello que tuviera a su mente prisionera la deja libre. Aquella cuenta descendente de la lógica se detiene. Está libre de nuevo.

—En el nombre de Jesús, el Salvador, se te ordena que te declares abiertamente. ¡Habla, Espíritu Malvado!

Los asistentes de Hearty empiezan a recuperarse. De nuevo sujetan a Carl.

Éste, por su parte, está inmóvil. Pero su rostro adquiere colorido. Ahora se ve vivo, como alguien que estuviera echado, con los ojos cerrados, mientras habla tranquilamente. Sin embargo, no es la voz de Carl. Todos los presentes la escuchan, si bien la descripción que cada uno de ellos hace es diferente de las otras. Todos convienen en que habla con calma, con un tono casi de superioridad, ni lenta ni rápidamente, con un ligero dejo de risa o de burla. Algunos de ellos escuchan la voz de un joven, mientras que para otros es la de un anciano, y otros la describen como una voz mecánica, y hay quien dice que suena como un eco distante. En la cinta grabada, el sexo del hablante es imposible de distinguir, podría ser masculino o femenino. Personalmente a mí me trajo a la memoria el tono de voz empleado por los anunciadores de los music halls de los años treintas: afectada, francamente artificial, siempre con una nota de mofa reidora, cargada de voces bajas sugerentes.

—Venimos en nombre de la Tortuga. Tortuga. Llámennos Tortuga. Tenemos la eternidad del Señor del Conocimiento.

Hearty se siente agradecido: ha ganado ya un punto. Pero casi de inmediato lamenta tal distracción.

La voz habla de nuevo.

—Con que te sientes agradecido ¿no? ¿No sabes lo que te tenemos preparado amador de los gallos? ¿Amante del Gallo?

Hearty se concentra de nuevo, dominando el impulso de preguntar qué es lo que tienen preparado. El espíritu maligno quizá se vea obligado a la Confrontación; pero cualquier oportunidad que el exorcista le conceda puede convertirse instantánea y fatalmente en una ventaja para el espíritu. Hearty vuelve pues a su principal pregunta.

—Tortuga...

—Sí, amante del gallo...

—Hablarás sólo en respuesta a las preguntas que se te hagan en el nombre de Jesús.

No hay réplica alguna, pero Carl trata de volverse boca abajo. Los ayudantes lo sujetan firmemente. Lucha un poco, luego permanece quieto.

"¿Acaso todos los poderes síquicos de Carl fueron obra de tu intervención, o fueron dones innatos?

—Ambos —ante esta respuesta, Hearty se concentra de nuevo. Hay una fuerza que está atacando su mente. Su mente es como una puerta cerrada por fuertes manos que golpean insistentemente en sus hojas.

—Veamos por ejemplo el caso de su reencarnación, de sus supuestas reencarnaciones. ¿Fue esto obra tuya?

—Nosotros, que pertenecemos a la Tortuga, que existimos en su eternidad, tenemos ante nosotros todo el tiempo como un momento incesante.

—Pero Carl habló a personas muertas de tiempo atrás. Conocía sus pensamientos y sus alrededores.

—Los vivos están rodeados por sus muertos. Aquellos de los muertos que nos pertenecen, cumplen nuestras órdenes. Todos en el Reino cumplen nuestras órdenes.

—¿Y aquellos que no les pertenecen?...

—El Segundo —suena como un gruñido pero también Hearty siente como cierta nota de temor, ese temor lo impresiona. Nuevamente se distrae, y nuevamente tiene que pagar el precio.

"También tú, ¡amante del gallo! ¡sacerdote! También tú temerás cuando te llegue tu turno.

La puerta de la mente de Hearty empieza a ceder, esa fuerza está golpeando y golpeando. Por un momento titubea, pero luego, por medio de un enorme esfuerzo, recupera su concentración. Prosigue con su interrogatorio.

—¿Y los viajes astrales de Carl? ¿También tú maquinaste eso?

—Sí.

—¿Cómo pudiste engañarlo?

—Una vez que se confunde espíritu con sique, podemos dejar que cualquiera vea, oiga, toque, pruebe, conozca, desee lo imposible. Él era nuestro. Él es nuestro. Él es del Reino.

Carl no se mueve, pero todo su cuerpo está nuevamente en esa posición de aplastamiento. La expresión patética de su cautiverio hace que Hearty parpadee. Ora calladamente.

"Jesús, dale fuerza". Luego trata de proseguir con su interrogatorio, pero la voz lo interrumpe, esta vez gritando con increíble desesperación.

—¡No nos expulsarás! ¡Hemos hecho nuestra casa en él! ¡Nos pertenece! —Hearty aguarda hasta que el grito se pierde en una especie de sonido gutural. La garganta de Carl se mueve.

—¿Eres tú el hacedor del aura del No Yo?

—No.

—¿Cómo te vales del aura del No Yo en el caso de Carl?

—El aura está ahí para todo el que pueda percibirla. Sólo los humanos han aprendido a no verla. Si la vieran continuamente, morirían.

—¿Cómo la usaste?

—No lo hicimos.

Ahora Hearty lanza preguntas concisas, la mayoría de las cuales sólo necesitan un sí o un no como respuesta. Su propósito es desenmascarar al mal espíritu, hacerlo confesar sus propios engaños.

—¿Carl podía verla?

—Sí.

—¿La aclaraste para él?

—Sí.

—¿Por qué?

—¡Porque él lo quiso!

—¿Te lo pidió acaso?

—Se lo ofrecimos.

—¿Sabía quiénes eran ustedes?

—Lo sabía.

—¿Claramente?

—Bastante claramente.

—¿Tenía el don de la ubicuidad?

—No.

—¿Qué ocurrió?

—Le dimos el conocimiento de sitios distantes como si estuviera ahí.

—¿Tenía un doble, un doble síquico?

—Le dimos uno.

—¿Cómo?

—Le dimos el conocimiento que un doble tendría.

—¿Cuándo empezaron a apoderarse de Carl?

—En su juventud.

—¿Fue obra de ustedes su temprana visión?

—No.

—¿Intervinieron ustedes en esto?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque él deseaba que lo hiciésemos.

—¿Cómo lo sabían?

—Nosotros lo sabemos.

—¿Por medio de qué señal?

—Lo sabemos.

—¿Qué fue lo que hizo para dejárselos saber?

—Lo sabemos.

—En el nombre de Jesús, yo te lo ordeno. Dime cómo lo supieron.

Se produce una larga pausa de unos dos minutos. Hearty aguarda pacientemente teniendo siempre en su mente la pregunta.

Luego, salta la trampa que le tienden.

—No hay palabras para expresarlo.

—¿Hay algún pensamiento?

—Sí.

Hearty, cuya concentración cede momentáneamente, cogida en su pregunta, no ve la trampa que se abre ante él. Simplemente pregunta:

—¿Cuál es ese pensamiento?

Y de inmediato él y sus ayudantes observan un cambio en Carl. Aquella mirada aplastada y sin vida ha desaparecido instantáneamente. Su cuerpo se relaja bajo las manos de los asistentes que lo tienen cogido. Inspira una larga y profunda respiración y se estira como un hombre que saliera gustosamente de un sueño profundo. Sus ojos empiezan a abrirse. Mueve con suavidad la cabeza de un lado a otro. Sus mejillas han recuperado el color, sus labios sonríen y sus ojos tienen expresión irónica de buen humor.

Ello ocurre tan inesperadamente, que toma a todos por sorpresa. Los ayudantes, que hasta ese momento lo estuvieran suje-

tando con temerosa determinación, se sienten ahora avergonzados. Pero Carl ni siquiera se muestra ofendido. Al contrario, parece divertido, pero tolerante.

—¡Hey! ¿puedo sentarme? ¡Muy bien! ¡Muy bien! -

La voz es la suya propia. Su comportamiento está dentro de lo normal.

Hearty es el único que se percata de lo sucedido. Pero ¡demasiado tarde! Ha caído en la trampa. Está captando el "pensamiento". Pero antes de sentir con toda su fuerza la invasión de su mente, ve que los cuatro ayudantes, puestos de pie, lo miran como pidiendo explicación o instrucciones. Carl se ha sentado en el sofá, una pierna echada al descuido sobre uno de los brazos, y también mira a Hearty. Los cinco tienen la misma curiosa expresión: parecen sorprendidos ante la conducta del sacerdote.

El ayudante eclesiástico también se ha vuelto en redondo para mirar a Hearty. También él tiene esa mirada inquisitiva. La mirada es un llamado a Hearty, pero éste se ve indefenso por el momento. Su sentimiento principal es de horror: horror ante lo que ve suceder, horror ante el aprisionamiento de su propia mente. Ahora, el "pensamiento" es claro para él, de una claridad que jamás soñara: lo ve concretamente en sus cuatro ayudantes y en Carl. Todos se sienten perfectamente a sus anchas, su sola emoción es de sorpresa porque él, Hearty, no parece sentirse a gusto. Él quisiera gritarles, con todas sus fuerzas:

"¡Cuidado! ¡Cuidado! Están jugando con el deseo de todos de comportarnos normalmente. Están haciendo que todo les parezca natural". Pero no puede abrir la boca ni producir sonido alguno.

Y a medida que crece su incapacidad de actuar, ve más y más claramente lo que sucede. Nadie quiere creer en el mal, de veras, y, sobre todo, no desean creer en un mal espíritu, en un ser del mal. Todos desean borrarse tal idea. Admitir la existencia del mal significa una responsabilidad, y nadie desea echarse esa responsabilidad. Tal es la apertura por la cual se cuela la Tortuga, robando toda sospecha, haciendo que todo parezca ser normal y natural. Este es el "pensamiento", la imprudencia del ser humano común que equivale a esta falta de inclinación a creer en el mal. Y si uno no cree en el mal, ¿cómo puede uno creer o siquiera conocer lo que es el bien?

Dentro de su mente, esta idea empieza a crecer como un balón de hule, ensanchándose e hinchándose en intensidad, aumentando su desamparo al lado de esta nueva comprensión.

Ahora todos lo miran sonrientes, incluyendo a Carl. Todo lo que ven es la larga y huesuda cara de Hearty, sus labios entreabiertos en lo que ellos suponen es un gesto de vergüenza. Y mientras más se esfuerza, más parece hacer ese gesto.

La tortura de Hearty alcanza su máximo, y su aguante casi ha llegado a su fin, cuando el sacerdote que lo ayuda observa algo: Hearty está apretando el crucifijo contra su sien. El joven sacerdote se detiene: algo tiene que andar mal. Algo *tiene* que andar mal. De no ser así, Hearty está asumiendo una postura cómica al usar el crucifijo, y Hearty jamás haría semejante cosa, ni durante un exorcismo ni en ningún otro momento. ¿Qué puede andar mal?

Luego, volviéndose a los otros, el sacerdote auxiliar dice:

—Algo anda mal, observen a Hearty, ¡mírenlo!

Es Carl quien responde, con voz serena y aparente buen humor.

—Mírelo usted mismo, padre. Está tratando de crucificarse. Un Cristo calvo con anteojos —y estalla en carcajadas.

El efecto producido es como el estallido de un disparo. Repentinamente todos se detienen. Se ha tocado una nota pavorosa. Cinco cabezas se vuelven y cinco pares de ojos se quedan mirando a Carl, incrédulos.

El sacerdote ayudante se hace cargo.

—En el nombre de la Iglesia y de Jesús que la fundó...

Pero es interrumpido. Carl empieza a protestar, aparentemente todavía de buen humor:

—¡Mire, padre!

—¡Sujéntenlo! —ordena el sacerdote a los cuatro asistentes. Luego, a Carl:

—En el nombre de Jesús, ¡te ordeno que desistas!

Esta demora es todo lo que Hearty necesita. La presión disminuye; el "pensamiento" se desinfla dentro de su mente. De nuevo está libre. Casi perdió, pero ha aprendido dos cosas: conoce el truco de normalidad que este espíritu ha empleado para trabajar en Carl y lograr ser aceptado, paso a paso, año a año. Conoce el "pensamiento". Y, además, ahora sabe de cierto que los poderes síquicos de Carl, y los suyos propios, serán empleados

como arma contra él al menor descuido. Su cuidadosa preparación cuando menos podrá servirle de defensa, hasta cierto punto.

Ahora Carl está echado de nuevo, completamente despierto, sujeto por los asistentes una vez más, los ojos meras rendijas, el rostro una blanca manta de ira.

Cuando Hearty mira a Carl, su mente retrocede veloz. en algún punto ha tocado carne viva. De alguna manera, Hearty ha dado con el talón de Aquiles de ese espíritu que se da el nombre de Tortuga. Tiene que proseguir según esa línea. Su siguiente pregunta es hecha con tono perentorio.

—¿Hacia dónde llevabas a Carl?

—Hacia el conocimiento del universo.

Las palabras brotan de entre los apretados dientes de Carl.

—¿Qué conocimiento?

Al principio no hay respuesta. Luego, lentamente, como a fuerzas, salen las palabras.

—El conocimiento de que los humanos son apenas una parte del universo.

—¿Qué es eso de simplemente una "parte"?

—De que son partes de un ser material mucho mayor.

—¿Qué ser?

—El universo.

—¿El universo de la materia?

—Sí.

—¿Y de las fuerzas síquicas?

—Sí.

—¿Y de que esto fue el creador de los humanos?

—Sí.

—¿Un creador personal?

—No.

—¿Un creador físico?

—Sí, también.

—¿Un creador sicofísico?

—Sí... desde luego, sí.

—¿Por qué llevaste a Carl por ese camino?

—Porque él llevaría a otros por el mismo camino.

—¿Y por qué llevar a otros por este camino?

—Porque entonces pertenecerían al Reino.

—¿Y por qué pertenecer al Reino?

Quienes están mirando a Carl empiezan a sentir que en cierta forma está a punto de explotar. Emite las palabras con más brusquedad y dureza. Toma aire casi antes de cada palabra, de modo que cada una de sus palabras sale de sus labios en una explosión de aire. Sus brazos, piernas y torso se retuercen con más y más fuerza. Los asistentes lo sujetan, pero no logran que se esté quieto. Y ahora, después de la última pregunta, todos ven venir la explosión. Empieza a formarse con la respuesta que da Carl a la última pregunta planteada por Hearty.

—*¿Por qué,* sacerdote? *¿Por qué?* Hete aquí, con tu cabeza calva, tus testículos marchitos, tus ropas malolientes, tu amarilleante dentadura, tus apestosas tripas ¿y tú nos preguntas *por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?* —la voz surge sobre la cresta de una ola de gritos cada vez más fuertes.

—*¿POR QUÉ?* —grita por último, con todo el volumen de su voz, y levanta la cabeza para mirar a Hearty fijamente—. *¿Por qué?* Porque odiamos al Segundo. Odiamos. Odiamos. Odiamos. Odiamos. Odiamos. Odiamos. Odiamos a los que están manchados con su sangre. Odiamos y despreciamos a quienes lo siguen. Deseamos alejarlos a todos de él y los queremos a todos en el Reino a donde él no puede llegar a ellos, donde ellos no pueden ir a Él. ¡Y te queremos a ti, sacerdote! Porque ya tenemos a Carl. Él es nuestro. Y no hay poder alguno que pueda acabar con nuestro poder sobre él. ¡Ningún poder. Ningún poder!

Carl cae sobre el sofá, los ojos saltones, el rostro y el cuerpo bañados en sudor.

Durante todo este tiempo, Hearty ha permanecido perfectamente estático. Aún tiene que maniobrar para obligar al espíritu al choque directo.

Ahora decide jugarse la carta del triunfo; se dirige a Carl directamente.

—Carl, en el nombre de Jesús quien te salvó y quien habrá de salvarte, te lo ordeno, escúchame.

El cuerpo de Carl comienza a enfriarse. Sus ayudantes lo dicen así a Hearty. Él sacude la cabeza y sigue adelante.

—¡Carl! Sabemos que estás prisionero. Lo sabemos. Pero hay una parte de ti que es libre y que jamás ha sido tocada. Háblanos. Comunícate con nosotros.

Hearty está jugando la carta de ese poder telepático en Carl que fue la que pidió su ayuda, y que quizá ahora trate de hacerse

oír por medio de alguna señal crítica de cooperación con el bien, de alguna señal de que esa voluntad profunda se ha vuelto contra el mal.

—Carl, jamás te lo dije durante los años en que estudié contigo; jamás te lo dije. Pero yo soy receptor. Puedo recibir. Puedes comunicarte conmigo ahora. Por favor. Necesitamos tu cooperación. Sólo un claro esfuerzo y todo habrá pasado. Por favor, Carl, ¡por favor!

Ahora el cuerpo de Carl está completamente quieto, la cabeza echada hacia atrás descansa en el sofá, los brazos y piernas sueltos, el cuerpo empapado en sudor. Hearty lo mira, espera, vaciando su propia mente, abrigando esperanzas y aguardando.

Luego el mensaje empieza a llegarle. Se cuela a pedacitos por entre "la pantalla" de Hearty, al principio en oleadas muy vagas, luego en un trazo más claro. Es una experiencia de emociones y de ideas emotivas, cada una trenzada con la otra. Invade la sique de Hearty, colándose en todos los recovecos y rincones de su ser consciente. Es distinto de cualquier mensaje que él hubiera podido imaginar. Está soportando los sentimientos y la desolación de las ideas que aquejan a alguien que ha sido exiliado a una tierra totalmente árida, donde no hay calor, no hay amor, no hay unión, ni hogar, ni risa, sólo ese girar automático de los seres controlados. Animales inmovilizados por luz cegadora o que caen a tropezones en el abismo propio donde su alarido jamás halla eco y del cual sus deseos jamás escapan hacia la realización.

Es el mensaje de Carl, su cuadro de lo que es esa prisión. Se enfrenta con el suicidio de aquellos que mueren negando que quieren seguir viviendo, o que jamás fueron obligados a vivir por el amor. Es un relato instantáneo de tristeza en vida y de total miseria en la muerte.

Carl ha logrado hacerlo. Traducido en palabras, lo que está diciendo a Hearty es:

"¡Míralo! Este es mi exilio del amor, mi esclavitud de un degradante siquismo, mi final caída en la soledad eterna del Infierno".

—Jesús puede salvarte, Carl —empieza Hearty—. Jesús . . .

Y no pasa de ahí. El "mensaje" cesa bruscamente. Hearty sacude la cabeza. Una palabra de advertencia del sacerdote que lo ayuda hace que fije los ojos en Carl. Éste ha abierto los suyos, y habla en un suave murmullo a los dos ayudantes que lo tienen

cogido por los brazos. Al parecer, les pide en voz normal que le permitan sentarse y "observar al padre". Los dos hombres dejan libres sus brazos.

—Su voz era tan natural —comentó posteriormente uno de los asistentes, lamentándose de lo sucedido.

Carl fija los ojos en Hearty, y una lenta sonrisa de regocijo se dibuja en su rostro. Hearty ya no es "opaco" para él. Por vez primera, puede leer la mente del sacerdote.

Mirando hacia atrás, hoy Hearty cree que la libertad mínima que Carl tuvo de aquella presión, y su comunicación telepática con su exorcista, cuando estaba todavía libre de la posesión, constituyeron una avenida ideal para lanzar un ataque directo contra éste.

Ahora Carl tenía que ser utilizado como médium para el Choque final. Ahora, Hearty no contaba con ningún aliado para luchar contra la Tortuga. Ha visto el propósito de la vida de Carl. Ahora lo sabe. Y se prepara para el enfrentamiento.

La primera cosa de que Hearty se percata, con terror, es de que su "censor" ha desaparecido: ya no puede, como antes, bloquear a voluntad cualquier mensaje procedente del exterior o cualquier percepción que del exterior pueda tenerse de su mente y su condición interior. Ahora, por vez primera en su vida, es un "receptor" involuntario. Esto es algo que no había previsto. Había supuesto que en tanto que su voluntad fuera libre, aquel lazo censor estaría a su disposición. Pero esta protección ha desaparecido. Está desnudo. Y cada parte del hombre interior que él es se ve invadida sucesivamente, cogida, contaminada. Una inteligencia malévola está examinando las entrañas mismas de su ser. Finalmente el ataque se acrecienta y lo invade. Hearty se ve lleno de disgusto y repugnancia que no puede controlar y empieza a hacer intentos por vomitar.

En el Choque de su voluntad con el espíritu del mal, se ve azotado con una ferocidad que jamás hubiera llegado a imaginar. Y esta tortura que sufre Hearty procede de él mismo: parece ser un espectador que contemplara su propio castigo. De acuerdo con lo que se oye en la cinta y con los relatos de sus ayudantes, esta crisis duró de tres a cinco minutos. Sin embargo, para el exorcista pareció una eternidad. Mirando en los ojos de Carl, ya no percibe su color, ni su forma, ni su expresión. Carl es en todos sentidos el médium del mal. Hearty se convierte en un

ente pasivo, en el "examinado". "Cesa de ver" y, durante todo ese tiempo, "sólo es visto".

La clave de este Choque es un "tomarlo o dejarlo". Desde el principio Hearty recibe sutilmente el mensaje de que, si se rinde, si renuncia en su oposición al espíritu del mal, todo marchará bien, el ataque cesará. Pero si no lo hace así, él mismo será destruido.

Ahora, en una dolorosa mirada de descubrimiento, él contempla sus debilidades puestas al desnudo: la ramplona lógica que aprendió en su adiestramiento filosófico, la forma tan confiada e ignorante en que se trataron los hechos de la teología, aquella autoindulgencia y ocasionales hipocresías de su piedad, el inútil orgullo de su sacerdocio... todo esto no es sino tonterías y escoria, un vaciadero de basuras humanas que se marchitan bajo el fuego de aquella mirada que mira dentro de él y que sondea hasta los más oscuros recovecos de su debilidad.

"Mientras aquello duró" —comenta Harry— "fue una posesión parcial de lo más brutal. En última instancia, lo único que quedaba libre era mi voluntad... e incluso ella..." —Hearty siempre deja inconcluso este concepto.

Aquella mirada escrutadora continúa como una mano sucia y maliciosa que manosea todas y cada una de sus facultades con absoluto desdén. Incluso su voluntad es manoseada y desprovista de todos aquellos motivos en los que siempre se ha fundado. Su voluntad es el último bastión. Y se mantiene. Pero ahora ve toda su aparente fortaleza arrancada de ella como otras tantas capas de cartón que cubrieran un tesoro interno: su fervor placentero por la belleza del ceremonial, su estimación por las gentes bondadosas, su compasión por los enfermos y los desamparados, el orgullo que le produce ser sacerdote y hombre, la satisfacción que deriva de su cultura galesa, su confianza en el consentimiento de padres, maestros, superiores, su obispo, el Papa, el consuelo de la oración y de la sumisión a la ley, todo ello es brutalmente arrancado y echado a un lado. Y sólo su ser volitivo queda por último intacto. Su alma como un ser dotado de voluntad está ahí desnuda de todos los apoyos y razones de toda una vida, escrutada por una mirada impasible e inmóvil, procedente de una inteligencia elevada, privada de todo amor e incapaz de amar.

"Pero todo esto no era sino como de paso", explica Hearty en el tono más o menos indiferente que suelen usar quienes han

sobrevivido terribles sufrimientos cuando describen tormentos que son indescriptibles. "El propósito de todo aquello era impedirme la libre elección".

La sola expresión exterior de su experiencia es percibida por sus ayudantes en la forma en que Hearty sostiene su crucifijo entre él y Carl: sus dos brazos están extendidos frente a él, los ojos al nivel de los brazos de la cruz, de manera que mira más allá de la cabeza y los brazos del crucificado. Al iniciarse su agonía, Hearty sostiene el crucifijo de cara hacia Carl. Al cabo de dos minutos más o menos, Hearty vuelve el crucifijo de manera que el rostro del crucificado lo mire a él mismo. Sólo podemos imaginar que entonces se inició la verdadera crisis. Duró apenas unos instantes, un momento eterno en el que él no tiene noción del tiempo, y su sufrimiento parece no acabar jamás.

Para quienes lo miran, mientras tanto, Carl no parece cambiar en lo más mínimo. Está sentado en el sofá, los ojos fijos en los de Hearty, el cuerpo inmóvil.

"Sus ojos eran como dos cuencas vacías", comentó uno de los asistentes. Y a muchos de ellos les recuerda las antiguas estatuas cuyos ojos sin alma, espejo de la antigüedad, se fijan en lo trivial de la vida con una mirada árida.

Hearty se ve reducido por aquella mirada a esforzarse por lograr la mera supervivencia, agarrándose con fiera decisión a su voluntad y a su resolución. Pero apenas empieza lo peor. Su mente, su imaginación y su memoria han quedado fuera de su propio dominio. Piensa, recuerda, imagina lo que los "otros" desean que piense, que recuerde y que imagine. Ahora se le trata en forma humillante. Ve su mundo como un globo salpicado de tierras y océanos, con ciudades, casas y gente, cubierto de vegetación y arena y animales, todo ello pendiente, en una atmósfera; y, "allá arriba", de una manera u otra, "Dios" o "Jesús" o "el Cielo", con pequeños y tenues lazos que corren hacia abajo hasta cada ser humano. Todo ello es bastante ridículo e infantil, algo despectivo, mera superstición... toda esta idea le es trasmitida como una broma cósmica que le fuera relatada entre las carcajadas de una inteligencia superior.

Y en ese sonido percibe que todo el significado de su vida se escapa en una nada burlona. Todo lo que ambicionó ser, todo lo que llegó a ser, los valores que han regido su vida, todo ello resulta ahora feo, inútil, una comedia de ilusiones.

"Jamás fui nada, jamás llegué a nada, jamás signifiqué nada" Así martillea la mente de Hearty.

Y lo que ahora parece ser la médula de esa visión infantil es la manera en que siempre vio la Tierra como una colección de cosas, de pequeños objetos separados y dispares, hombres, animales, plantas, piedras. "¡Erróneo! Erróneo! ¡Erróneo!" Es el eco que se repite una y otra vez en su mente. "Erróneo e infantil desde el principio". La tristeza y la mortificación de su debilidad e infantilismo son ya casi más de lo que puede soportar, cuando esa visión es borrada y se le presenta una nueva serie de imágenes rodeada de una aura que no es de ridículo, sino de aprobación y aplauso. El aura de la mentira.

Nuevamente es el globo, junto con todos los objetos que contiene: hombres, mujeres, animales, plantas, ciudades, océanos. Pero ahora todo existe en un sistema organizado. Todo está entrelazado. En realidad no existe diferencia alguna entre una cosa y el resto. Desde la mitocondria en las células que convierten el oxígeno en energía hasta las más vastas dimensiones de tierra, los más complicados sistemas de las sociedades vivientes. Todo ello se le muestra. Y todo, tierra, océanos, animales, humanos, plantas, son un único organismo viviente cubierto por la corteza de atmósfera respirable. Las fuerzas síquicas lo ligan todo, como una sangre etérea que corriera por las venas de algún gigante inimaginado. Es algo que tiene el poder de creación, el poder de protegerse a sí mismo, el poder de desarrollarse. Un ser único. La Tierra como madre, como vientre, como Dios, como tumba, como una unidad total protegida por su propia corteza y su propia fuerza, como todo lo que hay ahí.

Ahora, una y otra vez, los trozos de aquel globo giran y toman la forma de un caracol o de una tortuga cubierta por su propia y protectora concha. Esta visión llena la mente de Hearty de satisfacción intelectual y viste su imaginación con imágenes de armonía, libertad, verdad.

Su memoria no tiene absolutamente ninguna función. Él vive sólo el momento presente, y no puede anticipar futuro alguno. Eso es irresistible para todos sus poderes... excepto su acosada voluntad. Desnuda y, por así decirlo, solitaria en la sombra de su propio insatisfecho deseo, su ser volitivo se mantiene alejado, meditabundo, dudoso, cambiante, pero alejado, sin comprometerse aún.

Sólo un elemento de esa visión de la vida humana le impide abrazarla. Es su carácter carente de amor. Hay algo dentro de él que grita constantemente "Necesito amor. No me conformaré con nada menos". Y en el centro mismo de su libre albedrío, Hearty se mantiene y se sostiene, rechazando el ultimátum, el "tomarlo o dejarlo" que se le ha arrojado.

Pero casi inmediatamente una fuerza física empieza a ceder en él bajo una serie de dolores agudos que apuñalan los músculos de sus brazos y piernas. La tensión es insoportable. Sus dedos empiezan a aflojarse y a soltar el crucifijo. Ya no lo tiene rígidamente derecho, ni con el crucificado de frente a él. Ondula y se mece un poco a la izquierda, un poco a la derecha. La luz se refleja en la cabeza de metal del crucifijo y del pequeño anuncio clavado encima de él con las letras INRI ("Jesús de Nazaret, Rey de los Judíos"). En el mundo de Hearty en ese preciso instante, nada ocurre por accidente. Ese brillo aparentemente casual del metal despierta en él un profundo instinto. Empieza a decir, primero en su interior, luego en voz audible:

—¡Jesús... Jesús... Jesús... Jesús... Jesús... Jesús!

Cuando sus palabras se hacen audibles, ya ha pasado lo peor. Una fuerza invade su mente y su imaginación, convirtiendo en nada toda aquella fábrica de creencias carentes de amor que le fuera incrustada en la mente como garantía de paz. Hearty siente por un instante un dolor aplastante dentro de su ser: en su éxito ha tenido que sacrificar algo —aún no sabe qué—, algún interno gozo de ser humano, algún deseo o inclinación personal, quizá la complacencia en la gracia y simetría humanas, alguna felicidad que de otra manera hubiera podido gozar legítimamente en el curso de su humana existencia. Alguna fibra muy profunda de su voluntad ha sido gastada.

El cambio de la concentración de Hearty que de sí mismo pasó a Carl es instantáneo y "asesino" —según sus propias palabras— en su intención. Ahora desea asesinar a aquello que tiene sujeto a Carl. Los ayudantes ven que alza la cabeza y que sus ojos arden con el fuego de la ira y de la terquedad.

"A decir verdad, por un instante creí que se había vuelto loco", dice con franqueza el sacerdote que le servía de ayudante.

Aún en la cinta, las primeras palabras de Hearty después del Choque tienen un tono de furia.

—¡Asesino! ¡Ahora serás asesinado! ¡Ahora es tu turno!

Carl cae de espaldas en el sofá. Los asistentes lo sostienen, pero la lucha de Carl ya no es física. En una voz débil y patética, sólo dice:

—Opaco... opaco... opaco...

—¡Espíritu malvado! —continúa Hearty—, te marcharás del interior de esta criatura, de Carl. Cesarás de poseer su alma y su cuerpo. En el nombre de Jesús, lo harás. ¡Ahora mismo!

Luego se vuelve a Carl y le dice:

—Carl, deberás pagar el precio. Pero Jesús está contigo. Y en la medida en que no estés bajo el dominio del mal, renunciarás paso a paso a cada uno de aquellos males en que antes consentiste. A todos y cada uno de ellos.

Carl tiembla aterrado. Ha empezado a sudar. No dice palabra alguna.

—¡La visión, Carl! La verás de nuevo. ¡La verás!

Los ojos de Carl están fijos ahora en los de Hearty. El temor y la aversión los hacen saltones.

—¡La verás. Y la rechazarás!

—¡N-n-n-n-n-n-n-n-o! —tartamudeaba Carl repentinamente— No. ¡Por favor! No...

Las palabras en la cinta grabada se arrastran al grado de la incoherencia.

—Renuncia a ella Carl —dice Hearty con voz perentoria—, incluso aunque no puedas expresarlo en palabras.

Carl empieza a balbucear y a quejarse, y luego se detiene. De su boca escurre una baba espumosa.

Hearty prosigue inmisericorde.

—¡Carl! ¡Tus poderes síquicos! ¡Renuncia a ellos, Carl, en tanto que son producto de la influencia del Maligno! ¡En el nombre de Jesús, Carl! ¡Renuncia a ellos, Carl!

Carl ya no está mirando a Hearty. Ha vuelto la cabeza a un lado y tiene la vista clavada en la pared, en el extremo izquierdo.

—Vuélvanle la cabeza hacia acá —la orden de Hearty es concisa. Los ayudantes lo hacen así. La cabeza de Carl arde y está bañada en sudor.

—¡Ahora, Carl, la renuncia final! ¡Mira a la Tortuga, Carl! —Los ayudantes sienten, a partir de ese momento, que están escuchando la descripción de una escena invisible. Al parecer, sólo Hearty y Carl pueden percibirla; ambos miran hacia la pared de la habitación—. ¡Mira al Maligno, Carl! La Tortuga, tu todo,

tu amigo, tu amo, tu demonio, tu muerte, ese Maligno está a punto de ser destruido, para tu bien, por Jesús.

Hearty se detiene. Los otros lo ven volver la cabeza, como si escuchase alguna instrucción; y ven una ola de nueva luz brillar en sus ojos. Luego mira firmemente a Carl.

—¡Verás al Maligno tal como realmente es, Carl!

Hearty se detiene abruptamente, como si hubiese sido interrumpido. Luego:

—¡No! No en el nombre de alguien, de cualquiera que simplemente vive y muere.

Otra pausa. Luego:

—Sólo en nombre de quien vive y muere y vive de nuevo. ¡Sólo en su nombre, Carl!

Ahora, los ojos de Carl están llenos de una escena que sólo él puede ver. No tiene la mirada puesta en Hearty. Y aun cuando Hearty mira directamente a Carl, es obvio que está viendo algo más que Carl mismo. Los ayudantes sólo pueden tratar de adivinar la identidad de ese algo, pero están tan seguros como el público que se sienta en un teatro, de que Carl y Hearty están viendo algo que ellos no pueden ver.

En cierto momento, Hearty se acerca al sofá. Y habla en tono bajo, confiado. Está orando.

—Señor Jesucristo, que dijiste "Yo y el Padre somos uno", actúa ahora para purificar a Carl, tu siervo, y salvarlo del Pozo, y a todos aquellos que caen en él para una muerte eterna.

La actitud de Carl ha cambiado. Ahora empieza a relajarse. De su rostro empieza a desaparecer la tensión. Una débil sonrisa de reconocimiento se dibuja en sus labios y en sus ojos. Hearty se inclina más hacia Carl y le murmura al oído:

—¡Carl, Carl! Mírame, si puedes.

Una pequeña espera. Luego Carl vuelve la cabeza y mira a Hearty. Sus ojos son cálidos. Y aun cuando están inyectados en sangre y cansados, tras ellos Hearty puede leer en la mirada de Carl la simpatía que le profesa.

—Carl, vas a repetir conmigo palabra por palabra, tanto y tan rápidamente como puedas. Pon todo tu corazón en ellas. Es la ayuda última antes de la lucha final.

Carl lo mira fijamente. Hearty habla con rapidez, deteniéndose después de cada frase con el propósito de que Carl pueda repetirla:

—Señor Jesús, si he de morir, déjame morir. Pero si vivo, será gracias a tu voluntad. Y mientras tenga vida, permíteme estar en tu presencia, tan completamente que, a pesar de mis pecados y de Satanás, cuando muera, pase simplemente de tu presencia a tu presencia. Amén.

Carl repite cada palabra. Pero cuando llega al "Amén" sus ojos se han empezado a nublar. Su rostro se está endureciendo. Su cabeza cae de nuevo sobre el sofá.

—Sosténganle la cabeza —dice Hearty a los hombres que le ayudan.

Se endereza y toma su lugar al pie del sofá, sosteniendo el crucifijo frente a sí. Es la última etapa del exorcismo.

Aún hoy, Hearty se muestra renuente a entrar en detalles acerca de lo que Carl y él vieron en ese momento. De las cintas se desprende claramente que se trataba de alguna visión de la Tortuga, pero no como estaba representada en el medallón de mosaico de Aquileia, ni simplemente como el animal cuyo nombre se apropió aquel demonio. Hearty dio la más cercana medida que yo he podido obtener del carácter de aquello que ambos vieron cuando comentó que sólo porque parte de la humana alegría se había endurecido en él, le había sido posible ver a la Tortuga y, para repetir sus palabras, "no sufrir un ataque cerebral o un ataque cardiaco o quedar impedido para siempre".

Al parecer, fue una visión de la Tortuga como una masa de sufrimiento y castigo, iluminada y brillante de odio y de maligno desprecio. Era la Tortuga como un ángel que había sido condenado a la pena eterna por el Amor mismo y que sólo crecía en su odio al amor a medida que incrementaba su pena, con lo infinito de la eternidad.

"La condenación sin forma alguna de alivio", comentó Hearty en una de nuestras conversaciones.

Hearty vio a la Tortuga como un enemigo amenazador, pero ahora Carl veía a la Tortuga, su amo, quien lo tenía en su presente condición de condenación y miseria.

Después de una breve espera, Hearty habla con evidente premura.

—Esta es la Tortuga, Carl, tu amigo y señor. Este es el mundo que nuestro enemigo quisiera hacernos aceptar —se detiene y espera.

Ahora Carl ya no quita los ojos de Hearty.

—Encerrada y cubierta dentro de su dura concha, Carl. Aprisionada en el Infierno. Es la misma. Sólo que... —Carl lo interrumpe con un sonido ahogado. Hearty prosigue—. Sólo que multiplicando su propia forma en una sucesión sin fin, en una sucesión que mata las almas, tan trivial como una hilera de tumbas, Carl.

Carl empieza a temblar de nuevo. Hearty tranquiliza a sus ayudantes con una mirada, y luego prosigue:

—Este es nuestro enemigo, Carl. El que te posee y te ha fascinado y desea que mueras la muerte del Pozo.

Si Carl está escuchando y captando el significado de todo ello, por lo menos no parece intranquilo ni temeroso. Sus ojos están llenos del antiguo fuego. En su rostro hay una expresión que recuerda a Hearty aquella "torcedura" o posición oblicua que Carl solía adquirir durante sus trances en sus días de gloria como síquico.

La voz de Hearty adquiere un tono muy especial.

—Todo es un engaño, Carl. Y todo ello está a punto de ser destruido.

Hearty es interrumpido por un sonido que lo sacude gravemente. Carl ha empezado a llorar, a sollozar. En ese momento, según recuerda Hearty, "Me sentí como la persona más cruel y brutal que haya existido jamás. Estaba yo hiriendo a un pequeñín, según me pareció en aquel momento".

Pero se obligó a seguir adelante.

—Tiene que ser destruido, Carl. Y también tu aura del No Yo, y tu no materialidad, tus voces, tus visiones, todo será arrojado al Pozo del Olvido con esa Tortuga.

Carl empieza a luchar contra las manos que lo sujetan.

Hearty rechina los dientes en un último esfuerzo. Hace ya 21 horas que está de pie. Sus piernas están cansadas. Siente fuertes dolores en la espalda. Le duele el pecho. Sus brazos y dedos también están adoloridos de sostener el crucifijo. Está ronco. Y la jaqueca le parte la cabeza en dos. Dentro de él, aquella extraña y profunda herida de su alma sangra. Todo su dolor físico es apenas el mero acompañamiento, el telón de fondo de aquella agonía interna tan aguda y presente e íntima. Tardará mucho tiempo en recuperarse de esa herida.

Carl trata de sentarse, de extender los brazos.

¡Nada puede salvarte, Espíritu Malvado! ¡Y nada puede protegerte contra el poder de Jesús! Así como tú tomaste la forma de la tortuga para engañar a esta criatura de Dios, así pues, como Tortuga parte y vuelve a caer allí a donde perteneces, con tu aura del No Yo, con tus engaños, con tus mentiras, con tu muerte.

Hearty hace la señal de la cruz lenta y deliberadamente sobre Carl, en tres ocasiones.

—Húndete en el lodo primordial de tu castigo, allí donde Dios te arrojó después de tu rebelión. Disuélvete en el lodo y las aguas, y el aire y el fuego de ese infierno del que Jesús salvó a Carl y a toda la raza humana. ¡Márchate! —Hearty se detiene. Luego, con un fuerte grito—. ¡Márchate! ¡Espíritu Inmundo! ¡En el nombre de Jesús, márchate! ¡Márchate!

—¡NO TE VAYAS! —grita Carl—. ¡No me dejes ahora! ¡No puedo vivir sin ti! ¡No te vayas! ¡Por favor! ¡Mi amigo! ¡Mi maestro!

La voz de Hearty interrumpe abruptamente.

—¡Míralo! ¡Mira esta silla!

Carl se vuelve, torciendo la cabeza. Luego empieza a quejarse: la silla que ve no tiene aura. Ha desaparecido el brillo del No Yo. La silla está ahí. Eso es todo. Está ahí y nada más. En toda su mismidad. Una cosa simple. Simplemente, una silla. Frenético mira alrededor de la habitación. Tal como la ve ahora, todas las luces han desaparecido. Cosas. Cosas. Cosas. Cosas entre más cosas. Un techo amarillento. El papel de la pared, de un rosa desteñido La puerta de roble, el antepecho de la ventana, el piso de parquet. La mesa con sus candeleros y el crucifijo. Los cuerpos de los ayudantes y de Hearty. Seis toscos bultos. Pedazos de carne que están ahí de pie en un mundo oscurecido de cosas bastas.

Carl grita y grita hasta que la oscuridad y la inconsciencia se apoderan de él.

Cuando obligó a Carl a mirar los objetos que lo rodeaban —sillas, ventanas, piso, gente— Hearty sabía ya que había vencido a la Tortuga. Y al igual que con toda crisis que ha llevado implícita una amenaza de muerte, había habido al final de ésta la abrupta sensación de "liberación" de una opresión ahogadora; fue ese mismo repentino alivio que el padre Gerald y sus ayudantes describieron cuando el Desvirgador de Muchachas fue

derrotado y Richard/Rita quedó libre. Algo semejante al sentimiento tan frecuentemente recordado por quienes vivían en Londres, la mañana en que aguardaban la última ola del ataque que habría de destrozar la ciudad por completo. En las semanas anteriores, la chillante lluvia de bombas había provocado destrucción, muerte, mutilación y desamparo sin fin. Pero en aquella mañana en que se esperaba la llegada de aquel horror, el cielo al oriente estaba vacío, tranquilo. Fue como si se levantara aquel temor. Se escuchaba el sonido del silencio. Todo había pasado. Se habían defendido y perseverado y sobrevivido. Y lo sabían.

Y Hearty lo sabía.

Y cuando obligó a Carl a verlo, los demás temores acerca de Carl se vieron justificados ampliamente. Cuando Carl empezó a gritar, al mostrarle Hearty las cosas que había en la habitación, este sabía que, junto con la Tortuga, desaparecerían los elementos más espectaculares que habían aureolado las auténticas capacidades síquicas de Carl. Había desaparecido el aura del "No Yo" tal como Hearty sabía que ocurriría.

Y con ello, Hearty estaba seguro, habían desaparecido también todos aquellos elementos que la Tortuga —obligada a ello por la implacable insistencia de Hearty durante la Confrontación— había reconocido que eran obra suya: los viajes astrales, la ubicuidad y demás fenómenos extraordinarios. Sólo quedaban los modestos talentos que Carl poseyera desde su tierna infancia, y que aún posee.

Tan desesperado era el miedo que Carl tenía de verse privado de aquellos privilegios y de toda aquella estructura de su vida construida alrededor de ellos, que gritó de dolor ante la desaparición del más puro de los males. Gritaba de horror al ver que todo aquello que, según él se convenciera, era "normal" lo dejaba para siempre. Volvió a ver únicamente lo que todos ven. Y en ese momento Carl sabía, allá en el fondo de su corazón y de su alma, que todas las advertencias que Hearty le hiciera habían sido exactas. Antes del exorcismo había escuchado aquellas advertencias con una mente fría e indiferente, porque con su voluntad había elegido seguir los secretos fascinantes que la Tortuga le ofreciera compartir con él.

Ahora, expulsada la Tortuga y expuesta su verdadera identidad, identidad que él había admitido, se apoderó de Carl un temeroso desencanto que corrió por él con la velocidad de un

choque eléctrico, quemando y torciendo sus ideas y recuerdos. Este era el choque que Hearty había tratado de advertirle que sufriría, un choque del que no estaba seguro que Carl pudiera sobrevivir con cordura, que incluso podría costarle la vida.

El doctor que estuviera presente en el exorcismo siguió ocupándose del caso de Carl. Éste permaneció inconsciente por varias horas. Cuando recuperó la conciencia, estaba incapacitado para hablar. Simplemente reaccionaba a los estímulos, y parecía completamente alejado de lo que lo rodeaba. No daba muestras de reconocer a nadie. Pero tampoco había traza alguna de violencia.

Carl fue trasladado a una clínica privada, donde permaneció sólo once meses. Al principio no era capaz de cuidar para nada de sí mismo. Permaneció todo el tiempo en la cama, inmóvil, y al parecer indiferente a todo. Pero poco a poco fue recuperando la conciencia de lo que lo rodeaba. No obstante, incluso con ese retorno de la conciencia, pronto se hizo evidente que si no había perdido la memoria, por lo menos ésta era nebulosa e incompleta.

Durante los primeros meses de su convalecencia, Hearty pasó muchas horas sentado al lado de la cama de Carl. En ocasiones le leía sueltos de los periódicos, o algún capítulo de un libro acerca de los sucesos actuales, o bien, oraciones de su breviario. En otras ocasiones, Hearty le hablaba, como si el enfermo lo escuchara y comprendiera todas sus palabras, aunque durante bastante tiempo no hubo la menor señal de respuesta por parte de Carl.

Y durante todo este tiempo, mientras leía o hablaba con Carl, sentado al lado de su cama, Hearty buscaba síquicamente alguna vibración en el enfermo, alguna pequeña abertura en aquella congelada inmovilidad que ahora envolvía su espíritu, algún movimiento de salida de aquella mortal pasividad que él "sentía" tenía cautivo a Carl ahora que se había liberado de la Tortuga. Y cada vez que lo dejaba, Hearty llevaba clavado en él un recuerdo que lo perseguía durante todas sus horas: aquel rostro estático, demacrado, aquella mirada fija de Carl.

Cierta tarde, al final de una breve visita, cuando abrió la puerta de la habitación para marcharse, Hearty se volvió para hacer un gesto de despedida al hombre que dejaba cada día inerte, impasible, echado en la cama. Pero lo que ahora vio lo

dejó clavado en el umbral. Carl había vuelto la cabeza, y le correspondía la mirada. Sus ojos brillaban con significado, con reconocimiento, con intención.

Hearty permaneció todavía clavado ahí por unos silenciosos segundo, recibiendo el primer débil pero inconfundible indicio de que Carl se aliviaría. A partir de ese día, celebró la misa en la habitación del enfermo cada dos o tres días. Poco a poco recuperó Carl el habla y el movimiento. Trascurrieron algunas semanas antes de que pudiera recibir la Sagrada Comunión. Y más tiempo aún antes de que pudiera aventurarse a la luz del sol.

Hoy, Carl está sano, pero tan cambiado en su apariencia y tan frágil, que nadie que lo haya visto en aquel asoleado camino rumbo a Aquileia podría reconocerlo fácilmente como el mismo hombre.

"Quiero decirles la verdad tal como ahora la veo —escribió Carl* más tarde a sus antiguos discípulos y colegas—. Las instrucciones personales que les diera acerca de su vida estaban equivocadas.

"Durante toda mi infancia y juventud, tuve cierta afinidad con Dios. Especialmente después de mi primera visión.

"Estoy cierto de que Dios estaba ahí. En alguna parte. Pero luego llegaron Princeton. Stanford. Tubingen. Cambridge. Londres. Después de aquello, mi condición de maestro y el florecimiento de los dones que poseía. Me confundí. De alguna manera, perdí a Dios. Al mismo tiempo, deseaba ayudar. Ayudar de verdad. Servir. A mi alrededor, podía ver flotantes imágenes neón de dolor, de putrefacción, de enfermedad, de corrupción y carencia. Veía personas extrañas a las que nada les importaba. Por favor, decía yo, interésense por algo. Tomaban en vano el nombre de Dios. Como yo lo hacía. Eran brillantes y frías y duras como hieleras. Les gustaba el mal gratuito y la inocencia adornada.

"Y firmé un contrato moral para cambiar todo aquello. Era yo joven, ansioso. Estaba decidido a triunfar. Podrían decir ustedes que estaba yo tenso. Iba a ser un buen sicólogo, un ser-

* Esta carta fue resumida aquí de la versión original. Se omitieron algunas de las largas discusiones técnicas con sus estudiantes y amigos, así como referencias personales que solo entonces interesaban. En todos los demás aspectos el resumen es completo y mantiene el significado e intención de toda la versión.

vidor consciente, comprensivo y honrado de la humanidad. Servidor. No esclavo. Y luego decidí ser un buen parasicólogo. Y luego un maestro completo.

"Tanteaba, incluso oraba, buscaba, jamás aceptaba no por respuesta. Y entonces encontré a ese lírico embustero, el Diablo.

"Desde luego, yo sabía con quién estaba tratando; primero que nada, el Diablo no era ese Diablo del que se habla en las Iglesias. En el universo no había campo para el principio del Mal. No en aquella época de mi vida. Y, pensaba yo, el compromiso y contrato sería temporal. Desde luego, no podía serlo. Pero cuando el orgullo se apodera de nuestra mente y de nuestro corazón, no podemos ver nada con claridad.

"Solemnemente y por mi propia y libre voluntad, deseo ahora reconocer que, a sabiendas y libremente, me dejé poseer por un mal espíritu. Y, aunque ese espíritu se presentó ante mí so pretexto de salvarme, de perfeccionarme, de ayudarme a ayudar a otros, yo supe en todo momento que era malo.

"Después de mis conversaciones con el padre F. [Hearty], puse todo aquello intelectualmente en perspectiva. Y he de reconocer que mi liberación, o para hablar correctamente, mi deseo de querer ser libre (porque no se me permitió ningún simple deseo de libertad) es obra de todo lo que el padre F. llama la gracia de Dios y la salvación por Jesús.

"Jamás poseí el poder del viaje astral, sólo la ilusión de él. Nunca logré el privilegio de un doble... si ello puede considerarse un privilegio. Jamás tuve éxito con la ubicuidad, aquello jamás fue un verdadero hecho. Yo, por mí mismo, no podía ver las cosas que ocurrían a cientos de kilómetros de distancia, ni leer el futuro, ni ver el pasado, ni escrutar con minucioso detalle las mentes ajenas. Podía dar la apariencia de todo ello porque alguien más que podía verlo a gran distancia, que podía ver el futuro, que tenía un detallado conocimiento del pasado y que podía escrutar las mentes ajenas me servía de apuntador. Y toda idea de la reencarnación por la que haya yo abogado, fue un intento de engaño. Nunca fui adivino. Sólo un farsante.

"Y jamás tuve el deseo de verme libre de aquella posesión hasta el día en que el Padre F. me explicó mi error básico acerca de la conciencia y del espíritu.

"Mi error central, que fue tanto intelectual como moral en su carácter, se refería a la naturaleza de la conciencia humana

ordinaria. Como muchos antes que yo y muchos otros hoy día, encontré que mediante un rígido y experto adiestramiento podía lograr un fascinante estado de conciencia: la total ausencia de cualquier materia determinada (en mi conciencia). Descubrí que podía lograr una permanencia en este plano de la conciencia. Por último, se convirtió en un constante ambiente dentro de mí, durante mis horas de vigilia, no importa lo que yo estuviera haciendo. Me parecía ser algo puro y, por tanto, libre de pecado, y algo no diferenciado y, por tanto, universal, simple y, por tanto, carente de partes... y por ello incorruptible e inmutable, y, por tanto, eterno.

"Mi error empezó cuando tomé esta condición sicobiológica de la vida como la vida del *espíritu*. Conciencia significa básicamente conocimiento, el estar alerta. Y esta condición de alerta puede ser medida por ciertos datos sicológicos. Puede describirse fenomenalmente, porque es un fenómeno.

"Si no fuera por un error adicional, ese error inicial, creo yo, hubiera podido ser corregido por el paso del tiempo... simplemente porque en última instancia el imperativo científico se hubiera impuesto y nos hubiera obligado a mirar los hechos cara a cara.

"Con el paso del tiempo, comencé a experimentar un nuevo estado de conciencia. Es difícil describirlo con palabras. Antes de aquello, me encontraba yo en una condición que era una especie de suspensión de mi estado consciente. Tenía yo conciencia de que estaba consciente. Cierto día, me percaté a través de la facultad que tengo, de una facultad que no he podido identificar, de que había otra actividad desarrollándose y que era tan refinada y sutil que, si bien yo me daba cuenta hasta cierto punto de ella, no sabía nada absolutamente acerca de ella: qué era, dónde se realizaba, qué lograba, si tenía principio y fin, o si siempre había existido, si, por tanto, existía continuamente y si seguiría existiendo... estuviera yo consciente de ella o no.

"Estaba más allá de mi capacidad de percepción. Era totalmente trascendente. A decir verdad, tal era su marca; y fue así como me percaté de su diferenciación de mis otros niveles de conciencia. Estos, por sutiles que fueran, estaban sujetos en última instancia a mis sentidos. Al menos a la representación en imágenes derivadas de mi vida sensorial. Pero este nuevo estado de conciencia no estaba sujeto.

"Y sin embargo yo decidí que aquello era suficiente indicio para mí. Tomé esto como el estado *absolutamente espiritual* de mi ser. Di por sentado que, religiosamente hablando, yo estaba más allá de la noche oscura del alma descrita por Juan de la Cruz y que había llegado a algo que los místicos orientales llamaran por nombres diversos como son *satori* y *samadhi*. El hecho de que, al menos después, cuando reflexionaba y reconsideraba aquello, pudiera yo medir y cuantificar este estado de conciencia jamás tocó cuerda alguna de advertencia en mí. Y aquello era bastante insensato de mi parte. Lo que me confirmó en mi error fue que me rehusé a tomar en cuenta el hecho de que este estado iba completamente contra toda religión histórica... y que no tenía oportunidad de enlazarse con la religión histórica. En otras palabras, era puro subjetivismo. Y a partir de entonces, abrí las puertas a cualquier influencia y a cualquier distorsión. Lo que se coló a través de ellas fue el Espíritu Maligno. La Tortuga.

"Efectivamente, llegué a una parte de la verdad acerca del espíritu... la parte inferior, la parte negativa. Pero en el flujo de la vida espiritual, esa era la única parte descubierta. Y necesariamente atacó lo humano que había en mí. Porque no es que yo sea parte animal, y parte humano. No soy un animal humano. Soy un espíritu humano. Somos del espíritu en su existencia fluida, no estática, no cuantificable. Y, en cuestiones del espíritu, inferior y superior, malo y bueno, tales son los términos que se refieren a su aproximación o a su distancia de la fuente y suma de todo espíritu.

"He sido sujeto de las más audaces ilusiones: que el espíritu era un quántum estático de dimensiones más o menos determinables; que las autoridades cristianas habían oscurecido la verdad acerca del espíritu; y que sólo por medio de la parasicología y de los dones preternaturales podíamos llegar a la verdad.

"Y la verdad es que en todo momento, a pesar de mi triunfal carrera hasta el momento de Aquileia, desde el instante de la posesión me vi presa de un dolor que me era imposible sacudirme. De una tristeza profunda y saturada. Buscaba la alegría en todas partes y vivía bajo una luna invernal que convirtió en un mísero esqueleto todos mis días.

"Mi consejo a todos aquellos que se dedican al estudio y práctica de la parasicología es simple, pero de vital importancia:

que no confundan los efectos con las causas, ni los sistemas con lo que mantiene los sistemas. Que no crean que una fotografía de los puntos o auras de Kirlian es una fotografía del espíritu, que no acepten las hazañas de los médiums espiritistas como resultados del espíritu de Dios. Pero, por otra parte, que no se metan con los fenómenos parasicológicos ni traten con ellos como si pudieran hacer esto sin que, en última instancia, el espíritu quede indemne. Y, dependiendo de lo que hagan, ese hecho habrá de actuar en detrimento de ustedes o en su beneficio...

Manual de posesión

El bien, el mal y la mente moderna

El efecto más seguro de la posesión en un individuo —el efecto más obvio y notable común a todos los posesos, ya sea que se observe dentro o fuera del exorcismo— es la gran pérdida de calidad humana, de *humanidad*.

Cosa curiosa, la dificultad de hablar hoy día acerca de posesión y de describir su progreso y efectos en las personas atacadas no deriva de los acontecimientos sobrenaturales, extraños o "inimaginables" que pueden acompañar la posesión.

Antes bien, dicha dificultad deriva de la insistencia de quienes últimamente se encargan de formar la opinión pública en que la visión religiosa del bien y el mal está pasada de moda; que la personalidad de cada hombre, mujer y niño existe sólo como una sección transversal de tendencias y atributos únicos que se revela mejor en las notas alcanzadas en las pruebas sicológicas; que los modelos más verdaderos y puros de nuestro comportamiento proceden de los "animales inferiores" y del "hombre natural": una invención mítica que jamás ha existido y que no podemos imaginar.

Y esta dificultad se ve acrecentada por factores adicionales. Hay una creciente insistencia en que la religión y toda forma de veneración e ideales basados ampliamente en la moralidad cristiana deberían ser erradicados de las instituciones públicas, sostenidas por los contribuyentes... y en que esto es "objetivo" y "democrático". En los entrenamientos destinados a la mayoría (películas, televisión, novelas, teatro) no hay figuras principales ni

concepto del bien y del mal y de lo que está bien y lo que está mal. Se nos muestra la vida humana como algo que alterna entre una negra desesperación y una lucha desesperada con fuerzas triviales, contra las cuales nuestros únicos aliados somos nosotros mismos y nuestros propios recursos.

Pero el punto de vista cristiano sigue siendo el punto de vista de la mayoría. Sigue garantizando que somos, todos y cada uno de nosotros, personas totales, no bultos de reacciones separadas que deben estudiarse en secciones transversales y ser empujados hasta los límites externos de nuestra tolerancia en un mundo que anda patas arriba.

La médula del concepto cristiano del individuo, sea hombre o mujer, es nuestra humanidad —nuestra esencia y valor como personas separadas y completas— es atesorada y protegida por el espíritu de Jesús. De hecho, es con miras a restablecer esa humanidad y su integridad que el exorcista se presenta a sí mismo por su libre elección y en el nombre y con la fuerza de Jesús. Se convierte en un rehén —así como Jesús se ofreció como rehén por todos y cada uno de nosotros— en la batalla por la humanidad de una persona. Y ganará esa batalla sólo por la fuerza de su fe en Jesús y con la fibra de su voluntad personal vinculada a la salvación ganada por Jesús.

El sentido común y la creencia popular han hecho siempre una distinción entre *ser humano* y *humanidad*. Encontramos un consenso universal acerca de la apariencia general y la capacidad funcional que señalan al ser humano. Una cierta forma física derivada de otro ser humano con la misma forma general. Ciertas funciones normales: comer, dormir, andar, hablar, reír, pensar, querer, morir. Ciertas capacidades: aprender, crecer, inventar, planear, simpatizar, y así por el estilo. Quizá algunos de estos rasgos estén ausentes o bien en estado bastante reducido. Pero cierto número de ellos nos permite describir como humano a quien lo posee.

Y como se deduce claramente de algunos de los casos relatados en este libro, y de muchos otros conocidos, las personas posesas pueden, y de hecho lo hacen —cuando menos parte del tiempo—, funcionar de manera razonablemente eficiente como seres humanos, en su trabajo y en la sociedad en general. Hoy en día, mientras más perfecta la posesión, menos probable es que se presenten disturbios en el funcionamiento de la persona en su nivel

de ser humano. Jay Beedem, a quien el padre Mark pareció descubrir como un perfecto poseso, era un modelo de la más fría eficiencia.

Pero entre esa condición del ser humano y lo que, a falta de un término más adecuado, llamamos humanidad o calidad humana, siempre establecemos alguna distinción.

En la categoría de humanidad incluimos cualidades que se adhieren al ser interior y que están interconectadas con una forma apreciable de vivir y de actuar. Dichas cualidades, tomadas en conjunto, confieren una aura comúnmente perceptible, un cierto adorno, una configuración de gracia y de valor a toda la persona. La calidad de humanidad alcanza un grado notable de plenitud en algunos de nosotros; cuando lo hace, parece dar un halo tonal y rielante a nuestra comunicación con quienes nos rodean, y otros sienten en esa persona un temperamento que responde ansioso a valores frágiles pero íntimamente preciosos.

La calidad humana es una gracia, no necesariamente bella, pero jamás fea. No necesariamente santa —en el sentido religioso de la palabra— pero jamás obscena. No necesariamente pulida y refinada por la "cultura superior", pero siempre dueña de un refinamiento propio; no necesariamente dominante ni predominante ni dominadora, pero en sí indómita. Hace de su poseedor un ser humano relacionado, amable para algunos, vivo para otros, y, sin embargo, con una soberanía personal; se ama a sí mismo, pero el egoísmo vil no lo ciega a las virtudes de los demás; ama a los otros, pero no hay un odio de sí mismo que lo obligue a empeñarse o a convertirse en juguete de los demás.

Siempre vemos la calidad humana como una cualidad variable. En ocasiones pensamos que no todos la poseen. Hay quienes parecen poseerla en muy pequeña medida. Todos aquellos que la poseen, lo hacen en grados variados, y jamás de manera constante, y en ocasiones parecen estar privados de ella por completo. Y, en nosotros mismos, incluso cuando uno hace "lo mejor que se puede" y nos consolamos diciéndonos que "dadas las circunstancias no podíamos haberlo hecho mejor", estamos perfectamente conscientes de cuánto mejor, cuánto más perfectibles somos, cuánto más perfectamente hubiéramos podido actuar.

Para el Cristianismo, la fuente de esa calidad humana de las personas, pasadas, presentes y futuras, es Jesús de Nazaret.

Todas las formas de posesión, desde la parcial hasta la perfecta, se consideran obviamente como un ataque lanzado simultáneamente contra Jesús, fuente de la calidad humana, y contra la calidad humana de la persona, sea hombre o mujer. El proceso de la posesión de un individuo consiste en una erosión de la calidad humana que Jesús confiere.

Entonces, para explicar cómo se desarrolla la posesión, conviene responder varias interrogantes. ¿Qué es el Espíritu del Mal, en relación con Jesús y en relación con todos nosotros? ¿En qué consiste la calidad humana de Jesús? ¿Cómo es Jesús la fuente de la calidad humana de todas las personas? ¿Cómo explicamos esto en relación con todos los hombres y mujeres que históricamente vivieron antes que él y después que él? Concretamente, ¿cómo es que los hombres y mujeres ordinarios logran o no logran adquirir esa calidad humana de Jesús? Y, por último, ¿cómo es erosionada esta calidad humana de Jesús; en otras palabras, ¿en qué consiste el proceso de la posesión diabólica?

Algunos de los intelectos más poderosos de nuestra historia han planteado estas preguntas y meditado acerca de ellas. Algunos de esos intelectos han avanzado bastante en la respuesta de estas interrogantes... han avanzado, justo es decirlo, tanto como las mentes científicas han logrado responder las cuestiones pertenecientes a sus respectivos dominios.

Aun cuando nuestro alcance de estas cuestiones relacionadas con Jesús y con Lucifer puede ser breve debido a limitaciones de espacio, no nos estamos contentando con un consolador lugar común al hacer esta observación: Según parece, lo más que pueden hacer los profetas recientes y los modernos augures de desastres por lo que concierne a estas cuestiones, es desentenderse de ellas y aconsejarnos que hagamos otro tanto. No pueden demostrar que son falsas, sino sólo acrecentar sus esfuerzos para persuadirnos de que lo son. Y a pesar de sus poderosos esfuerzos, les es imposible reparar el daño que en esta forma causan a nuestra calidad humana.

El espíritu humano y Lucifer

En la historia del exorcismo existe una constante referencia a los espíritus malignos: a Satán (o Lucifer) como cabeza o jefe de dichos espíritus y a todo un mundo del ser habitado por tales espíritus.

En los cinco exorcismos aquí relatados, el mundo habitado por los malos espíritus se describe con más frecuencia como "el Reino". El cristianismo sería incomprensible si fuéramos a negar nuestra creencia en ese mundo de los espíritus del mal. En el Nuevo Testamento y en la tradición cristiana, la salvación por Jesús se nos presenta como una victoria sobre una inteligencia opuesta y malvada que pertenece a un ser incorpóreo. Jamás es simple y primitivamente el sometimiento de fuerzas materiales ciegas. Ni tampoco se trata simple y sencillamente de dar ejemplos de ética y de dictar reglas morales. Y el "Reino de Dios" se yuxtapone siempre al "Reino del Mal" o de Satán.

No podemos hablar en sentido ordinario alguno de la "historia" de tales espíritus, pues su existencia no se inició ni está confinada al continuo espacio-tiempo en el que los sucesos históricos han de suceder. Y, sin embargo, de la tradición se desprende claramente que la existencia toda y el destino de estos espíritus está en una íntima e intrincada relación con el universo humano que habitamos.

La tradición nos habla de un primordial pecado de rebelión contra Dios por alguno de los espíritus, y guiados por un espíritu muy singular simbólicamente llamado Lucifer ("el Hijo

de la Aurora" para indicar cualidades supremas) o Satán (para indicar una función como adversario principal de Dios). A partir de los escasos datos que al respecto encontramos en la Biblia y de algunos comentarios aislados hechos por Jesús mismo en el curso de su vida y de la tradición continuada del cristianismo, la "historia" general de estos espíritus y su relación con Jesús pudiera ser la siguiente.

La decisión de Dios de crear seres inteligentes —espíritus y humanos, libres de amarlo y libres de rechazarlo— estuvo íntimamente ligada con su decisión de convertirse él mismo en un ser humano.

Pero al hablar de dicha decisión de Dios, hemos de establecer una distinción entre la forma como nosotros comprendemos y hablamos acerca de ello y de cómo Dios lo hace y lo lleva al cabo.

Nuestro entendimiento y nuestras palabras acerca de esta decisión son un proceso por etapas. Primero, creación de espíritus, luego, su rebelión. Después, la creación de la humanidad. Posteriormente, la rebelión de la humanidad. Luego, la concepción y nacimiento de Jesús. Entonces, el sacrificio y la resurrección de Jesús y la consecuente salvación de la humanidad. Y después, la vida de hombres y mujeres acosada por aquellos espíritus que se rebelaron. Tenemos que pensar en esta forma. Pero ello es una limitación *nuestra*.

Porque para Dios no hubo ni hay un proceso por etapas. Por así decirlo, no decidió primero crear los espíritus y luego, como un pensamiento posterior, crear a los humanos y luego, después de más reflexión, convertirse él mismo en un hombre. La creación no se hizo en desorden. Fue una decisión que englobó a los espíritus, a los humanos y al Hombre-Dios. Y fue una decisión no hecha en determinado punto del tiempo, sino en la eternidad. Dios jamás careció de decisión.

Esto quiere decir que su decisión fue integral en su causa y en su efecto desde el principio. Su visión de lo que todos y cada uno haría en un momento dado fue idéntica a su visión de lo que todos y cada uno hicieron, hacen y harán hasta el fin del tiempo y del espacio. Esa visión fue siempre completa. Y todo detalle de la decisión se tomó íntegra y totalmente desde la eternidad, en vista de toda posible acción y reacción y resultado humanos.

El punto central de esa decisión fue la elección misma de Dios de convertirse en hombre. Así como su propia divinidad se volvió —hablando en términos humanos— en esta dirección definida, así todas las "partes" de la decisión divina —incluidos los espíritus— fueron creados y ordenados en la misma dirección. Dios había de entrar en relación íntima con la materia: lugar, tiempo, objetos, humanos.

Y así también sus creaturas, los espíritus, fueron hechos por él y ordenados por él para estar en íntima relación con la materia: lugar, tiempo, objetos, humanos. El destino, los poderes, el interés personal de estos espíritus, su mismo ser, en sus más profundos instintos y ramificaciones, estaban y seguirán estando siempre íntimamente enfocados en este universo humano, en todo lo que este universo contiene y, sobre todo, en Jesús como la fuente de todo significado para ese universo.

Entonces, la tradición cristiana asigna a estos espíritus el papel de intermediarios. Eran y son incorpóreos, como Dios. Eran y son creaturas: como los humanos. En la parcial elaboración de la total decisión divina a través del tiempo y del espacio, y en la mente y corazón de miles de millones de seres humanos rodeados por cosas naturales, se dio a los espíritus funciones que nosotros apenas podemos imaginar. Dichas funciones estaban relacionadas con el universo humano y con la decisión de Dios de convertirse en un miembro de ese universo.

Llegados a este punto de nuestra comprensión de lo que es el espíritu, contamos hasta cierto punto con la ayuda de los comentarios hechos por Jesús. En una o dos ocasiones habló un tanto misteriosamente, pero en forma bastante sucinta, acerca del personaje importante entre aquellos espíritus creados que se rebelaron: Lucifer.

Al refutar a quienes lo abrumaban en las calles de Jerusalem y a quienes lo insultaban tachándolo de hombre malo, Jesús les dijo, con furia:

"Ustedes pertenecen a su padre, Satán. Y están ansiosos de satisfacer los apetitos que son de su padre. Desde el principio, él fue un *asesino*. Y, en cuanto a la verdad, *jamás la ha tomado como suya*. Cuando emite una falsedad, sólo está haciendo lo que para él es natural. *Todo él es falso*. Fue él quien *dio vida a la falsedad*. [Palabras subrayadas por mí]".

En los labios de un judío de aquella época, el término "asesino" no tenía el sentido legalista que le hemos adjudicado nosotros. La palabra tenía más bien la connotación de nuestra "blasfemia" o "profanación".

El segundo aspecto de la rebelión de Lucifer, según añade Jesús, fue de falsedad. Nuevamente, en los labios de Jesús esta palabra se refería no tanto a mentir de palabra cuanto a trapacerías, a lo que llamamos "fingimiento", "engaño", "falsas pretensiones".

El énfasis de Jesús es muy claro. Lucifer fue y es el *originador* de toda blasfemia y fingimiento en el universo del espíritu creado por Dios... al punto de que todos aquellos que practican el engaño y que cometen blasfemia extrema están apenas reproduciendo los apetitos de Lucifer por la falsedad y la blasfemia. De cierta misteriosa manera, comparten y aumentan la falsía de Lucifer y su blasfemia. "Ustedes pertenecen a su padre, Satán".

Jesús añade unos cuantos detalles más. "Desde el principio", parece indicar que la rebelión fue instantánea, que coincidió con la creación de la inteligencia de Lucifer. Jamás hubo una fracción de su existencia en la que Lucifer optara por Dios. Además Lucifer es "todo falsía". Es para él "natural" engañar y blasfemar. Se trata de términos claros y simples empleados por Jesús para describir el *mal absoluto*. No simplemente a un ser totalmente malo, sino a un ser que es la *fuente* de *todo lo malo* en el mundo de la humanidad.

Con estos pocos detalles sólo podemos tratar de imaginar la naturaleza de la rebelión de Lucifer, en la que se vio seguido por un sinnúmero de otros espíritus. Implicó blasfemia y engaño. Y concernía a Jesús como Dios y como salvador de la humanidad; y concernía a hombres y mujeres como participantes en la plenitud de la calidad humana de Jesús.

¿Acaso Lucifer reclamó falsamente el ser más alto, más noble que Jesús, el hombre? Y, al hacerlo así, ¿blasfemó al pretender que él, Lucifer, un espíritu incorpóreo y ángel supremo, debía ser considerado como superior a Jesús quien, como todos los humanos, era parte espíritu y parte materia? ¿Él, un ángel, iba a adorar a un niño llorón en Belén y a un semianimal que sangraba y se quejaba en las garras de la muerte en el Calvario?

¿O acaso se rebeló Lucifer porque él y los otros ángeles estaban destinados a ayudar a llevar a los seres humanos más allá de

lo meramente material y humano, incluso más allá de la condición de los ángeles, justamente a la condición en que habrían de compartir la vida de Dios?

¿O acaso Lucifer rechazó íntegramente la decisión divina? Es decir: ¿rechazó la decisión de Dios de ordenarlo y relacionarlo todo —el propio ser de Dios y de los espíritus por él creados— con un universo humano? Y, en tal caso, ¿fue esto por lo que Lucifer rechazó el primer hálito de esa decisión, un universo de seres —humanos— quienes habrían de necesitar compasión y misericordia y ayuda y sostén? ¿Iban los espíritus a ser los seguidores de esa compasión e instrumentos de una gloria inmerecida para dichas criaturas?

¿O bien, Lucifer, dotado de inteligencia angélica, previó el destino de los seres humanos aún oculto a nuestros humanos ojos: que después de evos de desarrollo, cuando el espacio exterior sea colonizado en miles de millones de galaxias, la humanidad progresará y evolucionará en *espíritu* a una condición de la que ahora no sabemos nada y en la que hombres y mujeres gozarán de una libertad de la materia pero aún serán capaces de gozar de la belleza de este mundo material?

¿Celos? ¿Ambición? ¿Orgullo? ¿Desprecio? Sólo podemos conjeturarlo.

Pero sea lo que fuere que Lucifer haya hecho, blasfemó contra la divinidad singular de Dios e hizo falsas demandas. El castigo fue inmediato. Jesús, en una abierta referencia a sus propios recuerdos de esta revuelta, habló de aquel rápido y terrible momento de degradación, del tremendo castigo de Lucifer y de aquellos espíritus que lo habían seguido. Jesús dijo:

"Vi a Lucifer caer del cielo como el rayo". También en este caso, en el estilo de hablar de Jesús, tenemos una poderosa evocación del repentino relámpago de aquella brillante inteligencia de Lucifer en los limpios cielos del amanecer de la creación; luego, el brillo momentáneo de la gloria por él pretendida; y, por último, la inmediata humillación de la total derrota y rechazo por Dios, al desplomarse Lucifer de la claridad y brillantez del amor y de la belleza inmutable, para caer, pasando el borde de la felicidad, en el pozo del eterno exilio de todo lo que es bueno y de todo lo que es santo.

En su revuelta y castigo, la natural orientación de Lucifer y de aquellos espíritus que formaron parte de su rebelión per-

maneció. Por su esencia misma estaban en íntima relación con el universo humano. Carecían de poder para librarse de él. Sus poderes de voluntad e inteligencia permanecieron. Sólo que, ahora, esas voluntades e inteligencias habían sido torcidos por la revuelta y por su estado inmutable de condenados. Su amor por Dios, por Jesús y, por tanto, por la humanidad toda, se convirtió en odio. Su necesidad de moverse en el universo humano y de estar en relación con la materia permaneció; pero ahora se convirtió en la necesidad de desquiciar, de enlodar, de destruir, de deformar.

Su conocimiento de la verdad se convirtió exclusivamente en el medio de actuar para torcer esa verdad. Su reverencia se convirtió en burla y desprecio. Sus bellos deseos se convirtieron en vulgares amenazas. Toda su luz se convirtió en una confusa oscuridad. Y su destino primordial como los que habían de ayudar a Jesús, se convirtió en un odio vivo y repugnante hacia Él, hacia su amor, hacia su salvación y hacia todos aquellos que le pertenecen.

En otras palabras, se vieron total y absolutamente condicionados por la diabólica "torsión", por aquella existencia tan peculiarmente alrevesada, descoyuntada, deformada, cubierta en el engaño y en la falsía, que siempre percibimos en las personas moralmente malas, en el mundo de un Michael Strong invadido por la guerra y en el mundo desquiciado y horrible de toda persona poseída.

Lo más cerca que podemos llegar a medir el grado de fealdad de Lucifer está en los claroscuros de las personas totalmente locas que todo el día ríen a carcajadas de sus propias y terribles aberraciones: de su violencia espasmódica, de la suciedad que atesoran, de su automutilación. Las compadecemos por creer que son incapaces de dominarse, porque están fuera de sí, inconscientes de su tragedia. Pero en ellas y en todo gesto riente de nuestra Schadenfreude podemos percibir un eco de los acentos mismos de Lucifer, su firma, aquellos escandalosos estallidos de risa inmotivada que se burlan de su propio estado de propio engaño y de odio absoluto, libre y conscientemente elegido.

Las palabras "bien" y "mal" tal y como se aplican sólo a los seres humanos, por tanto, deben ponernos en contacto *directo*, diario y práctico con la influencia de Jesús y la influencia de Lucifer. Además, "bien" y "mal" según las aplicamos exclusivamente a los seres humanos, deben traernos también al directo

reconocimiento de nuestra propia e individual voluntad. Porque cualesquiera que sean las indicaciones que Jesús nos ofrezca, cualesquiera los halagos que nos ofrezca Lucifer, todos y cada uno de nosotros hacemos nuestra propia elección, tal y como la hicieron incluso Jesús y Lucifer. Nosotros escogemos.

Mucho de lo que sabemos por experiencia propia con los malos espíritus encaja con aquello que podríamos esperar, basados en lo que sabemos o podemos imaginar del origen de ellos.

Lo más notable y, para las mentes modernas, contradictorio de dichos espíritus es que cada uno de ellos parece ser un ser personal e inteligente, pero que no tiene existencia física o material. Es incorpóreo. Este es un dato constante y primario de la creencia cristiana acerca de tales espíritus y es demostrado por la prueba derivada de los exorcismos.

En la sicología moderna, los términos "personalidad" y "persona" han sido ligados a la conciencia sicofísica. "Personalidad" se toma como un complejo de actos sicofísicos (la capacidad de tener voluntad, deseos, de pensar, de imaginar, de recordar) y de acciones externas que son motivadas o coloreadas por tales actos "internos". Todos ellos pueden ser cuantificados. Una "persona" es alguien que presenta un complejo más o menos consistente y definible de tales actos y acciones.

Entonces, una "persona" de "personalidad" desequilibrada es aquella en la que el complejo de actos y acciones carece del tipo, tensión y frecuencia ordinariamente observados y socialmente aceptados. Desde luego, no hay en nuestra mente espacio para consideración alguna de espíritus personales incorpóreos si aceptamos esta moderna terminología como correcta y totalmente inclusiva. Porque en esta terminología "persona" y "personalidad" son materiales, fraccionadas, dimensionales, mensurables y, por último, perecederas.

La clásica idea y creencia cristiana acerca de "persona" y "personalidad" es muy diferente. Y es un eco de la natural creencia de la mayoría de la gente.

En el pensamiento cristiano, la "persona" es un espíritu. Como espíritu que es, es imperecedera e indestructible, tiene voluntad y puede pensar. Es libremente *responsable* de lo que piensa, desea y hace. Y es capaz de tener conciencia de sí misma. Para el pensamiento cristiano, "personalidad" es otra palabra para la total individualidad de la persona. La disminución o reducción

de este centro de responsabilidad del yo, interno y consciente de sí mismo, a un conjunto de divisiones arbitrarias —algo llamado "pensamiento" y algo llamado "deseo" y alguna otra cosa más llamada "actuación" etc. etc.— es en sí misma la locura. Porque tales conceptos de "persona" y "personalidad" se aplican a Dios y a los espíritus incorpóreos al igual que a los humanos.

Y en nuestra humana condición el espíritu individual y personal está destinado a ejercer su deseo y pensamiento y todo su poder *por medio* de una actividad sicofísica, rara vez mediante el paso de esa arena cuantificable.

Los malos espíritus en cuestión no son personales *en tal sentido*. Siendo incorpóreos, su identidad individual no depende de una identidad *corporal*. Las enseñanzas cristianas son que piensan, tienen volición, actúan y tienen conciencia de sí mismos y ejercen su poder pura, simple y directamente sin recurrir a lo sicofísico.

Las experiencias tenidas con espíritus malignos en los exorcismos da fe de esto. Virtualmente, en todos los exorcismos, llegados a un punto crítico, el espíritu poseedor se referirá a sí mismo indistintamente como "yo" y "nosotros" y también hablará de "mí" y de "nuestro". Dirá "yo me lo llevo". "Somos tan fuertes como la muerte". "¡Imbécil! Todos somos el mismo". "Sólo hay uno de nosotros". Todo esto le fue lanzado a Michael Strong por el espíritu con el que se enfrentara en *Puh-Chi*, allá en Nanking: "Yo", "mi", "todos", "uno", "nosotros". Aquí, la individualidad no es operativa en ningún sentido humano y ni siquiera remotamente corporal.

El hecho de que los espíritus descritos en los exorcismos relatados en este libro respondan finalmente a determinados nombres ("Desvirgador de Muchachas", "Sonriente", "Tortuga", etcétera) no es indicio de una identidad separada. Son nombres asumidos, al parecer, en vista de los medios o de la estrategia utilizados por el espíritu al poseer a la persona en cuestión. Cuando el padre Mark presionó al "superior" de Ponto para que diera su nombre, la respuesta fue "Todos somos del Reino". "Ningún hombre puede saber nuestro nombre". Cuando Mark insistió, el espíritu replicó: "Multus, Magnum, Gross, Grosser, Grossest. Varias veces. Setenta y siete legiones". Los nombres que dan, son obviamente *ad hoc*, y, hasta donde sabemos, pueden cambiar para el mismo espíritu en relación con distintas víctimas. Lo que el exorcista busca al insistir en tales nombres no

es el conocer la identidad personal, sino un nombre al que el espíritu responda. "En el nombre de Jesús, ¿qué nombre vas a obedecer?" fue la pregunta crítica de Mark a este respecto.

Sin embargo, el comportamiento de los espíritus, en variaciones infinitas, exorcismo tras exorcismo, si sugiere alguna clase de identidad común coagulante que hace a los espíritus malignos diferentes en su personalidad y unidos al mismo tiempo, y ciertamente los hace uno solo en cuanto a sus responsabilidades e intenciones.

Y de alguna manera estrechamente ligada a esta identidad de los espíritus y en colaboración con ella, está la obvia graduación de inteligencia que se observa en diferentes espíritus poseedores. El tío Ponto, "familiar" de Jamsie, por ejemplo, era sin lugar a dudas una inteligencia inferior a la de la Tortuga, que se posesionó de Carl, o a la del Sonriente, que tenía cautiva a Marianne. Los trucos de Ponto jamás pasaron de lo grotescamente cómico. Jamás demostró la sutileza del Sonriente ni el refinamiento de la Tortuga. Cada uno de estos últimos se valió de argumentos inteligentes y complicados trucos para lograr su propósito, y en general desplegaron una penetración mental de la que carecía Ponto.

Sin embargo, en tanto que Ponto se mostraba extraordinariamente diferente ante su "superior" o "superiores", el Desvirgador de Muchachas, que se posesionara de Richard/Rita, y Mr. Natch, que se posesionara de dos sacerdotes, David e Yves, también demostraron una marcada deferencia hacia otros "superiores".

En cierto momento del exorcismo de Marianne, cuando el Sonriente perdiera la batalla, el padre Peter empezó a sentir un cambio en el grado de inteligencia de su enemigo, como si "otro" (para usar nuestra humana terminología de separación) espíritu viniera en ayuda del Sonriente para apoyarlo en el ataque último contra Peter.

El padre Gerald sintió exactamente lo contrario en el exorcismo de Richard/Rita. Al hacerse patente que Gerald iba a tener éxito y que se acercaba el final de la batalla, este sintió que cierta clase de mal se había marchitado y que repentinamente se encontraba lidiando con una inteligencia menor.

En éste el más íntimo de todos los enfrentamientos, cuando la mente se lanza directamente contra otra mente, la voluntad contra otra voluntad, un cambio repentino en la inteligencia del

adversario es inconfundible... más todavía que en un enfrentamiento tan poco sutil que necesita de palabras.

Esta diferencia de los espíritus entre sí en el campo de la inteligencia, parece culminar en lo servil, en esa casi petrificada fidelidad de todos al "Señor de todo Conocimiento" según lo llamara la Tortuga.

"Los que aceptaron, los que aceptan al Pretendiente, poseen su voluntad", dijo Multus, el superior del tío Ponto, al padre Mark. "Sólo la voluntad. La voluntad del Reino. La voluntad de la voluntad de la voluntad de la voluntad".

Este servilismo y fidelidad a Lucifer por parte de los espíritus malignos es igualada por la constancia y eclipsada en intensidad sólo por el abyecto temor y el odio que sienten por Jesús, libre y francamente demostrado a la menor mención de su nombre o a la vista de objetos y personas con Él relacionados.

El espíritu poseedor, cualquiera que sea su capacidad de inteligencia, pronunciará repetidas veces el nombre de su jefe, y el sentimiento que nos produce es de obediencia, temor y reconocimiento de una superioridad que no puede ser puesta en duda. Pero, al parecer, jamás espíritu alguno puede obligarse a sí mismo a pronunciar el nombre de Jesús. Lo llamará "El Otro", o "El Segundo", o bien, "Esa Persona", o bien, "El Innencionable", o cualquiera de una larga y oscura letanía de tales nombres.

Ni tampoco podrá escuchar un mal espíritu el nombre de Jesús sin protestar. El conocimiento de este hecho puede ser la principal arma para el exorcista, pues con frecuencia el mal espíritu se verá obligado a responder preguntas o a decir su "nombre" por el deseo obvio de no volver a escuchar la frase de fe absoluta: "En el nombre de Jesús", de labios del exorcista.

Esa curiosa cualidad de unidad, casi una coagulación que, a veces sentimos, puede percibirse en estas zonas de la personalidad e inteligencia de los espíritus malignos, también nos da una interesante perspectiva acerca de otra constante entre dichos espíritus: su apego al lugar.

También aquí, de la experiencia que se tiene se desprende claramente que los espíritus que se han posesionado de alguien están empeñados en hallar una "casa" (según lo expusiera Ponto en términos simplistas) en la persona poseída. Pero no es cuestión de un espíritu solitario o carente de hogar. Porque para el espíritu poseedor, la "casa" o persona pertenece a toda la "fami-

lia" de ese espíritu: a la turba coagulada de espíritus malignos, encabezada y gobernada por su fantasmal jefe, "el Pretendiente". Es una macabra versión de "mi casa es su casa" de la hospitalidad castellana, y fue expresada mucho tiempo ha en los labios de Jesús, cuando habló del "espíritu impuro que ha poseído a un hombre y luego sale de él, va por el desierto buscando un lugar donde descansar y no encuentra ninguno; y dice: «volveré a mi propia morada de la que salí». Y entonces vuelve... y trae con él otros siete espíritus peores que él mismo para que le hagan compañía; y juntos entran y se aposentan allí". Siete es la fórmula bíblica para cualquier multitud.

Toda la vida tendremos una intensa dificultad intelectual para comprender cómo podemos hablar de personalidad o inteligencia cuando no existe un cerebro material, ni un sentido del oído, ni voz; cuando no existe una garganta que produzca esa voz, o de ver un plato volador cuando no lo tenemos a mano para arrojarlo y sostenerlo en mitad de la atmósfera. Pero se trata de problemas que resultarán doblemente difíciles de comprender en tanto que el estilo moderno de pensar persista en su insistencia sobre la materialidad de todo lo que existe.

Por ejemplo, en general es muy molesto el que no podamos hablar de estos espíritus como dotados de género, sexualidad o individualidad, al igual que los seres humanos. La sola individualidad es un problema terrible para la sociedad de la computadora. Para nosotros, identidad *siempre* está ligada a *singularidad física*. Si decimos que existen 217 millones de norteamericanos, significamos 217 millones de cuerpos separados y, *por tanto*, distintos.

Pero, por todo lo que sabemos, resulta obvio que tratar de enumerar o contar los espíritus en una separación física no nos va a llevar muy lejos. Y el negar que los espíritus existen porque literalmente no se van a "poner en posición de firmes para que los contemos", no parece impresionarlos.

Pero incluso cuando logramos superar todas esas dificultades y *podemos* empezar a pensar en las identidades de estas criaturas incorpóreas, surge otro problema. Nos inclinamos a pensar que todas las ocurrencias tan extraordinarias y violentas que se dan en los exorcismos *son* de alguna manera el espíritu maligno. En nuestra incomprensible fascinación con los gritos y los objetos que vuelan por el aire, con los olores, el tapiz de la pared que

se destroza, las puertas que golpean, nuestra tendencia es confundir los acontecimientos con el espíritu mismo. Esto equivale a algo así como a confundir la pelota con el pitcher.

Los mejores indicios acerca de la identidad de los espíritus *individuales* parecen estar basados y tener sus raíces en las cualidades más poderosas que podemos discernir entre ellos: esa curiosa y ondulante jerarquía de inteligencia y poder de voluntad que ata incluso al más ínfimo "familiar" a Lucifer mismo.

Debido a estos diferentes grados de poder, inteligencia y voluntad entre los espíritus, sus *actividades* difieren. Permanecen unificados, como ya dijimos, en sus responsabilidades y en sus intenciones. Siempre están subordinados a "la voluntad de la voluntad de la voluntad de la voluntad de la voluntad". Pero sus actividades —la forma en que proceden y lo que hacen— parecen estar directamente relacionados con diferentes grados de inteligencia y la distinta fuerza de su voluntad unidireccional.

En los cinco casos relatados en este libro, tal diferencia en la actividad queda dramáticamente de manifiesto; en cada caso se tiene la sensación de una sutileza o falta de ella, del grado de la inteligencia depredadora que lanza el reto y del grado de irresistibilidad de la voluntad que lucha en la contienda entablada con el exorcista.

Pablo de Tarso se refería a este tipo de diferenciación cuando utiliza los conceptos y terminología de los gnósticos alejandrinos y teósofos, y habla de "poderes", "principados", "tronos", "dominaciones", y también cuando utiliza términos bíblicos tales como "querubines" y "serafines".

Toda esta información, desarrollada a través de una penosa experiencia, detallada y ampliada a través de años de ofrecerse a sí mismos como rehenes por el poseso, es de primordial valor e interés para los exorcistas. Pero el hecho más importante acerca de los malos espíritus es que ninguna de sus facultades y poderes es divino. Los malos espíritus han quedado excluidos para siempre de la vida de Dios y de la visión de Su verdad.

Su conocimiento y presencia, entonces, se basan únicamente en lo que pueden conocer gracias a su natural inteligencia. En efecto, no son sobrenaturales sino, simplemente, seres preternaturales.

En el uso tradicional, "sobrenatural" *significa* "divino": *de Dios*. Entonces lo sobrenatural es totalmente distinto, superior, y

en modo alguno dependiente de aquello que es creado: que es "natural" en dicho sentido.

Sólo Dios es sobrenatural en su esencia misma. Puede actuar con poder sobrenatural sobre todo lo que es "natural" (es decir, creado) tanto cosas como seres. Puede comunicar su vida sobrenatural y su poder sobrenatural a lo creado, elevándolo hacia él. Pero siempre permanece la distinción entre lo creado y lo sobrenatural.

El poder sobrenatural puede afectar todo aquello que está a disposición de lo preternatural; pero una diferencia esencial entre lo sobrenatural y el mundo de los malos espíritus es que la fuerza sobrenatural puede saltarse todos los modos naturales de actuación. Lo sobrenatural puede actuar directamente sobre el espíritu. No necesita pasar a través de los sentidos, ni a través de las fuerzas internas de la imaginación, la mente y la voluntad, a fin de alcanzar el alma de un ser humano.

Sólo Dios y quienes comparten su poder sobrenatural pueden hacer eso.

La fuerza preternatural es superior a la fuerza y a las capacidades humanas. Esto es, los espíritus malignos, en virtud de sus poderes preternaturales, no están sujetos a las leyes de la naturaleza física ni de la materia, las cuales gobiernan todo nuestro ejercicio humano de poder dentro del orden físico y síquico. Pero sí parecen estar sujetos a otras leyes de la naturaleza (puesto que también ellos fueron creados), más allá de las cuales no pueden ejercer poder alguno.

No sabemos todo aquello que la fuerza preternatural puede realizar, pero sí conocemos algunas de sus habilidades y algunos de sus límites.

En virtud de su poder preternatural, los espíritus malignos pueden manipular los fenómenos síquicos y producir estados síquicos. Es decir, los poderes síquicos están a su disposición. Los poderes síquicos (telepatía, telecinesia, viajes astrales, ubicuidad, segunda visión) no son por sí mismos algo preternatural (tal y como la pelota de béisbol no se convierte en el pítcher), ni mucho menos sobrenatural.

Entonces, los espíritus malignos son capaces de producir efectos fascinantes en los campos humanos de la percepción y el comportamiento; no pueden ser —y probablemente no lo sean— responsables de todos los fenómenos síquicos, pero tienen no sólo

el dominio de este tipo de comportamiento, sino la habilidad de despertar la imaginación humana con una maravillosa gama de tentaciones. Carl, quien casi perdió la cordura y la vida en su lucha en este mismo campo de batalla, escribió en la carta dirigida a sus antiguos estudiantes que, de hecho, jamás había dominado el viaje astral ni la ubicuidad "sino sólo su ilusión". Y él sabía que se trataba de una ilusión... pero estaba tan ansioso y fascinado que no se hallaba dispuesto a admitir ese conocimiento más allá del infinitesimal y lejano foco de su propia mente.

La cuestión está en que el Espíritu Maligno puede titilar y atraernos por medio de nuestros sentidos y de nuestra imaginación con imágenes de maravillas síquicas, con tanta facilidad como se vale de las imágenes sexuales o del oro. Cualquiera de ellas dará resultado. Pero el Mal Espíritu no puede producir en nosotros nada que no esté ya ahí, de hecho o en potencia.

Dios, por ejemplo, puede "darnos" la gracia, que no es nuestra por nosotros mismos. El espíritu del Mal sólo puede actuar con base en aquello que encuentra y sólo dentro de los límites de su conocimiento.

Por ejemplo, el poder preternatural no permite a los malos espíritus dominar ni interferir directamente con el comportamiento moral de las personas. Pueden ser capaces de producir una pila de monedas de oro a voluntad por cualquiera de muchos medios síquicos, pero no pueden obligar a la persona a aceptarlas. Tampoco pueden interferir con nuestra libertad de elegir o rechazar, porque esa libertad ha sido otorgada y garantizada por la divinidad.

La inferioridad del poder preternatural de los malos espíritus en comparación con el poder sobrenatural de Jesús es clara y definitiva en muchos de sus efectos. Existe una opacidad que incluso detiene al Espíritu del Mal —su capacidad para actuar y su habilidad para conocer— dondequiera que Jesús y su poder sobrenatural se extienden, donde se ha elegido a Jesús y donde reina lo sobrenatural, donde lo sobrenatural inviste objetos, lugares y personas.

El poder de los *símbolos* de lo sobrenatural (el crucifijo, por ejemplo) para proteger el bien y repeler o controlar el mal es uno de tales efectos. Los objetos utilizados y estrechamente relacionados con el culto (el agua bendita), los exorcistas, cualquier

persona en estado de gracia sobrenatural (el asistente del exorcista, quien ha sido absuelto de sus pecados), incluso casas, el campo, regiones enteras, están protegidos en su esencia de la libre actividad del Espíritu del Mal. Esta limitación de lo preternatural y del Espíritu del Mal se extiende a otra esfera muy importante, porque significa que el alcance del conocimiento del Espíritu del Mal está severamente limitado. Un espíritu malvado no puede, por ejemplo, prever ni, por tanto, evitar el intento del exorcista que actúa en el nombre y con la autoridad de Jesús.

Cuando el padre Gerald salió de detrás del escudo y protección de Jesús para enfrentarse al Desvirgador en su propio nombre, fue inmediata y terriblemente atacado, tanto en su cuerpo como en sus emociones. Pero a pesar de toda aquella sangre, aquel dolor y aquel horror, aquello no fue una victoria para el Desvirgador. El espíritu no logró tocar ni la mente ni el alma de Gerald. Su voluntad se mantuvo firme. Todos los esfuerzos del Desvirgador habían tendido precisamente a afectar la mente del exorcista, su voluntad y, en última instancia, su alma... donde el espíritu no tiene poder para llegar directamente. En todos los casos, el Desvirgador fracasó; y habiendo fracasado, se mantuvo cercado. Richard/Rita quedó finalmente en libertad de elegir entre el bien y el mal.

Los espíritus del mal tienen poder para conocer sin razonar, para recordar lo que está a disposición de su conocimiento desde la eternidad, y para usar ese conocimiento a fin de instruir, halagar, atemorizar y en otras formas afectar la mente y corazón de hombres y mujeres, de tal manera que deserten del plan de Dios y anoten otra victoria de la rebelión contra el bien. Su conocimiento concierne a toda ocasión en que se hace una elección contra lo sobrenatural. Cuando los espíritus gritan los pecados de los presentes durante un exorcismo, llegan tan lejos como su poder natural puede llevarlos.

Por último, quienes son elegidos como sujetos de posesión pueden acceder a ello y luego rápidamente retractarse; o bien, pueden verse profundamente enredados y ser libertados sólo a costa de grandes penas y riesgos; o ser plenamente (perfectamente) poseídos. Sin embargo, es absolutamente poco claro por qué una persona y no otra es seleccionada para un ataque tan directo y tenaz.

Ponto dijo a Jamsie mientras iban en el auto por la carretera, cerca de San Francisco: "Todas esas casas allá arriba... ahí no me reciben bien, a pesar de que se la pasan bebiendo y mujereando y sumidos en la desesperación".

¿Pero por qué no? Significaba esto que aquellas personas también habían sido "invitadas" como lo fueran Jamsie, Carl, Marianne, David, Yves y Richard/Rita? ¿Era quizá que, a pesar de haber cedido cuando se trataba de pecados menores, habían rechazado la gran invitación? ¿Es que todos constituimos un posible blanco de este ataque? ¿Acaso sólo algunos son "seleccionados" para la "invitación"?... No tenemos manera de saberlo con certeza.

El espíritu humano y Jesús

Los propósitos perseguidos por el Espíritu del Mal son atacar y destruir la calidad humana de cada ser humano. Esta calidad humana no es una condición ni física ni sicofísica. Es una *capacidad* espiritual poseída por todo hombre, mujer y niño.

Es sólo debido a esta capacidad del espíritu que somos capaces de creer en Dios y de alcanzar la infinita felicidad en nuestra condición después de la muerte. Es sólo por esta capacidad que podemos percibir la belleza y la verdad de este humano universo. Y, al percibirlo así, podemos reproducirla en nuestros actos y en nuestros productos. La posesión diabólica niega esta capacidad.

La razón de que tengamos esta capacidad de espíritu es Jesús de Nazaret. Como hombre, no vivió más de 50 años, según podemos calcular. Pero todos sus logros fueron suyos como Dios hecho hombre. De aquí que esos logros son eternos y afectan a quienes vivieron en los principios mismos de nuestra especie, así como a todos los otros seres humanos hasta el fin de los tiempos. Todo hombre y toda mujer en todo momento, todo ser humano que ha sido concebido, ha tenido, tiene y tendrá esta capacidad de espíritu hecha posible por Jesús. Todos, por tanto, son capaces de poseer calidad humana.

Sabemos de esta capacidad humana sólo gracias a la vida mortal de Jesús. A medida que nuestras propias vidas prosiguen, sabemos sólo que por nosotros mismos nos volvemos cada vez más indefensos en todos los sentidos, que nuestro amor humano,

que tanto deseamos, que tanto significa, parece convertirse en algo vano y débil; y que todos nosotros, con nuestras aspiraciones y esperanzas, hemos de terminar en la silenciosa oscuridad y en el atontador secreto de la muerte. Jesús superó esta indefensión. Aceptó el amor humano. Murió con éxito. Y de esta triada de indefensión, amor y muerte depende toda calidad humana.

La experiencia que Jesús tuvo de cada una de ellas, y su respuesta al reto que cada una de ellas significaba —y aquí radica el misterio central de Jesús—, hizo posible para todos los demás seres humanos el poder responder con éxito cuando se ven frente a experiencias semejantes en las pruebas y el desarrollo de la calidad humana de cada individuo. Tales fueron los medios de los que Dios se valió desde el principio para que simples criaturas atadas a sus cuerpos materiales pudieran superar sus limitaciones tan obvias de tiempo y materialidad y compartir, todos y cada uno, la vida sobrenatural. Y, al igual que en el caso de Jesús, se requiere no sólo el deseo, sino la participación, la acción viva, la elección... en resumen, la voluntad de cada quien.

Sin lugar a dudas, Jesús dedicó su vida entera a lograr la perfección de su calidad humana. Pero en los documentos históricos que existen acerca de él, encontramos que los últimos pasos de Jesús hacia la consecución de la calidad humana se concentraron en un periodo de algunas semanas antes de su ejecución. Debido a las variantes que existen entre los diferentes documentos, tenemos que suponer que el periodo crítico tuvo unas cuatro semanas de duración, aunque bien puede ser que todos aquellos pasos se concluyeran en el curso de la última semana de su vida.

En ninguna parte vemos tan clara la victoria de Jesús sobre la *indefensión* ni más vívida que en el acto de levantar a su amigo Lázaro de entre los muertos.

Durante toda su vida, tal como es descrita en esos documentos, Jesús desplegó un constante dominio sobre personas, sucesos y cosas. Jamás hubo en sus actos la menor duda ni la menor vacilación. Actuaba en su propio nombre con una autoridad que jamás sonaba a autoritarismo ni a arrogancia, pero que al mismo

tiempo no admitía rechazo. "¡Amén! ¡Amén! Os digo" Todo era decisivo. Daba órdenes a hombres y mujeres, a espíritus malvados, a amigos, a enemigos, a los elementos. En su confrontación con personas comunes o con las autoridades públicas, su comportamiento era siempre el mismo: no reconocía a nadie como superior a él mismo, alababa y condenaba como consideraba justo, y jamás se retractó ante ningún otro hombre por considerarlo superior o mayor que él mismo.

En cada ocasión que obraba milagros u ordenaba que algo se hiciera, sus instrucciones y dictados eran claros, concisos, dotados de suprema confianza, directos: "Sal de este hombre" "¡Queda limpio!" "¡Levántate y anda!" "¡Ve y muéstrate a los sacerdotes!" "¡Queda sano!" "¡Ponte de pie y camina!" "¡Oye!" Fue sólo cuando levantó a Lázaro de entre los muertos que Jesús dio muestras de dependencia, de una especie de vacilación, de duda... y que *reconoció* su propia *indefensión.*

Del Evangelio se desprende que ante la tumba de Lázaro Jesús experimentó una oleada de desamparo. De hecho, su comportamiento desde el momento en que Marta y María, las hermanas de Lázaro, enviaron a buscarlo es tan poco característico que se puede calificar de indeciso. Fue como si pasara a través de un tiempo de espera, un periodo de desconocimiento y aprensión que nosotros los humanos llamamos duda. Primero que nada, manifestó que "el final de la enfermedad de Lázaro no es la muerte". Luego: "nuestro amigo Lázaro está dormido, pero yo iré y lo despertaré". Por último: "Lázaro está muerto". Demoró su partida dos días. Luego, pasó otros dos días en el viaje.

Cuando Jesús llegó a Betania, donde Lázaro, Marta y María tenían sus propiedades, Lázaro ya había sido sepultado. Desde el momento de su llegada, el comportamiento de Jesús fue peculiar e inusitado. Cuando se encontró con las llorosas hermanas, se mostró acongojado, suspiró y lloró abiertamente. Ante la tumba misma, manifestó públicamente su confianza personal y su dependencia al Dios... al parecer una necesidad reciente, sentida por él en ese momento.

Mirando hacia el cielo, dijo en voz alta:

"¡Padre! Te agradezco porque escuchaste mi petición. Yo mismo sé que siempre me escuchas, pero ahora te hablo en nombre de éstos que están aquí conmigo, para que ellos puedan creer que tú me enviaste".

Sólo podemos imaginar, y por comparación con nuestra propia suerte, la dificultad que Jesús padecía. Él, que jamás había vacilado, vacilaba. Él, que personalmente ordenaba en su propio nombre, hubo de esperar la aprobación antes de ordenar. En los años anteriores de la vida de Jesús puede haber habido otros momentos semejantes. Pero esta experiencia ante la tumba de Lázaro es la única de que se tiene noticia en la que el ejercicio por Jesús de su poder divino dentro del orden humano fue realizado sólo después de una breve experiencia de desamparo.

Sin menoscabo alguno de su divinidad, y sólo de modo de perfeccionar su calidad humana, a Jesús se le ofreció en la resurrección de Lázaro el escollo humano de temores y probabilidades. Tenía Él las mismas alternativas en ese momento que cualquiera de nosotros tiene en ciertos momentos críticos de nuestra existencia. Una alternativa nos dice:

"Quédate con tus temores. Con las probabilidades. Con tus impotencias. Acéptalas. Así es como son las cosas. Así es la vida". Otra alternativa nos dice: "Declárate indefenso e incapaz, y pide ayuda para superar toda indefensión e impotencia. Di: «Estoy indefenso, ¡ayudadme! Inseguro como soy, ¡ayudadme a tener seguridad!»".

El segundo elemento clave en la plenitud de la condición humana lograda por Jesús, y por ende garantizada como una capacidad en todos nosotros si así lo elegimos, en el *amor* humano: su aceptación, su dulzura, su celebración, la capacidad de darlo.

A primera vista, podría parecer que nadie puede amar humanamente, que es "una segunda naturaleza" el hacerlo así. Y, sin embargo, la experiencia siempre ha dicho a hombres y mujeres que es tan difícil amar como ser amado. Porque el amor humano jamás es cuestión de conceptos lógicos o de compaginación de datos. No implica el uso de un propósito. Jamás es un proceso administrado, un *quid pro quo*. Aquellos que se aman, en el ejercicio de su amor se ven envueltos en una atmósfera trascendental dentro de la cual permanecen como distintos, y sin énfasis de algún individuo sobre el otro.

El padre Gerald, exorcista de Richard/Rita, aprendió una brillante verdad acerca del amor humano a través de la prueba penosa a que lo sometió aquel espíritu malvado, cuyo método de deshumanización era el rebajar el amor mismo. En la larga conversación tenida con él mientras paseábamos por su jardín algunos

meses antes de su muerte, Gerald me trazó un esquema de su comprensión de que nuestra necesidad de realizar el aspecto sexual del amor es un resultado de que no poseemos a Dios (que es el amor mismo) y que humanamente ese aspecto sexual del amor es válido y ennoblecedor sólo cuando busca ser una expresión del amor que podemos alcanzar.

Nuestra dificultad estriba en que no somos capaces de imaginar un amor estrecho y personal entre hombre y mujer que no sea basado en el contacto sexual y que no tenga este contacto como su expresión última. Pero se trata de una limitación de nuestra visión, y no de una deficiencia en Jesús.

Jesús, como Dios que era, no necesitaba el vehículo de la sexualidad, ni tampoco aquellos que lo amaban. Y, sin embargo, ¿quién puede dudar del amor cálido y sincero de María, aquella María que vertió "una libra de esencia de nardo" sobre sus pies y luego los enjugó con su larga cabellera? Su gesto mismo implicaba un tierno afecto por Jesús, junto con la confiada suposición de que lo que ella hacía era comprendido, aceptado y, a su propio modo, correspondido. Llena de la fuerza que el amor nos confiere, mantuvo cautivos a los huéspedes reunidos alrededor por la solemnidad del amor expresado, tan seguramente como el aroma del perfume que llenaba "toda la casa", según nos lo dice el Evangelio.

Es la única ocasión de que se tiene noticia en que Jesús recibió la bella e íntima dulzura del amor humano expresado por una mujer, y Jesús insistió en que aquello le pertenecía.

"¡Dejadla hacer!", dijo a Judas Iscariote, que rezongaba. Jesús sabía que la belleza y el amor humano eran su propia santificación, porque eran gracias tangibles concedidas exclusivamente por Dios. Y, por tanto, insistió en que fueran recibidas... sin más ropaje que su propia gracia inherente.

Los Evangelios dejan claramente sentado que durante sus últimos días, mientras Jesús aguardaba la fiesta de la Pascua, estuvo frecuentemente cerca de Lázaro, Marta y María, los amigos que vivían en Betania. Se deja a nuestra imaginación el describir sus horas de camaradería con esta familia, la felicidad de estar en compañía de aquellos amigos y ser el objeto de su amor, las conversaciones dulces, profundas que tenían entre ellos, la cercanía, el calor, la celebración de su unidad en corazón y la dulzura de su total aceptación.

Y en la prueba de ese amor, según nos enseña el cristianismo, Jesús hizo que el amor fuera posible para todos y cada uno de nosotros. Humanamente, si así lo elegimos.

Para la comprensión cristiana de la plenitud humana alcanzada por Jesús, es central el hecho de que, antes, cuando superó su humana indefensión, y luego, cuando aceptó el amor humano, preparaba su alma para su victoria, no simplemente sobre el morir, sino sobre la muerte.

Porque la victoria sobre la indefensión sólo fue posible gracias a la confianza, a la dependencia del poder de Dios, al poner sus esperanzas en algo que estaba más allá de su ámbito humano. Y el consentir en amar y ser amado es algo que se hizo posible sólo porque él reconoció y aceptó la garantía dada por Dios de que todo amor humano —a pesar de su patetismo y debilidad— podía convertirse en algo eterno y divino.

En otras palabras, para salir humanamente victorioso en estas tres circunstancias, Jesús se fió de algo más que humano, de algo que ningún humano podía decirle, ni hacer por él.

Para Jesús, al igual que para nosotros, la muerte era la última y única seguridad. Ni siquiera él mismo escapó a la muerte. Ni ha hecho posible que ser humano alguno, incluso su propia madre, escapara a la muerte.

La experiencia de Jesús al morir se vio teñida por dos opuestos. Por una parte, la natural repugnancia al morir y a la muerte como el mal primario, como aquello que terminaría con su integridad humana. Por otra parte, su devoción al propósito de toda su vida, que sólo podía realizarse a través de la muerte.

De alguna manera misteriosa, Jesús fue obligado a soportar el mismo agonizante y natural temor a la muerte que sienten todos los humanos. Todavía lejana la hora de su muerte, el pensamiento de morir lo entristecía y lo inducía a lamentarse.

"Uno de ustedes me va a traicionar" reveló a sus discípulos en su cena íntima. "¿No podían velar una hora conmigo esta noche?" se lamentó ante sus tres compañeros, que se habían dormido. "Aleja de mí este cáliz", oró en el huerto de Getsemaní, mientras en el suelo sudaba, del más puro temor y repugnancia por la muerte.

Cada vez que se enfrentó a Judas, a sus captores, a Caifás, a Pilatos, a Herodes, al Buen Ladrón, a las Mujeres de Jeru-

salén, a Pedro, a su madre, él tenía el mando. Su conciencia era clara, su misión, firme.

Era sólo la negra mano de la muerte y la inmisericorde remuencia a morir lo que lo asustaba. Porque tenía que cumplir su misión en su identidad como hombre, a fin de romper los lazos de la simple humanidad.

"¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?". No se trataba de una queja que implicara una duda. Era simplemente una exclamación en la dura cúspide de su tortura corporal. Por vez primera, las nubes entorpecían sus actos sicofísicos. No podía ya ver ni oír bien. Se le escapaba el control de su imaginación. Su memoria funcionaba en rápidos estallidos y, luego, quedó en blanco.

Sin embargo, pasó a través de esa muerte y salió de la existencia corporal, conservando su esperanza y su confianza:

"¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!".

En este preciso momento todas sus facultades síquicas —memoria, imaginación, sentimientos, sensaciones— se reunieron en una dura bola de dolor. Ya no podía respirar. El corazón le dolía con el esfuerzo, y luego dejó de latir. Su cerebro ya no recibió más sangre. Esta breve dislocación que nosotros describimos concisamente con un palabra de dos sílabas, muerte, se enseñoreó de él.

Jesús no nos ha hablado de la agonía física sufrida en este estremecedor tirón, cuando cesó de ver, de oír, de gustar, y en un traumático instante el yo humano que solía ser se encontró en una nueva dimensión en la que todo era claro, en la que ya no había más duda, en la que ya no podía sentirse afligido por los males materiales y en la que su alma humana existía en imperturbable armonía con Dios. Había muerto. Como todos los humanos han de morir. Y sobrevivió en espíritu, como todos los humanos pueden ahora hacerlo, gracias a la agonía y a la muerte de Jesús.

Como el primer ser humano que soportó la muerte y murió perfectamente, Jesús tenía que levantarse de entre los muertos. Tenía que vivir de nuevo como ser humano. Su muerte corporal y el que haya vuelto a vivir en su cuerpo, son dos fases de un solo acto integral. De ahí que aquello que los cristianos han llamado siempre su Resurrección implica no sólo el volver a vivir, sino también el morir y el sobrevivir a esa muerte corporal.

El mensaje de Jesús en los relatos que de la Resurrección hacen los Evangelios es claro: No acepten simplemente el hecho de que sobreviví a la muerte. Porque ésta no es una idea cristiana. La idea es ésta: *Crean* que he trasformado vuestra manera de morir y vuestra muerte, haciéndolas un medio de resurrección y ascensión y una entrada al Reino de Dios. Y esto para todo ser humano, hombre o mujer.

Es por ello que los testigos de su resurrección no se preocuparon por su apariencia personal ni por sus facciones después de la muerte, cuando volvió a vivir, sino por su persona y su identidad y su presencia. Una auténtica salvación del hecho patético de ser simplemente humano, por tanto, implica que no sólo es posible para nosotros el vivir para siempre, sino que sabemos y perseguimos esta meta de tal forma que nos permite escapar de los confines del tiempo y del espacio. Hemos de *saber* con certeza absoluta. Y a este saber se le llama creencia.

Lo que Jesús logró fue que nuestro acto de creer nos diera conocimiento de Él y de nuestra salvación; y por ese acto de creer, escapamos de los confines de nuestro mundo material y de nuestra propia conciencia y, después del primer asentimiento de la creencia, tenemos el quieto flujo de la certeza acerca de cada persona como hombre, como mujer, y acerca de Dios como padre, salvador y alegría eterna.

Y porque Jesús realizó plenamente su condición y su calidad humana en lo que respecta a indefensión, amor y muerte, todos y cada uno de nosotros somos capaces de superar nuestra indefensión; de lograr el amor verdadero; de vivir para siempre. Esta es la *capacidad* que Jesús ganó para nosotros, es una capacidad que define los más amplios trazos de lo que experimentamos como la calidad humana potencial en cada uno de nosotros. En esta gigantesca tela están pintados hasta los más nimios detalles de lo que podemos lograr con nuestra respectiva calidad humana.

Esta capacidad, nuestro potencial para poseer esta calidad humana, pone a todos los hombres y mujeres en relación directa con Jesús. No es simplemente que nuestra aspiración, nuestro amor y nuestra muerte sean *medidos* tomando los suyos como ejemplo. Ni tampoco que recibamos de él pequeños trozos de *fortaleza*, a fin de ser capaces de *imitarlo* en estas cuestiones

(como consciente o inconscientemente imitamos a heroínas, ídolos e ideales populares, y así conformamos nuestro comportamiento al de alguien a quien estimamos mucho). Jesús no nos ayuda simplemente en la forma en que nosotros nos aseguramos de tiempo en tiempo de que tal o cual hombre o mujer nos han ayudado gracias a sus actos y a la inspiración de sus palabras.

La relación es mucho más íntima. Si nuestra *elección* es aspirar, amar y morir con la esperanza de vivir, entonces nuestra aspiración y nuestro amor y nuestra muerte en esa esperanza inmortal *es* la aspiración y el amor y la muerte que Jesús realizó tan perfectamente de una vez por todas y para todos los humanos. Cuando decidimos lograr esta calidad humana, entonces entre nuestra calidad humana y la calidad humana lograda por Jesús existe *un paradigma* de *identidad*. No se trata de una identidad corporal, sino más bien de una *asimilación* en espíritu. La limitada capacidad de cada mortal se convierte en una participación menor y parcial de la plenitud divina y la rica corriente del espíritu divino de Jesús. Toda persona está destinada a convertirse en un Jesús hasta cierto punto o grado: a ser un mismo yo con la humanidad de Jesús.

Fue esta función primordial de Jesús la que Pablo de Tarso resumió cuando tomó el antiguo mito judío de Adán como "el primer hombre" y "cabeza de la raza humana" en el sentido de la generación física y la derivación biológica, Pablo llama a Jesús el "Segundo Adán" y la "Cabeza de todos los hombres y todas las mujeres" en el ser del espíritu. En el lenguaje de la piedad y la religión cristiana clásicas, todos y cada uno se convierten en un *alter Christus*, otro Jesús. Se convierten en parte de esa plenitud del bien en nuestro humano universo que Dios previó y permitió.

Desde el punto de vista cristiano, todo ello es posible porque Jesús era Dios hecho hombre. Todos sus actos humanos le pertenecían como Dios. Su valor y significado participaban en la eterna y total perfección de Dios. Jesús tiene una prioridad en esa eternidad que asegura su eterna presencia y prioridad dentro de todos los cambiantes marcos de tiempo y espacio de nuestra historia humana. Como ser humano mortal, vivió en determinado lugar y en determinada época. Sin embargo, en humanidad fue y es existente y presente para todos los seres humanos como fuente y garantía de cuanta humanidad puede lograr cada uno de nosotros.

Al mismo tiempo, Jesús fue también un hombre mortal, un judío que vivió determinado número de años en Palestina y sus alrededores. Tuvo ciertos límites mortales de mente, cultura, experiencia de vida. Durante su existencia mortal, Jesús no pudo realizar el grado pleno de humanidad posible en miles de millones de seres humanos diversificados por el clima, el lenguaje, la cultura, el género y la civilización. Para lograr esta meta, Dios eligió la necesidad de la participación de todos los seres, hombres y mujeres.

Por tanto, según el punto de vista cristiano, Jesús es la clave de la plenitud de nuestra humanidad, porque él alcanzó esta plenitud para nosotros *en potencia*.

Pero debe ser realizada *de hecho* en cada hombre y en cada mujer, y sólo puede serlo por la elección personal y actos personales en la realidad del bien y del mal presentes y posibles para todos nosotros, sea o no que hayamos oído hablar de Jesús.

Y la clave para la plenitud del mal —de aquello que niega y mata la humanidad y logra lo opuesto al plan divino— es Lucifer, el brillante ángel que libremente decidió separarse de Dios, pero que como criatura que es de Dios, no pudo separarse del humano universo.

El proceso de la posesión

Jamás sabremos con detalles cómo es que los malos espíritus seleccionan a determinada persona como blanco de la posesión, ni de los detalles de cómo emprenden su horrible tarea en las primerísimas etapas.

—¿Cuándo empezaron a trabajar a Jamsie? —preguntó el padre Mark al superior de Ponto.

—Fue elegido antes de nacer —es la terrible respuesta.

Podemos, no obstante, seguir las líneas generales por las cuales prosigue la posesión y trazar también las etapas más generales del progreso y éxito de la posesión en la víctima.

De los cinco casos estudiados en este libro, y de un sinfín de otros casos, se puede decir con cierta confianza que, por lo general, antes de que la persona elegida para ser blanco de la posesión, o quienes la rodean, se percaten de ello, la mecánica de la posesión ya se ha iniciado. En los casos aquí expuestos, las primeras líneas de "invitación" pueden seguirse casi hasta la infancia, salvo en el caso de los dos sacerdotes, Yves y David. Encontramos las primeras señales del ataque diabólico sólo en su edad adulta.

Los comienzos de la posesión suelen poderse seguir, generalmente, hasta después del hecho, en la memoria de la única persona —el poseso— que puede hablarnos de esos momentos. A veces, en el curso del exorcismo, el exorcista puede hacer que el espíritu poseedor descubra algunos detalles acerca de cómo se efectuó la entrada del Espíritu del Mal y la posesión se convirtió

en un hecho. El padre Mark, en particular entre los exorcistas tratados en este libro, estaba firmemente convencido en que debía obtenerse dicha información. Quizá como consecuencia de ello, Mark nos da la impresión de poseer un "sentido" extremadamente rápido de los aspectos prácticos del trato con los espíritus malignos y del exorcismo. Está claro que comprendía la dificultad de Jamsie con gran detalle, y ello sólo partiendo de una única entrevista con Jamsie, cerca de dos años antes de la fecha en que fue llamado para realizar el exorcismo. Sin embargo, el padre Conor, quien enseñó al padre Peter con tanto detalle durante los meses que pasó en Roma, sigue siendo, de los exorcistas conocidos por mí, quien parece haber poseído la más amplia comprensión y conocimiento de las etapas y peligros de la mecánica de la posesión y del exorcismo. La exposición general que Conor hacía de las fases de la posesión era la siguiente. Primero, el *punto de entrada,* es decir, el punto en el que el Espíritu del Mal entra en una persona, y una decisión, por débil que sea, es hecha por la víctima para permitir esa entrada.

Luego, una etapa de *juicios erróneos* por el poseso en asuntos vitales, como resultado directo de haber permitido la presencia del espíritu poseedor, y que al parecer es una preparación de la siguiente etapa.

Tercero, el *rendimiento voluntario de dominio* por la persona poseída a una fuerza o presencia que siente claramente ser ajena a ella misma, y como resultado de lo cual el poseso pierde el dominio de su voluntad y, por tanto, de sus decisiones y sus actos.

Una vez que la tercera etapa es segura, ese extenso control prosigue y puede llegar a alcanzar el punto de saturación: la posesión perfecta.

En cada caso, estas cuatro etapas se entrecruzarán y traslaparán de diferente manera. Y, si bien el procedimiento puede ser rápido, con más frecuencia suelen trascurrir años hasta que se logra.

"Tenemos la eternidad del Señor del Conocimiento", dijo a Hearty la Tortuga, con arrogancia.

Y a cada nuevo paso, y durante cada momento de la posesión, es necesario el consentimiento de la víctima, o la posesión no podrá tener éxito. El consentimiento puede ser verbal, pero siempre implica el elegir la manera de actuar. Una vez dado el consentimiento inicial, el retirarlo es cada vez más difícil a medida que trascurre el tiempo. En el caso de Jamsie, se vio

sujeto a intensos dolores corporales cada vez que pensaba en echar a Ponto. Cuando Carl dudaba, se veía amenazado con vívidas imágenes de su propia extinción. Pero cualquiera que sea el dolor o la amenaza, tienen por objeto retener el consentimiento del poseso para la continuada presencia y fuerza del espíritu preternatural.

Antes que ser signos del gran poder de los espíritus preternaturales, dichas amenazas son prueba de sus limitaciones, pues no pueden atacar ni lograr el dominio directo de la voluntad. Sólo pueden operar a través de los sentidos (los dolores, en el caso de Jamsie) o en la imaginación (el temor que Carl sentía era producido mediante el ataque a su imaginación), a fin de asegurar la continuación de este elemento básico para toda posesión humana: el consentimiento de la víctima por su propia y libre voluntad.

La primera etapa, la entrada real del Espíritu Maligno y el comienzo de su influencia personal *dentro* de una persona, parece realizarse siempre por medio del conocimiento que el espíritu tiene de algún rasgo de carácter o de algún interés especial o de algún pasatiempo de la víctima.

Por ejemplo, fue la terquedad de Marianne lo que pareció abrirla a la invitación. En el caso de Richard/Rita, fue su singular apreciación de la feminidad, y en el de Jamsie, la soledad; en el de Carl, los dones síquicos, y en el de David, el intelectualismo, en tanto que en el de Yves se trató de sus instintos estéticos, su encanto personal y su ocupación sacerdotal. Mediante el conocimiento de estas especiales inclinaciones e intereses —ninguno de los cuales es de por sí bueno o malo— y mediante un inteligente llamado en especial relación con tales inclinaciones e intereses, la entrada se logró en todos y cada uno de dichos casos.

Todos los exorcizados aquí mencionados reconocen, examinando el pasado, que ellos sabían —ya sea que este reconocimiento fuera vago (digamos, como en el caso de Marianne) o explícito (como en el de Carl)— que la fuente de la ayuda ofrecida no era ni de origen humano ni de origen religioso. Aquella fuente siempre era vaga, pero en todos los casos daba seguridad. Siempre los enajenaba de sus alrededores y de quienes estaban más cerca de ellos. El sentimiento general era de "que podían ocurrir

grandes cosas" en ellos (Yves) o "podían ocurrir cosas nuevas" en ellos (Richard/Rita) o ese "éxito especial" sería suyo (David) si accedían "escuchar" (Jamsie o a "pensar a lo largo de estas líneas" (Marianne) o de "esperar más" (Carl). En esta etapa, jamás parece haber habido sugerencia franca alguna contra la religión ni la fe religiosa, ni contra Jesús. En algún momento durante esta primerísima etapa llega un instante delicado en que cada persona *elige* el considerar la particular *oferta* que se le hace. Los exorcizados de que se habla en este libro han convenido en que hicieron esta elección y en que tenían la sensación de violar su conciencia cuando lo hicieron, aunque, por el momento, en algunos de los casos les pareció una violación de menor importancia.

También ocurre que lugares, objetos e incluso animales sean usados para despertar la atención e interés de la víctima: en este libro, es notable el ejemplo de Jamsie. Y, ya más avanzado y en otra forma, Carl constituye un ejemplo, así como Richard/Rita. Pero incluso cuando el ataque diabólico se inicia a través de un acto u objeto, lugar o animal, el blanco último son las personas: se trata de impresionarlas, de atemorizarlas, de someterlas, de fascinarlas, de actuar sobre sus sentidos e imaginación a fin de lograr su consentimiento.

Una vez dado el consentimiento inicial, sigue un periodo en el cual la víctima hace una serie de juicios personales prácticos que lo alteran profundamente y lo preparan para la siguiente etapa crítica, cuando habrá de dar su control. Esta es la etapa de los *juicios erróneos* de carácter sumamente personal, y que generalmente suelen empezar en campos a los que la persona concede el máximo valor y de los que deriva el máximo sentido de conocimiento y libertad personales. Durante este proceso, las fuerzas, la belleza y el idealismo original del individuo son vueltos de cabeza lentamente y uno a uno.

Así, la idea original de Jonathan de un nuevo sacerdocio, de un nuevo ministerio para satisfacer las nuevas necesidades de la década de 1960 lo llevó a arrastrar uno tras otro los ritos tradicionales y las enseñanzas de su Iglesia, hasta que acabó por cambiar el significado sobrenatural del sacramento en una celebración social.

En el caso de Richard/Rita, su equivocado criterio inicial se refería a su androginia: él lo consideraba como algo real,

y de ahí siguió una serie de juicios erróneos acerca del acto sexual, acerca de la mujer, el matrimonio y el propósito de la vida, que volvieron el significado de cada una de estas cosas en una pesadilla que llevó a Rita a profanar aquella misma feminidad que tanto había apreciado.

Los juicios de Marianne eran primordialmente de tipo intelectual, pero todos tenían aplicación concreta. Decidió que la libertad de pensamiento significaba el liberarse de toda obligación moral para con Dios y para con la autoridad, y que debía evitarse a aquellos que podían inculcar tales obligaciones. Y, en rápida sucesión: que los demás eran necios; que la libertad significaba inmunidad al consejo de aquellos con los que no estábamos de acuerdo; que la inmunidad al consejo significaba el hallarse a sí misma; que el hallarse ella a sí misma significaba aislarse; que aislarse significaba retirarse dentro de sí misma; que el retirarse dentro de ella misma significaba total ausencia de iniciativa y de ser simplemente una misma; que esa condición de "limitarse a ser" era lo mismo que "no ser, en lo absoluto": simplemente dos aspectos de una misma cosa; que partiendo de esta condición estaría abierta al secreto inaudito que "el Hombre" le había de revelar; y así sucesivamente.

Y podemos seguir un progreso similar en los juicios de David basados en sus estudios antropológicos y en las metodología de su ciencia; finalmente, llegó a una condición en la que estaba aplicando las normas del método científico a los datos de su fe religiosa.

A este respecto, Carl fue el más desastroso y el más luciferiano. Cada uno de sus brillantes dones se convirtió en una avenida para el engaño que se negaba a reconocer. E, incluso al final, trabajó bajo la ilusión de que él, Carl, estaba a punto de "redescubrir" la "versión auténtica del Cristianismo".

Si la víctima, ya parcialmente poseída, no retira su consentimiento y no consigue liberarse, ya sea con ayuda o por su propia fuerza de voluntad y resistencia, habrá de llegar con toda seguridad a un momento crítico. Se verá sujeta a una presión creciente y, por último, ineluctable, para permitir un "control interior" por una fuerza extraña. Y este dominio afectará sus pensamientos, emociones, actos de voluntad, intenciones, simpatías y antipatías.

Cada uno de nuestros exorcizados pasó por esta experiencia. Cada uno de ellos sintió una "presión" extraña para permitir que "alguien más" les diera órdenes; y este "alguien más" estaba "dentro" de ellos de una u otra manera. La presión no era física, como tampoco lo era la presencia dentro de ellos. Había, sin embargo, resultados físicos cuando trataban de resistir aquella presión, como ya vimos.

Pero, una vez que se rendían, empezaban a recibir "instrucciones": juicios ya formulados y actitudes adoptadas, incluso palabras puestas en sus labios y actos en sus miembros. Jamsie jamás parece haber llegado a este punto. Al parecer, se rehusó a aceptar este dominio al rehusarse a admitir la presencia permanente de Ponto dentro de sí mismo.

En el caso de David esta rendición fue sutil, no obstante lo cual se rindió. En su caso, observamos una profunda y disimulada manera de mentirse a sí mismo acerca de su aceptación de dicho dominio. Sin embargo, precisamente debido a esta sutileza, que a su vez indica una rebeldía en su consentimiento a ese dominio, su posesión nunca llegó demasiado lejos.

Yves se rindió a la más intensa presión al decidirse a ir a visitar a sus amigos. Richard/Rita parece haberse rendido cuando era un jovencito, durante aquella noche pasada solo en la soledad de su campamento. Marianne experimentó la entrada de ese dominio casi materialmente cuando estaba sentada en la banca del parque, frente "al Hombre". El primer momento de rendimiento en Carl, puede buscarse en el instante en que, como adolescente, "accedió" a "esperar"... con todo lo que esto implicaba de futura aceptación; pero la presión más intensa se produjo en él cuando miraba la puesta de sol a través de la ventana de su oficina. La Tortuga había preparado bien a su víctima, porque aun cuando Carl pensó en resistir sabía que ya no tenía los medios de hacerlo; y este consintió plenamente en una claridad de conciencia poco usual.

A pesar de todas las ofertas de éxito y felicidad, de todas las visiones de libertades especiales que pueden habernos llevado a este punto, una vez que se rinde el dominio propio, virtualmente cesa toda libertad personal a partir de ese instante. Esta es la más honda elección personal que se puede hacer. Caso significativo, la opción a renunciar a toda libertad de elección descansa en esa misma libertad garantizada por Dios

mientras la persona opte por ser libre. La elección sólo puede ser hecha *por* la persona; jamás puede ser hecha *por* terceros. Y si la opción fundamental consiste en abandonar ese libre albedrío, entonces la posesión se habrá logrado en su etapa más esencial y concluyente. La decisión simultánea es rechazar a Dios y a Jesús y a esa calidad humana que Jesús hizo posible. Ya no tienen la luz divina. Existe un vacío de todo conocimiento profundo que contribuya a esa humanidad. La luminosidad toda del alma es ahogada poco a poco. Y en ese vacío, el Espíritu Malo vierte su propia luz y su propio conocimiento.

Una vez lograda la posesión, la expansión del dominio diabólico es dramática y rápida. La luz del conocimiento del Espíritu del Mal tiene sus propios efectos, notables, inmediatos y que se protegen a sí mismos. Ponen al poseso en guardia contra circunstancias, personas, lugares y objetos estrechamente relacionados con Dios y con Jesús. Llevará al poseso a evitar situaciones que constituyan una amenaza para la fuerza posesiva del Espíritu del Mal. Las instrucciones que diera Ponto a Jamsie, de que se alejara de las mujeres y de la bebida, y su influencia en el comportamiento de Jamsie, hicieron casi imposible para éste el desarrollar relaciones humanas normales con otra persona, lo cual no sólo contribuyó a perpetuar su soledad y aumentar su necesidad de la compañía de Ponto; también lo mantuvo alejado de todo posible amor humano... porque el amor es un bien positivo necesario para nuestra calidad humana.

Algunos de los efectos de esta especial luz diabólica pueden ayudar al poseso en su trabajo. Ponto mejoró el estilo de Jamsie como radiolocutor; el encanto de Yves se vio incrementado por la influencia de Mr. Natch; la reputación de Carl en el campo de la parasicología alcanzó alturas insospechadas con la ayuda de la Tortuga. Con frecuencia, el poseso es notificado de posibles amenazas de tipo ordinario (la repulsión que sintió el asaltante a la vista de Marianne fue resultado de dicha protección); se les deja entrever oportunidades para buscar y lograr su satisfacción personal o su prosperidad y se les da más peso, información nueva, energía mental, y un mayor poder en su trato con la gente.

Pero el efecto más notable de la luz y el conocimiento del Espíritu Maligno es el extraordinario y dramático cambio que

se produce en los juicios, principios y visión del poseso, junto con un sentido siempre creciente de pérdida del dominio propio, incluso al grado de perder la conciencia de los propios actos.

"Siempre supe, a partir de ese punto", comenta Carl ahora, "que había dado mi consentimiento a un rígido dominio, y que ahora pensaría y diría y haría cosas sin ser capaz de decir por qué y sin razón ni motivo alguno".

Y si bien es cierto que Richard/Rita recuerda la escena con aquella muchachita moribunda en la nieve, recuerda al mismo tiempo que estaba completamente fuera de sí. No estaba, en el sentido ordinario, consciente de lo que hacía. Los más repugnantes incidentes relatados en este libro, de hecho, ocurrieron en el caso de Richard/Rita, y sirven como un trágico y dramático contrapunto a lo que Richard/Rita buscaba más ansiosamente al consentir en la posesión: el sentir un amor más tierno, el comprender el significado de la masculinidad y la feminidad, de la condición del hombre y de la mujer.

Aun cuando la búsqueda de Richard/Rita era genuina y sincera, para Richard/Rita la feminidad se convirtió en algo odioso. Se trasformó en una fuerza repugnante que debía ser conquistada, incluso por la necrofilia. Su propio cuerpo se convirtió en un vehículo de total profanación en la misa negra.

Al parecer, este "dominio" cambió todos los juicios, principios y conceptos de Marianne. Todos los símbolos del bien y la belleza se convirtieron en señales de pánico y huida: la cruz en el General Building, la misa, la sexualidad, su propio cuerpo, sus padres. Eligió el ser totalmente libre y autosuficiente, pero acabó convertida en una esclava absoluta... salvo por aquel pequeño vacío de resistencia que le permitió valerse de la ayuda, cuando le llegó a través de Peter.

Para Yves, los sacramentos y su propio sacerdocio se convirtieron en algo puramente material, que no tenía relación alguna con Dios ni con Jesús ni con lo sobrenatural. Al parecer, sin embargo, también él conservó un pequeño punto de resistencia por el que pudo guiarse cuando sus amigos iniciaron el exorcismo.

Si el extendido dominio prosigue sin obstáculos, si se da el consentimiento *total*, entonces se logra la posesión total (o

perfecta). El padre Mark está cierto de haber encontrado más de uno de tales casos... pero sólo por casualidad, pues jamás se pediría el exorcismo para una persona tal, e incluso si se intentara, si el poseso no tiene siquiera una pizca de voluntad de verse libre, lo probable es que no haya éxito.

Aunque Mark jamás vio a Jay Beedem, tenía la seguridad de que esa persona había desempeñado parte, de alguna manera extraña aunque insignificante, en las dificultades de Jamsie. Mark trató de aclarar su sospecha durante el exorcismo, pero Multus, el "superior" de Ponto, se negó a decirle nada.

"No", respondió Multus perentoriamente. "Esa Persona no tiene autoridad sobre Jay Beedem. Es nuestro".

En el caso de Richard/Rita también cabe preguntarse si el siquiatra, el doctor Hammond, estaba ya en camino de la posesión perfecta.

"Es nuestro ¡No necesitamos luchar por él!" gritó el Desvirgador de Muchachas. "No puedes rescatarlo. Es nuestro".

En todos los casos de posesión que alcanzan el punto del exorcismo, el sujeto ha llegado a un cruce de caminos. Resta en él un pequeño rincón de reserva, un pálido brillo o recuerdo de la luz de Jesús. Alguna minúscula partícula de dominio propio es conservada por el poseso, contra aquella invasión creciente de todo su ser por la primera criatura que cayera de la gracia de Dios. Surge una pequeña revuelta contra el dominio originalmente aceptado. Los posesos se convierten en rebeldes; y, en tanto que se rebelan, se ven atacados con creciente ferocidad por el espíritu invasor quien, a su vez, protesta contra todo intento de desalojarlo de su "casa".

Los posesos que han sido exorcizados con éxito, suelen relatar ahora que, en cierto momento, empezaron a sentir un esfuerzo por dominar su pensamiento, su voluntad, su memoria.

Y es esta extraña y terrible lucha entre la víctima rebelde y el espíritu del mal que protesta contra la rebelión lo que, de cierta extraña manera, empieza a producir los síntomas repugnantes e inquietantes que suelen con tanta frecuencia asociarse con el poseso y también inducen a sus familias y amigos a buscar quien los ayude.

Muchos exorcistas piensan que la mayoría de los que están posesos sólo en parte y que se rebelan en esta forma, jamás reciben ayuda del sacerdote. Son llevados a los médicos y a los

siquiatras, quienes nunca logran ayudarlos. Mediante el tratamiento con drogas se logra una "disminución" temporal —una calma de la violencia— lo cual suele lograrse a costa de la agudeza mental y de la energía física. Los sujetos, según piensan los exorcistas, pueden con frecuencia pasar algún tiempo en instituciones para enfermos mentales, y ahí empeorarán, poco a poco, a medida que prosigue la batalla.

Cuando la rebelión del poseso conduce al exorcismo, esa amarga lucha es sacada a la luz. El exorcista se ofrece literalmente como rehén. Se alza como campeón del poseso y lucha por él en la batalla que éste no puede librar por sí mismo... ya que no puede hacer nada más allá de su extraña manera de pedir ayuda.

Los tres actores principales, el exorcista, el exorcizado y el espíritu invasor, son puestos en peligro. El poseso habrá de soportar una agotadora y abrumadora demolición de su cuerpo, su mente, sus emociones: y lo poco que de él permanezca libre no deberá dudar.

El exorcista sufrirá todas las penas y castigos inimaginables que ya hemos descrito y que cada uno de los exorcistas de este libro ha representado gráficamente.

La angustia del espíritu poseedor puede observarse en los golpes, en los rechinidos, en los discordantes lamentos que con tanta frecuencia avasallan la mente del exorcista, a medida que espíritu tras espíritu se ve dolorosamente obligado a abandonar su "hogar" humano. Éste tiene que ser en verdad un poco de la eterna agonía experimentada de una vez y para siempre por Lucifer: el dolor irremediable de la pena sufrida por la más brillante de todas las inteligencias creadas que lanza alaridos una y otra vez en la voz del Sonriente, de Mr. Natch, de Ponto, de Multus:

"¿A dónde iremos? ¿Dónde nos ocultaremos de la venganza divina?".

El final de un exorcista

Michael Strong. Conclusión

El padre Michael fue llevado de Hong Kong a Irlanda, a principios de julio de 1948. Pasó cinco meses en una casa de descanso con las Hermanas Médicas, en el Condado de Meath. Para diciembre, se sentía lo bastante fuerte para ir de visita a su ciudad natal, Castleconnell, en el Condado de Tipperary, donde tenía infinidad de sobrinas y sobrinos y primos casados. Y allí vivió hasta su muerte, en octubre del año siguiente.

Michael era extremadamente incomunicativo en lo que a él mismo se refería. Pero gradualmente la gente del pueblo acabó por percatarse de su condición y de algunos hechos originales en su pasado reciente. Todos dieron por sentado que se trataba de uno de ellos, que había regresado de aquel grande, desconocido mundo de "fuera" donde, como ellos decían, "esos chinos y bolcheviques paganos hicieron pasar las de Caín al padre Michael".

Michael jamás se aventuraba en las estrechas calles de Castleconnell, y rara vez salía al jardín que rodeaba la casa. Por la mañana y por la noche su ama de llaves abría los ventanales, de manera que el viejo pudiera sentarse en el porche, a la sombra, y mirar el pasto, los manzanos y las paredes provistas de espalderas. Una y otra vez miraba una enredadera a la que quería mucho, o bien, escarbaba un poquito alrededor de los rábanos, de las cebollas y de los nabos que crecían en el pequeño huerto que ocupaba un trocito al lado de la pared del Sur. su sueño era ligero y dormía poco por la noche; lo único

que leía eran las ediciones dominicales de los periódicos, y parecía estar perdido todo el tiempo en pensamientos y meditaciones.

Un joven vicario decía misa en su habitación a las seis de la mañana, todos los días. Una vez al mes, más o menos, el padre Michael mismo decía la misa; pero le tomaba casi dos horas. El esfuerzo era una tensión obvia. Era raro que recibiera otros visitantes, y los que iban se quedaban apenas un momento: alguna sobrina o sobrino con sus chiquillos que iban a verlo los domingos, algún viejo amigo del seminario o el obispo. Sin embargo, jamás ninguno de ellos llegó a enterarse con exactitud de lo que había tenido que pasar ni de las razones de esta singular calma, de ese silencio, de la espera en la que obviamente pasó Michael sus últimos años. Parecía estar esperando algo, o a alguien.

Mi tío era el médico general residente de Castleconnell, y yo, siendo un joven seminarista, oí hablar del padre Michael Strong muchos meses antes de que por fin lo viera cara a cara y empezara a visitarlo de vez en cuando. Mis recuerdos de él están frescos después de 25 años; algunas de sus frases y palabras permanecen indelebles en mi memoria, unidas a sus tonos y expresión. Cuando lo conocí, me dio la impresión de una gran fragilidad. Alto y de huesos planos, era obvio que había perdido mucho peso.

Pero la fragilidad no era mayormente efecto de su delgadez, de su mechón de cabello gris, de sus manos huesudas ni de sus sumidas mejillas. Era una apariencia general de delicada supervivencia, como si en él pendiera de un cabello el equilibrio entre la vida y la desaparición de la vida. Había en su rostro y en su persona una trasparencia que lo revestían de una serena tensión. Imaginario o no, siempre parecía estarse llevando a cabo un silencioso diálogo entre Michael y un mundo que yo era demasiado tosco y demasiado carnal para percibir. Sólo sus secuelas se registraban en alguna parte de mi interior, previniéndome contra todo movimiento brusco y contra toda expresión o manera agresiva de hablar.

Siempre hablaba gustosa y fácilmente de China y de la labor que realizara allí. Aquel pequeño círculo de amistades conocía las generalidades de su historia. Pero de Thomas Wu hablaba poco y con dificultad, rara vez con detalles. Al princi-

pio yo pensé que esto se debía a alguna repugnancia que le producían sus recuerdos de aquella época. Pero luego, cuando hablaba de su pasado reciente, empecé a descontar eso como razón para su reticencia. Cuando le planteaba yo preguntas acerca del exorcismo de Wu, empezaba a recordar y a contestar, pero luego se perdía, como si aún esperase alguna explicación, algún final, alguna línea postrera que debería ser escrita para cerrar esa historia.

Se produjo en esa ocasión un suave silencio como de diez o quince minutos. Nuevamente se agitó en su asiento:

—Pues bien, todo cuando Dios quiera... El cristal se aclarará... Tiene que aclararse... —o algún otro comentario de ése tipo era lo que solía hacer.

Y aprendí que en tales momentos (no antes) uno se levantaba y dejaba al padre Michael solo con sus pensamientos y sus presencias siempre presentes.

Tenía algunos gestos suyos muy típicos: la palma de la mano derecha sobre la frente; se frotaba la barbilla con la parte posterior de la muñeca; se sujetaba los dedos de la mano derecha con la mano izquierda. Todo este tiempo sus ojos miraban directamente hacia el frente, no soñadores, ni tampoco despiertos, ni vacíos, ni abiertos y llenos de recuerdos, sino, al contrario, llenos de detalles siempre más estrechos de un panorama actual invisible para los demás. Es por ello que algunos de los del pueblo que lo habían visto solían comentar:

"¡Pobre padre Michael! De seguro está esperando al Señor".

Esa espera era la clave de su personalidad durante aquellos meses, como si "esperase que el cristal se aclarara..." Cuando, ocasionalmente, llegaba hasta la puerta para despedir a su visitante, tenía en su cara esa misma expresión, parecía estar escrutando el camino, el cielo, esperando algo o alguien a quien reconocería en el instante mismo en que lo viera. Algún viejo conocido, pensaba yo al principio. Quizá un mensajero. Uno no lo sabía.

La misma impresión me produjeron sus largas vigilias en el porche, y las horas que pasaba sentado, muy derecho, en su estudio, mirando hacia la puerta o hacia la ventana. La primera apertura que logré al sonsacar ciertos datos acerca del exorcismo de Thomas Wu, ocurrió en mayo de 1949. Ya tarde, cierta noche, John Gallen, campesino de Castleconnell, había

matado a su vecino, Jim Cahill, con un azadón. Había sido simplemente una acción más en una vieja rencilla familiar. En cada generación, un Gallen o un Cahill morían de muerte violenta.

Michael me habló de Caín y Abel en una forma un tanto desordenada. Luego volvió la cabeza y me preguntó abruptamente:

—¿Acaso John Gallen tiene algo en la barbilla? —sin aguardar mi respuesta prosiguió—. En todo caso, ¿qué podrías tú saber de eso? Gracias a Dios. Por tu propio bien.

Pero había revelado algo, y consideré que valía la pena proseguir aunque fuera una mera suposición.

—¿Acaso Thomas Wu tenía algo en la barbilla, padre Michael? —miró a su alrededor lentamente. Sus ojos, por lo general de un azul desteñido, ardían:

—Joven, hay cosas que es mejor aprender por uno mismo y únicamente cuando le ocurren a uno.

Luego, uno de sus prolongados silencios. Yo aguardé. Por último, agitándose en la silla, me dijo con gran sorpresa de mi parte:

—Pues bien... ahora que tienes una ligera idea, supongo que es preferible que sepas algo más. Pero no hoy. Algún otro día —después, una pausa ,y luego el inevitable—. Si Dios quiere.

No volví a ver al padre Michael sino hasta mediados de julio. Era una de aquellas largas noches de verano, tan raras en aquella parte de Irlanda, bajo un cielo sin nubes y después de un día de calor seco. Para cuando yo llegué, toda la brillantez del cielo se había esfumado. Había solo una suave luz salpicada aquí y allá de pequeñas líneas quebradas de reflexiones broncíneas que procedían del océano occidental, donde el sol se estaba poniendo. Un ligero viento empezaba a refrescarlo todo después del calor del día.

Michael estaba junto al enrejado, quitando las hojas secas de su enredadera. Habían enrojecido prematuramente. Cada una era colocada con gran cuidado entre las páginas de su Biblia.

—Me alegra mucho que hayas estado ausente tanto tiempo —me dijo—. El tiempo es algo tan necesario... —cerró la Biblia sobre la última hoja. Caminamos lentamente hasta su silla en el porche.

Hablamos algunos momentos acerca de las noticias del lugar. Luego me comentó acerca de la marca que Thomas Wu tenía en la barbilla. Se mostró muy insistente: era una marca personal.

—Como la que pondría el alfarero en el fondo de una vasija hecha por él. O el pintor en su cuadro. Una especie de *Satan me fecit*.

Añadió algunos detalles acerca de Thomas Wu. Al parecer, en los principios de la década de 1930, Wu había pasado algunos años en Japón. Después había vuelto a Nanking completamente cambiado: furioso enemigo de los japoneses, furioso enemigo del Kuomintang, hablando constantemente acerca de los jefes comunistas en el norte de China; pero había en él algo más; todos sus amigos se sentían inquietos: había en él algo del todo extraño.

Wu, según añadió Michael, se había entregado en cuerpo y alma a aquella vieja, viejísima fuerza, la que indujo a Caín a asesinar a su hermano Abel en los campos, la que trató de impedir que Dios creara el mundo. La más vieja. La más poderosa. Para todos ellos. "Ellos", en la boca de Michael, eran los japoneses, los chinos, los rusos, los norteamericanos. Todos ellos habían actuado como si la muerte fuese el árbitro último y el más poderoso aliado del universo. El padre de Caín había sido un asesino desde el principio, según asentó Jesús en los Evangelios.

Yo quería saber algo acerca de la condición de Michael en 1948, cuando lo trajeron de regreso a su patria. Pero a la mención de la palabra "patria" u "hogar" me interrumpió diciendo que aún no había llegado a su hogar. No podía, dijo. No antes de concluir el asunto empezado durante el exorcismo en *Puh-Chi*. Yo observé las lágrimas que brillaban en sus ojos, y miré hacia otro lado.

El viento había arreciado. Podíamos escuchar los mugidos de las vacas al otro lado del camino y el ladrido de los perros que las pastoreaban para llevarlas a los corrales, a fin de pasar ahí la noche. Michael pidió una manta para cubrirse la cintura y las rodillas .

Se produjo otro de sus lapsos de quince minutos. Concluyó cuando el ama de llaves le trajo su cena en una bandeja. Comió en silencio. Cuando hubo terminado, el sol ya estaba por debajo de los árboles y el campo yacía en una semiluminosidad, en esa semioscuridad del crepúsculo. Allá lejos, hacia el Noroeste,

una bandada de gansos salvajes se apresuraba a llegar a su casa, entre los helechos y bosques de Connemara. Michael se enredó más en la manta y llenó su pipa.

Hogar. Sí... —su voz murió en un hoyo de silencio mascullando de otros dos minutos más o menos. Luego, como si no hubiera habido pausa ni interrupción, prosiguió hablando.

Las lágrimas que yo viera antes no eran de dolor ni de rebelión, sino simplemente de melancolía. Desde 1938, había estado solo y en la oscuridad. Todos los demás podían ir a su casa, pero él tenía que esperar. Lo miré: sus grises cabellos y su pálido rostro se fundían con las sombras. Sólo sus ojos eran claros, visibles faros de luz, que miraban al jardín.

—Créeme, una vez que te mezclas con el exorcismo, y sobre todo si no logras realizarlo, hay algo que te abandona. Y el resto de tu ser ansía partir también.

No me pareció el momento indicado para llevar adelante la cuestión de su "espera" para "partir", así que le pregunté acerca de la Confrontación con el Espíritu del Mal en un exorcismo. ¿Cómo era aquello? ¿Qué efectos tenía? Me dijo que era una reunión, una reunión personal. Lo que el exorcista encontraba en persona era algo que existía en un estado en el que lo más importante, lo único, la única realidad era un "*no* vivir".

Tenía yo ganas de detenerme aquí y de ponderar aquello por unos instantes, pero él siguió hablando de la realidad que es la *negación* de lo hermoso, la *negación* de la verdad, la *negación* de la santidad, la *negación* de lo agradable, la *negación* de lo brillante, la *negación* de lo cálido, la *negación* de lo grande, la *negación* de lo feliz, la *negación* de todo lo positivo.

Empecé a decir que esto sonaba como el Infierno, o como la gente solía describirlo.

—No —me interrumpió clara y firmemente—. Ese *es* el Infierno. El estar totalmente solo e inmutablemente privado de amor. Para siempre —en el exorcismo el exorcista sabía que aquello a lo que se enfrentaba existía en ese estado. Simplemente lo sabía.

¿Y el efecto de todo eso? Hice la pregunta con ciertas dudas, pues no deseaba acrecentar el dolor que él sufría. ¿Acaso sentía que estaba en una caja o en una prisión? ¿Acaso aquello lo desanimaba y lo hacía perder la iniciativa?

Me dijo que los efectos eran mucho más profundos. Años atrás, en el seminario, amaba la música, las flores, un buen libro. Era capaz de reír más fuerte que todos; le gustaba nadar, jugar tenis, saborear una buena comida, y así por el estilo. Amaba a los niños, lo hacían feliz, le encantaba escuchar sus vocecitas. Y había muchas otras cosas que le gustaban: cantar, bailar, hacer largas caminatas, el sonido de las olas en la playa. Olores tales como el de la hierva recién cortada, las flores y el pasto después de una ligera lluvia, el fuego de turba por la mañana temprano. Y solía dormir como un topo. Siempre despertaba listo para salir al mundo, lloviera, tronara o relampagueara.

Cuando ocurrió lo del exorcismo de Thomas Wu, todo aquello había cambiado. No era cuestión de la edad, dijo en respuesta a un comentario mudo hecho por mí, sino otra cosa. Apareció el ama de llaves, y él le hizo una inclinación. Ya era hora de entrar en la casa. La mujer se marchó. Yo pregunté:

—¿Qué significa realmente?

Para entonces él ya se había puesto de pie. La luna se había levantado por encima de la pared trasera del jardín. Ambos la miramos volviendo hacia arriba nuestras caras.

—Jamás te sientes a tus anchas en este mundo humano después de un exorcismo —me dijo lentamente. Se sentó de nuevo y me lo explicó.

Después de un exorcismo, el exorcista oye y ve y piensa y habla como lo ha hecho siempre, pero ahora su percepción funciona en dos planos. El espíritu está dondequiera. La carne y la materia son apenas "nuestro retrato" de lo que allí hay, y no *todo* es bueno. Hay mal *y* bien ocultos en ese "retrato".

Después de un exorcismo siempre se sabe eso, si es que no se sabía antes. Ahora se va por el mundo dotado de una doble visión, de una segunda vista, como la gente de antes solía decir.

Y en realidad, el exorcista jamás duerme, por lo menos no como lo hacía antes, más bien dormita. Hay una parte muy profunda dentro de él que se mantiene en guardia, vigilante y no desea que nada se le escape, ni siquiera momentáneamente. Todo sueño es escape. Y sabe que para él no hay escape posible.

Come, tiene que hacerlo a fin de mantenerse vivo. Y respira. Su corazón late. Pero siempre tiene una terrible opción: no respirar, dejar que su corazón se detenga.

Cuando entramos en la casa, me dijo serenamente:

—Vuelve dentro de una semana. Me estoy acercando al final. No queda ya mucho tiempo.

Antes de su muerte, en el siguiente mes de octubre, vi al padre Michael otras dos veces. Una de ellas fue a principios de septiembre y, de nueva cuenta, unos minutos antes de su muerte.

—Encontrará usted muy cambiado al padre —me dijo en voz baja el ama de llaves cuando llegué a verlo, en septiembre—. Ya nunca sale.

Michael estaba en su estudio sentado en una mecedora y mirando a la puerta. Las persianas habían sido bajadas; la única luz provenía de las dos velas que ardían en la chimenea. No me miró cuando entré, pero alzó la mano en un ademán de saludo.

—¿Quiere usted que deje entrar el aire fresco y el sol? —pregunté después de saludarlo. Y me dirigí a la ventana. Pasó un minuto de silencio.

—Si subes esas persianas —me dijo con paciencia, como un maestro que explica un problema a un discípulo—, estarás borrando la única luz que tengo. Ven, siéntate y hazme compañía un rato.

No había en su voz ni enojo ni impaciencia. Era serena y real. Cruce la habitación y me senté junto a él. La luz de las velas daba de lleno en su cabeza y en su rostro.

El cambio producido en él era devastador. Su cara se había encogido, no hacia adentro, sino hacia arriba. Toda su forma y carácter parecían haber partido y retirádose de la línea de la quijada, de la boca y de los labios, hacia arriba, pasando la nariz, hasta una invisible línea divisoria que corría por sus pómulos.

No había en su boca una expresión definida. La quijada y la barbilla habían perdido cierta firmeza, cierta configuración que las hacía suyas. Ahora podían haber pertenecido a cualquiera, o a una de esas estatuas sin vida. Su aspecto no era precisamente de palidez, ni de blancura. Al principio, su piel parecía incolora. Luego, claramente vi un tinte amarillento, blanco mate, pero nada que pudiera relacionarse con un rostro normalmente sano. Su trasparencia y su brillo eran excesivos.

Las palabras "inmóvil" e "inmovilidad" me venían constantemente a la mente.

El ojo derecho estaba permanentemente semicerrado, como si fuera una persiana. Ambos ojos estaban cubiertos por una película de líquido semiopaco, que bañaba suavemente los lagrimales. Su expresión era escasa, más bien nula.

Tras aquella aparente fijeza de sus globos, yo podía ver o sentir una presencia aguda, ágil, una inteligencia alerta y consciente. Su frente era lisa y no tenía la menor arruga. Michael poseía una cabeza en forma de cúpula, y jamás había perdido el pelo. Su cabello gris había sido cortado casi al rape. Estaba perfectamente rasurado.

Breeda, el ama de llaves, me había dicho que no debería hablarle mucho.

—¿Cómo se encuentra usted, padre Michael?

Me dijo que se sentía bien. Y que tenía algo que pedirme. Antes de marcharme debería yo recordárselo. Sin embargo, antes quería hablarme un poco más acerca de los efectos que el exorcismo había producido en él.

—Me hace bien hablar de ello —esto me lo dijo por vía de explicación.

Era acerca de la doble visión: no la había definido adecuadamente, me dijo. Yo aguardé, porque, a medida que Michael hablaba, una ola de dolor corrió por su rostro. El velo de la inmovilidad fue retirado por un instante, luego volvió a caer sobre él. Pero en ese breve instante había yo podido ver la carga de pena y tristeza encuadrada en las líneas de una esperanza dulcemente resuelta. Toda su expresión decía: No renunciaré a mi esperanza, aunque no tengo más nada en que apoyarme, salvo esa esperanza.

Luego, prosiguió con su descripción de la doble visión. No se trataba de ver una mesa al lado de la mesa verdadera o un muro al lado del muro auténtico, no era una visión de los ojos ni algo que se escuchara con los oídos ni que se percibiera tocándolo con las manos. Se trataba de otro estrato de la realidad. El exorcismo agudiza nuestra conciencia de esa realidad. Uno sabe lo que está detrás, y a la vuelta y debajo y encima de todo aquello que es visible y tangible. Las cuerdas entrelazadas del espíritu se aprecian por todas partes. Espíritu bueno y espíritu malo. Belleza y fealdad. Santidad y pecado. Dios con

su divina majestad. El mal personal es una fuerza formidable. Nada escapa a esas cuerdas.

Guardó silencio. Al cabo de una pausa, no pude resistir la tentación de preguntarle directamente acerca de su propio fracaso al no haber podido completar el exorcismo de Thomas Wu. ¿Acaso ello significaba un cargo especial en aquella esfera de su doble visión?

—Por supuesto que sí —aquellas palabras estaban cargadas de un dolor y una angustia que lo obligaron a callar. Una vez pronunciadas, quedaron colgando en el aire entre nosotros, como signos silenciosos de su padecer.

—Ahora puedo odiar. Puedo optar por odiar —me dijo secamente. Antes del exorcismo de Wu, jamás ni siquiera había pensado en odiar a nadie, ahora, el odio era una opción viva para él. Antes del exorcismo, jamás ni siquiera había imaginado lo que podía ser realmente el desesperar. Ahora la desesperación era una opción real.

—Real. Real —repitió la palabra varias veces. La idea de rechazar a Jesús como charlatán se le ofrecía ahora como una auténtica opción.

Todas esas opciones y otras demasiado repugnantes para mencionarlas siquiera eran como manjares que se le presentaban constantemente. Y su dolor consistía en que se veía obligado a considerar todas y cada una de ellas como una posibilidad. Antes, las había aglomerado y las había arrojado en una caja, y había tirado la llave de aquella caja. Ahora tenía que probar algo de cada una. Lentamente. En forma realista. Se detuvo en un cierto punto, buscando una imagen que describiera aquella. Finalmente me dijo que era como si un lobo enloquecido se viera en la posibilidad de husmear y oler y tocar con la nariz su cuerpo desnudo, siempre amenazando con morder y destrozar, siempre moviéndose, moviéndose, moviéndose sin cesar. Ocultó la cabeza entre las manos. Se produjo una pausa de cinco minutos.

¿Y toda aquella espera? —pregunté yo por fin— ¿por qué aquella espera? Había fallado en el exorcismo, pero no había aceptado ni a Satán, ni al mal o el odio. Entonces, ¿por qué aquella perpetua espera?

—Dicho simplemente, mi joven amigo —me dijo con voz pastosa, el mal tiene poder sobre noostros, cierto poder. Y aun cuando se le haya derrotado y puesto en fuga, te toca al pasar. Y si no lo

derrotas, el mal te cobra un precio de la más terrible agonía. Rasga tu espíritu con una garra infecta, y algo de ese veneno penetra en las venas del alma. Como un precio. Como un recuerdo. Como una lección. Como una advertencia de que volverá.

Era la hora de marcharme. Me puse de pie. Él nada dijo. Le toqué ligeramente la frente. La tenía fría.

Cuando me marchaba, Breeda me sonrió:

—Ahora, joven, no se preocupe por el padre Michael. Él sabe lo que hace —de alguna manera, esta mujer comprendía mucho más de lo que yo podía comprender.

Luego escuché su voz que me llamaba:

—¡Malachi! Al final, no olvides leer a Pablo, Corintios Primera, Capítulo 15, versículo 50 al 58. De principio a fin.

Regresé apresuradamente al estudio, pero con su acostumbrado ademán, me dijo que me marchase.

Fue una mañana de principios de octubre cuando Breeda me llamó por teléfono. Era un día muy nublado, llovía sin cesar. Allá en el Atlántico se acercaba una tormenta. Michael había recibido ya los últimos auxilios de la Iglesia, según me dijo el ama de llaves.

Cuando llegué a la casa, todo estaba en silencio. El doctor lo había examinado por la mañana, se había marchado y estaba de nuevo de regreso. Era un viejo amigo de Michael, de allá de sus tiempos en la escuela en Castleconnell. Los parientes de Michael habían venido y se habían ido. El obispo había mandado a un monseñor con su especial bendición. Sólo quedaban ya Breeda y el doctor.

En su habitación, alumbrada por dos velas, Michael estaba recargado en algunas almohadas en posición semisentada, el cuerpo ligeramente vuelto hacia un lado. Parecía como si hubiera caído desde una gran altura. Tenía un crucifijo entre las manos. Ambos ojos cerrados. La boca abierta, trataba de inhalar.

Su rostro aún tenía aquel aspecto de devastación, pero ahora, cuando me acerqué de puntillas a su cama, me pareció que tenía una expresión como torcida, como si alguna mano hubiese dislocado todas sus líneas y destruido su simetría. La frente era una masa de arrugas entrelazadas; la línea del ceño y el entrecejo estaba torcida; un párpado estaba más bulboso e hinchado que el otro; las aletas de la nariz temblaban en forma irregular;

la nariz y la boca eran angulares y parecían vueltas de manera errónea.

Casi inmediatamente después de mi llegada se produjo un cambio en Michael. Sin ruido alguno, empezó a volverse para mirar hacia el frente. Su cuerpo se tensó. Su laboriosa respiración se hizo más fácil.

Sus labios se movieron e, inclinándome mucho para acercarme a él, le oí decir:

—Ahí, en el rincón, cerca de la ventana. La vela. Por favor...

Moví una de las velas colocándola en la parte superior de un librero y volví a su lado.

—Todo está muy negro, amigo mío —suspiró en un murmullo cuando me incliné hacia él, y... hiere.

El resto se perdió en un quejido que salió de entre sus dientes. Todavía inclinado hacia él, abrí la primera carta de Pablo a los Corintios y empecé a leer los versículos que él me había pedido recitándolos de memoria sin quitarle la vista y mirando de vez en cuando el texto.

"Todos seremos trasmutados... en un instante, en un pestañear de ojos, al sonar la última trompeta... los muertos resucitarán incorruptibles... y este cuerpo mortal se revestirá de inmortalidad..."

Michael aún seguía quejándose, como si lo aplastara un gran peso que lo tenía indefenso.

"Y entonces se realizará la palabra que está escrita: Devorada ha sido la muerte para siempre. ¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? El aguijón de la muerte es el pecado... Pero gracias a Dios que nos da la victoria por nuestro Señor Jesucristo...". Me detuve y esperé. El pecho de Michael se había levantado cuando logró inhalar bastante aire. Parecía querer guardar ese aire en sus pulmones, temeroso de dejarlo ir.

—Voy a abrir la ventana —dijo el médico. Al abrir las persianas de la habitación quedó repentinamente inundada por aquella luz de un blanco grisáceo que había en el cielo. Entró una corriente de aire frío y el tamborileo de la lluvia que golpeaba los árboles, el pasto, el sendero de tierra del jardín, el techo, y luego ese ruido tan especial de los canalones llenos de agua corriente. De vez en cuando, alumbraba la habitación la luz del rayo. La tormenta no estaba ya muy distante y se movía rápidamente hacia nosotros.

Michael, todavía conteniendo la respiración, daba la impresión de estar en un gran apuro, parecía tratar de expeler algo de su garganta o de su pecho. Toda su estructura vibraba sin moverse de su lugar. Su cabeza se agitaba hacia arriba y hacia abajo con un movimiento como de afirmación. Levantó la mano derecha ligeramente y señaló hacia aquel rincón: la vela había sido apagada por la tormenta y el aire fresco que entrara en la habitación.

Me apresuré a encenderla de nuevo, pero estaba apenas a un metro de él cuando escuché un sonido agudo como si se abriera una puerta bien cerrada. Michael dejó salir el aire; y, al hacerlo, empezó a resonar en su pecho y en su garganta con más y más fuerza. Al exhalar, el sonido que emitía fue creciendo hasta un pequeño crescendo. No era un grito ni un alarido, ni tampoco era simplemente el aire que escapa de los pulmones. Era un trémulo pronunciamiento tan cercano a las palabras como pudiera ser un sonido que no se apagara. Un canto de muerte cantado con los únicos acentos que el morir le permitía.

Me acerqué y me arrodillé a su lado.

—¡Victoria, Michael! ¡Victoria! ¡Créame! ¡Su victoria! —murmuré quedamente.

El ruido de su respiración se perdió suavemente como casi la mayoría de las afirmaciones con que se concluye una discusión, con las que se completa toda expresión. Permaneció absolutamente quieto. Luego, sus dos ojos se abrieron. Su mirada me tenía hipnotizado. Había desaparecido aquella nebulosidad que los opacaba. No había ni la menor traza de aquel líquido que manara ni la deformidad que los había descompuesto en las semanas anteriores. Una mano invisible había borrado la desfiguración y las líneas de agonía de todo su rostro. Ahora estaba terso. Entre sus ojos y su boca brillaba el triángulo de la alegría en su sonrisa y en su mirada. Aquel azul desteñido de sus ojos en los últimos años era ahora luminoso, no profundo ni brillante, sino suave y resplandeciente. Todo lo que yo había conocido, leído escuchado o imaginado acerca de la felicidad humana de un goce sin mácula en la paz y de la paz en la alegría, brilló en él por un breve intervalo.

Después se produjo un minúsculo estertor en la garganta de Michael. Los labios sonrieron débilmente. Los ojos perdieron toda su luz. Yo tuve la seguridad de que Michael había participado de la victoria de Jesús sobre la muerte y de que había escapado a su aguijón. Pero había pagado el precio por su fracaso anterior.

Jamás conoceremos el monto exacto de sufrimiento que un hombre como Michael Strong hubo de sufrir llegada la hora de su muerte, porque es algo que está en el espíritu y que es incomprensible para nuestra lógica, inimaginable para nuestra fantasía e impermeable a todas las metodologías que nuestro ingenio pueda inventar. Pero todo exorcista puede tener muy bien en su epitafio la frase más noble que Jesús pronunció acerca del amor humano:

"No existe amor más grande que éste: que un hombre dé la vida por su amigo".

APENDICE UNO

El rito romano de exorcismo

NOTA PRELIMINAR

El texto tradicional del rito romano de exorcismo que se incluye a continuación, traducido al español, tiene una larga historia por lo que a su desarrollo se refiere. A partir de las órdenes explícitas y del ejemplo de Jesús, de "arrojar a los demonios" y continuando a través de la época de los Apóstoles y del siglo que siguió a su muerte, y luego durante todos los siglos de los primeros Padres de la Iglesia (200-600 d.C.) y posteriormente en la época medieval, existe una tradición ininterrumpida de creencias y de práctica eclesiástica en esta cuestión del exorcismo. Algunas partes del presente texto pueden identificarse como originadas en las postrimerías de los siglos III *y principios del* IV. *Otras ciertamente datan del año 1000. Buena parte del texto fue elaborada en los siglos que llevaron al Renacimiento. Por último, alcanzó su forma actual en el siglo* XVII.

El Ritual romano está dividido en tres Capítulos. *En el* Capítulo Uno *hay una serie de instrucciones generales relativas al exorcismo y a los exorcistas. Luego siguen dos versiones del rito. Una versión* (Capítulo Dos) *es para el exorcismo de personas; la segunda versión* (Capítulo Tres) *de este rito se reserva para el exorcismo de lugares.*

En el texto en latín, estos Capítulos *no están subdivididos. Al presentar el texto traducido, sin embargo, el autor dividió cada capítulo en partes numeradas y elaboró títulos exclusivos para cada una de las partes, de modo que la secuencia y lógica del rito puedan ser más comprensibles para el lector.*

Es importante recordar que el rito del exorcismo no es un sacramento. Su integridad y eficacia no dependen, por tanto, como en el caso de los Sacramentos, del uso rígido de una fórmula inmutable, ni de una secuencia ordenada o de actos prescritos. Su eficacia depende de dos elementos: la autorización otorgada por las autoridades válidas y lícitas de la Iglesia, y la fe del exorcista.

Este carácter del exorcismo como un rito de la Iglesia más que como un Sacramento de la Iglesia, tiene una importante consecuencia. Las autoridades eclesiásticas siempre han insistido en un texto estructurado para asegurar que los fundamentos esenciales del exorcismo (el emplazamiento y la expulsión del Espíritu Maligno exclusivamente en el nombre de Jesús) se mantengan en cada exorcismo. Sin embargo, a pesar de esta formalidad tradicional, se concede una gran libertad, libertad que se practica en el uso del texto del rito. La naturaleza misma del exorcismo hace que esto sea una necesidad: en la atmósfera turbulenta y cambiante de un exorcismo, sería imposible adherirse rígidamente a determinado texto y ceremonial.

En la práctica, el orden del texto es interrumpido por diálogos entre el exorcista y el Espíritu Maligno. Los exorcistas, según lo juzguen conveniente, omiten ciertas partes, repiten otras, eligen sus propias lecturas de Salmos y del Evangelio, tienen sus propias oraciones favoritas y generalmente usan, cuando menos, el texto que en el segundo exorcismo se da para imprecar al Espíritu Maligno; dan la bendición con reliquias, hacen la Señal de la Cruz y de muchas otras maneras varían el rito impreso, lo cual jamás harían tratándose del texto oficial de un Sacramento.

Hoy día, partes del texto —especialmente las oraciones más conocidas— suelen ser dichas en idioma vernáculo (alemán, inglés, francés, etcétera), pero entre los exorcistas como una clase de ministros de la Iglesia, parece prevalecer el convencimiento, nacido de la experiencia, de que el texto en latín tiene una función especial y un valor singularmente desquiciante para el Espíritu Maligno. Esto puede ser parte de la peculiar ligazón que existe entre el espíritu y las cosas materiales y humanas, que es uno de los aspectos más constantemente expuestos por el espíritu en el curso de los exorcismos.

Las principales partes del rito, desde luego, las realiza el exorcista solo. Su asistente (indicado en el texto por una A) se une a él mientras recita los Salmos y el Evangelio y con las res-

puestas de Amén a las nueve Oraciones e Imprecaciones. Algunos exorcistas agregan dos o tres asistentes a los cuatro que suelen llamarse; y los asistentes adicionales rezan el rosario o cantan himnos durante todo el exorcismo.

Siempre que en el texto que sigue aparezca una cruz impresa, significa que el exorcista hace la señal de la cruz en dirección general del exorcizado, salvo que el texto indique un lugar o dirección precisos (como, por ejemplo, en la frente del exorcizado, en los asistentes, etcétera).

Capítulo uno

INSTRUCCIONES PARA EXORCIZAR A AQUELLOS POSEÍDOS POR UN ESPÍRITU MALIGNO

1: El sacerdote que con el permiso particular y explícito de su obispo está a punto de exorcizar a aquellos atormentados por un Espíritu Maligno, debe estar poseído de la necesaria piedad, prudencia e integridad personal. Debe realizar este acto por demás heroico con humildad y valor, no confiado en sus propias fuerzas, sino en el poder de Dios; y no debe tener la ambición de beneficios materiales. Además, deberá ser de edad madura y gozar de respeto como hombre virtuoso.

2: Para realizar esta tarea correctamente, debería tener conocimiento de los muchos escritos prácticos de autores aprobados, que se refieren al tema del exorcismo. Dichos textos se omiten aquí en aras de la brevedad. Además, debería observar cuidadosamente las siguientes reglas que son de la mayor importancia.

3: Por encima de todo, no debe dejarse convencer fácilmente de que una persona está poseída por el Espíritu del Mal. Debe estar perfectamente al tanto de aquellas señales por las cuales se puede distinguir a una persona poseída de aquellas que sufren algún mal orgánico. Las señales de posesión por un Espíritu Maligno son de un tipo muy peculiar. Entre otras: cuando el sujeto habla lenguas desconocidas o comprende lenguas desconocidas; cuando sabe con claridad cosas distantes u ocultas; cuando demuestra una fuerza física muy por encima de su edad o condición natural. Tales manifestaciones y otras de la misma clase son importantes indicios.

4: Para mayor seguridad, el exorcista debería interrogar al sujeto después de una o dos admoniciones, y preguntarle qué es lo que siente en su espíritu o en su cuerpo. En esta forma, además, también encontrará cuáles palabras turban al Espíritu Maligno más que otras; y, en esa forma, puede repetir tales palabras y producir mucho mayor efecto sobre el Espíritu Maligno.

5: El exorcista debe observar por sí mismo los trucos y engaños que los espíritus malignos utilizan a fin de llevarlo por el camino equivocado. Porque están acostumbrados a responder con mentiras. Se manifiestan únicamente bajo presión... en la esperanza de que el exorcista se canse y desista de seguirlos presionando. O bien, hace aparecer que el sujeto del exorcismo no está poseído en absoluto.

6: Algunas veces, el mal espíritu traiciona su presencia y luego se oculta. Parece haber dejado el cuerpo del poseso libre de toda molestia, de manera que el poseso cree que se ha librado de él por completo. Pero el exorcista no debería, a pesar de ello, desistir hasta que vea las señales de la liberación.

7: También, en ocasiones, el Espíritu Maligno arroja cuanto obstáculo puede a fin de evitar que el poseso se someta al exorcismo. O bien, trata de persuadirlo de que su aflicción es natural. Hay veces que, durante el exorcismo, hace que el poseso se quede dormido, o bien, le presenta alguna visión, pero se oculta, de manera que el poseso parece haberse librado de él.

8: Algunos espíritus malignos revelan una magia oculta, quién la hizo y la forma en que puede ser contrarrestada. Pero el exorcista debe precaverse de recurrir en esas ocasiones a brujas o a magos o cualquiera de esas personas ajenas que no pueden ser ministros de la Iglesia. Y se le previene que no debe guiarse por prácticas supersticiosas ni métodos ilícitos, cualesquiera que sean.

9: Algunas veces, el Espíritu Maligno deja en paz al poseso e incluso le permite recibir la Sagrada Comunión, de manera que parece que se ha marchado. En suma, son innumerables las estratagemas y engaños de que se vale el Espíritu Maligno a fin de engañar a los hombres. El exorcista deberá actuar con toda cautela a fin de no dejarse sorprender por estos trucos.

10: Por consiguiente, debe recordarse que Nuestro Señor dijo que existe una especie de Espíritu Maligno que no puede ser expulsado salvo mediante la oración y el ayuno. Deberá asegurarse de que él y los demás siguen el ejemplo de los Santos Padres y hacen uso de estos dos medios principales para obtener la ayuda divina y expulsar al Espíritu Maligno.

11: Si fuera conveniente, el poseso puede ser exorcizado en una Iglesia o en algún otro lugar religioso y adecuado, alejado de la vista del público. Si el sujeto está enfermo, o si existe alguna otra buena razón para ello, podrá ser exorcizado en una casa particular.

12: Debe alentarse al poseso a orar a Dios, a ayunar y a lograr la fortaleza espiritual que dan los Sacramentos de la Confesión y de la Sagrada Comunión, si goza de salud física y mental.

13: El poseso debería tener en sus manos un crucifijo, o tener un crucifijo frente a él. Cuando se puedan conseguir, las reliquias de los santos pueden colocarse sobre su pecho o sobre la cabeza, deberían estar cubiertas apropiada y seguramente y tomarse buen cuidado para que estos santos objetos no sean tratados irreverentemente y dañados por el Espíritu Maligno. No debería colocarse la Sagrada Eucaristía en la cabeza o en parte alguna del cuerpo del poseso. Existe el peligro de que sea tratada con irreverencia.

14: El exorcista no debe hacer grandes discursos ni plantear preguntas superfluas por vana curiosidad, en especial con respecto a futuros sucesos y a cuestiones ocultas que no tienen relación alguna con su tarea. Debería ordenar al espíritu inmundo que se mantenga en silencio y sólo responda a lo que se le pregunte, y no debe dar crédito al Espíritu Maligno si éste afirma que es el alma de algún santo o de alguna persona difunta o que es el Ángel Bueno.

15: Las preguntas que deben hacerse al Espíritu Maligno son, por ejemplo: el número y nombre de los espíritus poseedores; cuándo entraron en el poseso; por qué se apoderaron de él; y otras preguntas de esta misma clase. El exorcista domine las otras vanidades, burlas y necedades del Espíritu Maligno. Deberá tratarlos con desprecio. Y deberá prevenir a los presentes —que deberán ser pocos en número— para que no hagan caso de lo que el espíritu maligno diga y no le

hagan pregunta alguna al poseso. Estas personas deberán orar humilde y fervientemente a Dios por la liberación del poseso.

16: El exorcista deberá realizar y leer el exorcismo con dominio, autoridad, gran fe, humildad y fervor. Y cuando vea que el espíritu poseedor está siendo grandemente torturado, deberá multiplicar todos sus esfuerzos para presionarlo. Cada vez que vea que parte alguna del cuerpo del poseso se mueve o es herida o presenta alguna hinchazón, que haga la Señal de la Cruz y la rocíe con Agua Bendita.

17: Deberá prestar atención a las palabras y expresiones que turban al Espíritu Maligno en mayor medida, y repetirlas con frecuencia. Y cuando llegue al momento de la expulsión, que las pronuncie una vez y otra y otra, siempre infligiendo un castigo mayor. Y si ve que tiene éxito, que persevere hasta que logre la victoria final.

18: Por último, que el exorcista se guarde de ofrecer medicina alguna al poseso, o de sugerirle nada. Esto deberá dejarse a médicos.

19: Si se está exorcizando a una mujer, deberá tener a su lado algunas mujeres de buena reputación que sujetarán a la posesa cuando se vea atormentada y sacudida por el Espíritu Maligno. Dichas mujeres deberán estar dotadas de gran paciencia y pertenecer a la familia de la posesa. El exorcista debe tener en mente el escándalo y evitar hacer cualquier cosa que pudiera provocar mal para sí mismo y para los otros.

20: Durante el exorcismo, el exorcista deberá emplear las palabras de la Biblia más que las suyas propias o las de alguna otra persona. Además, deberá ordenar al Espíritu Maligno que declare si ha entrado en el poseso debido a un truco de magia o símbolo de brujería o documentos ocultos. Para que el exorcismo tenga éxito, el poseso deberá entregar tales cosas. Y si ha tragado alguna cosa de ese tipo, deberá vomitarla. Si el amuleto está fuera de su cuerpo o en un lugar u otro, el Espíritu Maligno deberá decir al exorcista dónde se encuentran. Cuando el exorcista lo halle, deberá quemarlo.

21: Si la persona poseída es liberada del Espíritu Maligno, deberá aconsejársele que sea diligente en evitar actos y

pensamientos pecaminosos. Si no lo hace, podría dar al Espíritu Maligno nueva ocasión para retornar y posesionarse de él. En dicho caso, su condición sería mucho peor.

Capítulo dos

RITUAL PARA EXORCIZAR A AQUELLOS POSEIDOS POR UN ESPÍRITU MALIGNO

1: Instrucciones preliminares

Antes de iniciar el exorcismo, el sacerdote nombrado por el obispo debería hacer una buena confesión, o, cuando menos, renovar en su corazón la sincera contrición por todos sus pecados. Debería decir la misa y solicitar la ayuda divina. Después, vestido con una sobrepelliz y una estola púrpura, deberá pararse frente al poseso. Al poseso deberá atársele, por si hubiera algún peligro de violencia. Luego, el exorcista deberá invocar la protección de Dios sobre el poseso, sobre sí mismo y sobre sus ayudantes, haciendo la señal de la Cruz y asperjando agua bendita.

2: Invocaciones

Luego, de rodillas, deberá recitar las siguientes invocaciones a las cuales los asistentes responderán:

Exorcista: (Las letanías de los Santos).
No te acuerdes, oh Señor, de nuestros pecados, ni de los de nuestros antepasados.
Asistentes: Y no nos castigues por nuestras ofensas.
E: (Pater Noster) —en silencio, hasta que llegue a la última parte:
Y no nos dejes caer en la tentación.
A: Mas líbranos de todo mal.
E: (Salmo 53).
Salva a este hombre (mujer) tu siervo.

A: Porque él (ella) espera en ti, Dios mío.
E: Sé para él (ella) torre de fortaleza, oh, Señor.
A: Frente al Enemigo.
E: No permitas que el enemigo venza sobre él (ella).
A: Y no permitas que el Hijo de la Iniquidad logre herirlo (la).
E: Dale la ayuda del Lugar Santo, Señor.
A: Y dale la protección Celestial.
E: Señor, escucha mi oración.
A: Y llegue a ti mi clamor.
E: El Señor esté con ustedes.
A: Y con tu espíritu.
E: Oremos.

Señor, es uno de tus atributos el tener misericordia y perdonar. Escucha nuestra oración, para que este siervo tuyo que está sujeto con la cadena de sus pecados, sea misericordiosamente liberado por la compasión de tu bondad.

¡Señor Santísimo! ¡Padre Todopoderoso! ¡Dios Eterno! ¡Padre de nuestro Señor Jesucristo! Tú que destinaste al recalcitrante y apóstata Tirano a los fuegos del Infierno; tú que enviaste a tu Hijo unigénito a este mundo, a fin de que pudiera aplastar a este León Rugiente: apresúrate a mirar y a librar de la condenación y del Demonio de nuestros tiempos a este hombre (esta mujer) creado a tu imagen y semejanza. Arroja tu terror, Señor, sobre la Bestia que está destruyendo lo que te pertenece. Da fe a tus siervos contra esta malvada Serpiente, para luchar con bravura. De modo que la Serpiente no desprecie a quienes esperan de ti, y diga, como lo dijera por la boca del Faraón: Yo no conozco a Dios y no dejaré ir a Israel. Que tu fuerza poderosa obligue a la Serpiente a dejar libre a tu siervo para que ya no lo posea (la posea), a quien tú te dignaste hacer a tu imagen y semejanza y redimir por la sangre de tu Hijo, quien vive y reina contigo en unidad del Espíritu Santo, y es Dios, por los siglos de los siglos.

A: Amén.

3: Admonición al Espíritu Maligno

E: ¡Espíritu Inmundo! Quienquiera que seas, y todos tus compañeros que poseen a este siervo de Dios. Por los misterios de la Encarnación, los Sufrimientos y Muerte, la Resurrección y la Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo; por la venida del Espíritu Santo y por la venida de Nuestro Señor en el Juicio Final, yo te ordeno:

Dime, por alguna señal, tu nombre, el día y la hora de tu condenación.

Obedéceme en todo, aun cuando soy siervo indigno de Dios.

No hagas daño a esta criatura (el poseso), ni a mis ayudantes, ni a ninguno de sus bienes.

4: Lecturas del Evangelio

Juan I: 1-12; Marcos 16: 15-18; Lucas 10: 17-20; Lucas 11: 14-22

E: Señor, escucha mi oración.
A: Y llegue a ti mi clamor.
E: El Señor esté con ustedes.
A: Y con tu espíritu.
E: Oremos.

¡Dios Todopoderoso! ¡Verbo de Dios, el Padre! Cristo Jesús! ¡Dios y Señor de toda la creación! Tú diste poder a tus apóstoles para pasar indemnes por el peligro. Entre tus órdenes para realizar hechos maravillosos, dijiste: Arrojad al Espíritu del Mal. Por tu fuerza, Satán cayó como el rayo del Cielo. Con temor y temblor, yo rezo y suplico a tu Santo Nombre. Perdona todos los pecados de tu indigno siervo. Dame tu fe y poder constante; para que, armado con el poder de tu santa fuerza, pueda yo atacar, confiado y seguro, a este Espíritu Maligno. Por ti, Jesucristo, nuestro Dios y Señor, quien habrá de venir a juzgar a vivos y muertos y al mundo por el fuego.

A: Amén.

5: Imposición de las manos en el poseso

A continuación el exorcista invoca la protección divina sobre sí y sobre el poseso, haciendo para ello la Señal de la Cruz. Luego coloca la punta de su estola en el cuello del poseso y la mano derecha sobre su cabeza. Y entona lo siguiente con gran convicción y fe:

E: Mirad la Cruz del Señor. ¡Márchense, Enemigos!
A: Jesús, con antigua fuerza, con noble poder, es vencedor.
E: Señor, escucha mi oración.
A: Y llegue a ti mi clamor.
E: El Señor esté con ustedes.
A: Y con tu Espíritu.
E: Oremos:
Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, invoco tu Santo Nombre y suplicante te pido: dígnate darme la fuerza contra éste y todo Espíritu Maligno que esté atormentando a esta criatura tuya. Te lo suplico por el mismo Jesucristo Nuestro Señor.
A: Amén.

6: Exorcismo dirigido al Espíritu Maligno

(1) *Notificación hecha al Espíritu Maligno:*

E: Yo te exorcizo, ¡Espíritu Inmundo! ¡Enemigo Invasor! ¡Espíritus todos! ¡A todos y cada uno de usdes! En el nombre de Nuestro Señor † Jesucristo: Que sean arrancados y expulsados de esta criatura de Dios. † Aquel que os lo ordena es el que ordenó que se os arrojara de lo alto del Cielo a las profundidades del Infierno. Aquel que os lo ordena es quien domina el mar, el viento y las tormentas. Escucha, entonces, y teme, ¡Satanás! ¡Enemigo de la Fe! ¡Enemigo de la raza humana! ¡Fuente de muerte! ¡Ladrón de vidas! ¡Pervertidor de la justicia! ¡Raíz de todo mal! ¡Urdimbre de vicios! ¡Seductor de hombres! ¡Traidor de naciones! ¡Incitador de la envidia! ¡Origen de la ambición! ¡Causa de discordia! ¡Creador de agonías!

¿Por qué permaneces y resistes, cuando sabes que Cristo Nuestro Señor ha destruido tu plan? Teme a Aquel que fue prefigurado en Isaac, en José y en el Cordero Pascual, al que fue crucificado como hombre y que se levantó de entre los muertos.

(*Luego, haciendo la Señal de la Cruz en la frente del poseso*): Retírate, por tanto, en el nombre del † Padre y del † Hijo y del Espíritu † Santo. Deja el paso al Espíritu Santo, en gracia a esta señal de la Santa † Cruz de Nuestro Señor Jesucristo, quien vive y reina con Dios en compañía del Padre y del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos.

A: Amén.
E: Señor escucha mi oración
A: Y llegue a ti mi clamor.
E: El Señor esté con ustedes.
A: Y con tu espíritu.
E: Oremos:

Señor, Creador y Defensor de la raza humana; tú que hiciste al hombre a tu propia imagen: mira a éste, tu siervo (el exorcista nombra al poseso) quien es asaltado por la astucia del Espíritu Inmundo; el adversario primordial, el antiguo enemigo de la Tierra, lo rodea con el horror del temor, paraliza su mente con la oscuridad, lo golpea con el miedo, lo agita con temblores sin cuento. ¡Rechaza, oh, Señor, el poder del Espíritu Maligno! ¡Disuelve las falsedades de sus planes! Que el Tentador Inmundo huya. Que tu siervo sea protegido en alma y cuerpo por la señal † de tu nombre (en la frente del poseso).

(Luego hace tres veces la señal de la cruz en el pecho del poseso mientras pronuncia las siguientes palabras).

† Preserva lo que está dentro de esta persona.
† Rige sus sentimientos.
† Fortalece su corazón.

Que los esfuerzos del poder del Enemigo desaparezcan de su alma, Señor, en gracia a esta invocación de tu santo nombre. Concédele la gracia de que él, quien ha inspirado terror hasta este momento, ahora

haya de huir y retirarse derrotado; para que este hombre (mujer) tu siervo, pueda adorarte con corazón firme y mente sincera. Por nuestro Señor Jesucristo.

A: Amén.

(2) *Conminando al Espíritu Maligno:*

E: Yo te conmino bajo pena, ¡Antigua Serpiente! ¡En el nombre del Juez de Vivos y Muertos! En el nombre de Nuestro Creador! ¡En el nombre del Creador del mundo! ¡En el nombre de aquel que tiene el poder de enviarte al Infierno! Márchate de este siervo de Dios (*el exorcista nombra al poseso*) quien ha recurrido a la Iglesia. Cesa de inspirar en él (ella) tu terror; te conmino de nuevo solemnemente † (*en la frente de poseso*) no por mi propia fuerza, pues es débil, sino por la fuerza del Espíritu Santo: que te marches de este siervo de Dios (*nombre del poseso*) a quien el Todopoderoso hizo a su propia imagen. Ríndete, no a mí, sino al ministro de Jesucristo. Su poder te obliga. Él te derrotó por su Cruz. Teme su fuerza, que llevó a las almas de los muertos a la luz de la salvación desde la oscuridad de la espera. Que el cuerpo de este hombre † (*en el pecho del poseso*) sea para ti fuente de terror; que la imagen de Dios † (*en la frente del poseso*) sea fuente de temor para ti. † Dios el Padre te ordena. † Dios el Hijo te ordena. † Dios el Espíritu Santo te ordena. † La fe de los Santos Apóstoles, Pedro y Pablo, y de los otros santos te ordena. † La sangre de los mártires te ordena. † La pureza de los Confesores te ordena. † La piadosa y santa intercesión de todos los Santos te ordena. † La fuerza de los misterios de la fe Cristiana te ordena. † ¡Sal! ¡Ofensor! ¡Sal! ¡Seductor! ¡Lleno de astucia y de falsía! ¡Enemigo de la virtud! ¡Perseguidor de los Inocentes! ¡Deja libre el campo, ser despreciabilísimo! ¡Deja libre el campo, ejemplo de impiedad! ¡Deja libre el campo a Cristo, en quien no encontraste nada de tu propia obra!

Él destruyó tu Reino. Él te ató en la derrota. Él quebrantó tu fuerza. Él te arrojó a las tinieblas exteriores donde estaba preparada la destrucción para ti y los que te siguen.

Pero ¿por qué te resistes con insolencia? ¿Por qué te atreves a rehusar? Has sido condenado por el Dios Todopoderoso cuya ley quebrantaste. Has sido condenado por su hijo, Jesucristo, Nuestro Señor. Te atreviste a tentarlo y te atreviste a hacerlo crucificar. Has sido condenado por la raza humana, a la que ofreciste el mortal veneno de tus sugestiones.

Por tanto, yo te conmino solemnemente bajo pena, Serpiente Malvada, en el nombre del Cordero † Inmaculado quien pasó indemne por entre los peligros quien estaba inmune a todo Espíritu Maligno: sal de esta persona † (*en la frente del poseso*). Sal de la Iglesia de Dios † (*sobre los asistentes*). Teme y huye ante el nombre de Nuestro Señor, a quien las potestades del Infierno temen y a quien los poderes y virtudes y dominaciones del Cielo están sujetas, a quien los querubines y serafines alaban sin cesar diciendo: ¡Santo! ¡Santo! ¡Santo es el Señor Dios de los Ejércitos!

El Verbo hecho carne † te ordena. El que nació de una Virgen † te ordena. Jesús † de Nazaret te ordena. Cuando desdeñaste despectivo a sus discípulos, te ordenó que quebrantado y humillado salieras de aquel hombre. Y cuando te arrancó de aquel hombre, en su presencia no te atreviste ni siquiera a entrar en los cerdos. Ahora se te conmina en su nombre †, sal de esta persona a la que él creó. Es imposible que quieras resistir. † Es imposible que te rehúses a obedecer. † Porque mientras más tardes, mayor será el castigo que sufras. No es a los hombres a los que estás desobedeciendo. Es a aquel que rige a los vivos y a los muertos. Él es quien vendrá a juzgar a vivos y muertos y al mundo por el fuego.

A: Amén.

E: Señor, escucha mi oración.

A: Y llegue a ti mi clamor.

E: El Señor esté con ustedes.
A: Y con tu espíritu.
E: Oremos:
¡Dios del Cielo! ¡Dios de la Tierra! ¡Dios de los Ángeles! ¡Dios de los Arcángeles! ¡Dios de los Profetas! ¡Dios de los Apóstoles! ¡Dios de los Mártires! ¡Dios de las Vírgenes! ¡Dios que tiene el poder de dar la vida después de la muerte y el reposo después del trabajo: no hay más Dios que tú, ni podría haber otro Dios verdadero sino tú. Creador del Cielo y de la Tierra. Tú eres el verdadero Rey. Tu Reino no tiene fin. Humildemente suplico a tu majestad y a tu gloria: que te dignes librar a este tu siervo de espíritus inmundos. Por nuestro Señor Jesucristo.
A: Amén.

(3) *Segunda conminación al Espíritu Maligno:*

Por tanto, yo conmino a todo Espíritu Inmundo, a todo Diablo, a cada parte de Satán: en el nombre de Jesucristo † de Nazaret. Después de su bautismo por Juan, fue llevado al desierto y te venció a ti en tu propio terreno. Desiste de atacar a este hombre (mujer) a quien Jesús formó de la materia para su honor y gloria. Tiembla de miedo, no ante la fragilidad humana de un hombre miserable, sino ante la imagen de Dios Todopoderoso. Ríndete a Dios, por tanto, †, quien te hizo huir del Rey Saúl por los cantos espirituales de David, su fiel servidor. Ríndete † a Dios, quien te condenó en Judas Iscariote, el traidor. Porque él te tocó por divino castigo y gritando tú exclamaste: "¿Qué es lo que hay entre nosotros y tú, Jesús, hijo del Dios Altísimo? ¿Has venido aquí antes del tiempo previsto para torturarnos?" Aquel que te arroja ahora a las llamas perpetuas dirá al final de los tiempos a Satán y a sus ángeles: "Dejadme, malditos de mi Padre! É id a las llamas eternas que han sido preparadas para el Diablo y sus ángeles". La muerte es tu suerte, ¡Impío! Y para tus ángeles hay una muerte sin fin. Para ti y para

tus ángeles está preparada la llama que no puede apagarse, porque tú eres el Príncipe de los malditos homicidas, el autor del incesto, la cabeza de todos los sacrilegios, el amo de todas las acciones malvadas, el maestro de los herejes, el inventor de toda obscenidad. ¡Sal, por tanto, † Impío! ¡Sal † Criminal! ¡Márchate con tus falsedades! Dios ha destinado al hombre para su templo. ¿Para qué sigues aquí más tiempo? Da honor a Dios el padre † el Todopoderoso, ante el cual se dobla toda rodilla. Deja el sitio a nuestro Señor Jesucristo † quien vertió su sangre por el hombre. Deja el sitio al Espíritu † Santo quien a través del santo Apóstol Pedro te derrotó manifiestamente en Simón el Mago, condenó tu falsía en Ananías y Safira, te frustró en el mago Elymás, afligiéndolo con la ceguera. Por el mismo Apóstol, te ordenó que partieras de la Profetisa de Pitón. Por tanto, ¡Márchate ya! † ¡Márchate † Seductor! El desierto es tu casa. La serpiente es tu habitación. Humíllate y sobájate. Se te acabó tu tiempo. Contempla al Señor victorioso que se acerca con rapidez. El furor arde ante él y devora a todos sus enemigos. Porque aun cuando has engañado a los hombres, no puede hacer burla de Dios. A sus ojos nada se oculta: Él te ha rechazado. Todas las cosas están sujetas a su poder: Él te ha expulsado. Los vivos y los muertos y el mundo serán juzgados por Él con completo discernimiento. Él ha preparado el Infierno para ti y para tus ángeles.

7: Otras instrucciones y oraciones

Cuando todo lo anterior ha sido recitado, puede repetirse con tanta frecuencia como sea necesario, hasta que el poseso quede completamente libre.

Además, será de ayuda repetir con devoción el Padre Nuestro, el Ave María y el Credo cerca del poseso, así como la Magnífica y el Canto del Benedictus (terminando los dos últimos con un Gloria).

8: Profesión de fe (san Atanasio)

Cualquiera que desee ser salvado, debe por sobre todas las cosas mantenerse firmemente sujeto a la fe universal. Si alguien no preserva esta en su integridad y pureza, sin duda perecerá para siempre. Esta fe universal es como sigue.

Adoramos a un Dios en la Trinidad y a la Trinidad en un Dios, sin confusión de Personas o división de la sustancia de Dios. Porque la Persona del Padre es diferente de la Persona del Hijo. Y ambos son diferentes de la Persona del Espíritu Santo. Pero la divinidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo es una y la misma en igual gloria y coeterna majestad.

Lo que el Padre es, eso es el Hijo y el Espíritu Santo. El Padre no ha sido creado. El Hijo no ha sido creado, el Espíritu Santo no ha sido creado. El Padre es inconmensurable, el Hijo es inconmensurable y el Espíritu Santo es inconmensurable. El Padre es eterno, el Hijo es eterno, el Espíritu Santo es eterno. No obstante, no se trata de tres seres eternos, sino de un único Ser eterno. No hay tres seres que no han sido creados, ni tres seres inconmensurables, sino un Ser único que no fue creado y que es inconmensurable.

De igual manera, el Padre es omnipotente, el Hijo es omnipotente, el Espíritu Santo es omnipotente. Pero, aún más, no son tres seres omnipotentes, sino un único Ser omnipotente.

Así, Dios es Padre, Dios es Hijo, Dios es Espíritu Santo y, no obstante, no se trata de tres dioses, sino de un solo Dios. Entonces, el Padre es Señor, el Hijo es Señor, el Espíritu Santo es Señor. Sin embargo, no son tres señores, sino un solo Señor. Y así como nos vemos compelidos por nuestra verdad cristiana a confesar que cada Persona es Dios y Señor, así se nos prohíbe por la fe universal hablar de tres dioses y de tres señores.

El Padre no fue hecho por nadie: no fue ni creado ni generado. El Hijo procede del Padre: no

creado, pero generado. El Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo: no fue hecho, ni creado, ni generado, sino que procede. Hay entonces un Padre, no tres padres. Y hay un Hijo, y no tres hijos. Y hay un Espíritu Santo, y no tres espíritus.

Y en esta Trinidad no hay elemento anterior ni posterior, ni mayor ni menor, sino que las tres personas son coeternas entre Sí y coiguales. Así, por tanto, en todas las cosas, como antes se dijo, adoramos a la unidad en la Trinidad y la Trinidad es unidad. Quienquiera, entonces, que desee ser salvado, deberá creer esto acerca de la Trinidad.

Pero es necesario para la vida eterna que creamos también fielmente en la Encarnación de Nuestro Señor Jesucristo. La creencia correcta, entonces, que presentamos y creemos es que Jesucristo, Nuestro Señor, es el Hijo de Dios y es hombre. Él es Dios por la sustancia del Padre, y generado antes de todos los tiempos. Y es hombre por la sustancia de su madre, habiendo nacido de su madre a tiempo.

Perfecto Dios. Perfecto hombre que subsiste con un alma racional y carne humana. Igual al Padre en divinidad. Menos que el padre en razón de su humanidad. Aunque es Dios y hombre, no es dos sino uno. Es uno, sin embargo, no porque su divinidad haya sido cambiada en humanidad, sino porque su humanidad es asumida por su divinidad. Es uno integralmente, no porque sus sustancias divina y humana se hayan fundido y hecho una sola, sino debido a la unidad de su persona; y así como el alma racional y el cuerpo forman al hombre, así Dios y hombre forman a Cristo.

Sufrió por nuestra salvación, libró a aquellos que ya habían muerto y estaban esperando, y se elevó de entre los muertos tres días después. Ascendió al Cielo y se sienta a la mano derecha de Dios. Y después vendrá para juzgar a vivos y muertos. Y a su llegada todos los seres humanos volverán a levantarse con sus cuerpos y deberán dar cuenta de sus actos. Y aquellos que hayan hecho el bien, entrarán a la

vida eterna. Pero aquellos que hayan hecho mal, entrarán al fuego eterno.

Tal es la fe universal. Y si no la sostenemos fiel y firmemente, no podemos ser salvados.

Gloria.

A: Amén.

9: Lecturas de los salmos

E: Salmos: 90, 67, 34, 30, 21, 3, 10, 12

10: Oración de gracias para concluir

E: Te rogamos, Dios Todopoderoso, que el Espíritu del Mal no tenga ya más poder sobre este siervo tuyo (*da el nombre del poseso*), sino que huya y no vuelva más. Y la bondad y la paz de nuestro Señor Jesucristo entren en él (ella) por tu intercesión, Señor. Porque por Jesús hemos sido salvados. Y no tememos mal alguno, porque el Señor está con nosotros. Él es quien vive y reina como Dios contigo en la unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos.

A: Amén.

Capítulo tres:

EXORCISMO DE SATÁN Y ÁNGELES APÓSTATAS

1: Instrucciones

El siguiente exorcismo puede ser recitado por obispos y también por sacerdotes que han recibido la autorización para hacerlo de sus respectivos obispos.

2: Invocación al arcángel Miguel

E: Oh gloriosísimo Príncipe del Ejército Celestial, San Miguel Arcángel, defiéndenos en la batalla contra los príncipes y poderes y soberanos de las tinieblas en este mundo, contra las iniquidades espirituales de aquellos que fueron ángeles. Ven en ayuda de los hombres a quienes Dios hizo a su imagen y semejanza

y a los cuales rescató de la tiranía de Satanás a un altísimo precio. La Iglesia te venera como su custodio y patrón. El Señor confió a tu cuidado todas las almas de aquellos redimidos, de manera que tú pudieras llevarlas a la felicidad en el Cielo. Ora al Dios de la paz para que aplaste a Satanás bajo nuestros pies; de manera que Satanás ya no pueda mantener cautivos a los hombres y herir así a la Iglesia. Ofrece nuestras oraciones al Altísimo Dios, para que su misericordia nos alcance cuanto antes. Captura al Animal, a la Antigua Serpiente, que es enemigo y Espíritu Maligno, y redúcelo a la nada eterna, para que ya no pueda seducir a las naciones.

3: Anuncio del exorcismo

E: En el nombre de Jesucristo, Dios y Señor; por la intercesión de la inmaculada Virgen María, Madre de Dios, y de San Miguel Arcángel, los santos Apóstoles Pedro y Pablo y todos los santos, y confiado en la santa autoridad de nuestro oficio, estamos a punto de emprender la expulsión de una infestación diabólica.

4: Oración

E: (Salmo 67)
Que Dios se levante y sus enemigos sean disipados.
A: Y quienes lo odian huyan ante él.
E: Que se disipen como el humo.
A: Como la cera se derrite con el fuego: así perezcan los pecadores ante Dios.
E: Mirad la Cruz del Señor. ¡Que sean derrotados todos sus enemigos!
A: La antigua fuerza conquistará, ¡el Rey de Reyes!
E: Que tu misericordia esté con nosotros, ¡oh Señor!
A: De acuerdo con lo que esperamos de ti.

5: Exorcismo dirigido a Satanás y a los ángeles apóstatas

Los exorcizamos a ustedes, ¡cada espíritu impuro, cada poder de Satanás, cada infestación del Enemigo

venido del Infierno, cada Legión, cada Congregación, cada secta satánica! ¡En el nombre y por el poder de Nuestro Señor Jesucristo! † Que sean derrotados y puestos en fuga de la Iglesia de Dios; de las almas que fueron hechas a semejanza de Dios, redimidas con la sangre del divino Cordero.

† No te atrevas ya, Serpiente astutísima, a engañar a la raza humana, a perseguir a la Iglesia de Dios, a golpear y a maltratar a los elegidos de Dios como si fueran piltrafas; † el Altísimo Dios te lo ordena † Él es a quien tú, en tu gigantesco orgullo, emulaste. Él quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad.

Dios el Padre † te lo ordena. Dios el Hijo † te lo ordena. Dios el Espíritu † Santo te lo ordena. Cristo te ordena; Él es el Verbo eterno de Dios hecho hombre †; Él, que destruyó tu odiosa envidia contra la salvación de nuestra raza; Él que se humilló haciéndose a sí mismo obediente hasta la muerte; Él que construye su Iglesia sobre una roca firme y prometió que las fuerzas del Infierno nunca prevalecerían contra ella; Él, que permanecerá con su Iglesia por todos los siglos, incluso hasta que llegue hasta el final de los tiempos.

El Sacramento de la Cruz † te lo ordena. La virtud de todos los misterios de la fe cristiana te lo ordena. La Santísima Madre de Dios, Virgen María, † te lo ordena. Ella, aunque humilde, pisoteó tu cabeza desde el primer instante de su inmaculada concepción. La fe de los santos Apóstoles, Pedro y Pablo † te lo ordena. La Sangre de los Mártires y la piadosa intercesión de todos los Santos † te lo ordena ¡Por tanto, Serpiente Maldita y todos los poderes de Satanás! Os conminamos bajo pena, por el Dios vivo † por el Dios verdadero † por el Dios Santo, por el Dios que amó tanto al mundo que le dio a su hijo unigénito para que todos los que creyeran en él no perezcan sino que tengan vida eterna: ¡Cesa de engañar a los seres humanos y de ofrecerles el veneno de la perdición eterna!